VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE

SAN LORENZO DE BRINDIS

GENERAL DE LA ORDEN DE LOS CAPUCHINOS

ESCRITA POR EL

R. P. FRAY FRANCISCO DE AJOFRIN

Ex Lector de Teología y cronista de su provincia,
Comisario de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide
en la América septentrional, etc.,

CORREGIDA Y AUMENTADA POR LOS

RR. PP. CAPUCHINOS EXCLAUSTRADOS

DE LA PROVINCIA DE CATALUÑA

TERCERA EDICIÓN



MADRID
TIPOGRAFÍA DEL SAGRADO CORAZÓN
54 — Leganitos — 54
1904

VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE

SAN LORENZO DE BRINDIS

VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE

SAN LORENZO DE BRINDIS

GENERAL DE LA ORDEN DE LOS CAPUCHINOS

ESCRITA POR EL

R. P. FRAY FRANCISCO DE AJOFRIN

Ex Lector de Teología y cronista de su provincia,
Comisario de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide
en la América septentrional, etc.,

CORREGIDA Y AUMENTADA POR LOS

RR. PP. CAPUCHINOS EXCLAUSTRADOS

DE LA PROVINCIA DE CATALUÑA

TERCERA EDICIÓN



MADRID
TIPOGRAFÍA DEL SAGRADO CORAZÓN
54 — Leganitos — 54
1904

Á LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

D. Joseph Alvarez de Toledo,

OSORIO, PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO,

ARAGÓN Y MONCADA, FAJARDO, ETC.,

Duque de Alba, Marqués de Villafranca,
Duque de Medinasidonia y Conde de Oropesa; Marqués
de Villanueva de Baldueza, de los Vélez y Martorell,
Duque de Fernandina, de Montalto y Bibona;
Duque de Huéscar, Conde-Duque de Olivares;
Príncipe de Paternó y de Montalván,
Conde de Peñaramiro, etc., etc.;
Grande de España de primera clase, Gentil hombre
de Cámara con ejercicio;

Y Á SU DIGNÍSIMA ESPOSA

LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

DOÑA MARÍA TERESA DE SILVA,

ALVAREZ DE TOLEDO,

Duquesa de Alba, Marquesa de Villafranca,
etc., etc., etc.,

patronos del religiosísimo Convento de la Anunciada de Franciscas Descalzas de Villafranca del Bierzo,

donde se venera el cuerpo del siervo de Dios

El Santo Lorenzo de Brindis.



EXCMOS. SRES.

LLENOS de religiosas satisfacciones y espirituales gozos, contempla mi afecto á VV. EE. en las gloriosas circunstancias presentes, por tocarles tan de cerca las dos beatificaciones: la de la Sierva de Dios MARIANA DE JESÚS, mercenaria descalza, por ser VV. EE. Patronos de esta su santa provincia, y la beatificación de nuestro capuchino el SANTO LORENZO DE BRINDIS, por estar su sagrado cuerpo en Villafranca del Bierzo, capital de los Estados de VV. EE. ¡Gloria singular y rara que estos dos Santos nuevos sean de la casa de VV. EE., y que tengan en el cielo por protectores á estas dos lumbreras de la Iglesia Santa! Pero aunque los dos Santos

son tan propios de la casa de VV. EE. me tomo la licencia de decir (sin ofensa de la beata MARIANA), que quien más de cerca toca á VV. EE., ó quien es todo de su casa, es nuestro Santo LORENZO, como se demuestra claramente en esta historia.

Tengo por sin duda, Señores excelentísisimos, que si se preguntara al varón santo: ¿á quién quería se dedicase este libro? diría, sin duda, que sólo á VV. EE., como nobilísimos descendientes de aquel grande héroe y bienhechor suyo el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca. Vivo persuadido que, cualquiera que lea su admirable vida, confesará esta verdad. Por esto, Excelentísimos señores, me veo dulcemente obligado á ofrecer con el mayor respeto á VV. EE. este corto obsequio, y no como quiera obligado, sino de justicia; pues cuando no lo hiciera espontáneamente, él mismo se fuera á las nobles aras de VV. EE. y descansara en ellas como en su propio centro.

Si hubiese yo de seguir el estilo común de las dedicatorias, ensalzaría aquí la alta nobleza de VV. EE., la opulencia de su casa, lo amable de sus prendas, lo sublime de sus piedades... Pero omitiendo estas cosas, como tan públicas y notorias, los Capuchi-

nos aspiran aún á mayores y más permanentes glorias para VV. EE. y su ilustre casa; pues siguiendo el espíritu del SANTO LORENZO, piden y pedirán al Señor en sus oraciones y sacrificios aumente la grandeza de su casa, y á VV. EE. los llene de bendiciones celestiales.

Esto pedirán al Señor los Capuchinos de esta santa provincia de Castilla, poniendo por intercesor al SANTO LORENZO, que sin duda lo será para con Dios, y tendrá siempre la casa de VV. EE. este glorioso protector en el cielo, desde donde mirará con benignos ojos á VV. EE. y á todos sus Estados.

Así lo espera de la piedad del Señor su más humilde y reconocido capellán, que lo será siempre,

De VV. EE. con el mayor respeto y veneración,

Fr. Francisco de Ajofrín.

PRÓLOGO

SON las vidas de los Santos el taller donde se han formado los mayores héroes de la Iglesia. El escribir, pues, las vidas de los Santos es de tanta utilidad para las almas, que tomaron este asunto los mayores Doctores y Padres de la Iglesia, como se ve en San Atanasio, San Jerónimo, San Bernardo, el venerable Beda, San Isidoro, y (omitiendo otros) nuestro gran prelado y capellán de la Virgen, San Ildefonso, quien escribió un tratado de varones ilustres.

Conocían muy bien que su lección es el medio más eficaz, dulce y suave para mover las voluntades y traerlas á Dios imitando sus virtudes. Llenas están las historias de los abundantes frutos que han producido las vidas de los Santos; bastaba la conversión prodigiosa de un San Agustín, la de un San Ignacio de Loyola, para calificar de admirable este ejercicio. Toda la filosofía aristotélica, con sus más altas sutilezas, nunca podrá formar un buen cristiano, pues aunque ilustren su entendimiento nunca mueven la voluntad.

La vida de nuestro Santo Lorenzo de Brindis que

presentamos al público, nos ofrece, no sólo materia que imitar en sus excelentes virtudes, sino mucho que admirar en sus prodigiosas máximas, ya del gobierno religioso, como civil y político, y aun también en el arte militar, pues en todo fué grande y prodigioso, como veremos en esta historia.

Para formarla, nos hemos válido de los monumentos más respetables y auténticos de la Orden, como son los anales latinos de Pise, la crónica general de la Orden, traducida á nuestro idioma por el padre Fr. José de Madrid en el tomo cuarto, la vida del siervo de Dios, que escribió en italiano el P. Fr. Angel María de Rossi; del bulario capuchino, y de unos fragmentos que dejó escritos el P. Fr. Matías de Marquina, cronista que fué de esta provincia; y sobre todo, lo que más ha contribuído para escribir esta historia, han sido los procesos formados en orden á su beatificación, como también las informaciones originales que sobre prodigios y milagros se han hecho en varios tiempos con autoridad apostólica y ordinaria en Villafranca del Bierzo, donde se veneran sus sagradas reliquias, con otros papeles autenticados y fidedignos que se guardan en el archivo de esta santa provincia de Castilla. También ha contribuído mucho las noticias adquiridas en dos viajes, que por orden de la Sagrada Congregación de Ritos hemos hecho á Villafranca, donde hemos visto y leído no poco de lo que escribimos en esta historia, por haber registrado los procesos que se guardan en la notaría de la dignidad abacial, que nos franqueó liberalmente el muy ilustre señor el Dr. D. Francisco Martínez Molés, dignísimo abad de aquella insigne colegiata. También hemos visto varios papeles que se conservan en el convento de

la Anunciada, y nos confió la madre Sor Tomasa Antonia de Santa Rita, abadesa de aquel gravísimo convento. Últimamente hemos visto y examinado muchos de los lugares y sitios que aquí se citan, y así podemos decir que en muchas cosas hablamos como testigo de vista, y con todo aquel lleno que se merece una fe humana.

Estos apreciables monumentos y noticias no pudo conseguir el P. Rossi cuando escribió la vida del santo varón, por estar entonces (que era el año de 1710) turbada la Europa con sangrientas guerras, particularmente nuestra España; y así se queja amargamente de no haber tenido estos monumentos, como puede verse en las palabras de abajo [1].

Nos hemos valido también de la vida, que últimamente ha escrito en Toscano el P. Fr. Buenaventura de Cocaleo, capuchino, y traducido fielmente en Roma á nuestro idioma el bachiller D. Tomás Mayoral, Pbro., cuya obra manuscrita (aunque con las licencias necesarias para imprimirla) me la repitió el muy Rvdo. P. Fr. Bruno de Zaragoza, provincial de la santa provincia de Nuestra Señora del Pilar de Capuchinos de Aragón, para que, añadiendo las noticias

1 Ora qui sarebbe luogo á proposito da riferire molte altre gran maraviglie, che si odono da Dio operate ad intercessione del suo servo in diverse parti della Spagna, singolarmente in Villafranca nella diocesi, come altrove s'accenna, del vescovado d'Astorga, ove riposa il corpo venerabile del P. Lorenzo, ma perche mancano allo scrittore, le desiderate noticie autentiche per deposicioni giurate, non se ne fara qui altra mencione, riservata alla sua, ó ad altra penna per cnando sara quietato, á Dio piacendo, lo estrepito, e furore dell'armi, che tengono in questi tempi infelici tutte quelle contrade in confusione ed impediscono lo trasporto in Italia delle scriture, che si conservano negli archivi singolarmente de capuccini della provincia di Castiglia.

que hay en el archivo de esta santa provincia, que no tuvieron presentes ni el autor ni el traductor, saliese más completa; pero siempre debemos dar muchas gracias al traductor por el trabajo que en obsequio del Santo Lorenzo de Brindis ha tomado. También escribieron la vida del siervo de Dios fray Pablo Noceti. Fr. Ángel de Rubeis y otros capuchinos hacen conmemoración de este varón grande con todos los historiadores de su tiempo, como puede verse en la biblioteca capuchina, verbo *Laurentius;* igualmente el Martirologio Franciscano pone su bien merecido elogio el día 22 de Julio, que fué el de su feliz muerte y nacimiento dichoso; pues nació el año 1559 á 22 de Julio, y murió en dicho día el año de 1619.

En cuanto al estilo y método de esta historia, observaremos lo mismo que en las demás que hemos dado á luz; renovando ahora gustoso la protesta de la fe y sujetando humildemente cuanto hemos dicho y dijéramos al infalible juicio de nuestra Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, sin que sea nuestro ánimo prevenir su sentencia ni quebrantar en un punto los sabios decretos de la sagrada Congregación de Ritos. Este es, y será siempre nuestro sentir, sin que nos pueda apartar de él ni la falacia humana ni la astucia de Satanás.



Verdadero retrato
de San Lorenzo de Brindis

CAPÍTULO PRIMERO

Patria y padres del Santo Lorenzo de Brindis, con los primeros ejercicios de su niñez y juventud hasta tomar el hábito Capuchino.

FUÉ reflexión del gran padre de la Iglesia San Ambrosio (adquirida con la experiencia), que á aquellos ilustres héroes, destinados de Dios para ejemplo y edificación del mundo, aun desde el vientre materno los va adornando su misericordia con aquellas dotes y prendas con que se han de distinguir entre todos [1]. Así lo hizo el Señor con nuestro grande héroe Lorenzo, como por el contexto de esta historia se irá viendo.

2. Nació el siervo de Dios el año de 1559, el día 22 de Julio, en la noble ciudad de Brindis, cuando esta ciudad, con otras muchas de Italia, estaba sujeta á la corona de España; y por esta razón le pudiéramos llamar español, por haber sido vasallo del rey de España, que lo era entonces el señor

1 S. Ambr., *lib. I, de Vocat. gent.*

D. Felipe II. Es Brindis ciudad bien conocida en Italia por todas sus circunstancias. Está en los confines de la Calabria, situada en las riberas del mar Adriático, aunque pertenece al reino de Nápoles. Es ciudad regia, colonia en otro tiempo de los Salentinos, y después de los Romanos, y tan católica, que habiendo recibido la fe de Jesucristo ciento setenta años después de su glorioso nacimiento, siempre la ha conservado firme y constante sin haberla manchado con error alguno. Tiene iglesia Metropolitana, y su primer Arzobispo fué San Lucio, del cual se dice que en un sólo día bautizó diecisiete mil almas en el sitio donde hoy está la iglesia de los Capuchinos, llamada desde entonces nuestra Señora de la Fontana. Ha tenido muchos Arzobispos santos y otros varones ilustres. Tiene un puerto de los más hermosos y seguros de Italia, y un buen castillo construído en el mar, que con algunos otros fuertes y rebellines le hacen plaza respetable y famosa. El que quisiere saber la antigüedad y grandezas de esta ciudad, lea el tomo IX de la *Italia Sacra*, de Ughelio, en la provincia XIX. Pero quien la ha ennoblecido más aumentando su grandeza, es nuestro siervo de Dios con su dichoso nacimiento.

3. Fueron sus padres Guillelmo Rossi é Isabel Masela, uno y otro de las familias más nobles é ilustres de Brindis. Si hubiéramos de referir las prendas y honradez de estos dos consortes, sería preciso hacer una larga digresión: basta decir, que todos los ciudadanos los veneraban y respetaban como á siervos de Dios. Estando su madre embarazada, la parecía llevaba en su vientre un pequeño sol ó globo de luz; y algunas veces estando sola en un aposento obscuro, donde se retiraba á sus ejercicios, veía salir de su vientre unos hermosos rayos, que desterrando la obscuridad y tinieblas, llenaban la estancia de claridad y hermosura: presagio misterioso, sin duda, de la luz que había de esparcir por todo el orbe. Nació al mundo y nació á Dios esta lumbrera grande de la Iglesia; y habiéndole bautizado le pusieron (no sin misterio) el nombre de Julio César; porque así como aquel grande Emperador romano llenó de gloria á todo el mundo, así nuestro Julio César había también de ilustrarle con su vida, doctrina y ejemplo. Apenas nació nuestro Julio César (que así le llamaremos hasta que tome el santo hábito Capuchino), cuando notaron en su rostro, no sólo sus padres sino también los presentes, una rara

majestad, acompañada de una afabilidad y modestia tan singular, que arrebataba las atenciones de todos; pero lo que más admiraba, era un cierto resplandor que se notataba en su hermoso rostro, que le hacía parecer un bello serafín.

4. Fueron tales las señales que dió aun en su tierna infancia esta noble criatura, que tenía en expectación los ánimos de todos. Escribiendo su padre Guillelmo á un hermano que tenía en Venecia, sacerdote, llamado D. Pedro Rossi, Rector de un seminario, de quien hablaremos después, dice lo siguiente: «Hermano: pongo en tu no»ticia como el Señor me ha dado un hijo, »pero de unas cualidades tan extraordina»rias y sobrenaturales, que, según lo que ha »escrito Dios en su rostro, no me atrevo á »decir si es criatura terrena ó celestial. »Ruega á Dios le llene de bendiciones y le »haga todo suyo, pues te aseguro que en »los pocos meses que tiene, da tales mues»tras de talentos, virtud y santidad, que »tiene admirados á todos, y no falta quien »pregunte de este tierno infante lo que en »otro tiempo preguntaban del gran Bautis»ta [1]: *¿Quién os parece será este muchacho?* Pe»ro luego responden: *Este muchacho será gran-*

1 Luc., I, 66.

»*de delante de Dios, porque su mano está con* »*él*». Hasta aquí el testimonio de su padre, estando aun en los primeros crepúsculos de su vida nuestro Julio César.

5. Iba creciendo en la tierna edad, y al mismo paso se iban descubriendo en aquella grande alma admirables destellos de una santidad heroica. Apenas había cumplido cuatro años, pidió á sus padres con las más serias y expresivas instancias, que le vistiesen el hábito de los frailes menores Conventuales; y sus padres, viendo su inclinación y afecto á la Orden, no sólo le dieron gusto en ello, sino que le entregaron á un padre docto y timorato de aquel convento, para que le educase bajo su disciplina y dirección. Conoció luego el maestro la bella disposición del nuevo discípulo para todo lo bueno. Veía en él los más preciosos dones de la naturaleza y de la gracia. Admiraba una índole ingenua, y una especial docilidad para todo género de virtudes, teniendo en la pureza de la sangre y en la claridad de su origen poderosos incentivos para bien obrar, y haciendo tránsito de la nobleza para la santidad sin sentir los estímulos de la presunción y soberbia.

6. No sólo se llevaba las atenciones de su maestro, sino de todos los Padres de

aquel gravísimo convento, estimándole todos por su humildad y costumbres como si fuera un ángel venido del cielo. Veíanle niño en la edad; pero en las acciones y juicio le admiraban por maestro y muy aprovechado. Toda la atención y gusto le tenía puesto en ejercicios devotos: en estos hallaba diversión y recreo, huyendo de los juguetes á que se aplican otros niños por destino de la edad primera; pero donde tenía sus mayores delicias era en ayudar á Misa. Asistía á los sacerdotes en este santo sacrificio con tan afectuosas demostraciones, que admiraba y compungía á cuantos lo observaban, porque en la compostura y modestia desconocían la ligereza de su poca edad, y en la ternura de sus ojos, bañados en lágrimas, se conocían las veras de su inocente alma. El alto y tremendo sacrificio de la Misa fué siempre el objeto más noble de su ardiente devoción, y en que recibía los mayores favores del cielo. Aquí los deliquios espirituales, aquí las afluencias divinas, aquí los éxtasis, aquí las revelaciones, aquí sus consuelos, y aquí, últimamente, el remedio de todas sus necesidades; con que no es de admirar tardase en decir Misa regularmente tres horas, y aún algunas veces seis, y hubo ocasión en que tardó

doce horas, como veremos después [1]. Por eso ayudando á Misa estaba con más devoción y recogimiento en las que eran más largas, y á éstas ayudaba con mayor gusto. La veneración y respeto á los sacerdotes y ministros de Jesucristo era la mayor y más reverente, imitando en esto á nuestro glorioso Padre San Francisco.

7. Á los sermones asistía con cuidado tan atento, que no sólo los retenía fácilmente en la memoria, sino que copiaba los afectos y acciones de los predicadores; y saliendo con su hábito de frailecito de devoción á buscar oyentes, juntaba algunos muchachos, y poniéndose en un lugar elevado, los repetía con admirable propiedad y viveza, causando tiernos afectos en los oyentes. Estos donaires de la edad primera, en que descubría tan anticipadas luces la razón, se veían con gusto y no sin admiración: pues aunque suelen ser en los niños como en el almendro las flores, que por tempranas ocasionan alguna vez más lástimas que envidias, pero son siempre estimables y dignas de admiración: ya que ha manifestado la experiencia que, por lo regular, son felices pronósticos de virtudes heroicas.

1 Cap. 10, núm 11.

8. La gravedad seria y juiciosa de estas acciones, que en otro niño pasaran sólo por gracejo de la niñez, se celebraba con asombro por los raros efectos que causaban en los oyentes, y eran un dulce atractivo de las voluntades, que ganaba también con el poderoso soborno de la hermosura, que era mucha, y una carta de recomendación con que le favoreció el autor de la naturaleza para que hallase su virtud y doctrina el paso franco á los corazones. Era ya tan pública la fama de su predicación, que no sólo tenía por oyentes á los niños, sino también á los grandes, y aun los mismos Padres conventuales le oían con admiración y asombro, haciéndole predicar en sus capítulos. Para ejercer este ministerio con más acierto le daba su maestro algunos sermones devotos, y el niño luego los aprendía con suma facilidad, aunque muchas veces no se valía de lo que había estudiado, sino de lo que ponía el Señor en su bendita boca, según la necesidad del auditorio.

9. Aún no había cumplido nuestro Julio César los seis años de su tierna edad cuando, deseoso el Ilmo. Sr. D. Francisco Alcander, Arzobispo que era entonces de Brindis, de tocar con la experiencia lo que gritaba la fama de aquel niño, se fué al

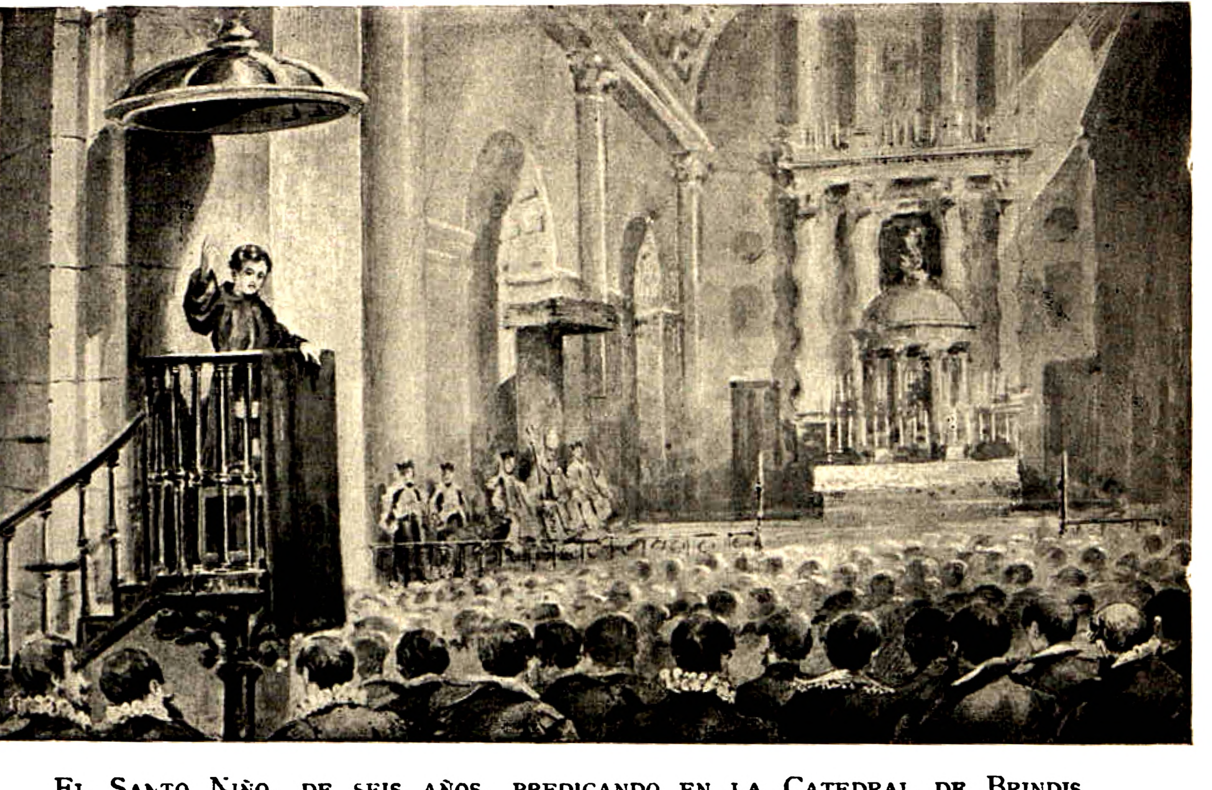
convento uno de aquellos días en que había de predicar á la comunidad; y haciéndose disimulado oyente, quedó asombrado y como fuera de sí al ver á un niño predicar como un San Pablo; y dijo á los Padres lleno de admiración: Ahora veo cumplido lo que está escrito en la Sabiduría: *Que abrió el Señor la boca de los mudos, é hizo expeditas y doctas las lenguas de los infantes* [1]; y profetizando lo que había de ser aquel niño, se halló movido del Espíritu Santo, y llamándole delante de los Padres le estrechó tiernamente entre sus brazos y le dió su bendición, y con ella licencia amplia para predicar en todo su arzobispado, y muy en particular en el púlpito de su iglesia catedral, tocando la campana para llamar al pueblo. Esta licencia, que *vivae vocis oraculo* dió este prelado á nuestro niño, la extendió por escrito, firmada de su mano, con mil alabanzas de su virtud y doctrina [2].

10. El pudor y vergüenza que causó en el humilde niño estas paternales demostraciones, ya se deja entender; pero como le gobernaba el cielo para bien de muchas almas, á pesar de su humildad le fué preciso usar de sus facultades, sin que del honor

1 *Sab.*, x, 21.
2 Suma de los procesos, págs. 34 y 15.

hiciese infame escala para la altivez y soberbia. Iba acompañado con dos Padres á predicar á la catedral ciertos días determinados, y se hacía con las campanas la misma señal que si predicara el Arzobispo, y aun muchas veces asistía éste á sus sermones, admirado de ver una cosa tan rara. Causaba tal emoción en la ciudad, que eran crecidísimos los concursos de todas clases de gentes; hasta los canónigos y religiosos asistían á sus sermones, no por curiosidad, sino por el mucho provecho que sentían en sus almas; pues tenía el inocente orador tal eficacia en el decir y eran tan inflamadas sus palabras, que compungía á todos, haciéndoles derramar lágrimas.

11. Aprendía en los cuadernos de Jesucristo los sermones que predicaba, y á la fogosa luz de este divino cartapacio salía tan inflamada su voluntad en amorosos incendios, como ilustrado su entendimiento en celestiales noticias. Parecían sus voces truenos del cielo y saetas de fuego que herían los corazones con la contrición y los derretían en lágrimas de verdadero arrepentimiento de sus culpas. Admiraban todos las apostólicas centellas con que esta tierna antorcha resplandecía, y guiaba á cuantos descaminados por las peligrosas



El Santo Niño, de seis años, predicando en la Catedral de Brindis

sendas de sus apetitos vacilaban, errados, en el páramo de su confusión, reduciéndolos por la segura senda del arrepentimiento á seguir el camino de la verdad y de la vida, que es Cristo. En todas las provincias de Italia hacían ya en este tiempo sonoro eco las aclamaciones de la virtud y predicación de nuestro Julio César. En todas se experimentaba que cosechaban en virtudes lo que sembraba en maravillas; pero la ciudad de Brindis, que por ser su patria gozaba más copiosamente los raudales de su doctrina, correspondió también en la crecida ventaja de espirituales esquilmos, pues se vió en poco tiempo una reforma universal en las costumbres. Ni era estraña esta mudanza, porque todos conocían que no hablaba aquel niño por su boca, sino el Espíritu Santo que estaba en él. Estos eran, en fin, los estrenos de la divina gracia, que en mayor colmo había de fructificar después en edad provecta, como se experimentó; pues como Dios tenía escogida esta grande alma para que fuese clarín sonoro en su Iglesia, le iba preparando muy desde los principios para tan alto fin.

12. Como el ingenio de nuestro César era fecundo, perspicaz y agudo, procuró su Maestro, y los religiosísimos Padres de aquel

convento, instruirle en aquellas artes propias de su edad, y así ocupó los primeros años en el estudio de las buenas letras, hasta cultivar la lengua con los más bellos idiomas de las artes liberales: la gramática, la retórica, la dialéctica y la lógica fueron sus primeras ocupaciones en su tierna edad, aprendiendo con suma presteza y facilidad cuanto le enseñaban sus maestros, y en adelante llenó con la aplicación á mayores estudios toda la esperanza que dieron sus portentosos principios. La devoción y el estudio eran los únicos acreedores de su tiempo, y sólo tenía la diversión en la limpieza de los altares y la lección de libros devotos, con que enriquecía de santas noticias su inocente entendimiento.

13. Crecía Julio César en edad y gracia, amable á Dios y á los hombres: admiraban éstos la gravedad de sus costumbres, la modestia de sus acciones, la discreción de sus palabras, la dulzura de su condición, la afabilidad y mansedumbre de su trato, la viveza de su ingenio, y sobre todo aquella genial aplicación al ejercicio de las virtudes, á la frecuencia de los templos; todo lo cual era un poderoso atractivo de las volun tades. Rayaba ya en la edad de catorce años, cuando tuvo la desgracia de faltar su

padre, á quien amaba tiernamente. Esta pérdida le fué de sumo dolor, y, leyendo en ella el desengaño del mundo, se aplicó más á la virtud. Su madre, viéndose sola, procuró de todos modos llevarse á su hijo, para que la hiciese compañía y cuidase de los intereses de la casa; pero el santo joven, conociendo los peligros á que se exponía en el gobierno de su casa y libertad que se le ofrecía en ella, determinó no dejar la carrera comenzada y continuar sus estudios. Pero eran tan fuertes las instancias de su desconsolada madre, ya con ruegos, ya con lágrimas, haciéndole presente el total desamparo en que se hallaba, que por verse libre de este escollo y huir tambien los aplausos de las gentes, que cada día eran mayores, se resolvió volver las espaldas á su casa, á su patria y á todos los intereses, y retirarse á Venecia con su tío D. Pedro Rossi, de quien hemos hablado antes [1].

14. Comunicó esta resolución con los Padres de aquella gravísima comunidad, y (aunque con universal sentimiento de todos por ver se les iba un santo), mirando por su bien, la aprobaron; y despidiéndose con tiernos abrazos de su maestro y demás religiosos, les pidió por gran favor tuviesen

1 *Hic núm.* 4.

á bien que llevase el santo hábito de la Religión, para su consuelo. Así lo concedieron, quedando muy desconsolados por su ausencia. Pero antes que nuestro santo joven salga de la clausura, no puede menos la gratitud de los Capuchinos volver los ojos á esta santa casa, reconociendo á sus religiosísimos individuos por maestros y directores de nuestro santo Capuchino, confesando con inmortal reconocimiento que aquí bebió la primera leche de su virtud y doctrina; aquí echó los altos fundamentos sobre que se había de levantar después aquella gran fábrica que había de ser asombro de los siglos. Sienten, y con razón, los Padres conventuales que un tan gran santo se les vaya á los Capuchinos, después de haber vivido tanto tiempo entre ellos. Siéntanlo, pues es mucho de sentir; pero tendrán presente para templar esta pena, que si los Capuchinos les hemos quitado (permítaseme la frase) un santo, es una justa recompensa; pues también los Padres conventuales nos han quitado otro no menos ilustre. Todos sabemos que San José de Cupertino, que murió con gran fama de santidad entre los Padres conventuales, fué antes novicio Capuchino, y aun después de profeso vivió algunos años entre

los referidos Padres Capuchinos, como todo consta de los Bolandos en el día 18 de Septiembre. Váyase, pues, un José de Cupertino por un Lorenzo de Brindis, y queda una y otra congregación muy contenta: aunque la de los Capuchinos siempre estará muy obligada y más agradecida, pues desde el princio de su fundación ha tenido y tiene sobradísimos motivos para ello.

15. Salió, pues, nuestro bendito joven, dejando entre aquellos Padres dividido su corazón en afectos tiernos. Dirigió sus pasos al puerto sin entrar en su casa, huyendo del todo los escollos de la carne. Estaba ya para salir á Venecia una saetía, y embarcándose en ella llegó con feliz viaje á su destino, aunque esta fortuna la atribuyeron los marinos á la virtud del santo joven, según refiere la historia [1]. Apenas desembarcó en la plaza de San Marcos, se encontró con un gallardo joven de su edad, á quien preguntó si conocía á D. Pedro Rossi, su tío; y el joven le respondió que le conocía mucho, pues era su maestro, y á quien debía lo que era y sabía. Alegróse sobremanera nuestro santo y le suplicó

1 *Fece il suo viaggio con navigazione si prospera, attribuita de Marinari al merito della sua innocenza gia nota.* Rossi *in Vita del ven. Servo de Dio Lorenzo de Brindis*, lib. I, cap. I.

que le llevase á su casa. Hízolo así, y apenas llegó á la presencia de su tío, se postró á sus pies y le pidió la bendición, diciendo era su sobrino Julio César. Admiróse don Pedro, pues no le conocía ni sabía de su arribo; pero con las grandes anticipadas noticias que tenía de su santidad y talentos, deseaba mucho el verle; y así con grande regocijo le levantó de sus pies y le estrechó en sus brazos, dando gracias á Dios que le había traído á su casa aquel ángel para su consuelo.

16. Era D. Pedro Rossi varon muy respetable, de gran santidad y doctrina, á quien los venecianos consultaban como oráculo de aquellos tiempos, haciéndole sus prendas de los más famosos sujetos de la república. Era rector del colegio y seminario de San Marcos, donde vivían con mucho recogimiento algunos venerables sacerdotes, y se educaban también los jóvenes en todo género de virtud y letras. En este seminario estudiaba aquel joven que encontró nuestro Julio César, que por ser los dos muy parecidos en las costumbres, fueron siempre íntimamente amigos y familiares, y después tomaron juntos el santo hábito Capuchino y se llamó aquel joven Fr. Andrés de Venecia, sacerdote muy ejemplar y

edificante. Viendo D. Pedro á su sobrino con el hábito religioso, le pareció conveniente que para la conformidad de la casa le trocase en hábito clerical. Algo duro le pareció al bendito mozo haber de dejar aquel sagrado hábito, que había traído casi toda su vida, y mucho más el honorífico y alto título *de Fray*, con que le llamaban las gentes, y él mismo se firmaba haciendo la mayor estima y aprecio de este glorioso timbre, con el cual también le nombran las historias, llamándole *Fray* Julio César; porque, aunque no tomó el hábito para profesar, sino sólo por devoción, era tal la que tenía cuando (aun de niño) le llamaban *Fray* Julio, que se llenaba de gozo. Decía que este sagrado tratamiento fué inventado por la Majestad de Cristo, con el cual trataba á los apóstoles y los apóstoles se trataban entre sí, como consta del Evangelio, y que, como nuestro padre San Francisco era tan fiel imitador suyo, quiso, y lo dejó escrito en su regla, que este fuese también el tratamiento entre los suyos, llamándolos el el mismo santo Padre, *mis frailes benditos.* Mucho aprecio hacía nuestro Santo de este dictado ilustre, y por eso sentía tanto el dejarlo: pero, en fin, ya porque le parecía indigno de él y ya por obedecer á su tío, se

rindió á su voluntad, sacrificando su devoción y gusto.

17. Mudó, pues, de hábito nuestro joven, pero no de costumbres, porque al hábito clerical le son también propias todas las virtudes. Y para cumplir con las obligaciones de buen hijo, luego que llegó á Venecia, escribió á su madre una carta muy humilde y atenta, en que le daba cuenta de su resolución, pidiendo le perdonase si aun en esto le había ofendido. Ya en este tiempo se hallaba movido de superior impulso para tomar el hábito Capuchino, y así quiso desde luego hacer como un ensayo de su austerídad y penitencia. Por lo que del modo que sucede cuando están preparándose para una sangrienta batalla dos formidables ejércitos, empiezan por una leve escaramuza antes de entrar en lo más arduo de la función, así este valeroso soldado de Cristo, antes de entrar en la Religión, empezó á pelear contra sus pasiones, publicando sangrienta guerra al demonio, al mundo, á la carne y á todos sus apetitos, preparándose así para más dura y áspera batalla en el campo seráfico de Francisco.

18. Es de admirar el tenor rígido de vida que, con aprobación de su tío, se im-

puso aun en la edad florida: dormía poco y sobre la dura tierra, sin desnudarse jamás sus vestidos, para imitar este rigor peculiar de los Capuchinos; traía á raíz de las carnes un áspero cilicio; todas las noches tomaba una sangrienta disciplina; ayunaba rigurosamente tres dias en la semana, comiendo sólo pan y agua; en los demás días se abstenía de todo género de manjares, contentándose sólo con pan, hierbas, frutas y alguna ensalada; nunca bebió vino, teniéndolo por incentivo de la carne. Así madrugó en nuestro joven el rigor y austeridad, de suerte que empezó antes á conocer las penitencias que las culpas; pero siempre con un rostro alegre y risueño. Las mortificaciones, que abulta de insuperables á la cobardía de la carne su relajación ó tibieza, tenía su ardiente espíritu por gozo, hallando en aquellos desabrimientos, no sólo gusto, sino crecidos medros. Entre los desmayos de la naturaleza y valentías de la gracia pactó treguas su discreta perfección. Pero sin embargo de tener avasallados los orgullos de la carne al imperio de su ánimo con prudentísima cautela, tenía por sospechoso este rendimiento. Y para asegurarle, conociendo que este enemigo casero mejor se doma con la

severidad que con el halago, le impuso tan pesada carga de austeridades y penitencias como hemos visto, para que, abrumada su lozanía con este yugo, quedase, no sólo mortificada, sino rendida á las leyes de la razón y del espíritu.

19. Á la mortificación del cuerpo se seguía, por consiguiente, la mortificación del espíritu. Era sumamente humilde, y tan obediente, que á la menor insinuación de sus maestros y de su tío estaba tan pronto á cumplirla como si fueran rigurosos preceptos. Cuando su tío le advertía alguna cosa ó le corregía por ejercicio, se ponía luego de rodillas, oyendo con edificante humildad la corrección y el aviso. En el silencio era tan exacto, que nunca se le oyó hablar sin manifiesta necesidad. Jamás se le veía enfadado ni colérico, pues aun en los argumentos y disputas escolásticas era tan moderado que, no obstante su vivacidad de genio, cedía fácilmente aun al más ignorante por evitar perniciosas contiendas y alteraciones; sólo no cedía cuando se atravesaba la honra y gloria de Dios ó la salud espiritual del prójimo. Era muy grave y compuesto en todas sus acciones: mortificado en la vista, medido en las palabras, grave en el andar, que, junto con sus

prendas naturales de hermosura de rostro y bella proporción de todos sus miembros. le hacían á todos amabilísimo y apreciable, y mucho más á su tío, á quien tenía edificado con su vida inculpable y santas costumbres.

20. Pero siendo cierto que vela en vano el que guarda la ciudad, como dice David [1], si Dios no lo asegura con su asistencia; aun trabajando este bendito joven con la mayor solicitud para guardar la ciudad de su alma, le parecía, y con razón, que nada de esto vale sin los auxilios y asistencias del Señor: se llegaba á él para ser iluminado, según el consejo del mismo David [2]; y porque las primicias de la mañana dedicadas á Dios precontienen en cierto modo los ejercicios de todo el día, se levantaba muy temprano y se iba á una iglesia, donde se entregaba dulcemente á la oración, con el deseo de imitar la vida de los justos y de dirigir á Dios sus acciones antes de entrar en las tareas del estudio; de tal suerte se dejaba llevar del fervoroso ímpetu con que su ánimo volaba á la memoria del cielo, que no podía el demonio abatirle en manera alguna á las cosas de la tierra. Desde estos primeros años empezó el cielo á

1 Psalm. 126, 1. 2 Psalm. 33, 6.

derramar favores sobre esta bendita alma, dándola un género de oración tan elevada, que bien se conocía lo había de ser en adelante. Luego que se ponía á orar hallaba á Dios, sin distraerse ni vaguear la imaginación á ningún otro objeto, quedando su interior tan endiosado, que redundaba en su angelical rostro, vistiéndole de una especie de luz tan prodigiosa, que ya todos lo notaban; y como lo veían con tal devoción y afecto, les causaba mucha edificación y ejemplo.

21. Comulgaba todos los días festivos, llegándose á aquella sagrada mesa con tal preparación y espíritu, que su frecuencia causaba los mismos efectos que en Moisés, cuando trataba con Dios en la cumbre del monte [1]; porque después de haber recibido la sagrada Eucaristía, no sólo en lo interior quedaba hermoso y resplandeciente, sino también en lo exterior, de suerte que lo notaban con admiración todos los presentes. Sentían en sí cuantos le miraban tal compunción y reverencia, que muchos se ponían junto á él para participar más de cerca aquellos celestiales influjos; otros, con disimulo se llegaban á él para tocar sus vestiduras, y aun algunos, si podían, se

1 Exod., 34, 29.

las cortaban teniéndolo por reliquia. haciéndose todos lenguas de su temprana virtud y santidad: tan presto empezó nuestro Julio César á edificar al pueblo y éste á venerarle como á santo. Pero no sólo tenía oración en la iglesia, sino también en su casa. Andaba siempre en la presencia de Dios, sin que se lo impidiesen las tareas del estudio ni ocupaciones domésticas. Aquellos ratos que tenía desocupados los empleaba en oración, retirándose al oratorio. Aquí, como no tenía testigos de vista, se daba con más fervor á este santo ejercicio, desplegando las velas de su inflamado espíritu, con que recibía del Señor abundantísimas gracias y favores. Algunas veces le hallaban los familiares postrado en tierra, derramando tantas lágrimas, que corrían por el suelo con mucha abundancia; otras lo veían enajenado de sus sentidos, sudando tan copiosamente que, compadecidos, le limpiaban el rostro, haciendo esto, no sólo por alivio suyo, sino también por devoción, guardando aquellos lienzos por reliquia. No pocas veces le hallaban extático y absorto en Dios, y tan fuera de sí, que aunque le movían y daban voces no lo oía ni sentía, como si fuera una estatua de mármol. También le vieron arrobado y levantado del

suelo con los brazos abiertos, como hombre que más comunicaba en el cielo que con la tierra. En fin, eran varios los efectos que en nuestro Julio César causaba la meditación, según la variedad de objetos que se proponía, pues además de lo dicho, algunas veces le hallaban con un color pálido y sin pulsos, como si fuera á morir; otras tan encendido el rostro, como si arrojara llamas; otras veces suspirando y dando gritos; otras en un profundo silencio, aunque siempre unido íntimamente con Dios. Una cosa se experimentaba rara y peregrina: que hallándose absorto en la oración, y no bastando para volver en sí las mayores voces y gritería, á la más leve insinuación de su tío luego recobraba los sentidos, volviendo como de un sueño apacible [1].

22. Los empleos del estudio y de la oración, no sólo no se embarazan, sino se ayudan en los que buscan la sabiduría por la real senda del temor santo. Unía con hermoso vínculo nuestro Julio César el estudio y la oración; su oración hallaba materia en las noticias que le ministraba su estudio, y su estudio hallaba luces y voces en los silencios de su oración. Mucho le ayudó la sabia dirección de su tío; conoció éste la

1 Suma de los procesos de la beatificación, fol. 27.

vivacidad de su ingenio y no quiso que se malograse por ociosa y valdía, y así puso gran cuidado en instruirle en todo género de letras, porque un ingenio grande, sin la cultura de los estudios, es como un campo fértil sin labor, cuya falta malogra en malezas inútiles y venenosas hierbas su fecundidad.

Mucho importa que el cultivo de la doctrina en edad primera trabaje al ingenio antes que éste se vicie de ocioso y se ocupe con peregrinas impresiones de vanidad ó de otros vicios, pues siendo entonces como tabla rasa, recibe fácilmente las bellas imágenes de la virtud y sabiduría. Había ya consumado el estudio de la Filosofía con grandes créditos de la viveza de su ingenio y entera satisfacción de su tío, que desde el principio se constituyó gozoso su maestro al ver los admirables medros de estudio, y así le aplicó á la Facultad de los Sagrados Cánones, sin olvidar las divinas letras, con cuyas laboriosas tareas se iba disponiendo para los ministerios altos que el cielo le había destinado. Estudiaba sin ambición, argüía sin arrogancia, defendía con humildad, leía con suma aplicación, haciendo tales progresos en las letras, que era el ejemplo de aquel célebre seminario

de San Marcos, llevándose los aplausos de todos, aun de sus mismos maestros.

23. Mucho aprovechaba en sí mismo con su continua aplicación á la virtud y al estudio; pero no menos aprovechaba en sus condiscípulos y compañeros: entre éstos, quien le fué más familiar y amigo, fué aquel joven, de quien hemos hablado antes[1], que le condujo á casa de su tío después que arribó á Venecia. Á este virtuoso joven amaba tiernamente nuestro César por su virtud y prendas; y así á este como á los demás procuraba aprovechar en el santo temor de Dios, como en sólido fundamento de la mejor sabiduría. Todos, á su ejemplo, procuraban vivir arreglados á la ley santa de Dios y aplicados á su estudio; y si alguno veía descaminado ó distraído, luego lo buscaba para corregirlo; lo cual hacía con tan buenos modos, que, conseguido su fin, quedaba no menos obligado que agradecido. Cuando oía á alguno hablar palabras menos decentes, luego introducía con cautelosa maña alguna conversación útil y espiritual, con que atacaba el daño sin que ninguno quedase ofendido. Con estos ejemplos no se atrevían á hacer en su presencia cosa alguna que

1 Núm. 15 de este capítulo.

pudiese ser menos decente ó justa; antes bien, atraídos todos de la dulzura y suavidad con que los instruía y encaminaba á lo mejor, muy sin aquel fastidio que suelen padecer los pocos años en la vida morigerada, componían la suya al tenor del prudente y santo mancebo.

24. Siempre estuvo muy lejos (aun después de virtudes tan singulares y conocidas) de dejarse llevar de la gloria vana, que tanto apetece la naturaleza viciada desde la primera culpa de Adán. Competía su concepto humilde con el alto que de su santidad hacían todos, y cuanto más le ensalzaba éste, aquél tanto más le aniquilaba y confundía, atribuyendo á Dios con desasimiento los bienes y gracias que le habían conciliado el aplauso y veneración. Y para que las acciones, que se veían, fuesen índices de la humildad interior del ánimo, buscaba siempre solícito las ocasiones de mayor desprecio. Pero al paso que huía el vano honor y gloria del mundo, se dignó Dios de honrarle y acreditar su virtud con un insigne prodigio. Habiendo ido en el día de la Ascensión embarcado desde el seminario de San Marcos al convento de los Capuchinos en compañía de otros, por estar separado dicho

convento de la ciudad por un gran brazo del mar Adriático, habiendo visitado la iglesia y cumplido con sus devociones, se embarcaron para volver á su colegio; pero como el agua y el aire son dos elementos tan varios, al llegar al canal, sitio temible por las frecuentes desgracias, se levantó de repente un tan recio temporal, que marineros y pasajeros pensaron todos perecer sin remedio alguno, pues combatida la pequeña embarcación y casi vencida de las espumosas olas, se iba ya á fondo sin poderlos socorrer de parte alguna. Todo era confusión y gritería; pero nuestro santo joven, viendo el peligro tan próximo, lleno de fe los animó á todos, y sacando un *Agnus* que traía al pecho hizo una cruz en el agua con él, y luego de repente cesó toda aquella braveza, quedando el mar en calma con universal admiración de todos; y conociendo que aquel prodigio tan grande le había obrado Dios por los méritos de su siervo, dieron gracias al Señor, quedando nuestro joven con nuevos créditos de santo [1].

25. De lo que hemos dicho hasta aquí, bosquejando las virtudes de nuestro joven, se puede fácilmente inferir hasta qué pro-

1 Suma de los procesos de la Beatificación, fol. 39

ceridad llegaría después su santidad y méritos; pues si en la infancia, en la puericia y adolescencia fué tan grande, ¿cuál sería después en la edad provecta? Si de niño dió este varón excelso, aun dentro del comercio del mundo, tales muestras en todo género de virtudes, ¿á qué sublimidad de espíritu no llegaría después de haber gastado años y fuerza en la religión de los Capuchinos? Pero no es de admirar fuese así creciendo más y más hasta tocar en lo sumo, pues tuvo siempre muy impreso en su corazón el consejo de San Jerónimo, que instruyendo á un amigo suyo en el modo de aprovechar, le dice [1]: *Obra, guárdate, corre, date priesa*; y lo explica el santo: *Obra, para que te adelantes en el espíritu. Guárdate, no sea que el bien que recibiste, le pierdas incauto y negligente. Corre, para que no te quedes atrás. Date priesa, para que prontamente logres el fin.* Hasta aquí San Jerónimo. Practicó nuestro Julio César estas sagradas máximas con tan ardiente espíritu, que *obrando* siempre con la mayor rectitud, se *guardaba* cautelosamente de las asechanzas de Lucifer, *corriendo* con veloces pasos y *dándose priesa*

1 *Age, cave, curre, festina. Age, ut spiritualiter proficias. Cave, ne quod accepisti bonum, incautus, negligens amittas. Curre, ut non negligas. Festina, ut celerius comprehendas.* Divi Hieronymi, Epist. ad amicum.

para lograr prontamente (como logró) el deseado y dichoso fin, según veremos en el discurso de esta historia.

CAPÍTULO II

Toma el hábito entre los Capuchinos el siervo de Dios, y sus ejercicios en el noviciado.

Es Venecia una de las ciudades más hermosas y opulentas del orbe, donde todo lo que concurre puede arrebatar al deleite el ánimo más recogido; pero le traía tanto nuestro santo joven y ponía tan continuo cuidado en apartar los ojos de lo que podía distraer su corazón del amor divino, á que del todo se había dedicado, que ó nada miraba, ó lo miraba teniéndolo por una inutilísima vanidad. Era aquella populosa y encantadora ciudad para el siervo de Dios como si no fuese, pues todas sus riquezas, toda su hermosura y cuanto estimable hallan los mundanos, él lo despreciaba con ánimo generoso, y si algo hallaba digno de atención en las criaturas, era el ser cada una en su línea viva imagen del Criador, y así en todas le reconocía como digno de ser amado. Tenía muy presente aquellas

palabras de Ricardo Victorino [1], que dice: «El que verdaderamente ama á Dios, en »cualquiera parte halla familiares ins»trucciones de amor; usa de las criaturas »como de espejos, y en todo lo que mira »halla memorias y vestigios de lo que ama; »considera todas las cosas que ha producido »y el fin con que las ha producido, y en »ellas se le ofrece igualmente admirable »que amable».

2. Instruído en esta admirable doctrina, alababa al Señor en sus obras, despreciando todo fausto y vanidad, pudiendó decirse de él que, aunque el santo entró en Venecia, Venecia no entró en el santo. Sólo el culto divino, las iglesias y personas religiosas le merecían la atención. Ya había mucho tiempo que el seráfico Instituto Capuchino, entre todos los de la Iglesia santa, le parecía el más proporcionado para servir á Dios y salvar su alma. Veía en sus profesores el desprecio del mundo, la más rígida penitencia, la pobreza altísima, el ardiente celo de la salvación de las almas, la oración continua, y últimamente el ejemplo más vivo de una perfección heroica. Habia comunicado con su tio la inclinación ó vocación que tenía á los Capuchinos; y apro-

1 Ric. Victor., *Tract. de Grad. charit.*, cap. 4.

bando éste su ditamen, le daba licencia para que tratase familiarmente con aquellos Padres, de cuyo trato sacaba no pocos medros para su espíritu. Iba frecuentemente á los Capuchinos que llaman del Redentor, acompañado de aquel ejemplar joven de quien hemos hablado antes [1], que también tomó el hábito con él y se llamó Fr. Andrés de Venecia, y fué sacerdote de no vulgar santidad. Asistía á la iglesia con la mayor devoción y recogimiento, recibiendo su alma singular consuelo y alegría; aquellas paredes pobres, aquella fábrica humilde le parecía un paraíso, y sus habitadores unos ángeles. Sentía en el trato y conversación con los religiosos mucho aprovechamiento en el espíritu; y notando los Padres su fervor, junto con el lleno de virtudes que resplandecían en él, le permitían ir al Coro con su buen compañero y seguir á la comunidad en sus santos ejercicios.

3. Con esta licencia y la de su tío, se retiraba siempre que se lo permitían las tareas de su estudio á vivir entre los Capuchinos. Aquí tenía sus delicias todas y el colmo de su fervoroso espíritu. Se levantaba á Maitines á media noche, asistía á todas las horas canónicas, se disciplinaba,

1 Cap. I, n. 15 y 16.

ayunaba, guardaba el silencio, oraba con los religiosos siguiendo el rigor de su vida, pero con tanto fervor, que tenía admirados y edificados á todos aquellos Padres, viéndose excedidos, aun los más adelantados, de un joven tierno y que empezaba entonces los ejercicios ásperos de la vida Capuchina. Estaba tan gozoso cuando vivía entre los Padres que, siendo preciso apartarse de ellos para volver á su casa, no podía hacerlo sin derramar muchas lágrimas, dejando allí su corazón bien repartido. Últimamente, no pudiendo sufrir la violencia del siglo, rompió sus lazos, aunque le tenían muy poco aprisionado, y echándose á los pies del Provincial, junto con su fiel compañero, pidió humildísimamente los admitiesen al hábito. Era Provincial de aquella santa Provincia el Padre Fr. Lorenzo de Bérgamo, y como había sido testigo de la vida ejemplar de aquellos jóvenes, y tomando también informe de los mismos Padres, no dudó recibirlos luego sin preceder otro examen; lo que no es regular entre los Capuchinos, que los prueban de muchos modos antes de admitirlos, para experimentar mejor su vocación. Dióles gustoso la obediencia para que fuesen á tomar el santo hábito en el Noviciado de

Verona, y los despidió dándoles su paternal bendición.

4. Lleno de gozo nuestro Julio César (pues ya no hablaremos más en la historia de su compañero, que se llamó en la religión Fr. Andrés de Venecia, reservando su vida para la crónica); lleno, pues, de gozo, se volvió á su casa, y echándose á los pies de su tío D. Pedro, á quien tenía en lugar de padre y respetaba como á maestro, vestido su rostro de aquel candor virginal que le era tan familiar, le dijo: «Tío y señor: »aquí tienes á tus pies á un mal sobrino, »que no se ha sabido aprovechar de tus »consejos santos y fervorosos ejemplos. Ya »conozco que he malogrado mucho tiem»po, que pudiera haberlo empleado en las »letras y en el espíritu. Ahora veo que no »se ha logrado en mí el fruto tan deseado »de vuestro celo y fatigas para que yo fue»se bueno. La culpa ha sido mía; pero ten»go confianza en el Señor que con su divi»na gracia podré resarcir tantos daños. Ya, »bendita sea su piedad, tengo la obedien»cia del provincial de los Padres Capuchi»nos para ir á vestir el sayal penitente, que »tanto he deseado, al convento de Verona. »Aquí están sus letras, que las venero como »un *salvo conducto* para el Cielo. Por tanto,

»rogad á Dios por mí para que me asista »con su divina gracia y me haga hijo dig»no del serafín Francisco. Rogad también »á María Santísima, á quien he tomado »por mi abogada y patrona, para que con »su ayuda pueda lograr mi vocación. Y en »fin, tío y señor mío, espero en vuestra bon»dad me tendréis presente en vuestras san»tas oraciones y sacrificios, que yo prome»to, aunque indigno, no olvidar jamás tan»tos beneficios como tengo recibidos. El Se»ñor os llene de bendiciones y remunere »con vida eterna tanto como habéis hecho »por mí». Y postrándose en tierra, prosiguió diciendo: «Y ahora dadme vuestra »santa bendición sacerdotal, y, como buen »tío, concededme licencia para que vaya »en paz á mi destino».

5. Don Pedro, que ya tenía algunos antecedentes de la acertada resolución de su sobrino, se alegró mucho de tan santas inspiraciones; pero no pudo menos de enternecerse al ver á sus pies á un sobrino que tanto amaba, y levantándole á sus brazos le estrechó en ellos cariñosamente, y, entre lágrimas y ternuras, le dijo: «Ya sabéis, »hijo, cuánto os he estimado desde que vi»nisteis á mi casa: he cuidado de vuestra »educación, he procurado daros buen ejem-

»plo y una crianza cual conviene á vuestro »nacimiento. No os lo digo esto para el »agradecimiento, pues nada he hecho que »no deba, sino para desahogo de mi afecto. »Apruebo desde luego y doy por acertada »vuestra determinación de ser Capuchino; »pero mirad, hijo, que es un instituto muy »perfecto, de grande austeridad y peniten»cia, y que pide un espíritu gigante. Yo los »tengo muy tratados y me he hecho cargo »de su vida, y cada día me causa más admi»ración y asombro. Ahora me alegro que »entréis con algún conocimiento de su pro»fesión y vida, pues ya habéis estado algún »tiempo entre ellos. Yo espero que el Se»ñor, que os ha llamado á una religión de »santos, os asistirá con su gracia y seréis »un santo [1]. Id, pues, con la bendición de »Dios y con la mía, y su Majestad os llene »de abundantísimas gracias y os haga muy »suyo. Sólo os pido que os acordéis de mí »en vuestras oraciones y ejercicios, para »que pueda cumplir con las obligaciones »de mi estado». Díjole otras muchas cosas, y dándole aquellos documentos saludables que son propios de un eclesiástico tan docto y santo como era su tío, habiendo dis-

1 Según la virtud y santidad con que resplandecía este venerable sacerdote, se atribuye esto á profecía.

puesto sus cosas, se despidió entre mil ternuras y tomó su camino para Verona.

6. ¡Cuál sería la alegría espiritual del bendito joven, al verse ya próximo al logro de sus deseos! Mientras más se acercaba á Verona, más se aumentaban sus ansias, más crecían sus deseos. Cada jornada era un siglo que retardaba el cumplimiento de su vocación. Descubrió, en fin, las torres altas de aquella noble y antigua ciudad de refugio ó la Jerusalén triunfante; levantando los ojos al cielo, cantó luego con melodía dulce el *Te Deum laudamus;* y volviendo su corazón á María Santísima, á quien había escogido por patrona, la saludó con el *Ave maris stella.* Dió repetidas gracias á la Majestad Suprema, y, pidiendo su ayuda para aquella grande empresa, continuó su camino. Y parece que Dios le oyó, saliéndole todo prósperamente; apenas llegó al convento le presentaron al Provincial, que había venido con el ánimo de darle por sí mismo el santo hábito; y así, sin aquellas demoras y experiencias que para probar la vocación hay entre los Capuchinos, y llaman *tiempo de Catecúmenos*, le vistió el santo hábito el día 18 de Febrero del año de 1575 en la edad de 16 años. Es costumbre entre los Capuchinos al dejar el siglo y tomar el

hábito, dejar también el nombre del siglo y tomar otro, para que todo sea nuevo y nada quede del hombre viejo, ni aun el nombre; y como el Provincial se llamaba, según hemos dicho [1], Fray Lorenzo, quiso, no sin especial providencia, que dejando el nombre de Julio César, que tenía, se llamase *Fr. Lorenzo de Brindis*, con cuyo nombre le llamaremos de aquí adelante.

7. Pero antes se nos ha de permitir una breve digresión, si así se puede llamar lo que es propio de la historia. Fué famoso en la antigüedad el anfiteatro de Verona. En este glorioso campo llegaban muchos Varones fortísimos al Laurel, después de haber pasado por la fatiga de las más heroicas y repetidas hazañas. No sucedió así á nuestro nuevo luchador, pues se vió la corona sobre sus sienes, aun antes de entrar en los riesgos y contingencias de la batalla. Llamóse Julio César, cuyo nombre le puso su padre, por haber militado en los ejércitos del César siempre invicto, nuestro católico monarca Carlos V; y esperando que su hijo había de imitarle en el mismo ejercicio de las armas, quiso que, con el nombre de un emperador tan guerrero y famoso como *Julio César*, empezase el presagio de las

1 Núm. 3 de este capítulo.

batallas y victorias. Este emperador dijo de sí mismo aquel glorioso timbre, hasta ahora nunca bien ponderado: *Veni, vidi, vinci:* vine, ví, vencí; porque en él era todo uno venir, ver y vencer. Así sucedió á nuestro cristiano César. Vino al convento de Verona, en que había de pelear, y vió las trincheras de la mortificación y penitencia, donde se ejercitan los mas ilustres héroes de la milicia espiritual, y venció al mundo, al demonio y á la carne. *César* ó *nada*, solía decir con San Félix de Cantalicio; y dejó de ser famoso *César*, por ser *nada* en lo abatido; ó, por mejor decir, fué uno y otro: fué *César* y fué *nada*. *César* en lo grande de sus acciones; pero *nada* en su concepto y reputación. Dejó, pues, el nombre de Julio César y tomó el de *Lorenzo*, no sin misterio, porque éste, según su significación y alegoría, es lo mismo que *Laurel* ó *Corona*, para dar á entender los muchos triunfos que había de conseguir peleando en el campo seráfico capuchino.

8. Vestido ya del sayal penitente, que tanto había deseado, empezó con tanto fervor á ejercitarse en las virtudes, como si nunca las hubiera practicado, olvidando enteramente lo pasado y pareciéndole empezaba aquel día, según el consejo de San

Jerónimo, escribiendo á Demetriades[1]. Reputábase como novicio, no sólo en el hábito, sino en la virtud. Vivía tan resignado en la voluntad de su maestro, que no esperaba el precepto para obrar, sino que le bastaba la menor insinuación ó seña. Se propuso desde el principio la obediencia, como el camino mas seguro por donde han ido todos los héroes grandes que ha tenido, no sólo la religión, sino la Iglesia toda. Era muy exacto en las ceremonias, haciendo mucho aprecio aun de las mas mínimas; puntualísimo en las oficinas y cosas que le mandaban, sin ser necesario que le repitiesen dos veces una cosa; fervoroso en la oración y ejercicios espirituales; humildísimo en los oficios mas viles y despreciables; caritativo con sus hermanos, teniéndose por afortunado si podía servirlos en algo; mortificado en sus sentidos, grave en sus costumbres, amoroso en su trato, afable, devoto, y, para decirlo de una vez, siendo novicio era dechado de toda perfección aun á los profesos más aprovechados. Sus compañeros le miraban como á un ángel venido del cielo para enseñarles el camino de la virtud, y les servía de grande estímulo su

1 *Obliviscere omne praeteritum, quotidie inchoare te puta*. Div. Hier. Epist. 1, quae est. ad Demetriadem.

ejemplo. El maestro de novicios, y los demás padres de aquella gravísima comunidad, estaban admirados de ver tanta perfección en un joven que acababa de tomar el hábito.

9. Aunque nuestro novicio era tan mortificado y devoto, no le faltaba la virtud de la prudencia; antes bien no fuera virtuoso si no fuera prudente. Es costumbre entre los Capuchinos antes de las Cuaresmas, que tienen destinadas al ayuno, mortificación y penitencia, conceder á los jóvenes, y aun á los ancianos, alguna honesta recreación, para que, fortalecido el cuerpo con este alivio, pueda seguir el espíritu sin desfallecer por el camino de la austeridad y penitencia. En estos lances, aunque su espíritu mortificado le inclinaba más al rigor que al alivio, venciendo su prudencia los impulsos de su ánimo, hablaba con sus hermanos, se divertía con ellos; pero con tal moderación y peso que, sin faltar á las leyes de una inocente recreación, cumplía también con las leyes del espíritu, sin dejarse llevar de la libertad y desahogo que, aunque moderado y religioso, lo miraba siempre con cauteloso ceño. Sólo se le notaba en estas ocasiones el candor inocente de divertirse y hacer halagos á un corderito que había en la huerta,

notándose que, luego que veía este animalito al siervo de Dios, corría festivo á sus caricias sin acercarse á los demás novicios, le seguía saltando y brincando, con demostraciones tan singulares que llamaba la atención de cuantos lo miraban, notando en esto algún misterio, que, á lo que se puede discurrir, sería la inocencia del siervo de Dios, por ser el cordero símbolo de esta virtud; y á la verdad, en este varón grande hicieron coro, entre las demás virtudes, el candor y pureza. Últimamente su maestro de novicios, viendo y admirando en el santo joven un lleno tan prodigioso de perfección, le proponía á los demás novicios (como San Benito á San Mauro) por dechado y modelo de todas las virtudes.

10. Pero como no hay cosa estable en esta vida, sucedió para ejercicio de la paciencia del virtuoso novicio, que poco después de haber tomado el hábito le asaltó un tan fuerte dolor de estómago, motivado de sus grandes mortificaciones y penitencias, que le era causa de mucho mérito, zozobrando entre mil temores el deseo de profesar. Era tan tenaz este achaque que no le dejaba noche y día, sin permitir tregua á su descanso; pero de noche era cuando más le afligía, añadiendo á su constan-

cia duplicadas coronas. Aunque era fortísimo el dolor, capaz de rendir al más gigante, era superior su generoso espíritu; y así nunca faltaba al coro, á la oración y disciplina: ayunaba, dormía sobre unas tablas, servía á los enfermos, hacía sus oficinas, cumpliendo perfectamente con todo el rigor de la vida de un novicio Capuchino, que, aunque haya la salud más robusta no suele bastar á tanto peso. Premiábale Dios su fervor permitiendo que, cuando se hallaba más fatigado en el cumplimiento de su obligación, sintiese una dulzura tan soberana, que le hacía olvidar todos los dolores. Disimulaba el bendito joven; pero la palidez de su rostro publicaba lo que su fervor pretendía ocultar. Conocieron los padres la enfermedad del novicio, y temiendo prudentemente en la tenacidad del achaque no pasase á ser habitual y de por vida, quedando inhábil para llevar el rigor del Instituto capuchino, trataron seriamente sobre el asunto. Todos sentían perder en aquel novicio á un gran santo, según las señales que en él se descubrían; pero no todos se acomodaban con su conciencia para darle la profesión. Muchos eran de parecer, mirando por su salud y por la religión, que se volviese al siglo, y después de recupera-

da, se le recibiese segunda vez. Otros, no reparando en el achaque, teniéndole por leve, no hallaban suficiente motivo para no darle la profesión, privando á la Orden de un varón santo, que por tal le tenían todos. Últimamente tomaron un medio, que fué suspender la profesión por un poco de tiempo, esperando que él sanaría de su dolencia [1].

11. Ya se deja de ver con qué amargura estaría el bendito novicio al verse suspendida la profesión, y con ella todo su consuelo; se afligía, temiendo perder lo que tanto deseaba. Batallaba su agigantado espíritu entre dos formidables escollos. Amante de la cruz, quería padecer por Jesucristo; pero veía que por aquel padecer se privaba de un gran bien. Continuaban los dolores, y con ellos las coronas. No sabía qué camino tomar por más seguro. Si escogía los dolores, le impedían la profesión: si deseaba la profesión, le faltaban los dolores. Consultó prudentemente con su maestro lo que debía pedir á Dios, y este (vestido de luces su pensamiento) le aconsejó que, entregándose del todo en la vovoluntad del Señor, nada le pidiese determinadamente, sino que en todo y por todo

1 Suma de los procesos de la beatificación, fol. 38.

se cumpliese su voluntad santísima; y que para alcanzar este favor se valiese del patrocinio de su purísima Madre. Obedeció gustoso nuestro novicio, y tomando por norte de su oración la que fué del Salvador del mundo, repetía con resignado afecto: *No se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya.* Después pasaba, lleno de confianza, al trono de piedad y clemencia de María Santísima, y, acogiéndose á su poderoso auxilio, prorrumpía en aquellas dulces palabras: *Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix; nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus.* Así oraba el siervo de Dios, resignado en la Divina Providencia. Pero aquel Señor que oye gustoso los ruegos humildes de los suyos, oyó al bendito joven, y faltándole de allí á poco aquellos doloroses de estómago que tanto le habían molestado, profesó con gran consuelo de su espíritu y gozo universal de todos aquellos Padres el día 24 de Marzo, víspera de la Anunciación de María Santísima, del año de 1576, poco más de un mes después de cumplido el año de noviciado. Siendo este día para el siervo de Dios el más solemne y sagrado de todo el año.

CAPÍTULO III

Estudios del siervo de Dios, y gracia especial que tuvo en la predicación.

ALTAMENTE impresionado nuestro joven de aquella infalible máxima de la Escritura, que dice [1] que la sabiduría no entrará en el alma del malo ni habitará en el cuerpo sujeto á los pecados, aborrecía tanto la culpa, que de sólo el nombre se asustaba. Mucho tuvo que agradecer nuestro Lorenzo á la Providencia Divina desde su niñez, pues sin dar lugar á que viciase la ociosidad los candores de su alma, la impresionó de virtudes, y con la provechosa tarea de los estudios la enriqueció de noticias. Es práctica entre los Capuchinos, según el cap. 9 de sus constituciones generales, no dedicar á los jóvenes al estudio literario hasta pasar á lo menos dos años después del noviciado, para que en este tiempo se arraigue más el espíritu, ejercitándose en oración, penitencia y retiro; pero de esta ley fué excepción nuestro Lorenzo, pues hallándose su bendita alma adornada de

1 Sapient., 1, 4.

todo género de virtudes é ilustrada con no vulgares principios escolásticos, determinaron los padres ponerle desde luego á los estudios para que no perdiera tiempo; y conociendo sus grandes talentos, procuraron darle también un gran maestro. No hay ingenio tan profundo, tan útil, ni tan claro, que por sí sólo pueda arribar á la eminencia de una perfecta sabiduría sin el arrimo de un maestro. La tierra más pingüe se quedará erial y campo de malezas si faltare el cultivo de un diestro labrador, á cuyo trabajo corresponda, agradecida, con su fecundidad. Deseaba saber nuestro bendito joven, y ayudaba sus deseos con desvelada aplicación; pero aún le faltaba para lograrlos bien un gran maestro. Teníale la religión en el convento de Padua, famoso en su tiempo, que era el P. Fr. Francisco de Mecina, lector insigne de Teología. Á este le encomendaron sus prelados para que, como tan versado en humanas y divinas letras, las enseñase á Lorenzo. Admitióle su maestro con benignidad, noticioso ya de sus relevantes prendas y admirables progresos de su estudio. Probóle en la piedra de toque de la disputa y conferencia, y descubrió luego los profundos fondos y subidos quilates de su ingenio, en cuya pon-

deración quedaba corta la voz de su fama. Alegróse mucho hallar en aquel joven campo tan capaz y fértil para derramar las afluencias de su doctrina con esperanzas ciertas de copiosos frutos.

2. Hemos dicho en otro lugar [1] cómo había estudiado en el seminario de San Marcos de Venecia filosofía y cánones, bajo la disciplina y magisterio de su venerable tío D. Pedro Rossi; y también tocamos allí su aplicación á las letras, y sobre todo al estudio de las virtudes, de donde sacó tantos medros que era la admiración de todos. Estos fueron los ensayos en aquella edad pueril, y de ellos se podrá inferir lo que sería después. Continuaba aún con más fervor en los ejercicios espirituales, particularmente de la oración y meditación, y salió de ella tan ilustrado que penetraba sin embarazo alguno las materias más difíciles é intrincadas de la filosofía y teología, siendo de admiración, no sólo á sus discípulos, sino también á su lector, que, aunque grande, conocía las ventajas de su discípulo. Era humilde nuestro Lorenzo, y quisiera ocultar las luces de sus talentos; pero como no es posible esconder sus rayos el sol, así le sucedió al siervo de Dios, disponiéndolo

1 *Cap. I, núm. 22*

el Señor para su mayor gloria. En todas las conferencias, en todos los argumentos salía siempre victorioso, aun á pesar de su humildad; pero no pocas se notaba, con admiración de los circunstantes, que cedía fácilmente los triunfos y laureles estando ya para coronarse, efectos todos de su profunda humildad. Estudiaba para saber, pero no para saber que sabía, y así se conciliaba el amor de todos; porque la luz de la sabiduría, si no la turban sombras y humos de vanidad, se lleva por su hermosura los ojos y los aplausos. Así sucedió á nuestro joven, pues sus condiscípulos, llevados de su virtud y bondad, le buscaban en las conferencias privadas y hallaban en él tal lleno de doctrina, acompañada con tan singular claridad, que le miraban ya, no como principiante y condiscípulo, sino como maestro consumado de quien aprendían lo que ellos ignoraban. Uno de los condiscípulos que tuvo el siervo de Dios fué el P. Fr. Hipólito Romano, predicador famoso de aquel tiempo, y éste confesaba públicamente que había aprendido más de Fr. Lorenzo que de su lector el P. Mecina.

3. Instruido perfectamente en la sagrada teología, sin olvidar los sacros cánones, pasó al estudio de las divinas letras como

tan precisas para las tareas del púlpito. La lección de la Biblia sacra era toda su ocupación y esmero. Volvía y revolvía aquellas hojas con el más profundo respeto, considerando eran hojas del libro de la vida. Leía en ellas aquellos oráculos divinos que para nuestra salud dejó impresos el Espíritu Santo, con ánimo de estamparlos en los corazones, si pudiese, de todos los mortales; y fué cosa de admiración, que en brevísimo tiempo aprendió toda la Biblia de memoria, y tan perfectamente, que desde entonces, sin mirarla, citaba los lugares del viejo y nuevo Testamento, señalando, no sólo el libro, sino el capítulo y verso, tan legalmente, como si le tuviera en la mano. De tal suerte se hizo dueño de la sagrada Escritura, que en sus conversaciones, en sus escritos y en sus sermones ya no citaba texto de la sagrada Escritura, sino que la hablaba como si fuera idioma nativo, usando de ella con la mayor facilidad y propiedad en todas sus partes [1]. Para la inteligencia de los lugares obscuros no se valía de su ingenio, aunque grande; leía los santos Padres y expositores, aprendiendo con humildad de tan grandes maestros sin fiarse de sí. Veneraba á todos los santos Padres como

1 Suma de los procesos, fol. 51.

lumbreras de la Iglesia; pero quien más le arrebataba su devoción era San Agustín y San Jerónimo, acudiendo á ellos en todas sus dudas y dificultades. Después de los santos Padres ocupaban el primer lugar los sagrados expositores, y entre ellos le era muy familiar aquel sabio Capuchino Fray Francisco de Titelman. Decía que este expositor entre todos era el *más claro*, por la facilidad en explicar los textos más obscuros, y *más profundo* por la solidez con que expone la Escritura: ponderaba mucho aquel elogio que se imprimió después de su muerte en la exposición, que dejó trabajada, sobre las epístolas apostólicas [1]: *Aquí hallarás, oh lector* (dice), *declaradas muchas cosas que hasta ahora ninguno ha tocado, y explicadas otras que hasta el día de hoy han estado ocultas.* Esto se dice en alabanza de aquel insigne expositor Capuchino. Y no sólo leyó á este expositor nuestro Lorenzo, sino que leyó en el discurso del tiempo todos los expositores y santos Padres, que parece cosa increíble á no afirmarlo así los historiadores.

4. No fué inferior la aplicacion del sier-

1 *Multa hic invenies, Lector, eruta, quoe hactenus attigit nemo: multa explicata. quoe in hunc diem usque obscuriora sunt visa*. Apud Bibliothecam Capuccinor. verbo *Franciscus Titelman*.

vo de Dios á la teología dogmática. Le había escogido el cielo para *Martillo de los herejes*, renombre que le adquirió su celo; y así le adornó de todas aquellas prendas y cualidades que son precisas para tan difícil empresa. Tomó por norte de estas luchas al célebre cardenal Belarmino en sus nunca bien alabadas controversias: de aquí sacaba el siervo de Dios aquellos fuertos argumentos, con que trajo al gremio de la Iglesia tantos herejes como veremos después. Para facilitar más las empresas grandes, á que el cielo le había destinado, le adornó, ó con el don de lenguas, ó con una facilidad suma para aprenderlas. Supo con toda perfección, no sólo la lengua italiana y latina, sino la alemana, la francesa, la española, la griega, la caldea, la siriaca y la hebrea, hablando cada una de ellas como si fuera nativa: de suerte que, disputando con los judíos, hablaba el hebreo con tal propiedad, que se engañaron no pocos pensando que era hebreo de nación. Decía, que si la sagrada Escritura se perdiera, no dudaba (con la ayuda del Señor) la escribiría nuevamente en lengua hebrea [1]. Cuando vino á España le tenían todos por español, aun en los ápices más delicados del acento: aunque no es

1 Suma de los procesos de Nápoles, fol. 40

de extrañar, habiendo nacido en los dominios de España, pues Brindis, su patria, con gran parte de Italia y el reino de Nápoles, estaba en aquel tiempo por los españoles; por lo que dijimos en otro lugar, y ahora lo repetimos con singular complacencia, que nuestro siervo de Dios se puede llamar español. Este don de lenguas le recibió de María Santísima, como veremos en su lugar [2], y le ayudó mucho para la predicación y conversión de las almas, pues el Señor le había destinado, no sólo para una nación, sino para muchas. La lengua hebrea y siríaca, decía el siervo de Dios, le habían facilitado mucho la inteligencia de la sagrada Escritura, cotejando los textos de una y otra con la Vulgata ó latina. Y se tiene por cierto que Nuestra Señora le enseñó la lengua hebrea para la mayor inteligencia de la sagrada Escritura [2].

5. Fué admirable también la memoria de nuestro Brindis, pues aun en la niñez ya daba nuestras no vulgares de ser portentosa y grande. *Nunca olvidó lo que una vez leyó.* Esta era frase común entre los que trataban á Brindis. Era su memoria toda cera para impresionarse, y para conservar la impre-

1 *Cap. 10, núm. 11.*
2 Suma, fol. 56.

sión toda bronce. Los argumentos que le hacían, aunque largos, los repetía sin equivocarse en un término: las autoridades que le ponían las decía de memoria, como si las estuviera leyendo. Un caso gracioso refiere la vida italiana, que confirma lo grande de su memoria [1]. Era famoso en aquel tiempo en la predicación el P. Eberto, dominicano, amigo íntimo del Guardián de Venecia, y para darle éste un chasco le mandó á nuestro Lorenzo que fuese á oir á dicho P. Eberto un sermón de mucho empeño que había de predicar en una de las Iglesias de Venecia, y que luego que le oyese, le escribiese (según se le acordase) para enviársele al predicador. Obedeció el santo Lorenzo; y habiéndole escrito con las mismas voces, frases, términos y autoridades con que se predicó, se lo remitió el Guardián, diciéndole que mirase para otra vez lo que predicaba, pues como veía, todo estaba escrito. Pasmóse el P. Eberto al leer lo que jamás había visto ni leído en autor alguno, aunque luego salió de aquel laberinto en que estaba sabiendo lo que había pasado, quedando no menos admirado que antes; y movido de curiosidad fué á nues-

1 Lib. I, cap. 3, pár. 2 de la vida del P. Rossi. Item Suma de los procesos, fol. 55.

tro convento á ver á Fr. Lorenzo, de quien quedó muy prendado. Tal era la memoria de nuestro Brindis, que junto con las demás prendas de sabiduría ponía en admiración á todos, y no hay duda que de la oración, más que del estudio, sacaba todas estas luces. Conocían los religiosos que después de la oracion, la asistencia al coro y cumplimiento de sus oficinas, era cortísimo el tiempo que le quedaba para el estudio. Entre los Capuchinos, los jóvenes estudiantes no tienen dispensa alguna. Asisten al coro como si no estudiaran, y estudian como si no hubiera coro: á lo que se añade el peso grande de las oficinas del convento; y como á nuestro Brindis, fuera de estas precisas ocupaciones, le veían los religiosos más dado á la oración que á la lección, confesaban todos que su ciencia era más infusa que adquirida. Había aprendido del seráfico doctor, y tenía estampado en su corazón que la imagen de Cristo crucificado es el libro que con internas y externas letras compendió en sí todo lo que podemos y debemos saber los fieles; y así empleaba todo el tiempo y solicitud en considerar, mediante la oración, este libro, para todos abierto. Con este alcanzó tanta luz, aun de la humana sabiduría, como hemos visto y

veremos después. Así lo confesó el siervo de Dios á un condiscípulo suyo, que por sus virtudes le era muy confidente. Preguntóle éste, admirado de la sutileza de los argumentos y profundidad de los discursos, de qué libros se valía para el estudio, y el siervo de Dios le respondió con humildad, *que entre todos los libros que había manejado desde que sabía leer hasta entonces, los que más había estimado siempre y le habían aprovechado eran dos, uno encarnado y otro blanco: el encarnado eran las sangrientas llagas de Jesucristo, y el blanco el candor y pureza de María Santísima.* Estos fueron los libros en que leyó desde niño nuestro Brindis, y en estos aprendió todo cuanto supo.

6. Apenas cumplió nuestro venerable joven el tiempo de sus estudios, en que más había orado que estudiado, cuando viendo los prelados el gran tesoro de virtudes y ciencia con que Dios le había dotado, no quisieron que talento tan precioso se perdiese por escondido ú ocioso; y así con el mérito de la santa obediencia, le instituyó el general predicador, aun antes de haber ascendido al orden sacerdotal por faltarle mucha edad. Lleno de confusión nuestro humilde Brindis, haciéndose cargo de la grande obligación de tan sagrado ministerio

(no obstante que desde niño le había ejercitado), sabiendo que las palabras y las obras son vestiduras del alma (que si se conforman son ornato vistoso suyo, y si no son monstruosa fealdad), puso todo su cuidado en dar practicada en sus obras la doctrina de sus palabras; porque ayudada la verdad con las eficacias más elocuentes del ejemplo, triunfase de las sombras del engaño y cogiese de las virtudes el deseado fruto. Para dar feliz principio á su predicación eligió á María Santísima por su maestra y protectora en las empresas del púlpito, como lo había sido hasta allí de todas sus acciones. Las prendas de predicador naturales y adquiridas eran en Brindis admirables; porque era fecundo sin afectación, discretísimo en sus pensamientos, fundado en sus discursos, erudito en noticias de la Biblia, Concilios y santos Padres; en la persuasión de las virtudes muy dulce y suave; en la invectiva contra los vicios muy ardiente y eficaz la voz sonora y clara á que ayudaba no poco su venerable presencia, pues aunque tan joven en la edad en el aspecto era maduro y grave, causando á todos veneración y respeto.

7. Comenzó, pues, á predicar en Venecia, cosa muy rara el que los prelados señalasen

á un joven tan nuevo y principiante para estrenos de su predicación una ciudad tan famosa é ilustre como Venecia, adonde por premio de muchos años de este laborioso ejercicio van los mayores hombres de todas las religiones; con que podemos decir: *Empezó nuestro Brindis por donde otros acaban*. La iglesia magnífica de *San Juan el Nuevo* fué el teatro de su predicación apóstólica. En esta iglesia predicó dos Cuaresmas sucesivas, y acaso no carecerá de misterio haber sido iglesia de San Juan, precursor del Señor, y el mayor de los predicadores después de Cristo, donde empezó sus tareas este famosísimo predicador. Y á la verdad le imitó como pudo nuestro joven predicador. Todos saben que los elogios del Bautista los redujo Cristo, vida nuestra, á dos; es á saber: que era *Antorcha ardiente y lucida* [1]; insinúa en esto que las principales dotes de un predicador evangélico deben ser *arder* y *lucir*. De donde se infiere, que cualquiera que solicita acreditar de grande y cabal á un predicador, debe manifestar primero su ciencia clara y sincera, y luego la ardiente é inflamada caridad para con Dios y para con el prójimo. Y como el calor es compañero inseparable de la luz, según se ve en

1 Joann., 5, 35.

cualquier antorcha, y con más evidencia en el sol, que á un mismo tiempo alumbra y calienta, así nuestro Brindis, á imitación del Bautista, como *Antorcha ardiente y lucida,* á las instrucciones con que encaminaba sus auditorios al odio del pecado, al amor de la virtud y al culto de la religión, juntaba fervorosas centellas de caridad con que encendía los afectos respecto de Dios y del prójimo, atrayendo así las voluntades. Eran tan grandes los concursos de toda clase de gentes que á porfía iban á oirle, que luego corrió por Venecia la fama del joven predicador. Entre ellos, era no pocas veces su tío D. Pedro con los venerables sacerdotes del Seminario de San Marcos, que aunque ya tenían algunas pruebas de sus talentos mientras había vivido en su compañía, se admiraban ahora de sus increíbles progresos.

8. Como sus palabras iban encendidas en el amor de Dios y celo de la salvación de las almas, era maravilloso el fruto que sacaba de sus sermones. Los más obstinados pecadores se movían á penitencia, y hechos un mar de lágrimas sus ojos confesaban sus culpas con admiración de todos. Una de las conversiones que más golpe dió en Venecia fué la de una señora ilustre y principal, y

por eso más portentosa y de mayor ejemplo. Era esta señora noble, hermosa, rica, y de prendas tan singulares, que arrebataba la atención y efecto de la primera nobleza de aquella gran ciudad, y con éstos no pocos lazos para su ruina. Asistió á sus sermones, y obrando la gracia del Señor en ella mediante la eficacia del siervo de Dios, se halló trocada de repente, y con una contrición grande de sus culpas las lloró amargamente: y no obstante que las circunstancias en que se hallaba la podían retraer para mudar de vida, rompió con singular valor todos los lazos, y buscando un diestro confesor hizo con él una confesión general de toda su vida con una claridad y facilidad tan grande, que lo atribuía á milagro del siervo de Dios; pues apenas se determinó á hacer la confesión, vió sin trabajo alguno en su conciencia escrita toda su vida desde que tuvo uso de razón, con todos sus lances y sucesos, de que ni aun el menor recuerdo había tenido antes. Fué tan maravillosa la conversión de esta señora, que llegó á ser una segunda Magdalena, si antes pecadora, ahora, penitente y llena de virtudes y ejemplos, llegó á ser la admiración de Venecia, viéndose en ella verificados los dos efectos de la luz que nuestro Brindis la ministró,

ya cuando con tanta claridad vió sus pecados todos para confesarse, ya cuando los enmendó pasando desde su escandalosa vida á ser ejemplo de todas las virtudes[1].

9. De Venecia pasó el siervo de Dios, lleno de triunfos y coronas, á predicar á la catedral de Verona, y de aquí á la ciudad de Padua, y de Padua á Nápoles, Génova, Mantua y á otras ciudades de Italia, siendo en todas partes admirables los frutos de su predicación, y tan numerosos los concursos, que, no cabiendo en los templos, era necesario sacar á las plazas y á los campos el púlpito; y no es extraño, pues sus palabras eran rayos forjados en la ardiente fragua del amor divino y del verdadero celo de la conversión de las almas, y así lograban su eficacia aun en la más obstinada dureza. Era el aplauso de sus sermones, no festivo y alegre, sino provechosamente triste y melancólico, acompañado de lágrimas, sollozos y suspiros en que prorrumpía la compunción y el arrepentimiento. Ponderaba con singular energía y eficacia la fealdad de las culpas, los estragos lastimosos que hace en las almas, la severidad del juicio y la estrecha cuenta que en él se ha de tomar, hasta de los más leves defectos: la atrocidad de

1 Suma, fol. 248.

los tormentos que tiene destinados la justicia divina para satisfacción de sus agravios; todo á fin de que, aterrados con justo temor los corazones, buscasen por la puerta de la penitencia el escape de tan formidables peligros. Tenía gracia especial para persuadir la secuela de las virtudes, dándolas á conocer por sus propios colores y su verdadera fisonomía; porque según son de poderosos sus atractivos, sólo podrá resistirlos la ignorancia de su hermosura. Toda la dificultad que encuentra la rudeza del amor propio en los ejercicios de la virtud la allanaba con dulzura y eficacia, animando á los cobardes y fervorizando á los tibios con el amparo y protección de la madre de las misericordias, María Santísima, cuya devoción introducía con grandes esfuerzos como medio eficacísimo, para remedio y consuelo de pecadores. Fué nuestro Lorenzo en este sagrado ministerio del púlpito uno de los singulares que ha tenido la Santa Iglesia. No tienen número los pecadores obstinados que se redujeron á vida penitente por las eficacias de su predicación. Dejaron muchas mujeres escandalosas la torpeza de sus vidas, buscando para la seguridad de sus peligros el retiro de los recogimientos. Muchas doncellas abriendo los ojos á la luz del desenga-

ño, antes de probar las amarguras del escarmiento, poblaron los claustros religiosos. Los jóvenes, dejando el mundo y sus lisonjeras esperanzas, abrazaron una vida estrecha y penitente. Estos admirables espectáculos y ejemplos de virtud daban aliento á los fervorosos y eran asombro para los malos, logrando el siervo de Dios á manos llenas los frutos de su apostólico celo, con edificación, con aplauso y provecho de los pueblos.

10. Predicando en Pavía, ciudad ilustre y Universidad famosa, fueron grandes las conversiones que obró el Señor por su siervo. Es común achaque de las grandes Universidades y escuelas la disolución y desenfreno en los jóvenes que las frecuentan, llegando á tanto su desenvoltura, que no sólo son viciosos, sino que se avergüenzan de no ser más disolutos en indigna y torpe competencia de desaciertos y liviandades, de que es forzosa consecuencia aborrecer á cualquiera que pretenda su corrección: no fué así en esta insigne Universidad, pues movidos muchos de sus estudiantes de la fama célebre del siervo de Dios, y curiosos de averiguar si correspondían sus sermones al ruidoso eco de su fama, concurrieron á oirle en crecidas tropas. Valióse Dios, como

suele, de este débil medio para su salud espiritual, asistiendo con tan singular gracia al predicador, que, notando aquella gran suavidad y dulzura de sus palabras junto con la eficacia y fervor de su espíritu, movidos y aprisionados de la virtud, los que antes corrían libres y despeñados tras los vicios, lejos de aborrecer la corrección, se decían unos á otros: *¡Qué vida hemos traído hasta ahora! ¡Qué ceguedad ha sido la nuestra! ¡Y cómo el Señor no nos ha confundido con su justa ira! ¿Por ventura este predicador no es enviado del cielo para nuestro remedio? ¿Pues quién habrá de resistir á sus palabras? Ya vemos qué pago nos ha dado el mundo y sus deleites; y siendo el mismo siempre, sin mudar de condición, es preciso dejarle y huir sus lazos y asechanzas.* Conferenciaban entre sí lo que debían hacer para salvarse, llenos de contrición y lágrimas, y buscando al siervo de Dios y descubriéndole las heridas espirituales que padecían en sus almas, le pidieron con uniforme instancia y devotísimo rendimiento les diese eficaz remedio para curarlas y para no volver á incurrirlas. Oyólos el siervo de Dios con singular complacencia, y, advertidos de lo que debían hacer, los remitió á varios maestros espirituales para hacer con ellos una confesión

general; y después, deseando seguir vida más perfecta y asegurar su salvación, aprobándolo el siervo de Dios, unos tomaron el hábito entre los Dominicos, otros entre los Carmelitas, otros entre los Cartujos y no pocos entre los Capuchinos, poblándose los noviciados de las estrechas religiones de ilustres jóvenes que fueron de mucha utilidad en la Iglesia con su vida, doctrina y ejemplo. Igual fruto causó también en el otro sexo, porque muchas doncellas nobles dejaron el mundo y se retiraron á los claustros religiosos [1].

11. Era tan universal la fama del siervo de Dios en toda Italia, y aun en toda la Iglesia, que llegando su eco (lleno de mucha luz) á oídos del papa Clemente VIII, que entonces gobernaba la Iglesia, le mandó fuese á Roma para predicar á los judíos de aquella capital. Todos saben cuán difícil es la conversión de los hebreos, que, cubriendo, como dice San Pablo [2], los interiores ojos de la conciencia con el velo negro de la obstinación, casi se imposibilitan á la luz del Evangelio, impacientes contra los que se le predican. Pero, no obstante, la antorcha luciente del siervo de Dios no se rendía á esta pesada y tenaz niebla; antes bien,

1 Suma, fol. 305. 2 II Corin., 3, 15.

lleno de caridad y precediendo mucha oración, empezó á predicar, usando de su misma lengua hebrea con toda la perfección y claridad que ellos mismos la usan. Se les mostraba, no rígido, sino cariñoso; no áspero, sino afable. Hablando con ellos desde el púlpito, deshaciéndose su corazón en dulzura, les daba el título de *carísimos hermanos míos*, ganándoles tanta voluntad, que ellos le llamaban *nuestro amado predicador* [1]. Estas máximas evangélicas abrieron el camino al siervo de Dios para las grandes conversiones que hizo en aquella y en otras Sinagogas. El espíritu del Evangelio todo es amor y caridad, y no dureza ni rigor: su predicación, para que sea fructuosa, ha de acompañar á su espíritu: así lo practicaba nuestro Brindis, y ya que los tenía benignamente inclinados, sacaba de la Escritura antigua (como de aljaba llena de flechas) los textos más claros y genuinos para probar cómo había ya venido el Mesías prometido, y que ellos con tan ciego y pertinaz error aguardan, confutando también los errores que la malicia ó la ignorancia había sembrado en sus libros. Para más evidencia de lo que decía, llevaba al púlpito la Biblia Sacra escrita en hebreo; leía los textos ge-

1 Suma, fol. 59.

nuinos, los explicaba, concordando la cronología de los tiempos; y como esto lo hacía con tanta claridad y sutileza, examinando aun las más ocultas ceremonias y ritos de su ley, hablándoles en su misma lengua, hebrea, le tenían muchos por hebreo de profesión, no persuadiéndose cupiese en otro tantas noticias y secretos misterios. Ayudaba también la vida ejemplar y virtudes heroicas del predicador, pues los hebreos, como los demás infieles, se mueven aún más por el ejemplo que por las palabras. Muerto Gregorio XIV le mandó su sucesor, Clemente VIII, que continuase predicando á los judíos, dándole todas sus facultades apostólicas para admitirlos al gremio de Jesucristo. Tres años continuos empleó el siervo de Dios en este santo ejercicio con crecidísima utilidad de aquella ciega gente, porque fueron muchos los que se convirtieron á la religión católica, y entre ellos no pocos de los principales Rabinos, lo que causó grande admiración en Roma y mereció crecidos elogios y alabanzas del Pontífice, que le admitía frecuentemente á su audiencia comunicando con él los más graves negocios de la Iglesia.

12. Quisiera el Pontífice tener á su lado á tan gran varón; pero, por no privar á su

pueblo de tan fructuosa predicación, le permitió continuase sus apostólicas tareas, ejercitándolo también en las demás Sinagogas de Italia, para lo que le dió todas sus facultades, llenándole de privilegios y gracias apostólicas. Volvió á recorrer las ciudades de Italia, sacando copioso fruto en todas partes. Eran muchos los judíos que se convertían; de suerte que, temiendo en Venecia se acabase la Sinagoga, se conjuraron contra el siervo de Dios ciertos Rabinos de los más principales é intentaron darle la muerte; pero aunque pusieron todos los medios, el Señor le libertó milagrosamente. Pasmábanse las ciudades de Roma, Praga, Viena, Venecia y otras de ver tan numerosa multitud de hebreos seguir el estandarte de aquel sacro madero de la Cruz que sus progenitores, en ciega rebelión, fabricaron para poner en él á su desconocido Mesías. ¡Oh, lo que sabe Dios hacer por sus fieles siervos cuando quiere que en ellos y por ellos le admiremos y alabemos las criaturas! Hallándose en Ferrara la santidad de Clemente VIII, asistió muchas veces á sus sermones cuando predicaba á los judíos, para autorizar en aquel sagrado acto, y se maravillaba de tanta erudición y doctrina. Pasando por la ciudad de Casal, le supli-

có monseñor Tulio Carreta, Obispo de dicha ciudad, que predicase al pueblo. Obeció el varón santo, y viendo el fruto grande que había sacado en los fieles, le pareció no sería inferior si predicase á los hebreos. Pidióle les hiciese algunas pláticas, y como siempre estaba pronto á la conversión de las almas, vino en ello. Hay en Casal una Sinagoga copiosísima de hebreos; y para que la función fuese con la solemnidad posible y se evitasen desórdenes, dispuso su Ilustrísima se ordenase una procesión, en que iban también sacerdotes y caballeros principales, separados los hombres de las mujeres, y llegando á la Catedral y tomando asientos, cerraron las puertas para evitar confusión.

Subió al púlpito, y con su acostumbrado fervor predicó en lengua hebrea, explicando los Profetas que hablan de la venida de Cristo, confrontando los textos hebreos del Viejo Testamento con los latinos del Evangelio, alegando también la autoridad de sus más famosos Rabinos é impugnando las patrañas que la malicia ha introducido en sus libros; y todo esto con un lleno de doctrina y eficacia, que admirados los más sabios maestros de la Sinagoga exclamaban diciendo: *Jamás ha hablado nin-*

gún hombre como este [1]. Hallándose en Praga el siervo de Dios con el empleo de Comisario general, como se dirá en el capítulo siguiente, quiso hacer experiencia de su sabiduría el Cardenal Spineli, Legado apostólico en aquel reino. Era grande la fama que corría de su mucha erudición en la lengua hebrea é inteligencia profunda de los códices antiguos y modernos de los Rabinos. Convidó el Cardenal á una disputa pública en su palacio al varón santo y á los maestros más famosos de aquella numerosísima Sinagoga. Admitido el partido y señalado el día, concurrieron cuatro de los más sabios Rabinos, muy prevenidos y armados de libros. Concurrió también nuestro Lorenzo sin libro alguno, aunque llevaba en su feliz memoria y agudo entendimiento toda una librería animada. Sólo una prevención no quiso omitir, que fué una larga oración y cruenta flagelación, pidiendo al Señor gracia para alumbrar á aquellos ciegos y obstinados corazones, conociendo que de la conversión de aquellos principales ministros pendía, en gran parte, la de otros muchos. El concurso era grave y respetuoso, compuesto de eclesiásticos y seculares. Presentóse el siervo de Dios sin

1 Suma, fol. 51.

otra prevención que su divina gracia. Empezaron los hebreos con mucha algazara sus argumentos, ayudándose unos á otros, revolviendo libros y registrando textos. Pero el varón santo, sin alterarse y lleno de gravedad religiosa, respondía á los argumentos citando y refiriendo los textos de la Biblia hebrea, y también los de su secta, con tanta puntualidad y legalidad, como si los estuviera leyendo. Los mismos argumentos que ponían al siervo de Dios eran pruebas de lo que él intentaba persuadir; porque alegando textos de sus mismos escritores, tenidos entre ellos en mucha veneración, y recitando de memoria capítulos enteros sin errar en una letra, aun de aquellos autores más antiguos y raros entre los hebreos, y de que aún no tenían noticia alguna, declarando de qué Sinagoga habían sido, el tiempo en que se escribieron, la materia que trataron, el mérito de sus obras, con otras señas tan claras, que aturdidos aquellos maestros no sabían qué replicar. Para eludir las autoridades de los escritores, que traían estudiadas, alegaba la crítica que de ellos hacían otros autores de su misma nación hebrea, mostrando la ninguna fe que se merecían. Citaba las ediciones de la Biblia hebrea, declarando cuáles

eran genuinas y cuáles estaban viciadas; y tomando de las mejores y más claras fuentes sus argumentos, los proponía con tanta claridad que, confundidos y avergonzados, dejaron la disputa, confesando que aquel era más que hombre. Fué grande el gozo de todos los católicos, y mucho más del Cardenal Legado, que de allí adelante miraba al siervo de Dios como á un portento de sabiduría. Duró esta disputa muchas horas; y aunque de una y otra parte se sostuvo con el mayor empeño, nunca se notó en el Santo Lorenzo la menor señal de vanidad ni desprecio; antes bien, trataba á sus contrarios con toda urbanidad y aprecio, ganando así las voluntades de muchos, que en adelante se convirtieron á la fe de Jesucristo. Y este fué el medio de que se valió siempre para la conversión de estos míseros hebreos, y por esto le estimaban tanto al siervo de Dios, como lo dieron á entender muchas veces, particularmente en Roma; pues habiendo vuelto de Alemania le encontraron algunos de los principales hebreos en San Juan de Letrán, y saludándole con el mayor respeto y veneración, le dieron la bienvenida, asegurándole sería para todos de mucho consuelo, y á otro día muy temprano fueron al convento los maestros y prin-

cipales Rabinos en nombre de toda la Sinagoga á darle la bienvenida, suplicándole se sirviese ir á verlos, porque en ello tendrían singular consuelo. Hízolo el varón santo, saludando á todos con mucho amor y caridad, dando gracias á Dios por el gran fruto que años antes había hecho en aquella Sinagoga [1].

13. No era inferior el fruto que sacaba de los fieles. Predicando en Nápoles el siervo de Dios una Cuaresma, atrajo de suerte á aquella populosa ciudad con la suavidad de su voz y facundia de estilo, que apenas hubo día en que los concursos no le obligasen á subir dos veces al púlpito; y apenas hubo persona de todas las que le oyeron que no reformase su vida, con universal aprovechamiento y admiración común. Es la ciudad de Nápoles un como ameno jardín y paraíso de deleites, que sin sentir atrae á ella aun las voluntades más corregidas (mísera propensión de toda población populosa y grande, en que con mayor libertad y desorden reinan el lujo, la torpeza y otros vicios). Nada de esto pudo prevalecer contra la ardiente predicación de Brindis, con que propicio el cielo hacia aquellos moradores, declaró sangrienta guerra á sus es-

1 Suma, fol. 65.

candalosos excesos, sin quedar en ellos posibilidad para resistirla. La principal artillería que opuso á los muros, hasta entonces defendidos de la torpeza y sensualidad, fué su austera y penitente vida, á cuya presencia, como á la del sol las tinieblas, huía avergonzado el halago de los sentidos. Reprendía los vicios, pero con grandísima suavidad y blandura; y aunque los lugares de la sagrada Escritura, de que se valía, eran saetas agudísimas para compungir los corazones y moverlos á penitencia, no era para herirlos y lastimarlos, que es conforme al dictamen de San Gregorio [1]: *Es la sagrada Escritura* (dice el Santo) *dulce en la boca de aquel cuya vida se halla corregida con sus preceptos: habla con ella suavemente el que por ella compuestamente vive.* Este fué el método que usó nuestro Brindis, y con él quedó Nápoles convertida, de Nínive pecadora en Nínive penitente. Las conversiones de jóvenes disolutos, de mujeres perdidas y de hombres desalmados fueron sinnúmero, y eran el objeto de la admiración y conversación común de los ciudadanos. Fué tan singular el concepto que mereció de todos, que bastaba cualquiera insinuación suya para que todos lo aprobasen. Mandóle el

1 S. Greg., *hom. in cap. 3, Ezech.*

Arzobispo que encomendase en un sermón concurriesen los oyentes con alguna limosna para socorrer una gran necesidad, y habiéndolo hecho el siervo de Dios y acabada la exhortación, se quitó el manto pobre y remendado y, tomándole en las manos, dijo con afectuosas palabras: *Hermanos míos carísimos: yo no puedo por mi gran pobreza dar otra cosa que este pobre manto. Ea, mirad si cada uno de vosotros quiere concurrir por caridad, según sus fuerzas, al socorro de esta grave necesidad.* Bastaron estas breves palabras para mover á los oyentes á piedad, y que concurriesen con crecidas limosnas con que se remedió abundantemente aquella necesidad. Predicando el siervo de Dios en cierta ciudad de Italia, cuyo nombre calla de intento la historia, supo que el príncipe y señor que la gobernaba vivía amancebado, con nota y escándalo de todos sus vasallos. Propuso un día por tema de su sermón aquellas palabras del profeta Isaías: *Dabo pueros principes eorum et, effeminati dominabuntur eis: Ruit enim Jerusalem et Judas concidit* [1]. Declamó con un espíritu fuerte contra los escándalos y escandalosos. Decía que Dios castigaba á los hijos por los pecados de los padres, y á los pueblos por los pecados de los

1 Isaí., 3, v. 4 y 8.

príncipes y señores que los gobiernan, permitiendo el Señor que, atraídos los vasallos del escándalo y mal ejemplo de sus señores, corran todos precipitados á la perdición eterna. Este fué el castigo grande que Dios obró con su antiguo pueblo. Les daré por príncipes, dice el Señor, á unos muchachos, y los dominarán unos afeminados, de donde se seguirá la ruina de Jerusalén y la destrucción de Judea. Aquí exclamó el siervo de Dios con una voz terrible, y dijo: *¡Ah ciudad! ¡ciudad! Veréis vosotros dentro de pocos días caer una columna del edificio infernal que tanto fuego ha derramado sobre vuestras almas, y de allí á poco caerá todo el edificio con no poca ruina vuestra.* Esta profecía encubierta se verificó con mucha luz, pues al cuarto día murió aquel príncipe con poca esperanza de su salvación, que era la columna de aquel edificio, y de allí á poco murió también un hijo único que tenía sin dejar sucesión, con que cayó todo el edificio faltando la casa; y de la elección del sucesor se siguieron muchos debates y turbulencias entre los ciudadanos, verificándose en todas sus partes la profecía del siervo de Dios. Con estos prodigios crecía cada día más y más la fama de nuestro Brindis, y por consiguiente los concursos á oirle. Pa-

sando por Pavía, á ruego de los ciudadanos se detuvo dos días para predicar. Escogieron las dos iglesias de San Miguel y San Francisco como más capaces; pero fueron tan grandes los concursos, que un día no pudo entrar el Arzobispo á tomar asiento, aunque con singular complacencia, por ver tanta moción y lágrimas en el auditorio; y solía decir lleno de admiración: *Este capuchino es un San Pablo.*

14. Tal era el concurso que de todas partes acudía á oir sus sermones, que se vió muchas veces en peligro de ser sofocado, ya para subir al púlpito ya para salir de él y volverse á su convento; de suerte que no bastando la autoridad y respeto de muchos caballeros, que por guardarle la vida y que no muriese atropellado le acompañaban, fué preciso valerse de la fuerza y señalar una compañía de soldados que le defendiesen; y aun esto no bastaba, pues á porfía todos le querían besar, unos las manos, otros los pies, otros el hábito, ó á lo menos la bendición, que todos recibían con singular consuelo y devoción. Esto hacían, no sólo la gente común y plebeya, sino los príncipes, reyes y emperadores, hasta los Obispos y Cardenales, como veremos después; confesando, todos sentían con su con-

tacto y bendición gran consuelo espiritual que los movía á servir á Dios. Uno de los que sintieron estos admirables efectos fué Fr. Francisco de Gravelona, Capuchino. Siendo secular se hallaba estudiante en la Universidad de Pavía; y habiendo logrado besar la mano al siervo de Dios y recibir su bendición, fué tan grande el fervor que sintió en sí, que dejando luego el siglo y las bien fundadas esperanzas de valimiento que le ofrecía, abrazó el instituto Capuchino, y fué religioso de singular humildad é integridad de la vida. Cuando predicaba, le vieron muchas veces rodeado de una luz refulgente y hermosa. Reprendiendo los vicios solía arrojar llamas de fuego encendido, y lo mismo cuando trataba del amor de Dios para con los hombres. Otras veces se le notaban tantas lágrimas que bañaban su rostro; y esto era más frecuentemente cuando trataba de la pasión y muerte del Señor, y también cuando predicaba de cuán corto es el número de los que se salvan, y cuantas almas se pierden entre los infieles, idólatras, herejes, gentiles, y aun también entre los cristianos.

15. Astuto el enemigo para impedir tanto fruto como hacía en las almas el siervo de Dios, procuraba por todos modos mo-

lestarle. Predicaba un día en nuestra iglesia de Verona, y hallándose presente una mujer endemoniada, instigada de Satanás, empezó á dar tales gritos y alaridos que, aturdido el auditorio, ni oía al predicador ni podía atender á su doctrina. Conoció luego el siervo de Dios el ardid de Satanás, y dijo: *Obmutece maledicte. Calla, maldito, calla.* Enmudeció al punto el dragón infernal y no volvió á inquietar al auditorio. En otra ocasión, predicando en la iglesia mayor de Nuestra Señora de la Montaña, otra endemoniada, obrando en ella el espíritu inquieto de Satanás, perturbaba á los oyentes con sus violentos meneos, quitando la atención al auditorio con voces descompasadas. Volvióse á ella el siervo de Dios, y con mucho imperio le dijo: *Calla, maldito de Dios*; luego al punto obedeció. Otras veces, predicando en el campo, levantaba Satanás furiosas tempestades de truenos y relámpagos para atemorizar la gente y que dejase el sermón; pero conociendo el siervo de Dios quién movía aquellas tempestades, les aseguraba á los oyentes que no les haría daño alguno; y sucedía así, porque haciendo la señal de la cruz, ó se desvanecía como humo aquella tempestad ó la apartaba á otra parte, sucediendo no pocas veces que, lloviendo con

mucha abundancia por todas partes, no caía una gota sobre el auditorio, confirmando el cielo con estos prodigios la predicación del siervo de Dios. Hallábase, pues, toda Italia ilustrada con la doctrina de este insigne orador. No sólo donde predicaba se oía eco de su voz, sino aun en otras partes; al modo que en el Pórtico Olímpico, pronunciada una voz, resonaba siete veces por beneficio del eco, así de la fama que iba adquiriendo en unas provincias la predicación admirable de nuestro Brindis, se multiplicaba en las demás con el sonoro eco de su ilustre crédito. Pero el elogio principal era, no el que tributaban las voces, sino las mismas experiencias de tantos errores deshechos, de tantos desórdenes corregidos, de tantos pecadores convertidos á la eficacia de sus fervorosos sermones. Sin duda escogió Dios á este gran varón para que, como un apóstol, llevase su santo nombre por todas partes, pues en toda la tierra se oía el sonido de su fama. No sólo á Italia se redujo su celo, sino se extendió también á Alemania, Bohemia, Baviera, al Tirol y á otras provincias más remotas.

16. En todos estos reinos, infestados entonces con feísimos errores de herejías, fueron innumerables las conversiones que

hizo en los sectarios, entrando en este número muchos de los más doctos y principales, por lo que justísimamente mereció el glorioso renombre de *martillo de los herejes.* La predicación, para que sea útil, ha de ser en tiempo oportuno, según el apóstol San Pablo; y ninguno más oportuno que el que le tocó al siervo de Dios, pues apenas se ha visto siglo más corrompido en todo linaje de vicios, escándalos y errores; y tan diversos, que apenas convenían con otros. Unos seguían la secta y error del príncipe ó señor que los dominaba; otros la credulidad del predicante ó maestro en cuyas manos había caído su desventurada suerte; otros la religión ó irreligión de sus padres y tutores, y otros inventores de nuevos dogmas, vomitaban tan mortíferos venenos que no se hallaba más que ceguedad, confusión y tinieblas; y en una sola cosa convenían, que era en oponerse con todas sus fuerzas á la santa romana Iglesia. Anhelaba, pues, el siervo de Dios defender á nuestra madre la Iglesia romana de esta hostilidad, y pelear con ardiente celo contra todos estos monstruos que la movían. Para poder con más inmediata noticia refutar sus falsas y perjudiciales doctrinas, iba con frecuencia á oirlas, y como su memoria era tan feliz, con-

servaba en ella todos los textos y razones que los predicantes alegaban para su intento; y después, subiendo al púlpito, los iba refiriendo por el mismo orden y fidelidad que los había oído, y descubriendo la falsa interpretación que se les había dado proponía la más genuina y conforme á la Sagrada Escritura, confrontando unos lugares con otros, y esto con un lleno de autoridad y doctrina tan celestial, que admiraba á los mismos sectarios, que unos por curiosidad y otros por inclinación le iban á oir, ponderando todos la felicidad de su sabiduría, la elocuencia en el decir, la suavidad y dulzura de su voz, de suerte que confesaban muchos que aquello no era natural y que aquel Capuchino era ilustrado del cielo. Una máxima cristiana, entre otras, observó siempre el siervo de Dios para con los herejes y ayudó mucho á su conversión, y fué que, aunque herían éstos con oprobios y contumelias á la Iglesia romana y fe católica, publicando impíamente que las costumbres de todos los católicos eran tan viciosas y execrables como las de algunos sacerdotes, no obstante el siervo de Dios se abstenía de toda palabra que les pudiese lastimar y encender en mayores (aunque siempre injustas) indignaciones, á

que se oponía con cuerda y religiosa modestia.

17. Como las saetas envenenadas de los sectarios herían también á los eclesiásticos, tomaba de aquí ocasión oportuna para hacer fervorosas pláticas á los sacerdotes, exhortándoles al cumplimiento de las obligaciones propias de su estado y que se guardasen con el mayor cuidado de acciones escandalosas; porque la desordenada vida de los eclesiásticos desacredita la dignidad, avergüenza la Iglesia, mancha la fe y da motivo á los herejes para murmurar de los católicos, é impide su reducción al gremio santo de la Iglesia. Recordábales aquellas terribles, pero verdaderísimas palabras de San Gregorio, que dice[1]: Ningún perjuicio tolera Dios mayor en la Iglesia que la vida escandalosa de los sacerdotes, y que aquellos que ha puesto para la corrección de otros den de sí malos ejemplos, valiéndose de su mayor dignidad para tener mayor libertad de pecar. Empleaba, pues, todo su celo en reformar las costumbres del clero, como cosa tan necesaria para la reducción de los herejes. Y para resarcir el siervo de Dios con su inculpable vida los daños que había padecido la iglesia de

1 S. Gregor., *Homil. 17*, *in Luc.*, *10*.

Alemania por el vicio de no pocos eclesiásticos, que llevados ya de la embriaguez, ya de la lascivia, habían profanado el santuario con sus malas costumbres y casi extinguido la fe, componía sus operaciones de suerte que nunca los herejes hallasen en ellas qué notar, aunque con suma diligencia y solicitud las inquirían y examinaban. Cuando los reprendía el varón santo de sus malas costumbres y vicios, procuraba disculparlos, imputándolos más á su falsa doctrina que á su voluntad depravada. Guiado de estas máximas caritativas, y no usando en los sermones de sátiras ni invectivas que pudiese exasperarlos, sino sólo de textos sagrados de la Escritura y razones sólidas que pudiese convertirlos, se hacía dueño de sus voluntades y abría camino al entendimiento para que entrasen en él las luces de la fe católica, derramando sobre los corazones de todos gracia, dulzura, compunción y ternura con un aborrecimiento grande de las culpas. Eran crecidísimos los concursos de los herejes que iban á oir al siervo de Dios, y á proporción era admirable el número de los convertidos; y aunque los maestros y predicantes llevaban á mal que le oyesen sus discípulos, desacreditándole en cuanto podían, no por eso dejaban de ir á oirle, con-

fesando públicamente que las palabras del Capuchino y sus razones eran mucho más convincentes que las de sus predicantes, añadiendo que su vida y costumbres eran más ejemplares que las de sus maestros, pues cuando estos les persuadían el camino de la vida eterna se precipitaban en un abismo de vicios y maldades, destruyendo con las obras lo que predicaban con las palabras. Y para convencer mejor los errores de los herejes, escribió el siervo de Dios varios tratados, llenos de doctrina, en que demuestra la verdad de la religión católica y califica de falsa la de los sectarios. Pero siendo llena de luces y copiosísima en frutos la materia que tratamos, será preciso tocarla repetidas veces en el campo fecundo de esta historia; y así, omitiendo para después lo mucho que se pudiera decir en el asunto, pondremos fin á este capitulo con una breve notitia de las obras que dejó escritas el siervo de Dios, las que fueron presentadas á la Sagrada Congregación de Ritos en 9 de Diciembre de 1724, y después de diez años, en 13 de Febrero de 1734, las aprobó con el admirable (aunque bien merecido) elogio que dice: *Vere inter sanctos Patres potest enumerari. Verdaderamente puede ser contado entre los santos Padres.* Estas obras se

guardan manuscritas en nuestro convento de Roma, y son trece tomos en folio y uno en cuarto, como se refiere en la biblioteca novísima de los escritores Capuchinos, y son las siguientes: [1].

Adversus Layserum, et Lutherum, un tomo en folio.

Responsio ad libellum Layserii, dos tomos en folio.

Quadragesimale in duas partes, dos tomos en folio.

Adventus conciones, dos tomos en folio.

Dominicale, tres tomos en folio.

Annuales conciones super evangelia, un tomo en folio.

Sanctorale, un tomo en folio.

Sylva isagogica in conciones, un tomo en folio.

Explanatio in genesim, un tomo en cuarto.

Otras obras se hallan en la biblioteca antigua, y son las siguientes:

Expositio in prophetam Ezechielem.

Epistolae quatuor, quas ad totum ordinem, cum esset generalis, misit pro perfecta seraphicae regulae observantia.

Tractatus de modo concionandi, quo instruuntur novi concionatores.

1 *Bibliot. capuc. verb.* Laurentius.

Todas estas obras, que como parto de un varón tan docto y santo y aprobadas por la Sagrada Congregación con un elogio tan singular, se deja creer que serán de sumo aprecio y utilidad, aún no han visto la luz pública, con sumo desconsuelo de los devotos del Santo, que lo desean para honra y gloria de Dios y de su siervo. Cuál sea la causa es fácil de conocer. La pobreza altísima que profesan los Capuchinos, junto con (todo se ha de decir) cierta indolencia ó descuido, que es connatural entre los Capuchinos, hace que estas y otras muchas obras estén arrinconadas en los archivos sin ver la luz pública. Otra causa puede haber para las obras del siervo de Dios, y es la mala letra que hacía, como se ve en una carta del varón santo escrita á su gran devoto el excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, que como reliquia la conserva su descendiente ilustre el excelentísimo Sr. D. José Alvarez de Toledo, actual Duque de Alba y Marqués de Villafranca. Esta carta escrita en idioma italiano á dicho excelentísimo señor, que pondremos al capítulo VII, núm. 20, tiene unos caracteres tan raros que con dificultad se pueden leer. Demos ya lugar al capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

Prelacías que tuvo en la religión: le nombran General de toda la Orden, y acierto singular en su gobierno.

Una de las prendas más necesarias para el acertado gobierno, es la prudencia. Fué en esta virtud nuestro Santo tan ilustre, que la califican de *sublime* y *casi divina* los procesos de su canonización [1]. Adornado, pues, de esta singular prudencia, junto con una admirable destreza y madurez grande en los negocios, le hicieron digno de las mayores prelacías de la Orden, bien que contra toda su voluntad, que de corazón aborrecía cualquier género de mando: La ambición y el mérito, aunque entre sí contrarios, caminan presurosos á las eminencias de la dignidad por opuestos y contrarios rumbos. La ambición, con sus diligencias, arrebata los puestos, y cogida con el hurto en las manos halla suplicio donde esperaba descanso. El mérito, guiado del temor prudente, pone en la fuga todo su conato y cae perseguido en manos de la dignidad, que desdeñada le acaricia y poseída

1 Suma, fol. 181.

le honra. El mérito del siervo de Dios era tan público dentro y fuera de la Orden, que aun en lo más florido de su juventud le hizo acreedor á que le eligiesen Guardián de Venecia. Esta prelacía ha sido siempre de mucho peso entre los Capuchinos, no sólo por el crecido número de religiosos que la componen, sino también por la obligación de haber de tratar el prelado con los magistrados y señores de aquella insigne república. Son los Capuchinos agradecidos á los fieles que los mantienen con sus limosnas, y no contentos con encomendarlos á Dios en sus oraciones, penitencias y sacrificios, se ven también obligados por su buena crianza y religiosidad á visitar á sus bienhechores en señal de su fiel agradecimiento. Excusóse el siervo de Dios cuanto pudo; pero el mérito de la obediencia le obligó á aceptar la prelacía. ¡Feliz gobierno, cuando es guía del oficio la obediencia santa! Cumplía el siervo de Dios perfectamente todos los oficios que componen un prelado verdaderamente insigne.

2. Su genio le inclinaba con todo el peso del espíritu hacia la soledad y retiro para el estudio y la oración; pero no quiso acomodar el oficio de prelado al propio genio, sino antes el genio y la vida al oficio.

Quitó algunos ratos á la oración y muchas lágrimas á los ojos por entregarse más á las tareas del gobierno y al cuidado de sus súbditos. Hízose más tratable á todos, no sólo dejándose hallar de los religiosos y de muchos extraños, sino buscando á veces sus concursos y familiarizándose cortésmente con los del siglo; porque juzgaba haber sido este el dictamen y voluntad de nuestro padre San Francisco, cuando, gobernado del celo y honra de Dios, estampó en el corazón de los suyos aquella verdad al santo revelada: *que su religión no la había puesto el Señor en su Iglesia para que mirase para sí sola, sino para los demás.* Era amabilísimo para con sus frailes, exhortando más que mandando. La dulzura de su genio, y mucho más de su espíritu en el gobierno de sus súbditos, hizo tan suave el yugo, que se apetecía como alivio; apacentaba sus ovejas en los amenos campos de la piedad, sin honda, ni cayado, ni otro instrumento del rigor, á quien miraba como ceño de la virtud. Todos le obedecían alegres y gustosos, sin hallar repugnancia en la más difícil obediencia. Y á la verdad, si el prelado gana del súbdito el corazón con la dulzura y el cariño, podrá dominar hasta en su entendimiento y hacer apacible lugar á la perfec-

ción de su instituto; y si no habrá de forcejear con los genios, con los dictámenes y aun con las mismas leyes, porque se hace duro obedecer á quien no se ama; ni la autoridad del superior ha menester al miedo para conciliarse el respeto, que el buscarle á costa del odio fué máxima de un pérfido tirano. Su imperio en las órdenes que intimaba más sonaba á ruego que á dominio, imperando suavemente en los corazones con otra especie de dominación, que, siendo tanto más apacible, no es menos eficaz. Casi siempre solicitaba primero saber la voluntad del súbdito: exploraba su inclinación y genio y en qué empleo se ocuparía más gustoso, y si hallaba talentos proporcionados á los deseos, le señalaba para aquel oficio ó empleo adonde le llamaba su inclinación. Otras veces dejaba al arbitrio del súbdito la misma ocupación á que ya le tenía destinado, sabiendo que le cautivaba blandamente la libertad con dejarle aquella elección.

3. Floreció en gran manera la observancia y religiosidad del convento de Venecia con el gobierno prudente del siervo de Dios, verificándose con la práctica que la suavidad y blandura mantiene la religión; y al contrario, el rigor y la aspereza marchitan

los frutos de la observancia. No nos dicen las historias qué edad tenía el siervo de Dios cuando le hicieron Guardián del convento grande de Venecia, y sólo dicen que era joven; pero lo cierto es que aún no tenía veinte y ocho años, y no obstante fué su gobierno tan arreglado como ya queda insinuado, verificándose lo que dice San Bernardo [1]: *Vemos que muchos jóvenes son más sabios que los ancianos, y que en las costumbres exceden á su edad, y lo que les falta de de tiempo lo compensan con virtudes.* Así el siervo de Dios, aunque joven en la edad, era anciano en las costumbres. Pero aunque era prelado, quiso estar siempre sujeto. Mandó á Fr. Miguel de Bolonia, sacerdote de gran bondad y mérito, que en todo aquello que faltase le avisase y corrigiese con toda libertad; y Fr. Miguel, por no privarle de aquél mérito, le solía recordar algunas de sus obligaciones, y el siervo de Dios le oía y ejecutaba con gusto.

4. El año de 1590 fué elegido ministro provincial de la provincia de Toscana, cuando aún no tenía 31 años de edad y ni 15 de religión. Habiendo gobernado con mucho

1 *Multos videmos juniorum super senes intelligere, moribus antiquare dies, praevenire tempora meritis*, et *quod aetati deest compensare virtutibus.* (D. Bern. epist. 42, ad Henr. Archiep. Senen.)

acierto esta provincia, le eligió igualmente en Provincial su provincia de Venecia, siendo de 18 años de religión y 34 de su edad. Sucedió en ese tiempo, que hallándose de visita en un convento lejos de Venecia enfermó de muerte su tío D. Pedro Rossi, aquel gran sacerdote que, siendo rector del Seminario de aquella ciudad[1], le había educado al siervo de Dios, y sin saber por dónde tuvo la noticia (lo que sus compañeros atribuyeron á milagro); queriendo corresponder agradecido dejó luego la visita, y caminando á un puerto de mar allí vecino se embarcó en un navío sin decir cosa alguna á sus compañeros, y dándose á la vela llegó á Venecía en brevísimo tiempo, no sin admiración de todos; y hallando á su tío gravemente enfermo, le asistió con todos los oficios de caridad hasta que en sus manos dió su espíritu al Señor con singular consuelo de su tío, que deseaba mucho tenerle á su cabecera en aquella última hora, y lo había pedido á su Majestad con fervientes ruegos. Luego que expiró se partió al punto á continuar su visita comenzada en aquel convento de donde antes había salido. Por todas partes iba el siervo de Dios derramando luces de vir-

1 *Hic*, cap. I, n. 4.

tudes y buen ejemplo; y no pudiéndose contener en la corta esfera de una provincia, transcendió á toda la Orden; y así en el Capítulo general que se celebró en Roma el año de 1596, á que concurrió como custodio de su provincia, fué electo en Definidor general. No pasó mucho tiempo, que habiéndose de enviar Capuchinos á fundar en Alemania, de orden de Clemente VIII, y á petición del emperador Rodulfo II y de monseñor Berka, arzobispo de Praga [1], fué nombrado para este efecto con título de Visitador y comisario general el siervo de Dios, de lo que se alegró en gran manera el mismo emperador, á quien era muy conocida su virtud, prudencia, celo, sabiduría y demás prendas.

Llegó el siervo de Dios á Praga, Metrópoli de la Bohemia, donde tuvo varias audiencias con el emperador, no obstante que los herejes, enemigos siempre declarados de los Capuchinos, temiendo la ruina de sus falsos dogmas, intentaron por todos modos impedir el trato y comunicación con el emperador, maquinando contra el siervo de Dios y contra toda la Orden, como veremos después. Pero habiendo alcanzado licencia de la majestad Cesárea, fundó varios con-

1 *Sum., fol. 83, it. Bullar. Capuc., t. 4, fol.* 171 *y sig.*

ventos en Bohemia, en el Austria, en la Moravia, en el Tirol y en otras provincias de Alemania, que siempre han sido y lo son en el día, fuertes baluartes contra los herejes protestantes. Ni es de omitir un favor especialísimo que el Santo Lorenzo recibió del Señor en Gratz, ciudad famosa y capital de la Stiria. Estaba fundando el convento de Capuchinos de aquella ciudad, y por no estar acabada la iglesia tenían sólo un oratorio. Llegóse la Semana Santa, y como el Jueves Santo (según los ritos de la Iglesia) no se puede decir misa privada, dijo á un compañero el día antes que consagrase algunas formas para comulgar á otro día, por no privarse de este altísimo y divinísimo sacramento el día de Jueves Santo, en que fué instituído, y para dar cumplimiento al precepto de la comunión anual. Juntáronse en el oratorio para disponerse, y el sacerdote á quien se le había encomendado consagrar las formas, confesó que se le había olvidado. Causó esta novedad mucho desconsuelo á aquellos padres, y el varón santo los exhortó á que se dispusiesen para la comunión espiritual, ya que no podían recibir la comunión sacramental. Estando disponiéndose y abrasando sus corazones en el amor divino y fervientes deseosos de re-

cibir al Señor sacramentado, de repente se llenó el oratorio de una luz hermosa y refulgente, y en medio de ella apareció la majestad de Cristo, bien nuestro, vestido de sacerdote, acompañado de muchos ángeles, con un semblante amabilísimo. Traía un riquísimo copón en la mano, y dió la comunión al varón santo y después á los demás religiosos, observando los sagrados ritos; y acabado este sagrado acto desapareció todo aquel celestial acompañamiento dejando un olor suavísimo que duró por muchos días, y el siervo de Dios con sus compañeros quedó lleno de alegría espiritual. Este raro prodigio le hace verídico la constante tradición de toda aquella santa provincia, que aún todavía conserva el espíritu de su fundador. También consta de varias pinturas que se conservan entre los ciudanos de Gratz, gloriándose de haber sido su ciudad visitada con la presencia de tan gran Señor. Una de estas pinturas, y muy exquisita (que según su antigüedad es de aquel tiempo), la tenía el conde Galer, consejero de Estado, y la dió á nuestros religiosos de Gratz como un don especialísimo. Caminando el siervo de Dios con el motivo de establecer la Orden por la Baviera, se hospedó en una casa donde había

varios herejes, y uno de ellos, más atrevido que los demás, empezó á burlarse del siervo de Dios llenándole de improperios, y no contento con eso prorrumpió en impías blasfemias contra la santa Cruz que traía, según costumbre, colgada del cuello. Calló el varón santo á las injurias hechas á su persona, pero no á las injurias de Jesucristo. Tomó la cruz en la mano, y enardecido en santo celo, como si fuera una vibrante espada, dijo aquellas terribles palabras de San Pablo [1]: *Percutiet te Deus, paries dealbate. Castíguete Dios, hombre malvado*; y luego al punto cayó muerto como si fuera herido de un rayo, pero con tan horrenda figura y la lengua tan sacada y negra, que daba miedo, y por más que hicieron nunca pudieron metérsela en la boca. Los demás herejes que estaban presentes, al ver tan formidable castigo se postraron á los pies del siervo de Dios, y abjurando sus errores abrazaron la religión católica. Fué tan público y celebrado este caso, que informado el duque de Baviera le hizo escribir en los anales de su reino con letras de oro.

5. En Alemania se detuvo el siervo de Dios Fr. Lorenzo todo el año de 1598, con el fin de establecer la observancia regular

1 Act., 23, 3.

en los conventos que había fundado en aquellas dilatadas provincias, que siempre lo han reconocido por su padre único y fundador. Todos los frutos que han dado para el cielo estas provincias de Alemania, que han sido copiosísimos, deben su origen al gran celo y observancia con que nuestro Santo las fundó. Por este tiempo pasó el siervo de Dios á la ciudad de Munich, llamado del duque de Baviera, para que librase á la duquesa, poseída miserablemente de los espíritus malignos. Llegó el santo varón á Munich, y con él repetidas felicidades para aquella esclarecida casa (que después fué tan devota), pues el día de la Purísima Concepción de María Santísima quedó libre la duquesa, y siguiéndose á este otro prodigio no menos ilustre, profetizó que había de tener sucesión, lo que se verificó con asombro de todos, pues la tenían por estéril y habían pasado muchos años de matrimonio sin esperanza alguna, alegrándose todos los príncipes católicos, pues de no tener sucesión pasaban aquellos estados á un príncipe protestante, y ponía en consternación á todos los electores del imperio y aun á toda la Iglesia católica. Después que el siervo de Dios cumplió perfectamente con el oficio de Comisario general

y fundador de aquellas vastas provincias, se volvió á Roma el año de 1599, en que se celebró capítulo general, y fué reelegido y confirmado en el mismo oficio de Definidor general. Últimamente, el año de 1602 fué elegido en Ministro General de toda la Orden en el Capítulo que se celebró en Roma con universal aplauso de todos los vocales, siendo solamente de 43 años.

6. Con la mayor repugnancia admitió el siervo de Dios el generalato; pero inclinando el hombro á tan pesada carga, se abrazó obediente con la cruz. Tuvo presente la humildad de Jesucristo, que vino á servir, no á ser servido; y así estuvo tan lejos de envanecerse con la nueva prelacía, que antes se juzgaba y trataba como el más vil siervo y sólo digno de ponerse á los pies de todos. Á tan grande humildad juntaba una vida áspera y penitente. Por hallarse la religión de los Capuchinos extendida y propagáda por todas las cuatro partes del mundo, concede Su Santidad á los generales dispensa para que puedan hacer la visita á caballo, y les regala una mula de su caballeriza. Pero el Santo Lorenzo, renunciando este privilegio, siempre anduvo á pie, usando sólo de ella para llevar algunos trastillos suyos y de sus compañeros. Sólo el que haya ca-

minado á pie por dilatadas y remotas provincias podrá fórmar adecuado concepto de los trabajos y fatigas que se padecen. Por seis años continuos se empleó en esta laboriosa y penitente tarea; unas veces en el estío más fogoso, otras en el invierno más frío; ya con lluvias, ya con nieves; arrecido con los hielos, mortificado con las borrascas, rodeado siempre de peligros, ya por encumbrados montes, ya por profundos despeñaderos pasando ríos caudalosos; unas veces muerto de hambre, otras abrasado de sed, sin faltar nunca á la observancia de las vigilias, ayunos, disciplinas y demás austeridades propias del instituto Capuchino. Luego que llegaba á algún convento se iba al coro al primer toque de la campana, por más largo y penoso que hubiese sido el viaje. Nunca quiso le pusiesen un pobre colchón para alivio del camino, como se hace con los huéspedes caminantes, usando sólo de las desnudas tablas, así para privarse de este corto alivio, como para estar expedito á levantarse á Maitines aun la misma noche que llegaba á los conventos, cuya santa costumbre observó siempre. Estas y otras austeridades ocasionaron al santo General gravísimos achaques, y entre ellos el accidente fatal de la gota, con que padecía crue-

lísimos dolores; y aunque le había concedido el Señor un complexión robustísima, no pudo menos de rendirse á tanto golpe de penitencias y austeridades como le acarrearon el impulso de su fervor y fatigas de su ministerio.

7. Cuando llegaba á los conventos, aunque fuese después de nueve ó diez leguas de camino, comía tan escasamente, que si era el alimento bastante para no morir de hambre, no lo era para reparar las fuerzas perdidas. Si las personas devotas y principales de las ciudades por donde pasaba y hacía alguna mansión le regalaban, para exprimir su afecto, alguna comida exquisita, hacía la pusiesen en la mesa, y dando religiosas gracias al bienhechor la probaba y mandaba lo repartiesen entre los compañeros, lastimándose mucho de su cansancio y asistiéndolos con todo aquel lleno de caridad que permitían las ocasiones. Procuraba cómo amoroso padre ver á todos sus súbditos, para que cada uno declarase su necesidad; y no siendo posible visitar personalmente todos los conventos de la religión, señalaba algunos en cumplimiento de las constituciones generales [1] donde pudiesen cómodamente juntarse de los más

1 *Constit. gener.*, cap. 10.

inmediatos, fraqueándoles así el remedio de sus necesidades. Señalado ya el convento y el día en que se habían de juntar, nunca dejó de llegar á tiempo aunque fuese á costa de mil fatigas é incomodidades, porque los religiosos no estuviesen esperando haciendo falta en sus conventos. Á todos los oía con suma caridad, los consolaba en sus tribulaciones, los remediaba en sus necesidades, los dirigía en el espíritu, los animaba en el camino de la virtud, haciendo con todos y con cada uno el oficio de amoroso padre, pastor y maestro. No hay duda que de la oración sacaba el siervo de Dios el acierto que tenía en el gobierno; y aun por eso dice el seráfico Padre en su testamento (fiel exposición de su santa regla) las palabras siguientes: *Y después que el Señor me dió cargo de Frailes, ninguno me enseñaba lo que yo debía hacer; mas este altísimo me reveló,* etc. El Señor que da el cargo de la prelacía es el que enseña en la oración lo que debe hacer el superior: de allí viene el acierto, de allí el bien espiritual para sí y para sus súbditos, y de allí, finalmente, toda la felicidad eterna. Como el santo varón se dedicaba tanto á la oración sin que hallase impedimento, ni en el cansancio del camino ni en el ruido de los negocios, pues en to-

das partes y en todo lugar andaba en presencia de Dios (que es la oración más útil y provechosa), se veía su bendita alma adornada del coro vistoso de todas las virtudes. Allí la humildad, allí la caridad, allí la paciencia, allí la mansedumbre, allí la prudencia, allí la castidad, con todas las demás virtudes con que iba dejando por cualquiera parte, así á religiosos como á seculares, un ejemplar vivo de santidad y perfección.

8. Tenía muy presente para su imitación aquella sentencia de San Gregorio, que dice [1]: *Debe el pastor medir, con la altura de su dignidad, el resplandor de su conversación.* Sólo con ver al siervo de Dios, edificaba: ni era menester que predicase para mover aun el ánimo mas distraído al ejercicio de las virtudes: su vista sola era el más elocuente sermón, que persuadía el camino recto de la vida eterna. La suavidad y dulzura era el carácter propio de su genio. Tenía observadas hacia este punto las máximas de los prelados mas ilustres, en cuyo gobierno floreció la suavidad y al pie de ella la perfección. Revolvía el ejemplar de San Bernardo, que mudó en rosas las espinas de su primera severidad y las flores en miel, de que dejó bañados sus escritos. y

1 S. Greg., lib. 4, cap. 4, in lib. 1. *Reg.*, cap. 10.

mucho más el corazón de sus súbditos. Reconoció atentamente la vida admirable de San Anselmo, y entre las luces de su misma sabiduría miraba la benignidad como fondo de aquel precioso resplandor. En todas las pláticas que hacia á los prelados y cartas que les escribía recomendaba esta suavidad con expresiones tan tiernas, como la blandura á que exhortaba; deseando que los superiores de la Orden tuviesen mucho más de Padres que de Jueces, y que en los años que durase su gobierno se viese la serenidad y aun el halago en su rostro, decía que era execrable delito en un prelado hacer, no sólo más pesada, sino casi intolerable la cruz preciosa del estado religioso, y hacer de plomo para un hombro flaco aquella cruz que solamente fué de palo en el hombro de Jesucristo. Admirábase mucho cuando sabía de alguno que discurriese modos de afligir á los súbditos, debiendo antes fatigar el genio en discurrir todo el alivio que se pudiese componer con la observancia en su estado; porque, ¿quién habrá (exclamó en una ocasión), sino algún corazón que tenga más de fiera que de hombre, que al ver un infeliz abrumado con un terrible peso se desvelase en añadir nueva carga al oprimido, si no vemos que la pro-

videncia, al mirar al hombro de un Dios gimiendo con el leño de la cruz, no dispuso doblar el peso, sino que buscó un Cirineo para su alivio? *¿Qué otra cosa es* (decía) *la vida Capuchina sino una cruz pesadísima que se ha de conducir, no ya por un breve espacio desde un sitio á otro, á la cumbre desde un llano, sino desde el noviciado al sepulcro? ¿Qué otra cosa es que un martirio prolongado, que todo lo que tiene más de duración tiene más de cruel y de más duro, pues va derritiéndose la vida á fuego lento? Pues, ¿cómo habrá valor para añadir peso á este peso? Creedme, padres* (decía): *el nimio rigor hace con las virtudes lo que los grandes hielos con las flores y con las frutas, que todo lo abrasa y marchita.*

9. Á imitación de nuestro padre San Francisco, deseaba que todos viviesen alegres y contentos; y en hallando un corazón comprimido tristemente dentro del pecho, procuraba con presteza su alivio aunque fuese menester quitarle todo el peso que ocasionaba su desconsuelo, apreciando más los indecibles bienes que trae la alegría espiritual á las almas y á las ocupaciones de un religioso, porque ella hace en los corazones lo mismo que el sol con los más floridos pensiles. La suavidad del genio del varón santo no era aquella especie de blan-

dura que nace en el descuido ó en la desidia, ó ya en un miedo político y por ventura ambicioso de no desazonar al súbdito; flojedad que se descifra en halago para dejar á cada uno vivir á su albedrío, soltando el gobernalle aun en las tormentas donde el bajel fluctúe al arbitrio de los vientos; breve camino para relajar al más religioso espíritu y dar al través con toda la nave en el escollo, tan peligroso como disimulado, de la blandura. No era así la suavidad del varón santo, sino una suavidad hija de un verdadero celoso amor que hace florecer entre el desvelo la piedad sin enflaquecer el valor para aquellos lances en que se necesita de la espada, ni lleva con descuido floja en la mano la rienda quien la mide de suerte que no lastima y enfrena, aunque tal vez apriete tanto que ensangriente la boca. Vióse prácticamente esta verdad, como diremos después, en muchos lances en que supo manejar la espada del rigor, mandando con vara de hierro, inflexible al ruego y al gemido, conociendo que á veces es piedad mostrarse cruel, y que es casi imposible regir á muchos sin mezclar algo agrio entre las dulzuras del cariño y de la suavidad: y este era el martirio más penoso á la blanda condición de aquel noble pecho.

Era un Argos de todos sus súbditos, aun de los que vivían más remotos, y no obstante apartaba los ojos muchas veces para que no fuesen molestos al delincuente, y otras se mostraba ciego ó dormido para disimular algunas faltas. Decía que hace insufrible el dominio de quien trae siempre de centinela el cuidado, y levantado perpetuamente el azote. Malos pensamientos trae quien de continuo anda celando á los suyos. Esta era fráse común del varón santo; y que á veces la mayor sabiduría consiste en afectar ignorancia, y que quien no sabe disimular, ni sabe ser rey, ni debiera ser prelado; que se persuadiese el que gobernaba, de que mientras hubiese hombres habría culpas, y que querer castigarlas todas, sobre aumentarlas, era olvidarse que el barro fuese quebradizo. Aseguraba á los prelados, que gobernando con esta prudencia tendrían muchos súbditos, pero muchos más hijos, pues en habiendo suavidad en el que manda no puede dejar de ser ligero el yugo más pesado al que obedece, pues muchas veces no hace insufrible el yugo en la religión, ni la pesadez, ni la opresión de la cerviz que le recibe, sino la aspereza del que le impone. Guardaba mucho el honor de sus hijos; no creía de ligero la noticia que empañase la honra, aun-

que tuviese los más aparentes visos de cierta, porque la mancha que una vez se imprime en la imaginación teñida de una sospecha, aunque leve, ningún desengaño la saca, y la misma ansia de borrarla suele imprimirla más en la fantasía. Por eso en recibiendo algún secreto aviso contra un súbdito, porfiaba con su mismo entendimiento hasta ponerle de parte de la inocencia contra la malicia, diciendo que estaba en posesión de su fama y que no debía de ser bastante el influjo incierto ó engañoso de una pluma (ó quizá de un émulo) para despojarle de ella. Avisaba luego al reo, y si él respondía desvaneciendo la acusación no pasaba adelante, y reprendía de la falta de caridad al delator; pero si aún quedaba en duda, averiguaba la verdad por los conductos más fieles y más reservados para pasar al remedió ó al castigo, gobernándose en todo por la caridad. Cuando era preciso reprender los descuidos ó excesos de algún superior, lo ejecutaba en secreto, porque no se desautorizase en la pública humillación el oficio, y porque no viesen los súbditos á su mismo juez hecho reo; antes en lo exterior le mantenía satisfaciendo á las acusaciones del celo, de la razón ó de la queja, para guardar limpio el decoro á la

justicia, que sin él trae con desaire vergonzoso la vara del público gobierno.

10. Como tan amante de la observancia regular, profesaba especial afecto á los religiosos que veía solícitos y atentos en el cumplimiento de su alta y excelentísima profesión, porque es cosa muy natural amar cada uno á su semejante; y así muy sin razón extrañaban algunos la familiaridad con que el siervo de Dios comunicaba á los más aprovechados en las virtudes. Y al contrario, si hallaba algunos olvidados de la perfección que pide nuestro seráfico Instituto, encendido en el celo del honor divino y aprovechamiento espiritual de sus súbditos, los despertaba del pesado sueño de su indolencia con el golpe de una severa reprensión, mezclando siempre el óleo del agrado y suavidad con el vino fuerte del rigor y seriedad. Por más graduados que fuesen los delincuentes salían corregidos, sin que las diferencias de las personas fuese capa de las acciones ni acobardase su libertad. Quería que los provinciales, guardianes, definidores y demás prelados de la Orden, como eran primeros en la dignidad y el imperio, lo fuesen también en la regular observancia; por lo cual reprendía á éstos con mayor rigor, aun siendo menor el

exceso. Y, en fin, para la corrección y enmienda de unos y de otros tenía muy presentes las palabras de San Gregorio el Magno [1]: *El que tuviere súbditos* (dice), *prevéngase de misericordia con que justamente los consuele, y de severidad con que piadosamente los corrija, juntando con igualdad estos afectos, de suerte que ni la aspereza encone la llaga, ni la benignidad la empeore.* Era enemigo declarado de las novedades en la Orden, aunque fuese con el pretexto de mayor y más perfecta observancia. Decía, que nuestras sagradas constituciones y leyes estaban tan perfectamente arregladas (como dictadas por el Espíritu Santo), que nada se podía quitar ni añadir sin dar en el escollo, ó de relajación, ó de escándalo. Nunca permitió en su tiempo singularidades, no obstante que en algunas provincias había religiosos de un fervor extraordinario que, mediante mayor austeridad y rigor, pretendían introducir nuevas leyes acomodadas á su genio. Á estos espíritus, al parecer fervorosos, llamaba él *sediciosos;* y sujetaba su orgullo cerrando fuertemente la puerta á sus deseos, refrenando su altanería. Solía decir, que si en alguna provincia ó convento no se podía observar algún capítulo de

1 S. Greg., lib. 21. *Moral*, cap. 8.

las constituciones y aun de la Regla, no por eso se quebrantaba ni se vivia con relajación. Hay mucha distinción, decía, entre no poder guardar la Regla ó no guardarla; el que no puede guardarla no la quebranta ni ofende, ni es extraño el que una ley general no se pueda observar en todas partes; y aun por eso dice la Seráfica Regla: *según los lugares, tiempos y frías tierras.* Ni es motivo para introducir nuevas leyes el que no se puedan guardar en algo las antiguas, pues fuera una confusión y monstruosidad establecer para cada convento ó provincia nuevas leyes ó nuevos estatutos. Esto miraba con un ceño irresistible, sin dar partido ni á súplicas ni á persuasiones.

11. Consiguiente á esta saludable doctrina, era también su modo de pensar en punto de la observancia de nuestra Seráfica Regla y sagradas constituciones. Celaba con rigor la guarda de lo prometido en la profesión religiosa, sin que respetos humanos pudiesen torcer la vara de su justicia. Aun á los principes y potentados del mundo se oponía con singular valor y constancia cuando su pretensión era opuesta á la rectitud de nuestro estado, usando siempre de aquella gran prudencia con que el cielo le había dotado; y así, aunque algu-

nas veces los dejaba desconsolados nunca los dejaba ofendidos, pensando, por el gran concepto que de él tenían, que la justicia y la razón le obligaban á ello. Cuando, siendo General, llegaba á los conventos de nuestra Orden, concurrían llevados de su gran fama los sujetos más ilustres de la república para consultarle como á oráculo, y el siervo de Dios los oía y consolaba teniendo presente, no sólo el gobierno de la Orden, sino el bien de las almas, por lo cual no dejaba de predicar á los pueblos siempre que su ministerio se lo permitía. En su tiempo se aumentó mucho la Orden en conventos y provincias que después dieron abundantísimos frutos para el cielo. Y no contento su fervoroso celo con el vasto distrito de la Europa, envió Misioneros á la América y al Asia para la conversión de aquellos idólatras infelices cuyos dilatados campos, regados con el sudor y sangre de tan fervorosos operarios, produjeron y producen inmensos frutos en millones de almas convertidas. Girando así su ardiente celo por todas las cuatro partes del mundo, con deseo de reducir á sus moradores y llevarlos á Jesucristo, daba muchas veces al día su corazón la vuelta por el Océano, y extendidas las alas, ó las velas de su afecto, reconocía las

ciudades, las provincias, los reinos y países más remotos: consideraba las idolatrías, los errores, vicios y pecados de sus habitantes, y, recogidas las velas de su espíritu, se postraba á los pies de Jesucristo y pedía por aquellas bárbaras naciones, ofreciéndose en víctima y sacrificio. Aunque á porfía se convidaban muchos religiosos para las misiones de los infieles, no á todos admitía para tan ardua empresa, penetrando con divino instinto lo que á cada uno convenía. Así sucedió con San Serafín de Montegranario, como hemos escrito en su vida [1], que pidiendo al siervo de Dios, siendo General, le enviase á tierra de infieles para dar la vida por Jesucristo, le dijo que no le convenía y que el Señor le tenía destinado para otras cosas.

12. Se ha insinuado en otro lugar que el Santo Lorenzo, sin faltar á la prudente suavidad en su acertado gobierno, usaba también del rigor cuando lo pedían las circunstancias, sin mirar á los respetos humanos.

Dos casos, entre otros, probarán esta verdad. Visitando el varón santo la provincia de Cataluña, después de haber celebrado Capítulo en el convento del Monte Cal-

1 Vida de San Serafín, cap. 12, n. 1.

vario el día 20 de Junio de 1603 [1], llegó á un convento, y hallando en la iglesia ornamentos ricos y preciosos, y sobre todo un sepulcro muy suntuoso y magnífico con una arrogante estatua de un ilustre personaje que aún vivía y le había mandado labrar para enterrarse en él, y que después de sus días se celebrase un aniversario con gran pompa y solemnidad (todo lo cual es contra nuestra pobreza y simplicidad), admirado el santo General de tanto exceso, é informado de los Religiosos que no habían podido impedirlo por ser personaje de mucha autoridad y respeto, se estrechó con él para que quitase aquel mal ejemplo de los Capuchinos; pero no condescendiendo con la súplica, y pareciéndole al siervo de Dios que debía atropellar por los respetos humanos por no ofender los divinos, después de haber dado á los Religiosos, y mucho más al guardián, una áspera reprensión, les mandó con precepto formal de santa obediencia que luego, luego desamparasen el convento, por no ver manchada la pobreza santa y ofendida la simplicidad capuchina. *Importa poco* (decía lleno de celo el santo General) *que haya un convento menos, que el que á todos los otros se dé un ejemplar pernicio-*

1 La vida italiana de Rossi, cap. 8, fol. 107.

so y se empiecen á violar las leyes, que nos hacen digna propagación de nuestro Santo Patriarca. Continuando su visita por las provincias de España[1], llegó á un convento cuyo nombre calla la historia; y viendo que su fábrica excedía los límites de la altísima pobreza, que tenía superfluos celajes y adornos, que las celdas, claustros y oficinas eran mayores y más adornadas de lo que permiten las leyes capuchinas, quedó como fuera de sí y aun pensaba pasar adelante sin hacer mansión en él; pero, para escarmiento de los demás, quiso conocer de aquel exceso castigando á quien hallase culpado. Llamó al religioso por quien había corrido la fábrica de aquel convento, á fin de corregir lo que había juzgado crimen. Dijéronle como había ya muerto; y levantando los ojos al cielo, exclamó diciendo: *¡Oh mi Dios! perdonad á este pobre religioso, que sin duda no sabe lo que se ha hecho.* Y volviendo los ojos al edificio, desahogando contra él su enojo, le hirió con su indignación, desaprobando el exceso. ¡Portento, á la verdad, digno de tenerse presente para escarmiento en todas las edades! El convento, que por su fortaleza parece había de vencer en su duración á muchos siglos, desquiciado con esta

1 La vida italiana de Rossi, lib. I, cap. 10, fol. 126.

terrible sentencia como si fuera un rayo bajado del cielo, vino luego á tierra, castigando en las piedras muertas para escarmiento de las vivas, la severa sentencia del que celaba tanto la observancia de su instituto. Continuando la visita por las provincias de España el año de 1603, según consta de los manuscritos de la provincia de Aragón, llegó al convento de Calatayud, que entonces estaba fundado en unas peñas que hay sobre la misma ciudad; y viendo el varón santo la incomodidad de los religiosos, lastimado de su triste situación y peligro en que vivían, mandó en nombre de Dios á aquellas peñas que, sin detrimento de los religiosos, se fuesen deshaciendo, hasta dejarlo inhabitable, y mejorasen de sitio, como sucedió. Fabricaron los Capuchinos este convento el año de 1600 en unas cuevas de una gran peña salitrosa que domina la ciudad. Allí hicieron celdas, dormitorio, iglesia, refertorio, cocina y demás oficinas para una comunidad, donde vivían metidos en aquellas cuevas como unos ermitaños en el desierto; y aunque tenían celdas, dormitorio, iglesia, etc., nada tenían, pues era sólo en el nombre y nada en realidad. Vivían también amenazados á un estrago general y una inevitable ruina de

aquellos peñascos salitrosos. Pero ¡oh prodigio! después que el varón santo les intimó el precepto, se vió claramente que se iban abriendo y desgajando aquellas peñas, en ocasión y de modo que no ofendían á los religiosos, atribuyéndolo todo á milagro, de suerte que vivían entre las mismas ruinas con la mayor seguridad, acreditando este prodigio los sucesos mismos.

Habían salido los Religiosos á la ciudad á una procesión, y al volverse al convento, al llegar al atrio ó plazuela que está delante del convento, se desgajó de repente un gran peñasco, que en lo natural debía caer sobre los Religiosos y con ruina total de todos ellos; pero impelido por virtud divina, tomó tanto vuelo, que fué á parar fuera de la plaza contra todo el orden regular, alabando todos al Señor por aquel prodigio. Es loable costumbre de nuestra religión que, después de haber cenado la comunidad, se junten los Religiosos con el Prelado en la cocina á limpiar las legumbres y hortaliza que han de comer el día siguiente; dispensó un día el Prelado este ejercicio, y en el mismo tiempo en que habían de estar los religiosos ocupados en él, se vino abajo con grande estrépito toda la peña que servía de techo á la cocina, en cuya ruina hu-

bieran perecido todo los Religiosos. En otra ocasión, hallándose enfermo el P. Fr. Pedro de Segura, religioso de singular virtud, cayó gran parte del techo de la celda, pero sin llegar á la cama del enfermo; salióse éste con mucho trabajo, y, apenas se vió fuera, se arruinó enteramente la celda con admiración de todos. Así se fué cayendo aquella fábrica poco á poco, aunque sin detrimento alguno de los Religiosos, en cumplimiento de lo ordenado por el siervo de Dios; con que fué preciso mudar de terreno, y se fundó el convento que hoy existe. En la provincia de Cataluña se hospedó en casa de Juan Palá, parroquiano de Torruella, obispado de Solsona; y habiéndose caído desde una ventana muy alta sobre unas peñas un hijo suyo de corta edad, no recibió daño alguno por intercesión del siervo de Dios. Dejó en premio de su afecto una carta general de hermandad, firmada de su mano, y estando guardada entre otras alhajas en un arca, se prendió fuego al arca, y habiéndose quemado cuanto había en ella sólo quedó intacta la carta de hermandad, como hoy se ve.

13. Con estos y otros ejemplos floreció en su generalato la santa pobreza y simplicidad religiosa con las demás virtudes, no

siendo inferior el celo y cuidado que ponía en que los predicadores cumpliesen perfectamente su ministerio, *anunciando los vicios y virtudes* (como dice la Regla) [1], *la pena y la gloria con brevedad de sermón.* Quería que se predicase solamente á Cristo crucificado, deponiendo de aquel ejercicio al que subiese al púlpito á predicar viento, enredándose en tantas sutilezas el discurso, que, no sin providencia del cielo, suele quebrantarse tal vez por muy delgado el hilo, aun siendo de oro. No quería que desde el púlpito se señalasen ó tildasen personas, ni aun por rodeo, y mucho menos á ninguno de los magistrados ó ministros públicos, cuando desde luego se había de seguir escándalo, como regularmente sucede, y á los que incurrían en este intolerable exceso les apartaba de aquel ejercicio. Encargaba mucho que, cuando reprendían los vicios, hablasen no en tercera persona, culpando á los demás, diciendo: *Vosotros, con la mala correspondencia y repetidas culpas, volvéis á crucificar á Cristo;* sino: *Nosotros, con la mala correspondencia*, etc. Pues de este modo se inflamaba más el afecto de los oyentes y se evitaba el escollo en que tropezase con algún individuo, y esta máxima dejó muy recomendada.

1 Reg. de San Francisco, cap. 9.

á sus hijos. A los que predicaban con más espíritu y se hallaban adornados de aquel fervoroso celo que hace de la voz relámpago, y no sólo alumbra, sino que abrasa las almas, los sublimaba mucho. Valíase de su industria en las empresas más arduas, fulminando estos rayos sobre los montes más levantados de la tierra. En la conversión de la gentilidad empleó el siervo de Dios (como se ha insinuado poco ha) las lágrimas más puras y más vivas; y envió tan ilustres operarios por aquellas campañas, que restablecieron el semblante de la razón humana, desfigurada del todo con la lobreguez de los errores paganos. Al mismo tiempo que el siervo de Dios combatía ferozmente con las infernales hidras de la Europa, que vomitaban humo envuelto en llamas contra la Iglesia, ardía el corazón del Santo Lorenzo con el celo de dilatar la fe y de promover la religión católica, enviando Apóstoles por todo el mundo; de suerte que se vió renacer en su tiempo aquel siglo de oro que las fábulas atribuyen al reinado de Saturno. Siendo General el siervo de Dios vivían en la Orden tres grandes santos: San Fidel de Sigmaringa, San José de Leonisa y San Serafín de Montegranario.

14. Acabando felizmente el gobierno de

la Orden, cayó malo el siervo de Dios sin duda por su vida austera y penitente, y aún mucho más por los trabajos y penalidades de caminos tan dilatados. Vino á España, pasó á Francia, visitó todas las provincias de Sicilia y de Italia, estuvo en Flandes, recorrió casi toda la Alemania; con que no es mucho que en tan penosas tareas, y siempre á pie y descalzo, á no estar enfermo, contrajese no pocas enfermedades, pues aunque no tenía más que cuarenta y seis años de edad y veinte ocho de religión y gozaba una naturaleza fuerte y robusta, no era de bronce para no sentir. Afligíanle los dolores de gota, le molestaban otros varios accidentes, pero no por eso gozaba de quietud. Conociendo la santidad de Paulo V la gran prudencia y talentos del siervo de Dios, le envió por Embajador extraordinario al emperador de Alemania para tratar unos negocios graves. Fué recibido en Viena con todas aquellas ceremonias y formalidades de pompa y majestad que se acostumbran, sin que el aire de la vanidad le tocase en nada; y si este recibimiento exterior fué plausible y grande, no fué menos grande el gozo y afecto interior con que le recibió el mismo Emperador. Sabía el César la virtud, ciencia y demás prendas con que el

cielo había dotado al santo Varón, y á proporción le veneraba. Propuso su embajada, entregando las Letras Apostólicas credenciales; tratáronse los negocios y, aunque á los principios se ofrecieron varias dificultudes que al parecer eran insuperables, todas las allanó la prudencia y sagacidad de nuestro Lorenzo. Concluída felizmente su embajada á satisfacción de ambas partes, le envió el mismo Pontífice al elector Baviera con el mismo carácter de Embajador; aquí no fué menos el aplauso con que fué recibido el siervo de Dios. Este serenísimo príncipe, duque y elector de Baviera, llamado Maximiliano, fué uno de los mayores devotos que tuvo el siervo de Dios; fué quien le señaló una compañía de soldados para que en todas partes le acompañasen y le defendiesen de la maligna astucia de los pérfidos herejes, que pretendían quitarle la vida; fué también quien tenía tal devoción con el varón santo, que le ayudaba á misa no obstante que tardaba en ella, arrebatando en éxtasis, dos, tres y cuatro, y algunas veces doce horas [1]. Este gran príncipe, que nos ofrecerá en la historia mucho que decir, le recibió en la corte de Munich con toda aquella majestad y lleno de grandeza que

1 Bull. Ordinis tom. 4, fol. 153.

le dictaba su noble afecto y devoción, y propuestos los puntos de su embajada no hubo nada que vencer, pues su voto para con el duque fué siempre decisivo, oyendo sus dictámenes como oráculos divinos. Volvió á Roma, y aunque lleno de triunfos y laureles, para su concepto lleno de confusión y abatimiento, pues nunca pudieron los aplausos exteriores mudar su concepto interior de que era nada.

15. Los elogios que mereció de la Santidad de Gregorio XIV, Clemente VIII y Paulo V., de los Cardenales y de toda Roma, no es fácil de comprender. Miraban y admiraban en él un varón grande de aquellos que producen pocas veces los siglos, y aunque todas las virtudes arrebataban la atención, su rara y exquisita prudencia para el manejo de negocios graves daba mucho realce á todas y á cada una de ellas. No sólo estas legacías fió el Pontífice á la discreción del varón santo, sino otras muchas, como veremos después; y aun se puede asegurar que apenas hubo negocio grave en la Iglesia, durante los pontificados de Clemente VIII y Paulo V, que no se consultase y decidiese con la sabia prudencia de Brindis. Llegó el año de 1613, en que se celebró Capítulo general, y teniendo los Padres pre-

sente lo que había crecido la Orden en virtud y letras durante su generalato, le nombraron Definidor general y después Comisario general de la provincia de Génova; y habiéndose celebrado Capítulo en Pavía, le eligieron los Padres de aquella provincia en su ministro provincial. Excusóse el siervo de Dios por sus achaques, y particularmente por no poder visitar á pie la provincia, como se usa en los Capuchinos en cumplimiento de sus leyes [1]; pero los padres, no admitiendo las excusas, acudieron á Su Santidad por medio del Cardenal protector, para que le mandase tomar el gobierno de aquella provincia. El Pontífice, hecho cargo de la reverente súplica de aquellos Padres y el gran bien que resultaría á los Capuchinos de ello, y con el ánimo de tenerle cerca para los negocios graves que ocurriesen á la Silla apostólica, mandó que admitiese el cargo sin excusa, exonerándole de la obligacion de visitar personalmente la provincia y que pudiese subrogar en su lugar visitadores, y que cuando hallase por conveniente visitar algún convento, lo hiciese á caballo. Bajó la cabeza el siervo de Dios al mandato de su Vicario, y admitiendo resignado el gobierno de aquella provin-

1 Constituciones generales, cap. 8.

cia, la ilustró por todo un trienio con admirables ejemplos de virtud y doctrina, obrando el Señor por su siervo muchos prodigios y milagros de que se harán en adelante debida conmemoración. Es digno de notar su humildad, y que habiendo sido General de toda la Orden bajase á ser provincial de una sola provincia; pero como miraba en todas sus acciones la honra y gloria de Dios, lo recibía todo de su mano, procurando siempre llevar almas al cielo por medio de la blandura y suavidad, que es el camino más seguro, como enseña San Bernardo [1]: *Con blandura piadosa*, dice el santo, *se ha de procurar el remedio de los que, como flacos, no pueden tolerar el rigor de la observancia. Toleren con amor los prelados de la Iglesia á los que corrigen, y corrijan con amor á los que toleran.* Esta máxima, que con tanta luz dejó escrita el doctor Melifluo, la observó puntualísimamente en su provincialato, pues la larga experiencia de tantos años de gobierno le había enseñado ser la más acertada y provechosa, y así no fué menos feliz ahora su gobierno que lo había sido antes. Cuando conocía que, respecto de la indisposición de algunos súbditos, había de ser su corrección inútil ó acaso dañosa,

1 San Bernard., *de Modo bene vivend.*

se compadecía de su flaqueza, no permitiendo, pero disimulando lo que no podía por entonces remediar. Respecto de otros, convertía la reprensión en suave y casual advertencia, y así usaba del vino y del aceite según lo pedía la dolencia y disposición del enfermo, haciéndose con estos medios idea perfectísima de prelados. Más pudiéramos decir sobre el asunto propuesto; pero siendo preciso que la pluma en adelante dé algún vuelo á otro lugar donde convenga tratarlo, lo hemos reservado para entonces, dando por ahora lugar al capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

Humildad del siervo de Dios entre los mayores aplausos.

Es la humildad base firmísima de todas las virtudes. El primer paso que da el humilde, es aquel bajísimo concepto que forma de sí mismo. Llévanle á este concepto sus ojos, ó muy ciegos ó muy linces: *Muy ciegos* cuando, llenos de polvo de su nada, no quedan capaces para ver en sí las prendas que, á la verdad, son dignas de estimación y aprecio: *Muy linces* cuando, despejados los humos del amor propio, miran el oro de los

dones de Dios afeado con el lodo de la miseria terrena. Entonces, dando otro paso la humildad con la discreción, separa el lodo del oro y lo precioso de lo vil, de suerte que, volviendo á Dios lo que es de Dios, se queda solamente con lo que tiene de sí mismo, que es nada. De aquí nace que los más santos se reputen por los más viles de todos los pecadores, porque teniendo siempre clavados los ojos en las miserias con que les parece obscurecer los beneficios divinos, no es fácil persuadirles á que puedan caber en otros, con tales obligaciones, mayores ingratitudes. Conouerdan con este sentimiento las palabras de San Gregorio [1]: «Tanto más »preciosa, dice el santo, se hace una alma á »los ojos de Dios, cuanto es en los suyos »más despreciable. De aquí se le dijo á Saúl: »¿Por ventura no te constituí por cabeza de »las tribus de Israel cuando eras pequeño »en tus ojos? como si claramente se le dije»ra: Fuistes para mí grande, porque fuistes »para ti pequeño». Hasta aquí San Gregorio. Esta idea perfecta de la humildad, no sólo la guardó el siervo de Dios aun en las mayores dignidades y prelacías, sino que parece nació marcado con ella del vientre de su madre. Una cosa singular se notó en este

1 *Div. Gregorius, lib. 12, Moral.*

grande héroe, aun siendo niño: en los brazos de su madre, no obstante su afable rostro y hermosura, no admitía jamás aquellas caricias y halagos que son propios de tan tierna edad; y aun cuando su madre le hacía aquellas demostraciones indispensables de cariño, nunca le alteraba el rostro ni daba señal de hallarse bien entre los halagos, gustos y lisonjas, mirando con ceño desde aquella inocente edad todo lo que podía ofender á una humildad profunda. Por huir también la vanidad mundana se vistió desde niño un hábito humilde de nuestro padre San Francisco, para despreciar el mundo; y no sólo se vistió el hábito exterior, sino que para aprender la humildad de tan gran Padre se retiró, aún siendo niño de cuatros años, entre sus hijos los frailes menores conventuales, apreciando más en aquella tierna edad el gracioso título que le daban de *Fr. Julio César*, que así se llamaba entonces, que todos los demás títulos y nobles tratamientos que el siglo da á sus amadores. Ni eran vulgares las señales de humildad que en aquella tierna edad se notaron. Era alabado de todos, y aun admirado, por el raro don con que el cielo le adornó de predicar, y esto con aprobación y aplauso del mismo Arzopispo de Brindis,

que concurría á sus sermones, llenándole de elogios y dando gracias al Señor por aquel prodigio. No podían ocultarse á la perspicacia de esta inocente criatura tantos elogios como la fama por todas partes difundía; pero aquí la fuerza de la virtud divina y lo sublime de la humildad del Santo Niño. Dicen todos los historiadores y analistas, que en medio de tan públicos y repetidos elogios nunca se le notó alegría ó movimiento alguno de gusto ó complacencia, ni menos de presunción ó amor propio, siendo tan natural estos efectos en aquella edad.

2. Pero aun siguiendo los pasos de su inocente vida, le veremos en todos espejo ilustre de esta virtud heroica. Estando en Venecia con su tío, cualquiera advertencia que éste le hacía ó consejo que le daba, se ponía luego de rodillas para oir lo que le decía. Es también prueba grande de humildad rendirse dócilmente un entendimiento elevado al dictamen y parecer ajeno. Estaba dotado nuestro Brindis de una sabiduría admirable y de una ciencia verdaderamente infusa, y que en otro no sería fácil de ceder la palma en las lides de Minerva; pero á nuestro humilde joven se le vió repetidas veces coronado de la humildad, sofocando

en sí los brillos de la más sublime ciencia. En las disputas, en los argumentos y controversias escolásticas, se notaba con admiración de todos que, á no atravesarse la honra y gloria de Dios, luego cedía al parecer ajeno, aunque estuviese ya para conseguir el triunfo. Todo consta del capítulo primero de esta historia. Así se portaba siendo secular y joven, sin más cultura que su bella índole y natural inclinación á la humildad; pero suspirando á mayor altura y perfección, la consiguió abrazando el humilde instituto Capuchino. Vestido el hábito, traía tal moderación en todas sus acciones, que ellas mismas publicaban su profunda humildad. Era tan mortificado en la vista, tan moderado en el hablar, que parecía se avergonzaba de ello y de mirar entre los demás, teniéndose por indigno de estar entre religiosos. Cuando á los demás novicios se permitía que hablasen unos con otros, se contentaba Brindis sólo con oir á los demás, y si alguna vez se hallaba obligado á responder, era con voces tan modestas y humildes, que descubría bien en ellas la sumisión de ánimo con que le había adornado el cielo, quedando más venerable y acreditado por el camino mismo por donde solicitaba su menosprecio y humillación. No

hay duda que el Santo Lorenzo fué grande en la doctrina, grande en el gobierno de la Religión, grande en el manejo de los negocios más graves de los príncipes, grande en la prudencia, grande en la fortaleza, grande en la predicación, grande en milagros, grande en el poder contra los espíritus infernales, grande en todas las virtudes; fué terror de todos los judíos, martillo de los herejes confusión de los pecadores, dirección para los Príncipes; fué últimamente dotado del cielo con tan sublimes prendas de naturaleza y gracia, que confesando todos los que le trataban no haber en aquel siglo sujeto igual á Brindis, daban gracias á Dios por haber enviado al mundo un varón tan excelente y grande.

3. Por esta grandeza de las prendas y virtudes de Brindis se ha de medir su humildad, pues á proporción que se veía favorecido del cielo, era otro tanto más su confusión y humildad profunda. Nada de esto era en su concepto y reputación, nada hallaba que le pudiese engreir, y si alguna vez tropezaba con tal cual favor del cielo, esto le servía de más confusión y vergüenza. Era muy común en el siervo de Dios cuando le hacían alguna honra, echar á llorar diciendo: *¡Pobre de mí! ¿quién soy yo? ¡al*

infeliz Lorenzo, mísera criatura! ¿Por ventura eres otra cosa que un puñado de polvo, un poco de ceniza? ¿Quién eres tú, Lorenzo, sino el mayor pecador del mundo? Este era el concepto que formaba de sí; y si hubiésemos de formar un tratado adecuado y completo de la humildad de Brindis, era necesario recorrer todos los lances de su vida, pues toda ella está sembrada de los frutos preciosos de esta hermosa virtud. Con este lastre de su conocimiento propio corrió el peligroso golfo de los aplausos con tan feliz fortuna, que no le marearon las hinchadas olas del amor propio, agitadas del torbellino de la vanidad. No hay humildad mayor ni más recomendable, dice San Bernardo [1], que la de aquel sujeto que se halla condecorado con puestos y dignidades. Pudiéramos decir que desde los primeros años le había lisonjeado la fortuna á nuestro Brindis con los mayores aplausos en puestos y dignidades dentro y fuera de la Orden. En la flor de su juventud le eligieron Provincial, Comisario General, Definidor General y últimamente Ministro General de toda la Orden. El Pontífice le nombró Embajador cerca del Emperador de Alemania, y después con el du-

1 *Magna prorsus, etc., rara virtus est humilitas honorata.* S. Bernard, serm. 4, super Misus.

que de Baviera y otros principes. Mandó que tuviese entrada libre en Palacio, y que se le recibiese con los mismos honores y ceremonias que á los Cardenales. Los aplausos que se mereció en todas las cortes de Italia, y aun en todo el mundo por su gran santidad y prudencia, fueron extraordinarios, aunque bien merecidos por su gran talento. Le estimaban y aun veneraban los Sumos Pontífices, los Cardenales, los Nuncios, los Emperadores, los Reyes, los Electores del Sacro Romano Imperio, los Embajadores, Príncipes y Potentados, todos le respetaban como á un hombre bajado del cielo ó como á un ángel en carne humana; lleganto á tanto el aprecio y reverencia que hacían de su santidad y mérito, que no sólo los Príncipes seculares, sino los Cardenales, Arzobispos y Obispos se ponían de rodillas para recibir su bendición, venerándole como á un santo, como veremos después. Todos estos aplausos eran para el siervo de Dios otras tantas confusiones y temores de su nada, y así, suspirando y gimiendo, corregía las aclamaciones públicas, huyendo las ocasiones cuanto podía; y decía que adorasen á Dios y venerasen sólo á los santos, no dando este nombre al que estaba lleno de vicios y por eso necesitado más de oraciones que de alabanzas.

Tenía muy presente los justos juicios de Dios, y que muchos que habían conseguido común fama de santidad habían después caído en abominables y feas culpas, y así se le hacían horrorosos los honores y aplausos, y de esta suerte se defendía contra las hostilidades de la soberbia. «Hemos visto, de»cía San Agustín [1], caer estrellas del firma»mento al violento impulsó y saña cruel »del infernal dragón. Hemos visto que »aquellos que se hallaban entre los hijos de »Dios en medio de piedras encendidas se »aniquilaron en la virtud, porque subieron »á aquel monte á que subió el ángel prime»ro y de donde bajó convertido en demo»nio». Hasta aquí San Agustín. Este escarmiento le servía de freno al siervo de Dios para no fiar de sí y huir todo género de aplauso.

4. Cuando, siendo General, visitaba la religión (extendida casi por todo el Orbe), aun antes que llegase á las provincias había llegado ya el grito de su fama en repetidos ecos de sus heroicas virtudes. Por eso las personas más ilustres de los pueblos por donde pasaba solicitaban á porfía llevarle á sus casas, para hospedarle con aquella comodidad que les dictaba su fervoroso

1 S. Agust., *soliloq*. 29.

afecto; pero el siervo de Dios, como enemigo capital de los halagos del mundo, de sus delicias y vanidades, huía de todo aplauso cuanto era posible, torciendo el camino, buscando las chozas y casas humildes de los pobres como más acomodadas á su génio é inclinación natural, y donde hallaba menos comodidad y más desabrigo. Llevado de este mismo espíritu ocultaba ó variaba el día en que había de despedirse de los conventos, para evitar que á la salida de ellos le buscase el concurso ya experimentado en otras ocasiones. Lo mismo prevenía cuando había de entrar en algún convento, mandando antes á los religiosos que no lo avisasen á nadie ni permitiesen que persona alguna estuviese en parte donde le pudiese obligar á que la echase su su bendición. Andaba por caminos extraviados, mudando de rumbo para no ser conocido, sin que hubiese, en fin, especie de honor y gloria que no fuese horrosa á la humildad y modestia del santo varón; pero le sucedía lo que á Santa Paula, viuda romana, de quien escribe San Jerónimo [1]: *Que huyendo de la gloria quedaba más incapaz de librarse de ella; porque la naturaleza de los honores es esconderse de quien los busca y bus-*

1 S. Jerón. *Epitaph. Paulae.*

car á quien los desprecia. De aquí vino que, estando el santo General en nuestro convento de Milán, y habiendo concurrido á él gran multitud del pueblo para recibir su bendición, y no pudiendo vencerle por su mucha humildad, tuvieron que recurrir al Cardenal Federico Borromeo, Arzobispo de Milán, para que se lo mandase y no quedasen aquellos fieles sin el consuelo que deseaban.

Oyó la súplica, como justa, el Cardenal, y le mandó que subiese al púlpito y desde allí les echase la bendición: con que á lo menos consiguieron en común lo que cada uno deseaba en particular. Pero no sólo la plebe solicitaba ansiosa la bendición del varón santo, sino las personas del mayor carácter. En la misma ciudad de Milán el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, quinto Marqués de Villafranca y Gobernador por el Rey Católico de Milán y sus estados (de quién hablaremos repetidas veces en esta historia), tenía tanta veneración al siervo de Dios, que puesto de rodillas muchas veces le pedía con humildes instancias le hechase su bendición, con que recibia gran consuelo. Lo mismo hacían el Archiduque Matías, que después fué Emperador, y el Cardenal Ludovisio, legado

apostólico en Milán, y después Gregorio XV; postrados á los pies del santo varón le pedían su bendición y besaban su mano, sin poderse excusar, por mandárselo así el mismo Cardenal y sus prelados. ¡Cuál sería la confusión y abatimiento del varón santo! Dicen las historias que en tales lances, si conocía el honor que le hacían, empezaba á llorar amargamente por hallarse indigno de aquella honra, temiendo fuese para mayor condenación suya: así se humillaba el varón santo; pero otras veces ni conocía ni veía que aquellas demostraciones eran, ni podían ser para él, sino para honra y gloria de Dios, y así pasaba por medio de los honores con un semblante humilde, sin alterar su ánimo en cosa alguna, como si estuviera extático é insensible.

5. La ciudad, pues, de Milán, capital famosa de toda la Lombardía, fué quien entre todas las de Italia rindió al siervo de Dios más adoraciones. En esta ciudad estuvo varias veces, ya de General, ya de súbdito; pero cuando vino á tratar de la paz de Italia con el Excmo. Sr. Marqués de Villafranca D. Pedro de Toledo, su Gobernador, fué cuando se detuvo más y cuando más veneración recibió de sus vecinos. Es cosa muy rara y que, á no decirlo así la histo-

ria [1], se hiciera increible. Tanta era la devoción de toda aquella gran ciudad al varón santo, que no había hora en el día que no estuviese llena la iglesia y atrio de nuestro convento de personas de toda clase, hombres, mujeres, Eclesiásticos, magistrados, nobles, pobres y ricos, esperando todos ver al siervo de Dios y recibir su santa bendición, por cuyo medio obraba el Señor muchos milagros y prodigios; de suerte, que por orden del Cardenal Arzobispo y del Gobernador, comunicada al Guardián de los Capuchinos, se subía muchas veces al púlpito para satisfacer la devoción de los que le buscaban y pedían les bendijese, solicitando también besarle la mano y aun cortarle pedazos de hábito para reliquia. No podía salir del convento á la ciudad, pues era tal el concurso de gentes que salían á verle, que no le permitian andar por las calles, llegando á tanto la confusión que se atropellaban unos á otros, poniendo también en peligro su venerable persona. Por esto, cuando el Excmo. Sr. Gobernador D. Pedro de Toledo ó el Cardenal Arzobispo le necesitaban, iba á sus palacios de noche para no ser visto, y cuando era preciso ir de día le iban acompañando soldados para su

1 La Vida Ital. de Rossi, lib. 1, cap. 5.

custodia, y aun no bastaban muchas veces para impedir el tropel de gentes que le iban siguiendo y gritando á voces: *El Santo, el Santo*. Era gran incomodidad para los Religiosos el concurso de gentes que iban al convento perturbando el retiro, el silencio, la oración y demás ejercicios espirituales; y así, para restablecer la quietud religiosa y huir el aplauso, determinó el siervo de Dios, con aprobación de sus Superiores, salir secretamente y de noche y retirarse á un convento fuera de Milán. Así se hizo; pero sabiéndolo los ciudadanos acudieron al Gobernador, y su excelencia le mandó volviese á Milán, donde fué recibido aún con mayor aplauso. ¡Pero qué inescrutable es el Señor en sus juicios! Retírase nuestro humilde Lorenzo de las honras y estimaciones del mundo y en la fuga asegura más su victoria, haciendo triunfo de lo que antes hizo desprecio. Al contrario, el vano apenas da paso en que no pise un peligro y afanando con su ambición; ó no llega á la cumbre rendido y desairado, ó si llega es para su precipio y confusión. Aumentábase cada día más y más la devoción al varón santo, porque el cielo aumentaba también los repetidos prodigios; sanaban muchos enfermos con su bendición; los poseídos de espi-

ritus infernales quedaban libres de su opresión, y los que por justos juicios de Dios se mantenian en ella, le servian á su honra; pues cuando sentian que iba salir al púlpito, daban gritos diciendo: *Ya viene el Santo, ya viene el Santo.* De esta suerte, sin poderse negar al impulso superior que los movia, se hacian elocuentes predicadores de aquella virtud sublime. Creció tanto en esta ciudad el aprecio de las reliquias y cosas del siervo de Dios, que no siendo posible satisfacer á todos con los pedazos de hábito que le quitaban, determinaron los religiosos imprimir el *Dulcísimo nombre de Jesús* en innumerables estampas, y hecha sobre ellas la señal de la cruz por mano del siervo de Dios, se fuesen repartiendo entre los que con ansia tan insaciable solicitaban alguna cosa suya.

6. Cuánto le honró el Excmo. Sr. Marqués de Villafranca D. Pedro de Toledo, Gobernador de Milán, y cuánto aprecio hacía de su santidad y prudencia, se deja entender por las demostraciones grandes que hacía con él, consultando los asuntos más graves de su gobierno y siguiendo en todo su dictamen. Pero lo que más le acreditó de grande fué la felicidad con que concluyó los negocios de la paz entre el Rey católico

y el Duque de Saboya con el referido Gobernador D. Pedro de Toledo, de que hablaremos después. Concluida esta grande obra á satisfacción de las partes, se llegó el tiempo de ir á Roma al Capítulo general, que fué el año de 1618; pero al salir de Milán fué increible el concurso y multitud de ciudadanos de todas clases que concurrieron á nuestro convento lamentándose de la ausencia de tan amado Padre y bienhechor, y publicando á voces los beneficios que habían recibido por su intercesión, le decían con tiernísimas lágrimas: «Padre Santo, tenednos presente en vuestras oraciones y rogad á Dios por estos vuestros hijos. Padre carísimo, por el amor tan grande que tenéis á la Virgen Santísima, os pedimos que volváis prontamente á vivir y morir entre nosotros, que ya sabéis lo que os amamos y veneramos sobre todos los otros pueblos». Era tanta la confusión y lágrimas de los ciudadanos que pedían su última bendición, que hallándose presente el Cardenal Borromeo, Arzopispo de Milán, le mandó que en su nombre y con su autoridad bendijese al pueblo, exhortando su Eminencia á todos le dejasen ir solo, sin acompañarle por el camino, como querían muchos. Tomó el siervo de Dios la Cruz que traía al cuello, y postrándose to-

dos en tierra les echó la bendición en nombre de su Eminencia. Salió, en fin, de Milán lleno de triunfos y victorias, atribuyendo á Dios y no á sí tantas coronas como había alcanzado, teniendo siempre presente aquella sentencia de San Agustín que dice[1]: *No sea el fin de nuestras obras buenas la alabanza de los hombres; antes bien las debemos referir á Dios, de quien nos viene todo lo que es digno de alabanza.*

7. Era tal su humildad, junto con su caridad (pues nunca una virtud está sin otra), que aun siendo General de toda la Orden, los ratos que le dejaban las ocupaciones propias de su oficio y comunes de todo religioso los empleaba en servir á los enfermos, limpiar los vasos, hacer las camas y consolarlos en sus tribulaciones. Otras veces iba á ayudar al cocinero, barría la cocina y fregaba los platos, hallando en estas y otras humildes ocupaciones sus mayores delicias. Cuando en las visitas hallaba algún Fraile delincuente, bastaba para perdonarle el que se humillase, reconociendo su culpa; pues esta virtud que tanto amaba en sí le robaba las atenciones en otro, y aun cuando era necesario echar mano del castigo se miraba antes á sí mismo, y con-

1 S. August., *in Psalm. 118, Serm. 12.*

templándose el más delincuente de los mortales no se atrevía á condenar al súbdito sin tomar para sí mayor castigo. Siempre se hallaba reo en su propio conocimiento y nunca acreedor á la menor honra, huyendo presuroso aun de su sombra. Varios casos comprueban esta verdad, de los que referiremos algunos, y sea el primero el que sucedió en Dola. Es esta ciudad la capital de Borgoña, provincia que se llama *el condado libre*, donde la Religión católica con singularidad resplandece y á ninguna otra es inferior en la devoción á los Capuchinos. Llegó de visita el siervo de Dios y entró de noche para no ser conocido: súpose en la ciudad, y por ser tarde determinaron los ciudadanos irle á visitar á otro día. Avisáronlo al santo General, y constante en huir los aplausos y estimaciones, respondió que lo excusasen, porque se iba muy temprano. Hízolo así el General: salió de mañana; pero los ciudadanos y senadores, que velaban sobre aviso, luego que lo supieron salieron todos á medio vestir y algunos descalzos, y corriendo presurosos por aquellos campos le vinieron á encontrar, y puestos á sus pies no se levantaron hasta que les dió su bendición, con que volvieron á sus casas consolados. En Flandes, al salir de Bruselas

para Amberes, iban muchos hombres delante del siervo de Dios derramando hierbas y flores por el camino. En Francia, al entrar en los pueblos, le recibían al toque de campanas, y en algunas ciudades salía el clero procesionalmente con velas encendidas cantando el *Te Deum laudamus.*

8. Tres veces estuvo el siervo de Dios en nuestra España: la primera, siendo General, para visitar los conventos de la Orden, y las otras dos con el carácter de Embajador cerca de Felipe III. En todas las ocasiones mereció de los españoles el mayor aprecio y estimación, venerándole como á santo, no sólo la plebe, sino la nobleza, señores, grandes, embajadores, ministros y el mismo rey Felipe III. Con la Reina, cuyos testimonios nos mostrarán esta verdad á su tiempo. Ni es de omitir lo que se halla en los manuscritos de nuestro convento de Zaragoza, y es lo siguiente: Al llegar el siervo de Dios á un lugar llamado Muel, que es del Marquesado de Camarasa, toda la gente del pueblo, que estaba fuera de él en su labranza, á deshora, movidos por divina inspiración, se juntaron en el lugar dentro de muy poco espacio de tiempo, sin saber á qué venían; y habiendo luego tenido noticia que entraba en el lugar el sier-

vo de Dios, con singularísima devoción salió á recibirle todo el pueblo, pidiéndole su santa bendición, y entendieron todos haber sido movidos por divina inspiración y no al acaso, como todos los de aquel pueblo lo aseguraban. De allí á tres ó cuatro leguas, en una villa llamada Cariñena, obró nuestro Señor por su siervo el siguiente milagro: Salieron muchas personas á recibir al santo Padre, llevados de la opinión y fama de su santidad, y á recibir su bendición paternal, porque Dios obraba grandes maravillas, en particular en enfermos y achacosos. Entre otros una mujer vecina de la misma villa, llamada María Fernández, tenía un niño muy enfermo; y trayéndole á la presencia del bendito Padre y echándole la bendición, le volvió á su madre del todo sano y bueno, atribuyéndolo á los méritos del siervo de Dios; y no se duda que Dios nuestro Señor obró en este camino por medio de su siervo otros muchos, pues en tan poca distancia de tierra los iba multiplicando tanto. Encargaba estrechamente el siervo de Dios á sus compañeros que no dijesen en los pueblos de su tránsito quién era, para evitar aplausos y vanidades; pero de poco sirve la diligencia humana contra la providencia divina. Calla-

ban los hombres, pero hablaban los cielos; procuraba el varón santo ocultarse, pero el Señor se empeñaba en manifestarle. Brindis quiere esconderse, Dios quiere publicarle. Erá cosa rara que, sin saber cómo, luego todos lo sabían y todos (sin haberle visto jamás) le conocían. Tiene el Señor en su inefable providencia varios modos (para nosotros ocultos) con que sabe ensalzar á sus siervos; y así lo hacía con nuestro Santo Brindis. Camínaba entre sus compañeros sin distinción alguna, á pie y con un hábito acáso más pobre y remendado que los demás, y luego le conocían todos sin haberle visto antes. Era tal la devoción de los pueblos por donde pasaba, que á porfía salían los vecinos á besarle la mano, tocarle el hábito y recibir su bendición; y sin reparar en el barro y lodo que solía haber, se ponían de rodillas y le iban acompañando de un pueblo á otro, sin poderse desprender de él, aunque muy á costa de su profunda humildad. Es fama común que con su bendición sanó á muchos enfermos, dió vista á ciegos, habla á los mudos, pies á los cojos, y libertó á muchos poseídos de los espíritus malignos; y en fin, confesaban todos, que con la bendición del varón santo recibían un consuelo muy extraordinario

que no recibían con la bendición de otros. Siendo ministro provincial de Génova, apenas llegaba á algún convento cuando, movidos los vecinos de los pueblos con una virtud oculta, aunque eficaz, salían todos á verle y recibir su bendición, teniéndose por dichoso el que le tocaba el hábito ó besaba la mano; y cuando salía de un convento á otro le acompañaba tanta gente, que le impedían el paso, y muchas veces era menester llevar soldados para hacer lugar y no impedirle el camino. Lo mismo le sucedió cuando pasaba por mar de un convento á otro, que si la embarcación estaba quieta sin andar había muchos que se echaban al agua (aun con peligro de la vida) por tener el consuelo de hablarle más despacio; y á lo menos se quedaban en la ribera hasta que se perdía de vista.

9. En Casal de Monferrato el Ilmo. señor Carreti, obispo de aquella ciudad, llevó al siervo de Dios para que predicase en la catedral dos días, y para tenerle más cerca de sí le llevó consigo á su palacio. Luego se juntó infinita gente, clamando todos por el padre Brindis, de suerte que, temiendo un alboroto, fué preciso llamar soldados y cerrar las puertas de palacio para su seguridad. Entonces mandó el señor Obispo al

siervo de Dios saliese á un balcón á dar la bendición al pueblo, y todos, postrados, la recibieron con mucha devoción y consuelo, con que se aquietaron. En Pavía, acompañándole un dia al convento el Ilmo. señor Biglia, Arzobispo de aquella ciudad, junto con el gobernador, para impedir le atropellasen, clamaban todos á grandes voces pidiendo su bendición. El varón santo, vuelto al Arzobispo, le dijo: *Mirad, Señor, que estos vuestros hijos os piden la bendición. No* (replicó el Arzobispo); *á mi no me piden la bendición, la piden á ti, y asi dásela para que nos dejen.* Confuso el siervo de Dios obedeció humilde, y se quitó la plebe. En la ribera de Génova, sin tener noticia de la venida del varón santo ni conocerle, dejaban todos en el campo sus labores y salían al camino para tocarle el hábito, besarle la mano y recibir su bendición. Á la parte de Levante de la misma ribera de Génova, yendo á visitar el convento de Pontremoli, salió toda la provincia de la Lunegiana á recibirle como á un santo; y queriendo después embarcarse para el Poniente, fué tanta la multitud de gente que concurrió, que le impedían el paso para la ribera, ni tampoco le permitían embarcarse, queriendo cada uno besarle la mano y recibir su bendición. En

esta ocasión refieren los anales latinos, que el Señor obró por su siervo Lorenzo casi infinitos milagros con sólo recibir su bendición. Retiróse en una ocasión á descansar á su provincia, y habiendo entrado de noche en el convento de Venecia para no ser conocido (¡cosa rara!), á otro día muy temprano acudió grande multitud de gentes, y entre ellos no pocos enfermos de varias dolencias, pidiendo á voces la bendición del varón santo. Fué preciso condescender á sus ruegos, y fueron todos consolados, y de los enfermos sanaron de repente un ciego, una niña de pocos años y muchos endemoniados. No pudo ocultarse en Venecia ni lograr el descanso que deseaba, y así fué preciso retirarse á un convento que estaba en el desierto.

10. En Mantua tuvo los mismos concursos, y yendo un día á visitar al gran duque, fué tanta la multitud de gente que se juntó en las calles, que no siéndole posible pasar para volverse al convento, fué preciso llevarlo en un coche del duque con la misma guardia que á su propia persona. En Padua, yendo á ver al cardenal Vendramino, usó, para no ser conocido, de la estratagema de ponerse al hombro unas alforjas como limosnero é ir con el capucho puesto;

pero aun esto no bastó, pues descubierto por uno, iba gritando: *Aquí va el santo, aquí va el santo.* En la ciudad de Nola adoleció el siervo de Dios de la gota, y era preciso algunas veces sacarle al atrio entre religiosos para bendecir al pueblo. El Obispo de Nola, varón de grande autoridad y doctrina, al ver tal concurso de gente y la devoción con que todos, postrados en tierra, recibían la bendición del varón santo, decía (fundado en el concepto que había formado de su gran virtud y prendas) que no hallaba con quién comparar al varón de Dios, sino con San Pablo Apostol. *Yo* (decía) *no he visto á San Pablo ni le conozco por su cara y fisonomía: pero según nos le pintan las historias, no puede haber otro que más se le parezca, en un todo, que Fr. Lorenzo de Brindis.* Este gran prelado le visitaba con mucha frecuencia mientras estaba malo, haciéndole compañía; y con este motivo comunicaba con él los asuntos graves de su gobierno, hallando siempre en su dictamen luz, guía y acierto. Tanta era la devoción de este prelado para el siervo de Dios, que al despedirse se ponía de rodillas para recibir su bendición, lo cual estaba ya estipulado entre la humildad del varón santo y la devoción grande de este ilustrísimo prelado. Fué tan celebrada en aquel

tiempo la concurrencia de los pueblos á recibir la bendición del varon santo con los efectos frecuentes que seguían de milagros y prodigios, que en su memoria se escribió un elogio, aplicando al siervo de Dios aquellas palabras de San Juan [1] que dicen: *Mirad: todo el mundo se va tras él*. Este elogio tan raro en el varón santo, de seguirle todas las gentes de los pueblos en crecidísimas tropas (y de que apenas se hallará otro ejemplo), le es tan merecido como celebrado, pues apenas habrá otro que con más solicitud huyese los aplausos del mundo todo; y aun por eso el mundo todo le seguía con aplausos, pues esta es la naturaleza de las honras, seguir á quien las desprecia.

11. Deseaba mucho nuestro Brindis vivir retirado en algún convento de los que la religión tiene en el desierto, y cuando alguna vez lo lograba estaba como en un paraíso; pero como el oficio de la predicación, los cargos de la Orden, los empleos de Embajador y otros en que se ocupaba á honra y gloria de Dios y bien de la Iglesia, no le permitían el retiro de las gentes, vivía mortificado y aun podemos decir que confundido. De su parte ponía cuantos medios eran posibles para ocultarse. Llegaba muy de no-

1 *Ecce mundus totus post eum abiit*. Joann., cap. 12, 19.

che á los pueblos y salía muy temprano para no ser visto. Se disfrazaba para no ser conocido. Pero pasaba aún á más la humildad de nuestro Brindis: *nada sabía de lo que sabía.* Era doctísimo en la Teología Escolástica, en la Dogmática y Expositiva: versadísimo en Concilios y Santos Padres: instruído en Cánones y Derecho Pontificio: sabía con perfección las lenguas Latina, Griega, Hebrea, Caldea y Siriaca, juntamente con las lenguas de Europa Alemana, Francesa, Italiana y Española, ó por mejor decir, tenía don de lenguas. Su memoria fué tan prodigiosa, que se decía de él: *Que nunca olvidó lo que una vez leyó.* ¡Cosa rara! Nunca se le notó la menor señal de vanidad ni se le oyó palabra que aludiese á satisfacción propia. Muchas veces, aun cuando se ofrecía ocasión oportuna para manifestar su sabiduría y grandes talentos, enmudecía con admiración de todos, pasando para algunos plaza de ignorante. Á tanto llegaba la humildad de nuestro Brindis, que aunque le buscaban para consultar, ya negocios graves ó ya cosas de espíritu, se excusaba diciendo que era un ignorante y sin letras, que preguntasen á hombres doctos y les sacarían de las dudas. Hallándose dos religiosos de cierta Orden privados de la alegría

espiritual que habían tenido hasta allí, y con una tentación vehemente de desamparar la Orden, buscaron al siervo de Dios para tomar consejo; y después de haberles oído, respondió con los ojos bajos: *Padres míos: yo no puedo dar consejo á quien me puede enseñar, y me alegrara tenerlos para mí: en vuestra religión hay maestros doctos y experimentados: id á ellos y os enseñarán el camino de la verdad.* Quedaron admirados de la humildad del varón santo, y con más vivas ansias de acertar, le suplicaron les dijese para su dirección alguna cosa, con que irían consolados; y entonces, con igual humildad, les dijo: «Padres míos: en pocas pa»labras os diré algo por donde podáis cono»cer de dónde os proviene vuestra aflic»ción y trabajo. Dios, amoroso Padre nues»tro, hace con nosotros lo que una madre »con sus hijos tiernos. Una madre en aque»llos primeros años que cría á los pechos á »sus hijos, veréis qué alimento tan tierno y »delicado les suministra: qué caricias les »hace: no los deja de sus brazos, estando »siempre á su vista y mirándose en ellos, »como que son todas sus delicias. Pero des»pués, en creciendo, sin mudar el amor que »les tenía, muda de conducta con ellos; les »da manjares más groseros: á las caricias

»suceden las amenazas y aun los castigos: »ya los deja andar solos, apartándolos de sí »y entregándolos á los trabajos, como si no »fueran hijos. ¿Y cual será, Padres míos, la »causa de esta diversidad? ¿Será porque »aborrece ya á sus hijos? No, por cierto. ¿Se»rá, por ventura, porque sus hijos antes »eran buenos y ahora son malos? Tampoco. »Ea, no busquemos otra causa. Antes eran »pequeñuelos y no podían sufrir carga: aho»ra son robustos y quiere que trabajen. Con »esto os he dicho, Padres míos, bastante »para que vuestra alta contemplación y »penetración me comprenda. Permaneced »fuertes y robustos, que el Señor que per»mite la tentación os ayudará en ella y os »sacará con victoria de todas las tribulacio»nes en que ahora os halláis. Perdonad, Pa»dres, mi ignorancia y atrevimiento de dar »consejos á quien no los ha menester». Fuera largo referir los casos que de esta naturaleza le sucedieron al siervo de Dios, y la humildad con que respondía á todos, pues como era tan grande su fama le buscaban de todas partes; pero á no pedirlo así la honra y gloria de Dios, jamás se le oyó expresión alguna que indicase el menor talento, reputándose por el más despreciable é ignorante del mundo. Cumplió, pues, perfecta-

mente con aquella sentencia del gran Padre de la Iglesia, San Agustín, que dice: [1] «Debes pensar y ponderar, si quieres ser humilde, qué es lo que te falta de virtud, no »lo que tienes. Lo que tienes, si es algo, pon »mucho cuidado no lo pierdas. Lo que no »tienes, suplica á Dios te lo dé. Debes considerar que eres á todos menor, y no superior á alguno. Si piensas que has adelantado alguna cosa, teme no vaya envuelto en »ella alguna especie de hinchazón. Si en »realidad reflexionas lo mucho que te falta »de virtud, te avergonzarás, ciertamente, de »verte tan atrasado y llorarás con amargura. Últimamente, si eres humilde andarás con cautela: no te precipitarás, no caerás». Hasta aquí San Agustín, en cuya admirable doctrina copió nuestro humilde Lorenzo la serie de sus acciones. El abatimiento es, sin duda, el camino por donde se descubre este tesoro, que se esconde hasta las entrañas del abismo; pues nos enseña el dulcísimo Bernardo [2], «que tarde ó nunca »se da fondo en la humildad, sino por los »rumbos de la humillación». Fué todo el conato del Santo Lorenzo abatirse con tanta violencia como se precipitaba, y á lo me-

1 D. August. *super Mat.*, *serm. 59*,
2 D. Bern. *epist. 87*..

nos bajando desde sí mismo cada día hasta tropezar prácticamente con el centro de la nada; y lo que causa mayor admiración es, que después de tantos años en que su conocimiento fué bajando muchos escalones hacia el abismo, nunca le pareció que se había encontrado á sí mismo: tan hondo estaba aquel suelo. Hasta aquí supo llegar el abatimiento del varón santo, que es mucho mas allá de la admiración y de la alabanza, no pudiendo descender tanto ni el asombro ni la pluma.

CAPÍTULO VI

Paciencia insigne del Santo Lorenzo de Brindis.

La humildad y la paciencia son dos virtudes tan íntimamente unidas, que nunca se halla una sin otra. No hay trabajo ni adversidad que no lleve con paciencia el que es verdaderamente humilde. Conoce éste que siendo la criatura más vil y despreciable del mundo, no sólo no es acreedor á los honores, sino aun se reputa por indigno de la tierra que pisa. Cuando no le dan los puestos y dignidades nada le altera, pues conoce no tiene méritos para

ello. Cuando le privan de lo que tiene se conforma, no hallando razón para la queja. Si la pobreza, la enfermedad, la persecución, el desprecio, la infamia y demás penas temporales le afligen, luego se acuerda de sus culpas y la pena eterna que por ellas merecía, y todo le parece poco. ¡Oh virtud hermosa! ¡Oh virtud entre todas la más apacible, la más agradable y la más bella! Buenas son todas las virtudes; pero algunas se muestran con ciertos coloridos de displicencia, que suelen aterrar á los que aún no han saludado el templo hermoso donde reside. La penitencia es buena; la abstinencia, la templanza, la liberalidad son excelentes virtudes; pero la palidez con que cubren su rostro pueden causar algún pavor á los que quieran alistarse bajo de sus banderas. La diligencia, la fortaleza, la justicia y otras virtudes, son grandes; pero se necesita un valor singular para su práctica. La paciencia es, á todas luces, amable y dulce. El ejercicio, pues, de esta virtud fué tan connatural en el Santo Brindis, que parece era la que más sobresalía entre todas. Fueron muchos los lances en que resplandeció en esta virtud, muchas las persecuciones, muchos los desprecios, muchos los trabajos, muchos los dolores y enferme-

dades; pero en todos halló pronto el auxilio divino. Anímense, pues, los mortales, que si Dios permite ver á los justos tentados y perseguidos, es acuerdo de su misericordia para verlos también triunfantes y premiados.

2. Primeramente resplandeció la paciencia del siervo de Dios en tolerar inmensos trabajos é incomodidades, en tan dilatados caminos y viajes como hizo por toda la Europa, caminando siempre á pie siendo General de toda la Orden, y otras veces embajador acerca de diversos príncipes; en que se deja conocer cuánto padecería mudando tan varios climas, ya cálidos, ya fríos, sufriéndo hambres, sed, hielos, nieves, lluvias é intemperies, y siempre con la mayor paciencia y conformidad. De tan repetidos trabajos, junto con las penitencias que hacía, le resultaron gravísimas enfermedades, como fueron el mal de gota, dolores vehementísimos del estómago y otros, en que mostraba una invicta paciencia. Donde más tiempo estuvo malo fué en la ciudad de Nola, en Senogalia; en la ciudad de Lieja, de los Países Bajos; en Milán, en Viena y en Venecia, donde dió el siervo de Dios admirables ejemplos de paciencia y sufrimiento. Padecía también el varón

santo el agudísimo mal de piedra, cuyos dolores son tan recios y vehementes, que por hallar alivio se dejan los pacientes abrir con peligro próximo de la vida. Esta prolija y penosa enfermedad fué piedra de toque qué descubrió los subidos quilates de su paciencia y la oficina en que se pulieron y perfeccionaron sus virtudes con el buril de continuos dolores. En medio de esto los toleró el siervo de Dios por larguísimo tiempo con tanto silencio y quietud como si bramara la tempestad en muy separada región, sin darse por entendido de tan grave dolencia. No es dueña de sí la naturaleza cuando se halla con vehemencia agitada; busca el desahogo por donde puede, ó en las voces, ó en el llanto, ó en el gemido; pero así había conformado nuestro Lorenzo su voluntad con las disposiciones del cielo; así fortalecía la divina gracia su corazón, que nunca le debió aquella continuada y urgente angustia, ni voz, ni gemido, ni llanto. Con la misma constancia de ánimo toleraba en Milán los gravísimos dolores de la gota, aumentados á veces con el ímpetu furiosamente devoto de los que solicitaban su bendición. No pocas veces tenía el pacientísimo varón ambos pies con aquella ardiente y maligna copia de humor

en extremo grabados y doloridos, y, sin embargo, estaba muchas horas de pie sin dar á conocer en la demostración más leve de sentimiento el grande que padecía.

3. Cuando la acerbidad de los males le rendía á la cama, buscaba en Jesucristo la paciencia y tolerancia. La meditación continua en los dolores del Señor le hacían suaves los suyos. Repetía muchas veces aquellas palabras dulces de San Bernardo: »Eres para mí, Jesús mío, espejo de padecer »y premio de quien padece». Asombraba á los médicos la constancia del varón santo, pasmaba á todos los que le asistían la dulzura de su trato, sin dar á entender lo mucho que padecía. Pero no es maravilla que el siervo de Dios quedase superior á las mayores penas, si las suavizaba con la memoria de aquel Señor que padeció tanto por nosotros en la cruz afrentosa. También le animaba mucho á padecer, y á padecer mucho, el premio que el Señor ofrece á sus fieles imitadores. Este era el consuelo que el siervo de Dios hallaba en sus dolores, y de aquí sacaba aquella grande alegría que bañaba su rostro y dulzura que derramaban sus labios. Yacía el cuerpo postrado á los golpes de su pesada dolencia; pero el espíritu, más animoso, sacaba mayores fuer-

zas de la flaqueza de la carne. Compensaba Dios estas valentías de su enamorado espíritu con las delicias de su presencia en frecuentes éxtasis y deliquios espirituales, derramando en su bendita alma tan abundante lluvia de dulzura, que sacándole fuera de sí quedaba insensible á toda pena. No pocas veces le veían elevado y absorto en su pobre tarima, cuando más le afligían las penas y dolores. Y solía suceder, que cuando se hallaba más postrado hacía le llevasen al altar para decir Misa; y luego que empezaba el Santo Sacrificio cesaban del todo los dolores hasta que acababa la Misa, que algunas veces duraba doce horas, como veremos después.

4. De varios modos se muestra la paciencia entre los trabajos: ó tolerándolos con un profundo silencio sin quejarse, ó quejándose con una sublime y edificativa paciencia. De un modo y de otro se portaba nuestro pacientísimo Brindis, ya callando, ya hablando. «Nos alegramos en las tri»bulaciones (decía con San Pablo) [1] sabien»do que la tribulación obra la paciencia». Otras veces decía: «Alabado sea mi Dios: »alabada sea la Virgen Santísima. Bendito »sea Dios: bendita sea María Santísima.

1 Roman, cap. 15.

»¡Oh Reina del cielo! (exclamaba). ¡Oh se»ñora y madre mía! Concededme la gracia »de hacerme participante de vuestras an»gustias y dolores. Recibid, Señora, esto »poco que padezco, para que, unido con lo »excelso de vuestros méritos, de vuestros »dolores y angustias, merezca acompañaros »al pie de la cruz. Jesús mío (decía lleno »de amor), ¡cuánto padecéis por mí en esa »cruz! Sea bendito tu nombre. Padezca yo »aún mayores penas: vengan mayores dolo»res. Esto es poco, esto es poco; vengan, »vengan trabajos, vengan tormentos, que »esto es nada». Así deseaba padecer el varón santo. Hallábase en Nápoles en cierta ocasión, siendo General, con acerbísimos dolores de gota, y su compañero Fr. Juan Bautista de Esquilace, lastimado de verle padecer tanto, le quiso aplicar una medicina con que se templasen en algo los dolores; pero el siervo de Dios replicó al punto: «No, Padre mío, no; no me conviene recibir »alivio en los dolores que Dios, por su altí»sima Providencia, me envía para mucho »bien de mi alma, y en que su Majestad se »complace; déjame adorar el azote con que »piadosamente me castiga, que, sin duda, »es un efecto especial del amor grande que »me tiene, y por eso dijo el Señor: Á los

»que amo corrijo y castigo» [1]. En otra ocasión adoleció en Parma de unos dolores tan vehementes de estómago, con una complicación rarísima de males, junto con una fiebre maligna, que en poco tiempo le puso á los umbrales de la muerte, y tan sin esperanza de vida, que el Duque de Parma puso tropa para defender el convento de los insultos que se temía si llegase á faltar el siervo de Dios. Pero ¡cosa rara! entre tanto tropel de penas y dolores jamás se le oyó la menor queja de sentimiento. Le visitaba frecuentemente el Duque y los grandes señores de la corte, y todos quedaban edificados de tan rara paciencia y conformidad.

5. Siendo Provincial de Venecia caminaba con sus compañeros visitando su provincia desde Mantua á Rovigio, y habiendo errado el camino les cogió la noche en un monte muy espeso: iban tropezando en cada paso un peligro, cuando cayó de repente el siervo de Dios en una olla profundísima llena de cieno y de agua, sin poder salir de allí ni sus compañeros sacarle. No dió muestra alguna de sentimiento, y, hablando con Dios, decía: «¡Oh Señor, seas bendito para »siempre! Merecía justísimamente haber

1 Apocal., 3.

»caído en el lago profundo del infierno por »tantas culpas como he cometido, y sólo me »dais este corto trabajo. Sea bendita vues»tra piedad y misericordia. Amén». Y hablando en tono misterioso con su compañero Fr. Miguel de Bolonia, le dijo: «Pida»mos á Dios el remedio de esta necesidad, »que el Señor nos sacará de ella». Apartóse un poco Fr. Miguel, y luego vió venir dos hombres con luces encendidas que traían cordeles y una tabla con que pudo salir el varón santo, y le acompañaron con las luces hasta Rovigio, donde llegaron cuatro horas de noche. Este prodigio le atribuyeron los compañeros á la paciencia y humildad del Santo Lorenzo. Visitando en otra ocasión, siendo General, la provincia de Marsella, le dieron en un convento, por equivocación, vinagre por vino; conociólo el santo General y se lo bebió sin inmutarse, como si fuera un vino generoso. Notaron los compañeros que no había echado agua en el vino, como acostumbraba siempre (pues nunca bebió vino puro), y examinando el misterio hallaron que era vinagre sumamente acre, y que, conociéndolo el siervo de Dios, quiso bebérselo sin admitir aquel tal cual alivio que hubiera tenido con el agua [1].

1 Suma, fol. 272.

6. Si es laudable y meritoria la paciencia en los trabajos que afligen al cuerpo, será, sin duda, mucho más en los trabajos que afligen al alma. Era respetable casi en todo el orbe la persona de Brindis: sabían todos su virtud y letras; constaba á todos el grande aprecio que hacían de él los Pontífices, Cardenales, Emperadores, Reyes y potentados. Era público el aplauso y estimación que todos hacían de él, teniéndose por dichosos los que lograban verle, y mucho más los que tenían la fortuna de hablarle y tratarle. De suerte que todos, todos á una voz le llamaban *Santo*, y que apenas se encontrará en las historias segundo que, viviendo, tuviese mayor veneración y aplauso. Pues ya se deja discurrir cuán sensibles serán las injurias y oprobios en un sujeto de semejante carácter. Como en nuestro Brindis ardía el celo santo de la honra y gloria de Dios, procurando por todos modos la conversión de las almas, ya de los católicos, ya de los herejes, ya de los judíos, esto le acarreó no pocos trabajos y persecuciones. Los judíos intentaron quitarle la vida muchas veces, por verse corridos y avergonzados en fuerza de su predicación fervorosa y convincente. Los herejes en Alemania le persiguieron de muerte,

procurando también quitarle la honra y tratándole mal de palabra y obras, poniendo todos los medios para desterrarle de toda Alemania junto con los Capuchinos. Pero á todo este tropel de penas respondía invicta la paciencia de Brindis con una mansedumbre inalterable.

7. Pasando el siervo de Dios, siendo General, por Helvecia, se encontró con un famoso predicante hereje, y, fiado en sus argumentos y sofismas, desafió á Brindis para disputar sobre la verdad de la religión católica. Aceptó el desafío. Oyóle Brindis cuanto quiso proponer con la mayor paz y tranquilidad, y después que acabó el predicante fué respondiendo nuestro Brindis por su orden á cada uno de los argumentos sin equivocarse en ninguno, y con tal lleno de doctrina y fuerza de razones, que, atónito el predicante, ya de su memoria y ya, principalmente, del peso y gravedad de autoridades con que fundaba su opinión, que queriendo el siervo de Dios proponerle algunos argumentos á favor de nuestra religión, no quiso esperar el hereje, y, ciego de cólera y rabia de verse convencido, le llenó de injurias al varón santo (como acostumbran en casos semejantes), llamándole ignorante, necio y engañador; pero nuestro

Brindis, armado con el escudo de la tolerancia cristiana, quedó triunfante, adornadas sus sienes con dos coronas: una de la fe y la otra de la paciencia.

8. El celo del amor de Dios y salvación de las almas que ardía en el corazón del varón santo no le permitía estar ocioso, valiéndose de las ocasiones que se le ofrecían. Trabajaba incesantemente á honra y gloria de Dios, ya con la pluma escribiendo libros llenos de sabiduría celestial, ya con la boca predicando desde el púlpito y exhortando en conversaciones privadas y disputas públicas; de lo que resultaba, mediante la gracia del Señor, la conversión de muchos pecadores, judíos y herejes. En una ciudad de Bohemia, habiendo convertido muchos herejes y entre ellos grandes señores y potentados, fué tal el odio que se concilió con algunos predicantes, que intentaron varias veces quitarle la vida. Un día le encontraron en un sitio retirado, y, arrojándose á él como unas fieras, le dieron muchos golpes y bofetadas, y agarrándole de la barba le echaron en tierra, y le daban tantas patadas y golpes que hubieran acabado con él; pero el Señor dispuso que llegase á tiempo un hermano del Cardenal Spineli con sus criados, y viendo aquella insolen-

cia sacaron las espadas y huyeron los herejes. Levantaron al siervo de Dios, aunque con trabajo, y le llevaron á presencia del Cardenal, quien, viéndole ensangrentado y lleno de cardenales, le dijo: «¿Qué es esto, »Fray Lorenzo? ¿Quién te ha puesto así? Mis »pecados (respondió el santo), mis pecados »son éstos». Quiso el Cardenal buscar los delincuentes y castigar tan atroz culpa; pero se lo impidió el santo, diciendo: «Señor »eminentísimo: os suplico no castiguéis los »agresores, pues os he dicho, y con verdad, »que son mis pecados; éstos son y merecen »mayor pena». Y mostrándose humildísimo y pacientísimo, volvió á suplicar al Cardenal desistiese de su empeño [1].

9. Pero no sólo huía de las ocasiones de padecer por Dios en defensa de su santa ley, sino que, inflamado en el deseo de derramar su sangre y adquirir la gloriosa corona del martirio, se entraba él mismo en los peligros, buscando á sus mayores enemigos y poniéndose en su presencia con un ánimo tranquilo é inalterable, como veremos después. No ignoraba el varón santo las asechanzas que le armaba la ojeriza sacrílega de los impíos, herejes y sectarios; bien sabía el execrable odio con que le solicitaban

1 Suma, fol. 88.

la pérdida del honor y aun la vida; pero esto mismo le ponía en mayor deseo de convertirlos, sin dejar castillo, ciudad, villa ni aldea en que, solicitando su propio riesgo, no procurase introducir las más útiles medicinas para sanar aquella peligrosísima cuanto contagiosa dolencia. Buscábanle no pocas veces los impíos discípulos de Lutero, en los caminos, para quitarle la vida; y no atreviéndose á un varón tan respetable y santo, después de haberle llenado de improperios é injurias insolentísimas, le abofeteaban y acoceaban con la mayor impiedad y sacrílego atrevimiento [1]. Es cierto que á la menor queja del varón santo castigaran los príncipes y los magistrados católicos, y aun los mismos herejes, desorden tan opuesto á las leyes humanas y divinas; pero ni aun la queja menor pudo sacar á sus labios tan repetidas injurias. Vengábase el siervo de Dios con los sectarios, pidiendo al Señor con oraciones, ayunos y penitencias la salvación de sus almas, sin quejarse de ninguno. De esta suerte y con esta invicta paciencia convirtió á muchos, no menos que con argumentos y autoridades, porque aun el mayor obstinado reconoce por verdadera religión aquella cuyos profe-

1 Suma, fol. 90.

sores, perdonando los injurias, hacen bien por los que los persiguen y calamnian.

10. Implacable es el furor de los herejes para con los católicos; maquinan siempre contra sus vidas, contra sus bienes, contra su fama y contra cuanto tienen, sin que jamás se sacie su sacrílega impiedad. En Alemania han padecido mucho los Capuchinos desde el principio de su fundación, como tan opuestos á sus errores, según iremos viendo en esta historia; y como nuestro Santo Lorenzo fué el fundador de aquellas dilatadas provincias (que tanto fruto han dado y están dando á la Iglesia católica en la conversión de los herejes), no es maravilla que le persiguiesen tanto. Hallábase en Praga el siervo de Dios estimado del Emperador y mayores príncipes del Imperio, que le veneraban como á sujeto que había destinado la Providencia divina para admiración de aquel siglo y aun de los venideros. Eran sus palabras oráculos, sus acciones prodigios, y lo más noble y encumbrado de aquella capital se sujetaba á su arbitrio, teniendo cualquiera, aun de los más ilustres, á gran fortuna ser admitido á su trato y conversación. Era muy sobresaliente la luz de estos honores para que la envidia de los enemigos del siervo de Dios

la tolerasen, con que procuraron apagarla, y aun lo consiguieron por algún poco de tiempo, maquinando una falsa calumnia. Publicaron, pues, los herejes entre aquellas personas que conocían eran á propósito para este fin, que Fr. Lorenzo, con capa de santidad y religión, iba disponiendo un daño gravísimo á la república, que si en breve no se atajaba podría traerla á su última ruina. No nos dice la historia qué daño era éste; pero supone que era gravísimo. Como esta especie de delito es de mucha consideración, y según toda jurisprudencia, así común como municipal, admite para su castigo, no sólo claras pruebas, sino aun las sospechas más leves, entraron en cuidado los magistrados; y crédulos demasiado al rumor vertido, determinaron que saliese luego desterrado de Praga y sus confines por sospechoso en la fidelidad. Intimaron el decreto al varón santo, y sin alterarse ni mostrar sentimiento alguno, tomando su báculo, el breviario y la cruz al cuello, salió luego de la ciudad muy conforme con la voluntad divina, que para ejercitar su paciencia permitía aquel trabajo.

11. ¡Admirable mudanza y raro desengaño del mundo! ¡Salir desterrado un varón santo, un varón á todas luces inculpable; y

no sólo ajeno del delito que le imputaban, sino digno de la mayor veneración y aplauso! Salió, en fin, desterrado de Praga el Santo Lorenzo, á quien toda Alemania, y aun toda la Europa había venerado como hombre venido del cielo; á quien los pueblos todos ponían sobre las estrellas; á quien el mismo Emperador rendía los mayores respetos; á quien muchos de los mismos herejes tenían por santo. ¡Rara inconstancia! ¡Ser tenido por enemigo de la patria al más bienechor de ella! ¡Haber podido la maligna astucia de los sectarios atraer también á los católicos á la misma temeridad y falsa reputación! ¡Inescrutables juicios de Dios! Llegó á tal el desprecio del santo varón y la infame nota en que estaba reputado, que sus más apasionados se avergonzaban ya de haber tratado y conocido á un hombre tan perverso y malo, logrando así los herejes que el feo y horrendo delito en que su astucia le aseguraba reo obscureciese, borrase y arrancase de la tierra de los vivientes la memoria de un hombre que tanto aborrecían. «Este es (decían) aquel gran »predicador de los papistas; aquel orador »famoso que tanto ruido ha metido en Ale»mania; aquel Capuchino tan proclamado »de los suyos por santo; aquel á quien se-

»guían las ciudades enteras aclamándole »por hombre venido del cielo. Ya se ha »descubierto su hipocresía; ya vemos qui»tado el velo de su falsa doctrina. En esto »han parado sus sermones, tan llenos de »fausto y elocuencia; en esto las disputas y »argumentos, llenos de sofisterías y sutile»zas. Y si este es el principal entre los Ca»puchinos que nos han venido á predicar, »¿cuáles serán ellos? Si este es su padre, ¿cuá»les serán sus hijos?» Esto decían los sectarios llenos de envidia y furor para denigrar la fama, no sólo del siervo de Dios, sino también de los Capuchinos, con el fin de que no diesen fruto sus buenos ejemplos y fervorosos sermones.

12. Cuán sensible pérdida sea la del crédito, honor y fama, y más en un sujeto casi por todo el mundo venerado por la santidad de su vida y excelente doctrina, lo podrán conocer los que han hecho tránsito infausto desde el aplauso á la ignominia, desde la gloria al deshonor y desde la estimación al vituperio. Sin embargo, aunque pudo la envidia apartar á este varón insigne del elevado punto de aprecio á que sus virtudes y méritos le habían llevado; aunque pudo quitarle en gran parte la idoneidad para predicar en aquellas provincias la

fe católica, que era para su ardiente celo lo más sensible y á lo que tiraban los herejes, no pudo ni inmutar su semblante ni acobardar su ánimo, que á fuer de Olimpo, cuya cumbre superior á las nubes no puede padececer tempestades, nunca dió entrada en sí, ni á tristeza, ni á odio, ni á otro algún efecto que pudiese turbar su serenidad ni perjudicar su paciencia. Pedía á Dios en sus oraciones se sirviese perdonar á todos los que, ó envidiosamente malignos ó viciosamente crédulos, le habían arrojado de Praga. Pudiera, sin duda, defenderse de la impostura y afrenta que padecía; pudiera, con evidentes demostraciones, convencer de falsarios á sus enemigos; pudiera restituirse á su antigua opinión y crédito, y aun quizá en no haberlo intentado le acusaría la prudencia humana de omiso; pero teniendo siempre á los ojos el ejemplo de Cristo nuestro Señor, que pudiendo no se libró de la ignominia de la Cruz, y sólo atendió á pedir á su Eterno padre por los mismos que habiéndole quitado el honor le quitaban también la vida, repitió estas evangélicas lecciones, y, alegre en sumo grado con la imitación de su Divino Maestro, despreciaba su fama propia por mirar por la ajena. Los que sabían el estado

en que se hallaba el varón santo y la admirable paciencia con que abrazaba aquel contratiempo, no necesitaban de otro argumento más eficaz para descubrir su inocencia; porque como los quilates del oro se prueban en la piedra Lydia, así los grados de una virtud heroica, cuando se ve ajado y perseguido el sujeto que la profesa, ni solicita la venganza ni se opone á la calumnia.

13. Pero como el sol esparce más lúcidos sus rayos vencida fácilmente la obscuridad de la espesa nube que pretendió ofuscarlos, así la vida del Santo Lorenzo como puro y luciente astro, con tantos rayos como virtudes, no permitió que durase mucho la espesa niebla que había producido la emulación. Nada hay más inconstante que una mentira; ella misma se deshace, ella misma se disipa sin necesitar de influjo; y así, no pudiendo ya conservarse la que contra el varón santo se había formado, se dejó ver su inocencia y lució la luz de la verdad. Los mismos magistrados, queriendo despues examinar la causa con el celo que corresponde para proceder con la rectitud debida, hallaron que todo había sido artificio y enredo de sus émulos, y así, revocando el primer decreto tan injurioso al siervo de Dios, dieron otros de nuevo en que,

llenándole de honores, declaraban su inocencia, permitiéndole volver á Praga. Fué de gran consuelo para los católicos y de mucha confusión para los herejes esta novedad, porque entrando en Praga el varón santo fué recibido con públicas aclamaciones y universales aplausos. Volvió, pues, nuestro Brindis al honor de que injustamente había sido privado, y aun con mayores medros que antes. No pudieron entibiar las aguas de la persecución el celo ardiente del corazón de nuestro Lorenzo, y así continuó en la antigua solicitud de traer al camino de la verdad los mismos que, habiendo entrado en el de la envidia, pretendieron borrar su fama impíamente descaminados. Mucho animó este lance y esta caída á los fines del celoso varón; porque habiendo considerado los herejes el profundo silencio con que sufría sus trabajos, y viendo después la fervorosa caridad con que los buscaba para la espiritual salud de sus almas, no sólo recogieron en pública retractación las esparcidas voces, pero en pública penitencia se rindieron muchos á la Iglesia católica. Mostró también su caridad y celo el siervo de Dios en persuadir á los magistrados que no castigasen á los delincuentes, perdonándoles como él les

perdonaba; con que se le puede aplicar lo que San Bernardo decía de los enemigos de Cristo [1]: «Piedras sois, pero heristeis piedra »más blanda que respondió á los golpes con »ecos de piedad y produjo dulce y copioso »manantial de aceite por su caridad y dul- »zura». Por este tiempo sucedió otro trabajo á los Capuchinos en Viena. Los herejes, siempre implacables enemigos de los Capuchinos, deseando acabar con ellos si pudiesen, ó á lo menos obligarles á dejar el hospicio que entonces tenían en Viena, iban armados de noche, y subiendo con escalas por las ventanas disparaban los arcabuces y pistolas donde oían ruido, con peligro manifiesto de ser muertos ó heridos, como sucedió al P. Fr. Julio de Venecia, á quien hirieron gravemente de un balazo. Callaban los Capuchinos sin quejarse de la venganza, armados con el escudo impenetrable de la paciencia. Dieron cuenta al siervo de Dios, que se hallaba en Praga, y quiso luego ponerse en camino no obstante la larga distancia, ser tiempo de invierno y de mucha nieve, para consolar y animar á sus hermanos, y aun si fuese necesario morir con ellos; pero sus compañeros se lo estorbaron en consideración á la estación

1 S. Bern., *serm.* 4. *Hebdom., pen.*

rigurosa del tiempo y á que la presencia del varón santo era más necesaria entonces en Praga, por lo que acababa de ocurir, y así se rindió á sus ruegos el siervo de Dios; y encomendando al Señor aquel trabajo tomó la pluma, y, fijando con expresión los ojos en las corrientes de los sucesos futuros, los exhortó á la paciencia en aquella persecución, asegurándoles que cesaría dentro de poco tiempo; pero que se previniesen para otra aún mucho mayor y más terrible, aunque de todas saldrían bien mediante la gracia del Señor. Así sucedió, pues fueron castigados aquellos sacrílegos hombres; y de allí á poco, en cumplimiento de la profecía del varón santo, se levantó una tan furiosa tempestad, que estuvo para acabar con todos los Capuchinos de Alemania; y sucedió de esta manera.

14. El emperador Rodulfo II, que, como hemos dicho en otro lugar [1], trajo á su Imperio á los Capuchinos, y á instancias suyas al varón santo por Comisario general, habiendo favorecido tanto á toda la Orden, fundando conventos casi en todas las ciudades de Alemania, fué poco á poco entibiándose en la devoción á los Capuchinos, permitiéndolo así la Providencia divina para mos-

1 *Cap. 4. núm. 4.*

trar su poder. Hallábase ya arrepentido de haber traído á sus Estados á los Capuchinos y con ánimo de desterrarlos de todos sus dominios. Esta mudanza tan rara provenía, según algunos, de una vehemente pasión melancólica de ánimo que padecía muchas veces, ó, según otros, de los informes falsos de los herejes impíos. Comunicó el Emperador su intención (poseído de una gran tristeza) con un príncipe confidente suyo; y conociendo éste que llamando al siervo de Dios se aquietaría el Emperador por el gran concepto que de él tenía, se lo aconsejó; y habiendo condescendido el Emperador, vino el varón santo, aunque con mucho trabajo, por ser el mes de Noviembre y muy rigurosa la estación. Avisaron al Emperador de la llegada del siervo de Dios, y, preocupado de su melancolía, no le quiso ver; y llamando al gran Canciller y al Arzobispo les mandó que luego al punto diesen providencia para que Fr. Lorenzo, con todos los Capuchinos, saliesen desterrados del Imperio. El Arzobispo, admirado del caso, hizo presente al Emperador la inocencia de los Capuchinos, y que sería de gravísimo escándalo en toda la cristiandad la expulsión de tan santos y útiles religiosos; pero instando el Emperador, le

dijo que lo pusiese en práctica, y que de no hacerlo así le echaría de su iglesia. Entonces el Arzobispo respondió con resolución cristiana, que estaba pronto á dejar su iglesia antes que ofender á Dios, y que estimaba más la gracia y amistad de Jesucristo que la de todos los reyes del mundo. «Yo, »Señor (decía), no puedo obrar lo que vuestra majestad Cesárea me manda, sin obrar »contra el dictamen práctico de mi con»ciencia. Yo he experimentado que desde »que estos Padres han venido hay mucha »reforma de costumbres en mi Diócesis; »que son unos operarios infatigables, ayu»dándome puntualísimamente á cumplir »con mi pastoral ministerio; que no siendo »gravosos al público, son utilísimos y pro»vechosos; su vida es inculpable y ejempla»rísima: su celo en la conversión de las »almas y reducción de los herejes es tan »notorio, que no hay quien no lo alabe. »Pues ¿cómo quiere V. M. Cesárea que yo »aparte de mis ovejas unos operarios tan »útiles y aun necesarios? No quiera el Se»ñor que tal suceda». Al oir esto se retiró el Emperador mal satisfecho del Arzobispo, y siempre con el mismo intento de expeler á los Capuchinos [1].

1 Suma, fol. 89.

15. El siervo de Dios, que sabía cuanto pasaba y el peligro grande en que se hallaban los Capuchinos, se mostraba con un ánimo tranquilo y quieto, sin alteración alguna. «Padres míos (decía animando á sus »religiosos): Preparad el ánimo para sufrir »una gran tormenta. Sabed que Lucifer, »con los suyos, se ha conjurado contra »nuestra Orden y quiere acabar con ella y »destruirla; pero no hay poder contra el »poder de Dios. Tengamos paciencia y pi»damos al Señor en nuestras oraciones su »poderosa asistencia, y no temamos las ase»chanzas de Satanás, que Dios está con nos»otros». Así consolaba el siervo de Dios á sus religiosos, pidiendo en sus oraciones continuas y fervorosas el remedio en aquella necesidad, que cada día iba creciendo más y más. Por este tiempo se juntaron los magnates en Cortes generales del Imperio; y siendo los más de ellos herejes y no ignorando el pensamiento del Emperador contra los Capuchinos, el cual le tenía como fuera de sí y abismado en una profunda tristeza, trataron en Cortes si eran útiles ó no en el Imperio. Fácil fué la resolución; y así formaron un decreto en que hacían ver la necesidad de expeler del reino á todos los Capuchinos. Presentaron al Emperador

este decreto, con otros, para que lo firmase; pero ¡caso raro! habiendo firmado el César los demás decretos que le pusieron, nunca quiso firmar éste, aunque se le ofrecieron muchas veces, sin saber la causa, que, sin duda, era superior y venía de arriba. No se aquietaron los herejes; y en otras Cortes que tuvieron pasado algún tiempo, renovaron con más instancia el decreto, y para mayor seguridad quisieron darle ellos mismos al César; pero el gran Canciller no lo permitió; antes bien, hallando ocasión oportuna, habló al César á favor de los Capuchinos, con que se aplacó algún tanto su ánimo, pero no el de los herejes; porque viendo frustradas sus esperanzas en las providencias políticas que habían tomado, se valieron de la fuerza. Intentaron la noche de Navidad poner fuego al convento de los Capuchinos, para que (¡oh impía crueldad!), ó muriesen abrasados entre las voraces llamas, ó con el tropel y confusión poderles quitar la vida sin ser conocidos; mas descubierta esta maldad por los católicos, disponiéndolo así la divina Providencia, se evitaron estos males [1].

16. ¡Pero adónde no llega la malicia de los hombres obstinados en la culpa! No ce-

1 Suma, fol. 85.

saron de maquinar los herejes contra el siervo de Dios y sus hijos los Capuchinos. Introdujeron con maña en palacio á un grande astrólogo ó nigromántico, que con sus ficciones, mañas y figuras aparentes tenía á unos divertidos y á otros admirados; y como el Emperador se hallaba poseído de aquella profunda tristeza le franquearon su trato con el fin de alegrarle y divertirle. Fué poco á poco haciéndose dueño del corazón del César; y como no bastasen todas sus artes y marañas para darle consuelo alguno (aquí la astucia de Satanás), preguntóle el astrólogo cuál era la causa de tanto mal. Y diciéndoselo el Emperador dió un gran suspiro, aunque fingido, el astrólogo, y dijo: «¡Ah Señor! ¡ha Señor! yo no ha»bía querido contristar á V. M. Cesárea »con las señales evidentes y noticias claras »que varias veces he conocido en mi arte, »en que se me ha dado á entender con so»bradas luces que esos frailes Capuchi»nos conspiran contra la preciosa vida de »V. M. Cesárea. El corazón, prosiguió el as»trólogo, es leal, y él mismo siente de ante»mano lo que ha de suceder. ¿Qué es, Señor, »esa tristeza que aflije á V. M. Cesárea, »sino presagio infausto de lo que le espera, »á no ponerse remedio pronto y oportuno?

»La vida y el imperio de V. M. Cesárea está »para caer al impío influjo de Fr. Lorenzo »y los suyos. Reflexionad, Señor, en el arte »y política refinada de Fr. Lorenzo; él se ha »hecho dueño de las voluntades de los em»bajadores y de todos los príncipes del Im»perio; y para más asegurar el golpe, es »tan dueño de toda la plebe, que ciega»mente sigue su dictamen como si fuera un »oráculo divino. Esos Capuchinos que con »tanta piedad ha traído V. M. Cesárea á su »imperio, y á quienes ha favorecido tanto, »esos mismos, con capa de virtud han de »causar la ruina del Imperio». Al oir esto el Emperador quedó como fuera de sí; y atónito y espantado, dijo: «Bien me lo pre»sumía yo de los Capuchinos, y que ellos »me causaban todos mis males; ya no esta»rán más en mis dominios; yo haré que sal»gan fuera sin oir súplicas ni ruegos». Mientras el Emperador estaba diciendo esto sacó el astrólogo con disimulo un cuadrito pequeño que llevaba prevenido, en que estaba pintado el Emperador y dos Capuchinos armados con dos puñales en acción de matarle, y con arte lo puso frente de un espejo donde se miraba el Emperador; fijó los ojos en el espejo, y al ver aquella trágica figura faltó poco para caer desmayado

en tierra. «¡Señor, qué es esto! (dijo el mal-»vado astrólogo). Mirad que este es aviso del »cielo, que cuida de la persona de V. M. Ce-»sárea y le avisa para que evite tan funesto »golpe; aún hay tiempo, pues sólo amenaza-»ba el puñal sin haberle ensangrentado». El Emperador dió orden luego, firmada por su mano, para que los Capuchinos saliesen inmediatamente, y sin demora alguna, de sus dominios, remitiendo esta orden al Arzopispo para que, en nombre suyo, se les comunicase, y que de no hacerlo así saliese desterrado el Arzobispo, mandando respondiese de todo á las veinticuatro horas. El astrólogo, lleno de júbilo por lo bien que le había salido toda su estratagema, se retiró á su casa, poco distante del convento de los Capuchinos; pidió de comer muy satisfecho de sí mismo, y estando á la mesa sintió un tan fuerte dolor en las entrañas, que fué preciso retirarle á la cama, y de allí á poco reventó, arrojando, como otro Judas, las entrañas entre sacrílegas maldiciones, y bajó á su lugar, que es el infierno, verificándose en este infeliz hombre lo que en el pérfido Judas, según refieren los hechos Apostólicos [1]. Como era tan cono-

1 *Crepuit medius, et diffusa sunt omnia viscera ejus; praevaricatus est ut abiret in locum suum. Act.*, I, 18 *et* 25.

cido este desdichado astrólogo, y su muerte fué tan desgraciada y repentina, se supo luego en toda la ciudad con asombro universal. Un pariente de dicho astrólogo sabedor de todas sus marañas, y que se había hallado presente á su desastrada muerte, movido de celestial impulso abjuró la herejía y abrazó la Religión católica, en la cual vivió y murió santamente. El Emperador, luego que supo la muerte y circunstancias de su confidente el astrólogo, revocó el decreto y quedó con alguna quietud en su ánimo [1].

17. Cuál fuese la paciencia y resignación del Santo Lorenzo en tan terrible y furiosa tempestad, se puede inferir del método de vida que observaba con sus religiosos. Además de los ejercicios acostumbrados y de obligación, como el Oficio divino, de noche y de día las disciplinas, oración y ayunos que prescribe la Regla y constituciones, añadió más oración, más disciplinas, más ayunos, rogativas especiales, cilicios y mortificaciones, y particularmente en el santo é incruento sacrificio de la Misa mandaba á sus religiosos hiciesen oración especial por la salud del Emperador y felicidad de su Imperio; pedían tam-

1 Sum., fol. 44 y 90.

bién por la conversión de los herejes y salvación de sus almas, deseando meterlas en el costado de Jesucristo, que era la frase de que usaba el siervo de Dios cuando quería mostrar su amor á los enemigos. *Vamos* (decía), *vamos al costado de Jesucristo, y allí hallaremos descanso.* De suerte que el varón santo, no sólo no mostraba tristeza alguna entre tantas tribulaciones, sino que, con el apóstol San Pablo [1], se hallaba su espíritu lleno de consolación y gozo. No se le oía queja alguna ni señal de sentimiento en medio de tantos trabajos. Crecían las furiosas olas de la tempestad en tanto grado, que parecía iban á sumergir á la débil navecilla de los Capuchinos; veía á sus hijos cercados por todas partes de enemigos; se consideraba el siervo de Dios en desgracia del Emperador, tanto más sensible cuanto mayor había sido su privanza; los émulos que le acechaban eran poderosísimos; pero, superior á todo su invicta paciencia, nada la perturbaba ni afligía. Consolaba á sus hijos, asegurándoles la victoria para que no desfalleciesen, pero que siempre pidiesen á Dios serenase aquella tempestad y por los mismos que la movían.

1 *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* II *Cor.*, 7, 4.

18. Predicando un día en este tiempo el siervo de Dios en nuestro convento, tomó por asunto aquellas admirables palabras de San Pablo [1]: «Obedeced á vuestros prelados »y estad sujetos á ellos, porque continua»mente velan: como que han de dar razón »de vuestras almas». Expuso con nervio y eficacia la obligación que todos los vasallos, sean eclesiásticos ó seculares, tienen de obedecer á sus soberanos, aunque sean viciosos y malos, pues la Escritura no distingue entre buenos y malos prelados para la obediencia del súbdito. Estaban presentes en este sermón, como era regular en otros, los Embajadores, camareros del Emperador, varones nobles y príncipes del Imperio, y muchos de ellos herejes y protestantes; valiéndose de la ocasión y circunstancias, dijo: «Estoy tan pronto, con todos mis reli»giosos, á obedecer á nuestro soberano el »Emperador, que si en el día me mandase »salir con ellos de sus dominios, como Su »Majestad Cesárea intenta, luego, sin la »menor dilación ni resistencia, antes bien, »con el mayor gusto y alegría por obedecer »á Dios en el César, saldría luego de Ale»mania sin más prevención ni defensa que »una cruz al cuello y un báculo en la mano,

1 *Ad Heb.*, 13, 17.

»como vine de Italia, confiando en el Se»ñor que nada me faltaría». Acabado el sermón, siendo ya hora de ir á palacio aquellos señores á asistir á la mesa del Emperador, les preguntó, estando comiendo, dónde habían estado aquella mañana. Y los embajadores y príncipes le respondieron que á oir predicar al Padre Comisario de los Capuchinos. ¿Y qué ha predicado Fr. Lorenzo? dijo el Emperador. «Señor (respon»dieron), nos ha hecho presente la obliga»ción grande que tenemos todos de obede»cer á V. M. Cesárea como á nuestro verda»dero y legítimo soberano; en cuya confir»mación dijo, que si V. M. Cesárea le man»dase salir de sus dominios, lo haría con el »mayor gusto, tomando la cruz al cuello y »el báculo en la mano, como había venido »de Italia». Al oir esto el Emperador, arrancó de su pecho un gran suspiro, y dijo: «¡Ah! »¡ah! no puedo ya desterrar á los Capuchi»nos, porque un Príncipe más poderoso que »yo me detiene». No se sabe qué príncipe fué este que impidió al Emperador poner en ejecución lo que tanto deseaba; pero es fácil creer que fué el Príncipe de las eternidades. Lo cierto es que, desde entonces, empezó á mejorar de sus tristezas y volvió á su devoción antigua á los Capuchinos, y

acabó de perfeccionar los conventos de Viena y Praga, que aún no estaban acabados, y mandó fundar otro convento en Gratz con gran júbilo de los católicos [1].

19. Caminando el siervo de Dios desde Augusta á Praga llegó á *Donávert*, ciudad libre, puesta en la ribera del Danubio y poseída toda de la herejía Luterana. Luego que vieron el hábito Capuchino (odioso siempre á los herejes) se alborotó el populacho, y gritando en confusas tropas iban siguiendo al varón santo diciendo en su natural idioma: *Capucinier, Capucinier: Speck, Speck*; que quiere decir: *Capuchino, Capuchino: Lardo, Lardo;* y en su concepto es una refinada calumnia contra los religiosos. Con esta honradísima comitiva (como el siervo de Dios decía después) fué acompañado por la ciudad, sirviéndole de música la gritería y baldones, aunque siempre armado con el escudo impenetrable de la cruz y una invicta paciencia, hasta un monasterio de Padres Benedictinos, albergue único y siempre inexpugnable de la religión católica, donde fué recibido de aquellos Padres (á quien tanto debe la religión seráfica), con las mayores muestras de devoción y cariño; y después de haber descansado del

1 Suma, fol. 93.

viaje y reparado sus fatigas, le refirieron los religiosos la insolencia de aquellos herejes y los muchos trabajos que padecían con ellos en defensa de la fe católica; dijéronle cómo pocos días antes, haciendo una procesión según el Rito católico, rabiosos los predicantes luteranos incitaron al pueblo para impedir aquello que llaman idòlatría, y arremetiendo furiosamente á la procesión la desordenaron, y llenando de injurias y golpes á los religiosos se vieron obligados á retirarse y encerrarse en el convento para asegurar sus vidas. Mucho sintió el varón santo este desprecio público á la religión católica en una ciudad libre; y animando á los religiosos á padecer por la fe, les aseguró la venganza de aquellos delitos, y así luego que llegó á Praga trató el caso con el Nuncio Apostólico y con los Ministros Imperiales; y fueron tan vivas las diligencias que hizo para que se castigase aquel mal ejemplo que pudiera traer muy funestas consecuencias á la religión católica, que consiguió un decreto del Emperador el año de 1607, dirigido al Duque de Baviera Maximiliano, para que en nombre de S. M. Imperial castigase á los herejes de *Donavert*, y que en caso de pertinacia los tratase como á rebeldes al Imperio.

Tomó las armas el piadosísimo Príncipe, y quiso por su mano, sin fiarlo á otro, vengar la injuria hecha á la religión católica. Marchó en alas de su fervoroso celo á *Donavert*, y castigando severamente á los herejes arrojó de la ciudad á todos los predicantes, prohibiendo bajo de graves penas el ejercicio público de la religión Luterana, quedando sólo el Rito católico. Fué este un golpe de los más terribles para los herejes; y como sabían que les venía del celo del varón santo, concibieron contra él un odio implacable, y se mereció en este y otros lances el título honroso de *Murtillo de los Herejes*. Este fué el fruto de la paciencia del siervo de Dios; pasemos ya á registrar otras virtudes.

CAPÍTULO VII

Firmísima fe del Santo Lorenzo y ardiente celo en dilatarla.

El cúmulo de las virtudes es el apoyo firmísimo de la cristiana y mística perfección, en cuyo ejercicio y práctica consiste la solidez del espíritu, que sólo en esta tarea tiene su descanso y libra sus medros, no en quietudes falsas, fantásticas y

peligrosas, sino en la continuación de las santas operaciones. En el ejercicio de la virtud infusa de la fe tuvo singularísimo privilegio, hallándose siempre su entendimiento tan obsequiosamente rendido á las verdades católicas, que jamás se le ofreció ni leve sombra que pudiese atravesarse á la valentía de sus luces; jamás le acometió el común enemigo con sugestiones de infidelidad, tentación, que en el estado de viador suele ser muy molesta y muy frecuente. No es de extrañar que en esta virtud no tuviese contraste, porque favoreció Dios la firmeza de su fe con altísimas ilustraciones de los más difíciles y ocultos misterios. En el de la Sagrada Eucaristía, tuvo su fe un linaje de sobrenatural conocimiento, como se verá cuando tratemos de la devoción con que celebraba el Santo Sacrificio de la Misa. Es, pues, nuestra fe católica un insigne género de humildad; pues asentir á los misterios que ella nos enseña es cautivar el entendimiento en obsequio de Cristo, cuya gloria oprime al que pretende examinar y entender claramente lo que es superior y más alto que la humana capacidad. Constará, pues, de lo que en este capítulo se refiere, cuán excelente haya sido en el varón santo la virtud de la fe,

hábito sobrenatural é infundido, que es, según el Apóstol [1], substancia de los bienes que han de esperarse y argumentos de las cosas que no se ven. No se contentó nuestro Santo con la posesión de este don celestial, sino que solicitó fervoroso, ya en disputas, ya en sermones, comúnicarle á los más obstinados infieles; y con este ánimo corrió casi toda la Alemania; ocupó los mejores púlpitos de Bohemia, Hungría, Baviera, Austria é Italia, donde se entró con grandes riesgos del martirio que tanto deseaba. Redujo muchos herejes á la obediencia de la Iglesia; convirtió gran número de judíos á la fe de Jesucristo, pero incurriendo en riguroso ceño de los que se quedaban en su ciega credulidad, fué maltratado varias veces, no sólo con palabras sino con obras, dándole muchos golpes, aunque siempre menos fuertes que la constancia firme de su fe. San Agustín [2] dijo en elogio de un mártir, que apoyó con su sangre lo que había predicado su lengua: *Enseñó* (dice) *con fidelidad lo que había de hacer, y ejecutó varonilmente lo que había enseñado.* Así el Santo Lorenzo manifestó bien á los herejes y judíos que los católicos, no sólo en

1 *Hebr.*, II. 1.
2 D. Aug. *Serm.* 107, *de Divers.*, *cap.* 3.

señan con la voz, sino con las obras, las verdades en que les empeña su fe.

2. Una muestra grande de su fervoroso celo y encendida fe nos dejó el siervo de Dios hallándose en Baviera el año de 1611, adonde le llevó la honra y gloria de Dios con el supremo carácter de Nuncio Apostólico y Embajador del Rey católico de las Españas, para tratar (según diremos después)[1] los negocios más graves que, en punto de religión é intereses, llamaban la atención de los gabinetes de los potentados de la Europa. Concluídos felizmente los negocios, y hallándose estimado de todos los cortesanos y ministros extranjeros, pero mucho más del Duque de Baviera, quien le amaba tiernamente, no le permitía su fervoroso celo estar un punto ocioso sin derramar las luces de la fe entre los más necesitados. Determinó, pues, hacer una misión por varias partes de Alemania, como el Palatinado, Sajonia, Salisburgo y Ciudad Franca, provincias todas infestadas miserablemente de herejes y malos católicos. Propuso al Duque su pensamiento, diciendo: «Serenísimo señor: no extrañará »vuestra alteza os diga como, habiendo »cumplido con el ministerio que se me

1 Capit. 18., núm. 2.

»encomendó por la Silla Apostólica y por »mi soberano el Rey católico de las Espa»ñas, me hallo interiormente llamado de la »voluntad divina para predicar á los pobres »herejes de Alemania, engañados de sus »falsos ministros protestantes, y que así »puedan ver la luz de la verdadera fe y con»vertirse á la Iglesia Romana; ya sabéis »también cuánta necesidad tienen los cató»licos que viven entre los herejes, y pues »por unos y por otros murió Jesucristo, »nuestro bien, quiere este Señor y me man»da que, fiado en su poder, vaya á sembrar »entre ellos la divina palabra. Esta es la »voluntad de Dios; y espero que, ayudado »de vuestras oraciones, tengo de conseguir »el fin tan deseado». Turbóse el Duque al oir esta inopinada propuesta: lo uno por verse privado de su amable y santa compañía y, por consiguiente, de sus acertados consejos; pero mucho más por el peligro en que se ponía de morir á manos de los herejes, que sabía le aborrecían y deseaban quitarle la vida; y así, alabando su celo y santa resolución, le dijo: «Fr. Lorenzo: me pa»ce bien tu fervor en la conversión de las »almas; pero no apruebo que esto sea con »peligro de tu vida. En esta capital y de»más pueblos de mis dominios hallarás

»campo dilatado á tus fervores: aquí tam-
»bién hay herejes, aunque ocultos, y ojalá
»no fueran tantos; también hay malos cató-
»licos: aquí puedes predicar sin los riesgos
»de la vida». No convino en este partido el varón santo, diciendo que más necesidad tenían aquellos pueblos de Sajonia y Alemania que los de Baviera, donde había muchos y buenos predicadores. Últimamente convino el Duque en que fuese; pero con la precisa condición de que había de ir acompañado de una escolta de soldados para la seguridad de su persona. Mucho sintió el siervo de Dios el resguardo que le ofrecía el Duque, pareciéndole que con esta defensa se le impedía la corona del martirio á que anhelaba siempre su espíritu; y así, le rogó con grande instancia le permitiese entrar en la batalla sin más armas que las de su fe, por la cual estaba pronto á morir mil veces.

3. Resistiéndose el Duque á esta proposición por las noticias ciertas del insaciable odio con que los enemigos de nuestra católica religión conspiraban á la violenta muerte del Santo Lorenzo, le habló así el varón santo: «Acordaos, oh serenísimo
»Príncipe, de que el Colegio santo de los
»Apóstoles predicó y propagó la fe que pro-

»fesamos, no con otras armas que sus in»culpables costumbres, su irreprensible »vida y los gloriosos ejemplares de su pa»ciencia, practicada en las más crueles per»secuciones de la infidelidad y de la emu»lación. Vertiendo su sangre aquellos pri»mitivos fieles comunicaron los verdaderos »dogmas de Cristo á todas las provincias del »orbe. Permitidme, pues, oh Señor, que »siguiendo estos gloriosos ejemplos siem»bre la fe católica entre los herejes lutera»nos, para que soy llamado interiormente, »sin más defensa que la de la verdad que »predico, porque no se unen bien la since»ridad de la fe divina y el estruendo de las »armas. Son éstas muy poco seguras, é in»contrastable aquélla y entonces inmortal, »cuando sus profesores se exponen con ma»yor valor á la muerte. Poco pierde quien »con la muerte gana la vida eterna, y con »ella exalta y aumenta la fe católica. ¿Te»méis, acaso, que muerto yo, según los he»rejes lo solicitan, ha de quedar rendida la »verdad de los dogmas católicos con per»juicio de las provincias que componen este »dilatado imperio? Lo contrario sucederá, »oh serenísimo príncipe; nunca más hondas »echará las raíces que cuando la Majestad »divina me concediese regar con mi sangre

»la tierra (como estéril) de los sectarios; »porque ¿quién no tendrá por divina y »segurísima la verdad, á cuyas aras se de»dican, víctimas voluntarias, los que una »vez la dieron entrada en su corazón?»

4. Así oró el varón santo; y alabando el Duque su fervoroso celo en extender la fe, continuó, empero, las solicitudes piadosas en orden á la seguridad y defensa de él, que nada más deseaba que morir por la fe católica, tanto por el interés propio, que en la corona del martirio suponía, como por los espirituales aumentos que en aquellas provincias esperaba si regase con su sangre las mieses que había ya sembrado con su doctrina. «¿Qué se ha conseguido (dice San »Agustín) [1] con tan repetidas muertes de »mártires, sino el que prevalezca la palabra »de Dios, y dispuesta la tierra con la san»gre de los testigos de Cristo arroje en to»das partes el campo de la Iglesia renuevos »más felices y más copiosos?» Este afecto y devoción del Duque de Baviera quitó al siervo de Dios la palma del martirio, no pudiendo el tropel de los sectarios defender, con la violencia que maquinaban, el error á que ninguna razón ayuda. Últimamente, no pudiendo disuadir al Duque de la escol-

1 S. August., *in Psalm.* 140.

ta de soldados que le ofrecía para su custodia, sólo alcanzó que de cincuenta caballos que tenía señalados para esta expedición fuesen sólo veinte y cinco. Nombró el Duque para mandar esta pequeña tropa al Conde de Vizconti, caballero milanés, que en cualidad de Coronel servía en su ejército. Aceptó gustoso el mando y, escogiendo los soldados más á propósito para esta apostólica expedición, con caballos, armas, municiones y bastimentos para largo tiempo, fué á verse con el varón santo para tomar sus órdenes, que así se lo mandaba el Duque, y saber cuándo quería emprender el viaje: quedaron de acuerdo; pero antes quiso nuestro Lorenzo que los soldados, con su jefe, purificasen sus conciencias por medió de una confesión general [1], para que todo fuese á honra y gloria del Señor, y á este fin les hizo algunas pláticas y el conde de Vizconti se confesó generalmente con el varón santo, y derramando gran copia de lágrimas quedó muy consolado y contrito. Impúsole de penitencia, que habiendo de partir á otro día, le ayudase antes á Misa. Bien sabía el conde que el siervo de Dios solía tardar doce horas en el santo sacrificio de la Misa; pero reputando por muy

1 Suma, pág. 2?7.

ligera esta penitencia, la admitió gustoso y alegre.

5. Era costumbre del varón santo empezar la Misa inmediatamente después de maitines á media noche, por facultad apostólica que al fuego de su amor Eucarístico había concedido la santidad de Paulo V. Determinó el conde dormir en el convento aquella noche, y, acabados los maitines, le llamaron para ayudar á Misa. Empezóse ésta; y como iba tardando, y el conde, como soldado, no estaba hecho á tanta quietud y silencio, hostigado del demonio empezó á titubear en proseguir ó dejar al sacerdote sin ministro. Pero el siervo de Dios, que por divina inspiración veía cuanto pasaba en el corazón del conde, disimuló cuanto pudo hasta el forzoso lance de preparar el cáliz y lavar los dedos, en cuyo tiempo, fijando los ojos en el ministro con severidad atentos, reprendió con mudas aunque penetrantes voces, la inconstancia y desmayo de su ánimo vencido del diabólico impulso. ¡Oh, y cuántos condes hay en el mundo que tienen por breves muchas horas en el inútil ó ilícito pasatiempo, haciendo salva al demonio, y arguyen de moroso á un breve rato de media hora en la presencia de Dios! El tiempo de la Misa dicen que es preciso

para sus negocios, y el tiempo de sus diversiones nunca á sus negocios hace falta.

6. Ni San Pedro, con la amorosa vista de Jesús, se halló más acusado y compungido, cuando le estaba negando, que el conde Vizconti con la vista de Fr. Lorenzo, en medio de su tribulación y angustia, á quien la Majestad Divina ilustró con soberanas luces para conocer la ceguedad de su espíritu. Sosegóse el ánimo turbado, y puesto en oración meditaba aquellos puntos ó máximas que el venerable Padre le había señalado por materia, cuando, volviendo los ojos al altar, vió que el siervo de Dios Fray Lorenzo, elevado en el aire, inmóvil todo su cuerpo, clavados los ojos en el cielo, sudando fuego su cara, despidiendo su rostro claridades y suspenso en el amor de su Dios, estaba sumergido en un profundo rapto y éxtasis amoroso. Admirado el conde con prodigio tan estupendo, se acercó más al cuerpo, y besando los piés que estaban más de un codo sin tocar la tierra elevados en el aire, no sabía qué hacerse en tan impensado lance; avisar á los religiosos era privarse de aquel rato tan gustoso á su admiración; no avisar le parecía hacer injuria á los favores de Dios y santidad de su siervo, ocultándola á cuantos podían ser

testigos de este favor especial; pero advirtiendo cuán hechos estaban los religiosos á ver, así estos como otros muchos regalados y frecuentes éxtasis de excesivo amor, determinó gozar de aquel rato, que duró hora y media desde que el conde lo advirtió, sin saber á qué tiempo sobrevino esta dulce suspensión, pues desde que entró en los primeros momentos se había él retirado á su meditación.

7. Concluyó la Misa al mediodía, habiendo comenzado á media noche, de cuyo estilo y costumbre hablaremos largamente en otro capítulo; y luego que dió gracias llamó al conde, á quien, descubriéndole todos los pensamientos y tentaciones que que había padecido su corazón en la Misa, y el desmayo con que poco á poco se iba dejando vencer, le reprendió severamente, arguyéndole de flaco y delicado capitán en la milicia espiritual. Admirado el conde de ver cuán por menudo le había Dios revelado al santo Padre todo cuanto por su interior había pasado en aquel lance, admitió postrado la corrección y dió parte al duque de cuanto le había sucedido. No se admiró este príncipe, que muchos años antes conocía por experiencia lo que era nuestro Lorenzo; sólo sí llegó á penetrar

nuevamente que la empresa y espiritual conquista á que su generoso ánimo se exponía, era muy agradable á los ojos de Dios; por lo cual el mismo duque, que antes había procurado impedirla, era quien después ansioso la solicitaba, aunque siempre con dolor de su afectuoso cariño, que no podría vivir en ausencia del venerable Padre sin extraordinarias ansias. Tomó el siervo de Dios por compañeros dos religiosos, un sacerdote y otro lego, quienes, incorporados con la gente del conde, emprendieron felizmente su camino, encomendando al conde la buena disciplina de los soldados.

8. Acompañado, pues, el varón santo de los soldados, cuya escolta no pudo menos de admitir, atravesó por toda la Baviera, predicando en muchas de las ciudades que se llaman *Francas;* fecundó el Palatinado con la palabra divina; alumbró á Salisburgo y á casi toda la Alemania inferior; pero donde más se detuvo fué en Sajonia, como más necesitada del riego espiritual, por hallarse toda ella míseramente sumergida en las tinieblas oscuras de la herejía luterana. Su predicación apostólica se extendía, no sólo á los herejes sino también á los católicos, siendo para todos como una

hacha refulgente que á cada uno alumbraba y encendía. Y al modo que San Agustín, llevado de la curiosidad de oir á San Ambrosio, vino á abrazar la fe católica, divulgando en los pueblos el afecto y grande estimación con que el duque atendía á la seguridad del varón santo escoltándole con más tropa que á su misma persona, deseosos los herejes de examinar si la elocuencia y doctrina del Santo Lorenzo correspondía á la fama que ya había corrido entre ellos, le buscaban con disimulo entre los católicos cuando había de predicar. Es viva y eficaz la palabra de Dios; y éralo tanto desde los labios de su siervo, que penetraba sin resistencia hasta lo más reservado é intimo de los corazones, ya católicos ó ya infieles. Hacía, en el modo que podemos comprender, clara y perceptible demostración de las verdades de nuestra santa fe; fundábalas en testimonios expresos de la sagrada Escritura, con que pasando á piedad la curiosidad que había traído á muchos oyentes, se hallaban obligados, ó á detestar sus errores antiguos, ó á componer su desconcertada vida. Y como siempre y fácilmente se dejaba comunicar de todo género de personas, las que en sus sermones, asistidas de la divina gracia, habían ya concebi-

do el espíritu de la verdad católica, quedaban confirmadas en él mediante las particulares conferencias con el varón santo, y libres de la opresión ciega en que la astucia las tenia, se alistaban constantes bajo la bandera de la fe católica. Cuánto fuese el fruto de esta larga y trabajosa misión, se puede inferir de lo que depuso en los procesos el mismo conde Vizconti como testigo de vista. Dice, pues, así: «Resultó un »grandísimo fruto de esta mision, porque »el Padre Brindis predicó con tanto fervor »y eficacia, trató y conversó de tal manera »con los católicos por donde pasábamos, que »quedaban, no sólo confirmados en la fe, si»no que dejando los pecados hacían públi»cas penitencias. Los mismos herejes se »compungían, y fueron muchísimos los que »abjurando la herejía abrazaron la religión »católica con grande consuelo, devoción y »lágrimas. De todo soy testigo ocular, por»que siempre me hallé presente á sus ser»mones y pláticas; y vi y observé lo que he dicho» [1]. Hasta aquí el conde.

9. En cualquiera lugar, ciudad ó villa que entraban, aunque fuese de aquellas que viven en libertad de conciencia, procuraba el Santo Lorenzo hacer guerra á los vicios

1 Sum., pág. 50.

y conquistar los errores que ofuscaban los rayos de la verdad, sin tener miedo ó recelo de que pudiese conjurarse la herejía al ver que rozaba el Evangelio márgenes de su jurisdicción tirana. Llegó á una ciudad populosa en que los vicios públicos de los más principales habitadores arrastraban los súbditos á ser peores; y fué tanto el fervor de su doctrina, la eficacia de sus sermones y el celo intrépido de la ley de Dios, que convirtiendo en Tebaida aquella infausta Sodoma, publicó en sus batallas que no tenía miedo á potencias de este mundo, aunque en sangriento coraje se conjurasen contra él todas; y fueron tales los efectos de esta claridad y desinterés, que domó valerosamente todo el orgullo infernal, y abrazaron todos el verdadero camino de la ley de Dios. Lo mismo ejecutó en otra famosa ciudad que, aunque de cristianos, vivía su príncipe como si fuese gentil, contra quien fué tanto lo que trabajó la apostólica doctrina de Fr. Lorenzo, que temió el conde de Vizconti, no sólo la muerte del siervo de Dios, sino la suya, por la suma claridad con que había reprendido públicamente los defectos del príncipe que se hallaba presente; pero la majestad de Dios, que hablaba interiormente al corazón de aquel

escandaloso señor, dispuso su alma de manera que él y todo su pueblo conociesen el desinterés y celo del varón santo, las culpas de sus conciencias y la obligación que tenían de llorarlas. Así se experimentó; pues agradecido, desengañado y edificado aquel príncipe de la suma fatiga y puro amor con que el venerable Padre sacaba las almas de la tiranía del demonio, peregrinando por tantas tierras, sin darse por sentido del sonrojo que había padecido en el sermón, le envió á llamar á su palacio, donde en compañía de conde de Vizconti fué magníficamente recibido, dándole gracias por haber llegado á desengañarle de su mala vida; y no contento con este agasajo, le fué acompañando hasta salir de la ciudad cuando determinó marchar de ella.

10. Ocho meses duró este apostólico ejercicio entre la confusión de herejes, sin que en tan manifiesto riesgo y tiempo dilatado experimentase el santo Padre ó sus compañeros la menor lesión de sus contrarios, no obstante el secreto con que le acechaban la vida, maquinando darle muerte en algunos casos, los cuales reveló Dios á su siervo, y con sola la señal de la cruz quebró los lazos que tenían armados y quedó libre para cantar con el profeta rey la

victoria de sus enemigos. Pero ¿qué mucho librase Dios de tantos riesgos á quienes trabajaban por su divina honra con puros y sinceros corazones? para lo cual procuraba siempre nuestro Santo Lorenzo exhortar primero á sus soldados que, limpios de culpas, procurasen no desedificar lo que él edificaba por otra parte con tanto trabajo; pero uno de ellos cometió algunos defectos que desagradaron mucho al siervo de Dios, así por ser contra el cielo, como por desacreditar la empresa que ejercía acá en la tierra: reprendió severamente al pecador soldado; pero como el árbol malo no sabe dar fruto bueno, despreciando la reprensión, volvió á cometer la misma flaqueza; y porque no inficionase el escogido rebaño en que venía, luego inmediatamente le arrojó fuera, purgando el cuerpo de su compañía para que no cayese enferma.

11. Hechos Argos espías andaban los sectarios por acabar de una vez con quien acababa con ellos tantas. Animábales el ver cuán á las manos tenían á su enemigo; y por no malograr esta ocación, levantaron un cuerpo de gente considerable, nombrando por caudillo al más desalmado hereje que pudieron encontrar, quien á toda costa procuró sobornar á un pueblo por donde

había de pasar el santo Padre, prometiendo crecidos intereses á quien muerto ó vivo lo entregase en sus manos. Prosiguiendo su tarea, llegó el siervo de Dios al referido pueblo, ignorante de los contrarios designios; y retirándose á una pieza con sus compañeros, y el Vizconti á otra en la misma posada que habían prevenido sus soldados, apenas habían descansado un breve rato cuando, puesto en oración el beato Lorenzo, tuvo aviso celestial de que sus enemigos se acercaban, y pasando al cuarto del conde, dijo: *Salgamos de aquí, pues nuestros enemigos los herejes vienen á toda prisa siguiéndonos para matarnos.* Obedeció puntual el conde, y á breve rato encontraron setecientos hombres armados, divididos en caballería é infantería, á cuya vista dijo el Siervo de Dios: *Estos son nuestros contrarios y herejes, que nos buscan.* Apenas el conde vió el furor de sus enemigos, cuando mandó á sus soldados tocar al arma, ordenados en proporcionadas filas, para la guerra precisa y defensiva; pero adelantándose á sus armas el valor del evangélico atleta, desprendió del cuello la cruz que de él pendía y puesto frente á frente á su enemigo, vibrando centellas en el instrumento de nuestra redención y arrojando rayos sus abrasadas pala-

bras, cegaban, arrasaban, destruían todo el valor, armas, fuerzas y sentidos de los pérfidos herejes, para que, ciegos contra sí mismos, no acertasen sino darse muerte unos á otros en el sepulcro obscuro de sus sombras. Caían al impulso de sus mismas armas, teniéndose por enemigos de ellas; y en funesto destrozo de su rabia, unos mismos eran los homicidas y difuntos. Crecían más y más las luces que el estandarte de la cruz despedía, para que el sacrílego partido, ciego con tantos resplandores, vengase en sus mismos cuerpos el enojo de sus ánimos. Miraba el Santo Lorenzo y los soldados la fatiga ansiosa con que unos á otros se herían inhumanos en turbulenta confusión de desaciertos, ensangrentándose más cuando más cerca vibraba el santo Padre la misteriosa espada de la cruz.

12. Admirados los habitadores de aquel pueblo á vista de tan horrendo espectáculo como el partido herético ofrecía á la trágica historia de sus anales, escritos con su misma sangre y publicados con las voces de sus mortales heridas, conocieron que la mano de Dios había sido quien por el Santo Lorenzo había peleado tan valerosamente; y desengañados de lo mucho que los herejes habían fulminado contra el siervo de Dios,

pidieron humildes perdón de haberlos tan fácilmente creído. Aclamaron la santidad del varón santo, y mudando los clarines el soplo de su aliento, el eco que empezaba por batalla acababa en sonido de victoria. Mandó el Santo Lorenzo al conde de Vizconti volviese al pueblo y tomase la prevención necesaria sin recelo de daño; y aunque el caballero estuvo al principio tímido, haciendo reflexión en la promesa del santo Padre, se determinó á entrar y halló en todos los habitadores un especial agasajo y extraordinario cortejo. Ricos de triunfos volvieron á la presencia del duque nuestros religiosos y sus soldados, habiendo cogido fruto copioso muy medido á lo que sembraron, desterrando errores, plantando virtudes y arrancando vicios.

13. Corría el año de 1608 cuando el emperador Rodulfo juntó Cortes en Praga, convocando á ellas los Príncipes del Imperio. Concurría entre ellos el elector de Sajonia, famoso luterano; trajo en su compañía un ministro hereje, célebre predicante entre los suyos, llamado *Policarpo Laysero*, muy amado del elector, acaso más por la herejía que por su capacidad. Era este ministro de Satanás, astuto de condición, ambicioso de gloria vana, diestro en las cavi-

laciones de Estado, erudito en la siniestra interpretación de las Santas Escrituras y muy acreditado de hombre sabio entre los de su facción, que junto con sus prendas personales de gravedad, circunspección, buena voz, acciones serias y majestuosas, se conciliaba el afecto de todos, respetándole por un oráculo de sabiduría. Todas estas cualidades eran bien á propósito para que Lucifer pusiese en su corazón la cátedra de la mentira y se robase las voluntades, aun de muchos católicos. Fué hospedado el elector de Sajonia con el predicante y toda su familia en el palacio Imperial.

Policarpo, lleno de vanidad y arrogancia, empezó á predicar públicamente en el patio del palacio, según costumbre del luteranismo. Disgustó no poco esta escandalosa novedad en un reino donde no estaba permitido entonces el ejercicio de la religión protestante y sólo dominaba el catolicismo. Concurría al palacio multitud grande de sectarios, así Pragenses como Sajones, á oir á su ministro sacrílegas y desvergonzadas injurias contra la fe Católica Apostólica Romana y sus profesores, sembrando los falsos dogmas del luteralismo; pero con tal arte, falacia y agudeza, que parecía autor de tan

maldita secta. Muchos herejes que habían concurrido á la corte iban sin rebozo á escuchar su doctrina, y, admirados de su perspicaz ingenio, afianzaban en él la venganza de tantos daños como habían recibido del varón santo en la misión que antes había hecho en Sajonia. Fué tan ruidoso y célebre el eco de la fama de este predicante que, corriendo por todas partes, iban en crecidas tropas á oirle; y aunque al principio ningún católico se atrevía á asistir á sus sermones por no hacerse sospechoso en la fe, aumentándose cada día más el crédito de este detestable ministro, concurrían al principio (aunque con disimulo) muchos católicos, y poco á poco se notó que algunos de éstos ya no se avergonzaban de oir las blasfemas voces de Policarpo contra las costumbres de los fieles, contra los prelados de la Iglesia, contra la misma Iglesia y los que llamaba vanos y fastuosos estilos de ella. Íbase comunicando entre algunos de los católicos esta maligna peste con grande perjuicio de la católica religión, y lo más deplorable en tan críticas circunstancias era, que temiendo todos los católicos el respeto al elector de Sajonia, que estimaba en mucho á su predicante y también la doctrina, ingenio y astucia del sectario, no había quien se atrevie-

se á deponer en disputa pública contra sus sacrílegos dogmas.

14. Luego que el Santo Lorenzo supo esta tan común cobardía, aunque se reputaba por el más mínimo de todos los católicos, abrasado su corazon en el celo de la fe, como otro David contra Goliat, determinó salir á pública y campal batalla contra aquel ministro de Satanás que así maltrataba á la sacrosanta Romana Iglesia. Comunicó con el Nuncio su intento, quejándose de que se permitiese á Policarpo predicar públicamente la herejía en un reino católico donde no se profesaba ni había libertad en punto de religión. El Nuncio, que por razones de Estado y evitar mayores inconvenientes no podía evitarlo, después de varias reflexiones aprobó su intento. Habiendo llegado esta novedad á la noticia común, muchos de los príncipes católicos y personas principales buscaron al varón santo y le pidieron con grande instancia templase su celo si no quería incurrir en la indignación del duque de Sajonia, príncipe poderoso de Alemania, y que con esta acción se exponía á irritar los ánimos de los herejes y excitar de nuevo las disputas antiguas, que fueron tan ruidosas y ya estaban olvidadas. Estas altercaciones intempestivas (decían) son casi siem-

pre, no sólo inútiles, sino peligrosas, y más en Alemania, donde casi todos se arriman á la creencia de su príncipe, pareciéndoles indecorosa división apartarse en la fe de aquellos á quienes se deben sujetar en la dominación y en el imperio. Añadían que no era bien dar ocasión de enojo al duque de Sajonia, calificando de injusto, impío y criminoso á un ministro á quien tanto veneraba y favorecía. Quedó pasmado el varón santo al oir semejante instancia, y, abrasado su pecho en la fe, con una santa indignación exclamó, diciendo: [1] «¡Oh buen »Jesús! ¡Oh madre de mi Dios! ¿Es este el »celo de la Santa Iglesia Romana? ¿Es este »el fervor que reina en nosotros por defen»der la Religión católica? ¿En qué parte del »mundo estamos? ¿Qué es esto? ¿Es posible »que siendo esta la porción de Europa más »noble, y hallándose contaminada y per»vertida de execrables errores, se ha de »imputar á escándalo el intentar que se li»bre de ellos? ¿Por ventura, oh señores, se »ha apagado en vosotros el celo de la fe y »queréis que se acabe en mí? Si está en vos»otros apagado, no lo está en mí; con que ya »no somos de un bando, ni es decente nues»tro comercio; y si aún conserváis la fe que

1 Suma, pág. 46.

»profesasteis en el bautismo, ¿qué nos de»tiene á unos y á otros para que, con de»nuedo, salgamos á defenderla de tan es»candalosa y depravada co ntradicción? Sea, »en buen hora, igual el derecho entre nos»otros y el duque de Sajonia, y si él ha »podido traer consigo á un hombre perver»so y que con mentiras y engaños propues»tos desde tan público lugar como el púl»pito está haciendo continua guerra á la »razón y á la verdad, ¿por qué á nosotros »se ha de negar la natural defensa contra »sus injuriosos y falsos dogmas en perjuicio »de las almas, en descrédito de la Santa »Romana Iglesia y menosprecio de nuestra »fe, que, con el silencio que conservamos, »va cada día perniciosamente decreciendo? »¿Por ventura se debe temer más á la ofen»sa del duque de Sajonia que á la de Dios? »¿Es posible que habemos de callar unos »con indigna omisión, cuando hablan otros »con desahogada y sacrílega impiedad? »¡Que no haya quien, rota la prisión en »que nos tiene la cobardía, confute y des»tierre el error! Sean (dijo lleno de celo el »varón santo), sean los que quisieren perros »mudos que no se atrevan á ladrar contra »el lobo carnicero que hoy despedaza las »ovejas de Jesucristo, que yo no hallo ni

»leve razón que me excuse de oponerme á »esta fiera en tan grave y urgente causa».

15. Dicho esto con admirable celo de la fe, tomó la pluma, é impelida de este sagrado fuego escribió varios carteles en que desafiaba á Policarpo y á cualquiera de sus sectarios á pública pelea: primero en el púlpito y después en la cátedra. Señalando días y lugar para esta cristiana lid, mandó fijarlos en los sitios más públicos de la ciudad, sin reservar el palacio imperial para que llegase á noticia del mismo Policarpo, despreciando todo temor, hasta la muerte. Quedaron admirados unos, confusos otros y todos edificados cuando supieron la fervorosa deliberación del varón santo, que, por la defensa de la fe católica, exponía su vida al furor cruel de los herejes. Llegó el día señalado para confutar los errores desde el púlpito; y habiendo concurrido á la iglesia de nuestro convento el Nuncio de Su Santidad, el Arzobispo, los embajadores y ministros extranjeros, señores, prelados, varones y potentados del imperio y aun de la familia del elector de Sajonia, subió al púlpito nuestro fortísimo héroe, y aunque siempre grande en la elocuencia, siempre admirable en el fervor, hoy parece se excedió á sí mismo. Tomó por asunto de su ser-

món [1] aquellas terribles palabras del apóstol San Pablo contra el pérfido Elimas, que con su falsa doctrina había engañado al pro-cónsul Sergio [2]: *O plene omni dolo, et omni fallacia, fili diaboli, inimice omnis justitae, non desinis subvertere vias domini rectas.* No es posible trasladar á la pluma el fervor, solidez de doctrina, energía y celo con que fué exponiendo cada una de las cláusulas del referido texto. Llegó á aquellas palabras *inimice omnis justitiae;* y como Policarpo había afirmado, según el dogma común de los herejes, *no ser necesarias las buenas obras para salvarse*, se detuvo más en su exposición, mostrando lo contrario con la mayor evidencia, probándolo con la Escritura sagrada, autores y Padres de la Iglesia, de suerte que todos estaban atónitos de tanta luz; y así había ya pocos de aquel grave concurso que no se hallasen dulcemente arrebatados de aquella vehemente y sonora voz. Iba refiriendo con admirable fidelidad y facilidad las razones todas con que había Policarpo impugnado la fe católica: después iba pesando sus argumentos en la balanza juiciosa é infalible de la verdad, y descubriendo cómo eran de ningún valor aquellas aparentes cavilacio-

1 Suma, pág. 47. 2 Act., XIII, 10.

nes, comprobando con claros y eficaces testimonios de la Escritura Santa, con autoridad de los Santos Padres y Doctores tan propias, los sagrados dogmas de nuestra fe, que los católicos que se habían aplicado á oir las fábulas y desatinos del impío hereje, que ya se había dado á temer, quedaron confundidos y avergonzados; y para mayor convencimiento de los católicos y terror de los herejes renovó el desafío desde el púlpito para la cátedra, donde se ofrecía defender públicamente cuanto había predicado.

16. Hallábase presente, aunque oculto, el mismo Policarpo, y, presumiéndolo el siervo de Dios, le instaba desde el púlpito á que, pues gozaba de oportuna ocasión y concurso noble é ilustre, defendiese su doctrina en aquel teatro público, que él se ofrecía á satisfacer sus dudas. Aplaudieron los católicos el fervoroso arresto del varón santo; pero ni Policarpo ni los demás secuaces se atrevieron á responder, temiendo la elocuencia y sabiduría de Lorenzo. Últimamente, siendo una de las máximas de Policarpo (siguiendo á su maestro Lutero) despreciar la edición de la vulgata de la sagrada Escritura, de la cual se vale la Iglesia romana y aprobó el Concilio de Trento, el predicante, en sus discursos, citaba siem-

pre con mucha pompa textos hebreos, caldeos y griegos, según la edición alemana hecha por el mismo Lutero; llena de errores y alteraciones; y sabiendo Brindis que Policarpo no era versado en aquellos idiomas, llevó consigo la Biblia impresa en las tres lenguas: hebrea, caldea y griega; y dijo así: «Para que veais, señores, el carácter de »este engañador del pueblo, aquí os presento »estos libros, que son la Biblia Sacra en »hebreo, caldeo y griego, á la cual, según »él dice, se debe solamente creer, y no en»señar cosa que ella no diga. Mis discursos »todos han sido fundados en esta Biblia, co»mo lo demostraré á cualquiera con facili»dad, lo que no podrá hacer Policarpo: to»mad estos libros y llevárselos, que yo ase»guro que ni los sabrá leer, ni menos en»tender». Dicho esto concluyó el discurso y se bajó del púlpito. No se puede bastantemente ponderar la admiración que causó en los presentes la libertad apostólica con que predicó el varón santo sin temer los respetos humanos, quedando todos confundidos y maravillados. Hallábase presente el varón de Barbisi [1], secretario del Emperador, y tomando la Biblia de Brindis la llevó á palacio con ánimo de mostrarla á Po-

1 Suma, pág. 46.

licarpo; pero avergonzado éste de verse públicamente deshonrado delante de toda la corte y sus ministros, huyó aquella misma noche de Praga sin dejarse ver de nadie: con que no dió lugar al desafío para disputar públicamente desde la cátedra, como el siervo de Dios había ofrecido, cediendo vergonzoso al lugar y á la fama que había corrido de su ingenio y dejando á sus infelices discípulos expuestos al oprobio común. Quedó nuestro insigne campeón coronado de vistosos laureles, y triunfante la religión católica con gran daño de la herejía. Terrible fué este golpe para los sectarios: sentíanle con impaciente rabia: representábaseles con viveza la ignominia de su maestro; y así para vengar ésta, como desahogar aquélla, no pensaban en más que en quitar la vida al defensor acérrimo de la religión católica.

17. No era menos eficaz el deseo que el varón santo tenía de derramar su sangre por defender la fe, buscando él mismo las ocasiones, como se verá en el caso siguiente. Entre los señores que de Sajonia habían venido en esta ocasion á Praga, había uno llamado el varón de Ghinzighi, grande hereje, amigo y defensor de Policarpo; y aunque era devoto y bienhechor de los Capu-

chinos, concibió cruel odio contra el siervo de Dios y protestó públicamente que había de borrar con su sangre el oprobio y afrenta de Policarpo [1]. Hízose tan pública esta impía determinación, que llegó á noticia de Brindis acaso para que se guardase del peligro; pero el varón santo la recibió gustoso para entrarse en él, con deseo eficaz de conseguir la corona del martirio. Determinó, pues, habiendo hecho primero una larga oración, acompañar al religioso que pedía la limosna para el convento, y con esta ocasión, poniéndose la alforja al hombro, se entró con disimulo en casa de aquél caballero sajón que tanto le aborrecía, dispuesto á derramar su sangre por la fe: llamó á la puerta, suplicando le permitiesen hablar á aquel caballero. Habiendo este hecho juicio que quien le buscaba era el religioso que de ordinario acudía á su casa por la limosna, le mandó entrar hasta la pieza en que estaba entonces comiendo. Pero luego que saludó y conoció ser Fr. Lorenzo, noticioso, según había antes sabido, de que él había propuesto matarle; luego que vió aquella amable presencia, aquel aspecto majestuoso y grave, quedó lleno de admiración, y considerando aquel ánimo tan su-

1 Suma, pág. 47

perior á los peligros y constante en los riesgos, así corrigió los movimientos de la ira ya concebida, así los apagó: que no sólo le recibió con humanidad y benevolencia, sino que de lobo voraz pasó á blando cordero, enviando socorrido con copiosa limosna al que tan poco antes tenía dedicado á una cruel y violenta muerte. Quedó, pues, el varón ilustre en glorioso y duplicado triunfo, pues no sólo consiguió, mediante su sabiduría ayudada del cielo, desterrar la contumaz herejía, sino también establecer en su corazón el afecto singular á los Capuchinos, de quien fué mucho más devoto que antes, socorriéndolos abundantemente en sus necesidades; y lo que es más, visitando al siervo de Dios con mucha frecuencia en nuestro convento de Praga y consultando con él todos sus negocios.

18. No paró hasta Sajonia el fugitivo Policarpo Laysero, y allí, lleno de furor y rabia, pensó reparar la afrenta pública que había recibido en Praga, y dió á la estampa dos sermones ilustrados con varias notas apologéticas tomadas superficialmente sobre los principales puntos dogmáticos que se habían controvertido en Praga. Remitió algunos ejemplares á aquella corte imperial para distribuirlos entre sus ami-

gos y confidentes, y templar con esto en algo la pesadunbre que habían tenido con su fuga. Llegó á manos del varón santo un ejemplar; y para que no causase ruina espiritual entre los menos instruídos, determinó predicar contra ellos, declarando sus falsedades para que no bebiesen el pestífero veneno encubierto en aquellos heréticos papeles. Pero no contento con esto quiso responderle también, y tomando su ardorosa pluma, templada al fuego del amor de Dios y celo de su fe, imprimió una fuerte y metódica impugnación de todos los errores de Policarpo; y siendo también muchos de ellos comunes al luteranismo, le pareció conveniente trabajar una obra completa, ya contra los propios errores de Policarpo Laysero, ya contra los del mismo Lutero, la cual obra componen tres tomos en folio que cita la Biblioteca Capuchina verbo *Laurentius*, de que nosotros hicimos breve mención al capítulo III, número 17. En estos libros refuta los errores heréticos con oportunidad, nervio, dulzura y pureza de estilo. Algunos dicen, que al ver el infeliz Policarpo Laysero el primer tomo de la impugnación de su doctrina, que con tanta elocuencia escribió el varón santo, le acometió tan gran pesadumbre que, sin bas-

tar las reflexiones de sus discípulos, que le animaban, murió envuelto en una extraordinaria tristeza y fué á dar cuenta de sus errores al tribunal supremo. Este glorioso triunfo (ó muchos triunfos en uno) que nuestro campeón sagrado consiguió de Policarpo, fué de mucho honor para el varón santo, de singular gloria para los católicos y de confusión extraña para los herejes.

19. No fué este sólo el triunfo que consiguió de los herejes el invencible Lorenzo; le tenía el cielo destinado para su azote, y así le ofrecía las ocasiones para acreditarlo. Pasados, pues, dos años de la victoria de Policarpo, que fué el de 1610, juntó el Emperador un Congreso en Praga para componer las ruidosas diferencias que había entre su majestad Imperial y su hermano Matías, Rey de Hungría; concurrieron varios Príncipes de Italia y potentados del Imperio, y entre ellos el elector duque de Sajonia, aunque ahora no dice la historia trajese consigo predicante alguno, acaso escarmentado del trágico suceso de su amigo Policarpo; pero no faltó quien le sustituyese. Apareció, entre otros, un predicante de corte, famoso orador entre los suyos, y lisonjeándose de poder reparar el desdoro que con la confusión de Policarpo había

antes recibido la religión reformada, quiso por un modo extraño mostrar su sabiduría. Había ya el Emperador concedido á más no poder la confesión de Augusta, y subiendo un día al púlpito intentó con capa falsa de religión desterrar de los corazones de los fieles la tierna devoción de María Santísima (máxima infernal y muy común entre los sectarios); y después de haber explicado, según los principios comunes y sólidos, la adoración y culto que se debe á Dios y á las criaturas, descendió en particular y friamente al culto que se debe á la Virgen María, y concluyó probando (aunque falsamente) que la devoción de los papistas á la Virgen era supersticiosa é idolátrica, pues daban á la criatura el culto privativo del Criador. Trajo para esto el ejemplo del oficio de San Buenaventura, que compuso en forma de Psalterio para alabar á la Virgen, con el cual, decía, obsequian los papistas á esta Señora á modo del Psalterio de David para alabar á Dios; lo cual, decía, no se puede negar que es idolatría. Luego que oyó el varón santo que aquel hereje ponía su sacrílega boca en el honor de la Virgen María, prohibiendo el culto tan debido á esta gran reina, encendido en su devoción determinó predicar contra aquel impío mi-

nistro en defensa de la religión católica y culto de María Santísima, su protectora y madre. Preparó los opúsculos del seráfico doctor San Buenaventura, y con estos libros de oro subió al púlpito; y arrebatado dulcemente de la devoción á tan gran Señora, después de haber desatado su bendita lengua en ríos de suavidad y dulzura; después que con elocuencia, más divina que humana, habló de los dones y gracia de la que es madre de Dios, descubriendo en la pura doctrina de los santos Padres y Doctores nuevos rumbos para dirigir con seguridad á los fieles en la devoción y culto de esta Señora; después que á todos los tuvo suspensos con aquella facundia celestial con que hablaba cuando hablaba de la Virgen, sacó los opúsculos del seráfico doctor y mostró evidentemente que el santo enseñaba lo contrario, y que la madre de Dios, por ser criatura, no debe ser adorada como Dios. Probó claramente que en el Psalterio que se llama de Nuestra Señora no se halla en todo él cosa alguna que sea culto prohibido á una pura criatura; confirmó toda su doctrina con la letanía de la Virgen que después del Psalterio trae el mismo santo, en que á los atributos ó títulos con que se honra á esta Señora se responde siempre *ora pro*

nobis, añadiendo que si alguna vez pedimos nos conceda alguna gracia ó nos libre de algún peligro es mediante la voluntad y beneplácito de su Hijo santísimo, y que ninguna vez la invocamos como á deidad suprema: Quedaron todos convencidos de la calumnia del predicante, la devoción de la Virgen más arraigada en los corazones de los fieles, y el hereje tan confundido y escarmentado, que no se atrevió á volver á tocar el asunto.

20. Pudiéramos extender en muchos capítulos el ardiente celo de la fe que abrasaba el corazón del varón santo; pero, si bien se reflexiona, su vida toda fué conducida de esta generosa virtud. Así lo testifica la predicación á los judíos en Roma y otras ciudades de Italia; la predicación á los herejes de Morabia, Hungría, Helvecia, Baviera, Sajonia, el Tirol y otras provincias de Alemania (como queda dicho en el capítulo III de esta historia). Las jornadas que hizo por Italia á varios príncipes; las embajadas y legacías á reyes y potentados; la asistencia á las guerras contra los turcos y herejes, como diremos después, publicando están esta verdad.

Esto mismo deponen en los procesos los que le conocieron y trataron. «Observé

»(dice uno) [1] en el P. Lorenzo de Brindis un »celo fervorosísimo de la fe católica, apos»tólica, romana. Este celo lo noté en su vi»da y obras, él que en todo se hacía ver ca»católico y apostólico; lo noté en las pala»bras y doctrina; y es cosa pública y notoria »que en diversas partes del mundo predicó »siempre doctina católica, conforme en todo »á la Santa Romana Iglesia; conforme á ésta »emprendió muchas fatigas, tanto por man»tener y defender la religión católica como »también para propagarla, y para esto cami»nó por diversas partes del mundo, por Ale»mania, Italia, España y Francia, tratando »ya con el Papa, ya con el Emperador, con »el Rey católico y otros Príncipes; y sé »que con la ayuda de Dios tanto dijo é hizo, »que la Santa Sede Apostólica y dichas ma»jestades, el serenísimo de Baviera con »otros príncipes católicos, quedaron persua»didos á hacer muchas cosas para la conser»vación de la fe católica y destrucción de la »herejía, de lo cual se ha derivado tanto »bien, especialmente en Alemania».

21. Uno de los compañeros del varón santo decía: «Cuando caminábamos, sucedió »muchas veces que se hablaba del infeliz y »deplorable estado de Alemania por tantas

1 Suma, pág. 42.

»herejías de que era infestada, y que se in»tentaba dar libertad de conciencia; enton»ces advertí cuán grande era el celo que el »siervo de Dios tenía de la católica fe, co»mo de la compasión que mostraba de la »Alemania, que no podía contener en el »pecho la gran congoja que le afligía, y se »desahogaba diciendo entre suspiros y lá»grimas: ¡Oh mi Dios, y qué mal tan grande! «¡Libertad de conciencia! ¡Libertad de con»ciencia! He considerado muchas veces es»ta materia, y hallo que el mayor mal del »mundo es dar libertad y de conciencia, »porque de este modo puede uno negar que »hay Dios sin haber quien lo castigue. Me »acuerdo (prosigue el compañero) que di»cho P. Brindis hablaba muchas veces del »serenísimo duque de Baviera y nos exhor»taba á rogar á Dios por su salud y que le »diese y conservase la sucesión en su casa; »porque, de lo contrario, entraba á poseer »aquellos estados un príncipe hereje, con »gran detrimento de nuestra católica reli»gión. En estos discursos se enardecía tan»to el varón santo, que se conocía tenía es»te negocio en su corazón». Otro compañero del siervo de Dios, con quien vivió tres años, le oyó decir muchas veces: *No hay cosa que más desee que derramar la sangre y dar*

la vida por la fe de Jesucristo. ¡Ojalá lograra yo esta dicha! pero se me dilata contra mi esperanza y acaso serán mis culpas quien lo impida. Lo cierto es, que si el martirio faltó á la voluntad, la voluntad no faltó al martirio.

CAPÍTULO VIII

Esperanza del siervo de Dios.

En pluma de San Bernardo [1]: *Cuanto cree cualquiera, tanto espera:* con que si la esperanza de nuestro Santo Lorenzo se ha de medir por su fe, habiendo sido ésta tan heroica como hemos visto, por consiguiente lo ha de ser su esperanza. En cuya suposición, habiendo tratado con alguna latitud en el capítulo antecedente de la fe del varón santo, nos vemos excusados de ser prolijos en éste y así correrá ligeramente la pluma refiriendo sólo algunos casos que acrediten su firme esperanza [2]. Hallándose el varón santo Comisario general en Alemania, caminando con sus compañeros en el mes de Junio por el condado de Tirol hacia la provincia de Balzzano, después de

1 *Quantum quis credit, tantum esperat.* D. Bernd., *de Pas., cap. 43.* 2 Suma, pág. 106.

haber andado veinte millas se hallaban los compañeros cansadísimos y lo que más les molestaba era la sed, por ser el tiempo de gran calor, de suerte que ya no podían pasar adelante. Manifestaron los compañeros al Comisario general su necesidad, y él, con su acostumbrada frase, dijo: *Dios proveerá;* y de allí á poco se vió venir por el camino un mancebo de bello aspecto con un carro de figura extraña, no usado ni visto jamás en aquella tierra: tiraban del carro dos bueyes blancos y hermosos. El joven, luego que los vió tan cansados se llegó á ellos, y con mucha afabilidad les dijo si querían beber; y el siervo de Dios, mirándole con rostro alegre y placentero, dijo: bendito sea Dios. Sacó el mozo vino muy exquisito y generoso que llevaba en dos toneles ó pipas, y bebiendo el varón santo y sus compañeros, quedaron remediados y fortalecidos para continuar el camino. Despidióse el joven, y de allí á poco no le volvieron á ver más, desapareciéndose también el carro y los bueyes. Conocieron los compañeros que en aquello había habido algún prodigio, y uno de ellos, más curioso de lo que debía, preguntó dos veces al siervo de Dios quién había sido aquel mancebo; y á la segunda respondió: *No seas tan curioso: ¿No te dije que*

Dios proveería? Callaron y continuaron el camino.

2. Caminando en otra ocasión con sus compañeros desde Poliñano á Bari, distancia de veintidos millas, se hallaron muy fatigados y sin provisión alguna para comer; afligía la necesidad, y clamando al varón santo los compañeros, respondió diciendo [1]: *Vamos, hermanos, que Dios proveerá.* Continuaron el viaje, y á pocos pasos se apareció un aldeano, ó un ángel en su traje, que traía una cesta en la mano, y acercándose al siervo de Dios le saludó cortésmente, y sacando pan, vino y huevos, comieron todos y el aldeano, en quien advirtieron los compañeros una conversación más que humana y un trato muy superior á un hombre rústico. Como el varón santo era de un corazón magnánimo y un espíritu gigante, nada le acobardaba para esperar aún en la mayor necesidad, arrojándose á los más evidentes peligros con la seguridad de hallar pronto el remedio en todos. «Estas almas grandes »(dice el seráfico Doctor) [2] emprenden cosas »sublimes porque es grande la esperanza »que tienen, y por eso alcanzan todo lo que »desean. Ni han puesto término á su espe»ranza, y así Dios se complace de propor-

1 Suma, pág. 109. 2 S. Buenav., serm. 32, *in Cantic.*

»cionar sus beneficios á lo heroico de su »confianza, repartiendo entre ellos sus gra»cias y tesoros según el grado y fervor de »su esperanza». Hasta aquí San Buenaventura y hasta aquí la pintura breve de esta virtud, remitiendo á los lectores á otros capítulos [1] de esta historia, donde también se hallan no pocos ejemplos de esta virtud.

CAPÍTULO IX

Caridad del varón santo para con Dios, unida con la oración.

SIENDO la caridad una elegante y compendiosa cifra de todas las virtudes, lazo hermoso que las une y rica diadema que las corona, no es extraño que en este capítulo juntemos la caridad ardiente del varón santo con su elevada oración. Era su caridad benigna para reducir á los pecadores, aplicando remedios á la enfermedad de la culpa sin ofensa de los culpados. Era un bellísimo diamante, labrado á todas luces, que comunicaba liberal sus resplandores: á los malos para hacerlos buenos, y á los buenos para hacerlos mejores; á los amigos para recompensar su benevolencia, á los enemi-

1 *Cap.* 4, *n.* 6, *n.* 18, *cap.* 6, *n.* 5.

gos para derramar su odio, venciendo con beneficios sus agravios. Finalmente, por esta calle real y anchurosa de la caridad hizo todo el comercio de su vida, caminando de lo humano á lo divino y volviendo de lo divino á lo humano; y, girando en este perfecto círculo, tiraba todas las líneas de sus virtudes unidas en el centro de la caridad, según nos lo dicen los pasajes todos de su admirable vida. No vivía de otra vida sino de aquella que le ministraba el espíritu del Señor. Así lo publica el fervor con que predicaba, las llamas que se le veían en su rostro, los ríos de lágrimas que derramaba, los suspiros encendidos que exhalaba su pecho, el ardiente celo en la honra de Dios, de la exaltación de la fe católica, de la conversión de las almas. Todos los que conocieron y trataron al siervo de Dios deponen en las informaciones [1]: «Que amaba »á Dios íntimamente; que todos sus pensa»samientos y deseos los encaminaba á Dios; »que estaba lleno de una caridad ardiente; »que su mente la tenía siempre en Dios; »que vivía casi continuamente elevado en »el Señor, de suerte que, ni el trato con las »criaturas ni los negocios y ocupaciones de »su oficio, le podían apartar de aquella

1 Suma, pág. 226 y sig.

»unión íntima que tenía con Dios. Que to-
»dos sus deseos eran de amar y servir á
»Dios. Que en el predicar mostraba tanto ar-
»dor, que parecía arrojaba llamas; que tuvo
»un ardentísimo deseo de derramar su san-
»gre por Jesucristo; que siempre hablaba
»de Dios; que solía repetir muchas veces:
»*¡Ah, y cómo debe ser amado Dios de todo, de*
»*todo, de todo corazón!* Y que al decir estas
»palabras quedaba como arrobado y suspen-
»so; que cuando hacía oración se le encen-
»día tanto el rostro, que claramente se co-
»nocía el fuego que ardía en su pecho». Estos y otros elogios deponen los testigos en los procesos de su canonización.

2. Era tal la unión con Dios, que le parecía vivia ya con su amado; pero recobrándose un poco, y conociendo que aún estaba en el mundo, clamaba, doloroso, como otro David [1]: *¡Ay de mí, lo que se dilata esta peregrinación! ¿Cuándo vendré y compareceré en vuestra presencia, para no perderla más?* Y volviéndose airado contra el tiempo, le argüía de perezoso en sus jornadas. Sentía el poder perder lo que llegó tanto á amar, y por no experimentar lo que temía, amaba más lo que amaba. Cuando caminaba, todos los objetos que se le ofrecían á la vista le

1 Psalm. 16, 15.

eran motivo para su enseñanza. Atendía en las aguas de los presurosos arroyuelos la fuga con que huyen de la tierra hasta llegar á su centro, sin detenerse á mirar lo que veían por el camino que pasaban; y envidioso su corazón de hacer lo mismo, encendía más ardientes los deseos, en cuyas repentinas llamaradas se deseaba abrasar hasta llegar á su fin. En el uniforme instinto de todos los animales y propensa inclinación al fin para que nacieron, lloraba tiernamente el desvío de los hombres hacia su Criador, teniendo más capacidad que los brutos. En las alegres avecitas, las canoras y debidas alabanzas con que á su Criador corresponden agradecidas, argüía justamente el olvido de los hombres en alabar á Dios, dejando pasar horas y días sin bendecirle ni una sola vez. En los gemidos tristes de las tortolillas, ó de otro huérfano pajarillo, renovaba sus ansias amorosas, compadecido tiernamente de escuchar sus tristes soledades: por padecer el varón santo esta misma enfermedad en ausencia de su amado y acompañando sus gemidos, aumentaba en deliquios sus incendios. En las mudas ramas de las plantas meditaba sus rústicos amores con ocultas señas y simpáticas virtudes, de cuyo teatro silencioso ha-

cía tribunal el serafín Lorenzo, poniendo por testigos de sus amores á las aguas, á los brutos, á las aves, á las plantas y, en fin, á todo viviente, al cielo, á la tierra y al mismo Dios á quien amaba, para que todas las criaturas que le exhortaban á amar supiesen que obedecía gustoso á las voces que le daban. Esta era la tarea silenciosa del varón santo, aun cuando caminaba divertido; y para que los compañeros no le tuviesen por pesado en su retiro y silencio, les proponía algunos textos difíciles de la Escritura para su examen y clara inteligencia: otras veces algún punto dogmático ó dificultades de una y otra teología, y de esta suerte endulzaba con utilidad las fatigas del camino.

3. Si así vivía cuando más distraído en los caminos, ¿qué sería en el retiro de su celda? Depone en los procesos [1] el P. Fray Ambrosio de Florencia, compañero suyo, su confesor y secretario por muchos años, que no pocas veces, buscándole en la celda, le hallaba tan absorto y fuera de sí que, instándole para que firmase algún papel ó despachase algún negocio grave, solía responder, como embelesado en Dios: *luego, luego: esperad un poco.* El mismo Padre dice

1 Suma, pág. 232 y sig.

estas formales palabras: «En los conventos
»donde hacía mansión el V. Fr. Lorenzo de
»Brindis solía yo llegar á su celda á la con-
»sulta y despacho de las cosas que se ofre-
»cían, ó confesarle; pero oyendo voces recí-
»procas, como de diversas personas, solía
»detenerme con atención: y continuando
»de una y otra parte las razones, oía lloro-
»sas y tiernas respuestas de Fr. Lorenzo; y
»otras veces, formando una voz ó eco la-
»mentable y triste, no podía responder. De-
»teniéndome más y más, hasta ver en qué
»paraba, y no percibiendo más ruido, en-
»traba con la confianza de confesor, y ha-
»llando solo al venerable padre, le decía:
»*Yo creí que había alguna otra persona en la*
»*celda, pero sería engaño mío:* á lo cual respon-
»día el siervo de Dios con una cara de risa:
»*¡Ah santa curiosidad! ¡Ah santa curiosidad!*
»Otras veces (prosigue el mismo) le encon-
»traba de rodillas, bañado todo en lágri-
»mas, haciendo oración y derretido entre
»suspiros y sollozos sin poderle acallar; y
»en otras ocasiones mojaba con las lágrimas
»las cartas y papeles que le ponía para fir-
»mar, elevado todo en Dios; y diciéndole
»que templase el llanto, respondía lo acos-
»tumbrado: *¡Ah curiosidad! ¡Ah curiosidad!*
»Otras veces, cuando le llamaba, no podía

»responder por tener elevada la mente en »Dios. Y lo mismo le sucedía cuando cami«naba». Y hablando de la delicadeza de su conciencia, dice: «Yo he confesado al Padre »Brindis siete años, y á lo menos dos veces »á la semana, y nunca hallé en su concien»cia ni aun pecado venial voluntario; y no »obstante se confesaba con tantas lágrimas »y contrición, que á mí me hacia llorar». Lo mismo depuso con juramento otro confesor que le había oído de penitencia cinco años.

4. Algunas veces le decían los compañeros que moderase las lágrimas y fervores de su espíritu, acordándose de la misericordia de Dios; y respondía que á no ser infinita la piedad del Señor le hubiera ya confundido, y que él no cumplía con una de cien partes de lo que debía hacer. Consideraba el siervo de Dios los bienes que de aquel océano de bondad habían salido en tantos ríos de felicidad y arroyos de luz; contemplaba los beneficios generales que había recibido y los particulares y ocultos, pasando por su vida desde los primeros años, y luego bajaba hasta el abismo de su mala correspondencia, poniendo delante de los ojos estos dos lienzos: uno en que dibujaba todos los favores, y otro en que delineaba con borrones sus ingratitudes; y este

cotejo le penetraba el espíritu y era intolerable el sentimiento que le excitaba el dolor de verse ingrato. Esta era la causa de su llanto, este era el origen de sus suspiros. Es máxima bien segura en la felicidad humana la que dejó acreditada á la posteridad nuestro ilustre español Séneca, y la que en cada siglo enseña repetidas veces la experiencia: *que ningún sitio está más cerca de lo más profundo que lo más alto;* y, al contrario, en la senda de la virtud: *Nada está más cerca de lo alto que lo más profundo.* El que quiere valer en el mundo y subir alto, presto bajará á lo profundo. Al contrario en la virtud: el que con humildad se reputa en el profundo del abismo, éste subirá á lo alto de la perfección. Los que conocen la naturaleza de los afectos del amor y de la oración no pueden ignorar cuán parecidas son las definiciones de estas dos excelentes prendas del alma; porque así como el amor divino arrebata á los corazones hasta unirlos con el sumo bien, la oración no es otra cosa que elevarse la mente á Dios. Siendo, pues, hermanas y parecidas estas virtudes, no es mucho se hallasen tan unidas en el Santo Lorenzo. Madrugó tanto el amor de Dios en el corazón de su siervo, que no hubo lugar para que otro afecto le embara-

zase; y vino esto de que también madrugó en él el cuidado de no faltar al ejercicio de la oración, que conoció luego proporcionado, para el aumento de la caridad y demás virtudes; y así, desde muy niño empezó á amar y á orar; porque apenas se hace dueño este amor de un alma, cuando, hiriéndola, la aprisiona, ó aprisionándola la hiere de calidad, que mientras dura esta herida ó esta prisión es necesario que la oración sea tan fervorosa como continua. Alude á esto Ricardo Victorino ponderando esta violencia del amor: «Verdaderamente »(dice este místico doctor) [1] está el ánimo »aprisionado porque de esto sólo se acuer»da, ni puede meditar otra cosa. En cua»lesquiera obras, en cualesquiera palabras, »siempre tiene en esto ocupada la parte su»perior del entendimiento, empleada la »memoria; esto sueña si duerme, y esto re»pite cada hora».

5. En confirmación de esta doctrina deponen los testigos en el proceso [2], «que era »un hombre de grande oración y contem»plación; que en toda su vida había sido »dedicadísimo á este santo ejercicio, tanto, »que pasaba los días enteros en continua »oración, en cuyo empleo fué excelentísi-

1 Ric. *de Grad. violen. charit.* 2 Suma, pág. 232.

»mo; que de su boca no se oía otra cosa que »alabar á Dios, ó hablar de Dios, ó por Dios; »que cuanto más avanzado estaba en la »edad, tanto más era absorto en la contem»plación, de modo que con grande facili»dad se elevaba en Dios, ó por mejor decir, »que siempre estaba unido y transformado »en Dios». Así hablan los que le trataron y conocieron; y no es de admirar, pues apenas tuvo el varón santo capacidad de discurrir, cuando tuvo gracia de orar y aun también de contemplar, pues fué en este noble ejercicio breve y aun imperceptible su noviciado, hallándose maestro sin haber empezado discípulo. Antes de cumplir los trece años entró en Venecia, según hemos dicho en otro lugar; y como todas sus delicias era acudir á los Capuchinos, obtenida la licencia del superior se entraba en el coro con toda la comunidad y oraba allí con gran quietud, suspensión y recogimiento, de suerte que, admirados los religiosos, apenas podían imitarle. Á los dieciocho años entró en nuestra familia, en que desde luego fué descollando en esta virtud, en tanto grado, que no había quien le apartase de la oración. Padeció en el noviciado una grave enfermedad del estómago; pero acudiendo á la oración sanó luego de ella. En

todas sus necesidades, en todos sus ahogos, en todos sus achaques acudía á la oración, y de aquí sacaba para sí y para los demás el remedio. Esta era la fragua donde, encendida su bendita alma, se unía con Dios en estrecho vínculo de caridad. Discurrió agu damente el serafín de los doctores, San Buenaventura, diciendo que la voz *caridad* importa y contiene lo mismo que *cara unidad*, porque une con Dios al alma en estrecho lazo de amor. Es el fuego, símbolo de la caridad, el más propio; porque como este generoso elemento convierte en su substancia todo lo que á él se llega, así el que está unido con Dios con el lazo de la caridad se hace un espíritu con Dios mismo, según dice el apóstol [1]. Nadie, pues, se debe admirar de que el Santo Lorenzo, que desde sus tiernos primeros años había experimentado en su corazón tan noble incendio de amor divino, se hubiese del todo entregado á Dios y negado al siglo, de suerte que ni en la niñez ni en la mocedad le debió ni aun aquella humana y casi inexcusable conversación con los de su misma edad; antes, enemigo siempre de las criaturas, se retiraba á los lugares más solos, á los senos más escondidos, para gozar cou más continua-

1 1 Cor., cap. 6, 17.

ción y quietud de los dulces abrazos de su criador.

6. No sin misterio grande le parecía á su madre, cuando le tenía en el vientre, que llevaba *un pequeño sol, ó globo de luz;* ni careció tampoco de misterio aquella luz extraordinaria que se vió en su rostro cuando nació [1], por lo que le juzgaron sus padres, y con razón, *más criatura celestial que terrena.* Con que parece que nació ya desprendido de todas las cosas del mundo y destinado sólo para el cielo; y así no es mucho no le mereciesen atención alguna las criaturas terrenas, y que todo su anhelo fuese como de un abrasado serafín en amar y contemplar las cosas divinas. El fuego encerrado en el horno no pierde el resquicio que halló para descubrirse hacia fuera; y el amor divino que ocupaba el pecho de nuestro abrasado Lorenzo se explicaba por los ojos, por las acciones y palabras. Denigrábase aun de mirar lo que el mundo adora y á que sacrifica su anhelo: traía siempre elevados hacia el cielo los ojos, porque allí tenía su corazón, allí estaba el centro de sus abrasados deseos. Quien atendiese al rostro de Lorenzo podría, con facilidad, inferir dónde estaba fijo su ánimo. Nada de la tie-

1 Resp. Animad., 1756, pág. 60.

rra le llegó á deber el menor reparo: ¿pues cómo le había de arrebatar la estimación? Acordábase bien de lo que dijo el apóstol San Pedro [1]: *si alguno habla, sean sus palabras como de Dios:* y así era su conversación tan suave, que cuando hablaba del amor divino era tan eficaz, que bastaba á encender en el fuego mismo en que ardía los más helados corazones. No hablaba de remotas noticias, sino de íntimas experiencias con que desempeñó la idea que de un varón espiritual formó Ricardo Victorino [2]. «¡Oh, »con cuánta satisfacción (dice) oyera yo á »aquel que hubiese antes teñido la pluma »en la sangre del corazón; porque entonces »es verdadera la doctrina, cuando dicta la »conciencia lo que pronuncia la lengua!» Siendo, pues, así, que la del Santo Lorenzo estaba teñida en la sangre de su amorosísimo corazón y abrasada en las llamas de la caridad en que ardía su pecho, no es de extrañar encendiese á los demás. *Al calor del sol no puede esconderse ninguna material criatura*, según dijo David [3]. Ni al del amor de Dios, sol más noble y más eficaz que tenía por trono el corazón del varón santo, quedó abrasada, no una sola provincia, sino ca-

1 I Petr. cap 4, 11. 2 Ricard., *tract., de Charit., cap.* 1.
3 Psalm. 18, 7.

si todo el orbe. Italia, Alemania, Austria, Bohemia, Sajonia, Hungría, Francia, España; y esto no sólo los católicos, sino los herejes y también los judíos, como en varios lugares queda ya apuntado.

7. No había corazón que no se hallase penetrado de las ardientes saetas que de aquella amorosa boca disparaba el amor divino. Apenas hablaba de otra materia: apenas escribía de otro asunto: apenas predicaba otros sermones, que la caridad y amor de Dios. En esto ponía todo su conato; en esto incluía casi todas sus interiores y exteriores meditaciones, guiado del mismo ardiente espíritu que descubrió el gran padre de la Iglesia San Agustín [1] en las palabras que siguen: «De la caridad son »nuestros cotidianos sermones, por si pu»diéramos conseguir que ardiese en vues»tros corazones su fuego, hasta levantar »una gran llama que, ó todo lo consuma, ó »todo lo purifique y acrisole; porque no »hay nada bueno si por este fuego no se »hace bueno». Cuando hallaba alguno que con vicioso exceso se amaba á sí, le convencía eficazmente y daba á entender cuán mal conseguía su pretensión; porque sólo sabe amarse, decía, quien de veras ama

1 San Aug., *de Laudib., charit.*

á Dios, en quien están todos los bienes, cuya participación más ó menos noble busca siempre el amante para el amado; y explicaba esta discreta filosofía con lo que dice San Agustín [1]: Amemos lo que es mejor, esto es, á Dios, á quien si antepone algún objeto nuestro cariño, entonces ignoramos lo que es amarnos. Cuando era General, encomendando á sus frailes la caridad mutua, se valía de las palabras de San Jerónimo, que hablando de ella dice [2]: «Esta »sola virtud consigue que viva para Dios »el hombre: esta luz hace monjes y religio»sos: sin ella son infiernos los monasterios, »demonios los que los habitan; y al contra»rio, por ella es cualquiera comunidad un »paraíso ocupado de ángeles». El peso de estas voces, con el que añadían las del santo General, no hallaba resistencia en ninguno de sus oyentes.

8. La presencia de Dios, tan encomendada de los padres espirituales y ejercitada de los que quieren adelantar en la virtud, era tan frecuente en el siervo de Dios, que abstraído muchas veces de las más serias é importantes conversaciones y negocios graves, era arrebatado con tan fuerte impulso ha-

1 San Aug., *Epist. ad Meced.*
2 San Hieron., *in Reg. Monach., ad Paul.*

cia Dios que, levantados los ojos al cielo y cortada la conversación en repentino exceso, quedaba enteramente negado al uso de los sentidos y absorto todo en Dios. Fueron estos raptos tan frecuentes, en especial hallándose el varón santo en Génova, que los principales personajes y magistrados que le buscaban para comunicar los negocios más graves del gobierno, y cosas pertenecientes á sus almas, luego conocían estos raptos, y llenos de devoción y ternura decían: *¡Ay, ay! que se nos va Fr. Lorenzo; que se nos huye el siervo de Dios ¡Ay, que se escapa al cielo!* Trataba muchas veces grandes negocios políticos y aun militares en los gabinetes, en los palacios y asambleas; pero andaban al mismo tiempo dentro del alma solícitos sus pensamientos, y los contramandaba á tratar otros cuidados de esfera más alta y sublime; y aunque muy callados y mal entendidos de los presentes, no podían ocultarse muchas veces, saliendo sin libertad al público de su rostro con aquellas señas que manifestaban el interior enteramente distraído de aquellos mismos negocios. Pero de estos excesos mentales nos ofrecerá materia copiosa el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X

Tiernísima devoción y encendido afecto del Santo Lorenzo al augustísimo Sacramento del altar.

No hay cosa difícil para un encendido afecto, pues todo lo considera muy inferior á sus fuerzas; ningún peligro advierte, ningún tropiezo encuentra; mide su valor por los deseos, que siendo tan eficaces le parece todo menos de lo que el fervor parece. Deseaba como fino amante el elevado espíritu del varón santo sentarse á la mesa del altar y gozar del convite de su amado; y cuanto más lo deseaba eran más las dificultades que vencía. El amor inexplicable de Brindis á Cristo Sacramentado fué una de las nobles empresas de aquel ardiente espíritu, y que con razón forma el carácter y principal divisa del Santo Lorenzo; como también es el amor la insignia y un como carácter de fuego de la misma Eucaristía, que quiso apellidarse *Sacramento de amor*, disfrazando las saetas más encendidas en color de nieve, y añadiendo en la fe otra venda á la razón por donde se transparenta la luz. Pedía para disponerse á celebrar á la Santísima Virgen, fecunda

madre del amor divino, que le prestase aquel majestuoso aparato con que disponía su real templo al recibir Sacramentado á su dulce Hijo. Eran tan vivas las ansias de acercarse á la augusta mesa del altar, en que se alimenta de fuego el alma, que hubiera sin duda peligrado su vida en la tristeza si, pudiendo, se hubiese privado algún día de esta incomparable dulzura. Ni el caminar por montes y páramos incultos, ni el ímpetu furioso de las lluvias, ni las rápidas corrientes de los ríos, ni viajar por entre enemigos de la religión, donde eran lastimosos estragos los templos, fué bastante para que un sólo día dejase de beber felicidad de aquella fuente de gloria. Ni le detenía el exponer su salud y aun su vida, cuando entre el horror de los campos nevados de la Helvecia, del viento frío de Alemania y helados páramos de Sajonia, se quedaba á dormir en el desabrigo de una venta ó en la soledad del campo por llegar á otro día al lugar y tiempo oportuno de celebrar este santo sacrificio.

2. En el tiempo que fué General le costaba gran desvelo y no menor trabajo el ajustar las jornadas de un convento á otro para no perder el consuelo de celebrar la Misa; pero en medio de tantas contingen-

cias y desproporcionadas distancias, jamás dejó de decirla; cosa, que aunque en otros sacerdotes no sería digno de la mayor admiración, en nuestro Santo Lorenzo lo era sin duda, atendidas las circunstancias del mucho tiempo que tardaba y achaques que padecía. Al pasar de Helvecia á Borgoña, la vigilia de San Lorenzo, arribó á un pobre lugar muy cerca de mediodía; y aunque sumamente fatigado, dijo Misa, pero con la brevedad que el tiempo le concedía. Preguntó después cuánta distancia había al primer pueblo de católicos (porque eran muchos de herejes); y habiéndole informado que había cuarenta millas, se resolvió á caminar; y tomando una corta refección anduvo aquella tarde veinte millas, pasó la noche en una rústica y desabrigada cabaña, en que habitaba como en casa propia la pobreza santa, y recreado con ella tomó el camino muy de mañana y llegó ligero, en alas de su encendido amor, á tiempo de decir Misa y dar la comunión á sus compañeros, que por la debilidad y cansancio no pudieron celebrar.

3. En la última embajada que hizo á nuestro católico monarca Felipe III por el reino de Nápoles, luego que entró en una de las galeras de España que le esperaba

en el puerto suplicó al comandante le hiciese el favor de arribar á tierra y dar fondo todos los días para celebrar el santo sacrificio de la Misa, asegurándole no perderían por esto la jornada. El carácter de Embajador y la fama que tenía de santidad le movieron al comandante á condescender en su petición, harto ardua; pero un día, corriendo viento en popa con un tiempo favorable y sereno, por no perder tan buena ocasión de caminar, le dijo el comandante que ofreciese al Señor sus deseos de decir Misa hasta otro día; hízose cargo el varón santo; pero como si esto fuese culpa suya, atribuyéndolo á no ser. digno de tan gran favor, castigó su cuerpo privándole del pan de los hombres, al que consideraba indigno del pan de los ángeles. Ni le impedía llegarse á las aras los achaques y enfermedades que padecía. Una de ellas, y de las más terribles, era la gota; todos saben (y en particular los pacientes) cuán cruel sea esta dolencia y qué insufribles los dolores, como también los raros efectos que causa de contracción de miembros y trastorno casi universal de los cuerpos más fuertes y robustos. Padeció el siervo muchos años (particularmente los últimos de su vida) esta gravísima enfermedad, pero con tal cruel-

dad, que le ponía no pocas veces á los umbrales de la muerte, dejándole enteramente inmóvil; pero, no obstante, se determinaba á decir Misa ayudado de unas muletas, y otras veces entre tres ó cuatro religiosos y con sumo trabajo; mas ¡oh prodigio! apenas empezaba á ponerse los sagrados ornamentos cuando iban poco á poco cesando los dolores, de suerte que, revestido y puesto en el altar, ya se hallaba enteramente bueno y como si nada hubiera padecido ó fuera otro nuevo hombre. Celebraba el santo sacrificio de la Misa con la mayor quietud y tranquilidad, aunque tardase muchas horas. Y aquí otra maravilla: Apenas acababa la Misa y se desnudaba de los ornamentos, le acometían de nuevo los dolores y se volvía á imposibilitar, de suerte que era preciso volverle á la celda como antes. Así lo deponen varios testigos en los procesos que se formaron en Génova [1], y entre ellos un médico que lo vió y examinó una y otra vez con sobrada crítica, y confesó que no era un sólo milagro, sino un conjunto de milagros.

4. Uno de los compañeros del santo varón depone ló siguiente en comprobación de lo dicho [2]: «En los tres años y medio que

1 Sum., fol. 68. 2 Sum., fol. 71.

»he acompañado al P. Brindis, enfermó »muchas veces de la gota, ya en Venecia, »ya en Basano y ya en Milán y en Génova, »y eran tan fuertes los dolores que le pos»traban y no podía moverse, ni tocarle otro »sin un daño gravísimo, y con todo siempre »decía Misa y yo ayudaba á llevarle con »otros al altar; y empezándose á vestir se »mejoraba; y puesto en el altar quedaba »sano y continuaba la Misa sin dolor algu»no; y concluída y quitados los ornamentos »quedaba imposibilitado como antes y lle»no de dolores. Esto lo sé y digo porque lo »he visto y tocado más de cien veces, como »compañero que fuí suyo en aquellos »últimos tres años y medio y que le ayuda»ba á Misa hasta que murió». Enfermó en Venecia el siervo de Dios tan gravemente, que en pocas horas se cerraron todos los pasos á la esperanza; llamaron al médico de la comunidad, y hallándole sin pulsos y con síntomas mortales, no le dió de vida más que hasta el día siguiente. Amaneció con la misma dolencia, y llegada la hora de celebrar se hizo llevar al altar; y estando diciendo Misa vino el médico á visitar los enfermos, y preguntando si había muerto el Padre Brindis, le dijeron què estaba diciendo Misa; pensaba el médico que se burlá-

ban, y yendo al oratorio quedó pasmado al verle en el altar, confesando era cosa milagrosa, y mucho más cuando le vió después con los mismos accidentes. Estos prodigios y otros que por la brevedad se omiten, nos obliga á confesar que el ardor de la caridad divina era el que le animaba y mantenía la vida, y consiguientemente podía decir con el apóstol [1]: *Vivo, pero no yo, porque vive en mí Cristo.* Llegó un día el santo varón á nuestro convento de la ciudad de Plasencia, en Italia, tan enfermo y fatigado, que creyeron los médicos fuese el último de su vida. Súpolo el duque, y temiendo, si moría, sacasen de su jurisdicción el rico tesoro de sus reliquias, cercó el convento con una crecida guardia de soldados; pero recobrado un poco el Santo Lorenzo, quiso decir Misa; mas los médicos, teniéndolo por temeridad, lo repugnaban. El siervo de Dios aseguraba que el remedio de sus dolencias era aquel pan de los ángeles, y que privándole de él era quitarle la vida. Atónitos los médicos entre los principios y reglas de su facultad, que le condenaban á muerte diciendo Misa, y la seguridad del varón santo que, al contrario, le daban la vida diciéndola, última-

1 *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus.* Ab Galat, 2, 20.

mente, aunque con grandes temores, se lo permitieron. Fué tanto el gozo que logró su bendita alma, que redundando en el cuerpo y abriendo esta águila generosa los ojos eclipsados y casi difuntos para mirar al sol, no sólo no sintió los males diciendo Misa como otras veces, sino que acabada la Misa quedó perfectamente sano con admiración de los médicos.

5. Era tal el fervor que sentía su corazón cuando se hallaba en las aras, que aunque al principio de la Misa caminaba con paso regular su espíritu, acercándose más hacia la consagración suspendía el paso y el vuelo y se quedaba muchas horas inmóvil del todo ó girando dentro de un círculo donde volaba, sin caminar, el pensamiento. Otras veces aún era más vehemente la aplicación de su ánimo y más subida la devoción de su espíritu, pues se llevaba el cuerpo tras sí, conservándole por muchas horas superior á la tierra en un éxtasis profundísimo; pero no es de admirar, atenta la fuerza del amor que tenía á Dios este ilustre sacerdote, y basta á vencer el peso del cuerpo, pues si en experiencias de cada día una corta porción de fuego material encendida en la pieza de artillería mueve y eleva con grande facilidad la más corpulen-

ta y pesada bala, y si una pequeña exhalación, por desaprisionarse del subterráneo seno en que la concibió ó á que la condujo la naturaleza, hace volar peñascos que pudieran por su magnitud parecer inmobles, no hay que admirar que, siendo la eficacia del amor más activa, y siendo tan grande el que ocupaba el siervo de Dios, obrase en lo pesado de su cuerpo los efectos que acabamos de referir. Ocupado altamente en estos elevados éxtasis y profundos raptos, tardaba regularmente de tres á cuatro horas, y en los últimos años de su inocente vida (cuando las ocupaciones y negocios se lo permitían) empleaba en la Misa seis, ocho ó diez, y algunas veces doce horas [1]. Tenía especialísimo privilegio de Clemente VIII y Paulo V para decir Misa votiva de Nuestra Señora todos los días, aunque el rito fuese doble, excepto las festividades clásicas de Nuestro Señor y algunos santos que fuesen de su devoción. También le concedieron, para satisfacer sus fervorosas ansias (de que estaban los Pontífices plenamente informados), el que pudiese empezar la Misa á cualquiera hora después de las doce de la noche [2].

6. Era devotamente veloz en leer y gra-

1 Sum., fol. 74. 2 Sum., fol. 63 y 67.

vemente expedito en las sagradas ceremonias; pero cuando llegaba al ofertorio ya empezaba á enajenarse, y mucho más cuando llegaba al canon; pero después de la consagración, aquí ya salía enteramente fuera de sí, y, con la presencia tan inmediata de aquel amoroso fuego, se encendía y abrasaba Lorenzo, de suerte que salía de su cabeza una porción grande de oloroso humo que parecía un fragante y precioso ámbar ó exquisito incienso. Inflamábasele el rostro, y titubeando sus acciones y como frenético de amor divino, salía fuera de sí con admiración extraña; suspiraba, ansioso, al ver que se abrasaba, y en inflamados afectos prorrumpía en estas palabras: ¡Oh! ¡oh Jesús, María! Después de haber recibido al Señor se revestía no pocas veces su rostro de un hermoso resplandor, dejándose ver sensible una hoguera esparcida por toda su cara, como que el amor desamparaba entonces al pecho por avecindarse al amado. Algunas veces, después de haber acabado aquel santo sacrificio, quedaba tan encendido é inflamado, que salía mucho humo de la cabeza, como si se abrasase aquel edificio; y aunque fuese en tiempo de invierno se veía precisado á estar con la boca abierta, para recibir algún refrigerio á

sus ardores. Otras veces quedaba con un rostro tan bello y agradable, que parecía un ángel, y causaba admiración y edificación á los religiosos [1]. Aunque en lo natural son contrarios elementos el *agua* y el *fuego*, en lo sobrenatural son muy amigos y se origina uno de otro; con que al paso que el corazón del Santo Lorenzo ardía algunas veces en incendios amorosos de caridad cuando celebraba, se hacían sus ojos en otras ocasiones copiosas fuentes de donde dimanaba tierno y continuo llanto de que no era posible templarse, empezando el canon, hasta que después de seis ó siete horas se detenía la corriente porque la de la vida no se acabase. Si es algún descanso llorar, según siente una delicada pluma, con grande abundancia le tuvo este verdadero amante de Dios. Eran dulces y suaves las lágrimas que vertía, al modo del efecto en que se abrasaba; y como el corazón se hallaba purificado con ambos elementos, uníase en perfecta disposición al amado. En vez de ruegos ofrecía lágrimas unidas con aquel altísimo sacrificio: el cargo de los labios se pasaba á los ojos, y, siendo mudas, eran más impetratorias de bienes espirituales las súplicas.

1 Proc. de Venec. Sum., fol. 62.

7. Faltan, á la verdad, frases á la retórica para dar nombre á estos dos efectos al parecer contrarios: *fuego y agua.* Diremos que sus ojos eran dos conductos encendidos ó dos arroyos inflamados, por donde explicaba el amor más calientes sus afectos. Diremos también que el varón santo en el altar, más parecía víctima que oferente; más sacrificio, que ministro; más hostia, que sacerdote; pues en aquellas sagradas aras, él era quien se ofrecía, él era quien se abrasaba consumiendo todo el jugo de su vida, hasta que el humo ardiente que su cabeza respiraba daba á entender que con la abundancia de sus lágrimas quedaba todo consumido. Eran tan copiosos los raudales de lágrimas que vertía, que bañando los corporales y todas las sagradas vestiduras, no podían servir para otro día sin secarlas: cada instante era preciso ponerle pañuelos para recibir las lágrimas; y no sólo no bastaban para el llanto, pero ni aun eran suficientes para enjugar el copioso sudor en que todo el cuerpo nadaba; pues como era tanto el llanto de la ternura del varón santo no bastaban las fuentes de sus ojos para evacuarlo, y, próvida la naturaleza, fabricaba, á nuestro modo de entender, una fuente en cada poro

y en todo su cuerpo un río. Digamos algo de lo que resulta de los procesos hechos en Venecia [1]: «Los afectos que en el siervo de »Dios se descubrían durante estas contem»placiones en el celebrar eran varios, pero »todos admirables y portentosos. Algunas »veces, arrebatado en espíritu, daba mu»chas palmadas en el altar, y gritando de»cía: «¡Oh Dios mío, dulzura de mi alma! »¡oh amor mío! ¡qué puro, qué santo y qué »digno eres de ser amado!» Otras veces »sacaba de lo íntimo de su corazón profun»dos suspiros; otras tan grandes gritos, que »se oían de muy lejos y traspasaban como »saetas á quien los oía. Tal vez todo infla»mado su rostro, parecía se abrasaba en vi»vas llamas y mostraba señales de compla»cencia y alegría; otras veces se vestía de »luto su rostro, y con un color pálido y ma»cilento daba indubitables señales de tris»teza y dolor. Todos estos varios afectos ve»nían á parar después en una inundación »suave de lágrimas que duraba por mu»chas horas, con que bañaba seis ó siete »pañuelos que prevenía el ayudante para »ponerlos á su tiempo sobre el altar».

8. En confirmación de esto, predicando en Mantua el Santo Lorenzo, procuró la

1 Proc. de Venec., fol. 66

duquesa que la diesen los religiosos algunos pañuelos, y exprimiendo las lágrimas llenó una pequeña redoma de este sagrado licor, el cual le conservó, junto con los pañuelos, con mucha veneración. Estas lágrimas algunas veces salían mezcladas con sangre, y los pañuelos quedaban teñidos con la misma sangre, y aunque los lavasen siempre quedaba la señal de la sangre[1]. Estos pañuelos, obradores de muchos prodigios, aún se conservan en Italia, España y Alemania con singular aprecio. Como eran tan frecuentes los éxtasis y tan larga la duración de la Misa, con las demostraciones externas que hemos notado procuraban los religiosos, á instancia suya, prepararle, cuando estaba en nuestros conventos, algún oratorio secreto y retirado, donde sólo el ministro que le ayudaba y los serafines que le asistían fuesen testigos de los favores divinos que recibía. En nuestro convento de Zaragoza se conserva con singular aprecio el ara en que decía Misa el siervo de Dios cuando vino á España, ya de General, ya de Embajador; y consta de un manuscrito de aquel tiempo que decía Misa en la capilla del coro bajo, y se refiere que la última vez que vino de Embajador

1 Proc. de Nápol., fol. 82.

cerca de Felipe III, le afligió tanto la gota que se hallaba del todo impedido de los pies, sin poder tenerse ni aun un breve espacio; pero que, llevado al altar, estaba sin arrimo alguno y sin el menor dolor ocho ó nueve horas. Refieren también que era necesario llevar cantidad de lienzos para recoger los arroyos de lágrimas que corrían de sus ojos, que después se repartían como reliquias entre los devotos. Cuando caminaba por pueblos donde no había convento, le buscaban los compañeros alguna ermita ó capilla la más retirada y sola. Siendo alguna vez preciso decir la Misa en sitio público, y ofreciéndose algunos negocios graves, ponía cuidado en ceñirse á las discretas proporciones del tiempo que la prudencia tiene señalado; pero como no estaba en su arbitrio, solía tal vez dormirse la prudencia con el dueño, robándole también el éxtasis esta noble porción del entendimiento humano. Advertíanle que fuese prevenido de este exceso; mas era dar leyes al discurso para cuando estuviese enajenado de sí, y del todo embriagada dichosamente la razón con aquel celestial vino; pues sin libertad suya le acometía aquel dulce sueño, que pasa muchas veces á ser letargo profundo, en que si no

el amor y el llanto, todo se halla altamente dormido.

9. Y es muy de admirar que asistiendo en estas ocasiones á la Misa del varón santo mucho pueblo, por más que se alargaba aquel sacrificio (suceso en que por lo regular suele estar mal sufrida la paciencia), estaban devotamente atentos, ó porque esperaban que de aquellos éxtasis divinos se derramasen también entre los presentes algunos destellos, ó porque era tan alto el concepto que formaban de su santidad, que estaba reverentemente callada y contenida aun la fuga, sin atreverse á dar una leve respiración la impaciencia; y sucedió algunas veces estar cuatro horas todo un pueblo con la mayor atención oyendo su Misa, admirados de ver tantos prodigios juntos. Pero no sólo la gente común y popular, sino los príncipes y señores de la primera jerarquía, solicitaban con ansia oirle y aun ayudarle su Misa, aunque la dijese en oratorio y sitios retirados, confesando todos hallaban en esto mucho consuelo en sus almas. Así lo depusieron en Zaragoza muchos sujetos principales que pudieron conseguir de nuestros religiosos (ignorándolo el siervo de Dios) oir su Misa. Pero quien más de cerca participó esta dicha fué aquel



San Lorenzo de Brindis y el Duque Maximiliano

gran devoto del Santo, el serenísimo príncipe Maximiliano, duque de Baviera. Este gran potentado, que con el trato grande y familiar que tuvo con el santo varón adquirió evidentes pruebas de su virtud, iba á nuestro convento muchas veces, no sólo á oir su Misa, sino á ayudarla aunque tardase muchas horas. Así lo dice el famoso historiador Radero en su *Baviera ilustrada*, tomo IV, fol. 169 [1]. No fué inferior en la devoción y afecto el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca. Este príncipe, que hallándose gobernador y capitán general en Milán, le había acompañado en las guerras del Piamonte y Monferrato (como diremos en otro lugar) [2], y había sido su consejero íntimo y toda su confianza en los asuntos más arduos de su gobierno, y que había sido testigo de muchos prodigios y milagros que el Señor había obrado por él, y de haber resucitado muertos [3], este excelentísimo príncipe ayudaba á Misa al siervo de Dios siempre que podía, cuando vino como embajador la segunda vez cerca de Felipe III, y le tuvo en su palacio en Lisboa.

10. Ni es de omitir la deposición que se

1 *Apud Bull. Ord.*, t. IV, pág. 153. 2 Cap. 18, n. 12.
3 Cap. 22, n. 4.

halla en los procesos de Milán [1], de una camarera de la serenísima princesa de Mónaco. Dice así: «Hallándome yo camarera de »la Ilma. y Excma. Sra. D.ª Hipólita Triul»ci, mujer del serenísimo príncipe de Mó»naco, el año de 1619, caminando á España »el P. Lorenzo de Brindis, arribó á Mónaco »un sábado por la noche, que desembarcó »sólo por decir Misa. Vino á palacio á ins»tancias del Príncipe, y la Princesa, luego »que le vió, se puso de rodillas y le pidió »la bendición, y el siervo de Dios se la dió. »Yo hice lo mismo, porque había oído co»sas grandes de su santidad; hallábame con »vehementísimo dolor de cabeza, que me »afligía casi de continuo, y estando de ro»dillas le pedí me aliviase á mayor gloria »de Dios; echóme la bendición y yo quedé »buena desde entonces. Me propuse obser»var sus acciones, como mujer curiosa, y »noté que ayunaba y tomaba una corta co»lación; se despidió cortésmente del señor »Príncipe y Princesa, y se retiró á des»cansar un poco. Pasada como una hora »salió con su compañero hacia el oratorio »para prepararse á decir Misa, y porque el »Padre quería que hubiese siempre sobre »el altar una efigie de la Virgen, tomó el

1 Proc. de Milán, fol. 18.

»compañero un cuadro pequeño, pero muy
»hermoso, que había de Nuestra Señora en
»una pieza inmediata al oratorio, y le puso
»en el altar. Deseando la señora Princesa
»oir la Misa del P. Lorenzo, determinó no
»dormir en toda la noche por tener este
»consuelo, y para no ser vista se escondió
»en una cámara inmediata al oratorio, don-
»de, con toda comodidad y secreto, podía
»oir Misa viendo al sacerdote sin ser vista.
»Yo acompañaba á su alteza y lograba la
»misma fortuna de ver al Padre. Estando
»sin luz y con mucho silencio se empezó á
»revestir con la mayor devoción que se
»puede explicar. Salió al altar, y al Oferto-
»rio noté que el rostro se le iba encendien-
»do como si arrojara fuego; continuó la
»Misa arrobado y fuera de sí; un gran espa-
»cio de tiempo estuvo con una alegría tan
»singular, que no hay con qué compararar-
»la. Últimamente vino á parar todo aquel
»fuego y alegría en un río de suaves lágri-
»mas, pero con tanta abuudancia, que mojó
»siete pañuelos que la señora Princesa ha-
»bía preparado, y á mí me dió uno, y guar-
»dó los demás con mucha estimación, como
»preciosas reliquias. Todo el tiempo que
»duró la Misa (que fué siete horas) estuvo
»la Princesa con la mayor devoción, admi-

»rada de lo que veia y dando gracias al Se»ñor que asi favorece á sus siervos». De los procesos formados en Venecia, Milán, Verona, Basano, Génova y otras ciudades [1] resultan los mismos éxtasis y la misma duración de la Misa y otros admirables efectos. Allí se dice: «Que duraba la Misa de ocho »á diez horas; que en este tiempo eran fre»cuentes los raptos y éxtasis profundos; que »empezaba la Misa después de Maitines y »duraba hasta las once; que en los viernes »y sábados ordinariamente tardaba nueve »horas y derramaba copiosas lágrimas; que »en las festividades de Cristo Señor nues»tro y de la Virgen su Madre y otros san»tos sus devotos, como San José, Santa Ma»ría Magdalena, tardaba siempre más; que »celebrando en Nápoles el día de San Lo»renzo, de quien era muy devoto por tener »su nombre, observaron con el reloj en la »mano que tardó más de once horas; que »en Génova la noche de Navidad comenzó »á la media noche y concluyó al medio día, »con otras cosas raras y admirables». Y como eran tan frecuentes y dilatados estos raptos, cuando decía Misa en el convento (que siempre era en algún oratorio retirado y solo), luego que el ministro le veía

1 Proc. de Venec., etc., fol. 74 y 80.

extático, le dejaba en el altar y acudía al cumplimiento de otras obligaciones, seguro de no hacer falta, y decía: *Ya está con los ángeles el Padre; seguro queda por muchas horas.* Iba y venia algunas veces, y sin perder tiempo ni hacer falta acudía á muchas cosas. En dar gracias era igualmente devoto y pausado, aunque le esperase en alguna visita todo el respeto; y aunque llamase réciamente á la puerta el mundo, se dilataba en las gracias tanto tiempo, que algunas veces era necesario arrancarle del sitio, y sólo la caridad, la obediencia ó el cumplimiento de su obligación le hacian abreviar las gracias.

11. ¿Pero quién podrá decir dignamente los favores divinos que recibió en el altar este gran sacerdote? Regaba el corazón de su siervo con frecuentes lluvias, que hacían florecer sus virtudes; bañaba en esplendor y en consuelos aquella alma inocente, desnuda de otros afectos y deleites mundanos. Eran tan frecuentes ya aquellos éxtasis y raptos y tan públicos (aunque procuraba ocultarlos), que se admiraban menos por tan comunes. Ya queda dicho [1] cómo el conde de Vizconti, ayudando á Misa al varón santo en Baviera (en

1 Cap. 7, n. 6.

que tardó doce horas), le vió elevado en el aire. En Praga, estando diciendo Misa el siervo de Dios, se le apareció entre hermosos resplandores la reina de los ángeles; y enseñando á los hombres que no deben llegar á las aras con las manos vacías, trajo en las suyas dos especialísimos dones para su amado Lorenzo: el uno fué el don tan singular que tuvo de lenguas, de que hablamos antes [1], con que hizo tantos progresos en la conversión de las almas y sirvió tanto en la Iglesia de Dios: el otro fué el exquisito privilegio y don admirable de la pureza de cuerpo y alma, con que vivió y murió virgen, sin sentir jamás los estímulos impuros é importunos de la carne. Celebrando el Santo Sacrificio de la Misa en Munich de Baviera [2], quiso el Señor mostrar al mundo los esclarecidos méritos de su siervo, y después de la elevación de la Sagrada Hostia se aparecieron sobre su cabeza tres hermosísimas coronas rodeadas de una refulgente luz: dos blancas y una de color de púrpura; pero ésta más hermosa que las demás, pues estaba ricamente bordada y recamada de oro. Qué misterios encierran en sí estas tres coronas, sólo el Señor lo puede descifrar; pero no será ex-

1 Cap. 3, n. 4.

2 Suma, fol. 64.



El Santo con el Niño Jesús sobre la patena

traño el decir, que las dos coronas blancas significaban el candor de su pureza y esplendor de su doctrina; y la tercera purpúrea, y aún más rica que las otras, el ardor de la fe católica y deseo eficaz de derramar su sangre por Jesucristo; y así podemos decir con bien fundada propiedad, que las dos coronas blancas, la una fué de *Virgen*, la otra de *Doctor*, y la tercera, purpúrea, de *Mártir*. Otra vez, hallándose el siervo de Dios Comisario general en las provincias de Bohemia y el Tirol, sucedió [1] que diciendo Misa en Baviera, después de la elevación de la Hostia, habiéndose llenado el Oratorio de una hermosísima luz, se apareció sobre el altar un niño muy agraciado y bello, el cual, estando en pie y con una cara festivamente risueña, le acariciaba al varón santo haciéndole mil halagos. Duró este favor mucho tiempo, y entre otros gozó de él Fray Adán de Rovigio, religioso Capuchino de una virtud sublime. Es de creer que recibió el siervo de Dios muchos más favores y gracias en el Santo Sacrificio de la Misa; pero como no hubo testigos, por celebrar siempre, ó casi siempre en sitios retirados y ocultos, no nos han quedado otras noticias. Desde la edad más tierna de niño

1 Proc. de Bav., fol. 80.

mostró su gran devoción y afecto al Santo Sacrificio de la Misa, ayudando á los sacerdotes con tan afectuosas demostraciones, que admiraba y compungía á cuantos le veían. Las Misas más largas eran para su devoción las más cortas, por el gran consuelo que hallaba su espíritu fervoroso. Estos fueron los primeros ensayos de este gran sacerdote del Altísimo, como se ha dicho en otro lugar [1]; y así no es de admirar llegase después á tanta altura, pues mereció en este admirable Sacrificio ver rasgado muchas veces el cielo, robar sus secretos al tiempo futuro y gozar de prodigiosas revelaciones y favores divinos. Últimamente, se alimentaba de las delicias de esta Mesa, como aquella ave de la luz más pura.

CAPÍTULO XI

Devoción ternísima á Cristo, vida nuestra, á su purísima madre y á otros santos.

LA idea principalísima donde copiaba el Santo Lorenzo para su corazón perfecciones, era Cristo crucificado. Engolfábase en el amargo piélago de sus penas, y

1 Cap. 1, n. 6.

considerando aquella humanidad santísima anegada en diluvios de sangre, se deshacía en lágrimas viendo los excesos del amor divino y las ingratitudes del corazón humano. Ver á qué estado tan lastimoso hubiese reducido á la inocencia la malicia, y ver que la malicia más obstinada repitiese cada día con nuevas culpas agravios contra la inocencia, era un dolor tan incomparable, que si Dios no le fortaleciera perdería á su violencia la vida. Tenía especial ilustración para aplicar sus ejercicios y oraciones por el bien de la Iglesia santa, perseguida y ultrajada de tanta multitud de herejes. Fué verdaderamente abrasado el amor que el varón santo tuvo á la humanidad de Cristo, bien nuestro, contemplando de día y de noche al Señor crucificado. Daba repetidas vueltas su pensamiento por el monte calvario, perdiendo tantas lágrimas en aquel sitio donde el amor se desangró todo, que pudieron competir el caudal de sus corrientes con las del mar Bermejo. Deseaba que los religiosos y varones espirituales diesen principio á su oración por el monte Calvario ó por alguno de aquellos siete lugares en que derramó su sangre el Redentor del mundo, deshaciendo el siervo de Dios su corazón y su discurso en el cau-

dal que dejó preciosamente derramado en cada sitio. La imagen, pues, de Cristo, bien nuestro, era para el Santo Lorenzo como el coro de las ciencias todas: en ella estudiaba, en ella meditaba, y de ella, como del más cierto y divino oráculo, salía ilustrado y encendido. En algunas cuaresmas ni leía otro libro ni estudiaba en otro cuaderno lo que había de predicar; con que subiendo al púlpito desde el recogimiento predicaba, no con humana, sino con divina y sobrenatural afluencia. Verdad es que el siervo de Dios estaba adornado de una gran memoria, de una ciencia exquisita, de una inteligencia muy clara de las santas Escrituras y de un don milagroso de lenguas; pero de nada de esto hacía aprecio ni se acordaba cuando se hallaba á los pies de Jesucristo. Este era el libro de donde sacaba las inflamadas doctrinas que predicaba. Como Moisés participaba al pueblo las leyes y doctrina que habia oído de la boca misma de Dios en la cumbre del monte, á este modo el varón ilustre instruía á sus auditorios con las verdades y desengaños que percibía en la atenta contemplación de aquellas sagradas llagas. Ardía en ella el fuego que dijo David; y no pudiendo tolerar la naturaleza humana tan cercano trato con la divina, se

resolvía en copioso sudor y en abundantes lágrimas; pero tan bien hallado en este dichoso deliquio, que era necesario muchas veces que los compañeros le excitasen y despertasen de aquel suave y regalado sueño, avisándole de los negocios que estaban á su cargo para que aplicase el debido tiempo á su expedición.

2. Su consuelo era prosternarse á los pies de un crucifijo y estarse muchas horas clavado con cinco flechas de amor en el mismo leño, agotando en cada una de las cinco llagas todo su llanto; y siendo ardiente devoto de aquellas cinco fuentes donde bebió su restauración el mundo, no se duda que fueron muchos y portentosos los favores que recibió del amor crucificado. Al meditar los crueles tormentos que padeció por el género humano, no podía contener las lágrimas expresivas de su ardiente amor. Cuando consideraba la impiedad de los judíos en atormentar á Cristo (todo piedad y dulzura para con los hombres), solía su espíritu inflamado exclamar en estas voces: *¡Ah pérfidos! ¡ah crueles! ¡ah inhumanos corazones, que os empleáis en atormentar á vuestro Criador!* Eran tan vivos los sentimientos de ver padecer al Redentor del mundo, que todas las penas, dolores, enfermedades y acha-

ques que padecía el varón santo le parecían nada para ofrecer al Señor. Todas las penitencias y mortificaciones que hacía quedaban en su estimación sin valor alguno con que poder corresponder á lo mucho que padecía su amado. Cuando le asaltaba el dolor más agudo de la gota, le fatigaba la envidia, le atormentaba la persecución, le afligían el hambre, la sed, la intemperie y el cansancio del camino, se gozaba en la reflexión de complacer á su amoroso Jesús crucificado. Cuando se castigaba con el cilicio y la disciplina, no sólo tenía el gusto de padecer aquel tormento voluntario, sino de ser el instrumento del amor divino y fiero verdugo que vengase las injurias hechas contra su dueño, excediendo con esta reflexión el castigo hasta despedazarse la vida y ensangrentar no pocas veces con el exceso la prudencia; porque siendo el amor dulce peso que inclina hacia el amado la voluntad toda, llevaba tras de sí tal vez la razón en la misma balanza. Partos de este fuego eran aquellas ansias de padecer por su amado, apeteciendo el más cruel martirio, y aun buscándole con las mayores ansias. Tan presente tenía la pasión del Señor, que ni de la memoria ni de la boca se le caía jamás. Predicando al pueblo, exhortando á

los religiosos, hablando con los seculares, siempre mezclaba, y con dulcísimos sentimientos, la memoria dolorosa de la pasión. Traía siempre una imagen de Cristo crucificado pendiente del cuello, no porque le acordase el máximo beneficio de la redención, que nunca se apartaba de su memoria, impreso en ella con los caracteres de un encendido amor, como dijo Ricardo[1]: *El fino amante en ninguna otra cosa puede pensar que en el amado, porque le trae sellado sobre el corazón y sobre el brazo.* Traíala, empero, para el aumento del amor y la reverencia; porque, á la verdad, aquella cabeza espinada de Cristo, aquellos azotes que la vertida y cárdena sangre demuestra, aquella desgarrada carne en el madero áspero de una cruz, son eficaces despertadores que llaman la ternura y la compunción de los fieles, publican por cruel aquel ánimo que no ama á quien tanto amó, y al que ama incitan á que ame con mayor vehemencia y más segura fidelidad.

3. Consideraba también al infante Jesús recién nacido en los brazos de su madre, y admirado cómo aquel Señor á quien Daniel[2] llama *el antiguo de los días* había nacido en la tierra, se postraba en el suelo

1 Ricard. *de Gradib. charit.* cap. 3. 2 Daniel, 7, 9.

para adorarle y bendecirle. Miraba colgado de los virginales pechos de su bendita madre á aquel que, según David [1], *da de comer á todo viviente*. Envuelto en unas pobres fajas aquel fortísimo gigante, *en cuya presencia* (según Job) [2] *se postran los que gobiernan el mundo*, y admirado de ver tanta grandeza en tanta bajeza, tanta majestad en tanta humildad, lleno de devoción y afecto prorrumpía con tiernísimas lágrimas, diciendo con la Esposa en los Cantares [3]: *¿Por ventura habéis visto á quien ama mi alma?* Y como si estuviera buscándole, andaba fuera de sí. Al contemplar al infante Jesús en los brazos de su madre se llenaba todo de alegría, y entre caricias amorosas le daba su corazón, y el niño Dios le daba el suyo; y en mutua correspondencia de favores quedaban transformados uno en otro. Pero como estos regalos estaban tan ocultos á los hombres que sólo el Santo Lorenzo era participante, y éste lo reservaba en lo más escondido de su alma, quiso el Señor manifestarlo alguna vez para gloria de su fiel siervo, como hizo celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, según queda dicho en otro lugar [4].

1 *Psalm. 135, 25.* 2 Job, 9, 13. 3 *Cant., 3, 3.*
4 Cap. 10, núm. 11.

4. Y porque la devoción tierna á la gran reina fué la que ocupó el más noble altar en el pecho de Lorenzo, después del que su hijo ocupaba, dejará aquí bien impresos algunos rasgos la pluma que basten á señalarse en la tabla. No hubo santuario de María, célebre en la Europa, á quien nuestro Lorenzo no ofreciese desde su corazón alguna lámpara bien encendida. Visitó el santuario de nuestra Señora de Monserrat y el de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza: visitó muchas veces la santa casa de Loreto, y renovando en su interior la memoria de aquel altísimo misterio de la Encarnación del Verbo, que se obró en aquel lugar, sentía dulcísimos deliquios. Luego que acabó el oficio de General pasó en la cuaresma siguiente á lá santa casa de Loreto, donde por muchos días no se apartaba de aquella santa capilla sino para tomar el corto refrigerio de un poco de pan y agua que pedía de limosna. Entre los misterios grandes de María Santísima, era para su devoción el máximo la Anunciación de esta Señora. En este día profesó en la religión, y fué para el varón santo de singular veneración y culto. Y como el santo rosario es un continuado recuerdo de este soberano misterio, le rezaba con especial ternura. Nunca dejó

esta devoción; y cuando caminaba le rezaba á coro con sus compañeros, y concluído el rosario cantaba algunos versos devotos sacados del Petrarca, con que los divertía y aliviaba el peso del camino. Pero notaban que al decir algunas palabras del *Ave María* se quedaba como extático, sin poder concluir la dicción, y esto sucedía las más veces al decir *Madre de Dios.* En los viajes que hizo (ya de General, ya de Provincial, de Visitador y Embajador) procuraban los compañeros que en la celda ó habitación preparada para el siervo de Dios hubiese alguna imagen ó cuadro de María Santísima, y luego que entraba y veía á su bendita madre se postraba á sus pies y la adoraba con la más profunda reverencia; y mostrando una singular alegría con su vista, se olvidaba de las fatigas del camino y quedaba con un gran consuelo.

5. Era muy frecuente en el varón santo, cuando veía alguna imagen hermosa de la Virgen, derramar tiernas lágrimas de alegría, y solía exclamar: *¡Ah señora! ¡Ah madre mía! ¡Dichoso quien te ama! ¡Feliz quien te lleva en su corazón!* El dulcísimo nombre de María, que tenía esculpido en su alma, le pronunciaba con tal ternura, que movía á devoción á los presentes. El principio de

sus sermones eran estas palabras: *Alabado sea por siempre Jesucristo y su purísima madre María*. La bendición que daba siempre á sus religiosos, era: *Nos cum prole pia, benedicat virgo Maria*. Á los enfermos bendecía con las siguientes palabras: *Per sanctum nomen Jesu, et Mariae liberet te Deus ab omni infirmitate*. Cuando escribía á los Cardenales, Prelados de la Iglesia, á los Príncipes, al Rey católico y á su gran devoto D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, concluía la carta diciendo: *Nos cum prole pia benedicat virgo Maria*; como se ve en la carta original que por reliquia guarda la casa de Villafranca y nosotros copiaremos después [1]. Á los que se hallaban atribulados de alguna tentación de la carne, les decía: *Per purissimam virginitatem Mariae, liberet te Deus a spiritu fornicationis: amén*. Tenía tal confianza en el patrocinio de esta divina Señora, que con su devoción nada hallaba imposible. Visitando en Vicenza á una persona devota le suplicaron diese la bendición á una enferma que había de mucho peligro, llamada Magdalena: fué á su cuarto y, dándola su bendición, la dijo: *Magdalena, ¿prometes ser muy devota de la Virgen?* Sí, padre; sí, padre, respondió la enferma. *Ea*

1 Cap. 16, núm. 20.

pues, dijo el varón santo, *traigan sus vestidos y que se levante sana y buena en nombre de María Santísima.* Así se cumplió, con asombro de todos [1].

6. Ya queda dicho [2] cómo al entrar en la religión tomó por patrona á esta gran reina, saludándola con el *Monstra te esse Matrem* del *Ave Maris stella, Dei Mater alma;* y por toda esta historia consta de repetidos testimonios que esta Señora admitió gustosa la oferta y se mostró su benéfica protectora y madre. En el año del noviciado estuvo para que le quitasen el hábito por un dolor continuo de estómago que le impedía el cumplimiento de su obligación; pero acudiendo confiado al patrocinio de esta Señora, quedó sano [3]. Esta divina reina le concedió el don de lenguas y el don de la castidad [4]. En defender su honra y gloria fué celosísimo nuestro Lorenzo, como hemos visto en otro lugar [5]. En todas las partes donde predicó el siervo de Dios extendió la devoción y culto de María Santísima; pero donde la dejó mas estampada fué en Nápoles y en Verona. En esta ciudad (ó porque había más necesidad en sus moradores, ó porque los hallaba más bien dispuestos) se es-

1 Proc. de Vicenza, fol. 199. 2 Cap. 2, núm 6.
3 Cap. 2, n. 11. 4 Cap. 10, n. 11. 5 Cap. 7, n. 18.

meró mucho en predicar las glorias de esta soberana reina, inflamando los corazones de los oyentes. Predicando en Nápoles una cuaresma, después de cumplir con este apostólico ministerio hacía por las tardes una fervorosa plática exhortando á la devoción de esta Señora; y era con tanto afecto, que no pocas veces prorrumpía en tiernísimas lágrimas y dulcísimos suspiros, con que edificaba á todos y encendía en el amor á tan dulce madre. En Verona sucedió lo mismo los años de 1616 y 17; y depone un testigo que el fervor con que hablaba desde el púlpito, ni se puede explicar, ni menos comprender. No falta quien diga que cuando predicaba y escribía tenía á esta Señora presente y le dictaba todo lo que había de decir y escribir, y así lo demuestran algunas efigies del varón santo. Es fama constante en la religión [1], que le habló muchas veces María Santísima y gozó de su adorable presencia. Entre otros dió testimonio auténtico Fray Adán de Rovigio [2], compañero que fué muchos años del siervo de Dios. Depone este religioso con juramento, que en nuestro convento de Munich, estando junto al Santo Lorenzo haciendo oración, se llenó de repente la estancia de una admirable luz; y

1 Proc. de Milán, fol. 60. 2 Sum., fol. 261 y 271.

siguiéndose otra mayor se apareció María Santísima acompañada de ángeles, y poniéndose junto al varón santo con un rostro muy apacible, estuvo un gran rato en su compañía y después desapareció.

7. Le eran muy gustosas las conversaciones en que se mezclaban las alabanzas y glorias de esta Señora, como también cuando hablaban de los prodigios y milagros que obraba con sus devotos; y como sabían eran de su agrado estas conversaciones, las introducían de propósito algunas veces los que le buscaban, aunque fuesen personas del mayor carácter, y por ver los admirables efectos que producían en él; pues encendido en amor á esta divina reina, salía fuera de sí y quedaba extático y absorto sin poder hablar una palabra: y decían con gracia los presentes: *¡Adiós! ya hemos perdido la conversación: ya el padre se ha ido á hablar con la Virgen...* Fué testigo no pocas veces de estos admirables éxtasis el príncipe Doria, con otros ilustres señores. Quería que sus compañeros no le saludasen á él, sino á María Santísima, diciendo: *Sea alabado nuestro Señor Jesucristo y su purísima madre;* y respondía con mucha alegría y prontitud: *Por siempre jamás, amén.* Pero la devoción del varón santo no era

sólo en el afecto, si no en el efecto; no era devoción especulativa, sino práctica. Ayunaba á pan y agua todos los sábados y vigilias de nuestra Señora, sin que le impidiesen este obsequio ni las fatigas del camino, ni las enfermedades, ni los empleos, ni ningún respeto humano. Decía que siendo mozo, un prelado, pensando le haría mal á la salud, le mandó que dejase aquel modo de ayunar, reduciéndole al regular; pero empezó luego á enfermar; y concediéndole después á sus ruegos la licencia para ayunar como antes, se puso bueno. Después de la devoción de la Virgen se seguía la de su castísimo esposo el Señor San José. Veneraba con tierno amor á este santo Patriarca, y le pedía su asistencia para la hora de su muerte. Veneraba también con especial afecto á Santa María Magdalena, por ser el día en que había nacido al mundo. Pasando por Francia el Santo Lorenzo, y llegando á Montpeller, no sólo visitó y adoró las reliquias de esta santa penitente, sino que hizo una jornada trabajosa con sus compañeros á la elevada montaña donde la santa hizo penitencia [1], para venerar aquellos santos lugares; y no obstante el gran cansancio del cami-

1 Sum., fol. 260.

no, celebró el Santo Sacrificio de la Misa en su capilla y dió la comunión á sus compañeros. Tenía también especial devoción á San Lorenzo, mártir, cuyo nombre glorioso le impusieron en la profesión religiosa: á este abrasado mártir le tenía una santa envidia por haber derramado su sangre por Jesucristo, y en cuanto pudo le imitó; buscando el martirio y ofreciéndose gustoso á los peligros de morir, se abrasaba en incendios amorosos de dar la vida por la fe, y pedía al bendito mártir le hiciese participante de aquellas llamas ardientes que tan gran corona le labraron. Quisiera el varón santo una parte de aquellas encendidas parrillas para extender su cuerpo y abrasarse allí con el santo y morir con él entre las llamas.

CAPÍTULO XII

Pobreza, austeridad y penitencia del varón santo.

Con grandes ansias buscó á su amado la Esposa santa de los Cantares [1]; pero no pudo hallarle hasta que con crueldad piadosa la quitaron el manto los que guardaban la ciudad. Siempre fué el Santo Lorenzo verdadero amante de Jesucristo: siempre soli-

1 *Cant.* 5, 7.

citó el abrazo dulce de su presencia con tiernas ansias del corazón; pero como en el siglo aún no había sido despojado del manto, no acababa de hallar á su amado, no acababa de unirse con la intimidad pretendida hasta que, desnudo por el voto de la pobreza de todos los bienes del mundo y capacidad de volver á ellos, halló perfectamente á su amado Jesucristo, estrechándole en sus brazos para no dejarle jamás. Pareció haber bebido el espíritu de San Bernardo [1], de quien es la siguiente declamación: «Busque el pagano las riquezas, pues »que vive sin Dios: búsquelas el judío, á »quien se prometieron abundancias de sola »tierra. Pero el cristiano, ¿cómo podrá sin »confusión ni empacho desear ser rico, »después que Jesucristo predicó que eran »bienaventurados los pobres?» Temeroso, pues, el Santo Lorenzo de que se le negase la entrada á aquel dichoso reino que previno á los pobres su maestro Jesucristo, se desnudó de todos los humanos deseos, profesando la vida de los Menores Capuchinos, que siguen la pobreza más alta. Atento á ella, elegía siempre para sus usos lo que los demás desechaban. Si alguna vez se ponían en las mesas de los religiosos

1 S. Bernard. *in festivit. omn. Sanctorum.*

algunos manjares delicados, se contentaba con mirarlos, y buscaba para su preciso alimento las más desazonadas hierbas y algunos de los pedazos de pan que habían dejado los religiosos y se habían de dar á los pobres que llegasen á la portería. Esta misma parsimonia observaba aun comiendo en mesas de grandes señores, Cardenales y Obispos, como consta de los procesos de Villafranca [1], donde se dice, que siendo Embajador cerca de Felipe III, y comiendo con el excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, no comía *sino sólo hierbas*. No menos que en la mesa común resplandecía esta evangélica margarita en la celda particular del Santo Lorenzo, cuyas alhajas se reducían á unos pocos libros para el estudio, á dos tablas para el descanso y á una estampa de nuestra Señora para el afecto. Del hábito cuidaba tan poco, que más era decencia que abrigo, más defensa de la honestidad que del adorno del cuerpo. «No padecer penuria en nada (solía decir) es vicio contrario á la pobreza que profesamos, y sólo atiende á ella el que se ciñe siempre á lo menos aunque pueda tener lo más.

2. No hay cosa que colocada en puesto

1 Proces. de Villafranca año de 1630, pág. 14

alto no quede mas visible, y lo fué en el Santo Lorenzo la excelencia de esta virtud practicada en la cumbre del Generalato en que le puso la religión. En este superior oficio se hace lícito el uso de algunas cosas sin perjuicio de la pobreza santa; pero receländole siempre el siervo de Dios, llevó á la ocupación de prelado todas las limitaciones de súbdito. Cuando en la visita llegaba á los conventos, y los devotos, con noticia de su venida, le enviaban regaladas viandas para que en ellas hallase algun alivio al trabajo de los viajes, por ningún modo ni á persuasión alguna quería verlas en su mesa, contento con que lo que á él se le ponía fuese de los más pobres y comunes mantenimientos, y quejoso de que los religiosos hubiesen admitido para su agasajo lo que no se compadecía con su deseo. Sin embargo, atendiendo á la caridad cuando más cuidaba de la pobreza, mandaba que los manjares de más regalo, que sin ofender á los bienhechores no podía echar del convento, se repartiesen entre los compañeros, de cuya fatiga no se olvidaba, deseando que pudiesen proseguir aliviados el camino que sólo respecto de sí no tenía por trabajoso. La pobreza de la comida (que aun siendo General observaba) se extendía también al hábito; éste era áspero

y grosero. Hemos visto y tenido en nuestras manos el santo hábito que se guarda en el convento de la Anunciada de Villafranca del Bierzo, y es sumamente áspero y fuerte, como si fuera de pelos de cabra. ¡Qué de veces avergonzó con los muchos remiendos de él á los que, en desigual graduación, no igualaban aquella austeridad! De suerte que en el hábito nadie le conociera por superior, nadie por sujeto celebrado, nadie por hombre venerable, nadie por hombre visible, no sólo á los religiosos, sino también á los Emperadores, Reyes y Príncipes, á cuyo trato y conversación era tan frecuente. Pero antes ya por esta seña le distinguían de los demás, pues cuando entraba en las ciudades rodeado de sus súbditos y compañeros, preguntando algunos de los que no le conocían cuál era General, le respondían: *Aquel que trae peor hábito.* Mal pudo, sin embargo, la pobreza é indignidad del hábito que vestía el varón santo perjudicar á la reverencia que era debida á su persona y le rendían los pueblos todos; antes aquellos buscados remiendos le conciliaban más rendidas y copiosas estimaciones de alabanza y gloria [1], como cuando los espíritus celestiales cantándosela al Salvador del mundo recién na-

1 *Luc.* 2, 12.

cido, y encaminando á su adoración los pastores, se le dieron á conocer por los pobres pañales en que hallarían mal abrigado su purísimo y deificado cuerpo. Por eso el Santo Lorenzo solía llorar cuando veía que algunos religiosos se desdeñaban del hábito vil y grosero, haciendo guerra y contradicción á los pañales de Jesucristo.

3. No sólo imitaba con gusto el traje de los pobres, pero frecuentaba sus pobres y humildes casas con mayor consuelo que los palacios de los grandes señores; y así, cuando en los viajes á que el oficio de General le obligaba se hallaba precisado á hacer noche fuera de los conventos, no se encaminaba, pudiendo, hacia las casas de los ricos, donde hallase abundante mesa y aseada cama, sino á las pobres chozas de los mendigos, con el fin de participar de su penuria en el sustento y en el descanso. Aquí estaba contento, aquí afable, aquí lleno de espiritual júbilo y gozo, viéndose pobre entre los pobres y haciéndose más ilustre la dignidad con el amor del abatimiento. ¡Cosa rara y verdaderamente admirable, unir lo más alto con lo más bajo: ser mayor en el efecto y el menor en su propio afecto y estimación!

Este fué el elogio grande que dió San

Bernardo al obispo Gilberto [1]: «Entre la copia de riquezas (dicè el Santo) conservaba este gran prelado la pobreza del corazón, cándida azucena entre las espinas. Así Gilberto, obispo, y así Lorenzo, General. Ya queda dicho en otro lugar [2] con cuánto rigor celaba la pobreza santa en las fábricas de los conventos siendo General, y lo mismo hizo siendo Provincial en la provincia de Venecia, como veremos en el caso siguiente. Visitando aquella provincia llegó un religioso á pedirle licencia para dibujar en la celda unas molduras y colocar unas imágenes. Extrañó la súplica el varón santo, conociendo que aun en tan mínimas cosas se ofende á la pobreza seráfica capuchina; y negada la licencia, reprendió severamente al suplicante. Pero como el trabajo era de poco momento, pues en suma no era más que formar en la pared algunas imágenes devotas (si acaso su poca habilidad no las sacaba ridículas), se persuadió el religioso á que lícita y seguramente podía ejecutarlo sin agravio de su estado, pareciéndole era escrúpulo y nimiedad del provincial. Para esto esperó que el provincial se ausentase y hacerlo con toda satisfacción. Así lo ejecutó; pero le salió muy mal, pues en la inme-

1 S. Bèrnard. *in Vit. Gilb.* 2 *Cap.* 4, *n.* 12 *y sig.*

diata visita halló el Santo Lorenzo al inobediente súbdito en el lance crítico de morir; y como entonces se ven las cosas como son en sí á la luz opaca de aquella pavorosa candela, estaba este infeliz religioso en un continuo desasosiego, sin hallar quietud en nada: sus acciones, nacidas de un ánimo angustiado, indicaban un fin funesto y lamentable. Daba tristes alaridos, y decía: «Quitad, hermanos míos, quitad de aquella pared las obras que mi ciega desobediencia ha fabricado. Borrad aquellas imágenes, borradlas al punto, pues es un fuego que abrasa mis entrañas y tiene sujeta á mi alma en terribles penas mientras no lo quitáis. Luego, luego quitadlo». No dice la historia cuál fuese la suerte de este infeliz; pero con sus funestas voces nos enseñó á todos los Capuchinos cuán pronta y ciega debe de ser nuestra obediencia, aun en las cosas al parecer mínimas, pues es delicada la pobreza santa que hemos profesado en la Orden. Sirvió de escarmiento á muchos esta lamentable tragedia, y al varón santo de ejemplo, tomando nuevo horror á las superfluidades para no consentirlas, ni en sí ni en los otros.

4. No fué menos ilustre nuestro Santo Lorenzo en la austeridad y penitencia, que lo fué en la pobreza santa. Domaba infati-

gable la carne con las leyes estrechas del espíritu. ¡Dura ley! haber de vivir en uno de dos contrarios enemigos, que siempre están en batalla, sin decidir la victoria. ¡Pesado yugo! haber de tratar el espíritu hermandades con la carne, entre asaltos de recelos y desconfianzas de treguas. Incansable vigilancia necesita quien en tanto rigor ha de mantener la vida. Extraordinarias cautelas debe prevenir la discreción para que observe sus leyes un contrario tan feroz como es el cuerpo. Este doméstico enemigo, con quien suele la clemencia ser delito y virtud la crueldad, tuvo tan mal hospedaje en el trato del Santo Lorenzo, que jamás cobró valor para mostrarse contrario. Desde niño se impuso una ley severa de no obedecer á los sentidos, aunque con capa de virtud le propusiesen algún deleite. Aun en su más florida y robusta edad hallamos ejemplos admirables de penitencia y austeridad, pues no obstante que en la juventud se necesita más alimento que en otra edad para mantenerse robusto, se impuso un estrecho ayuno y aún más que á pan y agua; pues desatendiendo á la necesidad observó desde entonces, por toda su vida (á no impedírselo la obediencia), el severo estilo de no comer otra cosa que hierbas, frutas, en-

saladas y legumbres, y rarísima vez (á no estar enfermo) cosa caliente. Y aun de las legumbres y frutas usaba con tan gran moderación y templanza, que se descubría bien la cautela con que el santo joven cerraba en la abstinencia el paso á la invasión de los enemigos. Pero no se imponía con imprudencia más carga que la que podía bastar á la ya experimentada fuerza de sus hombros. No ayunaba de tal suerte un día que fuese necesario al siguiente ocurrir á la flaqueza con manjares regalados de los que de ordinario usaba, como sucede á muchos, con riesgo grande de que se arrebate el mérito del ayuno á la vanidad, originada de ajenos ojos; antes siempre asistía á la mesa común en las horas determinadas, y contento en ella con sus ya familiares hierbas y frutas, vencía con cauto disimulo la gula, la lascivia y la presunción. Con razón se antepone este género de abstinencia á la que algunos suelen practicar con más ruidoso que prudente estilo, según dice San Jerónimo por estas palabras [1]: «El escaso mantenimiento »y el hambre nunca apagada se debe prefe»rir al ayuno continuado en tres días; y es »mucho mejor comer cada dia poco, que co»mer rara vez y comer mucho».

1 S. Hieron. *Epist. ad Fur.*

5. Sus disciplinas comunes, sobre espantosas, fueron muy frecuentes; sus cilicios ásperos, sus vigilias dilatadas, sus ayunos rigurosos, y, en fin, el método de vida que se había propuesto en el noviciado excedía en el rigor á las leyes de la templanza y á sus fuerzas, aunque robustas. De aquí nació que en el noviciado perdiese la salud, con peligro de no profesar, y fué preciso que su maestro pusiese tasa al rigor moderando sus penitencias y obligándole á que en todo siguiese la vida común. Obedeció con sumo rendimiento. Dos años gozó de este alivio, que para el santo joven fueron dos siglos. Recobradas enteramente las perdidas fuerzas, tuvo licencia para entablar de nuevo lo que por este tiempo había suspendido, aumentando cada día nuevos rigores, aunque no tantos como su fervor pedía; pero viendo sus prelados que aún podía volver á perder la salud, le señalaron tasa á sus rigores; de suerte que, dando lugar á la prudencia, no quedase defraudado su fervoroso espíritu, mirando también por su salud. Ascendió últimamente á la dignidad sacerdotal, y viendo sus prelados que su robustez no padecía detrimento en medio de sus vigilias y austeridades, le dejaron en libertad para que, con atenta discreción y siempre

bajo de la obediencia, estableciese un método de vida para que, sin faltar á las obligaciones y cargos de la religión, pudiese hacer una vida austera y penitente. No quiso gobernarse por su propio juicio, en que siempre hay peligro, aun en las cosas buenas; consultólo con Dios en sus frecuentes oraciones, y también lo comunicó con su Director y padre espiritual; y habiendo convenido en ello, determinó seguir el método de vida que se sigue. No beber vino jamás, pues había leído en San Jerónimo [1] que dice estas palabras: «El vino y la mo»cedad son duplicado origen de la lascivia. »¿Cómo, pues, echamos en el fuego aceite? »¿Cómo á un cuerpo, que es todo ardor, mi»nistramos exteriores fomentos para que »levante llama?» Para que esta llama no prendiese en el corazón de Lorenzo, no quiso usar vino, y así sólo con agua apagaba la sed. Esto observó toda su vida, y sólo cuando se hallaba enfermo ó sumamente débil permitía le echasen unas gotas de vino en el agua. Propuso también abstenerse de carne y de manjares delicados y substanciosos, contentándose sólo con hierbas, frutas, ensaladas y legumbres; lo cual observó hasta el fin de su vida, sin admitir jamás dispen-

1 S. Hieron. *ad Eustoch.*

sa, ni en caminos largos, ni en las tareas apostólicas de la predicación, controversias y disputas. Aunque caminase entre herejes ó por desiertos y regiones despobladas, no permitía que sus compañeros llevasen provisión alguna en los caminos, confiando en el Señor que nunca falta á los suyos. Pero para disimular tan rígida abstinencia con quien no lo sabía, cuando por sus empleos de Legado apostólico, Embajador y General se veía precisado á comer en los palacios con Cardenales, Obispos, Príncipes y grandes señores, no reparaba en tomar algún bocado del espléndido banquete, más para mortificar el gusto en lo que se privaba, que para saciar el apetito en lo que comía, observando siempre su costumbre de comer frutas y hierbas. Y si alguno lo notaba, le decía que aquel era el plato más exquisito y gustoso para él, y el más sano, más inocente y digerible para todos. Pero con las personas que ya le conocían, como el duque de Baviera y el marqués de Villafranca, no usaba de estas cautelas, y así le traían hierbas, frutas y ensaladas, con que daba principio y fin á su comida. Aunque toda su vida era un perpetuo y riguroso ayuno, no obstante ayunaba á pan y agua muchos días, particularmente todos los sábados y vigilias de

nuestra Señora y otros santos sus devotos. Los médicos le decían muchas veces que era preciso aflojar las riendas de tánto rigor, si no quería dar en el escollo de ser cruel homicida de sí mismo; pero el siervo de Dios, que conocía su naturaleza y no menos penetraba lo mucho que puede la criatura, ayudada de la gracia del Señor, decía: «No, »señores; no hay que tener recelos ni te»máis, pues desde niño tengo enseñado el »cuerpo á este género de vida, y me he acos»tumbrado á ello sin hallar novedad espe»cial en la salud. Yo sé que esto me con»viene para el cuerpo y para el alma». Decía, que los médicos gentiles ejercitan mejor la medicina que hoy la ejercen los cristianos. La receta más aprobada fué siempre la abstinencia, y con especialidad de alimentos substanciosos; pero hoy se cura al revés: al menor achaque, sea imaginado ó solamente temido, se dispensa el ayuno, la abstinencia y la vigilia, cuando debía ser lo contrario.

6. Pero no sólo con la abstinencia y ayuno maceraba su cuerpo, sino con ásperos cilicios y crueles disciplinas; usaba de varios géneros de cilicios, pero el más común era de cerdas, que aunque no tan pesado como el de hierro, era más punzante y

terrible. Además de las disciplinas comunes de la Orden hacía otras muchas particulares. Siempre que podía y tenía proporción, antes de predicar tomaba una áspera disciplina, pidiendo al Señor enderezase sus palabras á honra y gloria suya y salvación de las almas. Los maitines siempre los rezaba á media noche, aunque fuese caminando y fuera de casa; y acabados, tomaba una disciplina [1]. Visitando como General de toda la Orden las provincias dilatadas casi por todo el mundo, nunca usó de caballería á no adolecer de la gota, no obstante que podía hacerlo por declaración pontificia. Anduvo siempre á pie descalzo y sin sandalias. Lo mismo hacía en tan frecuentes legacías y embajadas como los Pontífices y Reyes encomendaban á su celosa y discreta caridad; y como nunca llevaba prevención alguna para reparar de algún modo las inexcusables penurias de un camino, es imponderable los trabajos, fatigas y necesidades que padeció con sus compañeros, experimentando no pocas veces extremos de necesidad entre peligros de muerte, porque entrar en un pueblo de herejes era conjurar á todos sus rebeldes habitadores contra la evangélica profesión que contemplaban

1 Suma, pág. 283.

en el hábito Capuchino; pedirles limosna, era comprar con tan humilde súplica la indignación proterva de sus ánimos; solicitar posada, era apresurar el destierro. De suerte que, en contraposición de secta y diferencia de genios, sólo encontraban lo que no pedían, negados á lo que su necesidad solicitaba. Hallábanse algunas veces obligados á hacer trabajosísimas y muy largas jornadas, sin esperanza de alivio, por no encontrar lugar donde la caridad viviese; y era forzoso continuar de noche la jornada, hasta llegar donde pudiese decir Misa el siervo de Dios y mendigar el preciso alimento sus necesitados compañeros. Y si éstos alguna vez, conociendo la necesidad, llevaban alguna corta prevención para el camino, les reprendía el varón santo diciendo: «Hombres de poca fé, ¿por qué dudáis?» Confirmó el Señor esta confianza de su siervo con muchos y raros prodigios, ya apareciéndose algún ángel en figura de un gallardo joven que les traía de comer, ya también apareciéndose en un despoblado alguna venta ó casa para recibir al varon santo y sus compañeros, que ya iban desfallecidos, sin poder pasar adelante.

7. Pero aunque para sí era tan austero y rígido, no lo era para sus compañeros y

súbditos, pues para éstos buscaba siempre el remedio más cómodo á sus necesidades. Cuando llegaba á los conventos recibía con agrado la caridad acostumbrada, no para alivio de sus fatigas, sino para dar confianza á sus compañeros y que tomasen el descanso correspondiente á su cansancio, y aun mucho más para que se observase la costumbre religiosa de la Orden. Decía, que la mayor prudencia de un prelado está en no medir por las fuerzas de su espíritu el de sus súbditos. Y es justo que se antepongan al particular fervor los estatutos comunes de la Orden, porque no se destruya con capa de perfección y mayor austeridad la caritativa ceremonia. Después que llegaba á los conventos, y habiendo cumplido con aquellas urbanidades religiosas, se retiraba á su celda ó á la iglesia á continuar sus santos ejercicios, ya de la oración, ya de la mortificación. Aunque fuese de camino nunca admitía cama para descanso de sus fatigas: siempre fué su lecho, ó la dura tierra, ó las desnudas tablas. Este método de vida observó el varón santo hasta morir; y aun dicen los procesos, por deposición de sus compañeros, que en la edad más avanzada era más penitente y austero.

CAPÍTULO XIII

Castidad del siervo de Dios.

No hay símbolo más propio de la castidad que el incorruptible cedro del Líbano. Es el cedro árbol aromático y que nunca pierde el verdor. La voz *Líbano*, en lengua hebrea, significa *candidez ó blancura;* porque la cumbre de este elevado monte siempre tiene nieves que la hacen blanca y hermosa. La castidad, pues, que se figura en el cedro del monte Líbano pide una vida superior á la que comúnmente viven los hombres, como lo es la cumbre de un empinado monte, á la llanura más profunda de un valle; y como esta elevación tiene á la divina gracia muy junto á sí, es cierto que la castidad no puede conservarse sin su especial é inmediato influjo. Advirtamos ahora cómo la vida de nuestro Santo Lorenzo, desde sus primeras y más sencillas operaciones, haya estado asistida de especiales gracias de Dios, contrarias siempre al obsequio torpe de Venus, y de aquí podemos conjeturar cuán acendrados hayan sido los esmaltes de su pureza. Y como los vientos y las borrascas dirigen sus mayores y mas violen-

tos impulsos contra los más altos y pomposos cedros del Líbano, la sensualidad con sus movimientos y el demonio con sus impulsos procuraban derribar al siervo de Dios, solícito de no perder el lauro en cuya posesión le había colocado la entereza virginal de su cuerpo, correspondiente á la de su espíritu. Es de una y otra cruel enemigo la mocedad y más cruel que el mismo demonio; porque pelea con armas, que ni pueden ahuyentarse, ni huirse. Gemía San Ambrosio el inevitable riesgo de aquella edad, diciendo [1]: «Está la mocedad inme»diata al peligro, aun en las mismas pie»dras, porque el maligno ardor de varios »deseos inflama y aumenta el que se tiene á »los pocos años». Conociendo, pues, el varón santo, que esta cruel y continua lucha pedía superiores armas, se valía de las de una oración constante, de un áspero cilicio, de una indispensable abstinencia y de otras voluntarias maceraciones, en que quedaba defendido de la interna y externa hostilidad con que procuraba molestarle la impura sugestión de Asmodeo.

2. La principal cautela, de que para conservar intacto el candor de su castidad usaba el siervo de Dios, era huir del

1. S. Ambr. *lib.* 1, *de Virgin.*

trato y conversación de mujeres, por más que la honestase el vínculo del parentesco. Pareció á San Ambrosio este cuidado, no sólo prudente, sino necesario en los jóvenes que no quieren precipitarse, como lo insinuó en la cláusula que sigue [1]: «Huya»mos de tener plática alguna con mujeres, »de donde pueda encenderse lascivo fuego; »las palabras adulterinas de la mozuela son »nudo del mancebo, y las conversaciones »entre personas de pocos años vínculos del »amor». Conocía esto por especiales ilustraciones de Dios este siervo suyo, y temeroso de caer en tan nocivos y frecuentes lazos evitaba cuanto le era posible, aun en la vida seglar, toda comunicación con mujeres; y para estar más negado á ella ó se encerraba en casa ó se acogía á los templos, donde, con fervorosas súplicas, pedía á Dios conservase en él esta virtud para su mayor agrado é imitación.

3. Habiendo entrado en nuestra familia se aseguró en la castidad con firmeza, por tener ya para este fin más eficaces medios, de los cuales el principal es un puro y sincero amor á Dios, que es el que refrena con apremio más poderoso los apetitos para que no corran tras el deleite. Á este se si-

1 S. Ambr. *lib. de Paenit.*, cap. 19.

gue por legítima consecuencia la mortificación y guarda de la vista, que, permitida hacia el rostro de las mujeres, suele encender en el ánimo llamas nocivas de profano é impuro ardor. Siendo Ministro general llegaba á las provincias con grande fama de santidad, y luego concurría á nuestros conventos el pueblo todo á recibir su bendición y gozar de su venerable presencia; pero nunca le pudieron vencer á que bajase á la portería, siendo mujeres, aunque ilustres, las que le llamaban á ella. Hallándose, empero, constreñido de la ocasión á hablar con alguna, como le sucedió varias veces en los palacios del Emperador y Reyes á cuya audiencia era llamado, se enajenaba tanto de los sentidos, tanto se abstraía en Dios, que no sólo parecía haber hecho el pacto con sus ojos, que practicó antes el pacientísimo Job [1], para conservar la pureza del corazón, sino que apenas advertía si eran mujeres ó si eran hombres los que le llegaban á hablar.

4. Pero siendo cierto que vela en vano el que guarda la ciudad si Dios no la asegura con su asistencia [2], aun trayendo el varón santo cerrados y muy ceñidos todos sus sentidos, particularmente los ojos, para

1 Job, cap. 31, v. 1. 2 Psalm. 126. 1.

que el enemigo común no pudiese asaltar el alcázar de su alma, no se fiaba de sus propias fuerzas ni se prometía entera seguridad si no la buscaba en quien es madre de la pureza y Virgen de las Vírgenes, María Santísima. En esta Señòra (después de Dios) ponía toda su esperanza: en su patrocinio buscaba seguridad, amparo y defensa, y por eso mereció aquel favor tan singular de que hablamos antes [1], de habérsele aparécido esta Señora en Praga estando diciendo Misa, y le concedió entre otros dones el singularísimo de la castidad. Esto también dió á entender una de aquellas tres hermosas coronas con que se vió adornada su cabeza estando diciendo Misa en Munich de Baviera, como hemos dicho en el mismo lugar y su candidez y blancura lo demuestran con bastante luz y claridad. Otros testimonios tenemos en los procesos de su Beatificación [2], que son las deposiciones contestes de sus compañeros y confesores. Sea el primero el Padre Fray Ambrosio de Florencia, confesor del Santo y uno de sus secretarios siendo General. «El celo y amor (dice) que el referido Pa»dre Fray Lorenzo de Brindis tuvo á la »castidad, estaba tan radicado en su puro

1 *Cap. 10*, *n. 11*. 2 Suma, fol. 291 y sig.

»corazón, que en todo el tiempo de trato »y conocimiento que con él tuve no pude »persuadirme á otra cosa si no á que la »Reina de los Angeles María Santísima, de »quien era afectuosísimo devoto, le había »infundido tal pureza, que ningún enten»dimiento humano podía examinar sus »grados». Sea el segundo testimonio de la castidad de nuestro Brindis la deposición del Padre Fray Juan de Fosambruno, secretario también y su confesor el tiempo que gobernó la provincia de Venecia. «La pu»reza (dice) de la mente del siervo de Dios »Fray Lorenzo de Brindis, que conservó »siempre tenaz, era singular y angélica »por la íntima unión de su mente con el »divino amor, habiendo observado muchas »veces que si hablaba con mujeres, obliga»do de la caridad, jamás levantaba los ojos, »teniéndolos fijos en la tierra, saliendo á »su rostro la vergüenza y empacho como »flores hermosas que produce la castidad. »Y casi lo mismo observaba con hombres, »aunque fuesen parientes ó íntimos ami»gos. En acciones y palabras se veía clara»mente la pureza virginal que florecía en »su bendita alma. Y aunque todos cree»mos haber sido confirmado en esta vir»tud, con todo eso se alejaba de los peli-

»gros, huyendo siempre de ellos». Lo mismo depusieron otros compañeros suyos, Fray Juan María de Monteforte y Fray Jerónimo de Casalbono. De suerte que podemos decir del Santo Lorenzo, que el torpe idioma de los deleites de la carne era en sus oídos no conocido y extranjero, porque ni por las voces conoció á la lascivia, siendo un hombre de tan alto entendimiento y profunda sabiduría; pero siempre es de admirar la cautela santa con que procedía en materia tàn delicada.

3. Puede traerse por argumento de su virginal pureza el júbilo y regocijo que en sí sentía cuando se le ofrecían á los ojos niños de hasta dos ó tres años: mirábalos como ángeles en humana naturaleza; y tomando de aquí ocasión para infundir en los corazones de sus oyentes el amor á la castidad, hablaba de ella divinamente; porque como el bien pide comunicarse y tenía hecho juicio el varón santo que esta virtud, como propia de los celestiales espíritus, contiene inefable bondad, anhelaba siempre á que todos la participasen según era posible al estado de cada uno. En orden á esto empleaba la energía de su elocuencia, cuyas flores eran entonces frutos de honor, de gracia y honestidad. No

hallaba en la tierra símil proporcionado y digno para explicar las singulares dotes de que esta virtud se acompaña, y así, llevado hasta la esfera más superior, llamaba celestiales y angélicas esposas de Cristo á aquellas almas que sabían negarse á la experiencia de los sensuales deleites. Tenía también amorosa inclinación á los corderos, símbolo del inmaculado, que tiene su más delicioso pasto entre las blancas azucenas, y los acariciaba haciéndolos muchos cariños y fiestas. El inocente cordero, que tanta semejanza tiene con el Cordero de Dios, era para el varón santo el objeto de su casta recreación; consideraba en él la inocencia más pura y la mansedumbre más bella. No sin misterio, hallándose novicio, le seguía en sus recreaciones aquel corderito de que hablamos en otro lugar [1], haciendo con el siervo de Dios singulares demostraciones y halagos que no hacía con los demás novicios.

6. De igual aprecio el amor que tenía el varón santo á la castidad, era el horror que le ocasionaba cualquiera torpe voz, que al acaso llegase á su oído. Cuando se hallaba prelado en algún convento ó provincia, exhortaba con frecuencia á los religio-

1 Cap. 2, núm. 9.

sos que evitasen aun la más leve sospecha de que se pudiese argüir injuria ó desazón de esta generosa virtud. Instábales á que se excusasen de familiares conversaciones con mujeres, por más virtuosas que fuesen: que no se detuviesen sin urgente necesidad en las casas de los seglares, porque el claustro religioso (decía) es el fuerte en que viven más seguros de impurezas los corazones.

Estos mismos contravenenos que recetaba para los súbditos aplicaba á su propia seguridad, por lo cual siempre que le era permitido buscaba los lugares más solitarios, los más ajenos de toda humana conversación, en que se elevaba á sí sobre sí. Y aun cuando la gravedad de algunos negocios le llevaba á los palacios y casas principales del siglo, sabía, en medio de su inquieto tráfico, conservar solitaria el alma, para que tuviese no distante símil el milagro de los niños hebreos en el horno de Babilonia. Veía sin mirar, oía sin atender las profanas noticias que podían llegar al sentido; pero no pasaban al ánimo, cerrándolas las puertas el empleo interior á que le tenía siempre aplicado. Además de estos eficaces auxilios, para conservarse en su virginal pureza tenía la familiaridad de otros

dos no menos proporcionados á este deseo. Era el uno la humilde y profunda desconfianza que tenía de sí; porque aun hallándose ya en la porción última de sus años, y no ignorando los gloriosos y repetidos triunfos que había alcanzado de su misma naturaleza, atenta siempre su memoria á las lastimosas caídas de tantos ilustres sugetos á quienes un afecto torpe ha derribado de la más elevada cumbre de perfección, padecía continuos miedos su voluntad, pareciéndole, como es cierto, que aquellos solamente pueden llamarse bienaventurados en esta vida, que obran su salud espiritual en el ejercicio de las virtudes, llenos de temor y de sobresalto. «No te fíes de las experiencias antecedentes» (decía el máximo Doctor San Jerónimo, «en materias de cas»tidad [1]; porque no eres más santo que Da»vid, más prudente que Salomón ni más »valiente que Sansón». Con atención continua á este grave oráculo, con modesto olvido de sus conseguidas victorias, velaba sobre sus sentidos, centinela fiel, el siervo de Dios, desconfiando de su propia virtud; porque sabía la astucia y disimulo engañoso, la porfía incansable con que de día y de noche pelea el cuerpo contra el

1 S. Hieron. *lip. Ep.*

espíritu; y así dijo cuerdamente San Agustín [1]: «Fuerte enemigo es el que impugna »á la castidad; cada día debe resistirle el »hombre y cada día debe temerle. Ninguno se engañe con falsa y aparente seguridad». El segundo auxilio del varón santo fué el amparo de la Virgen santísima, como ya queda dicho al principio de este capítulo. Para participar, pues, el varón santo el constante espíritu de pureza, apenas apartaba los ojos de las imágenes de María, que tenía, ya en la celda, ya en el altar, y con mayor viveza en el corazón. Conocía bien que de esta Madre del Amor hermoso y honesto se derivan, como de fuente pura, las dotes con que se adquiere y conserva la castidad.

CAPÍTULO XIV

Obediencia del Santo Lorenzo de Brindis.

Es la obediencia una virtud tan admirable, que penetra las sutilezas engañosas del amor propio, contra quien no pueden prevalecer sus astutas cavilaciones. No tiene este neemigo más armas para ofender que nuestra propia voluntad; quien sabe enaje-

1 S. August., *lib. de Honest. mulier.*

narla la desarma y deja sin fuerzas. Poco fuera esto si la obediencia no supiera, á las veces, vencer á este poderoso contrario con sus propias armas. No hay cosa de la inclinación del amor propio mancomunado con el apetito, como la conveniencia, ni cosa tan contra su genio como la penalidad, y con ambas sabe hacer cruda guerra esta virtud. Si la obediencia manda la penalidad y mortificación, la facilita y hace gustosa; si la prohibe, deja la comodidad y negocios el mérito. Bienaventurada virtud que sabe sacar frutos con lo que se hace y con lo que se deja de hacer. Las penitencias y ejercicios espirituales que son de suyo santos gobernadores del querer propio, tienen peligro y acarrean daño; fiados en el arbitrio de la obediencia, son de mucho mérito y no corren peligro. «Es la obediencia» (dice San Gregorio el Grande) [1]; «el único bien »para la restauración de la vida, como la »inobediencia fué suficiente mal para la in»troducción de la muerte». Entrando, pues, desde sus primeros años el Santo Lorenzo en la estrecha senda que lleva al reino celestial, la empezó á recorrer con los pasos de la obediencia, en cuyo noviciado se ejercitó cuando á los trece años de su edad quedó

1 S. Greg., *lib.* 2, *in lib.* 1. *Reg. cap.* 4.

al cuidado y gobierno de su tío, de que pendía en todo lo que había de hacer y omitir, tanto, que aun entonces parecía haber llegado á aquel rendimiento de albedrío que en los monjes más obedientes encomendó Casiano [1]. «Síguese la obediencia »con tal puntual observancia, que atentos á »ella los jóvenes, no sólo no se atreven á sa»lir de la celda por motivo excusable, pero »ni aun para acudir á las comunes y natu»rales necesidades sin haber antes obteni»do licencia ó supuesta noticia del Supe»rior». Reconociendo, empero, el prudente joven que entonces consigue el mayor agrado de Dios la obediencia cuando se perpetúa en el voto de religión, llegó á hacerle como hemos visto, y quedó tan ligado á él, que jamás se atrevió á desatarse ni aun para la más venial transgresión, que juzgaba siempre semejante al sacrílego crimen de los hijos del sacerdote Helí, Ofni y Finees, que hurtaban á Dios las carnes ya destinadas al sacrificio, sacándolas con el tridente (que era un instrumento de hierro, dividido en tres garfios) del mismo vaso en que las había ya introducido la piedad y la religión.

2. Cuando vivía en el siglo y obedecía

1 Casian., *lib.* 9 *de Instit. Monach.*

á su tío sin el vínculo religioso del voto, era su obediencia semejante al sacrificio de los hebreos, del cual tocaba una porción al sacrificante; pero cuando en la profesión se obligó á obedecer á sus superiores en general y universalísimo rendimiento, pasó el sacrificio á ser holocausto. Así San Gregorio el Pontífice [1]: «Cuando alguno se determi»na (dice) á hacer alguna cosa por Dios, li»gado á un voto particular le ofrece un sa»crificio; pero cuando en universal y total »entrega le ofrece todo lo que tiene, lo que »vive y lo que sabe, ya no es sacrificio sino »holocausto». En ofrecerle á Dios de sí mismo con toda aquella perfección que cabe en esta vida, puso siempre el mayor cuidado este obediente religioso, juzgando muy inferiores en el mérito y excelencia cualesquiera obras que por propio arbitrio empezase; y así, aunque contuviesen más austeridad y rigor, las templaba al dictamen del Guardián ó maestro con entera seguridad de que entonces le eran á él más útiles y á la divina Majestad más gloriosas. Como es cierto que la observancia de las constituciones pertenece al voto de la obediencia, atendía á ellas el varón santo con tal cuidado, que apenas acción suya

1 S. Greg., *Homil.* 20, *in Evang.*

(pudiendo ser) dejaba de medirse con su tenor. Así obraba cuando era súbdito, y así obligaba á que obrasen los súbditos cuando era Superior en los oficios de Guardián, Provincial y General; porque tenía bien conocido que las constituciones, en todo su rigor observadas, son el antemuro ó barbacana con que el castillo que la regla fabrica queda defendido de sus contrarios. Solía decir que si alguno en esta vida puede vivir seguro, es sólo el que vive obediente, según la sentencia de San Bernardo [1]: «Es »la obediencia familiar y amiga de la sa»lud»; y así juzgaba mejor y más apetecible la suerte de los que obedecen que la de los que mandan; por lo cual, siendo Guardián en este convento de Venecia, y estando por esto imposibilitado en lo público á la conveniencia de obedecer, se sujetó en lo oculto á un religioso, á cuyo arbitrio tasaba sus estudios, sus vigilias, su soledad y todo lo demás que sin inconveniente podía, según el ministerio en que se hallaba. Llamábale á esta voluntaria sumisión el ejemplo de Cristo Señor nuestro, que antepuso la obediencia á la misma vida, como ponderó el melifluo Padre San Bernardo: «Prefirió el Salvador (dice) al vivir el obe-

1 San Bernard. *Serm. Ecce nos reliquimus.*

»decer, eligiendo antes entregar el alma »que negarse á las leyes de la obediencia. »El mismo nombre de Jesús, según dice el »Apóstol, fué remuneración de esta escla»recida virtud».

3. No se descuidaba el religioso que dijimos de ejercitar la obediencia del varón santo, sabiendo cuán gustoso le era no usar de su voluntad, y así se la contradecía no pocas veces. Puesto á estudiar le obligaba á cerrar el libro, y que haciendo lo mismo con la ventana de la celda, empezase á hacer oración. Si le hallaba en ella, le instaba á que acudiese á diferente empleo; y de esta suerte, embarazándole el arbitrio le aumentaba el merecimiento. Lo mismo dispuso, siendo Guardián de nuestro convento de Roma, con otro religioso súbdito suyo; y siempre, aunque no lo hayamos sabido, debió de disponer lo mismo, deseoso de extender los términos de esta virtud más allá de los que señala su voto. «Conozca el súb»dito (dice San Bernardo) [1] que es imper»fecta la obediencia que se ciñe á los tér»minos y jurisdicciones del voto, porque la »perfecta obediencia no se concreta sólo á la »ley; no está contenta cuando la limitan al »tenor de la profesión; déjase llevar con vo-

1 San Bernard., *tract. de praecep. et disp.*

»luntad más larga á toda la latitud de la »caridad, y se extiende con libertad inmen»sa, con liberalidad espontánea á todo lo »que se la impone sin atender á modos que »la angustien y la limiten». Resplandeció más la obediencia del Santo Lorenzo después de haber ocupado los principales puestos, y el supremo de todos cuando fué General de toda la Orden. Hallándose, pues, sin ninguno en nuestro convento de Nápoles, reiteró en manos del Guardián el solemne voto de la obediencia, protestando que en adelante quería sujetar á su dirección aun la acción más leve, y que todas las suyas fuesen marcadas y enriquecidas con el mérito de esta virtud. Quedó el superior admirado, no tanto de la proposición cuanto de la ejecución de este intento, que redujo el ánimo del varón santo á la sujeción que aun en un novicio fuera estimable; pero para darle ocasiones de merecer como deseaba, le imponía á veces preceptos arduos y ajenos á su inclinación, que ejecutaba con igual presteza que gusto, lo cual le concilió con todos los que no ignoraban lo que había sido: grande fama de perfección.

4. Tal vez peleó su obediencia con su humildad; pero salió gloriosamente vencedora, como se vió, cuando el reino de Nápo-

les le eligió por embajador cerca de la Majestad de nuestro católico rey Felipe III, para que mediante su prudencia, celo y virtud se viesen libres aquellas provincias de los daños que amenazaban á su quietud y seguridad. Sintió mucho el siervo de Dios esta disposición por varias razones, y la principal, porque se oponía á su humildad profunda de que estaba tan poseído; hubo, sin embargo, de rendir la cerviz al yugo de la obediencia; vino á España en ejecución fiel del precepto en que al cabo halló su día último, imitando á Cristo Señor nuestro que obedeció hasta perder la vida en la cruz. Fué también ostentación gloriosa de su obediencia lo que le sucedió en Milán, donde la opinión de sus admirables virtudes le concilió de suerte los afectos de toda aquella vasta población, que apenas cabía en nuestro convento de la Inmaculada Concepción de nuestra Señora el concurso de gente, ya compuesto de nobles, ya de plebeyos que acudían á recibir su bendición. Hacíase gran violencia el varón humilde cuando se presentaba á la devoción de los que solicitaban su vista, pareciéndole que no era fácil consolarlos sin incurrir alguna sospecha de vanidad; pero determinado á ejecutar siempre lo que le mandaba su su-

perior, quedaba más humilde, porque quedaba más obediente. Asentía, pues, á la piedad del pueblo, indiscreta á veces, pues le ponía en conocido riesgo de perder la vida; porque la ansia que tenían todos de besarle la mano, ó á lo menos tocar la fimbria de su hábito, producía el aprieto, y éste tal fatiga y aflicción del varón santo, con dolores tan vehementes de mal de gota, que era un continuado milagro salir vivo de aquellos frecuentes concursos. Supuestos, sin embargo, los dos peligros, uno del espíritu por la popular aura que le podía desazonar, otro del cuerpo por la penalidad que le obligaban á padecer, sabía despreciarlos su rendimiento, preferida siempre la voluntad ajena á la propia y razones que ésta representaba.

CAPÍTULO XV

Espíritu de profecía del varón santo.

HACIENDO el apóstol San Pablo un catálogo de aquellos varones grandes que quiso Dios que en su Iglesia se aventajasen á los demás, escribe así en la carta á los de Corinto [1]: «Puso Dios diversas clases »de sujetos en la Iglesia: en primer lugar

1 I *ad Corint.*, 12, 18.

»los apóstoles; en el segundo los profetas; en »el tercero los doctores; después las virtu»des; después las gracias de curaciones, los »socorros, los gobiernos, los géneros de len»guas, las interpretaciones de sermones». Y porque cada uno de estos dones y dignidades basta á hacer ilustre á quien toca, añadió, que estaban divididas en diversos sujetos y que rara vez se llegaban á juntar en uno; y así dice: «¿Por ventura son todos após»toles? ¿Por ventura todos profetas? ¿Por »ventura todos doctores? ¿Por ventura todos »virtudes? ¿Por ventura tienen todos gracia »de curaciones? ¿Por ventura todos hablan »en muchas lenguas? ¿Por ventura interpre»tan todos?» Así el apóstol; y si bien lo miramos, nuestro Santo Lorenzo es una especial exención de esta regla general. Pues si apenas se halla en uno algunas de estas gracias y privilegios, y basta cualquiera para hacerle grande, en nuestro Santo Lorenzo se hallan todas y con la mayor propiedad. En Alemania, Bohemia, Hungría, el Tirol y otras provincias, hizo el oficio de *apóstol* y como á tal le recibieron. Fué enviado á estos reinos á predicar la fe católica y llenó cumplidamente este ministerio, desterrando los impíos dogmas que en lamentable y lastimoso perjuicio de las almas había in-

troducido la herejía. Fué también *profeta,* como veremos en adelante, pues predijo muchas cosas futuras. Fué *doctor*, enseñando á todos el camino del cielo y escribiendo maravillosamente contra los enemigos de la fe católica. De la serie de las *virtudes* hemos hablado en particular, poniendo varios ejemplos de todas, de donde en abundante copia se prueba que las tuvo en altísimo grado. La *gracia de curaciones* no le faltó para ser en esto perfecto, como se verá en su lugar. El don de *lenguas* le tuvo con admiración de todos, pues supo con perfección la hebrea, la caldea, la siriaca y la griega; y este don (como se cree) [1] fué infuso y favor especial que le hizo María Santísima. Cuán claro, inteligente y sagaz *intérprete haya sido de la Sagrada Escritura,* queda ya probado cuando tratamos de la elocuencia, copia y doctrina de sus sermones y disputas, como también de las obras que dejó escritas sobre los libros sagrados. ¡Insigne héroe de la gracia fué el Santo Lorenzo!, pues se le concedieron á él sólo todos los dones, todas las gracias y dignidades que apenas se conceden á muchos, y que (como dice el apóstol) una sola basta para hacer á cualquiera ilustre y esclarecido.

1 Cap. 10, n. 11.

2. Lince, pues la vista del varón santo penetraba aún mucho más allá de lo que veía. Hallábase en lo más florido de su edad el rey Felipe III, y el Santo Lorenzo en la embajada de Portugal le previno con prudencia para la temprana muerte que le esperaba; pero más claro se lo previno escribiéndole una carta estando el santo para morir, en la que le decía á S. M. que moriría dentro de dos años; y así se verificó, marchitándose las esperanzas que había concebido toda España en un Rey tan justo, tan piadoso y tan santo. Pero tropezándose las profecías unas con otras, no sólo fué anuncio la referida carta de la muerte del rey Felipe III, sino también del Pontífice Paulo V, como diremos más largamente en otro lugar [1].

3. También fué ilustre la profecía de las victorias que había de conseguir don García de Toledo, Duque de Fernandina, pues hallándose en Lisboa desahuciado de los médicos, no sólo le profetizó que no moriría de aquella enfermedad, sino que (descubriendo al tiempo sus ocultos senos) le aseguró también alcanzaría insignes victorias; y no tardó mucho el suceso en acreditar estas profecías, de que se hallaba

1 Cap. 22, n. 12.

entonces bien distante la esperanza, y por ventura navegaba el deseo de aquel ilustre joven por contrario rumbo; pero de esto trataremos en otro lugar [1].

4. Hallábase sumamente afligida la Duquesa de Doria por tener á un hijo suyo obseso de los espíritus infernales, sin haber podido hallar remedio alguno ni esperanza de hallarle en adelante. Vino á Génova el siervo de Dios, y movida la Duquesa por la fama de su santidad fué á nuestro convento con su madre la Duquesa de Espínola, y juntas le suplicaron al varón santo se compadeciese de ellas en aquel trabajo; y las dijo que llevasen al joven á nuestra Señora de Loreto y luego quedaría libre, y así sucedió. En otra ocasión, hablando con la misma Duquesa de las paces que se habían hecho en Asti entre el Rey católico y el Duque de Saboya, y alegrándose todos por el bien común de Italia, dió un suspiro el varón santo, y dijo: «¡Ah! Pluguiera Dios »que se diera el Señor por satisfecho con »las calamidades pasadas; pero son muchas »nuestras culpas y aún nos falta más que »padecer. Creedme, que esta no es paz cons»tante, sino guerra sangrienta y durará mu»chos años»; como se verificó después con

1 Cap. 26, n. 16.

lastimoso estrago de Italia, pues volviendo á tomar las armas el de Saboya se encendió nueva sangrienta guerra; y últimamente, después de un largo asedio, tomaron los españoles á Verceli, gobernando las armas del Rey católico el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, gobernador de Milán [1].

5. Como interesada toda la cristiandad en la permanencia del Imperio austriaco, deseaba la sucesión del emperador Matías. Corrió la voz válida en toda la Alemania, y aun en toda la Europa, de que la Emperatriz Ana se hallaba embarazada. Recibióse esta noticia con suma alegría de todos. La Emperatriz misma lo confirmaba con todas aquellas señales que inclinan á una certeza moral: los médicos lo aseguraban: ya se contaban los meses próximos á un feliz parto, y con universal júbilo se prevenían festivas demostraciones públicas para celebrar tan gran dicha; pero nuestro ilustrado Lorenzo, que había fijado sus asertos en un espíritu superior en que nunca tuvo lugar ni el acaso ni el acontecimiento, aseguró que toda aquella esperanza se desvanecería muy breve, con universal sentimiento de todos los católicos; y fué así, porque lo que parecía felicidad en la Emperatriz se convirtió

1 Cap. 16, n. 18 y siguientes.

en trágica enfermedad, contra las halagüeñas esperanzas de lograr un sucesor austriaco.

6. Hallábase el Archiduque Matías, general del ejército cristiano, contra los turcos en el reino de Hungría, y á su lado el Santo Lorenzo para consuelo suyo y de las armas católicas; y viendo á los capitanes desanimados por la superioridad del enemigo en armas, gente y puesto, no se determinaba á dar la batalla, teniendo por cierto iban á perecer todos; pero el varón santo, ocupado de superior espíritu, les prometió, contra toda humana esperanza, que había de ser la victoria suya. Dió entera fe el Archiduque á las promesas del siervo de Dios por las muchas experiencias que tenía de su virtud, y presentando animoso la batalla al ejército otomano, tan pujante como soberbio, consiguió una de las más gloriosas victorias que alcanzó la cristiandad, en que tuvo gran parte la virtud de nuestro ilustre héroe [1].

7. Estando la casa de Mantua muy dominante, y la ciudad de su nombre en el mayor auge y opulencia, leyendo su destrucción el varón santo en los decretos divinos, la anunció para sus días; y así se ve-

1 Cap. 16, n. 5.

rificó, pues el siervo de Dios murió el año de 1619, y el de 1630 la tomaron y saquearon los imperiales: y últimamente, el de 1707 se apoderó de ella el príncipe Eugenio, desde cuyo tiempo la posee la Casa de Austria junto con el Ducado, fuera de la que poseen las ramas colaterales de la Casa de los Duques de Mantua, que es muy poco, con lo que se vió verificada la profecía del varón santo de la destrucción de la casa de Mantua y también de la ciudad.

8. Hallábase molestada de un infernal espíritu la duquesa de Baviera: el cristianísimo duque (á quien tanto amaba el Santo Lorenzo) vivía entre mil amarguras; y pidiendo un día al varón santo encomendase á Dios aquella necesidad, le respondió: Que la duquesa se vería libre del enemigo que la molestaba en el día plausible de la Concepción Inmaculada de María Santísima. Sucedió así conforme lo dijo, porque huyendo el maligno espíritu de las luces de tan gran reina, desamparó la habitación antigua con último y rabioso despecho. Siguióse á este otro prodigio, porque, reputando á la duquesa por estéril, la profetizó tendría sucesión, y se verificó con asombro de todos.

9. El duque de Mantua Vincencio po-

seía injustamente unos Estados propios de un camarero ó gentil hombre del emperador Rodulfo II. Le había pedido el emperador restituyese aquellos Estados, amenazándole con las armas; el duque se excusaba, y antes de un rompimiento envió el emperador al Santo Lorenzo para que le amonestase á la justa restitución. Obedeció el varón santo; pero no pudiendo persuadirle con razones, le aterró con amenazas, diciéndole que dentro de pocos días vengaría Dios aquella ofensa y se vería obligado á restituir con no poca amargura suya; y así sucedió, pues á poco de haber dejado la corte el siervo de Dios se levantó el pueblo en universal sedición, y el duque tuvo que retirarse á la fortaleza; y conociendo era castigo de Dios, propuso restituir aquellos Estados y cesó aquel trabajo, quedando acreditada la profecía del Santo Lorenzo.

10. No son menos célebres las profecías de su dichosa muerte. Estando ya en camino el siervo de Dios para venir á España con el carácter de embajador por el reino de Nápoles cerca de Felipe III, le escribió á su grande amigo y bienhechor el duque de Baviera una carta en que se despedía de él, y le decía que aquella jornada era la última de su vida. Á sus compañeros claramente

les dijo el día y hora de su muerte, como se dirá en sus propios lugares [1]. Preguntándole en una ocasión los religiosos de la provincia de Venecia, de la cual era hijo, si había de morir en ella, respondió: «Que según los decretos del Señor, había de morir »en la provincia de San Antonio». Los religiosos se persuadieron de que moriría en aquella provincia por llamarse de *San Antonio*, á causa de comprenderse en ella la ciudad de Padua, sagrado depósito de las reliquias de tan ilustre santo; pero no entendieron la respuesta, porque el varón santo quiso decir (y lo dijo con claridad), que su muerte había de ser en la provincia ó patria de San Antonio; esto es: en Lisboa, corte del reino de Portugal, en que nació San Antonio.

11. En Basano llevó una madre á un hijo suyo de edad de once años al siervo de Dios, pero muy enfermo, pues los médicos, después de haber hecho mil experiencias, vinieron á asegurar que no tenía sesos, y así andaba fuera de sí, sin orden ni concierto en todas sus operaciones. El varón santo, poniendo sus benditas manos sobre el pobre doliente, dijo á su madre: «Señora, Dios la »da este trabajo; cuidad de vuestro hijo con

1 Cap. 20, n. 3.

»caridad, y tened paciencia hasta la edad de »dieciocho años, que suba á ver á Dios». *Esto es lo que conviene.* Murió el año referido, cumpliéndose la primera parte de la profecía, y por consiguiente la segunda [1].

12. Magdalena Pastori se hallaba en Génova en el último conflicto, desahuciada de los médicos; al mismo tiempo padecía una leve indisposición un hijo suyo, niño de corta edad. Hizo el siervo de Dios sobre los dos la señal de la cruz, y dijo: «La en»ferma sanará y el niño morirá»; y así fué, contra la esperanza de todos, pues la madre pensaban se moría y el hijo sanaría.

13. Más profecías pudieramos referir, pues siendo así que este don iluminado en que Dios se acredita con el hombre de fiel amigo, pues le comunica tantos secretos reservados sólo á su infinito entendimiento, es á modo de relámpago que pasa arrebatadamente fogoso, pareció permanente en el varón santo. El Ilmo. Sr. Obispo de Ventimiglia afirmó con juramento, que el siervo de Dios Lorenzo de Brindis tuvo en el grado más perfecto el don de profecía; y que tenía repetidas experiencias de esta verdad, ya en sí, ya en otros, verificándose en todas sus partes cuanto habia dicho.

1 Suma, fol. 236.

14. Al don de profecía pertenece penetrar los corazones é interiores de los hombres. Esta también es abundante materia, si se hubiera de tratar por extenso; pero sólo apuntaremos algunos casos brevemente. Ya dijimos [1] cómo ayudando á Misa al siervo de Dios el conde Vizconti, conoció su interior y la tentación de que estaba agitado de dejar al varón santo en el altar y ausentarse.

15. Hallábase en mal estado y enredada su conciencia un caballero milanés, tenido de todos por bueno y ejemplar; y caminan- un día en compañía de un amigo suyo, encontraron al Santo Lorenzo: pusiéronse de rodillas para recibir la bendición, como hacían todos, y fijando la vista el varón santo en este caballero, le bendijo como á los otros, y poniéndole la mano en la cabeza, le dijo al oído: «Vaya con Dios, y procure »ser hombre de bien. Mire que el Señor lo »sabe todo, y es quien le ha de juzgar y no »los hombres». Quedó el caballero aturdido, y dijo á su amigo: «Este padre es un gran »santo, pues ha conocido mi interior y me »ha leído en mi corazón toda mi concien»cia». Pero lo más admirable fué que, después de haberle puesto su bendita mano en

1 Cap. 7, n. 5.

la cabeza, le quedó un ardor tan grande que se abrasaba vivo: avisóle este fuego el estado de su mala conciencia, y buscando un confesor, se confesó con mucho dolor y al punto cesó aquel ardor y quedó sin aquella molestia [1].

16. El P. Fr. Jerónimo de Cremona, Guardián de Milán, viendo la gran multitud de gentes que le buscaban para su salud y consuelo, causando á los religiosos no poca inquietud, determinó decir al siervo de Dios que, mirando por su propia comodidad, podía retirarse á otro convento. Iba el Guardián á la celda del varón santo para decírselo, y saliendo al encuentro, le dijo: «Ya sé, padre Guardián, á lo que venís; y »yo pienso lo mismo y lo deseo, mirando »por mi quietud; y así os suplico estéis con »los Padres y me señalen convento, que yo »iré gustoso á cualquiera parte que me en»víen». Baste de esta materia: pasemos á otra no menos ilustre.

1 Sum., fol. 242.

CAPÍTULO XVI

Pelea contra los turcos nuestro Santo Lorenzo de Brindis, armado con el escudo impenetrable de la cruz, y alcanza una insigne victoria en compañía del archiduque Matias. Hállase también, como buen vasallo español, al lado del excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, en las guerras que el rey católico tuvo en el Piamonte contra el duque de Saboya.

En aquel gigante de cien manos que entre sus vanas mentiras pintó la antigüedad fabulosa, pudiéramos decir habernos dejado delineada una puntual idea de nuestro portentoso héroe el Santo Lorenzo, pues le hemos visto, y le veremos después manejar á un mismo tiempo tales y tan diversas empresas, que pareciera materia imposible darlas feliz expediente á no tener cien manos como aquel gigante. Fué humildísimo religioso: fué celoso y gran prelado, predicador insigne, teólogo famoso; manejó con suma destreza los negocios de la Orden, pero no fué inferior en el manejo de los negocios políticos y militares. Ya estaba retirado en su celda, gozando de la soledad y silencio, ya buscaba el bullicio

para predicar al pueblo; unas veces apetecía la quietud en los claustros, otras se dejaba ver entre los laberintos de los palacios; sin huir las casas pobres buscaba las ricas, agradando al Señor en todo; pues los que en sus operaciones caminan derechamente á Dios, buscando en todas las cosas su gloria, aunque varíen de rumbo nunca mudan de intento, porque llevando por norte la voluntad divina, sin perderla de vista un punto, por cualquiera parte que tomen la derrota se conducen al puerto con felicidad. El ímpetu de espíritu con que celaba el Santo Lorenzo la mayor gloria de Dios, le hacía variar los medios, no el fin; giraba en círculo para caminar derecho. Desde lo más retirado de su celda pasaba al carácter de embajador y aun á mandar ejércitos, como veremos ahora.

2. Pasadas ya las furiosas tempestades que en el capítulo VI referimos, y sosegado el ánimo del emperador Rodulfo II, volvió el siervo de Dios á recuperar la amistad antigua del César; aún con más ventajas que antes conocía éste el ardiente celo del Santo Lorenzo, y hallándose en Praga el año de 1606 con el siervo Dios, le envió por legado á varios príncipes de Alemania, para que los animase á concluir una

liga contra Mahometo III, gran Turco cuyo copioso ejército, repartido en varias provincias de Hungría, talaba los campos, destruía las fortalezas y amenazaba una total ruina al orbe cristiano si con tiempo no se quebrantaba su orgullo. No obstante que el Santo Lorenzo se hallaba ocupado en establecer la observancia regular en los nuevos conventos que se iban fundando en Bohemia, Austria, Moravia y el Tirol; no obstante también que por autoridad apostólica estaba predicando (y con gran fruto) en aquellas partes de Alemania, según consta de un breve de Paulo V dirigido al siervo de Dios, que se halla en nuestro Bulario Capuchino, tom. I, fol. 51; no obstante todo lo dicho abandonó estas empresas tan propias de su instituto, y, mudando de medio, buscó la honra y gloria de Dios obedeciendo al César. Caminó á varias cortes de Alemania, y como era en todas conocida su virtud y prudencia, concluyó breve y fácilmente una poderosa Liga entre aquellos príncipes y el Emperador, juntando numerosas tropas para oponerse al común enemigo de la cristiandad. Cuántos trabajos padeció el siervo de Dios en estos caminos, y cuánta sería su solicitud para unir las voluntades de los príncipes en de-

fensa de la religión, lo dejamos á la reflexión seria de los prudentes. Había de mandar este ejército como Capitán General el archiduque de Austria Matías, que después fué Emperador; siendo su maestre de campo el Sr. de Rosburg, y disponiendo, como buenos católicos, no sólo lo que convenía á las armas, sino mucho más á las almas, acordaron con consejo del Emperador que fuesen Capuchinos en el ejército para administrar los Sacramentos y predicar á los soldados, y que fuese con ellos por su prelado el siervo de Dios, esperando que con tan buena compañía sucederían prósperamente todas las cosas. Diéronle parte al varón santo, y como estaba inflamado en el ardiente celo de la gloria de Dios y deseaba con ansia derramar su sangre por Jesucristo, admitió gustoso el cargo teniendo la licencia de Su Santidad. Dijéronselo al Cardenal Spineli, Nuncio apostólico en Praga, para que sin perder tiempo escribiese á Su Santidad.

3. Enterado de todo, la Santidad de Paulo V expidió un Breve apostólico dirigido al siervo de Dios, dado en Santa María la Mayor á 28 de Mayo de 1606, en que le llena de privilegios y facultades para que en su nombre absuelva, dispense,

conceda indulgencias y, en fin, una plena potestad apostólica para ejercerla con todos los que componían el ejército. Autorizado ya el Santo Lorenzo con tantas facultades apostólicas, escogió para qué le ayudasen en esta empresa trece Capuchinos, todos varones espirituales y adornados de un celo grande de la honra y gloria de Dios; luego partió para incorporarse con el ejército. Componíase éste de dieciocho á veinte mil hombres, aunque se esperaban algunos socorros; pero el del gran Turco pasaba de ochenta mil. Á esta superioridad de fuerzas se llegaba la soberbia y orgullo del bárbaro que lo mandaba. Era éste, como se ha dicho, Mahometo III, hombre (si así se puede llamar) de ferocísimo celo en el honor de su secta, y de cruelísima ambición en la extensión de los dominios. Emperador que traía perpetuamente la ira en el semblante, para manifestar grandeza, y la soberbia en el espíritu para ostentar poder y majestad. Bárbaro sediento de sangre católica, á cuyo corazón el estrago era lisonja, la crueldad entretenimiento, la altivez diversión y música la ruina y gritos del infeliz, cuyo turbante estaba adornado de negros trofeos y venganzas, tejiendo en cada pluma un rayo.

Tenía, en fin, todas las horribles cualidades de aquellos monstruos que sirven de azote para los cristianos en mano de la Justicia Divina. Tal era el general de los turcos Mahometo III, de quien dicen las historias, que para asegurarse en la corona hizo matar veintiun hermanos suyos, y ahogar á dos sultanas embarazadas de su padre Amurates; y como se había adelantado en las empresas, tenía lleno de terror, no sólo á Hungría, sino á toda la Alemania. Pero dejemos así al bárbaro rabiando de coraje y respirando muertes, venganzas y furias contra los cristianos, y veamos al Santo Lorenzo y á los suyos, qué medios ponían para alcanzar victoria de tan poderoso enemigo.

4. Favorecido el siervo de Dios de la benignidad de la Silla apostólica con tantos privilegios y armado fuertemente con el escudo impenetrable de la honra y gloria de Dios, sembrando por todas partes doctrinas, ejemplos y maravillas, llegó con sus compañeros al ejército católico, y hallando á los jefes sumamente contristados por la superioridad del ejército otomano, los animó para que confiasen en aquel Señor que se llama y es *Dios de lós ejércitos*, y el que no necesita de muchos ni pocos soldados para vencer al enemigo, derrotando los más

poderosos ejércitos sólo con su querer. Respiraron con su presencia, y como su santidad era tan conocida de todos, y mucho más del Archiduque Matías, General del ejército, y del maestre de campo Rosburgh, empezaron con calor á disponer el campo confiados en que el Señor les daría victoria, no obstante ser tan superiores las fuerzas del enemigo. No era menor la actividad del siervo de Dios en proponer á los soldados la obediencia á sus jefes, como que en ello obedecían á Dios. Todo su desvelo iba ordenado á que en el ejército se conservase el santo temor de Dios, sin que las libertades que son comunes entre los soldados atropellasen los fueros de la ley cristiana. Renovaba continuamente en la memoria de los soldados las promesas y ejemplos de la sagrada Escritura, que vincula la felicidad de las batallas en el exacto cumplimiento de los divinos preceptos, y no quería que la transgresión de éstos, por falta de cuidado, pusiese la victoria en contingencia. Recordaba lo que sucedía en el pueblo de Dios, que cuando no había algún pecado en el ejército tenían cierta la victoria. En consecuencia de sus deseos y entre el estruendo y tropel de las armas, celebraba con imponderable sosiego y devoción todos los días el

santo sacrificio de la Misa, y hacía que los capellanes de todos los regimientos también la celebrasen para que los soldados la oyesen. Después de Misa les predicaba, persuadiéndoles con celoso ardimiento la defensa de la fe, los deseos del martirio, el santo temor de Dios y la pureza de la conciencia; lo restante del día lo empleaba en confesar y disponer las cosas tocantes á las conciencias de los jefes del ejército y soldados que le buscaban. Con estas sabias providencias se desterraron los vicios de aquellos escuadrones y reinaban las virtudes. No se oían allí las blasfemias, no los juramentos, no los duelos y desafíos, no las discordias, no las palabras obscenas; porque el cuidado era ver cómo cada uno había de cumplir con la ley de Dios y obedecer á sus Generales. Era de tanto consuelo para todos la presencia y compañía del varón santo, que traía á los soldados y jefes, no sólo con el valor en las manos, sino también con la alegría en el rostro. Reinaba en todo el ejército la paz, la unión y la concordia, que son las bases de toda felicidad, asegurando el siervo de Dios que, perseverando la tropa en tan buen gobierno, saldría victoriosa de sus enemigos, aunque tan poderosos y superiores.

5. Á los generales les encargaba el buen trato de la tropa, el amor y cariño con que debe ser tratado el soldado, la vigilancia en evitar robos, injusticias y desórdenes, y sobre todo les hacía presente la obligación precisa que tenían, como jefes y superiores, de dar buen ejemplo á la tropa. Todos sabían la santidad del Santo Lorenzo; pero más que todos el archiduque Matías, que consultaba con el siervo de Dios los negocios más graves; y aunque muchos de los oficiales generales eran de parecer se abandonase la empresa, que tenían por temeraria al ver tanta superioridad en el campo enemigo, nunca quiso el Archiduque rendirse á sus razones, dando más crédito á las promesas del Santo Lorenzo que á cuanto en contrario le proponían. Últimamente, estando ya todo prevenido para acometer á los turcos, refugiados y defendidos en la fortaleza de Alva Real ó Alva Graca, conocida en estos tiempos con el famoso nombre de *Belgrado*, hizo junta de generales el archiduque Matías, á la cual mandó llamar al siervo de Dios para asistir á ella, teniendo por oráculo sus dictámenes; y convenidos en todas las operaciones que se habían de observar en el ejército, dieron orden para que se junta-

sen todos los regimientos, y habiéndoles exhortado á que peleasen con valor, confiando en el Dios de las batallas que les daría victoria, les echó la bendición en nombre de Su Santidad y les aplicó las indulgencias concedidas para aquel caso. Empezaron á marchar llenos de valor, venciendo algunas dificultades en el camino. Salióles al encuentro el soberbio Mahometo con un gran tren de artillería y lo más escogido de su ejército. Trabóse la batalla con bárbara fiereza, y aunque el fuego de los turcos era vivísimo, se observó que era poco el daño que hacía en los nuestros; y al contrario, se veían caer muchos de los turcos con conocida ruina de su ejército. Reforzábase éste con tropas de refresco, y nuestro Brindis, lleno de celo de la santa fe, andaba en medio de los peligros animando á los soldados y exhortando á los heridos. Al paso que iba creciendo la animosidad en el corazón del siervo de Dios, crecían en Mahometo las iras con que anhelaba saciar la sed rabiosa de su coraje en la sangre de los cristianos.

6. Llovían balas y bombas sobre los cristianos, y con el fuego de la fe rebatían el fuego del enemigo. Hizo una falsa retirada el turco, y siguiendo al alcance nues-

tra gente se descubrió una colina coronada toda de artillería gruesa de varios calibres, cuyo incesante fuego hacía tanto estrago en el ejército cristiano que ya se veía éste casi obligado á intentar la fuga, pues aún faltaba valor y tropa para la debida resistencia. Hallábase el Archiduque y los demás oficiales y cabos en suma angustia y tribulación, é indecisos sobre cuál sería el más conveniente acuerdo. En este conflicto acudieron al Santo Lorenzo, buscando el remedio en tan grave necesidad. Por instantes se iba aumentando el riesgo, cerrándose el camino, no sólo á la esperanza de la victoria sino á la posibilidad de la fuga, pues eran tantas la tropas turcas que hasta la retirada cortaban, que ya los enemigos daban por suya la victoria, y en ruidosa algazara celebraban el casi alcanzado triunfo. Viendo, pues, el varón santo que no daba el aprieto lugar á largas consultas, lleno de celestial espíritu y confianza habló al Archiduque y demás generales así: «Ea, valerosos caudillos, recuperad el per»dido aliento; vestíos de nuevas fuerzas y »bríos, que el peligro está en la tardanza; »dejemos conferencias y juntas, desembará»cense las manos y las voces; éstas para ani»mar á los soldados, aquéllas para romper

»con generoso aliento por medio de las tro»pas contrarias. Nadie tema; confiemos to»dos en Dios, que este Señor asiste á su »causa y á nuestro ejército y nos ha de dar »victoria cuando parece más difícil. Yo os »lo aseguro en nombre de Dios. Nadie te»ma; peleáis por la fe, por la religión y por »el mismo Dios; estad ciertos que no ha de »desamparar vuestro celo, ni permitir que »sus enemigos triunfen de su religión y »santa fe. Yo me ofrezco, confiado en Dios, »á ir delante de vosotros, penetrando con »la cruz de este estandarte que sostiene mi »mano, por lo más fuerte y bien ordenado »de esos infieles y bárbaros descendientes »de Agar. Seguidme, pelead, venced; vues»tra es la victoria; seguro habéis de tener »el triunfo».

7. Con esta exhortación y esperanza depusieron los capitanes todo el recelo de que habían estado (no sin fundamento) ocupados, y luego al punto, llenos de confianza y de fe, dieron orden de acometer al enemigo por todas partes. El varón santo, enarbolando el estandarte de la cruz, echó la bendición á todo el ejército, cuyos soldados, sabiendo la santidad del siervo de Dios, se animaron á conseguir, ó una gloriosa muerte ó una esclarecida victoria. Aco-

metieron con increíble valor á lor turcos, yendo delante de todos el varón santo enarbolando la cruz con la mano y rompiendo el aire con la voz dulcísima de *Jesús*. Sólo esta voz se oía en el ejército; *viva Jesús, viva Jesús; muera Mahoma, muera Mahoma.* Enderezó sus pasos hacia la colina, que parecía un volcán de fuego, y á vista de los dos ejércitos obró un raro prodigio; formó la señal de la cruz hacia aquella parte y al punto se notó, con admiración de los mismos turcos, que toda la artillería que montaba la montaña quedó inútil y sin efecto alguno; pues aunque arrojaban infinitas balas caían sin fuerza ni actividad alguna, como si fuesen arrojadas de un débil y pequeño impulso. Animó esto mucho á los católicos que, al contrario, no malograban tiro, derribando tantos turbantes cuantas eran las balas que conducía sobre la vivacidad de la pólvora la poderosa mano de Dios. Lo mismo sucedió con lo restante de la artillería y fusilería; pues como si fueran de lana las balas, caían muertas á los pies de los católicos [1]. Andaba el siervo de Dios animando á los soldados de una á otra parte entre los mayores peligros; y como le veían en el primer lugar pensaban los enemigos era

1 Suma, pág. 96.

alguno de los principales cabos, y así le acometían á sangre y fuego por todas partes, descargando sobre él su rabia y furor; le cercaba el fuego, le combatían las balas; pero como si fuera su hábito una cota impenetrable de malla, nada le ofendía. Al ver este prodigio los imperiales, llenos de un cristiano valor, acometieron con espada en mano las líneas de los turcos y, rompiendo sus trincheras y baterías, se abrieron camino con casi total ruina del ejército enemigo, el cual, viéndose derrotado, se puso en fuga vergonzosa; y siguiendo al alcance los nuestros consiguió de ellos una completa victoria con estrago total del ejército enemigo; porque muertos unos, heridos otros y prisioneros los demás, quedó el campo con todos los inmensos despojos por el archiduque Matías, siguiéndose también el abandono de Alva Real ó Belgrado con toda la artillería, víveres y municiones, siendo esta victoria de las más gloriosas que se vieron.

8. Acabada la batalla se halló el siervo de Dios sin herida alguna, ni aun señal en el hábito de haberle tocado las balas ni haberle chamuscado un pelo, y, sacudiéndose el hábito, caían las balas enteras con admiración de todos, dando gracias al Señor

por tan gran beneficio. Treinta mil turcos quedaron muertos en el campo, sin contar los heridos, prisioneros y fugitivos, y entre estos últimos su emperador Mahometo, que estuvo ya para caer en manos de los cristianos; y murieron también muchos generales del turco, y entre ellos el Bajá de Buda, el de Beli-abei, de la Grecia, y un chiaja de los más principales; con que se hace el cómputo que de los ochenta mil turcos de que se componía el ejército otomano, quedaron muy pocos. De los nuestros sólo murieron treinta, y los más de ellos herejes (según la historia italiana [1]), por no haber querido invocar el dulcísimo nombre de Jesús como aconsejaba el varón santo. Varios casos refieren las historias que sucedieron á este valeroso é invencible Capuchino, que expondremos con brevedad. Como el siervo de Dios, el Santo Lorenzo, se hallase en esta ocasión muy afligido de la gota, fué preciso tomar un caballo para recorrer las líneas de los soldados y alentarlos á la pelea; como el varón santo no estaba diestro en el manejo del freno, se metió el caballo entre una tropa de turcos, y uno de ellos, que estaba

1 *E de Cesarei solamente trenta Soldati ordinari é de forse tuti heretici li cuali ricusarono d'invocare il sanctissimo nome de Giesu.* Rossi *in Vita Ven. Lorenzo de Brind., libro I, cap. 7.*

más próximo, levantando el alfanje, le iba á tirar un golpe á la cabeza; pero el caballo, huyendo el cuerpo, evitó también el peligro; volvió segunda vez el turco á tirar de revés, y dando un salto el caballo, frustró segunda vez sus esperanzas; lleno de cólera el turco le acometió frente á frente; entonces los oficiales y soldados clamaron al maestre de campo, el Sr. Rosburg, diciendo: *Que matan al Padre, que matan al Padre.* Al oir esto el Sr. Altaing arremetió al turco sable en mano, y al mismo tiempo que el turco iba á descargar el golpe le dió una estocada con que cayó en tierra revolcándose en su sangre, y quedó libre nuestro capitán ilustre [1]. En esta misma batalla (según deponen testigos de vista en los procesos) le disparó un turco una bala de mosquete á muy corta distancia, dirigiendo el tiro á la cabeza; pero ¡oh prodigio! se quedó la bala enredada en los pocos pelos de la cabeza y el siervo de Dios se la quitó, y, mirándola, decía con mucha gracia: *Simplecilla, simplecilla, tú me querías ofender;* y diciendo esto la arrojó, y uno de los soldados la recogió y después la iba enseñando á todos por milagro. Otra vez, haciendo frente el capitán ilustre con la cruz en la mano al fuego de artillería

1 Suma, pág. 93.

enemiga, que se componía de catorce piezas de batir, una de las muchas balas de cañón, llegando al caballo en que iba el varón santo, paró en el arzón de la silla sin recibir daño alguno. Fuera alargar mucho esta historia si hubiésemos de referir los prodigios que obró el varón santo en su persona y en la de los soldados y oficiales. Uno de ellos, llamado Juan Leintaing, aflojándose una bota sobre el arzón del caballo, vino una bala de cañón y le llevó la bota de las manos sin hacerle daño alguno, ni á los que estaban con él. Todo lo dicho, con otras muchas maravillas, consta por disposición de testigos fidedignos en los procesos de la Beatificación del varón santo. Conociendo, pues, el devoto Archiduque que aquella insigne victoria la debía, no á las armas, sino á Dios por intercesión de su siervo Lorenzo, porque él había ido delante del ejército; había abierto camino por medio de los otomanos, no con lanzas ni espadas, sino con la Cruz; había animado el desaliento de los soldados á vencer ó morir por Jesucristo; había, con la eficacia de su oración, inutilizado la artillería y armas del enemigo; había, en fin, derrotado al turco, y confesando todo esto el Archiduque delante de los cabos del ejército, estando presente el

siervo de Dios, todos á una voz dijeron que Fr. Lorenzo era el victorioso, el triunfador de los enemigos, á quien (después de Dios) se le debía la gloria y á quien se le debían las gracias. Al oir esto el humilde Capuchino, lleno de rubor, dijo levantando el estandarte de la Cruz: «Este es, oh victorio»sos capitanes, este es el general de todos »los ejércitos cristianos; con este han ven»cido tantas veces los príncipes católicos; á »este únicamente debemos dar las gracias »por tan insigne victoria, no á mí, que soy »la más vil y despreciable criatura. Al Se»ñor, que murió por nosotros en esta Cruz, »debemos vivir siempre agradecidos. Con »este sagrado leño se rinden, se ahuyentan »y se aniquilan la fuerzas del más poderoso »enemigo. ¿Qué victoria no conseguirá por »su Cruz, quien destruyó con ella la muer»te, el infierno y todas las diabólicas potes»tadas? «Es la Cruz (dice Casiodoro [1]) cons»tante defensa de los humildes, ruina de los »soberbios, victoria de Cristo, perdición del »demonio, ojeriza de los abismos, firmeza »de los cielos, muerte de los infieles y vida »de los justos». Según esta doctrina (prosi»guió el varón santo) sólo á la Cruz debe»mos atribuir todas nuestras felicidades.

1 Casiodor., *in Psalm.* 4.

»Acordaos siempre de la Cruz; perseverad »en la sincera fe de tan gran misterio, »acompañándola con aquellas operaciones »que son dignas de un corazón verdadera- »mente cristiano, para que por sus méritos »podáis vencer los enemigos visibles é invi- »sibles, hasta que en el cielo se os asegure »el eterno premio de la victoria».

9. De la que acabamos de referir se siguió la ruina del ejército otomano, la seguridad de Hungría, la propagación de la fe católica y el honor de la santa Cruz. Desde entonces creció más en el siervo de Dios la veneración á la santa cruz, que siempre traía consigo pendiente al cuello, y repetía muchas veces aquellas palabras del Psalmo [1]. «No á nosotros, Señor, no á »nosotros, sino á tu nombre sea dada la »gloria». Así decía cuando alguno le quería atribuir la victoria conseguida; pues como fué tan público y manifiesto el prodigio, creció más la veneración del siervo de Dios para con los fieles, procurando todos verle y alabarle, atribuyéndole el triunfo conseguido contra el ejército otomano. Con esta insigne victoria y ruina del común enemigo de la cristiandad creció en los católicos la fe y devoción á la

1 *Psalm*. 113. 1.

santa Cruz, y en Bohemia, Hungría y Moravia, y aun en toda la Alemania, el afecto y veneración á la religión de Capuchinos, fundándose por estas provincias muchos conventos y erigiéndose en sus atrios con gran pompa y solemnidad la santa Cruz, para que como con este saludable estandarte habían sido derrotados los turcos (crueles enemigos del nombre cristiano), no de otra suerte se pusiesen en fuga los que lo son más perniciosamente del alma, se difundiese el culto de este santo Madero y pudiesen aquellas triunfantes naciones apropiarse el júbilo de San Agustín, cuando, regocijado de ver exaltada la Cruz de Cristo, dijo [1]: «Hoy se ha fijado la Cruz y »santificádose nuestro siglo: hoy se ha fi»jado, ahuyentándose los demonios: hoy se »ha fijado y queda vencida la muerte: hoy »entra el demonio en nueva prisión, sale el »hombre á felicísima libertad y consigue »Dios mucha gloria». Así sucedió en las provincias ya referidas, en las cuales fija y adorada la Cruz, promovió los fieles á piedad más devota: entró en especial tormento á los espíritus infernales, y ocasionó repetidas alabanzas de Dios y de su siervo el Santo Lorenzo.

1 S. August. *Serm. de Parescev.*

10. Concluida la guerra, muchos de los soldados y oficiales que habían estado al lado del siervo de Dios, y habían visto los prodigios que obró, movidos del Señor abrazaron el instituto penitente de los Capuchinos y vivieron santamente alabando al Señor por los beneficios recibidos; y entre ellos fué Fr. Francisco de Goricia, famoso entre los alemanes. Ni se puede omitir un caso horrendo que sucedió en Moravia para escarmiento de los maldicientes, y en confirmación de la milagrosa victoria conseguida por los méritos del varón santo. Acabada la guerra retirábanse á sus lugares, en la Moravia, ciertos soldados: iban por el camino refiriendo los lances de la guerra (como es regular entre soldados y admirados de los prodigios que habían visto, que siendo tan pocos habían derrotado á un ejército tan poderoso de turcos: que la artillería del enemigo, ni sus balas, les hacían daño alguno: que andando en medio del fuego aquel Capuchino había salido sin la menor lesión ni herida. Recorrían todos los lances sucedidos á cada uno, y con este motivo todos á una voz atribuían la victoria á los méritos del varón santo y al poder de la cruz que llevaba en su mano; pero uno de ellos (hereje protestante)

incrédulo, ó por mejor decir, blasfemo, se atrevió á decir: «El diablo me lleve si por »ese fraile, ni por la cruz, hemos salido »bien de los turcos» [1]. ¡Cosa espantosa! Al punto que acabó de decir esto desapareció aquel hombre sin ser jamás visto, dejando un humo intolerable, y en los compañeros mucho escarnamiento y doctrina. Tomóse por testimonio este caso espantoso, y después se publicó en Praga para confusión de los herejes y aliento de los católicos.

11. Más noticias nos han dejado del celo del siervo de Dios, asistiendo al lado de él el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, gobernador de Milán, en las guerras que tuvo por el rey católico Felipe III con el duque de Saboya; y para más inteligencia de la historia, haremos una breve relación de su origen y progresos. Estas guerras que tanto afligieron á Italia, á España y á Francia. tuvieron principio el año de 1613 por la muerte del duque de Mantua y Monferrat, D. Francisco Gonzaga. Estaba casado el Duque con una hija del de Saboya, y muerto el duque de Mantua no dejó sino una hija que, según las leyes, no podía heredar aquellos Estados, por pedir varón: pero el de Saboya, impaciente de que su hija y

1 Suma, fol. 98.

nieta quedasen despojadas de aquellos Estados, intentó hacerse dueño del marquesado de Monferrat, alegando ciertos derechos que todos eran fingidos y sin fundamento. Entróse de repente en el marquesado de Monferrat con tropas, intentando tomar á Casal y á Niza, plazas desprevenidas. Alteró este inopinado movimiento á todos los príncipes de Italia, llevando á mal la determinación del duque de Saboya, temiendo cada uno lo que por enlace ó vencidad le podía tocar, pues del incendio de la guerra nada hay seguro. Era entonces gobernador de Milán por el rey católico el marqués de la Hinojosa, esforzado capitán; pero inclinado siempre á la paz y viendo que estaba turbada en Italia y previendo de antemano las fatales consecuencias que había de traer á toda ella, procuró por todos los medios posibles y á nombre de su soberano impedir estos daños con el duque de Saboya, valiéndose ya de ruegos, ya de amenazas: lo mismo hicieron otros muchos príncipes de Italia; pero todo en vano, pues haciendo gente el de Saboya y tomando á sueldo tropas fancesas, suizas y holandesas, y las más de religión protestante, continuaba sus correrías por el de Monferrat.

12. Para contener el orgullo del saboya-

no salió al encuentro el marqués de la Hinojosa con otros Príncipes de Italia, llevando tropas españolas, milaneses, napolitanos y mantuanos, y después de varios reencuentros, sitios, asaltos y batallas, con pérdidas considerables de una y otra parte, se hicieron paces ó treguas en varias ocasiones y en todas faltó el Duque de Saboya por su mucho orgullo y ambición; y aquí viene bien descifrar el carácter de este potentado que tanto ruido metió en el mundo. Llamábase Carlos Manuel, hijo de Manuel Filiberto, duque de Saboya. «Era Príncipe »(son palabras de Espondano)[1] de un ánimo verdaderamente grande; pero sobre »toda ponderación ambicioso, á cuyo deseo, »si le hubieran acompañado los medios y »fuerzas iguales, apenas le hubiera bastado »el imperio todo de la Europa». No le dejaba su ánimo inquieto y bullicioso y aunque habían tomado la mano para restituir la paz de Italia el Emperador, el Pontífice, los Reyes de España y Francia, con otros Príncipes, nunca se pudo conseguir con solidez, pues al mejor tiempo faltaba con frívolos pretextos, de que las otras par-

1 *Ingentis plane animi princeps, sed supra vires ambitiosi, ujus animo, si vives paresfuissent, vix suffecisset ei Imperium Europae.* Henr. Spond. *Annal. Amonitio ad ann.* 161, *t.* 3, *fol. m.* 578.

tes no guardaban la fe prometida. Así se pasó desde el año de 1613 hasta el de 1616, en que envió nuestro católico monarca Felipe III por Gobernador de Milán á aquel gran capitán y terror de Marte [1], el exce-

1 El Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo Osorio, quinto marqués de Villafranca, segundo duque de Fernandina, segundo Príncipe de Montalván, de los consejos de Estado y Guerra, fué Capitán general de la escuadra y galeras del Reino de Nápoles. Sirvió con mucho valor al Rey católico el Sr. Felipe II en todas las guerras de su tiempo, particularmente en Flandes, Portugal y sus Islas; en las Terceras rindió las del Cuervo, Fayal, San Jorge y otras. Fué Gobernador de Milán y Capitán general en la guerra contra el Duque de Saboya: trabajó mucho en la expulsión de los moriscos, haciendo en todas partes hechos dignos de eterna memoria, mostrando su valor heredado de la grandeza de sus mayores. Últimamente le exigió entre toda la grandeza el Sr. Felipe II para Embajador á Enrique IV, rey de Francia, y tratar con él un negocio gravísimo, honrándole el Rey con estas expresiones: *Vais á tratar de este negocio, como persona de gran calidad, valor, plática, entendimiento y experiencia de negocios, celoso del servicio de Dios y del mío*, etc. Hizo su jornada, y tratando un día con el Rey sobre la posesión del Reino de Navarra, dijo que el Rey de España se le tenía usurpado; pero que, si vivía, le uniría á su corona. Entonces el Marqués le dió algunas razones á favor de España; pero el Rey, como enojado, le replicó diciendo: *Muy bien habéis dicho, baste por ahora, baste que vaya á ponerme sobre Pamplona, entonces veremos quién me la defenderá*. Al oir esto el Marqués se levantó al instante y, haciendo una cortesía al Rey, se iba á salir muy acelerado. Admirado el Rey le detuvo, diciendo: *¿Dónde vais tan deprisa, Marqués?* Y respondió con aquel valor propio de un noble corazón español: *Señor, voy á Pamplona á esperar á Vuestra Majestad y defenderla*. Detúvolo el Rey diciendo que se esperase, que no iba tan deprisa. De este grande héroe hacen honorífica mención todos los historiadores de su tiempo, llenándole de elogios.

lentísimo Sr. D. Pedro de Toledo Osorio, quinto marqués de Villafranca, de genio fuerte y acre, pero propio para humillar el orgullo del saboyano. Llegó á Milán, y deseoso de la paz y no de derramar sangre humana, le convidó con ella al duque de Saboya; y no hallando la disposición debida, arregladas las cosas políticas de Milán y sus Estados, pasó sin dilación á gobernar las militares. Conocía la gran virtud y prudencia del Santo Lorenzo, y hallándose entonces en Milán, le pidió que le acompañase en esta jornada para su consuelo y dirección. El varón santo, como vasallo del rey católico [1] celoso de la honra y gloria de Dios, se rindió á sus ruegos, conociendo que la justicia y la razón militaban bajo de las banderas del Marqués, á que se añadía que casi toda la tropa del saboyano era compuesta de herejes, que habian inficionado gran parte del Piamonte y de la Lombardía.

13. Junto ya el ejército del rey católico, compuesto de españoles, napolitanos y tudescos, toda gente escogida y valerosa, se puso á su frente el marqués D. Pedro de Toledo, y con consulta de los generales

1 Era el siervo de Dios de Brindis en la Calabria, sujeta al rey de España.

determinó que parte del ejército entrase en el Monferrato para desalojar al de Saboya de las plazas que injustamente había tomado, y lo restante fuese á buscar al saboyano en sus Estados para presentarle la batalla y escarmentarle con un golpe de mano. Dirigió el Marqués sus marchas hacia la *Mota*, en cuyas cercanías se sabía estaba acampado el duque de Saboya con su ejército; de la *Mota* pasó á *Candia*, que tomó sin resistencia: aquí hizo alto el ejército del rey católico para descansar y para dirigir las operaciones sucesivas; juntó el Marqués un consejo de guerra, á que concurrió también el varón santo, como á las demás juntas que tenía su excelencia con los otros capitanes y oficiales, y determinaron que se buscase en sus puestos al duque de Saboya y se le presentase la batalla, y que para esto se tomase el camino entre *Villanova* y la *Mota*. Estuvo atento el Marqués á los dictámenes de los Generales, y dijo: *He oído á los hombres, quiero ahora oir lo que nos dice Dios por Fr. Lorenzo;* y le mandó decir su parecer. Al varón santo lleno de rubor, aunque se excusó, le fué preciso hablar, y aprobando el dictamen de los generales añadió que se estuviese aquella noche con cautela porque el duque de Saboya intentaba una sorpresa.

Despreciaron muchos la propuesta, pareciéndoles imposible por la mucha distancia que había al ejército del Duque; pero el Marqués, que sabía bien su virtud, no despreció el aviso, y tomando las precauciones necesarias se pasó la noche sobre las armas. Por la mañana se hizo la señal para la marcha; y saliendo el ejército de *Candia,* al pasar el puente de la *Vilata*, dijo el siervo de Dios al Marqués que caminase con cuidado, porque estaba emboscado el Duque con su gente. Mandó hacer alto el Marqués, y envió algunas partidas á reconocer el campo; y á dos millas encontraron al Duque con su ejército que estaba emboscado; y sin duda hubiera habido mucho destrozo en el ejército del rey católico si no se hubiera descubierto la emboscada por el aviso celestial del varón santo, y se supo después que el ánimo del Duque había sido sorprender al Marqués en *Candia* aquella noche; pero, no teniendo tiempo para ello, se había contentado con armar aquella emboscada y coger al Marqués desprevenido, con que se verificó cuanto dijo el siervo de Dios.

14. Como ya estaban á la vista los dos ejércitos, no se pudo excusar la acción, aunque no fué general; pues sólo se batieron algunos batallones avanzados, por-

que, viéndose descubierto el Duque y sin tiempo para formar la gente, se retiró en precipitada fuga y desorden. Murieron de los nuestros veinticinco hombres, y heridos otros tantos, y entre ellos el príncipe de Ásculi y un maestre de campo: de los contrarios murieron quinientos sesenta, con muchos caballos y gran número de heridos, y entre ellos personas de calidad, y dos coroneles. De esta función y salida de Candia en particular, y de otras en común, depusieron en las informaciones que por autoridad ordinaria se hicieron el año 1630 en Villafránca del Bierzo, vários sugetos que habían conocido y tratado al siervo de Dios y se habían hallado con él en estas guerras; y todos aseguran que por las oraciones del varón santo salieron bien y consiguieron victoria. Y porque son de notar muchas cosas que contienen estas disposiciones, y se vea el concepto grande que tuvo nuestro Lorenzo en el ejército, pondremos á la letra la deposición de D. Francisco Osorio Pimentel, tercer testigo, que se halla al folio ocho de dichas informaciones, y dice (habiendo precedido juramento y demás formalidades): «Que conoció al siervo de »Dios de vista, habla, trato y comunica»ción que con él ha tenido estando en Ita-

»lia en las guerras del Piamonte que Su »Majestad tuvo con el duque de Saboya, »adonde le vió en algunas escaramuzas, y »en particular á la salida de Candia, en »una emboscada que el dicho duque de »Saboya hizo á la gente de S. M., le vió es»te testigo andar en medio de la escara»muza confortando y animando á los solda»dos, y dando su bendición á todas partes, »por cuya causa animó grandemente á la »gente de S. M., por tener, como le tenían, »por santo, y así era tenido en todo aquel »país y en Italia, Alemania y en otras par»tes: el cual sabe era religioso de la Orden »de los Capuchinos y General de ella; y »sabe también, que estando en la ciudad »de Lisboa con su excelencia el Sr. D. Pe»dro de Toledo Osorio, marqués de Villa»franca, estaba asimismo en su compañía »y casa el dicho padre General Fr. Loren»zo de Brindis, por tenerle siempre su ex»celencia en su compañía en las guerras y »otras partes, respetándole como á santo »varón».

15. «Murió de enfermedad que le dió »después de haber estado algunos días en »la cama. Y estando este testigo á la hora »de su muerte en la casa de dicho Mar»qués, en la ciudad de Lisboa, vió que lue-

»go como el dicho santo fraile acabó de »morir, los frailes del padre San Francisco »quisieron llevar el dicho cuerpo á su con»vento; y el señor Marqués, por conocer su »santidad y que no se lo quitasen, le en»vió á Villafranca con la decencia y vene»ración que pudo, en una caja de plomo y »litera: y sabe el testigo que le trajeron al »convento de Ntra. Sra. de la Anunciada »de esta villa, adonde al presente está por »abadesa una hija de dicho señor Marqués »D. Pedro de Toledo, la cual, por aviso de »su padre, tuvo el cuerpo de dicho santo »fraile con mucha veneración en su Luci»llo y Altar de la parte de adentro de di»cho convento, y con su rótulo de la parte »de afuera, con el día, mes y año en que »murió y en qué parte, y el día en que lle»gó al convento, todo por orden y manda»to de dicho señor Marqués, para que fue»se pública y manifiesta su santidad, y »que todo el mundo lo conociese por tal »santo religioso; y en tal reputación le tu»vo este testigo, y le tenían todos los que »le conocían, y lo mismo S. M. el Rey Fe»lipe III, nuestro señor (que santa gloria »haya), quien le dió como Embajador mu»chas veces audiencia en Belén, lugar cer»ca de Lisboa, mandando á las guardias no

»le impediesen la entrada ni hubiese puer»ta cerrada para él, por la mucha estima»ción que tenía de su santidad. Y en los »ejércitos he visto que los soldados procu»raban tener cosas suyas y reliquias dadas »por su mano, y las veneraban y estima»ban como de un tan gran santo, y este »testigo las trajo, y le parece y tiene por »cierto que la victoria que se tuvo en la »escaramuza que lleva dicho, se debe á la »intercesión, oración y méritos de dicho »santo; y se decía de público, que en las »guerras de Alemania que el Emperador »tuvo con los herejes, habiéndose hallado »el santo en ellas, fuera parte para que »con su doctrina y predicación se convir»tiesen gran número de herejes; y que en »algunas batallas en que se había hallado »personalmente [1], que la multitud de ba»las que acudían á la parte donde andaba »dicho santo, oyó decir no le habían daña»do, y que se decía era don de Dios y mila»gro que hacia con él. Y por tenerle su ex»celencia el señor marqués de Villafranca »al dicho santo religioso por tal, se mandó »enterrar junto á el en dicho convento de »Villafranca... Y dice más este testigo:

1 Estas guerras contra los herejes de Alemania fueron las del turco, de que hemos hablado en este capítulo.

»que el dicho señor Marqués D. Pedro de »Toledo, cuando murió dicho santo Padre »Fr. Lorenzo de Brindis, así como estaba »muerto, tendido en una sala, le hizo re»tratar, y estimaba tanto su retrato que le »tenía en su aposento y junto á su cama: y »que Juan Adam, criado antiguo del señor »Marqués, asimismo hizo hacer otro re»trato, y después se hicieron otros muchos »porque todos le tenían por santo... Dice »más: que en muchas partes de Italia, don»de dicho santo andaba, si no llevaba con»sigo soldados de guardia le salían á cortar »el hábito por reliquia, y volvía casi des»nudo al convento por el concepto y devo»ción que de él tenían».

16. Hasta aquí la deposición verídica y sencilla de D. Francisco Osorio Pimentel, caballero ilustre y que sirvió en aquellas guerras con el grado de oficial, y como testigo de vista, trato y comunicación, merece se le dé entero crédito. Lo mismo depopone D. Pedro Pardo, vecino también de Villafranca, cuarto testigo al folio dieciséis, el cual trató, conoció y habló al siervo de Dios en Milán y en las guerras del Piamonte, acompañando al excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, y dice: Que se valió de sus consejos en todas las ocasiones y

dudas en tiempo de paz y de guerra; y añade que á él, como capitán que era de caballería, le tocó hacer guardia muchas veces al siervo de Dios, acompañándole para que no le quitasen el hábito. D. Antonio de Quiroga Sotomayor, quinto testigo, vecino también de Villafranca, al folio dieciocho depone: «Que conoció y trató en Lisboa al »siervo de Dios, y que oyó decir á su exce»lencia el señor marqués de Villafranca »que le había visto hacer milagros y resu»citar muertos, y que en las guerras de Ita»lia contra el duque de Saboya alcanzó una »insigne victoria por sus oraciones, que»dando en el campo más de cinco mil ene»migos muertos» [1]. Hemos querido poner aquí estas deposiciones de sujetos que vieron, conocieron y trataron al siervo de Dios, y confirman parte de lo que hemos dicho y diremos en adelante; y volviendo ahora al duque de Saboya, en su retirada iba talando y quemando cuanto podía ser útil al ejército español, así lugares suyos como del Monferrato, quedando la campiña casi desierta. Con ánimo de acercarse nuestro ejército á *Verceli* ó á *San Germán*, plazas considerables del Piamonte, se tomó

1 Esta victoria será la de las *Avertolas*, como se dirá ahora.

el camino para *Estropeana.* Hizo alto aquí, y el Marqués juntó consejo de guerra, á que asistió, como siempre, el varón santo, y fueron de parecer que se fuese en seguimiento del Duque para empeñarle en una acción decisiva; pero como éste iba huyendo, fué preciso mudar de puestos cada día, habiendo algunas escaramuzas entre las tropas avanzadas de los dos ejércitos. Pasóse en esto muchos meses, y últimamente fueron á encontrarse los dos ejércitos cerca de las *Avertolas,* no lejos del río *Dora;* y habiéndose formado los escuadrones que se hallaron juntos de una y otra parte, se trabó batalla, y nuestro Lorenzo, no olvidado de su antiguo nombre, como si fuera un *César* [1] ordenaba la tropa, animaba á los soldados asegurándoles la victoria, y, dándoles la bendición, se metió en el mayor peligro y adonde el fuego estaba más vivo. Como todos sabían la virtud y santidad del siervo de Dios, estaban llenos de valor y ánimo generoso, y más viendo que, estando el varón santo en el mayor peligro, cruzándose las balas le veían sin lesión alguna, y esto les infundía un valor extraordinario. Empezó á desfallecer el ejército del duque de Saboya, retirándose á los bosques, y, rin-

1 El Santo Lorenzo se llamaba en el siglo *Julio César.*

diendo las armas, huyeron vergonzosamente: con que quedó por los nuestros la victoria.

Murieron de los enemigos más de cinco mil, y quedaron en el campo más de seis mil arcabuces, picas y lanzas, y el Duque muy derrotado. Nuestro Lorenzo, después de acabada la función, sacudiéndose el hábito, caían las balas que le habían alcanzado muertas y sin efecto alguno. Así depuso D. Baltasar de Armesto y Valcarce, testigo presentado en los procesos hechos en Villafranca en el año de 1677 por el M. I. S. el doctor D. Fernando de Carbadillo y Valcarce, abad de aquella insigne colegiata y ordinario exento de toda su abadía. Dice así este testigo [1]: «Haber oído á »diferentes personas que cuando en el siglo »el venerable P. Fr. Lorenzo de Brindis »andaba en los ejércitos y batallas en com»pañía del Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, »Marqués que fué de este Estado y Virrey de »Milán, le daban las balas en el hábito y »caían al suelo sin ofenderle; y que en otra »ocasión, después de haber dado una bata»lla, dicho venerable P. Fr. Lorenzo de »Brindis, sacudiendo el hábito, cayeron »cantidad de balas. Esto es lo que declara

1 Proceso de Villafranca, año de 1677, fol. 3. b.

»bajo juramento que tiene hecho». Hasta aquí este testigo.

17. Con esta derrota se vió el Duque obligado á tratar de paces; y mediando el Papa y el Rey cristianísimo se hicieron en Asti bajo ciertas condiciones que en adelante no se guardaron, y volvió la guerra aún con mayor estrago. De cuánto consuelo fué la asistencia de nuestro glorioso héroe para el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo con los demás generales, y aun para todo el ejército, se puede colegir de las deposiciones que se han referido poco há, como también los prodigios y milagros que obró el Señor por él; pues aunque las historias no especifican ninguno en particular, lo dan claramente á entender la gran devoción y veneración de todo el ejército, que éste no se mueve sino con prodigios y maravillas, y no como quiera, sino grandes y estupendas. Ni tampoco se puede dudar del fervoroso celo del siervo de Dios para desterrar de los soldados los desórdenes y vicios que son comunes, procurando con toda solicitud que todos viviesen arreglados al santo temor de Dios. Habiéndose ya hecho las paces, y llegándose el tiempo de celebrarse en Roma nuestro Capitulo general, se despidió el siervo de Dios de su gran favorece-

dor el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo y de todos los generales del ejército, sintiendo les faltase de su lado tan santo varón, que por tal le veneraban todos. Pero su excelencia tenía tan alto concepto de la gran virtud y prudencia del siervo de Dios, que le escribía frecuentemente dándole parte de cuanto acaecía y tomando consejo en los casos arduos y difíciles, sirviéndole de gran consuelo las cartas del varón santo, y hubo entre los dos una muy estrecha correspondencia y cordial amistad; de suerte que recibía su excelencia los avisos y consejos del Santo Lorenzo como si fueran oráculos, atribuyendo al varón santo todas las prosperidades y felices sucesos que tenía, llamándose *el más humilde y reconocido hijo suyo*, como se verá en la carta del mismo Excmo. Señor, que se pondrá en el número siguiente. Esta amistad mutua duró toda la vida y aun pasó más allá, pues ni en la muerte quiso separarse; y así mandó su excelencia le enterrasen junto al siervo de Dios, como se hizo. Ni podemos los Capuchinos (sin incurrir en la fea nota de ingratitud) omitir el grande afecto que su excelencia tuvo á los Capuchinos en Italia, de que aún dura la memoria en nuestro convento de Milán y otros de aquella provin-

cia, como también las repetidas instancias que hizo con el rey católico Felipe III escribiendo á S. M. para que en sus dominios se extendiese una religión que, no siendo gravosa á sus vasallos por su extremada pobreza y singular desprecio de las cosas terrenas, les era muy útil por su vida ejemplar y celo infatigable en procurar la salvación de las almas y ayudarlas en todos los ministerios sagrados tocantes á su bien espiritual.

18. Poco há dijimos cómo se hicieron las paces entre el duque de Saboya y el rey de España; pero ¡oh inconstancia del corazón humano! volvieron á tomar las armas por infracción del Saboyano, instigado de los herejes que iban en su ejército; y nuestro invicto héroe, D. Pedro de Toledo, lleno de valor y asistido de la razón, juntó sus tropas, y con una rapidez extraordinaria se puso sobre Verceli, que es la plaza más considerable del Piamonte, y la tomó después de varios reencuentros; y hubiera tomado toda la Saboya (dicen los historiadores de aquel tiempo) si hubiera querido; pero D. Pedro, instruído de las piadosas intenciones del rey católico, no intentaba derramar sangre humana ni la calamidad y destrucción de los pueblos, sino humillar

al Saboyano y obligarle á tratar seriamente de la paz. No asistió á esta función y toma de Verceli el siervo de Dios; pero su excelencia, hallándose en Alejandría de la Palla, le dió parte de ella, asegurando que por sus oraciones habían logrado las armas católicas tan buen suceso. Y porque esta carta contiene varias expresiones de afecto al siervo de Dios, nos ha parecido ponerla aquí; y es como sigue [1]:

Reverendísimo padre mío:

«Recibí la carta de vuestra Paternidad »Reverenda, que fué para mí de gran con»suelo, como será siempre para mí de gran »merced mandarme vuestra Paternidad Re»verenda en qué le sirva. De las oraciones »de vuestra Paternidad Reverenda recono»cemos todos el buen suceso de Verceli, »que Dios ha sido servido de darnos, y de»seo en el alma besar las manos de vuestra »Paternidad Reverenda y tomar su bendi»ción. Por amor de Dios, padre mío, si esto »se puede encaminar, que yo reciba este »consuelo y más á menudo cartas de vues»tra Paternidad Reverenda.

1 De esta carta se ha hallado una copia en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Alba, marqués de Villafranca.

»Ahora tratan muy apretadamente de »las paces, que yo dudo mucho que pue»dan ser buenas mientras viviese este ene»migo, que lo es tanto de sí mismo como »de nosotros. Acuérdome que cuando estu»ve malo en Pavía hice un voto al con»vento de su Paternidad; deseo saber en »qué cantidad, para cumplirlo, y qué cosa »fué, porque sólo me ha quedado en la »memoria que vuestra Paternidad Reve»renda no quería que le hiciese; pero yo sé »bien la merced que entonces y siempre »me ha hecho.

»Soy el más humilde y reconocido hijo »que vuestra Paternidad Reverenda tiene. »Encomiéndeme á nuestro Señor, por amor »suyo, y él guarde á vuestra Paternidad »Reverenda como deseo. De Alejandría, á »30 de Agosto de 1617.»

19. De esta carta se echa de ver cuánto estimaba al varón santo el excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo: cuánto deseaba verle y tomar su bendición, y á lo menos recibir con frecuencia cartas suyas; también se ve el concepto grande que tenía de su santidad, pues asegura que por sus oraciones se tomó á Verceli. La respuesta á esta carta que original conserva, y guardada por reliquia, la casa del Excmo. Sr. Duque

de Alba, marqués de Villafranca, dice así traducido del italiano al español.

JESÚS MARÍA

«Hoy puntualmente he recibido la gus»tosísima de V. E. de 30 del pasado. Desea »V. E. de volver á verme, y yo igualmente »deseo ver á V. E., pero sin la obediencia »de mis superiores, del Ilmo. Cardenal »Montalto, nuestro protector, ó del Padre »Procurador General de la Orden, no ha»llándose en Italia el padre General, no »puedo, sin la tal obediencia, pasar de la »provincia de Venecia á esa de Milán.

»Desea V. E. igualmente saber la cuan»tidad del voto que hizo en honor de la »Madre de Dios, dándole nuestro Señor »próspero suceso; me acuerdo, señor, que »V. E. prometió dar mil ducados para una »lámpara de plata.

»No es necesario que V. E. se encomien»de en mis oraciones, pues sabe Dios nues»tro Señor que lo hago continuamente con »todo afecto, pidiendo para V. E. la divina »protección, con la bendición de Dios y de »la Santísima Virgen María. Ofrezco mis »respetos á V. E., enviándole mil bendi»ciones en el santísimo nombre de Jesús y

»de María. *Nos cum prole pia benedicat virgo »Maria. Amen.* De Básano [1] á 26 de Sep»tiembre de 1617.—De V. E. humildísimo »siervo en el Señor, *Fr. Lorenzo de Brindis,* »*Capuchino.*»

De la carta del Marqués y respuesta del siervo de Dios, se infiere que su excelencia quiso hacer algún voto ó promesa de dar alguna limosna á algún convento de la Orden; y que el varón santo, como tan desinteresado, no convino en que fuese para su convento, sino para alguna imagen de nuestra Señora, y así ofreció los mil ducados para una lámpara de plata, cuyas alhajas no pueden tener los Capuchinos. Consta también de la carta de su excelenlencia, que después de la toma de Verceli se trataba muy apretadamente de las paces; pero parece había algunas dificultades y que el Marqués no convenía en ello; y era así: pues los historiadores dicen, que no obstante que el Cardenal Ludovisio, Legado de Su Santidad, que después fué Papa Gregorio XV, y el Sr. de Bethune, Embajador de Francia, con otros señores, trabajaron mucho con el Marqués, saliendo garante de estas paces el Rey cristianísimo y

1 *Basáno.* Lugar del Estado de Venecia en el Vicentino.

el Pontífice y ofreciendo muchas ventajas al rey católico, no pudieron conseguir nada; pues como el Marqués tenía tan repetidas experiencias de la poca fidelidad del Saboyano, se temía siempre, y no quería acceder al tratado de paces con las condiciones que le proponían.

20. Todo este año de 1617 se pasó en tratar de estos conciertos; pero en vano, pues el Marqués, revestido de su genio fuerte é imperioso, no quiso dar oídos á las propuestas de tan altos personajes, sin duda porque la Providencia divina tenía reservada esta grande obra para mucha honra y gloria suya y honor de nuestro Santo Lorenzo. Estaba amenazada toda Italia aún de mayores trabajos, pues según el aspecto de los soberanos y aprestos militares, se iba á encender una guerra general en todos los dominios. En esta crítica situación, no hallando medio alguno para tanto mal, los venecianos, que con fundamento temían ser su república el teatro de la guerra, uniéndose con los votos de otros potentados, pidieron á Su Santidad que en atención á la gran prudencia en manejar negocios y santidad con que resplandecía el siervo de Dios Fr. Lorenzo, y juntamente el mucho aprecio que hacía de él el marqués de Vi-

llafranca, gobernador de Milán, le mandase Su Santidad, ir á tratar con su excelencia este gran negocio de la paz tan deseada. Parecióle bien á Su Santidad y le mandó con el mérito de la santa obediencia fuese á Milán á tratar sobre este asunto con el gobernador. Partióse el varón santo, guiado de aquel generoso espíritu con que le había dotado el cielo, y fué recibido de su excelencia con el aprecio y veneración que se deja discurrir de la devoción grande que su excelencia le tenía. Trataron sobre el asunto, y lo que en tanto tiempo no habían podido componer los sujetos de mayor carácter, lo compuso y allanó el siervo de Dios en breves días; de suerte que no sólo se hicieron las paces, sino que fueron con muchas ventajas á favor del duque de Saboya, pues se le volvió á Verceli y todas las demás plazas que se le habían tomado, cosa que admiró á toda Italia. Preguntaban al Marqués «cómo tan fácilmente había concedido ahora su excelencia lo que antes »había negado á tantos Embajadores y »Príncipes, y respondía: Antes me lo pe»dían los hombres, y podía negarlo; péro »ahora me lo manda Dios, y no puedo resis»tirle». Tal concepto había hecho del varón santo, que lo que él le decía lo tenía

por oráculo divino; cesaron con esto las calamidades de Italia, que por tantos años la habían afligido, siendo nuestro Santo Lorenzo (mediante la gracia del Señor) el móvil de tantos bienes, acreditándose con esto que Dios le había escogido para empresas grandes de su honra y gloria. Ha corrido brevemente la pluma por la serie tan dilatada de los funestos sucesos de las guerras de Italia, refiriendo ó tocando solamente aquellos pasajes que tuvieron alguna conexión con nuestro siervo de Dios el Santo Lorenzo, remitiendo á los que quieran mayores noticias á los muchos historiadores que tratan de esta materia.

CAPÍTULO XVII

Algunos milagros del Santo Lorenzo de Brindis antes de su preciosa muerte y dominio sobre los espíritus infernales.

El título que acabamos de leer nos obliga á ser breves en la materia. No dice que hemos de referir *todos* los milagros que obró este gran siervo de Dios, pues esto fuera imposible, sino *algunos*, y de éstos serán los más singulares; omitiendo otros, aunque se queje la piadosa curiosidad que

tiene mucho consuelo en leer los milagros, que el brazo omnipotente del Señor ha obrado por sus santos. Tampoco referiremos los milagros que obró el siervo de Dios cuando en crecidas tropas le buscaban los enfermos en la iglesia, ó en el atrio del convento para recibir su bendición, pues estos no tienen número, y sólo Dios puede saberlos. Basta decir, que todos aquellos que le buscaban con viva fe quedaban sanos, y así referiremos algunos que obró en particular.

2. Suele la crítica de los mundanos, nada ejercitada en la virtud, dudar de los heroicos hechos de los santos, porque quien obra mal juzga de ordinario que nadie se aplica á obrar bien. De aquí nace, que cuando determina Dios que alguno de sus siervos quede en las virtudes ejemplar glorioso entre los demás, le hace también la gracia que obre efectos maravillosos, á cuyo conocimiento se rinde la más porfiada incredulidad. Que se haya concedido al Santo Lorenzo este singular privilegio aun cuando vivía joven en el siglo, queda ya dicho cuando en Venecia, fluctuando el barco en que iba por una peligrosa tempestad, y echando en el inquieto mar la sagrada cera de *Agnus Dei*, mitigó sus impe-

tuosas iras y se libertaron todos de un naufragio.

3. En la misma ciudad de Venecia, César Sartorio, caballero noble, adoleció de una tan rara enfermedad ó frenesí, que poseído de un furioso humor huía de todos, sin querer comer, beber, ni dormir, procurando quitarse la vida, ya echándose cordeles al cuello, ya arrojándose por los suelos, ya tirándose por las ventanas; con que era preciso acompañarle siempre ó tenerle atado, con desconsuelo de toda su familia. No obstante estas furias, tenía algunos lucidos intervalos, y en uno de ellos oyó decir varios prodigios del Santo Lorenzo, y concibiendo en sí un gran deseo de verle se hizo llevar á los Capuchinos. Halló al santo diciendo Misa, en que tardó siete horas, y todo este tiempo estuvo con mucha quietud, sin sentir movimiento alguno violento. Acabada la Misa pidió al siervo de Dios la bendición, y poniendo las manos consagradas sobre el doliente, y diciendo algunas oraciones, volvió á su casa sano y bueno [1].

4. En Milán, estando desahuciada la mujer de Cristóbal Archinto, caballero de los más ilustres de la ciudad, suplicó al va-

1 Suma, pág. 182.

rón santo fuese á verla y echarla su bendición; hízolo el siervo de Dios, y de repente quedó sana.

5. Resplandeció la virtud milagrosa del santo en la salud que dió á un niño de seis años llamado Cristobal Caymo. Fué tal el estrago que hizo la naturaleza viciada de este niño, que en su pequeño cuerpo se contaban veinticinco lastimosas llagas, de las cuales una, que tenía en las fauces, era tan maligna, que respiraba por ella. Á esto se llegaba, para que fuese mayor la desdicha, el tener seca la mano derecha y todo el brazo asido y pegado al pecho, con que no era posible moverle sin intensísimos dolores: además de esto (si es que puede haber más) tenía dislocados los pies, de suerte que causaba compasión y lástima. De todas sus fuerzas se había valido la medicina, pero en vano. Su madre, llena de fe, le llevó al varón santo, y luego que vió á aquella inocente criatura tan llagada, disforme y dolorosa, se conmovieron sus piadosas y amorosas entrañas, y levantando los ojos al cielo hizo la señal de la cruz, y saludando á su afligida madre con mucho agrado, la consoló diciendo que aquel niño sanaría en breve, y así que se volviese á su casa y diese gracias á Dios, que había oído sus ruegos. Fuése á

su casa, y al dejar el hijo en la cama, le vió ya sin llagas, restituídos los miembros á su lugar, sin imperfección ninguna, sano, hermoso y bien parecido, como si hubieran puesto otro en su lugar. Llena de asombro la feliz madre, empezó á gritar: *milagro, milagro.* Juntóse la vecindad á las voces, y dieron gracias al Señor por aquella maravilla que había obrado por su siervo Lorenzo [1].

6. En los procesos de Venecia se halla la deposición de un sacerdote secular, en que después de haber ponderado las grandes virtudes del varón santo, refiere, que hallándose muy enfermo de los pies y con intensísimos dolores. por tener los tobillos vueltos, sólo con ponerle la mano en la cabeza quedó sin dolores y con los pies buenos.

7. Hipólita Acuania padeció tan crueles dolores en el vientre, que la sacaban fuera de sí, y á veces estaba frenética y sin juicio; y viendo que en lo humano no había podido conseguir alivio alguno, acudió al divino. Se valió del Guardian de los Capuchinos, y éste mandó á Fr. Lorenzo fuese á visitarla; hízolo el santo, y con su bendición fueron cesando los dolores, y dentro de

1 Proces. de Milán. Suma, fol. 116.

pocos días fué al convento á dar las gracias á su bienhechor por la salud conseguida; pero reincidió á poco tiempo en la misma enfermedad del cuerpo, porque se descuidó mucho del alma; pero abriendo con el reiterado golpe los ojos, y empezando por la verdadera contrición de sus culpas pasadas la solicitación del remedio, le consiguió segunda vez, ayudado de los méritos y oraciones del varón santo.

8. Juan Cremasquio, niño de ocho años, tenía en la garganta un bulto tan disforme, que parecía traía un talego pendiente al cuello. Era el niño para sus padres motivo, no sólo de compasión y lástima, sino de confusión y vergüenza. Había ya salido de Milán el varón santo huyendo los concursos grandes que le buscaban, y se había retirado al convento de Melañano, pueblo pequeño donde vivía el niño. Oyendo su padre los prodigios que obraba el siervo de Dios, le buscó y refirió, lleno de lágrimas, el motivo de su dolor, pidiéndole con humildes instancias se compadeciese de aquel inocente, dándole salud. Oyóle con benignidad el varón piadoso, y habiéndose antes recogido á una breve oración, bendijo al hombre, que, lleno desde aquel instante de una copiosa espiritual dulzura, presagio de

la gracia que había de experimentar su hijo, se despidió del santo y volvió á su casa; y el primero que le salió á recibir fué su hijo, si antes feo y monstruoso por aquel bulto tan disforme, ahora hermoso y agraciado, habiéndose desvanecido de repente toda aquella horrenda monstruosidad.

9. Julian Plato, caballero milanés, hacía ocho años que vivía lleno de aflicciones en el alma y en el cuerpo, con que se miraba como prodigio poder vivir por tan largo tiempo un hombre casi sin comer, beber ni dormir. Era su hastío tan cruel, que ponerle la mesa era prepararle un tormento, por lo cual, falto de los primeros alimentos de la naturaleza, estaba como fuera de sí y ofrecía á la vista, en su pálido y macilento rostro, una imagen vivísima de la muerte, desmintiéndola sólo en un continuo gemido á que le obligaba la vehemencia de los dolores. Habiendo, pues, sabido la venida á Milán del varón santo, se hizo llevar en coche á su presencia. Luego que el Santo Lorenzo llegó á ver aquel vivo cadáver se movió á compasión, derramando muchas lágrimas; y retirándose á hacer oración, le dió su bendición hasta tres veces, y le dijo estas palabras: «Ten buenas esperanzas, hijo, que »mi señor Jesucristo, la Virgen Santísima

»su madre, y el seráfico patriarca San Fran»cisco, se han de dignar de que, con una sa»lud perfecta, tengan término tus prolonga»dos trabajos». Volvióse consolado á su casa, y luego sintió el apetito á la comida y á la bebida; con que empezó á mejorar y á dormir con quietud, y en poco tiempo se desvaneció aquel color y aspecto cadavérico, quedando bueno y sano con admiración de todos; de suerte que ya no le llamaban Julián Plato, sino *Lázaro resucitado.*

10. Vivía muriendo el conde de Cesena con una tan rara enfermedad, que no sólo padecía el cuerpo sino también el espiritu. Once años hacía que, con repetidos desmayos y dolores padecía una melancolía profundísima, acompañada de espantosas apariciones y funestas fantasmas, dirigidas todas á una total desesperación, persuadiéndose á que ciertísimamente estaba condenado y que el diablo tenía ya en él absoluto dominio, sin tener él libertad para nada ni poder convertirse á Dios. Aconsejáronle que se valiera del patrocinio del Santo Lorenzo, y por estar el varón santo ausente pidió con mucho encarecimiento al P. Fray Leopoldo de Serravale, Capuchino, escribiese al siervo de Dios pidiéndole sus oraciones y que se compadeciese de aquel pobre

infeliz. Hízolo así el religioso Capuchino, y respondió el Santo Lorenzo enviándole una oración escrita de su mano, diciéndole que se la aplicase con mucha fe y la trajese siempre consigo, y sanaría luego; y así fué [1]. La oración es la siguiente, con la que se han visto muchas maravillas en enfermos y energúmenos.

Per signum, et virtutem sanctae crucis ✠, intercedente Virgine Mariae, benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat Dominus faciem suam tibi, et misereatur tui. Convertat Dominus vultum suum ad te, et det tibi pacem, reddatque tibi optatam sanitatem: Per Christum Dominum nostrum.

Per signum sanctae Crucis ✠ sanet te Jesus Christus qui sanat omnes languores, et infirmitates: sanatque omnes oppressos a diabolo.

Per signum sanctae crucis ✠ benedicat tibi Jesus Christus cum Virgene Mariae. Amen.

Fr. Laurentius à Brundusio.

De estas devotas oraciones se han impreso varias copias, y aplicadas á los enfermos han sanado muchos.

11. No es inferior á los casos referidos el prodigio que el Señor obraba con el mis-

1 Sum., fol. 163.

mo varón santo, pues estando impedido de la gota, é imposibilitado de sentar los pies en el suelo, llevándole entre dos religiosos al altar en que había de celebrar y vestido de los ornamentos sagrados, podía, sin dolor ni embarazo, perseverar ocho, diez ó doce horas en pie hasta que, acabada la Misa, cesaba luego esta maravilla, para que nadie pudiese usurparla á la gracia con injusta atribución á la naturaleza. Este milagro era principio y fundamento de otros muchos; porque los lienzos en que se recogían las copiosas lágrimas que derramaba en la Misa, han obrado y están obrando mil prodigios.

12. Ha sido también admirable la virtud y poder del Santo Lorenzo contra los espíritus infernales, cuando han tomado posesión de alguna criatura, cuyo fatal accidente se contempla por enfermedad del cuerpo y del espíritu. Ya queda dicho en otro lugar [1] cómo á la duquesa de Baviera libró de un espiritu maligno que la atormentaba. También se ha dicho, cómo estando predicando en Mantua quiso el enemigo impedir el fruto por medio de una endemoniada; pero el varón santo la mandó callar. Pudiéramos referir muchos ca-

1 Cap. 15, n. 8.

sos en que el Santo Lorenzo manifestó su poder contra los espíritus infernales; pero sólo referiremos tres, omitiendo los demás.

13. Trajeron á nuestro convento de Venecia una famosa endemoniada, llamada Jacoba, á quien después de muchos años no habían podido sanar cuantos medios se habían puesto. Bajó á la iglesia el siervo de Dios, y llamándola al altar mayor, luego se puso allí en un vuelo. Hizo sobre ella la señal de la cruz, mandando á aquellos infernales espíritus la dejasen libre y sin lesión alguna; puso sobre ella su bendita mano, á que cada día bajaba Dios tan gustoso; huyó de la mansión en que estaba, haciendo un gran ruido, pero sin más daño que hacer pedazos el vaso de vidrio que sirve de lámpara entre los Capuchinos.

14. Caminando á Roma el siervo de Dios, al Capítulo general, encontró en el camino á un sacerdote que venía de dicha ciudad con dos hermanas suyas que estaban espiritadas, aunque ninguno, ni aun ellas mismas, lo sabían. Apenas vieron al varón santo de lejos empezaron á chillar y dar gritos disformes que aterraban á todos; además de esto se arrojaban en tierra, revolcándose como rabiosas serpientes. Quedó admirado el sacerdote de lo que veía, y conociendo

por el hecho que aquel padre era muy santo, le suplicó se compadeciese de sus pobres hermanas; luego el Santo Lorenzo mandó que viniesen á sus pies. Obedecieron inmediatamente, se pusieron de rodillas, y habiendo sosegado toda aquella furia mandó á aquellos inquietos y rabiosos huéspedes que dejasen la posada sin lesión alguna; y así lo hicieron [1].

15. No fueron tan obedientes los infernales espíritus que afligían á María Raneti, vecina de Basano en el Vicentino. Hacía muchos años que esta pobre mujer vivía poseída de los malignos espíritus, tan rebeldes que á todos los exorcismos respondían que era voluntad de Dios que tuviese este trabajo mientras viviese, para mayor corona suya; con que no había cómo desposeerlos de aquella pobre mujer. El daño que causaban en esta infeliz criatura era grande, porque, quitándola las ganas todas de comer los manjares regulares, la movían el apetito á comer ceniza, carbón, lodo, lagartijas, ratones, gusanos y otras inmundas sabandijas con tan asqueroso alimento, y el influjo de Satanás tenía un aspecto y figura tan rara, que todos huían de ella. Ya no quedaba otro asilo que el del Santo Loren-

1 Proc. de Verona. Sum., fol 310.

zo (común y universal en aquella edad para toda aflicción y consuelo). Lleváronla, aunque con la mayor violencia y repugnancia, á nuestro convento. Mandó el Prelado al Santo Lorenzo bajase á bendecir á aquella mujer; y aún no había llegado á su presencia cuando, rabiosos los ministros infernales gritaban y daban espantosos bramidos. Apenas llegó cuando, enfurecidos, se tiraban en tierra, arrastrándose como infernales culebras. Mandóles el varón santo que luego dejasen aquella criatura en nombre de la Santísima Trinidad. «Ea, no te »canses en vano (respondió con mucha fres»cura); barbón, no te canses, porque á pesar »de tu fervor hemos de estar aquí hasta su »muerte, porque así lo ha determinado el »Señor para bien de su alma. Y así no te »canses, que no lo lograrás». Retiróse el siervo de Dios á hacer oración, y lleno de fervor volvió á la pelea con aquella proterva canalla, y dijo: «Segunda y tercera vez »os mando, en nombre de la Santísima Tri»nidad, que luego, luego os ausentéis de»jando sin lesión á la criatura». Siguióse á esto un gran ruido, acompañado de un humo espeso como de azufre: cayó desmayada en tierra aquella pobre mujer, y recobrada del golpe se halló buena, y se le fue-

ron quitando todos aquellos malos hábitos y apetitos á que la inclinaba tan mala compañía. Otras muchas personas se refieren en los procesos, particularmente en los de Venecia [1], que fueron libres de los espíritus malignos y pueden verse también en los autores citados abajo [2]; pero nosotros, que siempre hemos mirado con ceño esta materia, nada queremos con semejantes sabandijas, y así lo omitimos para dar lugar á otros asuntos más serios.

CAPÍTULO XVIII

Nombra el emperador Rodulfo II embajador al Santo Lorenzo para tratar negocios gravísimos con el rey católico Felipe III. Viene á España, y con su influjo se funda en esta santa provincia de Castilla la Orden de Padres Capuchinos.

Como el sol, agente universal y padre común de los vivientes, sin limitar la eficacia de su virtud á esta ni á la otra causa particular, coopera á un tiempo y con igual perfección con todas las que en la producción de los efectos dependen de sus influjos; así nuestro siervo de Dios, nueva causa

1 Proc. de Venec. Sum., fol. 213 y siguientes.
2 Rossi, *lib.* 2, *cap.* 9. *Cocaleo, lib.* 2, *cap.* 10.

universal y astro luminoso de igual actividad y resplandor en el cielo de la Iglesia militante, no ceñía el activo calor de su celo al manejo de un empeño solo, sino que igualmente le extendía á todos cuantos fueron, los que acabó con admiración del orbe. Puso el Señor en su Iglesia al Santo Lorenzo para mucho bien del pueblo cristiano; le adornó con todo aquel lleno de perfecciones que son necesarias para componer un varón excelente; dotóle de una fe grande, de una ardentísima caridad, de una humildad profunda, de una sabiduría más que humana. Concedióle el don de profecía, la potestad de hacer milagros, con otros muchos favores; pero lo que sobresalió entre las demás virtudes fué una singular prudencia para tratar negocios arduos, que los procesos de la Beatificación la gradúan por *casi divina*. Á esto se llegaba una presencia grave y majestuosa; una persuasión suave, pero eficaz; una elocuencia admirable y natural; de suerte que sus palabras parecían tener hechizo para cautivar corazones y mover las más rebeldes voluntades. Por esto le buscaban los Príncipes y Soberanos en los negocios más arduos y difíciles, hallando siempre el acierto de sus dictámenes; y no es de admirar, pues le pu-

so Dios en su Iglesia para dirigir empresas arduas y grandes. Hallábase el Santo Lorenzo por los años de 1608 y 1609 Comisario general de las provincias de Alemania, en cuyo tiempo (el más infausto y calamitoso de aquel siglo) tomó tanto vuelo la herejía, que reinos enteros y provincias dilatadísimas se vieron pasar en brevísimo tiempo, con admiración del orbe, de católicas á heréticas, de fieles á infieles y de sinceros creyentes á pérfidos protestantes. No caben en la pluma los estragos que en Alemania causaba la herejía. Eran ya tantos los Príncipes inficionados de este fatal contagio que amenazaba ruina casi todo el Imperio Romano, por lo que se vió obligado el Emperador Rodulfo II, aunque contra su voluntad, á permitir la famosa *Confesión Augustana*, que es lo mismo que libertad de conciencia para poder profesar y predicar públicamente la religión protestante. ¡Gran calamidad para la religión católica!

2. En estas circunstancias murió sin sucesión el duque de Juliers, llamando á sus Estados muchos herederos, y todos herejes protestantes; pero entre ellos los más próximos eran los duques de Brandeburg y de Neoburg, conocido este último por el *Con-*

de Palatino. Ya en este tiempo se había separado miserablemente la Holanda de la obediencia de nuestro católico monarca Felipe III, y por consiguiente de la religión católica. Todo esto daba mucho fomento á los Príncipes protestantes de Alemania para aspirar, si pudiesen, al Imperio, poniendo todos su mira en el Conde Palatino. Daban á entender esto mismo los aprestos militares, las secretas inteligencias, la fermentación que entre ellos se notaba, á que ayudaba á estas perversas intenciones una potencia católica, y muy poderosa, por fines particulares. Consternados los Príncipes católicos, y mucho más el emperador Rodulfo, se juntaron en Praga para deliberar sobre un asunto tan grave en que se interesaba nada menos que el bien de casi toda la Iglesia; y formando una Liga todos los Príncipes católicos, celebraron varias dietas y conocieron la necesidad de recurrir á las armas para oponerse á los herejes; y para esto nombraron por general al serenísimo señor duque de Baviera, Príncipe dotado de una gran prudencia, celo de la religión católica, valor y arte militar [1]. Tomaron todas las medidas que parecieron convenientes; pero reflexionando

1 Sum., fol 42 y 43.

que el poder de los herejes era formidable les pareció necesario, para abatir su orgullo, valerse del favor del Rey católico, que, como señor de casi toda Italia y Flandes, sería freno poderoso para contener la osadía de los príncipes protestantes. Á todos pareció bien este pensamiento, y así determinó el emperador Rodulfo enviar un Embajador extraordinario al Rey Felipe III[1]. No dudaron en lá elección del Embajador, pues á todos ocurrió que no había sujeto más hábil y más propio para esta tan grande empresa que el Santo Lorenzo de Brindis, en quien concurrían todas las prendas más recomendables para negocios arduos. Dieron cuenta al varón santo de esta elección, y no obstante los trabajos á que se exponía en un viaje tan largo, lo admitió gustoso por atravesarse la honra y gloria de Dios y la exaltación de la fe católica, y porque sabía que con aquel golpe se había de refrenar mucho la herejía. Y para que esta embajada fuese con todos los auxilios espirituales y temporales, escribió el Emperador al Sumo Pontífice Paulo V dándole cuenta de todo, suplicando á Su Santidad que á su Embajador le diese, no sólo su bendi-

1 Sum., fol. 46.

ción apostólica, sino le hiciese también su legado *à latere* con todas las facultades que se acostumbran, para mover así más el piadoso ánimo del Rey católico. El Pontífice, conociendo era cosa justísima por ser causa de religión, vino en ello y despachó su Breve apostólico, nombrándole su legado con las más amplias facultades, recomendándole mucho al Nuncio de Su Santidad en la corte de Madrid, que era el ilustrísimo Sr. D. Camilo Carrafa, obispo de Capua.

3. Dispuso en breve su viaje para España nuestro insigne Lorenzo (pues el ajuar y recámara de un Capuchino para caminar en breve se dispone), y aun antes de llegar á la corte este nuevo Embajador ya habían llegado los gloriosos ecos de su fama. Había ya escrito al Rey Felipe III su Embajador en la corte de Viena, el excelentísimo Sr. D. Baltasar de Zúñiga, conde de Monterrey, Comendador mayor de León, y ayo, que fué después, del Príncipe D. Felipe, que reinó en España, muerto su padre, con el nombre de Felipe IV. Este caballero estimaba mucho al varón santo, y tenía largas experiencias de su gran virtud y prudencia, y aun había sido testigo de muchos milagros que obró el Señor por su siervo,

como decía su excelencia siempre que hablaba de él; y así escribió con muchos elogios al Rey Felipe III. Alegróse el piadosísimo Rey de tan buenas noticias, y deseaba ya su llegada para tratar á varón tan santo y recomendable. No menos lo deseaba la reina D.ª Margarita de Austria, quien en sus primeros años había tratado mucho al siervo de Dios, pues había sido su confesor y la había instruído en los primeros rudimentos de la fe [1]. Con esto se hizo público en la corte la venida de varón tan grande: y como los Capuchinos eran entonces poco conocidos en Madrid y nunca habían visto á ningún religioso con el noble carácter de Embajador, causaba á todos admiración y esperaban con curiosidad su llegada. Arribó á Barcelona con la mayor brevedad y felicidad, pues parece llevaba en la proa la fortuna. En Barcelona halló á nuestro reverendísimo Padre General Fr. Jerónimo de Castelferreto, que había llegado poco antes á visitar las tres provincias de Cataluña, Valencia y Aragón; encomendóle muy de veras solicitase del Rey la fundación de algún convento en Madrid y en las dos Castillas, pues hasta entonces no se había podido conseguir, aunque se había solicita-

1 *Bullarium Capuccin.*, *tomo*. 5, *fol*. 361.

do, á causa de las muchas oposiciones que la calumnia y envidia habían fingido y abultado contra el instituto Capuchino, pues como había de ser esta obra para mucha honra y gloria de Dios y salvación de las almas, permitió el Señor que todo el infierno se conjurase contra ella para impedirla; pero todo se allanó con la prudencia y virtud de nuestro Santo Lorenzo.

4. Llegó últimamente á la corte el deseado Embajador por el mes de Septiembre del año de 1609, sin más acompañamiento que los trabajos, fatigas, sedes, hambres, calores y cansancios que son inseparables de quien camina á pie y en el tiempo fogoso del verano; y sólo admitió el alivio de un compañero español, práctico en el camino, que le señaló el Guardián de Barcelona. Luego que llegó á la corte se fué á hospedar al Hospital de los Italianos, en la carrera de San Jerónimo, donde estaba Fray Serafín de Policio con otros Capuchinos hospedado. Inmediatamente que se supo la venida de este insigne Embajador pasó el Nuncio de Su Santidad á visitarle, ofreciéndole su casa y en ella cuanto necesitase; hízole muchas instancias para llevarle consigo, pero se excusó el varón santo hallándose mejor en aquella estrechura

con sus pocos hermanos, que en la mayor comodidad de los ricos palacios. El duque de Lerma, gran privado del Rey, envió á D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete-Iglesias (que entonces se hallaba en el auge de su fortuna y poco después vino á morir en un cadalso), para que le diese la bienvenida de parte de S. M. y le dijese que convenía se mudase al convento de San Gil de reverendos Padres Descalzos, que por estar cerca de palacio había más proporción para tratar de los negocios de su embajada. Rehusólo el varón santo, mostrándose agradecido á tantos favores, y se quedó en su humilde y estrecha habitación. Á otro día le visitó el mismo duque de Lerma, ofreciéndole de parte de S. M. cuanto necesitase para su persona y compañeros; pero que le quería tener más cerca de palacio para tratar los negocios de su venida, y así era voluntad expresa de su real majestad se mudase á San Gil, para lo cual estaban ya avisados aquellos Padres. Obedeció puntual como vasallo fiel á su legítimo soberano, y aunque con sentimiento de dejar á sus compañeros, se fué al convento de San Gil, donde fué recibido de aquellos venerables y religiosísimos Padres con la mayor veneración y respeto. Aquí

estuvo el siervo de Dios con mucho consuelo de su fervoroso espíritu, edificado de ver aquella santa comunidad en tan gran observancia y penitente vida; y como ni en Italia, Alemania ni Francia había tratado á estos Padres, por no haberse extendido allí esta santa reforma, quedó muy aficionado con su trato, y siempre que hablaba de ellos decía con alegría espiritual: «Estos son verdaderos y legítimos hijos de »San Francisco».

5. En San Gil le visitaron todos los grandes y títulos de la corte, unos por devota curiosidad y otros por política obligación; y todos salían edificados de su humildad profunda y admirados de su celestial prudencia. Deseaba el Rey ver á su nuevo Embajador, y dió orden para que luego, sin perder tiempo, se dispusiese la entrada pública, aunque muy á costa de la humildad del siervo de Dios. Rehusó cuanto pudo el varón santo esta ruidosa ceremonia; pero como esto dependía del trono y representaba el carácter de Embajador de la Majestad Cesárea y Nuncio de Su Santidad, por estos altos respetos era indispensable esta magnificencia y solemnidad. Hízose al fin con toda aquella grandeza que se acostumbra, y no nos detenemos en referir sus cir-

cunstancias, como tampoco la profunda humildad del insigne héroe Lorenzo en medio de tanto aplauso y grandeza. Besó la mano al Rey y entregó las credenciales; y habiendo sido breve en esta primera audiencia, como se acostumbra, pasó á besar la mano á la Reina, quien le recibió con sumo agrado, renovando, aunque con brevedad, los tiempos pasados en los cuales recibió del siervo de Dios las primeras instrucciones y fundamentos de la vida cristiana, con cuya leche fué criada desde su niñez y conservó aun en la alta dignidad de reina. Preguntó por sus hermanas que dejaba en Alemania; y habiendo satisfecho el siervo de Dios á sus preguntas y demás preciosas ceremonias, se despidió, dejando á sus majestades con deseos de tratarle más despacio. Después de esta audiencia, que sólo fué de ceremonia, en la primera que tuvo informó al Rey largamente del estado lastimoso en que dejaba las cosas de Alemania, y la necesidad que había de socorrer prontamente la Liga católica. Esforzó este intento con tal energía y eficacia, que movido el corazón piadoso y católico del Rey, no dudó cooperar con todo su poder á la extirpación de las herejías y constituirse protector de la Liga católica, prometiendo los socorros ne-

cesarios para sostenerla. En consecuencia de esto juntó su majestad á sus Ministros, y proponiendo la urgente necesidad de socorrer á los Principes católicos de Alemania, expidió órdenes al virrey de Nápoles y al gobernador de Milán para que aprestasen todas las compañías y tropas de su mando y levantasen otras de nuevo, y se pusiesen en estado de marcha á las primeras órdenes. Y aunque se ofrecieron al principio algunas dificultades, se allanaron mediante la prudencia y sabiduría del insigne é ilustrado embajador Fr. Lorenzo. En esta audiencia gastó cuatro horas que fueron cuatro instantes para el Rey por la suavidad, dulzura y eficacia de palabras con que hablaba el siervo de Dios; tal era su persuasiva, que arrebatado el corazón piadoso del Rey se inclinaba con una suave y eficaz voluntad á lo mismo que proponía el varón santo, y confesaba después el mismo Rey que no había tratado jamás á hombre alguno de mayor eficacia en persuadir, y que Fr. Lorenzo no suplicaba sino mandaba.

6. Cuando visitó á la Reina el varón santo, no es posible explicar el gozo que tuvo con su visita. Era piadosísima esta señora, sumamente inclinada á los religiosos, y especialmente á los Capuchinos; y como la

había dirigido el siervo de Dios en sus primeros inocentes años, le veneraba por santo, por director y maestro. No sabía desprenderse de su lado, sintiendo en su corazón ardentísimas llamas de amor divino, comunicadas del trato y conversación de su antiguo maestro y santo padre [1]. Tenía la Reina largas noticias, y muy individuales, de la gracia que le adornaba de obrar milagros; y queriendo hiciese uno con una dama suya á quien estimaba mucho su majestad por su gran virtud y deseaba su salud, quiso valerse del patrocinio del varón santo. Llamábase Domitila esta dama, y hacía catorce años que padecía una contracción tan dolorosa de miembros que no podía estar de pie un instante, y cuando mejor se hallaba apenas podía andar arrastrando. Había hecho la Reina muchas rogativas y ofertas á los santos por su salud, aunque sin fruto, no porque tal vez faltase disposición de parte suya, sino (como se deja conocer) porque el Señor tenía reservado este favor para dispensarlo por medio de su siervo Lorenzo, y manifestar al mundo cuán

1 Fué esta Reina muy santa, amantísima de sus vasallos, liberal, limosnera y un dechado de todas las virtudes; murió el año de 1611, á los veintiséis de su edad. Fué su muerte muy llorosa y sentida de los españoles. Escribió su vida D. Diego Guzmán.

agradables le eran sus obras todas y cuán de su servicio su venida á la corte. Pidió, pues, la piadosa reina al siervo de Dios le echase su santa bendición á la enferma y la sanase. Hízolo el varón santo, y formando la señal de la cruz sobre la enferma, quedó al punto sana y empezó á andar con admiración de la Reina y de todos los cortesanos que se hallaban presentes [1], alabando á Dios en su santo. Como este prodigio fué tan patente, corrió en alas de la admiración por toda la corte, cobrando nuevos créditos la fama de santo en que todos le tenían; y la Reina, desde este lance, le miraba aún con mayor veneración y afecto, llamando muchas veces al varón santo para tratar las cosas de su conciencia, abriendo sus senos como á su padre espiritual y respetando sus consejos como oráculos.

7. En otra ocasión le pidió la Reina alguna reliquia para su oratorio; y el varón santo, sacando de la cruz que traía pendiente del cuello un poco de tierra, dijo: «Señora, no tengo ni puedo dar á vuestra real majestad reliquia más sagrada, ni más preciosa, que esta poca de tierra del monte Calvario, regada con la preciosa sangre de Jesucristo». Al oir esto algunos de los

1 *Bullarium Capuccinor*, *tom*. 5, *fol*. 361.

presentes con poca fe, dudaban de ello y decían en su interior que aquella tierra era de la calle, cogida en cualquiera parte y la bautizaban con el nombre del Calvario; ni menos se persuadían era regada con la sangre de Jesucristo. Penetró el Santo Lorenzo el interior de estos pocos piadosos creyentes, y para confusión de ellos, mayor devoción de los otros y crédito de la verdad, quiso obrar el Señor un prodigio asombroso, sacando de la misma duda mayor y más acendrada fe. Mandó el varón santo traer unos corporales, y echando la tierra en ellos empezó á destilar gotas de sangre que tiñeron los corporales, con pasmo y admiración de la Reina y confusión de los incrédulos.

Este prodigio fué tan ruidoso en la corte, que atrajo la devoción y admiración de todos los señores, grandes, Embajadores, y Ministros, para ver y adorar en aquellos santos corporales la sangre preciosa del hijo de Dios, Jesucristo nuestro Redentor. Estos corporales estuvieron expuestos á la pública veneración en el oratorio de la Reina por muchos días, y allí se guardaron con singular culto y reverencia hasta que el voraz incendio que abrasó el real Palacio abrasó también esta reliquia con otras

muchas que allí se veneraban [1]. Fué grande el crédito que adquirió el insigne y santo Embajador con este prodigio, aunque muy á costa de su humildad profunda, que quisiera que nadie supiese ni viese en él cosa que redundase en alabanza suya; y ocultando el ruido que siempre producen los milagros, deseara que fueran mudos; pero la fama los convierte en truenos para admirar al orbe.

8. Había escogido el Señor al varón santo para empresas grandes en esta embajada; pues no sólo le escogió para el fin principal á que venía del socorro á favor de la Liga de los Príncipes católicos contra los protervos herejes, aunque era la empresa ardua y de la mayor consideración le tenía también destinado para que fuese el fundador de esta santa provincia de Capuchinos de las dos Castillas, venciendo casi insuperables dificultades que hasta entonces había. También le escogió para que pusiese la última mano en la ardua empresa de la expulsión de los moriscos de España. Es consejo de la Providencia divina, que cuando elige este Señor algún sujeto para cosas de su servicio le adorna con todo aquel lleno de perfecciones que es necesario para

1 *Bull. Capuccin.*, *tom.* 5, *fol.* 361.

conseguir el fin á que le destina; y como los milagros llaman tanto la atención de los hombres y los califica, supuesta una vida buena, por santos, dispone el Señor darles esta gracia para que con más facilidad persuadan y consigan sus intentos, aunque los siervos de Dios quisieran ocultar esta gracia, pero el Señor dispone otra cosa; de suerte que obran los milagros, á nuestro modo de entender, sin querer obrarlos. Son estos descuidos propios de la humildad heroica de los santos, pero cuidados solícitos de la Providencia divina para hacer la santidad espectable á los ojos del mundo, que apenas la distingue bien sin el esplendor de los milagros.

9. Hecho ya recomendable nuestro santo Embajador con tantos prodigios y maravillas, que ya no sólo la fama, sino la misma experiencia le acreditaba de grande; creciendo cada día más la estimación del Rey y de la Reina, y por consiguiente de todos los grandes y señores de la corte, buscándole muchos para tratar las cosas de sus conciencias y gobierno de sus Estados, aunque pudiera esto distraer al varón más capaz del ejercicio de la oración, por ser materias gravísimas y de importancia, sin embargo, nunca padecieron dispendio

alguno sus espirituales ejercicios; porque desde la media noche se disponía para la Misa, que celebraba con la devoción y pausa que hemos dicho antes, recibiendo en aquel divino sacrificio las especiales luces del Señor que se comunican á los que le buscan con instancia y continuación. Gastaba, pues, el día en las dependencias y ocupaciones que eran propias de su empleo ó le impelía la caridad; y la noche casi toda en el santo ejercicio de la oración, contemplación y mortificación. Los religiosos descalzos de San Gil, á quienes no se les podía ocultar sus ocupaciones, estaban sobreedificados, admirados de ver tanta virtud en su huésped. ¡Oh fuerza de la caridad¡ El varón santo estaba admirado de ver tanta virtud, tanta mortificación y observancia en aquellos Padres, y éstos se pasmaban de la santidad de Lorenzo. Tampoco se les podía ocultar á los cortesanos los rayos del buen ejemplo del varón santo, y así miraban al Embajador más como ángel que como hombre, confirmándoles en este reverente juicio la gravedad de su persona, la compostura y modestia de su venerable rostro, que al modo de los ángeles miraba siempre á Dios, aunque no claramente visto, devota y eficazmente conside-

rado. Hacía tal aprecio de la oración, que ponía en ella todo el remedio contra las tentaciones de Satanás, todo el aumento de las virtudes, en especial de la reina de todas, que es la caridad, de cuya máxima fortaleza era el mismo varón santo ejemplar solemne, pues salía de la oración tan encendido en el amor de su Dios y Señor, que, como otro Moisés, hacía fuerte rostro á las mayores dificultades y emprendía con valor increíble las más arduas empresas, prometiéndose siempre gloriosos triunfos, como experimentó en todo el curso de su admirable vida y veremos ahora.

10. Habíase tratado por orden del Rey entre los teólogos, canonistas, políticos y estadistas, si convendría ó no expeler de España los moriscos. Fué cuestión tan reñida, que después de muchos años y repetidas juntas, estaba problemática y sin decidir por ninguna parte. La materia era ardua y gravísima habiendo merecido la atención de muchos soberanos; pues se trataba, ó de despoblar gran parte del reino, si se les desterraba, ó acaso perder la fe católica los antiguos cristianos con la tolerancia de tan mala raza. El Rey, como tan católico y piadoso, no sabía qué camino tomar para el acierto; pero considerando en el Santo Lo-

renzo sobre un fondo grande de virtud un lleno admirable de sabiduría, y sobre todo una prudencia más que humana, para el manejo de negocios graves, le mandó llamar, y comunicando confidencialmente con él esta materia, le dijo: Que estaba resuelto á seguir enteramente su dictamen, y así que lo encomendase mucho á Dios y que después le dijese su parecer. Hízolo el varón santo, y como fiel vasallo de tan gran Rey é interesado en todas sus felicidades, tomó á su cuenta este importante negocio. Subió, pues, este esforzado caudillo al monte santo de la oración para tratar y comunicar con el gran Dios de Israel este asunto, y después de muchas oraciones, humillaciones y penitencias, conoció la voluntad de Dios en que quería y se complacía se pusiese en ejecución la expulsión de los moriscos y segregar á su pueblo escogido y cristiano del mahometismo. Habiendo manifestado su voluntad santísima á este su grande amigo Lorenzo, y adornado su espíritu de nueva sabiduría, prudencia y fortaleza, bajó este gran profeta del monte santo de la divina contemplación para intimar al Rey la determinación de la voluntad de Dios, que era lo mismo que lo que pretendía la piedad y religión del monarca; y llegando el

siervo de Dios á la presencia de su majestad, le habló con su acostumbrada eficacia y le dijo: «Ea, religiosísimo Príncipe y se-»ñor: el Altísimo ha puesto á vuestra ma-»jestad por monarca de tantos reinos cris-»tianos y le ha distinguido entre todos los »Príncipes de la Iglesia santa con el título »de católico. Si vuestra majestad quiere »conservar esta gloria y que convenga el »título de católico con sus vasallos, y que »sus vasallos se unan estrechamente con »la corona de vuestra majestad, es pre-»ciso desterrar de sus reinos tan mala casta »de gentes, que nunca son buenos ni para »la religión ni para el Estado, y siempre es-»tán maquinando su ciega libertad. Dios le »ha escogido á vuestra majestad para Rey »de cristianos, no de mahometanos. Ni te-»ma vuestra majestad daño ninguno en su »reino; pues sacando esta cizaña morisca de »entre el escogido trigo de la Iglesia, dará »éste á su tiempo fruto multiplicado. Esta »es la voluntad de Dios, declarada á mí su »indigno siervo» [1].

11. Satisfecho el Rey del dictamen del varón santo, á quien ya no miraba como á hombre, sino como á un ángel del Señor y

1 Parece, por estas últimas palabras, que tuvo revelación el siervo de Dios acerca de la expulsión de los moriscos.

Embajador celestial, y no dudando ya de la ejecución, llamó á sus ministros para tratar con sigilo el modo más conveniente para tan ardua empresa, y que todo se hiciese á honra y gloria de Dios. Ejecutóse así, y el año siguiente, que fué el de 1610, salieron de nuestra España un número casi increíble. De Valencia salieron ciento cuarenta mil; de Aragón y Cataluña, ochenta mil; de Castilla la Vieja y Nueva, Mancha y Extremadura, setenta mil; de Andalucía y Granada, setenta y cinco mil. La expulsión, pues, de esta pérfida y mala gente fué una de las mayores hazañas que hicieron feliz el reinado de nuestro católico monarca el rey Felipe III, y que sin duda se debe en gran parte al influjo, santidad y prudencia de nuestro Santo Lorenzo, pues él fué quien allanó las dificultades por las cuales estuvo suspensa tantos años esta resolución tan ardua de la expulsión; él fué quien alentó al generoso Rey á la ejecución de tan glorioso triunfo, manifestándole le era á Dios agradable obsequio la destrucción del pueblo bárbaro y santificación del pueblo cristiano; y él, finalmente, fué el que negoció con Dios para que libertase á España del cautiverio más terrible que le amenazaba; pues se averiguó que esta gen-

te infiel y traidora tenía comunicación oculta con algunos Príncipes del África, que, ayudados del gran Turco, habían pensado entregar á España; y acaso hubiera vuelto á la dominación antigua de los moros si no se hubieran expelido prontamente. Quedó nuestra España limpia de tan pestífera gente, gozando de tranquilidad en la fe pública y religión católica, la que estaba vacilante entre la chusma de moros y moriscos. ¡Oh dichosa embajada de este insigne Capuchino, y cuántos bienes atrajo á la nación española¡ Grande debe ser nuestro agradecimiento á este nuevo defensor nuestro, pues grande y singular fué, sin duda, el afecto y cariño suyo para con esta porción escogida de la santa Iglesia; y para más confirmación de esto quiso que su muerte preciosa fuese en nuestra España, como veremos después cuando tratemos de su segunda embajada.

12. Continuaba el siervo de Dios Lorenzo en la estimación y aprecio con el Rey y con todos los señores de la corte, venerando al varón santo como á oráculo divino, y así iba creciendo también la devoción al hábito Capuchino; medios, á la verdad, que el Señor iba proporcionando para facilitar la fundación de esta santa provin-

cia de Capuchinos de la Encarnación de las dos Castillas; y siendo esta grande obra uno de los mayores elogios que hacen mucho honor á nuestro Santo Lorenzo, y hallándose esta santa provincia tan obligada á su santo fundador, no se puede mostrar desentendida de dar una ligera noticia de sus principios y progresos, haciendo también una breve relación de las personas devotas que cooperaron á ella, cuya memoria tienen siempre presente los Capuchinos, para encomendarlos á Dios.

13. Desde el año de 1605 se empezó á tratar la fundación de esta santa provincia, aunque con poco fruto, ya porque los ánimos de los que podían fomentar esta obra estaban muy decaídos, ya también por las grandes persecuciones que fomentó el enemigo común contra la nueva planta Capuchina. Por este tiempo había en España tres provincias, que eran Cataluña, Valencia y Aragón, y en ellas insignes predicadores y sujetos de gran virtud y letras; pero se deseaba fundar en Castilla como la mejor porción de España, y así se ponían los medios para ello. El primer abrigo que hallaron los Capuchinos en Castilla fué en los excelentísimos Sres. Marqueses de Santa Cruz. Estos señores, en cumplimiento de un voto,

edificaron un convento en la villa del Viso, en una ermita de San Andrés que estaba en un desierto al pie de Sierra Morena; pero duró poco y fué preciso dejarle. La erección de este convento se hizo en virtud de una Bula Apostólica de Gregorio XIII, que trae el Bulario Capuchino [1]. Para solicitar con más fervor la fundación, vinieron á la corte los Padres Fr. Miguel de Valladolid y Fr. Francisco de Baeza, hijos de la santa provincia de Cataluña, sujetos recomendables y adornados de todas aquellas prendas y circunstancias que pedía un negocio tan grave. Trajeron cartas de recomendación para el conde de Miranda, presidente de Castilla, caballero muy devoto de los Capuchinos, y que siendo virrey en Valencia los había favorecido mucho: y también para el duque de Lerma, primer ministro y gran privado del Rey, y para otros señores; y habiéndolos visitado les dieron buenas esperanzas de lograr su intento, y que sería feliz y bien admitida del Rey la pretensión que traían. Así iban disponiendo las cosas con buen aspecto, aumentándose cada día más y más los devotos y apasionados de los Capuchinos, y muy en particular el eminentísimo Sr. Cardenal D. Bernardo San-

1 *Bullar. capucc.*, *tom*. 5, *fol*. 368.

doval y Rojas, arzobispo de Toledo, sobrino del duque de Lerma. Este piadoso prelado, cuanto estaba de su parte se mostraba tan favorable, que tenía ya adelantadas muchas diligencias de las que son precisas en semejantes circunstancias. Pero en la mejor ocasión todo lo turbó la envidia de Satanás, para que la contradicción condujese al triunfo y con los golpes de la impugnación se puliesen las piedras de este glorioso edificio.

14. Publicáronse varios papeles contra el instituto de los Capuchinos, llenos de dicterios y falsedades que merecieron crédito por venir firmados con el nombre de personas de autoridad y respeto; cuyos nombres callamos, como también las calumnias, por no ensangrentar la pluma y dar lugar á la paciencia y no ofender la caridad. Hicieron tal impresión en los ánimos de los que antes favorecían la causa de la fundación, que ahora estaban opuestos. Acudieron los Padres al marqués de Povar, D. Enrique de Guzmán, gran favorecedor de los Capuchinos, para ver si podía con el duque de Lerma sosegar aquella terrible tempestad; pero sabiendo el Marqués que no era tiempo oportuno para instar la materia, y que acaso del todo se imposibilita-

se haciendo cualquiera recurso, les aconsejó que desistiesen de la pretensión hasta mejor tiempo: que tuviesen paciencia y se volviesen á su provincia con la esperanza de que en adelante se compondrían las cosas y se lograría felizmente lo que ahora se había imposibilitado; y añadió que él quedaba por procurador de aquella causa y que, con maña, lo iría disponiendo, sin perder ocasión alguna. Fué preciso ceder á la fuerza, y así se retiró á su provincia Fr. Miguel y su compañero, con el desconsuelo que se deja conocer, aunque no sin esperanza firme de que por estos ásperos y escabrosos medios querría Dios, acaso, se consiguiese más gloriosamente el fin deseado. Pareció conveniente llevar consigo algunos de los papeles que la calumnia había esparcido contra los Capuchinos, y sirvió mucho esta diligencia; porque después, yendo á Roma Fr. Miguel para concurrir al Capítulo general que se celebró el año de 1608, en calidad de custodio los presentó á la Santidad de Paulo V, y haciendo relación de todo á su beatitud, y enterado de las falsedades y calumnias sediciosas que contenían, ordenó al Nuncio de España que luego mandase recoger dichos papeles bajo de gravísimas censuras, favoreciendo

al mismo tiempo nuestra causa con una Bula honorífica, que empieza: *Ecclesiae Militantis regimini,* en que declara Su Santidad que los Capuchinos son verdaderos frailes menores hijos legítimos de San Francisco, y que observan puntualísimamente su regla, viviendo ejemplar y santamente con edificación de los pueblos. La prohibición de estos papeles y publicación de esta Bula, fué de gran confusión para los émulos de los Capuchinos y de singular consuelo para sus devotos. Esto y la inculpable y religiosa vida de Fr. Miguel y su compañero, con los buenos ejemplos que habían dejado en la corte avivó un poco el deseo en algunos bien intencionados de volver á tratar de la fundación de los Capuchinos, aunque nada se adelantó en los años de 1606, 1607, hasta el de 1608, en que hallándose provincial de Valencia el P. Fr. Serafín de Policio, y habiendo venido á visitar las provincias de España nuestro reverendísimo Padre General fray Jerónimo de Castelferreto, convinieron en renovar las pretensiones ya casi olvidadas de la fundación de Castilla. Vinieron á Madrid con algunos religiosos de aquella santa provincia, y entrando en la corte sin conocimiento alguno, ni saber donde ir á recogerse, pidieron al

Señor les preparase algún albergue, y luego se encontraron con dos caballeros valencianos que, conociendo á algunos religiosos que allí venían, los llevaron á su posada, y en ella los agasajaron y recibieron con singular cariño y veneración.

15. Empezó el General á visitar á algunos señores y trató luego de ir al Real sitio del Escorial, donde se hallaba la corte, para besar la mano al Rey y ofrecerle su Religión. En los dos primeros días después de haber llegado, por ser días de Pascua y estar ocupado en el bautismo del infante don Fernando, no pudo conseguir audiencia; pero la logró al tercero. Ya había tratado el Rey con sus ministros el honor que quería hacer á este General y á sus sucesores, condecorándole con el supremo y honroso título de *Grande de España*. Pareciéles excesivo honor á los ministros; pero el Rey les dijo: «Me parece que en estos religiosos veo resu»citado á San Francisco; y así quiero con»decorar á su General como sucesor de tan »gran Padre». Mandó el Rey que entrase el General, y habiéndole recibido con singulares muestras de piedad y afecto, le mandó luego que se *cubriese*. ¡Cosa rara, y uno de los misterios altos de la Providencia divina! Ensalzar la religión hasta lo sumo,

cuando se hallaba más abatida y humillada; y esto sin pedirlo ni solicitarlo, ni aun haberlo pensado. Adoremos sus misericordias para con los hombres. Este fué el primer General que tuvo el honor de cubrirse de Grande de España, cuya singular gracia continúa en sus sucesores hasta el presente. Representó el General al Rey los motivos de su venida á estos reinos, haciéndole presente cómo en solos los dominios de su majestad en España é Italia había dieciocho provincias numerosísimas, y en los dominios de otros monarcas había hasta cuarenta, con crecido número de religiosos, y muchos de ellos famosos en santidad y milagros; por lo cual suplicaba á su majestad fuese servido de dar licencia para que en una corte tan principal del mundo como Madrid se fundase un convento, ya preciso por la ocurrencia de negocios que á dichas provincias se ofrecerían en adelante. Le hizo ver á su majestad cómo los Capuchinos no eran gravosos ni nocivos á la República, ni al Estado, por la suma pobreza que profesaban en fábricas, hábitos, alhajas de la Iglesia y su preciso sustento; y así, que no debían atenderse las contradicciones que contra dicha fundación se habían esparcido, fundadas en principios falsos y ruinosos

que no hacían fuerza, y á que se respondía en aquel memorial que ponía en manos de su majestad, para que, visto por sus Ministros, informasen á su majestad de la verdad del hecho. Recibióle el Rey con mucho agrado, y le dijo que viviese seguro de su devoción á los Capuchinos, y que los favorecería en cuanto pudiese. Visitó también al duque de Lerma y le informó más largamente de todo, y le entregó otro memorial en que se contenían las calumnias escritas contra los Capuchinos y la satisfacción y respuesta á ellas, suplicando á su excelencia lo hiciese ver por sujetos imparciales y obrase lo que fuese justo. El Duque le aseguró que la fundación en Madrid tenía muchos opositores y de no poca autoridad; pero que su devoción á la Orden era siempre la misma, y esperaba que con el tiempo se aclararía la verdad y se desvanecerían las calumnias y falsedades; pero para esto se necesitaba tiempo y paciencia. Habiendo practicado otras diligencias, quisiera el General esperar el fruto que producían; pero viendo que todas eran largas y frías esperanzas, y que algunas veces tocaba mil dificultades y escollos insuperables, determinó, llamado de su obligación, dejar á Fr. Serafín de Policio con sus compañeros para

proseguir la causa y continuar él la visita de las provincias; y así lo hizo.

16. Era Fr. Serafín vasallo del Rey católico y amaba mucho á toda la nación, y por sus bellas prendas se había hecho mucho lugar en la estimación de varios señores de la corte; con que luego que se vió con este encargo, procuró desempeñarle con la mayor eficacia. Trató de hospedarse con los suyos en parte decente y de más recogimiento y permanencia. Era deudo suyo el administrador del Hospital de los Italianos, que está en la carrera de San Jerónimo, y habiendo tratado sobre el asunto admitió á los Capuchinos con singular benevolencia; y este fué el primer hospicio que sabemos tuvieron los Capuchinos, y á que viven y vivirán agradecidos. Nó sólo era el fin de fundar un convento en la corte, sino que este convento fuese como base y fundamento de otros muchos, donde se diese á conocer con el ejemplo de los religiosos aquel primer y dichoso estado que la religión seráfica tuvo en sus principios, la forma y aspereza de hábito con que la vistió nuestro seráfico patriarca, la suma pobreza, penitencia, austeridad y mortificación con que quiso á sus hijos, que fuesen de edificación y ejemplo á los fieles y pudiesen así corre-

gir sus costumbres. Por esto así Fr. Serafín, como sus compañeros, que se acogieron al Hospital de los Italianos, se dedicaron á una vida verdaderamente seráfica, y en continua y fervorosa oración procuraron hacerse dignos de conseguir lo que pretendían para gloria de Dios, lustre de nuestra religión y bien espiritual de las almas. En este tiempó llegó la orden de Su Santidad el Papa Paulo V á su Nuncio para que se recogiesen los papeles escritos contra los Capuchinos. Este golpe, que debía humillar á los fautores, parece les hizo más insolentes, y mudando de medio pusieron en el consejo una querella contra la fundación de los Capuchinos, y ocultamente hacían un fuego tanto más temible cuanto era menos conocido. Hacía sus diligencias Fr. Serafín y hallaba las más veces desprecios y baldones; de suerte que se temía alguna orden superior para salir luego de la corte y abandonar el intento. Pero el Señor, obrando con aquella providencia (para nosotros oculta), dispuso que dos señoras se constituyesen protectoras de los Capuchinos y su fundación: éstas fueron las excelentísimas señoras duquesa de Terranova, que después fundó el convento de Alcalá de Henares, y su prima hermana D.ª Victoria Colona, du-

quesa de Medina de Rioseco, viuda del almirante de Castilla, la cual, conservando el afecto á los Capuchinos que había heredado de su excelentísima casa de Colona, tan favorecedora de nuestra orden en Italia, se dedicó á socorrer, asistir y patrocinar á Fr. Serafín y los suyos, haciendo con ellos el oficio de madre. Estas dos señoras, llenas de devoción, procuraban con los Ministros y otros señores acreditar á los Capuchinos. No menos hacían con la reina D.ª Margarita, afectísima de los Capuchinos, y especialmente con el padre confesor del Rey, que sirvió mucho en esta ocasión. Pero no obstante el favor que en estas señoras y otras personas principales hallaban nuestros Capuchinos, nada se adelantaba; antes bien, todo era temores y ninguna seguridad. Pero no es mucho, pues esta obra grande la tenía reservada la infinita sabiduría del Señor para su grande amigo el Santo Lorenzo.

17. En este deleznable estado se hallaban las cosas por lo que pertenece á la fundación de Castilla; y continuando ahora la vida de nuestro héroe el Santo Lorenzo de Brindis, sucedió que el siervo de Dios recibió un pliego de su grande amigo D. Baltasar de Zúñiga, embajador del Rey católico

en Alemania, en que le avisaba cómo el Emperador había depuesto de su oficio y dignidad al gran Canciller (que es lo mismo que presidente de Castilla) por no haber querido firmar un decreto á favor de los herejes protestantes contra los católicos, que el César, mal informado, había mandado publicar. Era el Canciller gran católico; y pareciéndole que no podía firmar aquel decreto sin ofender á Dios, pasó á nuestro convento, que florecía en varones doctos y versados en todo género de Teología, particularmente en la Dogmática, y consultó el caso; pero todos fueron de parecer que no podía, en conciencia, firmar aquel decreto y que debía oponerse á la voluntad del Emperador, seducido por los herejes, aunque aventurase hacienda, honra, dignidad y aun la vida. Hízolo así, y por eso le depuso el Emperador. Pero el golpe no paró aquí; porque sabiendo los herejes que los Capuchinos habían influído en esto, irritados contra ellos no dejaban de perseguirlos hasta lo sumo. Parecióles, y con razón, que habiendo Capuchinos en el Imperio nunca tendrían paz, ni su religión reformada llegaría al auge á que aspiraba su sacrílega ambición. «Fuera los »Capuchinos (decían): fuera estos papistas.

»Salgan del Imperio estos enemigos, pues »mientras no se destierren, nada podremos »hacer». Pensaron, con astucia diabólica, persuadir al Emperador desterrase de todo su Imperio á los Capuchinos por perturbadores y sediciosos, y que influían á no obedecer al César. El Emperador, aunque católico apostólico romano, se hallaba con mil temores por la multitud de herejes que cada día se levantaba, y acobardado con su poder vacilaba en la expulsión de los Capuchinos.

18. Con tan funesta noticia fué el varón santo á hablar al Rey, á cuya majestad representó con grave dolor el daño que aquella cristiandad padecería faltándola (ausentes los Capuchinos) tan fuerte y necesaria defensa contra las continuas baterías y ataques de los herejes. Movido el Rey con piedad católica á demostraciones de sentimiento por ver que la defensa de la fe ocasionaba á los Capuchinos tan sensible y próximo riesgo, dijo: «No os aflijáis, »que yo encargaré á mi embajador vuestra »causa y la protección de los católicos en »el Imperio; y si en Alemania os desterra»ren, yo os recogeré, y en mis reinos podréis »gozar de segura paz; y para que os certi»fiquéis de esto, desde ahora os doy mi

»licencia para que fundéis luego en Madrid »y en otros pueblos de Castilla, y entiendan »los herejes que, si os echan de un reino, »hay reinos y reyes que os reciban y am»paren». Si esta historia fuera particular, debieran dedicarse dilatados elogios á la piedad religiosísima de este Príncipe, y á su grande afecto á los Capuchinos. Pero no podemos menos de adorar las providencias del Señor y los caminos por donde su infinita sabiduría endereza sus obras, y cómo suavemente dispone todas las cosas. Ya tenemos vencidas en un instante cuantas dificultades opuso la malicia en tantos años. Acabada la audiencia y restituído el siervo de Dios al convento de San Gil, y en él al retiro de la oración, dió fervorosas gracias á Dios por el feliz logro de sus deseos. Pasó luego el Rey al cuarto de la Reina, y la dijo cómo á Fr. Lorenzó habia dado ya licencia para fundar, cuya noticia celebró mucho su majestad. Publicóse en Palacio con universal gozo de todos; y aquella misma tarde fueron á ver á la Reina la duquesa de Terranova y la de Medina de Rioseco, con otras señoras, para celebrar noticia tan deseada cómo apreciable. Publicóse también en la corte y fué recibida con diferentes aspectos: los émulos lo sintieron infini-

to; los afectos lo celebraron hasta lò sumo. Los últimos que lo supieron fueron Fr. Serafín y los suyos, pues como vivían retirados en el Hospital de los Itàlianos, no pudo hallarles pronto noticia tan apreciable; pero vino muy á tiempo para consuelo suyo, pues como los contrarios habían acudido al Consejo de Castilla pidiendo se pusiese perpetuo silencio á la causa de los Capuchinos, en aquella misma mañana se había hecho relación del pleito, nada conforme ni á la caridad, ni á la verdad; y habiendo sido citado Fr. Serafín para que respondiese á los cargos, lleno de sentimiento y lágrimas al ver tan enormes calumnias, respondió á los señores estas breves y humildes palabras: «No me toca satisfacer á lo »que se acaba de referir contra mi religión; »causa es de nuestro padre San Francisco; »el santo la defenderá y volverá por nues»tra inocencia». Quedaron los jueces admirados y edificados de la modestia y humildad de Fr. Serafín, y resolvieron se hiciese consulta á su majestad en orden á que, no obstante lo que se había alegado contra los Capuchinos, podía su majestad darles licencia para fundar. Aunque esta determinación llegó tarde, fué de mucha satisfacción para aquel Supremo Senado haber resuel-

to lo mismo que tenía ya concedido su majestad en el mismo día y acaso á la misma hora.

19. Como fué tan aplaudida y celebrada de toda la corte la licencia del Rey, instaron muchos señores en que luego se pusiese en ejecución la licencia y se tomase la posesión. Y el Condestable de Castilla, presidente del consejo de Italia, con otros caballeros de la misma nación, quisieron que este acto se hiciese en el mismo Hospital de los Italianos; y comunicándolo con el Santo Lorenzo, dieron parte al Rey y á la Reina; y sus majestades convinieron gustosos en ello, y ordenaron que esta función sagrada se hiciese con toda solemnidad y aparato real, y que fuese el día de San Diego, 12 de Noviembre del año de 1609. La víspera vino el Nuncio de Su Santidad acompañado del siervo de Dios y bendijo, con la acostumbrada solemnidad y ceremonias, el atrio del Hospital, señalando el sitio donde se había de fijar la cruz. Al día siguiente (dispuestas todas las cosas y adornada la iglesia con ricas tapicerías) se tendió la guardia y ocupó aquellos sitios convenientes para evitar desórdenes. Á las nueve y media de la mañana vinieron los Reyes con toda la grandeza, y salieron á re-

cibir á sus majestades dieciséis religiosos Capuchinos que habían ya venido de los conventos más cercanos, y á su frente nuestro insigne Santo Lorenzo y cuarenta Padres Observantes y otros cuarenta Padres Descalzos, con el corregidor y regidores en forma de villa. Á la puerta de la iglesia esperaba el Nuncio de Su Santidad. Ocuparon los Reyes un dilatado y hermoso balcón que se había fabricado y adornado para que sus majestades viesen la procesión y ceremonia de colocar el estandarte real de la Cruz. Empezó la capilla real á cantar el Psalmo *Laudate Dominum omnes gentes*. Después el siervo de Dios entonó el *Te Deum laudamus*, y enarbolando los nuestros la Cruz, se empezó la procesión con universal gozo de toda la corte que concurrió á este sagrado acto. Se hizo la ceremonia de colocar la Cruz, siendo el Santo Lorenzo quien formalizó este acto sagrado y solemne: con que quedó esta santa provincia fundada sobre tan sólidos cimientos, disponiendo el Señor que fuese un tan gran santo el fundamento y piedra angular de este sagrado edificio. Acabado este acto, que duró casi una hora, y habiendo ocupado los Reyes su sitial, empezó la Misa que celebró el Nuncio de Su Santidad, y predicó un breve y

elocuente sermón el P. Fr. Francisco de Sevilla, varón insigne en virtud y letras, cuya ejemplar vida ocupa el debido lugar en los anales de la Orden [1]. Acabada la Misa, dejaron la iglesia los Reyes, mostrando al salir de ella el gozo que ocupaba su reales ánimos, con haber favorecido á una obra que esperaban había de ser muy de la gloria de Dios y edificación de su corte. Todo el concurso, que era crecidísimo, daba mil vítores, y repetía alegres bendiciones á tan religiosos y devotos monarcas. Quedóse con los Capuchinos el Condestable de Castilla, de cuya casa se había traído abundante comida para los Padres Observantes y Descalzos, que fueron servidos y agasajados de nuestros religiosos cómo lo pide el vínculo de la hermandad y caridad que siempre ha reinado en las tres Congregaciones. El Condestable comió con los religiosos, como tan amante de ellos, y á su lado puso al siervo de Dios, que más ocupado en dar gracias al Señor por aquel triunfo que en la comida, pasó aquel tiempo con una alegría espiritual, contestando á su excelencia sin faltar á la urbanidad, y haciendo su comida,

1 Crónica de los Capuchinos, tom. 4, lib. 3, cap. 12. Fué el primero que en España introdujo la costumbre de empezar los sermones con estas palabras: *Sea alabado el Santísimo Sacramento, y la Purísima Concepción de Nuestra Señora.*

como acostumbraba, de frutas y ensaladas, aunque con prudente disimulo para no ser conocido. Por la tarde concurrió la capilla real para reservar á S. M., con que se dió fin á este día tan festivo como deseado. Pero la Reina, que había celebrado tanto el feliz éxito de la fundación de los Capuchinos, no se contentó con un solo día de gracias al Todopoderoso, sino que quiso que se continuase á sus expensas otros dos días, para dar á entender lo obligada que estaba al Señor y la devoción grande que profesaba á los Capuchinos.

20. Retiróse el varón santo *á su convento de San Gil*, que así le llamaba por el favor que aquellos Padres le hacían; y los demás Capuchinos se quedaron en el Hospital, aunque con suma incomodidad por lo estrecho de la habitación; pero no impedía para la gran observancia que establecieron en obsequio de la seráfica Regla y sagradas Constituciones, sirviendo á todos de grande ejemplo y edificación. Empezó la corte á reconocer los intereses grandes que aquellos ejemplares varones la podían ocasionar. Hallaba en ellos consuelo y dirección en los accidentes que se ofrecían de prosperidad é infelicidad, y venerándolos como oráculos consultaba con ellos de una y otra

fortuna. Ya el mundo padecía desprecio de sus mismos amadores, y no pocos, á imitación de estos edificativos Padres, procuraban en el efecto ó en el afecto desprenderse de la servil cadena en que tiene el vicio á los que ciegamente le siguen. Bien conocían los devotos de los Capuchinos que no podían subsistir en los Italianos; y así muchos caballeros y señores de palacio ofrecieron á porfía al varón santo casas y terrenos para fundar un convento, deseando ya tener parte en tan grande y espiritual obra. Quien primero se señaló fué el Condestable de Castilla. Trató con el siervo de Dios la materia, y ofreció una casa de campo que tenía á media legua de Madrid, con buenas aguas, mucho terreno y en sitio elevado y sano; pero por la distancia no se admitió. El conde de Olivares daba un sitio junto á los Padres Carmelitas Descalzos; pero se halló que era corto. El marqués de Povar, D. Enrique Pimentel, ofreció al siervo de Dios una casa y huerta que tenía en el Prado, á un lado del convento de Padres Jerónimos; pero por la inmediación al palacio del Buen Retiro no se admitió. Lo mismo sucedió con una casa y jardín que en la calle de Atocha daba D. Fernando Gaytan, caballero ilustre y devotísimo

de los Capuchinos. Todos estos señores, movidos de la devoción al Santo Lorenzo y á sus Capuchinos, ofrecían liberalmente sus casas, y aun sus bienes y haciendas, para que fundasen en Madrid, cuyo singular beneficio tienen los Capuchinos escrito, no solamente en los anales de la Orden para eterna memoria, sino mucho más en el afecto para encomendarlos á Dios. Ni tampoco olvidarán lo que muchos años antes debieron al Excmo. Sr. Duque de Maqueda, que en el año de 1605, cuando apenas se empezó á tratar de la fundación, compró un sitio muy ameno á la salida de Leganitos para que allí se fundase. Pero esta gloria la tenía el Señor reservada para otro dueño.

21. El gran duque de Lerma, de quien hemos hablado tantas veces, aficionado al trato del varón santo, con quien comunicaba los asuntos de la embajada, y el que antes que viniese á la corte se había mostrado contrario á la pretensión de los Capuchinos, mudando ahora de dictamen y encendido su corazón de una piedad noble ofreció, no sólo el sitio en que está ahora el convento de San Antonio, que llaman del Prado, sino su mismo palacio, jardines y casa contigua para que habitasen los re...

giosos ínterin se fabricaba el nuevo convento. Hubo también alguna dificultad de parte de los religiosos por la inmediación al palacio del Retiro y paseo del Prado, como también por la cercanía que, precisamente, había de tener con la casa del Duque; pero todo cesó sabiendo que á los reyes había gustado el pensamiento, y que habían dicho sus majestades que querían tener á los Capuchinos en parte donde pudiesen tratar con ellos y notar su modo de vida y observancia, y si convenía con la fama que por todas partes corría. Como esta era la voluntad de Dios se efectuó luego, y así, sin perder tiempo y con la mayor prisa, se empezó á acomodar aquel palacio para habitación de religiosos, desbaratando salas, dividiendo piezas con que en breve tiempo se adornó la iglesia; hubo celdas cómodas con cuantas oficinas son necesarias, alhajándolas liberalmente el ánimo piadoso de este Príncipe, y todo con tal comodidad, que no echaban menos cosa alguna los religiosos. En el año de 1610, víspera de la Purificación de Nuestra Señora, pasaron aquellos Padres á la casa del Duque, y al día siguiente asistió su excelencia, acompañado de muchos grandes títulos y señores, á la solemne colocación del Santísimo, proce-

sión y oficios de aquel día. Estuvo el Duque lleno de gozo y alegría espiritual, viendo su casa convertida en casa de Dios y tabernáculo del cielo. Cuando volvió á palacio contó á sus majestades la devota y sagrada función á que había asistido y suprema felicidad á que había ascendido su casa, con demostraciones de consuelo y alegría tan singular, que, movidos los reyes de ellas, quisieron sus majestades ver aquel palacio, antes del Duque y ahora de Dios; y así dos días después vinieron los reyes á él, y después de hacer oración en la iglesia pasaron á la habitación de los religiosos para ver las celdas y oficinas, sin dejar nada que no lo viesen y examinasen; pero con semblantes tan apacibles y cariñosos, que se conocía el júbilo interior de sus corazones. Repitieron tantas veces sus majestades esta demostración de afecto viniendo á los Capuchinos, que parecía habían librado en esto todas sus mayores satisfacciones y consuelos. Edificábanse de la llaneza y retiro de nuestros religiosos, y los comunicaban con tan grande benignidad, singularmente á Fr. Serafín, que estando enfermo sucedió muchas veces visitarles el Rey en su pobre y estrecha celda, sentarse en su humilde lecho y hablar tan despacio

con él, que hubo ocasión de durar cuatro horas la conversación, que parecía increíble á no decirlo las crónicas de la Orden [1]. Tanta era la estimación que de los pobres Capuchinos hacía un tan poderoso Monarca.

22. Continuando la piedad y devoción del Rey para los Capuchinos, y llegando el Viernes Santo de este mismo año, quiso su majestad (aunque con disimulo) hallarse presente á mediodía á la disciplina, pan y agua y demás ejercicios de mortificación propios de este santo tiempo; y habiéndolo tratado con el duque de Lerma confidencialmente, fué el Rey á nuestra residencia con poco acompañamiento, y á la puerta del refectorio estuvo observando las penitencias acostumbradas del día, que omitimos por no molestar. Todo el tiempo que duró este acto estuvo el Rey en pie y descubierto, insinuando al Duque y á los demás de la comitiva cuán diferente era la vida de los religiosos de la de los seglares. Estaban todos absortos de lo que veían y admirados de que hubiese resistencia para tanto rigor. Dispuso el Señor que este convento se dedicase á San Antonio de Padua, y que la provincia tuviese el título de la Encarna-

1 Crónica de los Capuchinos, tom. 4, lib. 1, cap. 6, pár. 34.

ción del Verbo, por elección de la Reina. Era su majestad devotísima de este sagrado misterio, y quiso celebrar una solemne fiesta, aunque en tan estrecho templo, con real pompa y magnificencia, asistiendo su majestad desde las primeras vísperas. Se celebró tan á satisfacción de la Reina, que quiso se hiciese con igual solemnidad una octava á San Antonio, á que asistió tambien mañana y tarde. No era inferior la devoción del Rey: gustaba mucho de oir los maitines á media noche, sin reconocer molestia en el prolongado y sencillo canto que usan los Capuchinos. Enterneciase su piadoso espíritu oyendo las ásperas disciplinas con que después de maitines hacía la comunidad estruendoso el silencio de la noche, y se disponía para los sacrificios de la mañana. Acabada la octava, se restituyeron los reyes á palacio, habiendo estado hasta entonces en el Retiro; pero después venían al convento todos los domingos indefectiblemente; de suerte que la villa prevenía frente del convento algunos festejos para que el Príncipe é Infantes se divirtiesen. ¡Tanta era la devoción y afecto de estos Príncipes á los Capuchinos! Estuvieron en este sitio los religiosos hasta que en el terreno inmediato (y es el que ocupa hoy

el convento) se fabricó á expensas del Duque, haciéndose la traslación con la solemnidad que manda la Iglesia, en cuyo edificio puso la primera piedra el cardenal Borja, patriarca de las Indias, con asistencia del Rey, Príncipe é Infantes; pero faltó la Reina para completar este acto, por haber ya muerto [1], pérdida la más sensible para toda España, como lo manifestaron las demostraciones de su dolor. El que mostró nuestra Congregación fué correspondiente al conocimiento de los favores, beneficios y honras que debió á esta serenísima y santa Reina. Fué esta función muy solemne y acabada; fué el Rey con los Infantes á una pieza que había preparado Fray Serafín, donde había una mesa sumamente curiosa y limpia, y en ella mucha variedad de frutas y ensaladas; pidió á su majestad fuese servido permitir que sus altezas honrasen aquella pobre mesa y tomasen aquella leve demostración en que se explica su agradecimiento y el de todos los Capuchinos. Dió el Rey licencia, y sentados á la mesa los Infantes merendaron con el mayor gusto, mirándolo su majestad y tomando algún bocado con grande alegría, admirado de ver tanta curiosidad y limpieza; y decía su

1 Murió el año de 1611, de edad de 26 años.

majestad: «No he visto en mi vida, ni cosa »más rica, ni más pobre». Al despedirse el Rey dijo (no sin gran ternura) á los Capuchinos: «Muy alegre hubiera sido para mí »este día si la Reina se hubiera hallado »presente. Encomendadla á Dios, que os »quería mucho». Quedaron nuestros religiosos gozando de la comodidad y quietud del convento que con tanta liberalidad fabricó el excelentísimo señor duque de Lerma, á quien viven y vivirán siempre tan reconocidos como obligados. Y aunque faltó la ilustrísima casa de Lerma, han sucedido en ella y en el patronato los excelentísimos señores duques de Medinaceli, que con los Estados han heredado también el afecto y devoción á los Capuchinos.

23. Aunque nuestro Santo Lorenzo de Brindis no se halló en estas últimas funciones por haberse restituído ya á Alemania, nos ha parecido conveniente no dejar imperfecta la narración de este convento de San Antonio, en que tuvo tanta parte el siervo de Dios. Y así, volvamos á tomar el hilo de la historia. Continuaba el varón santo en la estimación y veneración del Rey y le llamaba muchas veces para tratar las cosas de su conciencia, hallando en sus palabras gran consuelo espiritual y saliendo

siempre este piadoso Monarca encendido en el amor de Dios; y lo mismo sucedía á la reina doña Margarita, á quien había dirigido en sus primeros años. Era cosa que admiraba á la corte ver la frecuencia de palacio en el siervo de Dios y el grande aprecio que hacían de su venerable persona reyes tan soberanos; de suerte, que en solos tres meses que estuvo en Madrid, además de las audiencias que tuvo de su embajada, que pasaron de cincuenta, tuvo otras muchas particulares á que era llamado de los reyes. En una de estas audiencias, lleno de gozo le dijo el Rey cómo estaba muy contento con haber dado licencia á los Capuchinos para fundar, por el buen ejemplo que daban á los fieles, y que le ofrecía labrar un convento en su real bosque del Pardo y no lejos de su palacio, para que los religiosos, gozando en aquel ameno y silencioso desierto de quietud y tranquilidad, pudiesen también asistir á los guardas repartidos por aquel dilatado bosque, administrándoles los Santos Sacramentos é instruyéndoles con la predicación de la palabra divina. Dió muchas gracias á su majestad el varon santo; y noticioso Fr. Serafín lo celebró mucho, pues lo tenía muy deseado, aunque no se efectuó del todo la funda-

ción hasta el año de 1613. Movidos de este ejemplo otros muchos señores, ofrecieron al siervo de Dios fabricar conventos á los Capuchinos; el primero fué el eminentísimo señor D. Bernardo Sandoval y Rojas, Cardenal y Arzobispo de Toledo, quien en aquella ciudad, en el sitio que llaman el Ángel, en las riberas de Tajo, fundó un convento el año de 1611, aunque después le dejó por enfermo, y se trasladó al sitio que hoy tiene dentro de la ciudad. El excelentísimo señor marqués de Povar, viendo que no había podido conseguir la fundación de Madrid, como dijimos antes [1], continuando su devoción á los Capuchinos, ofreció de nuevo al siervo de Dios fundar un convento en un lugar suyo llamado Cubas, distante cinco leguas de Madrid, como se verificó y acabó de perfeccionar el año de 1619. La excelentísima señora duquesa de Terranova, amantísima de los Capuchinos y muy devota del Santo Lorenzo, después de varios lances vino á ser fundadora del convento de Alcalá el año de 1613. D. Juan de Mier y Noriega fundó el convento de Salanca el año de 1613. Por este tiempo se fundaron los conventos de Toro, en Castilla: de Alcalá la Real, de Jaén, de Granada y

1 Núm. 20 de este capítulo.

Málaga en Andalucía, y otros en otras provincias; de suerte que en pocos años se aumentaron los conventos y religiosos considerablemente por el ejemplo y fama de santidad de nuestro Santo Lorenzo; y así no sólo fué Padre y fundador de esta provincia de Castilla, sino lustre y honor de todas las de España. Concluídos los asuntos de su embajada con la mayor felicidad, en solos tres meses (prueba grande de su eficacia y no menos del aprecio sumo que mereció del soberano y de sus ministros), se volvió á Alemania á continuar sus buenos oficios á favor de la religión católica, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIX

Continúan las grandes empresas del Santo Lorenzo de Brindis á honra y gloria de Dios.

LLEGÓ á Bohemia el siervo de Dios; y partiéndose á Praga donde residía el Emperador con su corte, dió cuenta á su majestad Cesárea de todo lo ocurrido en su embajada; pero como los herejes habían hecho grandes prevenciones para la guerra, se dispusieron también los Príncipes católicos para la defensa. Juntóse un lucido

ejército, de quien era General el serenísimo príncipe Maximiliano, duque de Baviera, acompañado de otros valerosos capitanes y príncipes de la Liga. En los estados de Nápoles, Milán y otras provincias de Italia se levantaban lucidas tropas de orden del Rey católico D. Felipe III, para ayudar á la Liga, de quien se había declarado protector y defensor acérrimo. Sólo faltaba quien fuese en el ejército con las facultades apostólicas para administrar los Santos Sacramentos y demás casos que ocurren en semejantes lances. Pidió á Su Santidad el duque de Baviera, como General de la Liga, para este efecto al varón santo, y el Pontífice lo hizo con singular complacencia, dándole todas sus facultades y llenándole á él y á los suyos de gracias y privilegios, como consta de dos Breves apostólicos del mismo Pontífice Paulo V que trae nuestro bulario [1]: el primero con fecha de 2 de Octubre de 1610, y el segundo de 11 del mismo mes y año. Eligió el siervo de Dios para esta expedición aquellos religiosos que le pareció conveniente; y estando todo preparado sólo se esperaban las tropas del Rey católico para que, unidas con las de los confederados, obrasen todas de acuerdo. Se iba

1 Bullar. Ord., tom. 1, fol. 58, y tom. 2, fol. 280.

á encender una guerra cruelísima en que se hubiera derramado mucha sangre humana de una y otra parte; pero el Señor dispuso que el Palatino y demás Príncipes protestantes, viendo la superioridad de las armas católicas y temiendo su ruina, enviaron una solemne embajada al duque de Baviera pidiendo las paces, y que se suspendiese de una y otra parte toda hostilidad hasta establecer la tranquilidad en Alemania. Pareció bien al Duque, diciendo, «que »estaba dispuesto á defender la religión »católica, y con la espada en la mano, con »ánimo de no dejarla hasta vencer ó morir; »pero que oiría gustoso las condiciones que »ofrecían, siendo justas».

2. Determinóse que en Baviera se juntasen los embajadores de las partes interesadas para tratar este negocio, y el Pontífice Paulo V nombró al Santo Lorenzo para que, en calidad de Legado apostólico asistiese á las dietas que se habían de tener. El excelentísimo Sr. D. Baltasar de Zúñiga, embajador del Rey católico en la corte de Viena, escribió á su majestad cuanto pasaba; y así que, como interesado, convenía nombrar sujeto hábil que asistiese á las dietas en nombre de su majestad. Y luego el Rey puso los ojos en nuestro insigne San-

to Lorenzo, pareciéndole (como era así) que ninguno podía ejercer mejor este ministerio que el siervo de Dios, pues era vasallo del rey de España y tenía las demás prendas necesarias y aun superabundantes para esto. Autorizóle con las facultades amplias de embajador extraordinario al Congreso de Baviera, sin que le impidiese el ser también Legado y Nuncio de Su Santidad [1]. Juntáronse en Munich (corte principal de Baviera) el enviado del Palatino y sus aliados; el embajador de Rodulfo II, emperador de Alemania y otros varios príncipes del imperio, unos católicos y otros protestantes, y nuestro humilde Lorenzo de Brindis con las dos formalidades de Legado apostólico y embajador extraordinario del Rey católico. Empezáronse las dietas, de las que era presidente el duque de Baviera; al principio fueron muy reñidas por parte de los protestantes, pretendiendo sacar partido á favor de su religión reformada (mejor diríamos deformada); pero como el Duque estuviese firme á favor de la religión católica, y con la espada desnuda para defenderla á costa de su sangre, iban cediendo los protestantes, y más cuando en las dietas hablaba el varón santo; pues aunque los protes-

1 Suma, fol. 60.

tantes con la noticia de que había de asistir á ellas su acérrimo enemigo Fr. Lorenzo de Brindis, habían elegido los más capaces sujetos para oponerse á su elocuencia, no había quien pudiese resistir á la sabiduría y espíritu con que hablaba este esforzado caudillo de la Iglesia, siendo sus palabras como relámpagos, que causaban asombro á los protervos ministros de Lucifer. Fuera largo referir aquí el fondo y razones con que probaba cuán injusta y sin razón era la guerra que pretendían los protestantes, y el daño que habían causado en Alemania con las turbulentas novedades nacidas de sus caprichos. Les recordaba la obligación de obedecer á sus señores naturales; les hacía presente la religión y fe de sus padres, de quien se habían apartado en tan breve tiempo sin haber novedad en ella, aunque la hubiese en alguno de sus profesores. Los puntos del derecho hereditario los declaraba con tanta facilidad y distinción, que no dejaba duda. En fin, cuando hablaba el varón santo todos enmudecián, atrayendo así dulcemente con sus palabras el parecer de todos. Orador á todas luces grande, á cuya boca había pasado todo su aparato, majestad y hermosura la elocuencia de Tulio. No hubo dieta en que no se siguiese el bien

fundado parecer y dictamen de nuestro insigne héroe; y como estaba revestido, adornado y autorizado con las formalidades arriba dichas, pesaba su voto mucho para todo aquel serio y gravísimo Congreso; de suerte que, aun cuando se trataban puntos políticos ó militares (al parecer extraños de su profesión religiosa), hablaba tan altamente y con tan sólidos fundamentos que á todos causaba admiración, confesando que aquella ciencia no era suya, sino inspirada del cielo. Y no se engañaban en esto, pues el varón santo, conociendo la gran necesidad y tribulación en que se hallaba la santa Iglesia, y que el remedio pendía del buen éxito de este Congreso, se daba mucho á la oración, pidiendo á Dios le iluminase su entendimiento y dirigiese sus conceptos y palabras á honra y gloria suya, exaltación de la fe católica y extirpación de las herejías; y así no es de extrañar que sus palabras tuviesen tanta eficacia que á todos obligase, pues á modo de flechas las despedía el pecho de este generoso Capuchino y acérrimo defensor del celo, de la honra y gloria de la ley santa de Dios. Últimamente, habiéndose tratado todos los puntos que ocurrían con aquella gravedad y peso que se deja considerar de Congreso tan

respetable, se formaron y firmaron los capitulos de convención entre los interesados y con grandes ventajas á favor de los católicos, cuyo glorioso triunfo confesaban todos se debió á la espada del Duque y á la penetrante lengua de nuestro insigne Brindis. Fué muy célebre este Congreso, y desde entonces quedó la Iglesia con mucha paz y tranquilidad, y abatido el orgullo de los herejes. Y si en otras ocasiones con su predicación apostólica se mereció el justo título de *Martillo de los herejes,* no menos en la ocasión presente se le debe dar este merecido título. El duque de Baviera, como tan apasionado del varón santo, decía á los Príncipes católicos de la Liga [1]: «Nada hubiéramos hecho sin el P. Brindis, porque »nuestras armas eran muertas; pero con su »virtud y eficacia las dió la vida; y así toda »Alemania, y aun toda la cristiandad, es »deudora á este Padre, pues por él se ha »logrado tanto bien».

3 Disuelta la Liga se quedó en Baviera el siervo de Dios á petición del Duque, para valerse de su consejo en los negocios graves que ocurrían. Conocía este gran Príncipe y admiraba en el varón santo aquellos dones sobrenaturales de que el cielo le había

1. Suma, fol. 47.

dotado; sabia muy bien la prudencia casi divina que resplandecía en él, y, deseando acertar en todo, le quería tener á su lado y consultaba con él los negocios más graves de su reino, y tomaba su consejo con la seguridad del acierto. En estas útiles ocupaciones, y en predicar la palabra divina, gastó en Baviera el siervo de Dios casi dos años, con grande utilidad de las almas. Sucedió en este tiempo un gravísimo pesar entre el Arzobispo de Salisburg [1], Príncipe muy poderoso de Alemania, y el elector duque de Baviera, por haber tomado el Arzobispo, sin título alguno, ciertas salinas y posesiones que siempre habían sido de los Estados de Baviera; y no podía ceder, porque aunque eran Estados suyos, pero no tan suyos que pudiese disponer de ellos. El religiosísimo Príncipe se valió de todos aquellos medios que le dictó su prudencia suplicando al Arzobispo, exhortándole, aconsejándole y aun amenazándole antes de llegar á la última razón del derecho, que son las armas. Á todo se hizo sordo el Arzobispo, sin dar oídos á razón alguna. Sentía mucho el Duque verse obligado á sacar la espada contra un prelado de la Iglesia. Se valió también del Nuncio de Su

1 También se llama *Salztburg*.

Santidad para que le persuadiese á la paz, restituyendo lo que había usurpado; pero en vano, pues á todo se negaba con la mayor osadía. Viendo tanta obstinación, tomó las armas el Duque para marchar al frente de sus tropas y evitar con su presencia los desórdenes, tan comunes en la milicia; y para esto llevó también consigo al Santo Lorenzo, que sirvió mucho en esta jornada para contener la tropa. El de Salisburg estaba también prevenido con crecido número de soldados; pero el Duque (á quien asistía el derecho y la justicia), como diestro capitán, dió el primer golpe á la mayor fortaleza, para que, vencida ésta, se allanasen las demás. Asaltó el presidio de Lauffen, fuerte por su situación y numerosa tropa que le guarnecía: y habiendo abierto brecha y puesto la bandera del Duque sobre la muralla, aún no quería rendirse la guarnición, contra todas las leyes de la milicia. Envió un corneta el Duque, amenazando con todo el rigor que prescriben las leyes si no se entregaban luego; pero obstinados en la defe[illegible] habiendo tomado á fuerza de armas l[illegible]taleza, mandó el Duque tocar á degüello y pasar á cuchillo toda la guarnición. Esta era una providencia muy justa y arreglada á toda razón; pero el Santo

Lorenzo, movido á compasión, suplicó al Duque suspendiese el castigo, que, aunque justo, siempre era con detrimento de muchos inocentes; y que *no era razón pagasen justos por pecadores.* El Duque se mantenía constante como General integérrimo; pero últimamente cedió como piadoso Príncipe, y perdonó la vida de aquellos miserables.

4. Vencida ya esta gran fortaleza, que era como antemural de todo aquel Estado, siguió con rápidos progresos, rindiendo á Ditmaring y las demás sin oposición alguna. Continuando felizmente la campaña, llegó en pocos días á marchas forzadas á Salisburg, con asombro de todos sus habitantes. Cercó la ciudad, y no teniendo fuerzas para resistir á tanto poder, fué preciso rendirse y abrirle las puertas. Entró el Duque triunfante y lleno de trofeos, y tomó prisionero de guerra al Arzobispo, que no tuvo tiempo para huir, tratándole con el mayor respeto y veneración. Le encomendó su seguridad, regalo y custodia al varón santo, que no quiso entregarle á capitán alguno, como es regular en estos lances. Prohibió severamente á sus tropas cualquiera mal tratamiento, saqueo ó contribución á los habitantes de la ciudad, dejando el gobierno político á quien le tenía

antes, y el eclesiástico y espiritual al cabildo de aquella ciudad. Arregladas las cosas con suma paz, envió el Duque á Roma al Arzobispo, para que Su Santidad juzgase en su causa. Quisiera el Duque que el siervo de Dios acompañara al prisionero Arzobispo en este viaje á Roma, para más decoro y consuelo suyo; pero considerando que su presencia en aquellas circunstancias era muy útil en Salísburg, quiso tenerle á su lado. Dispuestas y arregladas todas las cosas con el consejo del varón santo, se retiró el Duque con su tropa para no ser gravoso á aquella ciudad, y sólo dejó guarnición en dos plazas, teniéndolas en rehenes hasta el ajuste de las diferencias, el que se hizo después á satisfacción del Duque, volviéndole lo que le habían tomado. Portóse el Duque en todos los lances que ocurrieron con el mayor desinterés y piedad, porque depuesto el Arzobispo, ó renunciando esta dignidad, como otros dicen, y siendo la elección del sucesor privativa del cabildo de aquella iglesia, se la pusieron los canónigos en su mano para que eligiese Arzobispo y Príncipe á quien quisiese; y no obstante que tenía un hermano canónigo en aquella iglesia, y acreedor á esta dignidad, que valía cuatrocientos mil florines cada año, no

quiso admitir el Duque la elección, dejando al cabildo en posesión de su libertad. Habiendo concluído felizmente el Santo Lorenzo todas sus comisiones, se volvió á Baviera; y hallándose estimado en aquella corte de todos los Príncipes y Ministros extranjeros, y aun de los mismos herejes, no pudiendo contener el celo que ardía en su pecho por la salvación de las almas, determinó hacer en varias partes de Alemania aquella gran misión que se ha referido antes [1], para cuyo resguardo le señaló el duque de Baviera un capitán con una escolta de soldados.

5. También resplandeció la admirable prudencia de nuestro Santo Lorenzo en componer las ruidosas diferencias que sobre los Estados hereditarios hubo el año de 1608 entre el emperador Rodulfo y su hermano el archiduque Matías. Deseaba éste quedar dueño absoluto del Austria, Estiria, Moravia y Hungría. Ayudaba para sus intentos el mucho amor que le tenían los pueblos y el desafecto grande al Emperador, por verse dominados de los alemanes y trastornado el gobierno á causa de los muchos años [2] del Emperador, y haber sido

1 Cap. 7, núm. 2 y siguientes.
2 Rodulfo II gobernó el imperio treinta y cinco años.

siempre notado de poco hábil para el manejo de negocios graves. Decían unos, que estaba fanático; otros, que estaba iluso, y no pocos que estaba demente, sobre lo cual dijimos algo en otro lugar [1]. Juntó para esto el archiduque en Presboug los Estados de Hungría, y entró en esta ciudad acompañado de cien carrozas y doscientos caballos, con mucha comitiva. Salióle á recibir toda la nobleza húngara. Después llegaron otros señores y prelados eclesiásticos con muchas carrozas y aparato magnífico. Abriéronse las dietas, á las que presidió el Archiduque; y habiéndose tratado varios puntos sobre la paz que se había hecho con el turco, propuso sus intentos; y siendo los votos favorables dispuso, con las tropas que tenía á su mando, acercarse á Praga, donde residía el Emperador su hermano: y temiendo éste algún golpe del Archiduque, se previno para la defensa; y para detenerle envió al cardenal Detrinchstein; pero nada pudo conseguir del Archiduque. Juntó el Emperador en Praga los Estados de Bohemia y les mandó tomasen las armas; y habiéndose formado un muy lucido ejército, se alojó en Praga y sus contornos para defensa de su persona. El Archiduque llegó á

1 Cap. 6, núm. 14.

los confines de Moravia y le salieron á recibir los diputados del reino con cuatrocientos caballos, ofreciéndole socorro y fidelidad. De Moravia pasó á Bohemia, sin poderlo impedir el Emperador, y puso su campo á vista de Praga y muy cerca de las tropas del Emperador. Estaban ya para venir á las manos uno y otro ejército y cada día se iban levantando nuevas tropas y amotinándose los pueblos, unos á favor del Emperador y otros á favor del Archiduque; con que toda Alemania, y acaso toda la Europa, iba á perecer en guerras intestinas.

6. Para este lastimoso conflicto no se hallaba remedio alguno, pues aunque el Emperador había enviado á su hermano el Archiduque varios Príncipes para ajustar unas paces ó convenir en un armisticio, nunca pudieron convenir en una cosa. Hallábase en Praga nuestro Lorenzo, y conociendo el Emperador el gran concepto que de él tenía su hermano el Archiduque y la sigular prudencia para tratar asuntos arduos, le envió junto con el referido cardenal Detrinchstein con todas sus facultades, para tratar con el Archiduque. Llegó el varón santo á Zernahin, adonde se hallaba el Archiduque con sus tropas, y fué recibido con la mayor veneración y respeto,

alegrándose mucho el Archiduque y todos los Generales del ejército de su venida, y prometiéndose un buen éxito, como sucedió; porque proponiendo al Archiduque, con aquella eficacia y sabiduría de que el cielo le había dotado, las calamidades que traen las guerras, los desórdenes, culpas y escándalos que son inevitables, la ruina de las ciudades, el padecer de los inocentes con todos los daños que se siguen de azote tan terrible, no fué necesario muchas persuasiones para mover al Archiduque, pues la reverencia con que le miraba le obligó dulcemente á ponerse en sus manos para seguir su dictamen. Aconsejóle el varón santo que enviase al Emperador algunos sujetos de su confianza, para que en una Asamblea se tratasen en Praga sus pretensiones, prometiendo ser su protector con el Emperador su hermano. Convino en ello el Archiduque y nombró al conde de Stethain con otros señores de Bohemia, y entraron en Praga con quince carrozas y gran séquito de criados. Presentóse el Conde en la Asamblea y entregó en lengua bohema las pretensiones del Archiduque, y después pasó á besar la mano al César y le dijo de palabra la intención de su hermano; y reflexionando el Emperador sería mejor que

este asunto se tratase fuera de la Asamblea, para mayor brevedad señaló el lugar de Detbritz, cerca de Praga, adonde podrían juntarse cuatro diputados solamente de cada parte para que, sin estrépito, arreglasen los puntos sobre que se disputaba, nombrando desde luego el Emperador al dicho cardenal Detrinchstein, al P. Brindis y á otros dos señores; y conviniendo en ello el Archiduque envió por su parte cuatro diputados, y juntándose todos en Detbritz, después de varios debates convinieron en redactar diecisiete artículos, que se firmaron de ambas partes, y cesó la guerra. Entre los artículos fueron los principales: 1.° Que el Emperador cedía á su hermano la corona de Hungría con todas sus pertenencias. 2.° Que el Emperador daba á su hermano y sus hijos varones el Archiducado de Austria, sin reservación alguna. 3.° Que si el Emperador muriese sin hijos varones le sucediese el Archiduque en el reino y Estados de Bohemia. 4.° Que el Archiduque cediese al Emperador el condado del Tirol. 5.° Que el Archiduque y sus hermanos tuviesen la administración y gobierno de la Moravia.

7. Estos fueron los principales artículos, los que se aceptaron y juraron de una y otra parte, y concluída la dieta envió el

César á su hermano las insignias reales de Hungría, las que recibió con gran regocijo y ruidoso estrépito de artillería, é hizo un solemne convite á los comisarios del César, á que asistió el Palatino de Neuburg con otros muchos señores. Partió el Archiduque á Viena, donde fué recibido solemnemente, y después le prestaron juramento de fidelidad como á su legítimo Rey todos los Estados de Austria, estando presentes los archiduques Maximiliano y Leopoldo. Lo primero que hizo el Archiduque á instancia de los cardenales Melino y Forgatsi, y de su hermano el archiduque Leopoldo, obispo de Pasau, fué publicar un decreto en que prohibía severamente á los protestantes el uso público de su religión; pero los protestantes protestaron contra este decreto, lo que causó en adelante varias inquietudes. Después pasó á coronarse el archiduque Matías á Horn, ú Horna, villa no muy distante de Viena, donde se guarda la Corona real. Hallóse presente el siervo de Dios al lado del Archiduque, que no le quiso dejar hasta que, evacuadas todas las cosas, quedase la Alemania en paz. Fué esta coronación muy solemne y la pondremos como se halla en los historiadores, aunque con más brevedad. Por la mañana, al ruido

de la artillería, sacaron del castillo la corona real; y puesta en un carro triunfal dentro de un cofre cubierto de brocado, dieciséis banderas desplegadas y cuatro senadores vestidos á lo húngaro, cada uno en su ángulo, la llevaron con gran solemnidad á la iglesia de San Martín y la colocaron en la sacristía; después llegó el Archiduque á caballo, vestido á lo húngaro, acompañado de su hermano Maximiliano y de otros grandes y señores. Llegó á la iglesia, y desde la puerta le llevaron dos Obispos á un sitial junto al altar, precediendo diez banderas enarboladas. Celebró de pontifical el cardenal Forgatsi, asistido de muchos Obispos y Prelados. Acompañaron al Archiduque el conde Badiano con la Cruz; el de Feseich con la paz; el de Turso con la espada desnuda; el de Endeodi con el cetro; el Palatino con la corona. Dicha la epístola le puso el Cardenal la corona, y el pueblo empezó á gritar: *¡Viva el rey de Hungría!* Después de la Misa tomó la espada y la levantó tres veces en forma de cruz; y ejecutadas otras ceremonias subió á caballo, y saliendo por la puerta de San Miguel llegó á una columna, donde prestó juramento á los húngaros de guardar sus privilegios; y acabado fué al castillo, donde

comió con todos aquellos señores y prelados. Al pueblo se dieron doce toros y doscientas botas de vino, y el Archiduque se retiró á Viena. Pacificada ya la Alemania, cuya grande obra se debe en la mayor parte al influjo y prudencia de nuestro Santo Lorenzo, continuó su ministerio de la predicación evangélica.

8. Al capítulo IV de esta historia, número 14, quedan referidas dos embajadas que hizo el varón santo: una de parte del pontífice Paulo V al emperador Rodulfo II, para tratar negocios gravísimos; otra del mismo Sumo Pontífice al serenísimo duque de Baviera, cuyas comisiones desempeñó con mucho acierto. Como era tan conocido el nombre de este Capuchino, *Brindis*, en toda Europa, y tan plausible su memoria, no se podía ocultar á los Príncipes, Emperadores y Reyes; y así, á porfía le buscaban para los asuntos graves y de la mayor consideración. Bien quisiera el siervo de Dios vivir retirado del mundo consultando con el Señor, en el silencio y soledad del claustro, su aprovechamiento espiritual. Deseaba mucho la salvación de las almas, redimidas con la sangre de Jesucristo. Anhelaba con fervoroso celo la reducción de los herejes, cuyos piadosos intentos parece se frus-

traban con tantas ocupaciones, viajes y jornadas; pero sabía que no hay un solo camino para ir á Dios, y que no sólo con la predicación del Evangelio se aumenta la fe católica; y así se hallaba pronto á cualquiera empresa que la obediencia le ordenase á honra y gloria de Dios. Sabemos que fué á Parma llamado del serenísimo Duque, y le recibió con la mayor ostentación y grandeza, tratándole con sumo respeto y devoción. Los negocios que trataron serían, sin duda, muy graves, pues las consultas que tenía, ya con el Duque, ya con sus Ministros, eran tan largas y frecuentes, pero tan sigilosas, que nunca se han podido penetrar. También queda dicho en su lugar [1] cómo el emperador Rodulfo envió al siervo de Dios al duque de Mantua, y el castigo que el cielo envió al Duque por no haber oído al varón santo. En fin, si hubiésemos de referir en alabanza suya, y con la extensión debida, las empresas grandes de este insigne héroe, era necesario que la fama gastase todo su aliento hasta peligrar el bronce en la vehemencia del grito: basta decir que los Soberanos y Príncipes, deseando tenerle consigo para su dirección y consejo, se valían de la autoridad y favor del Sumo Pon-

1 Cap. 15, n. 9.

tífice. De esta verdad da claro testimonio el rescripto del Papa Paulo V, que citamos más abajo [1], en que Su Santidad concede al serenísimo señor duque de Baviera, que después que venga de España el siervo de Dios le pueda tener en su compañía. Últimamente podemos asegurar que toda su vida la empleó en gloriosas fatigas y afanosos cargos en beneficio de la Iglesia santa, pudiéndosele aplicar el bien merecido elogio de *Sol benéfico de su siglo*, pues apenas hubo región ó clima que no alumbrase con su virtud, doctrina y ejemplo. Italia, España, Francia, Alemania, Bohemia, Sajonia, Hungría, la Stiria, el Austria, el Tirol y otras muchas provincias vivirán perpetuamente agradecidas al siervo de Dios, pues á todas alcanzó la luz de este benéfico astro de la Iglesia santa. Le solicitaban las ciudades más ilustres para ocupar sus púlpitos; le buscaban los Pontífices y Cardenales para consultas y negocios graves; le llamaban los Reyes, Emperadores, Príncipes y

1 Paulus Papa V, etc. Sicut á Nobis postulavit Nobilitas tua, potestatem fecimus dilecto filio Laurentio Brundusino, Ordinis Capuccinorum ex Hispaniis remeanti, manendi apud te. Valde desideramus in omnibus, quae cum Domino possumus, tibi gratificari, potissimum autem in his rebus, quibus pietatem, et religionem tuam foveri, et adjuvari posse existimamus. Dominus tibi cuncta prospera, etc. Ex Bullarium Ordinis Capuccinor. Tom. 4, pág. 154.

Soberanos para dirección de sus Estados y reinos, porque todos sabían la admirable prudencia, sabiduría y consejo que reinaba en él: todos confesaban ser un varón en quien residía el Espíritu Santo como en propio templo y habitación gustosa, y consiguientemente estar adornada su purísima alma de todos los dones sobrenaturales; por esta causa los pueblos enteros le seguían para lograr su bendición, y con ella muchas felicidades espirituales y temporales. No le detenía, para hacer bien y consolar á sus muy amados hermanos, ni la distancia de los lugares, ni los trabajos del camino, ni los achaques que padecía, ni la salud quebrantada con ayunos, cilicios y penitencias, ni la avanzada edad, que abrumaba su santo cuerpo. Ni es menos deudora á este insigne bienhechor nuestra España que otras provincias y naciones del orbe. Tres veces logró de su venerable presencia: la primera cuando, siendo General, visitó las tres provincias de Cataluña, Valencia y Aragón, dejando en ellas muchos ejemplos de virtud y santidad: la segunda cuando vino por el Emperador con el honroso carácter de Embajador cerca de Felipe III, y dejó echados los primeros cimientos á esta santa provincia de la Encarnación de las dos Castillas;

y en esta ocasión se efectuó la expulsión de los moriscos, que hacía tantos años que se trataba de ello, sin atreverse á poner en ejecución por tantos inconvenientes y dificultades, que, según juzgaban los teólogos, canonistas y políticos, habían de originarse de tan ardua empresa; pero nuestro insigne héroe (cuyas palabras las veneraban como oráculos) desató con su prudencia y consejo esta cuestión reñida, como se dijo en otro lugar. La tercera vez que vino á España fué cuando todo el reino de Nápoles le nombró su Embajador extraordinario cerca de Felipe III; y en esta última jornada, que lo fué también de su preciosa vida, dió la mayor muestra de su amor á los españoles, pues vino á dejar sus sagradas reliquias entre ellos, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XX

Viene á España el Santo Lorenzo como Embajador extraordinario cerca de Felipe III por el Reino de Nápoles; pasa á Lisboa, donde estaba la corte, y le hospeda en su palacio el Excmo. Sr. don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca.

LA sazón de la mies que llenó de fértiles granos la fecundidad de la tierra, parece está llamando á la hoz, instrumento que la habilita para enriquecer las trojes. Era la vida del Santo Lorenzo al modo de una copiosísima mies que, por la serie de sus años y larga edad, y más por la perfección y madurez de sus virtudes, había conseguido el candor, vestídose de la blancura y llegado á la última disposición para ser reservada en la celestial cámara del Empíreo. Había imitado este ilustre varón, viviendo, las virtudes de Jesucristo en cuanto pudo: había seguido sus sagradas huellas, y las siguió é imitó muriendo en constante puntualidad. La obediencia y la caridad llevaron á Jesucristo á la muerte, que ocasionaron también al Santo Lorenzo la obediencia y la caridad, cerrando estas dos heroicas virtudes el período empezado y continuado por las demás.

2. Había nacido al mundo este gigante espíritu para andar en perpetuo giro, del modo que los planetas mayores rodean con fogosa inquietud el cielo. Hallábase el reino de Nápoles, por los años de 1617, en la mayor consternación que puede imaginarse; pues no sólo padecía la capital ilustre del reino, sino también las ciudades y pueblos; todo era opresión en el Gobierno, injusticias, crueldades, inquietudes, y sobre todo perturbadas las conciencias y vacilante la religión católica. Habían tomado los Senadores varios medios para atajar tanto mal; pero en vano, pues creciendo cada día más y más los excesos, iba todo el reino caminando precipitado á su ruina. Juntáronse los Senadores, y conociendo que sólo el rey católico Felipe III podía remediar tantos daños, determinaron enviar un Embajador á su majestad católica para tratar un asunto tan grave y serio; luego se les ocurrió que para aquel negocio no había sujeto más apto que el Santo Lorenzo. Sabían la gran prudencia con que Dios le había dotado para el manejo de materias graves y arduas empresas. Sabían también el aprecio grande que hacía Felipe III de su virtud y prendas, y luego le eligieron unánimes; pero temiendo que no admitiera el

nombramiento si la obediencia no se lo mandaba, escribieron al General y al Cardenal protector de la Orden (sin dar parte al varón santo) para que se lo mandase. Conociendo éstos la necesidad, luego le enviaron sus letras, mandándole estrechamente admitiese aquel honor y luego se partiese á España.

3. Hallábase el siervo de Dios en camino para Brindis, su patria, con el fin de visitar el convento de Capuchinas, que con regia liberalidad y magnificencia acababa de fundar el serenísimo señor duque de Baviera, y le había suplicado al varón santo fuese á visitarle para que con su vista examinase la fábrica, alhajas y muebles que había puesto, y le informase de todo. Luego que recibió las órdenes de sus prelados quedó sorprendido con esta novedad; y viendo la causa tan justa y que lo pedía así la caridad, sin reparar en cosa alguna dejó el camino de Brindis y tomó el de Nápoles; de suerte que la caridad y la obediencia fueron los móviles de esta jornada, quien obró en todos los asuntos, y últimamente quien le condujo al sepulcro y le adquirió la última corona, siendo víctima agradable de estas dos heroicas virtudes. Enterado de los negocios que había de tra-

tar con el Rey y recibidas las credenciales, se embarcó por Octubre del año de 1618, tomando por compañeros al P. Fr. Jerónimo de Casalbono y al P. Fr. Juan María de Monteforte, sacerdotes. Pero antes quiso despedirse de su amado en Cristo el duque de Baviera, y le escribió una carta en que se lee con mucha luz el espíritu profético del varón santo, y que aquella era la última despedida. Dice así:

«JESÚS MARÍA

»SERENÍSIMO PRÍNCIPE:

»Ya había comenzado á practicar el de»signio de vuestra alteza y las órdenes que »recibí de visitar la iglesia y monaste»rio de las Capuchinas, que con real mag»nificencia ha fabricado la gran piedad de »vuestra alteza. Pero el cielo ha puesto »un obstáculo á mis intentos, inspirando á »los señores principales de Nápoles y de »todo el reino encargarme de parte suya »y de Su Santidad una importante comi»sión para con su majestad católica. Habien»do yo conocido claramente que era vo»luntad de Dios que ayudase á sus justas »súplicas, me he vencido sin repugnancia »alguna y he omitido la primera idea, aun-

»que buena, por hacer otra mejor. Yo voy »animado de una viva confianza en la mise»ricordia de Dios, que este viaje sea el que »dará fin á las calamidades del reino de Ná»poles y *también á las miserias de mi vida.* Su»plico al Señor que en el cielo (adonde espe»ro también ser recibido *en este mismo viaje)* »dé á vuestra alteza serenisíma el premio »de sus virtudes, y que éstas se conserven »perpetuamente en sus ilustres descendien»tes. Amen. *Nos cum prole piabenedicat Virgo* »*Maria.* Nápoles 3 de Octubre de 1618.

»De vuestra alteza humildísimo siervo,

»Fr Lorenzo de Brindis.»

Por el contexto de esta carta se ve cómo el ilustrado varón santo supo que aquel viaje había de ser el último de su vida, y que en él daría fin á las miserias de este mundo. Embarcóse, finalmente, y costeando (cuando lo permitía el mar, para no privarse de decir Misa) pasó por la torre del Greco, puerto de Terracina, puerto Longon y llegó á Génova; y sabiéndose ya en España la embajada del varón santo, se alegró mucho el rey Felipe III de la venida de su amado Fr. Lorenzo, á quien deseaba ver y tratar como antes. Dió luego orden para que en las galeras de España que había en

aquel puerto se le trajese con el mayor regalo, tratándole con la distinción que merecía su venerable persona y honorífico carácter de Embajador. El comandante de las galeras, luego que recibió de la corte de España la referida orden, pasó inmediatamente al convento de Capuchinos y la hizo presente al siervo de Dios, ofreciendo su persona y toda su escuadra en nombre de su soberano el Rey católico, y quedaron de acuerdo que en cesando el tiempo, que era muy malo, se harían á la vela.

4. Continuó el mal tiempo, y en este intermedio se halló el Santo Lorenzo con una contraorden del Cardenal protector en que le mandaba no continuase su viaje. Recibió la obediencia con humilde resignación, aunque se persuadió que era trama de Lucifer, que quería impedir aquella grande obra por ser tan del agrado de Dios. Los compañeros lo sintieron mucho; pero los consoló el Santo diciendo que se vencerían todas las dificultades y conseguirían el fin de su embajada; y así se cumplió, pues habiendo llegado á noticia del Rey que se suspendía la embajada lo sintió mucho, por ser ya pública en la corte de España y saber todos que venía el varón santo por ministro de ella. Supo el Rey de dónde depen-

día el estorbo, y envió orden á su Embajador de Roma que, á nombre de su majestad católica, pidiese á Su Santidad nueva obediencia, en que mandase á Fr. Lorenzo estrechamente que continuase su comisión sin estorbo alguno. Así lo concedió Su Santidad y así lo ejecutó el varón santo; y habiendo comunicado con el comandante de las galeras (el cual tuvo orden del Rey para detenerse hasta traerle á España), determinaron el día para embarcarse después de haber estado en Génova más de tres meses. Desde Génova fueron costeando por el Mediterráneo, pasando por *Puerto de San Lorenzo* y *Puerto Mauricio*, y venciendo los peligros del famoso *Golfo de León* llegaron felizmente á *Barcelona*. Aquí debía hacer alto la pluma y referir los muchos milagros que por mar y tierra obró el Señor por su siervo, en que mostró su majestad ser de su agrado esta embajada, y podemos decir sin ponderación que todo el camino, desde que salió de Nápoles hasta que llegó á Barcelona, fué un continuado milagro. Véalos el curioso lector en la vida del Santo, escrita en italiano por el P. Fr. Buenaventura de Cocaleo [1] y Fr. Angel María de Rossi [2], que nosotros de intento los omitimos.

1 Cocaleo, *lib.* 3, *cap.* 2, 3 y 4. 2 Rossi, *lib.* 3, *cap.* 2.

5. Luego que arribó el Santo Lorenzo á Barcelona y se reparó de las fatigas del mar, tomó el camino para Castilla, y pasando por Zaragoza por el mes de Marzo, llegó á Madrid á principios de Abril de 1610; y hallando que el Rey con su corte había salido el día 20 y pasado á Lisboa á tomar posesión de aquel reino, se puso luego en camino para Portugal, pues los negocios eran arduos y de la mayor entidad, y no pedían espera. Casi todo este dilatado viaje, desde que salió de Nápoles hasta Lisboa, fué trabajosísimo para el siervo de Dios, pues afligido de la gota algunas veces, ni aún podía moverse; y gran parte del camino tuvo que andar á caballo, subiéndole entre dos ó tres, y esto á costa de agudísimos dolores; pero no reparaba, haciendo á Dios gustoso sacrificio de su salud y aun de su vida por la caridad y obediencia. Llegó últimamente á Portugal, y sabiendo que el rey Felipe III estaba en Belén (palacio poco distante de Lisboa) hasta que se dispusiesen las magníficas funciones de su entrada en aquella corte, se retiró el varón santo á una rústica y pobre aldea, huyendo del aplauso sin dar noticia de su llegada. Vivía incógnito, mendigando de puerta en puerta el corto alimento que para él y sus

compañeros era necesario; y como no eran conocidos de aquellos pobres aldeanos y su miseria era mucha, padecía el siervo de Dios no poca penuria aun de aquellas cosas precisamente necesarias; pero mientras más pobre, más gozoso y alegre por vivir más conforme á su instituto y profesión religiosa, sin permitir el varón seráfico que su empleo de Embajador ofendiese á su pobreza santa. ¡Raro espectáculo! ¡Ver pedir de puerta en puerta un bocado de pan á un Embajador del Rey católico! ¡Vivir incógnito entre rústicos aldeanos un sujeto tan visible y conocido en toda la Europa!

6. Lleno de gozo espiritual estaba nuestro Santo Lorenzo entre estas incomodidades hasta que llegase el tiempo de la entrada del Rey en Lisboa, para tratar allí los negocios de su embajada. Pero como la luz no puede estar escondida, no faltó alguno de los cortesanos que, sabiendo la venida de los Capuchinos á aquella aldea y la vida ejemplar que hacían, movido de curiosidad, supo quiénes eran, y publicado por la corte corrió luego la voz, y con ella un gozo universal de todos los cortesanos. Estaba aún viva é impresa en los corazones de la nobleza española la memoria de Brindis cuando el año de 1609 vino por primera

vez Embajador á la misma majestad de Felipe III. Estaba muy presente la fama de sus virtudes y milagros, con que fué grande la alegría y conmoción de toda la corte; pero quien participó más de este júbilo fué su grande amigo y especialísimo bienhechor el marqués de Villafranca, don Pedro de Toledo. Luego que su excelencia lo supo fué á la aldea en alas de su devoción, y, dando tiernos abrazos al siervo de Dios, le trajo á su palacio con sus compañeros, dándole amorosas quejas por no haberle avisado de su venida. Pasó inmediamente su excelencia á Belén á dar parte á su majestad, quien se alegró infinito, pues le tenía con cuidado su tardanza. Aquí se renovaron en el Monarca aquellas llamas del divino amor que el siervo de Dios solía encender en aquel corazón piadoso y justo, y, no pudiendo resistir más dilación, dió orden para que al siguiente día hiciese la entrada pública con todas las solemnidades que se acostumbran con los demás Embajadores, sin reparar en que aún no había tomado posesión del reino [1].

7. Así se hizo, y salió del palacio del

1 La reina D.ª Margarita de Austria, á quien el Santo Lorenzo había dirigido y confesado siendo niña, había ya muerto el año de 1611.

Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo acompañado de toda la nobleza en magníficas carrozas, en lucidísimos coches, en fin, con toda aquella magnificencia y ostentoso aparato que se acostumbra en semejantes casos. Pero, ¡oh mutación extraña! ¡Ver hoy tan obsequiado de los nobles cortesanos al que ayer era despreciado de unos rústicos aldeanos! ¡Al que ayer pedía una limosna de puerta en puerta, verle hoy entre tanta magnificencia! Adoremos las providencias del Altísimo. Iba, pues, nuestro Lorenzo entre tanta grandeza, anegado todo en su misma nada, lleno de confusión y vergüenza; y aunque su presencia era grave y majestuosa, que daba bien á entender el carácter noble de su empleo, se traslucía por su venerable aspecto la humildad profunda de su bendita alma. Llegó á palacio, donde ya estaba el Rey esperando con muchos deseos de verle. Recibióle con tan singulares demostraciones de cariño, que parecía se había olvidado de su majestuosa entereza. Cumplió el varón santo con las ceremonias serias de este acto, y entregadas las credenciales y habiendo pasado entre los dos amorosos recuerdos de la embajada primera, le despidió el Rey diciéndole que después de comer volviese á audiencia se-

creta. Concluída esta función, se volvió con el mismo aparato al palacio del marqués de Villafranca, donde estaba dispuesta una gran mesa para todos los asistentes, en que mostraba su excelencia el especial regocijo de tener en su casa un huésped tan de su aprecio y de su mayor veneración, y, en fin, logró su excelencia la dicha de tener en su casa un santo, y con él lógró también un cúmulo de felicidades para sí y para su familia, como veremos después [1]. Tuvo su excelencia muchos envidiosos de esta fortuna, y así querían llevársele á sus palacios algunos señores, conociendo su gran santidad y relevantes prendas; pero entre todos, ninguno más acreedor que su excelencia el marqués de Villafranca, pues el conocimiento práctico de sus virtudes era muy antiguo y venia de muy lejos; nada menos que de Milán, la Lombardía y el Piamonte, donde su excelencia le había tenido á su lado y era su director en todos los negocios gravísimos que ocurrieron, ya en la paz ó ya en la guerra, siendo testigo de muchos prodigios y milagros.

8. Llegó la hora de comer, y sentándose á la mesa entre los grandes fué su comida, como acostumbraba siempre, de frutas y

1 Cap. 21, n. 11.

legumbres, diciendo, para ocultar su mortificación, que estaba hecho su estómago á aquellas comidas ligeras, y salir de ello era contra su salud. Así depone un testigo de vista en los procesos que se formaron en Villafranca [1]. En aquella comida grande, grande por su opulencia, grande por su riqueza, grande por su abundancia, grande por su esplendidez, grande también por los grandes personajes que la componían, y mucho más grande por la magnificencia de aquel gran corazón de D. Pedro de Toledo, que lleno de espiritual júbilo le parecía todo poco para honrar á su venerado huésped; en esta gran mesa se admiraba con edificación de todos la moderación y abstinencia del noble Embajador por quien se hacía aquel espléndido banquete Pero era muy de notar la afabilidad y prudencia del varón santo, sin mostrarse ceñudo ni displicente, antes bien con todos estaba alegre y placentero. Luego que se acabó la comida fué á palacio el siervo de Dios, como se lo había mandado el Rey, y éste le recibió con las mayores demostraciones de afabilidad y cariño. Se retiraron solos al gabinete secreto. Duró esta audiencia tres horas, sin saber lo que en ella se trató; sólo

1 **Proceso de Villafranca, año de 1630, fol. 14.**

se pudo colegir del rostro placentero del Rey la alegría grande que había tenido de verle. Al despedirse, le dijo el Rey con palabras cariñosas: «Venid, padre, á verme »con frecuencia sin que yo os llame, pues »tendré mucho gusto en veros y en cual»quiera ocasión seréis recibido con mil »amores; venid con confianza, que no se os »detendrá en ninguna parte, pues para vos »nada hay reservado y así lo he mandado »á mis guardias». De esta grande estimación y singular favor de nuestro católico monarca deponen varios testigos de vista en los procesos de Villafranca [1]; y es cosa muy rara y favor á pocos concedido y de que apenas se hallará ejemplar en las historias. Visitó también á las personas reales, y en particular al Príncipe de Asturias, á quien después veneró el mundo monarca de las Españas con el nombre de Felipe IV. Fué recibido de su alteza con mucho agrado; y habiéndole tratado su ayo el excelentísimo Sr. D. Baltasar de Zúñiga, y viendo en él un gran fondo de virtud y un admirable cúmulo de prendas, quedó muy aficionado al varón santo y le visitaba frecuentemente, confesando que no le trataba vez alguna que no saliese de su presen-

1 Proceso de Villafranca, año de 1630, fol. 11 y 19.

cia lleno de luz, edificación y ejemplo. El conde de Malvezi, milanés, que había tratado al Santo en Italia, se alegró infinito de su venida y le visitaba frecuentemente.

9. Luego que se publicó en Lisboa la llegada de un Embajador tan famoso en santidad y milagros, concurría á visitarle en tropel la nobleza del reino de Castilla y de Portugal, y puestos de rodillas le pedían la bendición para su consuelo; pero no sólo la nobleza, sino toda clase de gentes venían atraídos de la fama, atropellándose unos á otros, de suerte que, ó la curiosidad ó la veneración, dejaban desatendido y aun quejoso el respeto, padeciendo la humildad del varón santo un tormento de honra sucesivo. Pero no sólo el estado secular le buscaba y visitaba al Santo Lorenzo, sino también el estado eclesiástico, así regular como secular. Era entonces en Lisboa extraño el hábito Capuchino, y mucho más el que un pobre religioso tuviese el alto carácter de Embajador. Vieron la entrada pública y solemne, sabían el grande aprecio que hacía el Rey, la veneración con que le trataba el marqués de Villafranca y sobre todo la gran fama de santidad que se había divulgado en toda la corte. Movidos de esto le buscaban prela-

dos graves de las religiones, prebendados de la iglesias, señores Arzobispos y Obispos que habían concurrido á la corte con motivo de la coronación del Rey. Todos á porfía le buscaban y todos salían de su presencia muy edificados. Visitóle el arzobispo de Ebora, y después de haber dicho del santo embajador mil elogios, añadió: «Sólo la presencia de este Capuchino basta para persuadir lo más arduo, y sólo un San Pablo podrá excederle en majestad y respeto». Vivía el siervo de Dios mortificado entre tantos aplausos y quisiera volverse al retiro de la primera aldea y trocar la brillantez de la corte por aquella santa rusticidad; pero fué preciso rendirse á la obligación, y sacrificar su voluntad propia por el bien ajeno. Iba ya acercándose la antorcha luciente de su preciosa vida á su feliz ocaso, y como que presentía ya este lance buscaba con solicitud más que regular el retiro, para gozar de él y disponerse á la última jornada. El marqués de Villafranca, que deseaba complacerle y darle gusto en todo, le preparó la habitación para él y sus compañeros en un sitio cómodo, pero retirado de su palacio, para que allí pudiese tener más quietud, encargando á los criados destinados á su asistencia que no le molestasen

á no ser cosa precisa. Este gran bienhechor del Santo Lorenzo vivía lleno de una santa vanidad por tener consigo á un santo; cuidaba de su quietud, atendía á su regalo, miraba por su alivio, solicitaba su descanso, y, lo que más es, le servía personalmente (aunque con gran repugnancia del varón santo); y esto con la mayor veneración, como pudiera un criado el más ínfimo de su casa. Todos los días antes de salir de casa tomaba la bendición del siervo de Dios postrado á sus pies, y lo mismo hacía su hijo D. García, duque de Fernandina; y por la noche antes de recogerse repetía esta misma diligencia. No pocas veces le ayudaba á Misa su excelencia con la mayor ternura y devoción, no obstante lo mucho que tardaba en ella; y cuando su excelencia no podía, lo hacía el duque de Fernandina su hijo. Aquellos ratos que podía su excelencia, sin incomodar al santo varón, los empleaba en comunicar secretamente con él las cosas de su conciencia y negocios de sus Estados, hallando siempre en su trato dirección y acierto. Quisiera su excelencia no apartarse un punto de su presencia por el gran consuelo que hallaba en su trato, y decía lleno de alegría: «Dios ha traído á es»te santo religioso á mi casa para mucho

»bien de mi alma». El duque de Fernandina se aficionó tanto al siervo de Dios, que le acompañaba siempre que salía, sin dejarle un punto. Á este gallardo joven amaba mucho el Santo Lorenzo por sus nobles prendas y por ser hijo de un tan devoto suyo; le sanó de una enfermedad mortal y le anunció mil felicidades y gloriosas victorias, como queda dicho en otro lugar.

10. Continuando el Santo Lorenzo su comisión, visitó varias veces las personas reales, que le pedían con mil instancias lo hiciese con frecuencia. Eran hijos de la reina D.ª Margarita de Austria, ya difunta [1], á quien siendo niña había dirigido y confesado el siervo de Dios, y por eso los amaba mucho en Jesucristo. Era digno de admirar ver la veneración y respeto con que estos Príncipes trataban al varón santo. Quiero poner las palabras que sobre esto trae un escritor de la vida de Brindis [2]. «Era »tanta la veneración que su cristiano padre »Felipe III les había infundido en obsequio »del siervo de Dios, que acordándose más »de ser cristianos que de ser Príncipes, sa- »lían acompañando al P. Lorenzo más tre- »cho del que les permitían los fueros de

1. Murió el año de 1611.
2. Fray Matías de Marquina, *lib.* 4, *cap.* 1, *vida manuscrita.*

»soberanos, y postrándose á sus pies le besa»ban la mano y recibían su bendición de»jándose llevar del olor suave de su santi»dad, con que pisaban los márgenes y lími»tes de la razón de Estado; y sintiendo su »ausencia, le decían»: *Padre, volved luego, no »tardéis en venir.* Y exclama aquí con ponderación y asombro el citado autor, y dice: «¡Oh acendrada cristiandad de la corona de »España! ¡Oh veneración católica con que »sus Príncipes nacen! ¡Qué diría (prosigue) »nuestro Pontífice Benedicto XIII si viera »y presenciara estos devotos pasajes! Diría »lo que en otra ocasión, hablando con los »príncipes de Italia. Confusión es haber »visto á un rey de España, siendo yo Obis»po de Benevento, con qué veneración y »respeto trataba á los ministros de Dios y »sacerdotes del Altísimo. Confusión es »(vuelvo á decir) ver esta demostración »en un Rey tan poderoso, y ver á un prín»cipe de Italia, quien sólo por ironía puede »tener el título de Príncipe, tratar á los »sacerdotes y aun á los Obispos con tanto »vilipendio, como si fueran criados suyos». Hasta aquí este autor, y hasta aquí lo sumo del aprecio que de las personas reales se mereció nuestro Brindis.

11. Faltaban pocos días de vida al varón

santo, y teniendo, sin duda, esto presente, procuró dar fin á su embajada para retirarse á morir con más sosiego. En breve tiempo tuvo cinco diferentes audiencias, pues como estaban abiertas y francas las puertas de palacio para el siervo de Dios, hasta lo más retirado del gabinete del Rey entraba, cuando le era oportuno, sin el menor embarazo. En estas audiencias descubrió á su majestad, con aquella energía y eficacia de que le había dotado el cielo, las calamidades, desórdenes, inquietud y desconsuelo en que quedaba el reino de Nápoles, esperando próximo y oportuno remedio de su real justificación, y que él correspondiendo á la obligación de su oficio y conocimiento, se lo pedía postrado á sus reales pies. «Negocio es este, Señor (decía), que no mira á »sola la posición y seguridad de aquella »opulenta corona; lo que es más y más dig»no de la atención de monarca tan religio»so, se ordena á la salud de las almas y á la »gloria de Dios». Concluyó el Santo, y el Rey, movido de sus informes, le dió palabra de poner oportuno remedio con la mayor brevedad. Y aunque antes de perfeccionarse la embajada se acabó la vida de su Ministro, consiguió por él la causa pública todo lo que podía conducir á su entera segu-

ridad, debiéndose toda la felicidad de aquel reino á la gran prudencia y santidad de nuestro Brindis, cuya memoria vivirá siempre gloriosa en los anales de Sicilia.

CAPÍTULO XXI

Última enfermedad y preciosa muerte del Santo Lorenzo en el palacio del Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y le manda embalsamar su excelencia por el honor debido al carácter de Embajador.

LLEGÁBASE ya el tiempo en que el tesón de la vida mortificada, celo del bien de las almas, predicación fervorosa y otras virtudes del Santo Lorenzo, diesen la última mano á sus altos méritos y cerrasen el período de su vida y el círculo de su corona con admirable perseverancia. En las eficacias de sus obras se daba á conocer la cercanía de su fin, como la luz que, cuando está más cerca de apagarse, esfuerza más sus resplandores, y como la piedra, que hace su movimiento más presuroso cuando se avecina más á su centro. Cinco audiencias del Rey había tenido en poco tiempo, acalorando los negocios de su embajada para que no quedasen en embrión por su muerte, que sentía ya muy cercana. Sabía,

sin duda, el siervo de Dios que esta era la última jornada de su vida, como lo escribió al serenísimo señor duque de Baviera y queda referido en el capítulo antecedente. También sabía que su muerte había de ser en Lisboa, patria ó provincia de San Antonio, como se dijo hablando del espíritu de profecía; y supo también el día y hora de su muerte, como veremos después. Cumplido ya (cuanto estaba de su parte) el negocio grave de su embajada, le acometió el día 2 de Julio una cruel enfermedad de disentería, la que le postró en una cama con acerbísimos dolores; pero, no obstante, en los primeros cinco días le permitió decir Misa, aunque contra el común dictamen de los médicos, que se admiraban de ver aquella sagrada animosidad y que pudiese estar aún medio cuarto de hora de pie; pero no es de admirar en el Santo Lorenzo, pues aquel santo sacrificio era la fragua ardiente de amor en que su corazón inflamado pasaba á ser holocausto, batiendo más finamente las alas de su afecto cuanto más de cerca registraba su feliz tránsito. Verdad es que en la Misa era lo más breve que podía, y no tardaba más que tres horas; pero agravándosele la enfermedad, fué preciso contentarse con recibir cada día la

sagrada comunión, por ser ciertísimo alimento de su alma y no pocas veces alivio de su cuerpo. Para esto uno de sus compañeros decía Misa en un oratorio próximo á la habitación donde estaba el siervo de Dios, y le daba la comunión, que el Santo recibía con un mar de lágrimas y ternísimas expresiones de piedad y devoción.

2. Informado el Rey por el señor marqués de Villafranca de la enfermedad de su amado, ó, por mejor decir, de su venerado Fr. Lorenzo, lo sintió infinito y mandó que de palacio se le asistiese con medicinas y cuanto fuese necesario; y también que sus médicos de cámara le visitasen y asistiesen como á su misma persona real. Al Marqués le dijo: «Avisadme con puntualidad de cualquiera novedad que haya, y »cuidad de ese santo Capuchino, que sentiré mucho se me muera». Mandó también al conde Malvezi, milanés (íntimo amigo del Santo Lorenzo), que le visitase con frecuencia y le diese aviso del estado de la enfermedad, y le ofreciese de parte de su majestad cuanto fuese de su alivio. Los médicos del Rey, habiendo observado con examen crítico los síntomas de la enfermedad, fueron todos de parecer que sanaría pronto. Del mismo dictamen eran todos; y

el conde de Malvezi, diciéndoselo al varón santo, le respondió, levantando los ojos al cielo: «Yo sanaré de esta enfermedad cuan»do vea á Dios; creedme, Conde, que esta »es la última: esta es la voluntad de Dios, »y se ha de cumplir». Replicó el Conde, y dijo: «Acordaos, P. Fr. Lorenzo, que el »conde Rugerio aún estuvo más malo, y »sanó. Ya me acuerdo (dijo el varón san»to); pero así como aquella fué voluntad »de Dios, así lo es esta; y en esto no tengo »duda». Recetaron una medicina muy costosa, y dijo el varón santo á los médicos: «Yo os doy infinitas gracias por la solicitud »que ponéis en procurar mi salud, y siento »se gaste en mí, que no merezco ni aun la »tierra que piso, una medicina tan costosa »y rica. Yo la tomaré por obedecer, pero »con el conocimiento cierto que ni esta »ni otra medicina me ha de sanar. Cum»plid vos con vuestro oficio, y cúmpla»se también la voluntad de Dios». Pasmáronse los médicos al oir estas palabras de un hombre á quien tenían por santo, y aún pensaban si la fuerza de los dolores le habría privado los sentidos, pues todas las señas ofrecían lo contrario de lo que el Santo Lorenzo decía; pero como en todo iba consiguiente, caminaron de allí en ade-

lante con mucha desconfianza, inclinándose más al dicho del varón santo que á las reglas del arte ni á las señas más claras y evidentes de las medicinas y efectos que causaban; de suerte que se veían obligados á decir que se moría cuando las señales todas eran en contrario.

3. Luego que el Rey supo el pronóstico de Fr. Lorenzo, creyó seguramente que se moría, teniendo sus palabras por oráculo. Mucho sentía este golpe el piadoso Rey; y no contentándose con el cuidado que ponía en que le asistiesen, quiso ir en persona á visitarle y despedirse de él, ó acaso á comunicar algún negocio grave; pero los grandes y ministros se lo impidieron, diciendo que aquel ejemplar abriría la puerta á otros muchos, que nunca los reyes de España habían visitado á ningún embajador. Entonces dijo el Rey: «Yo no voy á visitar á un »embajador, sino á un santo, y esto no es »indecoroso para un Rey». Pero no obstante se detuvo como prudente, aunque contra su voluntad. Igual era también el sentimiento de los Príncipes y los Infantes, y enviaban muchas veces á D. Baltasar de Zúñiga á visitarle. Lo mismo hacían en persona los grandes, los ministros y embajadores, lamentándose toda la corte de

tan fatal desgracia. Los reverendos Padres Observantes, como tan caritativos y muy atentos á los principios de la enfermedad, quisieron llevársele á su convento, alegando que en él estaría con más quietud y retiro, sin que le faltase nada para su preciso descanso y asistencia; y sin duda hubieran ejercitado su gran caridad con este Capuchino venerable, como lo han hecho con otros [1]; pero el celo y devoción del excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo no lo permitió, esmerándose tanto en su asistencia que no se apartaba un instante de su cabecera sino para el preciso descanso y cumplir con sus obligaciones, y entonces le substituía su hijo el duque de Fernandina, D. García de Toledo. Y no halla bastantes hipérboles la pluma para expresar la solicitud con que cuidaban del enfermo, siendo de suma edificación y ejemplo á toda la corte ver á estos dos grandes señores dedicados á la asistencia de un pobre Capuchino, cuyo favor tiene y tendrá siempre toda la Orden para el agradecimiento y pedir á Dios por tan ilustres bienhechores y por todos sus descendientes. Este es el fruto de la piedad y devoción.

4. Crecían los dolores y crecían tam-

1 Aún no habían fundado los Capuchinos en Lisboa.

bién los méritos de su paciencia y resignación. No había angustia que le pudiese apartar de Dios, con quien estaba íntimamente unido en vínculos de gracia y de caridad. Deseaba verse desatado y libre para estar con Cristo; pero la muerte suele llegar perezosa al que la aguarda, tanto como veloz al que no la espera. Entre tantos dolores y penas no se le oía queja alguna; y sólo levantando los ojos al cielo y respirando fuego de amor, solía decir algunas veces: «¡Oh amorosísimo Jesús, seáis para »siempre bendito y alabado!» Otras veces decía: «Reina de los ángeles y de los hom»bres, bendita y alabada seas ahora y para »siempre». Estaba sobre aquel pobre lecho todo extático y absorto. Pero cuando recibía la comunión, que, como se ha dicho, era todos los días, se veía su rostro tan encendido y su débil naturaleza tan vigorosa, que se calentaba en todos la esperanza de su vida, y se comunicaban, sin duda, al cuerpo algunos espíritus desde el alma. Cuando más afligido se veía de los dolores, solía consolar su pena con decir: «¡Jesús »mío, espero en vuestra piedad que me »habéis de recibir estas congojas». Cada día se aumentaba más el concurso de la nobleza á visitar al varón santo y pedirle

su bendición, aunque á costa de un insufrible martirio que agotaba todo su espíritu en llanto, sintiendo aquella excesiva veneración.

5. Continuaban los médicos en su puntual asistencia, según las órdenes del Rey, y aún no se persuadían, gobernados por las reglas del arte, de que el varón santo se moría, no obstante su aseveración, que sentía lo contrario. Ya se contaban quinoe días de su enfermedad, que eran otros tantos de un prolongado martirio, sin que de día ni de noche aflojase el rigor de los dolores; pero los llevaba con tal resignación, que aun en el semblante no lo manifestaba ni se veían en él aquellas impertinencias que son tan propias de un doliente, ni menos el desapacible ceño que aun en los más sufridos á cada paso se encuentra. Mantuvo siempre una gran serenidad en el rostro y una tranquilidad tan apacible, que al parecer desmentía lo grave de su dolencia. Tomaba sin repugnancia alguna las medicinas que ordenaban los facultativos, por más desapacibles que fuesen, aunque sabía de cierto que no le aprovechaban, sólo por obedecer y ofrecer este sacrificio á Dios, mortificando su gusto. Al Rey y á las personas reales se les daba cuenta todos los días

del estado de la enfermedad; y además de esto, los médicos le informaban al Rey personalmente de todo lo ocurrido. Desde este día 15 se fué agravando más y más la enfermedad y faltándole sensiblemente las fuerzas; y para endulzar la amargura de su mal pedía á sus compañeros le leyesen algunos ratos, con mucha pausa, la pasión de San Juan y otros libros sagrados en que hallaba singular consuelo, derramando ternísimas lágrimas y haciéndolas derramar á los presentes. Lo demás del tiempo lo pasaba como extático y en profunda contemplación. Ya sabían los compañeros cuándo le habían de dejar solo, y se retiraban, aunque sin perderle de vista. Además de los dos excelentísimos enfermeros D. Pedro de Toledo y su hijo D. García, se convidaron también con emulación santa D. Baltasar de Zúñiga y el conde Malvezi, los que también le asistían y acompañaban todo el tiempo que sus ocupaciones se lo permitían, confesando que sólo de ver al varón santo sentían en sus almas un gran consuelo espiritual.

6. Tenía siempre su corazón ocupado en la dulce tarea del amor divino, sin que las penalidades de la enfermedad fuesen parte para embarazarle en tan santo empleo.

Veíanle muchas veces incorporado en la cama, puestos en elevación los ojos, cruzados sobre el pecho los brazos y en una suspensión de sentidos tan profunda, que les diera susto, á no deslumbrar sus temores las luces que salían de su rostro, cuyos reflejos le hacían á un tiempo hermoso y venerable. Fueron, sin duda, muchas y grandes las misericordias que la poderosa mano de Dios obró en el discurso de esta dolencia en aquella alma purísima, aunque de su noticia nos privó su profunda humildad. Caminaba ya á toda prisa nuestro Santo Lorenzo buscando su feliz ocaso, de suerte que aun para los médicos se cerraron los pasos todos á la esperanza, conociendo ya la verdad de su vaticinio. Respiraba tan débilmente aquel grande espíritu de Lorenzo, que era menester llegar con frecuencia á reconocer si alentaba y experimentar una providencia milagrosa en cada respiración que salía. Iban alternando las congojas con algunos ratos de alivio, pero nunca con esperanza de vida. Era imponderable el dolor que causaba esta temida pérdida en el noble y piadoso corazón de D. Pedro de Toledo, que ya lloraba por muerto á su amado director, á su fiel consejero, á su ilustrado maestro y á su fidelísimo amigo y santo

compañero Fr. Lorenzo de Brindis, llegando á tanto su sentimiento, que ya no podía ponerse delante de él sin derramar muchas lágrimas, aunque procuraba, cuidadoso, reprimirlas. Cuando era necesario administrarle el preciso alimento ó medicina lo hacía de rodillas, aunque con disimulo, porque no lo conociesen; pero en lo interior nacía de un religioso impulso de veneración y culto. Igualmente los compañeros del varón santo, con toda la familia, estaban inconsolables.

7. Un día antes de partirse de esta vida, despejando el aposento, llamó á sus compañeros, y lleno de fervor su espíritu, les dijo las palabras siguientes: «Ya veis, »hijos míos muy amados, cuán cercano me »hallo á mi última resolución y camino »universal de los hombres todos: gracias »os doy con todo el afecto que puedo, por »la asistencia que os he debido. Dios os dé »la debida retribución de todo el cuidado »y trabajo que habéis padecido en aliviar »á este indigno consiervo vuestro». Y vertiendo copiosas lágrimas, prosiguió diciendo: «Perdonad, carísimos hijos, perdonad»me todas las molestias que os he causado »y el mal ejemplo que, con la tibieza de »mi poco ajustada vida á la perfección,

»que este hábito pide, he puesto á vuestros »ojos, y ayudadme con vuestras oraciones »para que consiga yo de mi Dios el perdón »de mis muchas culpas y pecados. Además »de esto os ruego con grande instancia, que »cuanto antes podáis, en falleciendo yo, os »vayáis á la presencia del padre Ministro »General y le deis en mi nombre gracias in»mensas, que doy también á toda la reli»gión por lo que siempre la he debido. »Pedidle en mi nombre, postrados á sus »pies, perdón de todos los delitos que has»ta aquí he cometido. Y decidle también »que pida en mi nombre perdón á todos »los religiosos de nuestra Orden, esparci»dos por todo el mundo, como lo hago pos»trado á los pies de todos, suplicándoles »perdonen á este mísero pecador». Fué copioso el llanto de que se llenaron los compañeros al oir estas humildes súplicas: llegábales tan al corazón la pérdida de tan amoroso padre que, impedida con los sollozo mismos la voz, no pudieron responderle palabra alguna.

8. Después de un breve rato, y recobradas un poco las fuerzas, continuó diciendo: «Considero, hijos míos muy amados, »vuestro justo sentimiento en mi muerte »y que quedáis solos en reinos extraños y

»distantes de vuestra patria y sin abrigo »humano, expuestos á muchos trabajos y »necesidades; pero confiad en la Providen»cia divina, y yo os doy mi palabra que no »os faltará en premio de tanto bien como »habéis hecho con este pobre pecador. »También os encargo que después de mi »muerte toméis esta cruz que traigo con»migo, y que me dió el señor duque de Ba»viera con la condición precisa que des»pués se la restituya, para colocarla en la »iglesia de las Madres Capuchinas de Brin»dis entre las demás reliquias que su al»teza ha puesto allí. Decid esto á nuestro »General; y con su obediencia y bendición »llevadla, guardándola con mucha diligen»cia hasta que sea colocada en dicho con»vento». Acabado este razonamiento se volvió al P. Fr. Jerónimo de Casalbono y le ordenó que suplicase al Padre General que diese licencia al P. Fr. Juan María de Monteforte para ir á Baviera á decir á aquel Príncipe serenísimo varias cosas de suma importancia que le comunicaría: y quedándose solo con el padre Fr. Juan María, que era su confesor, le impuso en cuanto había de decir secretamente al duque de Baviera de su parte, que sin duda serían asuntos gravísimos.

9. Amaneció el dia veintidós de Julio, dia de Santa María Magdalena, feliz y dichoso para el varón santo, en que se había de coronar de gloria, y funesto y triste para los suyos, porque perdían en él padre, director, maestro, consuelo y guía, y, en fin, faltaba de la tierra un santo. Entró por la mañana á verle su confesor el padre Fray Juan María, y recibiéndole con rostro alegre y placentero, le dijo el varón santo: «Padre muy amado: sabed que hoy es mi día, »día de mi nacimiento y día tambien de mi »muerte. En este día nací al mundo para »penas y trabajos; y en este día, dejando al »mundo sus penas y trabajos, tengo firmí»sima esperanza de nacer á Dios para vivir »con él eternamente. En este día más que »en otro necesito de vuestra ayuda y soco»rro. Mis fuerzas me faltan; suplid vos este »defecto. Una sola cosa os pido y encargo »mucho: y es que en la hora de mi agonía »repitáis muchas veces los dulcísimos nom»bre de Jesús y de María. Muero con la con»fianza que el Señor se ha de compadecer »de este pobre pecador, y que mediante su »misericordia le tengo de ver por una eter»nidad en la gloria. Yo os doy mi palabra »de no olvidaros en la presencia de Dios. »Y ahora disponed lo necesario para que

»yo reciba el Santo Viático, pues hoy el »ocaso del sol ha de ser también el ocaso de »mi vida; y ahora os suplico me oigáis de »confesión». Al oir estas palabras quedó como fuera de sí el P. Fray Juan María, y derramando copiosísimas lágrimas, sin poderlas contener, no sabía qué hacerse. Llegar llorando era afligir al enfermo; retroceder era faltar á la obediencia; quería apartarse á desahogar el ánimo, y no acertaba á hacerlo por no volver la espalda al venerable enfermo; tampoco tenía palabras con que poder explicarse; últimamente, recobrándose un poco y echando mano al disimulo, llegó á la cama y oyó de penitencia, absolviendo al siervo de Dios, que con copiosas lágrimas acreditaba pecados donde sólo había virtudes.

10. Para no retardar este solemne y sagrado acto de dar el Viático al enfermo y que no se hiciese público (dispuestas todas las cosas y conseguidas las licencias), dijo misa el padre Fray Jerónimo en el oratorio, después le llevó el Augustísimo Sacramento y se le administró en forma de Viático, disponiéndose el siervo de Dios para recibirle con todo aquel lleno de afectos y devoción que le era connatural; ni puede explicar la pluma el espíritu abrasa-

do y divinos ardores con que recibió la última vez á su dulcísimo Dios sacramentado; pero puede colegirse de la gran devoción y ternura con que celebraba el Santo Sacrificio de la Misa. Fué grande el concurso de la nobleza que asistió con luces á este sagrado acto; pues aunque se procuró ocultar, luego (sin saber cómo) se hizo público en la corte; y apresuradamente, movidos de un superior impulso, vinieron al palacio del marqués de Villafranca para asistir á esta función sagrada, llevados unos de la política y razón de Estado, por ser Embajador el enfermo, y otros por la gran devoción que le tenían. Era digno de admiración ver al siervo de Dios entre tantos dolores y angustias, con un rostro alegre y risueño, pronóstico, sin duda, de la gloria que le esperaba, ó acaso ardid de su gran prudencia para no ser gravoso á los asistentes; y así, enterrando su mal en la más escondida urna del silencio pudo vestir de alegría y de vivacidad el rostro de un difunto, de suerte que un cadáver inmoble, yerto y desfigurado, halló colores en el semblante y en la retórica para pintarse vigoroso y dibujar un retrato vivo sobre el fondo de un esqueleto.

11. Como el marqués de Villafranca

estaba encargado de dar cuenta á su majestad del estado de la enfermedad, fué inmediatamente á palacio, aunque con gran sentimiento, por saber había de ser esta funesta noticia de mucho desconsuelo para el piadoso corazón del Rey, como lo fué; pues al oirla, levantando los ojos al cielo, dijo: «Cúmplase la voluntad de Dios: id, »Marqués, y cuidad de su asistencia». Volvió á casa, y viendo que le iban faltando las fuerzas quiso antes despedirse del varón santo y recibir su santa y última bendición. Llamó á su hijo D. García, y entrando al cuarto los dos se postraron de rodillas delante de su cama, y el Marqués, entre gemidos y sollozos, dijo: «Padre mío: »bien conozco que no me he aprovechado »de los ejemplos y doctrinas que me habéis »dado, y me sirve ahora de no poca confu»sión; pero conociendo que es grande vues»tra intercesión para con Dios, os pido por »su amor que cuando os veáis en su pre»sencia os acordéis de este misero pecador »y seáis mi intercesor para que Su Majes»tad me perdone tantas culpas como con»tra su bondad he cometido. También os »pido os acordéis de mis hijos, para que no »pierdan á Dios. Tened presente mi casa y »descendientes para que el Señor los pros-

»pere y llene de bendiciones celestiales; y »últimamente os pido perdón si no os he »tratado y asistido con aquel cuidado y es»mero que os es debido y yo tengo obliga»ción; y ahora, Padre mío, por última des»pedida... Y no pudiendo contener las lá»grimas, sólo dijo: dadme vuestra santa »bendición, y adiós, Padre mío...» Al oir estas palabras el varón santo no pudo menos de enternecerse, y con un rostro lleno de afabilidad, levantando sus ojos al cielo, le dijo: «Yo, señor, me reconozco muy obli»gado por tantos favores como he recibido »de vuestra cristiana liberalidad, los que »tengo y tendré muy presentes, en particu»lar los que he recibido en esta mi última »enfermedad. El Padre de las misericor»dias os pague con larga mano tanta cari»dad. Yo os doy palabra que si, como espe»ro, logro la dicha de ver á Dios, seré vues»tro protector y medianero para con el »Señor y pediré lo que me habéis encomen»dado para vos, para vuestros hijos y des»cendientes; y esperad en su misericordia »veréis cumplidos vuestros deseos...» Y aquí, fijando con expresión los ojos en las corrientes de los siglos, desde las márgenes del Tajo, donde se hallaba vestido de luz el pensamiento, dijo: «Y no dudéis que el

»Señor derramará sobre vuestra familia li»beral sus misericordias, y que vuestra ilus»tre casa irá creciendo en poder hasta ser »de las más gloriosas de España. Y ahora »recibid la bendición de Dios Omnipoten»te, la que deseo se extienda según mi afec»to, no sólo á los presentes, sino á todos »vuestros sucesores y descendientes». Y aquí, incorporándose en el lecho del modo que pudo, y levantando el brazo, formó la señal de la cruz y bendijo al Marqués y á su hijo; y en ellos á toda su descendencia, significando con singular ternura la suprema felicidad que á todos les deseaba. Levantóse el Marqués, y besando la mano al varón santo, éste le echó sus amorosos brazos; y estrechándose aquellos dos amantes corazones se despidieron entre afectuosas demostraciones, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que vertían.

12. Salióse llorando el Marqués y se retiró á su gabinete, lleno de tristeza y desconsuelo, á continuar su dolor. La familia toda de su excelencia, que á imitación de su amo veneraban al varón santo, se juntaron y pidieron al P. Fr. Juan María les introdujese al cuarto del enfermo para que les diese la última bendición; hízolo así, por juzgar acreedora aquella devota

familia; y puestos de rodillas, los bendijo el siervo de Dios con la mayor humanidad y cariño. Lo restante de la mañana hasta mediodía pasó con suma tranquilidad de espíritu, como si estuviera en un profundísimo éxtasis. Poco después de mediodia pidió á sus compañeros la santa Unción; y conociendo era justa la petición, se la administraron, incorporándose para esto en la cama, venciendo la exorbitancia de su fervor los extremos de su flaqueza. Respondía con mucha devoción á las oraciones y preces de nuestra santa madre la Iglesia. Después de haber recibido este santo Sacramento tuvo una especie de rapto ó deliquio que le duró una hora; volvió de él, y, vestido su rostro de una singular alegría, en que desmentía estar próxima la muerte, repetía con mucho gozo las palabras del Apóstol: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo.* Y alternando con los dulcísimos nombres de Jesús y de María, en que hallaba mucho consuelo, se iba acercando á su dichoso fin. Faltábale ya el aliento para hablar; y haciendo señas á su compañero el P. Fr. Juan María, le dijo: «Ahora, Padre mío, necesito »de vuestra ayuda». Empezó luego á exhortarle, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesús y de María, como se lo había pedido

el enfermo; y compuestas en modo religioso las manos, fijando en una imagen de Cristo crucificado los ojos, los volvió á bajar, como para un dulce sueño; y de allí á poco, sin movimiento alguno violento y con la mayor quietud, como si fuera un dulce rapto, entregó su espíritu al Señor al ponerse el sol, como lo había profetizado, el día 22 de Julio del año de 1619, á los sesenta años de edad y cuarenta y cinco de religión, día de santa María Magdalena y día mismo en que nació el año de 1559.

13. Murió, en fin, el amado de los pueblos Fr. Lorenzo de Brindis, General que fué de los Capuchinos, Embajador cerca de varios Príncipes de la Europa y dos veces de nuestro católico monarca Felipe III. Murió el Santo, el adorado de las gentes, el respetado de los Principes, el venerado de los Reyes, el temido de los malos, el consuelo de los buenos, el invencible en los ejércitos, el terror de los turcos, el azote de los herejes y confusión de los incrédulos. Murió el sacerdote más santo, el predicador más fervoroso, el escritor más sabio, el más instruído en divinas y humanas letras y el más versado en las lenguas. Murió el consejero de los Príncipes, el árbitro de los negocios más arduos, el obrador de mila-

gros. En fin, murió el Ministro más útil y provechoso que tuvo la Iglesia en aquellos tiempos, y para que por las señas exteriores podamos rastrear algo de aquel grande espíritu que animaba su cuerpo, pondremos, aunque en bosquejo, su retrato. Desde joven empezó á ser de corpulenta estatura, de suerte que, ya mayor, descollaba sobre todos en cualquiera concurso; su rostro, apacible y grave; el color era, por lo regular, entre blanco y encarnado, pero en los últimos años tiraba á pálido por el rigor de sus austeridades y continuos trabajos; sus ojos, negros, rasgados y majestuosos; la frente, despejada, el cabello negro, aunque, por su ancianidad, hacíase cano. Era cuasi calvo, pero con perfección; la barba, muy poblada y larga, entre cana y roja; la nariz, aguileña, proporcionada. Su complexión fué robusta; su lengua expedita, su voz sonora, su corazón generoso, su ingenio pronto, su discurso fundado, su entendimiento claro, su memoria sin igual, su comprensión fecunda, su juicio maduro, su accionar propísimo, su persuasiva grande. Por último, el natural y todo el exterior de Lorenzo era tan noble, que aun en su crecida ancianidad traía delineada en la perspectiva de su cuerpo toda la grandeza del

espíritu de un San Pablo, como afirmaba el obispo de Nola y queda dicho antes [1]. El candor de aquella alma desnuda de la simulación, del engaño y de la lisonja, era amable hechizo de quien le trataba; pero supo juntar con esta prenda una razón prudente, política y aun mañosamente advertida; y se pudo decir de este pasmo de la gracia lo que de Catón se celebraba: «Que ni de siete »años era niño, ni de setenta viejo».

14. Quedó su venerable cadáver hermosísimo, manejable y flexible, desmintiendo en todas sus señales los estragos dolorosos de la muerte. Las lágrimas, sollozos y sentimientos de sus compañeros, y de los que se hallaron presentes, despertó la atención de su grande amigo D. Pedro de Toledo; y traspasado de dolor, rompiendo por el concurso se fué á abrazar con el Santo y estuvo un gran rato derramando lágrimas tiernísimas sobre su bendito rostro. Recuperado un poco, entre las cosas graves que se le ocurrieron y son precisas en estos lances, la mayor fué haber de dar cuenta al Rey sabiendo el gran sentimiento que había de causar en su majestad esta noticia; pero siendo inexcusable, vistiendo su semblante de una animosa aunque aparente valentía,

1 Cap. 4, n. 10.

por no contristar más al Rey se fué á palacio y le dió cuenta á su majestad de lo sucedido, usando de aquellas cautelas prudentes que enseña la política cristiana. Fué tal el sentimiento que causó en el corazón amoroso del monarca, que sin poder contener las lágrimas se retiró á su oratorio, donde estuvo encerrado mucho tiempo llorando la muerte de su muy amado Embajador y fidelísimo consejero. Igual fué también el sentimiento de todas las personas reales, del ayo del príncipe D. Baltasar de Zúñiga y del conde Malvezi. En toda la corte se divulgó luego la muerte del santo Embajador, y fué grande la conmoción que hubo.

Corrieron de ceremonia al palacio del Marqués todos los Ministros, Embajadores, grandes y señores. Además de esto era tan crecido el concurso de toda clase de gentes que venían atraídos de su virtud, que, para evitar la confusión, fué preciso poner guardia de soldados [1].

15. Pero no se contentaban con ver y aun adorar al varón santo: le iban cortando el hábito y venerables barbas por reliquia; de suerte que le hubieran dejado desnudo y acaso despedazado si el Marqués no hu-

1 Suma, fol. 330.

biera tomado providencia de ponerle en parte donde le pudiesen ver sin tocarle; pero las alhajuelas que tenía á su uso fué preciso repartirlas. El Marqués se reservó para sí el Breviario y los anteojos; D. Baltasar de Zúñiga pudo conseguir el cordón y un pedacito del hábito; el conde Malvezi un canelón de las disciplinas y el vaso de barro con que bebía el varón santo, y un familiar suyo un pedazo del hábito y unos cabellos de la barba; las demás alhajuelas y despojos se repartieron entre otros señores que, con grande anhelo, las buscaban, quedando otros muchos desconsolados por no haberles tocado nada [1]. No descansaba el afecto y devoción del excelentísimo señor marqués de Villafranca para con su amantísimo Fr. Lorenzo; y no hallándose sin él, para templar su ausencia hizo llamar á los mejores pintores de Lisboa, y sacaron varios retratos de distintos tamaños; entre ellos sacaron dos casi de estatura regular: el uno se llevaron los compañeros del Santo y le colocaron en nuestro convento de la Concepción, de Génova, y el otro fué con el sagrado cuerpo al convento de la Anunciada, de monjas Franciscas Descalzas de Villafranca del Bierzo, como se

1 Suma, fol. 328 y 331.

dirá después [1]. Sacaron otros más pequeños, y el uno reservó para sí el excelentísimo señor marqués de Villafranca, y le tenía siempre á la cabecera de su cama, encomendándose en sus oraciones y valiéndose de su intercesión como si fuera ya santo. Otro retrato llevó siempre consigo su hijo el duque de Fernandina. D. García de Toledo; y en todas las batallas que dió y peligros en que se hallaba invocaba su patrocinio, poniendo su confianza en los méritos del varón santo, y salió siempre victorioso, como se lo había profetizado antes de morir.

16. Continuando el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo en obsequiar á su grande amigo, aunque ya difunto, el Santo Lorenzo, determinó embalsamarle. Llamó á don Juan Ortiz de Salazar, capitán de las galeras de España que estaban en aquel puerto, y le dijo que trajese los cirujanos de la ar-

1 Estos dos retratos se sacaron conforme estaba el varón santo muerto en el féretro, y son de un pincel excelente. El de Villafranca ha mandado su excelencia el Sr. D. José Álvarez de Toledo, marqués actual de Villafranca, traerle á Madrid con motivo de las fiestas de su beatificación, para sacar copias y grabar estampas. Los otros retratos pequeños los sacaron al vivo.

En Villafranca tiene un retrato pequeño la Sra. D.ª Teresa de Omaña, y da á entender ser de aquel tiempo: le he visto y está primorosamente pintado.

mada para embalsamar al varón santo; pero en atención á los muchos calores y haber pasado ya catorce horas de su muerte, se excusaron temiendo alguna corrupción. Llamaron á los cirujanos de Lisboa, y éstos, reconociendo el venerable cadáver y viéndole flexible y sin olor alguno desapacible, admitieron la operación. Hallábase presente el capitán Ortiz, quien no quiso apartarse del venerable cadáver; y empezando los cirujanos su obra, á la primera incisión que hicieron salió una fragancia tan suave y extraña, que admirados los cirujanos y todos los presentes no sabían qué hacerse, pareciéndoles que estaban en la gloria, ó que la gloria estaba en ellos. El capitán Ortiz, al ver este prodigio, fué corriendo lleno de gozo á avisar á D. Pedro de Toledo, que con los médicos estaba en otra pieza; pero avisados ya del mismo olor (de que se llenó de repente el palacio), iban buscando la causa de aquella tan rara maravilla [1]. Entraron en la sala donde estaba el venerable cadáver, y no pudiendo contenerse el afecto y devoción de D. Pedro de Toledo, se fué sin libertad entre suspiros y exclamaciones, y poniendo su cara sobre la del Santo Lorenzo, empezó á decir: *Padre*

1 Suma, fol. 334.

santo, padre santo, rogad á Dics por mí; y derramando lágrimas bañaba su divino rostro, sin saber apartarse de su amado. Fué preciso retirarse para acabar la operación, y, concluída, le pusieron en una caja toda cubierta de plomo.

CAPÍTULO XXII

Levántase un devoto litigio sobre quién ha de enterrar el sagrado cadáver, y el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo le envía á Villafranca del Bierzo con todo secreto; refiérense varios prodigios que con este motivo sucedieron.

Como es apreciable la santidad lo es igualmente el sujeto en quien reside. Sabían todos la gran virtud y santidad del Santo Lorenzo, y por eso fué tan plausible la estimación que tuvo viviendo; y á esto se seguía como efecto necesario que aun después de muerto le había también de tener, pues no es despreciable la reliquia de un santo, y mucho menos todo el cuerpo. Con esta santa emulación de tener el de nuestro Santo Lorenzo se levantó un gran litigio sobre quién había de enterrar, ó por mejor decir, poseer el venerable cadáver. La parroquia alegaba su incontrastable dere-

cho, pues aunque había sido religioso había muerto en su territorio, y los Capuchinos no tenían convento en Lisboa. Los reverendos Padres Observantes decían que les tocaba á ellos,por ser hijo de San Francisco y fraile menor, y por consiguiente debía enterrarse en su convento. La capilla real defendía que por el carácter de Embajador pertenecía sin la menor duda á la casa real como uno de los más nobles empleos que componen el palacio, de quien sólo dependen y de donde reciben todos sus privilegios, facultades y exenciones. Íbase encendiendo un fuerte litigio entre las partes, sin ceder ninguna de su pretendido derecho. ¡Cosa rara! ¡tanto anhelo por un cadáver! pero no es de admirar en nuestro Santo cadáver. Ninguna de las partes litigaba por interés ni derechos parroquiales, pues bien sabían que el difunto no tenía otro mayorazgo ni rentas que la pobreza santa. Todos pretendían tener consigo un gran tesoro. ¡Y qué dicha fuera tan grande tener hoy el cuerpo santo de nuestro Lorenzo! ¡Cómo se gloriaría Lisboa de tener consigo una alhaja tan preciosa! Sin duda lo tendría por un beneficio especialísimo del Señor, como lo tiene la afortunada y dichosa villa de Villafranca del Bierzo, gloriándose de po-

seer este tan rico tesoro llevado allí por providencia divina, como diremos ahora.

2. Era mucho el empeño y ardor con que defendían cada uno su partido, hasta temerse algún rompimiento infausto y peligroso. Reflexionando esto el excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, y que (sin vanidad) se persuadía á que ninguno tenía más derecho que su excelencia, determinó decidir la controversia á su favor y cortar pleitos y quimeras. Hacía pocos años que su excelencia había fundado en Villafranca del Bierzo, capital de sus Estados, un célebre convento de Franciscas Descalzas bajo la advocación de la *Anunciada*, donde tenía una hija, religiosa de singular virtud, llamada D.ª María de Toledo, y en la religión Sor María de la Trinidad. Había su excelencia enriquecido este convento con singularísimas alhajas y preciosas reliquias, como veremos después, y ahora quiso darle la última perfección y que fuese por todo el orbe conocido y aún envidiado, enviando á su hija el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo. Ocultó con el mayor cuidado su pensamiento y sólo se lo fió al Rey, pidiéndole licencia para ello. Alabó su majestad el intento, y luego inmediatamente, sin perder tiempo y con la mayor cautela, va-

liéndose de algunos criados de confianza, previno una litera; y poniendo en la caja donde estaba el sagrado cadáver uno de los retratos para que sirviese de seña y no se equivocase ó trocase con otro, la selló con sus armas, y escribiendo á su hija una carta dispuso que con el silencio y quietud de la noche, sin luces ni estrépito saliesen de Lisboa y tomasen el camino de Villafranca del Bierzo. Encargó su excelencia la conducción de tan gran tesoro al capitán D. Juan Ortiz de Salazar, y éste la admitió con la mayor complacencia por la devoción que tenía al Santo. Tomó una pequeña escolta de soldados, ya para el decoro debido á un Embajador difunto, ya para seguridad y para precaver cualquier insulto.

3. Salieron la noche del día 23 de Julio, y con tanto disimulo, que aun los compañeros del siervo de Dios no lo supieron hasta después. Divulgóse al día siguiente el sagrado hurto del Marqués, y todos se alegraron y le dieron gracias, aun las partes interesadas, pues había cortado con tan prudente acción un litigio que sin duda hubiera sido muy ruidoso. Tardaron 17 días en llegar á Villafranca, distante de Lisboa 130 leguas, y de camino muy malo y mon-

tuoso; y aunque por esto y ser la estación cálida del tiempo alguno ha querido atribuirlo á prodigio, no somos tan ligeros en creer que no sepamos hasta dónde llegan las fuerzas humanas: no obstante, un libro manuscrito que se guarda en el archivo de esta provincia [1], dice estas palabras: *Los prodigios que experimentaron en el viaje el Literero y criados que acompañaron el cuerpo, fueron muchos.* Lo mismo dicen los procesos de Villafranca [2]; pero como no los refieren, nos han privado del gusto que tuviéramos en escribirlos. Antes de llegar el sagrado cuerpo á Villafranca se adelantó un soldado con la carta de su excelencia D. Pedro de Toledo para su hija D.ª María, y otras para algunos particulares. Entró por el camino de Vilela, y al llegar á la ermita que llaman del *Cristo de la Anunciada*, encontró allí al licenciado D. Pedro Mourín, cura de Santiago y después canónigo de la Colegiata; y preguntándole de dónde venía, respondió que de Lisboa; y diciéndole si conocía al marqués de Villafranca, respondió que sí y que era soldado suyo y venía acompañando el cuerpo de un santo Capuchino que su excelencia enviava á su hija,

1 Memorias historiales, tom. 1, fol. 133.
2 Proces. de Villafranca, año de 1630, fol. 15.

y que traía varias cartas del mayordomo de su excelencia Juan Adán; y sacándolas, halló que una era para el dicho Mourín, y decía así: «Amigo: No tengo tiempo más »que para decir como va ahí el cuerpo del »Santo Fr. Lorenzo de Brindis, que murió »en casa de su excelencia con muy grande »opinión de santo. Yo le tengo por tal, por »haberme sucedido con él muy grandes co»sas. D. Pedro de Toledo, mi señor, le tie»ne en tal reputación, y todos los que le co»nocen. El Pontífice le ha escrito tres ó »cuatro veces dándole á entender lo mu»cho que le quiere y en la reputación que »le tiene. Digo esto porque usted lo estime »en mucho y ese lugar se tenga por dicho»so; y así se puede decir de mi parte á su »señoría. Lisboa 24 de Julio de 1619.— »JUAN ADÁN [1]».

4. Lleno de gozo con tan buena noticia se fué acompañando al soldado hasta el convento de la Anunciada, y llamando á la hija de su excelencia recibió la carta de su padre, que decía: «Amada hija: No tengo »don más precioso que enviarte que el que »al presente te envío: este es el cuerpo san»to del gran siervo de Dios Fr. Lorenzo »de Brindis, General que fué de la Orden

1 Proc. de Villafranca, año, de 1630.

»de Capuchinos. Él ha hecho muchos milagros durante la guerra que yo por orden de su majestad he sostenido contra los herejes [1]: él ha resucitado muertos, »de lo que yo tengo seguros testimonios [2]. »Te encomiendo mucho la veneración y »que le recibas como á santo, etc. Lisboa 24 »de Julio de 1619.– Tu padre, D. PEDRO».

Convocóse luego la comunidad llena de gozo, espiritual y se dispusieron para recibir al venerable cadáver. Llegó éste como entre siete y ocho de la tarde del día de su santo glorioso el mártir San Lorenzo [3]; y

1 Los herejes de que habla la carta se cree sean los calvinistas, que militaban en el ejército del duque de Saboya.

2 De los muertos resucitados no tenemos otro testimonio que el dicho respetable de tan alto personaje.

3 Suelen conmemorar las Religiosas cada año esta venida con cantos del corazón como el que sigue:

I

Decidnos, Lorenzo Santo,
¿qué predilección sagrada
os atrajo á la Anunciada,
ó por qué nos amas tanto?...
Envueltos en luto y llanto
hermanos dejas, y amigos,
porque otros seres queridos
robaban tu afecto santo.

II

Unas pobres religiosas
del mundo casi ignoradas,
de sí mismas olvidadas,
mas de Jesucristo Esposas;
ellas ¡ay! las venturosas
que de Brindis son buscadas;
¡ellas las depositarias
de tus Reliquias preciosas!

III

En buenhora, imán querido,
llegasteis á esta morada;
¡dulce prenda regalada
en buenhora habéis venido!
Por tal fineza han latido
de amor nuestros corazones;
¡ay! que no nos abandones
dulce Padre, tierno amigo.

IV

De hinojos ante tus aras,
embargados de emociones
amorosos corazones,
almas á Dios consagradas,
míralas regocijadas
de tu dulce compañía,
¡no las dejes, no, algún día,
que son tus Hijas amadas!...

según consta de la deposición del duodécimo testigo en las informaciones y procesos que se formaron en Villafranca el año de 1677, al número 14, las mulas que traían la litera donde venía el venerable cadáver se vinieron ellas mismas con un paso más que regular y presuroso, sin guía alguna, al convento de la Anunciada; y llegando á la puerta empezaron á dar golpes y llamar con las manos sin cesar, hasta que abrieron. Estaban ya las Religiosas prevenidas, esperando con velas encendidas, cruz, incensario y demás insignias que se acostumbra en procesiones solemnes de santos; y tocando las campanas á vuelo entonaron con gran ternura el *Te Deum laudamus*, y le llevaron al panteón que había entonces en el coro bajo; y percibiendo un olor extraordinario le depositaron en un lucillo y lugar decente, poniendo un altar encima, y el Señor empezó á hacer desde luego prodigios por su siervo. Había una religiosa impedida de muchos meses, y movida de lo que se decía se hizo llevar al sepulcro del Santo, y aplicándola á él con mucha fe quedó sana instantáneamente. En el pueblo se divulgó luego la llegada del cuerpo santo, y concurrió una confusa aunque devota multitud al convento para

ver y adorar al santo Capuchino. Una mujer vecina de Villafranca se hallaba á los umbrales de la muerte y deshauciada de los médicos; al oir la fama de los milagros se encomendó muy de veras al Santo, y luego se puso buena [1].

5. Ni faltaron señales prodigiosas y milagrosos anuncios de la venida del sagrado cuerpo. La víspera de San Lorenzo, entre siete y ocho de la tarde, estando el cielo nublado y obscuro se apareció un vistoso globo de luz á manera de granada, que, abriéndose de cuando en cuando, despedía unos hermosos rayos sobre el convento, dirigiendo su luz hacia el panteón. Admiradas las Religiosas de esta maravilla, que duró mucho tiempo, llamaron al confesor, y preguntando qué significaba aquella luz convino en que el Señor daba á entender algún prodigio; pero cuál era no se podía saber sin revelación divina. Pero á otro día que llegó á aquella misma hora el sagrado cuerpo, conocieron claramente que el globo de luz quiso significar aquel favor. Quiso también el cielo celebrar la llegada de aquel santo cuerpo, pues la noche que llegó, á las doce de la noche, cuando tocaban á maitines las Madres

1 Suma, fol. 324.

como tienen de costumbre, se tocó por sí misma por mucho tiempo la campana mayor de la Colegiata, llamando la atención de todos y despertando del sueño á los que dormían para que alabasen al Criador de todo, celebrando la venida del Santo en aquella hora en que las Religiosas tributaban este obsequio. Estos dos prodigios constan plenariamente en los procesos de Villafranca del año de 1630.

6. Pero no sólo en Villafranca sino también en Brindis, patria del varón santo, se vieron estos prodigios. Consta por testimonio auténtico del ilustre señor Arzobispo de Brindis, que la lámpara que ardía delante del Santísimo Sacramento en la iglesia de las Madres Capuchinas de Brindis, los nueve días antes de morir el Santo Lorenzo ardía con más vigor y daba mucha más luz que lo regular; pero aún más: en todos aquellos nueve días no fué necesario echarla aceite, pues nada se gastaba; ni fué necesario espabilarla en todo ese tiempo, pues no consumía el pábilo ni torcida. Pero aquí otro prodigio: el mismo día y hora en que murió el siervo de Dios se apagó por sí misma ésta lámpara. Continuaron las maravillas del Señor. Tres días después de su muerte, á la media noche (que sería la ho-

ra en que salía el sagrado cuerpo de Lisboa para Villafranca), vió D.ª Jacoba Leanza, señora principal de Brindis, con toda su familia y otros vecinos, una misteriosa hacha de fuego sobre el convento de Capuchinas, que despedía una luz tan hermosa y rara que iluminaba todo el convento, y al mismo tiempo veían en la puerta de la iglesia otras dos antorchas que brillaban como estrellas; vieron también que salían por las ventanas de la iglesia unos admirables rayos, como de un luciente sol. De todos estos prodigios hubo muchos y autorizados testigos, sobre lo que se hizo plenísima información.

7. Ni se puede omitir en la historia la noticia siguiente, de que tenemos auténtico testimonio [1]. Después que llegó el santo cadáver y abrieron la caja para sacar el retrato, hallaron que el hábito que traía estaba hecho pedazos, además de ser corto; y ya por esto, como también (y es lo más cierto) por devoción, sin reparar en los gravísimos inconvenientes que en ello pudiera haber, le quitaron el hábito Capuchino y le pusieron uno de Observante; y la hija de D. Pedro de Toledo guardó para sí el

1. Tomo en folio manuscrito, título *Noticias al cronista*, fol. 182.

capucho mientras vivió y le tuvo como una reliquia, y con él obró muchos milagros. Lo restante del hábito le colocaron las Religiosas en una caja decente, envuelto en tafetanes, con muchas y ricas flores para llevar á los enfermos. Ha hecho muchos prodigios, como veremos después. De este hábito han dado muchos pedazos por reliquia; y vivo y viviré siempre agradecido á esta santa comunidad por haberme tocado también parte de esta reliquia, la que conservo como un precioso tesoro. Aún tienen las Madres gran parte de éste hábito, que he tenido en mis manos con mucho consuelo espiritual. Los inconvenientes gravísimos que pudieron seguirse de la mutación de hábito, cualquiera con mediana luz los podrá conocer; pues aunque el hábito de Observante es hábito de San Francisco, es seráfico, es venerable, y por todos respetos apreciabilísimo, no es hábito Capuchino, ni el que se usa entre ellos para distinguirlos de los reverendos Padres Observantes y Descalzos; y así, si por autoridad apostólica ú ordinaria se hubiera registrado el sagrado cuerpo (como es regular cuando se promueven las causas de la beatificación), y se hubiera hallado, no con hábito Capuchino, sino de Observante, sin duda

hubiera causado una gran confusión y atraso notabilísimo en su causa, ó se hubiera puesto perpetuo silencio; pues todos saben con qué madurez, peso y delicadeza procede en estas cosas la silla apostólica. Remedióse este yerro con la venida de los compañeros del Santo Lorenzo y providencias sabias que se tomaron después, como veremos más adelante.

8. Entre las cartas que trajo el soldado de que hemos hecho mención, trajo una, aunque no dice la historia para quién, y la copia á la letra uno de los escritores de la vida de nuestro Santo, y dice así [1]: «Amigo »y señor: Las novedades que ocurren son »tantas, que falta el tiempo para explicar»las; pero diré algo. Habiendo fallecido en »casa del excelentísimo señor mi señor don »Pedro de Toledo un religioso santo Ca»puchino que vino como Embajador del rei»no de Nápoles, son tantos los prodigios que »ha obrado así en vida como en muerte, »que los Padres Claustrales y Observantes »formaron litigio con otros sobre quién »había de enterrarlo en su iglesia; y mi se»ñor D. Pedro de Toledo, por haber sido »tan amigo suyo, ha dispuesto embalsa-

1 Fr. Matías de Marquina en los fragmentos que había formado para la vida del siervo de Dios, fol. 311.

»marle y remitirle en una litera con gran »cautela, acompañado de soldados y gente »que lo lleven á esa villa para entregar á »su hija D.ª María de Toledo, monja de la »Anunciada. Dichoso convento mil veces »y dichosa villa, pues logra un cuerpo tan »santo; bien puede venerarle y adorarle »como á tal, pues todos le aclamaban en »vida como á santo por los muchos mila- »gros que ha obrado, y yo soy testigo de al- »gunos. Y así doy á V. y á toda Villafranca »el parabién de tan grande fortuna. El san- »to se llama Fr. Lorenzo de Brindis, Gene- »ral que fué de los Capuchinos». Hasta aquí el contexto de la carta. Ya se deja conocer la conmoción grande que haría esta novedad, no sólo en Villafranca, sino también en los pueblos circunvecinos; pero dejemos ya como en depósito á nuestro Santo Lorenzo entre tan santas Religiosas, y volvamos á Lisboa con el mismo acompañamiento.

9. Después que los soldados y demás acompañamiento descansaron se pusieron en camino para Lisboa, y luego que llegaron los recibió el Marqués con mucho agrado y le contaron á su excelencia muy por menor cuanto había ocurrido en el camino, los prodigios que había obrado en Villafranca

y cómo quedaba todo el pueblo conmovido y aun toda la tierra; se alegró infinito su excelencia, renovando su afecto y devoción al varón santo. Fué luego á palacio y dió parte á su majestad de todo, que lo celebró mucho y no fué poco lo que templó el sensentimiento de la muerte del varón santo, que aún duraba en su noble corazón. También los compañeros del siervo de Dios se alegraron y conocieron que aun después de muerto influía con su virtud para finalizar los asuntos de su embajada, pues de allí á pocos días que murió el Santo Lorenzo los llamó el Rey á palacio, y mostrando lo mucho que había sentido la falta del varón santo, les aseguró que daría prontamente las órdenes para que en todo se cumpliese el fin de su venida á España; pues le bastaba á su majestad para obrar con toda seguridad de conciencia el que se lo hubiese propuesto un hombre tan docto y tan santo Ofreciόles su majestad con el mayor afecto el socorro de sus necesidades, ó cualquiera otra cosa que necesitasen. Dieron gracias á su majestad los compañeros y, besándole la mano, se despidieron con muestras de agradecimiento.

10. Eran tantos los empeños de las personas principales de la corte, ya portugue-

ses, ya castellanos, que á porfía buscaban las reliquias del Santo, que los compañeros tuvieron que distribuir todas las alhajuelas que tenía para su uso, sin quedar con alguna para su consuelo. Se hallaban muy afligidos cuando, por una rara casualidad (ó llamémosla providencia del Altísimo), supieron cómo el corazón del varón santo le habían enterrado con los despojos cuando embalsamaron su cuerpo. Dieron parte á su excelencia el Sr. D. Pedro de Toledo, y, alegrándose con la noticia, facilitó las licencias necesarias, y yendo los compañeros á la iglesia sacaron los despojos del sepulcro y con ellos el noble y sagrado corazón del Santo Lorenzo, tan fresco y sin corrupción como si se acabara de sacar del cuerpo; y no sólo esto, sino que, pensando, como era regular, tuviesen mal olor aquellos despojos, salía una especial fragancia que causó singular consuelo y devoción á todos los presentes. Quisieron llevarse los despojos por reliquias, pero no lo permitieron los compañeros; no obstante, un correo genovés, llamado Manfredino, quitó ocultamente un pedazo y le guardó por reliquia, con el cual hizo después muchos prodigios en Italia [1]. Alegres los religiosos con aquel

1 Suma, fol. 323.

rico tesoro del corazón del varón santo, le llevaron á su excelencia, y, notando su extraordinaria grandeza, alabó al Señor que había depositado en él cosas tan grandes, y que para esto no bastaba la magnitud regular de un corazón humano. Mandóle embalsamar y dividir en tres partes (como previnieron los compañeros), se reservó su excelencia para sí un pedacito, y las tres partes las entregó á los Padres; y después que se volvieron á Italia una la dieron al serenísimo señor duque de Baviera, la otra colocaron en nuestro convento de Venecia, y la tercera en el convento de Madres Capuchinas de Brindis.

11. Después que los Padres compañeros recogieron los papeles y cosas pertenecientes al oficio y carácter de Embajador, junto con la cruz que traía consigo el varón santo y le había dado el serenísimo señor duque de Baviera para que después se colocase en el convento de Madres Capuchinas de Brindis que su alteza había fundado, fueron á despedirse del Rey nuestro señor para irse á sus provincias de Italia. Su majestad los recibió con singular benevolencia y agrado, y les dijo que tenía muchos deseos de mostrar su devoción y afecto; y que mirasen si necesitaban alguna cosa, que luego

mandaría socorrerlos; y que si querían enviaría orden á los corregidores de los lugares de su tránsito para que les atendiesen y socorriesen en cuanto necesitasen, como también á los comandantes de los puertos para que les facilitasen embarcación cómoda hasta su destino. Dieron gracias á su majestad, y le dijeron que al presente no tenían necesidad alguna; y que en adelante confiaban en la Providencia divina les socorrería como hasta allí. Besaron la mano á su majestad y se despidieron con la mayor sumisión y reverencia. Hecho esto se despidieron también de todos los grandes, ministros y demás señores de la córte, dándoles gracias por la estimación que habían hecho de su venerable Padre. Faltaba despedirse del excelentísimo señor D. Pedro de Toledo, de su hijo D. García de Toledo y de sus familiares, á quien tanto debían por la gran caridad y esmero con que habían asistido al varón santo. Conocían el sentimiento que había de causar á su excelencia y á toda la familia; pero siendo inexcusable le dieron parte de su designio, y que era su ánimo ir á Villafranca á visitar á su santo Padre y tomar su bendición para pasar á Italia. Dejo á la consideración de los prudentes cuánto sería el desconsuelo

de D. Pedro de Toledo al ver se ausentaban aquellos Padres y se quedaba solo sin tan santa compañía. «Padres míos (les dijo): »sobre el gusto grande que he tenido en »haberos hospedado en mi casa, me será de »mucha complacencia el poderos servir »ahora en el socorro de vuestras necesida»des. Decidme con toda confianza: ¿qué »puedo yo hacer para mostrar mi afecto? »No os detengáis: pedidme, que en ello re»cibiré un gran gusto. Y si vais á Villafran»ca visitad á mi hija, que yo la escribiré »para que en mi nombre os atienda y que »nada os falte. Acordaos de mí cuando vi»sitéis al santo P. Brindis, y señalad mi »sepultura junto á la suya, pues allí me ten»go de enterrar. Quisiera acompañaros y »ver á mi amado Padre Fr. Lorenzo; pero »por ahora es imposible. Id con Dios, y per»donad el que no se os haya atendido como »merecéis». No pudo proseguir de sentimiento, y repitiendo las gracias los compañeros, salieron de su palacio para emprender su viaje.

12. Pero antes que nosotros salgamos de Lisboa es preciso referir algunos pasajes propios de este lugar. Como era tan piadoso y timorato nuestro católico Monarca, y tenía en tan gran concepto al Santo Loren-

zo, consta de los historiadores, tomándolo de los procesos [1], que en las audiencias que tuvo el varón santo con el Rey éste trataba con Lorenzo, no sólo los negocios de la embajada, sino también las cosas de su conciencia; y se sabe que el siervo de Dios le fué previniendo con dulzura y prudencia para la muerte, que en lo mejor de su edad le esperaba; y así fué, pues murió de cuarenta y dos años. También es cierto que, durante la enfermedad, D. Pedro de Toledo tuvo de orden del Rey varias consultas á solas con el varón santo, y que de resultas de ellas iba á palacio con frecuencia. Consta también de los procesos de Villafranca [2], por deposición de la gran sierva de Dios D.ª María de Toledo, que oyó decir á su padre que estando el Santo Lorenzo para morir, llamó á su excelencia, y dándole una carta le encargó la pusiese en manos del Rey, porque le importaba mucho. Así lo hizo, y esta carta se halló después que murió el Rey en un escritorio de su gabinete, y leyéndola (como se hace en estos lances con todos los papeles) se halló que el Santo Lorenzo le decía en ella, después de varios consejos, cómo su majestad moriría dentro

1 Sumn, fol. 357. 2 Proceso de Villafranca, año de 1630, fol. 30. It. Marquina, fol. 282.

de dos años, y que en el mismo año moriría el pontífice Paulo V, como se verificó, pues los dos Soberanos murieron el año de 1621, dos años después que murió el varón santo. Esta carta la vieron y leyeron el conde de Miranda, el duque de Feria y otros muchos señores que quedaron admirados viendo cumplido cuanto predijo el siervo de Dios, pues el Pontífice había ya muerto aquel mismo año á 28 de Enero. Hízose público en palacio y aun en toda la corte, alabando al Señor y confirmándose más y más en el concepto que habían formado de la virtud del varón santo. Lo cierto es que este piadoso Monarca, aunque su vida fué siempre muy ajustada y edificativa, fué mucho más desde que trató con el Santo Lorenzo en esta segunda embajada; de suerte que en la corte todos lo conocían, aunque ignoraban la causa. También refiere un autor grave [1] que el Santo Lorenzo, después de muerto, se le apareció muchas veces al rey Felipe III, exhortándole á la virtud y al perfecto cumplimiento de sus obligaciones. Á la vuelta de Portugal enfermó el Rey en Casarrubios del Monte, por el mes de Octubre de 1619: agravóse tanto la enfermedad, que todos pensaron era la última;

1 Marquina en sus fragmentos, fol. 318.

llevó la villa de Madrid el cuerpo de San Isidro con real y devota magnificencia, y como aún no se había cumplido el término de la profecía del varón santo, mejoró el Rey y se puso en camino para Madrid; y llegado el tiempo señalado por el Señor y revelado á su siervo, murió en Madrid á 31 de Marzo de 1621, siendo de edad de cuarenta y dos años, faltando á España, y aun al mundo todo, un Rey, el más justo, el más piadoso, el más amado de sus vasallos, el más obediente á la silla apostólica y el más ejemplar y edificativo. Le asistió á su muerte el Guardián de los Capuchinos del Pardo, cuyo convento había fundado su majestad. El año antes de morir el Rey aparecieron en el cielo dos terribles cometas, á un mismo tiempo de color blanco, obscuro y nebuloso, con una punta de color encendido y ceniciento: duraron muchos días, y su figura era como de una palma. Dió mucho en que entender á los sabios; pero cuando vieron las dos muertes del Sumo Pontífice y del Rey, se inclinaron á que era esta su significación.

13. Volvamos ya á los compañeros del siervo de Dios, Fr. Juan María de Monteforte y Fr. Jerónimo de Casalbono. Después que se hubieron despedido de su gran bien-

hechor el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, se pusieron en camino para Villafranca del Bierzo, á pie y sin más provisión que la que acompaña siempre á todos los Capuchinos, que es la divina providencia. Fiados de ésta llegaron á Villafranca, y encaminándose á la iglesia de la Anunciada hallaron el sepulcro de su bendito Padre adornado con unos dísticos que en alabanza suya había compuesto el Rvdo. P. Fr. Sebastián de la Parra, monje Bernardo del real Monasterio de Carracedo. Leyeron el epitafio sepulcral que le habían puesto, y decía así: «Yace en »esta urna sepultado el siervo de Dios y »venerable P. Fr. Lorenzo de Brindis, Ca»puchino. Fué General de su religión, mar»tillo de los herejes, confusión de los infie»les y enemigos de la Iglesia: de raras y ex»celentes virtudes, insigne en vida y muer»te por prodigios y milagros. Murió en Lis»boa el 22 de Julio del año de 1619, y á los »setenta y dos de su edad, en casa del exce»lentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, mar»qués de Villafranca, y su excelencia en»vió su cuerpo á este convento y se puso »en esta urna el 10 de Agosto de 1619». Vieron también algunos votos que pendían de las paredes, testigos y pregoneros públicos de los prodigios que había obrado.

Oyeron las maravillas de la luz que se había aparecido: la campana que se había tocado, con otros mil prodigios que había obrado: todo esto les llamó la atención, y les llenó de gozo espiritual; pero les causó gran sentimiento lo que les dijeron las Madres de haberle quitado el hábito Capuchino y haberle puesto el de Observante. Afearon este yerro, y encomendaron á la hija del Marqués que, cuanto antes, buscasen un hábito Capuchino para ponérsele; y no contentos con eso, cuando llegaron á Italia lo dijeron al general Fr. Juan María de Noto, y éste escribió al punto al provincial de esta de Castilla (cuyo original conservamos) mandándole que indague con el mayor cuidado y cautela si se ha enmendado este yerro; y que de no haberlo hecho envie dos religiosos de conocida industria para que, tomada declaración de cuanto había pasado, le vistan el hábito Capuchino, y que al mismo tiempo se informen de los milagros que hubiere obrado; y en la misma carta remite la instrucción para todo ello.

14. Salieron, pues, de Villafranca, habiéndose despedido de su bendito Padre, aunque dejando allí sus corazones; y tomando el camino para Italia llegaron á Ro-

ma é informaron al reverendísimo Padre General de todo lo ocurrido: después tomaron la bendición para cumplir con los encargos del varón santo, y partieron á Brindis á llevar la prodigiosa cruz, obradora de tantas maravillas; pero en Bari enfermó el P. Fr. Jerónimo de Casalbono y, no pudiendo proseguir el viaje, continuó solo el P. Fr. Juan María; pero sabiéndolo en Brindis le salieron á recibir con solemne pompa y general procesión, asistiendo la ciudad, el cabildo con todo el clero, y su Arzobispo: el cual, tomando en sus manos la cruz, la llevó en procesión hasta el convento de las Madres Capuchinas; y habiéndola dado á adorar á los circunstantes, la colocó su ilustrísima entre las demás reliquias. Esta cruz era bastante grande, y tenía tierra del Calvario teñida con la sangre de nuestro Redentor Jesucristo; también tenía otras reliquias, y entre ellas una de San Lorenzo, Mártir, que estimaba mucho. Colocaron también parte del corazón del varón santo. Gloríase, pues, este convento de tener las preciosas reliquias de un tan gran santo. Faltaba el último encargo, que era ir á Baviera; y no reparando el P. Fr. Juan María, ni en los trabajos pasados, ni en los muchos que le faltaban que padecer, como

fiel compañero tomó el camino y fué recibido del duque Maximiliano con singularísimas demostraciones de afecto y reverencia. Deseaba mucho su alteza saber de su amado y venerado amigo el Santo Lorenzo; pues aunque había oido cosas grandes quería saberlas con más fundamento. Satisfizo plenamente á sus deseos; y preguntando si traía alguna reliquia del varón santo, le dijo que le traía parte de su corazón. Al oir esto, lleno de lágrimas de devoción lo recibió de rodillas, y aplicándole á sus labios le daba tiernísimos ósculos, regándole con sus lágrimas. Díjole también que, estando para morir el Santo Lorenzo, le había confiado algunas cosas secretas que decirle. Retiróse luego á su oratorio, y puesto de rodillas y las manos juntas, estuvo aquel soberano con la mayor devoción oyendo las palabras y consejos que Dios le enviaba por su siervo. Tal era la estimación que hacía de este admirable varón. Tuvo su alteza al P. Fr. Juan María en su compañía muchos días, ya para que descansara de tantos trabajos padecidos en viaje tan dilatado, ya para hablar más despacio de su venerable Brindis, cuya memoria recreaba en gran manera á este piadoso y devoto Príncipe. Nosotros, dejando estas

conversaciones, que aunque santas serán sin duda muy largas, pasemos á hacer brevemente algunas reflexiones críticas sobre la historia de nuestro Santo Lorenzo.

15. Vimos ya con admiración bastante que el día de su oriente natural fué el mismo que el de su natural ocaso, teniendo sólo un día en éste mundo; y ahora veremos, con no menos misterio, un día mismo el de su espiritual cuna y sepulcro. Día fué de San Lorenzo, su amantísimo abogado, cuando fué recibido en Villafranca entre sus seráficas hermanas; día fué en que el glorioso mártir español Lorenzo voló desde Italia al cielo; y en este día, volando antes desde España al cielo, el ilustre confesor Lorenzo colocó sus cenizas en el relicario más precioso. Ni carece de misterio haberse detenido su profesión hasta la víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, de cuyo sagrado misterio era devotísimo; ser fundador de esta provincia de Capuchinos de las dos Castillas, á quien se le puso el título de la Encarnación ó Anunciación, y últimamente descansar sus reliquias en el sagrado convento de la Anunciación de Nuestra Señora, ó Nuestra Señora de la Anunciada. Es también digno de notar que después de una serie rara de sucesos, después

de haber viajado nuestro Lorenzo por tantas regiones y provincias de la Europa, haya venido su sagrado cuerpo á descansar en España; y á la verdad, en esto se acredita que hasta después de muerto fué fidelísimo vasallo del rey de España. Nació el siervo de Dios en Brindis, vasallo del Rey católico por ser Estados de la corona: murió en Lisboa, dominios que también eran del rey de España; pero no quiso el varón santo quedarse ni en Brindis ni en Lisboa, porque sabía que Calabria donde nació, y Portugal, donde murió, se habían de separar después de la corona de España; y así quiso venirse á Castilla, para dar á entender que aun después de muerto quería ser vasallo fiel del Rey católico de las Españas. Tengan, pues, sagrada envidia á los españoles los demás reinos y naciones, por tener consigo tan apreciables reliquias. También los demás Capuchinos de la Orden pueden tener envidia á esta santa provincia de Castilla, por tener en ella tan sagradas reliquias; pero se puede responder que ningún reino tiene tanto derecho como España, por haber nacido bajo de su dominio; ni ninguna provincia de la Orden puede alegar mayor derecho que la de la Encarnación de Castilla, por haber sido su fundador y Padre. Pero si

acá tenemos el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo, su patrocinio y amparo se extiende á los demás reinos, naciones y provincias; pues como bizarro español, franquea liberalmente sus favores á todos, sin exceptuar á ninguno, como veremos tratando de los milagros después de muerto y de las apariciones que vamos á referir.

CAPÍTULO XXIII

Apariciones del Santo Lorenzo de Brindis después de su dichosa muerte.

DESEANDO los religiosos de Venecia retratar al varón santo, después que supieron su feliz tránsito llamaron á un pintor diestro, y dándole todas las señas de su rostro y estatura los religiosos que le habían conocido, nunca pudo sacar un retrato parecido al original. Cansado de trabajar sin fruto se retiró á su casa, y deseando complacer á los Padres se encomendó muy de veras al varón santo, suplicando le diese luces para retratarle. Estando durmiendo se le apareció el siervo de Dios, y después de haberle visto muy despacio y con la mayor atención, desapareció; y á la mañana se fué al convento, y tomando el pincel, gobernado por aquellas especies vivas que te-

nía, en poco tiempo sacó un retrato tan parecido, que no tuvieron que poner falta los mismos religiosos que le habían tratado y conocido, con asombro de todos [1]. Por este milagroso retrato se han sacado otros muchos que hay en Roma y en otras ciudades de Italia.

2. Hallábase molestado de una terribilísima tentación Fr. Tomás de Bérgamo, Capuchino, pareciéndole que ya estaba condenado al infierno; y apareciéndosele el varón santo le libró de la tentación. Pondremos sus palabras como están en los procesos [2]: «Yo (dice) he conocido al P. Fr. Lorenzo »de Brindis ya ha muchos años en Venecia, »siendo Guardián, y también le traté y co»nocí en Baviera y en otras partes; y por »haber visto en él una vida santísima y »ejemplar, me encomendé á su intercesión »en una molestísima tentación que por mu»chos años he padecido, de que estaba con»denado al infierno. Hallándome yo un día »de rodillas delante del Santísimo Sacra»mento muy afligido de la tentación, invo»qué muy de veras al varón santo, y luego »le vi á mi lado; y postrado á sus pies, le »dije: ¡Oh Padre! ¿Estáis en el cielo? Y él »me respondió: Sí, hijo. Y yo le repliqué:

1 Suma, fol. núm. 335.   2 Suma, fol. 338.

»¿Qué será de mí, Padre mío, que me pare»ce estoy ya condenado para siempre? No, »hijo, me respondió; no dudes de tu salva»ción, no dudes; y repitiendo estas palabras »hasta tres veces, desapareció, dejándome »muy consolado y con una alegría espiri»tual muy grande».

3. Estando enfermo de hidropesía en la ciudad de Vicenza Fr. Felipe de Custodia, compañero que había sido algunos años del varón santo, en una ocasión que se hallaba sumamente afligido de la sed y fatigado del humor hidrópico, acudió al patrocinio del Santo Lorenzo y dijo estas palabras [1], según consta de los procesos: «¡Oh amado Pa»dre Brindis! bien sabéis que os he servido »en esta vida y os he acompañado en mu»chas jornadas: ahora me valgo de vuestro »patrocinio y os pido, por la gran devoción »que tuviste á María Santísima, me quitéis »esta sed, y si me conviene dadme entera »salud. En medio de mi fatiga (continúa), »me quedé un poco transportado y vi al »siervo de Dios cómo andaba en esta vida; »y aplicándome á mis labios una ampolla »de agua muy cristalina y fría, dicien»do: Hijo, bebe, me parece que bebí de »ello con mucho consuelo; y despertando

1 Proc., de Vicencia, fol. 32.

»con una grande alegría, me hallé sano y bueno».

4. En el año de 1625 Juan Bautista Mongo, noble milanés, se hallaba con todos los Sacramentos esperando la última hora. Era su mujer muy devota del varón santo, y poniendo una estampa suya sobre la cabeza del enfermo puesta de rodillas, rogaba con muchas lágrimas por la salud de su marido; y de allí á poco vió el enfermo sobre la cama una hermosa y resplandeciente nubecilla, y encima al Santo Lorenzo; y parándose sobre el enfermo fué éste recobrando poco á poco sus sentidos, y volviendo en sí como de un profundo sueño, vió las lágrimas de su mujer, oyó sus ruegos, y tomando la estampa en sus manos, dijo: *Este es, este es el que ha venido á verme y me ha puesto bueno;* y así se verificó, pues de allí á poco se levantó de la cama sano y robusto [1].

5. Otro caso semejante á este sucedió en Venecia. Estaba ya agonizando y con todos los Sacramentos Eugenia Muti: tenía esta señora un hijo Capuchino y la dijo se encomendase muy de veras al P. Brindis, que estaba haciendo muchos prodigios; hízolo así la enferma con aquel corto

1 Proc. de Milán, fol. 18.

aliento que su angustiado espíritu la permitía. Quedóse dormida un rato, y vió á un Capuchino de un aspecto muy venerable y majestuoso, pero afable y cariñoso. Recibió con su vista un gran consuelo, pensando fuese algún ángel en hábito Capuchino; y volviendo en sí se halló enteramente restablecida, con admiración de todos. Contó el suceso, y trayendo una estampa de Brindis, llena de gozo, empezó á decir á voces: «Este es el Padre que he visto: este es el »que me ha sanado»; y toda absorta y como fuera de sí, decía: «Santo Padre, no me »dejéis tan presto: volved, volved otra vez »á visitarme, y consolad mi espíritu con »vuestra santa presencia». Quedó sana y muy devota del varón santo, á quien debía la salud.

6. El caso que se sigue, aunque autenticado y presentado á la sagrada congregación, es posterior á los procesos que citamos en esta obra; pero le trae un historiador moderno [1], y es como sigue: El año de 1722 yacía enferma muy de peligro una religiosa Dominica en el convento de Porto Mauricio, ribera de Génova, sin haber medicina eficaz para tanto mal. Estaban las Religiosas leyendo entonces la vida

1 Marquina, fol. 318.

del varón santo, y viendo tantos prodigios como obraba dijeron á la enferma se encomendase á él con mucha fe: alentó su espíritu, y hallándose una noche más afligida de su mal, invocó al siervo de Dios con muchas veras, y apareciéndosela como estaba en el mundo, la dijo: «Levántate y da »gracias á Dios, que ya estás buena». Hízolo así, levantóse dando gritos y diciendo: «Milagro, milagro; el P. Brindis me ha »sanado». Era media noche, y aturdidas las Religiosas, se levantaron, y viéndola buena y sana dieron gracias á Dios; y preguntándola las señas del P. Brindis las cotejaron con su estampa, vieron eran las mismas que decía la religiosa y con este prodigio se extendió mucho la devoción en aquel santo convento.

7. Omitimos otras muchas apariciones del varón santo, como las que hizo al rey Felipe III, como queda dicho en el capítulo antecedente, núm. 11, y las que hizo en Villafranca en el convento de la Anunciada y veremos después [1].

1 Cap. 26, núm. 18.

CAPÍTULO XXIV

Milagros que obró el Santo Lorenzo de Brindis después de su muerte.

La sensible pérdida en que incurrió la Europa y casi todo el mundo, y mucho más nuestra religión con la muerte del Santo Lorenzo, se reparó con los beneficios y gracias que por su intercesión consiguieron los que se valieron de ella; y así le podemos, no sin proporción, comparar á aquel excelso árbol que vió Nabuco en la profecía de Daniel [1]. Llegaba á tocar con la copa al cielo, y extendido en vistosas ramas hacía sombra á toda la tierra. Era deleite de los ojos el verdor de sus hojas, y sustento de todos los animales que le buscaban el fruto, que en incansable fertilidad producía. Comían con música los que se sentaban á esta fecunda mesa, causándola suave al oído las canoras aves que hacían asiento en la amenidad que ofrecían, ya las hojas, ya los frutos. Pero como en este mundo y desgraciada luz no tienen las fortunas ni plenitud ni seguridad, toda esta aparente hermosura que atraía y recreaba

1 *Daniel*, 4, 9.

las atenciones mundanas se desvaneció en un instante; porque al imperio de una suprema voz se atrevió la segur al tronco, á las ramas la división, á las hojas la marchitez, y á todo el árbol una fatal y sensible ruina, que causó no común dolor al monarca idólatra que en interna representación la consideraba. Una circunstancia fué de consuelo: que de la misma voz de que se originó la ruina del árbol nació la advertencia de que se conservase un renuevo de sus raíces. No puede haber más propia estampa del célebre y esclarecido varón cuyos heroicos hechos, cuyas admirables virtudes acabamos de referir. Fué su vida árbol elevado y fecundo que extendió en casi todo el orbe las ramas de sus virtudes, doctrina y ejemplo, cuando, siendo Ministro General, se comunicó á todas las provincias de la religión en la ocasión de visitarlas y consolarlas con su presencia, y cuando en la ocupación de Legado, no una sóla vez ejercida, buscó al Emperador, Reyes y Príncipes de la Europa. Apacentó aves, brutos y fieras en la predicación de la palabra divina (que es sustento del alma) dirigida á los religiosos católicos, á los herejes y á los hebreos. Destroncóse este árbol cuando exhaló el Santo Lo-

renzo el último espíritu, y sus ramas se dividieron cuando, hecho partes su corazón, se colocaron en España, Italia y Alemania. ¿Y cuál fué el renuevo que se conservó de los rigores de la guadaña? La gracia de hacer milagros que el Señor concedió á sus venerables reliquias para manifestar la gloria de su siervo. Y para que no crezca su relación con embarazo inmenso de los lectores, referiremos sólo los más principales.

2. En Brindis, Flaminio Orlandino padecía una ardiente y maligna fiebre, que ę pocas accesiones le privó de juicio, llevándole á la muerte con acelerado paso su loco frenesí. Aplicáronle á la cabeza, donde con mayor violencia reinaba el daño, un pedazo del tafetán en que había estado envuelto el corazón del varón santo, y de allí á poco se halló restituido á su antigua salud.

3. Dos mujeres en Nápoles, llamada la una María Corda y la otra Cenobia Siniscala, se hallaron en peligro de muerte por la dificultad de unos recios partos: ambas, invocando al varón santo y ciñéndose una cuerda suya, salieron de peligro con entera felicidad. Otras muchas en semejantes críticas circunstancias, que omitimos de in-

tento, consiguieron igual felicidad, ó invocando al Santo Lorenzo, ó aplicándose alguna de sus reliquias, como del manto, hábito ó lienzo en que, diciendo Misa, habían recogido las lágrimas.

4. Una esclava de Baldina, napolitana, por nombre Lucrecia, padeciendo en la garganta una apostema, y con ella un impedimento total de poder comer y beber, iba caminando presurosa al sepulcro. Aplicóle su ama un lienzo que había servido en la Misa para recoger las lágrimas, y al punto, como si fuera una sutil lanceta, abrió sin dolor alguno la apostema, y, saliendo una porción grande de materias corrompidas, quedó la esclava libre y sin fatiga alguna, con que sanó brevemente.

5. Andrea Rispoli, niña de tierna edad, se hallaba en Nápoles tan impedida de pies y manos, que ni aun arrastrando podía ir de un lugar á otro. Lastimados los padres de aquella infeliz niña, la encomendaron con mucha fe al Santo Lorenzo; y aplicando á la enferma uno de los lienzos ó pañuelos referidos, quedó sana y buena.

6. Juan Bautista de Nigris, noble veneciano, se hallaba desahuciado de los médicos de una pulmonía mortal; pero acordándose el enfermo que tenía un pedacito del

hábito del Santo Lorenzo, le echó en agua, y bebiéndola con mucha fe cobró salud y se puso bueno con asombro de los médicos y de todos los asistentes,' que pensaban se moría sin remedio. Concibió el enfermo por esta experiencia tal veneración á esta reliquia, que nunca la quiso apartar de sí, buscando en ella con mayor seguridad el alivio de sus males todos que los troyanos en su paladio.

7. Juan Bautista Eustoquio se hallaba ya recibidos todos los santos Sacramentos, y tan á las puertas de la muerte que no le faltaba más que exhalar el último aliento. Conociendo su afligida madre que todavía respiraba el enfermo, le aplicó uno de los referidos lienzos, exhortándole á que confiase en la intercesión del santo varón; y luego, al contacto de aquella venerable reliquia, se retiró la muerte y quedó sin fuerzas el mal.

8. Jerónimo Triulci, milanés, se hallaba sin esperanza de salud con una calentura inflamatoria. El médico, conociendo el peligro, le dijo se dispusiese para la eternidad. Hízolo así, y, recibidos los Sacramentos, esperaba aquella última y tremenda hora. Un amigo suyo, oyendo decir los muchos milagros que obraba el siervo

de Dios, le llevó una estampa súya, y luego que la vió el enfermo concibió en sí una esperanza grande de sanar. Rezóle como pudo un Padre nuestro y un Ave María, y luego se sintió bueno y pidió los vestidos para levantarse de la cama. Vino el médico y, atribuyéndolo á delirio, no se lo permitió; dijo le diesen de refrescar un vaso de agua de nieve para templar la cabeza, y el enfermo respondió que se lo bebiese él, que lo que le convenía era un buen vaso de vino para recobrar las fuerzas perdidas. El médico, confirmándose en el concepto del delirio, se despidió muy enfadado, diciéndole que no volvería á visitarle, pues no quería obedecer. *Desde luego* (replicó el enfermo) *vaya usted con Dios, que yo no le necesito; y si usted gusta dígame á qué hora podré ir hoy á su casa á pagarle las visitas.* Volvió la espalda el médico amostazado, y se fué lleno de impaciencia. El enfermo, que conocía la mejoría, se vistió, comió y salió de casa á sus diligencias; pero antes quiso cumplir su palabra y fué á visitar al médico, el que quedó pasmado de lo que veía.

9. Hallándose en Munich de Baviera el P. Fr. Juan María de Monteforte, compañero que fué del Santo Lorenzo y de quien hemos hablado varias veces, acome-

tióle de repente un intensísimo dolor de cabeza que le duró muchos días, el cual le hizo salir por la nariz un pedazo de carne que los facultativos llaman *pólipo*, cuya curación es arriesgadísima. Juntáronse los mejores cirujanos por orden del duque de Baviera, que estimaba al Padre, y determinaron hacer la operación de cortarla, aunque con mucho peligro, y para esto señalaron el día siguiente. Pasó la noche el doliente acordándose de su santo compañero, y pidiéndole con mucha instancia le sacase bien de aquel peligro; hechó en un vaso de agua un poco de lienzo que había servido al varón santo en el altar, y habiéndolo bebido se quedó dormido y despertó bueno y sano.

10. En un convento de monjas Clarisas de la ciudad de Agnone, en la provincia del Abruzo, guardan como especialísima reliquia un manto del Santo Lorenzo, con tal virtud, que aplicado al enfermo si no suda luego muere sin remedio; pero si suda, infaliblemente sana. Es tan notorio este prodigio que no hay quien lo ignore: como que se está experimentando todos los días dentro y fuera del convento. Dos solos casos referiremos, modernos, que comprueban esta virtud. Sor Dorotea, monja profesora

del dicho convento, enfermó gravemente el año de 1757. Aconsejáronla que se aplicase el manto del Santo Lorenzo; pero llena de miedo, acaso por no hallar el fallo de su muerte, no quería; mas agravándose la enfermedad, la desahuciaron los médicos. Viéndose ya en este estado permitió que se le aplicasen, y luego empezó á sudar y quedó sana. Lo mismo, y en iguales circunstancias, sucedió á Sor Clorinda el año de 1762. Fuera del convento experimentó el mismo favor D. Vicente Saboli, vecino de Agnone. Se hallaba desahuciado de los médicos, sus miembros fríos y ya casi cadavérico. Así pasó dos días con admiración de todos. Aplicáronle el manto y luego se conoció algún calor, y poco á poco fué rompiendo en sudor, con que se puso bueno. Omitimos otros muchos milagros que obró el Señor por su siervo en Venecia, en Milán, en Vicenza, en Borna-Regia, en Verona, en Borgo-Desio, en Génova, en Viena, en Praga, en Cracovia y otras muchas ciudades de Italia y de Alemania, y viniendo á nuestra España formaremos el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV

Milagros que ha obrado el siervo de Dios en Villafranca del Bierzo, donde está su sagrado cuerpo.

Si hubiésemos de escribir esta historia sólo para los incrédulos y libertinos de estos tiempos, bastarían (y aún sobrarían) los milagros referidos en el capítulo antecedente, pues su poca (ó ninguna) religión gradúa esta materia tan santa por torpe fanatismo. Todo lo atribuyen á causas naturales, sin atender que hay ciertísimamente causas sobrenaturales. No podemos asegurar que los milagros que hemos referido ahora y referiremos después sean de aquellos que se merezcan un aserto infalible y cierto, pues esto toca á nuestra Santa Madre la Iglesia; pero las circunstancias todas de pedir con una gran confianza, de humillarse con devoción, de reconocer la suprema potestad del Señor, la intercesión y mérito del santo por quien se pide, todo esto inclina suavemente al corazón católicamente piadoso á creer sin violencia que aquel fué favor especial del cielo. Pero ¿qué prueba nos darán los filósofos críticos de estos tiempos para persuadir que fué todo efecto natural? Será, acaso, su impiedad y su

irreligión. Peró nos arguyen con nuestros mismos principios, y dicen en tono de desprecio: ¿Qué credulidad se merecen los milagros tan decantados en las vidas y procesos de los santos, cuando de doscientos que se suelen presentar para la beatificación de algún santo apenas aprueba la Iglesia uno ó dos? Luego los otros, ni son milagros, ni merecen el honor de referirlos. Este discurso, tan falaz como impío, se desvanece fácilmente con decir que la Iglesia nuestra Madre, cuando aprueba uno ó dos milagros entre muchos, no desaprueba los demás; que es decir: *Este y este son milagros*, sin meterse en los otros. Pero aun cuando los desaprobara, es decir, que faltasen aquellas pruebas que son necesarias para calificarlos por milagros, como testigos, informaciones, etc., sucede muchas veces ser un gran milagro, y aun acaso mayor que los aprobados; y por no haber testigos que depongan, ó si los hubo, no se practicaron las diligencias necesarias, ó si las practicaron no fué con toda aquella formalidad que se pide para que nuestra madre la Iglesia lo apruebe, pues saben todos con cuánto rigor se procede en esta materia, por eso no se califica por milagro, no porque no lo sea.

2. Dicen también estos impíos que no viene al caso referir los milagros en las vidas de los santos; pues los milagros no son otra cosa que gracias que el Señor hace por sus siervos y no obras suyas, y más cuando los milagros son después de su muerte. Á este argumento se responde fácilmente diciendo que si se habla de los milagros que hacen los santos en vida, es falso decir que no son obras suyas, antes bien son obras de las más gloriosas é ilustres que hacen mediante la gracia divina, pues tocan en la raya de sobrenaturales. Si se habla de los milagros después de su muerte, son también obras suyas, no corporales sino (digámoslo así) espipirituales: son obras de su influjo, son efecto de lo que obra para con Dios su patrocinio. Y son tan necesarios los milagros después de la muerte para que la santa Iglesia beatifique á alguno, que sin ellos nunca permitiría culto público á ninguno, por más santo que hubiese sido. Muy poco acreditarían la santidad del siervo fiel los milagros que hizo en vida, si después de su muerte hubieran cesado sus prodigios; pues á lo más servirían para acreditar su vida prodigiosa, no su muerte santa; porque la humana fragilidad es tanta, que suele desbaratar en un momento los trabajos y glorias de muchos

años, sin que sea tan cierta la proporción entre el vivir y morir que no hayamos visto morir mal al que había vivido bien: aunque, al contrario, pocas veces se ve morir bien al que siempre vivió mal. Por esta razón nuestra Madre la Santa Iglesia, para beatificar á alguno, no tanto busca milagros hechos en vida como obrados después de su muerte, que testifiquen su feliz tránsito y qué está en la gloria. Y, en fin, siguiendo el método de todos los que han escrito vidas de santos, como San Gregorio. San Isidoro, Beda y otros, referiremos, no todos sino algunos de los muchos milagros que ha obrado el varón santo en Villafranca del Bierzo, pues no es justo privar á los devotos y bien intencionados de lección tan útil y provechosa en que hallan sus almas mucha suavidad y consuelo, con que se aficionan, no sólo al Santo, sino á ser santos. Digan los incrédulos lo que quieran, pues de sus dichos hemos de hacer poco caso.

3. En varios tiempos se han formado procesos en Villafranca del Bierzo, por autoridad apostólica y ordinaria, sobre el culto y milagros del Santo Lorenzo de Brindis: los primeros fueron el año de 1630; los segundos el de 1677, y los últimos el año

de 1724. De estos procesos hay copias auténticas en el archivo de esta santa provincia de Castilla, de donde sacaremos lo que dijéremos en este capítulo sin citar el año ni folio por no confundir al lector con repetidas citas, procurando ser breve en todo. También hay en este archivo unas informaciones firmadas por veinticuatro Religiosas del santo convento de la Anunciada, con su abadesa Sor Margarita María de la Cruz, en que se refieren varios milagros del siervo de Dios, y de ellos diremos algunos, omitiendo otros, y esto con la mayor brevedad.

4. Sor María de la Cruz, siendo novicia, quedó baldada y ciega por mucho tiempo, por cuyo motivo las Religiosas no querían darla el voto para la profesión. En este desconsuelo, llena de fe, se encomendó muy de veras al varón santo, y pidiendo su hábito se abrazó luego con él; y quedándose dormida le dió un sudor copiosísimo, y al fin de él se halló de repente sana y buena; profesó y fué una gran religiosa.

5. Sor Inés de Jesús se desconcertó una mano, sin poder hacer cosa alguna con ella; aplicáronla varios remedios, pero en vano. Acudió al patrocinio de *su santo* (que así le llamaban y le han llamado siempre

en aquella santa comunidad), y atándose á la mano un pedacito del hábito, de allí á poco sintió como un humor vago que circulaba por ella, y pasado esto se sintió con la mano fuerte y sana.

6. Á Sor Isabel de San Pedro le dió un temblor grande en un brazo, con vehementísimos dolores. Pasó muchos días con increíble pena, sin hallar alivio en las medicinas, hasta que encomendándose muy de veras al varón santo y metiendo el brazo en la manga de su hábito, se quedó dormida y despertó sana y sin dolores.

7. Sor Antonia de San Juan Bautista hacía muchos meses que padecía unas cuartanas, no sólo molestas, sino tan malignas que no la permitían un rato de descanso, ni aun levantarse de la cama por breve tiempo. Un día que se hallaba más afligida pidió al Santo le concediese el alivio solamente de poder visitar su sepulcro, contentándose sólo con esto; pero la liberalidad de los santos, que no son escasos con sus devotos, le concedió el Santo Lorenzo, no sólo lo que pedía sino mucho más, pues apenas hizo su oferta cuando se sintió mejorada: bajó á visitar el sepulcro del Santo, y, pidiéndole la salud, se halló de repente sana y buena.

8. Continúa aquí la información ya citada, y va refiriendo varios casos y prodigios obrados con diversos sujetos; pero, dejándolos para adelante, pondremos sólo algunos otros prodigios que ha obrado el Señor por su siervo con las mismas Religiosas de la Anunciada, para no interrumpir la historia y constan en los otros procesos.

9. Sor María Josefa de la Concepción, siendo refitolera, subiendo una banasta de vidriado de Talavera á una alacena muy alta cayó de espaldas con ella, y llamando en su ayuda al siervo de Dios, dijo: *Valedme, Padre santo;* y vió luego su patrocinio, porque pensando se había roto la cabeza ó algún brazo ó pierna, y hecho pedazos el vidriado todo, se halló sin lesión alguna ni haberse quebrado un plato ni escudilla, con admiración de todas.

10. Sor María Francisca del Sacramento tenía un flujo de sangre, sin hallar remedio en la medicina. Llegó á tal extremo que parecía iba á expirar, y su figura era un cadáver yerto y sin espíritu. Visitando un día entre otros el sepulcro del Santo, sacando un suspiro de lo íntimo de su afligido corazón, dijo: *Santo mío, ¿qué es esto? Á todos oís y favorecéis, y á mí sola me dejáis?* Al decir esto sintió una novedad grande en su

cuerpo y en su espíritu una extraordinaria alegría, anuncio, sin duda. de su perfecta sanidad; porque de allí adelante no padeció más aquella enfermedad, y en breves días recuperó las fuerzas, mudando de color y aspecto.

11. Sor Isabel de Santo Domingo se hallaba muy enferma de un accidente de perlesía, y encomendándola al santo las demás Religiosas, porque ella no podía por su debilidad, cobró salud perfecta.

12. Sor Pascuala de San Diego sanó de unas tercianas malignas invocando al santo varón.

13. Cierta religiosa del mismo convento de la Anunciada, cuyo nombre calla la historia, hallándose combatida de una tentación vehementísima sin hallar remedio en lo humano, acudió al divino por los ruegos del Santo Lorenzo, y le halló pronto y huyeron las tentaciones. Á otras muchas religiosas ha sucedido lo mismo.

14. Ni sólo con las antiguas se ha mostrado benéfico y liberal el siervo de Dios, sino también con las que hoy viven, de que sólo referiré dos casos. Sor Ana María de San José, que aún vive, siendo novicia, estando en la cocina atizando el fuego, se le metió un ascua encendida por el ojo de-

recho. Con el dolor tan grande que recibió, sin libertad ni saber lo que se hacía, apretó con la mano los carbones encendidos, de suerte que se abrasó el ojo y tenía el pellejo tostado y arrugado todo. Hallóse presente Sor Catalina de Santa Rosa, muy devota del Santo Lorenzo, y tomando á la novicia de la mano la llevó á su sepulcro; y haciendo oración sintió mejoría; y aunque por algunos días tuvo bastantes dolores, quedó sana perfectamente y sin lesión alguna. En otra ocasión esta misma religiosa, pesando en un peso de garfios, se soltó lo que pesaba, y teniendo al otro lado una pesa de media arroba, se levantó el peso de repente y se le entró el garfio por el ojo izquierdo, cogiendo las dos pestañas de arriba abajo y saliendo el garfio por encima de la ceja. Empezó á gritar con el dolor que se deja discurrir, llamando en su ayuda al Padre Brindis. Acudieron á los gritos las Religiosas, y, pasmadas de lo que veían, no sabían qué hacerse. Entonces la paciente con un valor admirable, llena de fe, tiró del garfio, y pensando salía el ojo con él, puso la mano y cayó una sola gota de sangre; y aplicándola una reliquia del santo hábito quedó sin dolor alguno ni lesión en el ojo, y sólo una señal de color morado en las he-

ridas, que se desvaneció con el tiempo. Y así esta religiosa debe los dos ojos al siervo de Dios. He oído referir este caso á la misma religiosa delante de la santa comunidad, y he visto el garfio que atravesó el ojo. No habrá quien no diga que este fué un prodigio grande y de aquellos que merecen la primera atención; pero no habiendo hecho aquellas diligencias que se requieren para su aprobación, se ha quedado, como otros muchos de su clase, sin merecer más fe que la humana.

15. Otro prodigio (ó muchos prodigios en uno) ha obrado el siervo de Dios con otra religiosa que aún vive, y por estar revestido de raras y exquisitas circunstancias me ha parecido ponerle aquí. Estando D.ª Paula González, vecina de Villafranca, con dolores de parto y en mucho peligro, envió á un criado al convento de la Anunciada para que la encomendasen á Dios. Respondió la tornera, Sor Isabel Teresa de San Diego, religiosa de singular virtud, que no temiese, que pariría una niña sin riesgo alguno. Fuése el criado y volvió poco después diciendo que su ama estaba ya fuera de peligro, y que había parido un niño muy hermoso. *Tú me engañas* (replicó la tornera); *no es niño, sino niña; y se ha de llamar Cla-*

ra; y ha de ser monja en este convento. Aturdido el criado contó lo referido y vieron que era niña. La pusieron Clara de Cancelada; y siendo ya de edad suficiente, la llevaron sus padres al convento de Bernardas de San Miguel de las Dueñas para que se criase bajo la dirección de una religiosa; y aficionándose al instituto determinó tomar el santo hábito; pero estando todo preparado se descompuso, y sacándola sus padres la trajeron á Villafranca; pero con tal aversión á ser religiosa de la Anunciada, que aun pasar por junto al convento no quería, ni aun mirarle. Dióse á las vanidades del siglo, y viéndola inclinada al matrimonio intentaron casarla con un caballero; y estando todo dispuesto, se desarregló. Lleváronla á Astorga al convento de Franciscas de Sancti Spiritus, donde estuvo de secular; y habiéndola dado una enfermedad, después que sanó de ella la sacaron sus padres y la llevaron á un lugar cerca de Villafranca, llamado Carracedelo, aunque sin ninguna inclinación al estado religioso. Los que sabían la profecía de Sor Isabel Teresa, al ver tantas inconsecuencias, desconfiaban de ella; pero decía con la certeza que tenía de la verdad: *No se cansen, que ha de ser monja de la Anunciada: ella vendrá.* En Carracedelo la

dieron unas cuartanas malignas; y no habiendo otro remedio, su madre la aplicó con mucha fe un pedacito del hábito del Santo Lorenzo, y rezando un Padre nuestro y un Ave María arrojó un gran vómito de materias pestíferas con que sanó, y nunca le han vuelto las tercianas. Con este favor recibido por intercesión del Santo Lorenzo concibió también un deseo grande de ser religiosa en la Anunciada y vivir agradecida al Santo. Recelando sus padres fuese alguna veleidad como las antecedentes, no querían darla crédito; pero viendo su constancia determinaron hacer las diligencias, aunque con alguna desconfianza. Escribieron una carta á la Abadesa de la Anunciada, suplicando recibiesen á su hija Clara, que lo pedía con mucha instancia. Á este tiempo vieron las Religiosas una nube de extraordinaria hermosura sobre el convento, y Sor Isabel dijo: *Esta es mi Clarita, que viene á ser monja.* Al otro día llegó el propio con la carta, y, habiéndola recibido, profesó con el nombre de Sor Clara del Santísimo Sacramento; y hoy vive, y se lo he oído contar delante de la santa comunidad.

16. Pero el milagro más famoso fué el el que hizo el varón santo con la sierva de Dios y venerable Sra. D.ª María de Toledo,

librándola de las garras de la muerte, como diremos después [1]. También se tiene por milagro, que habiéndose inundado de agua el panteón y demás oficinas bajas del convento el año de 1715, por una gran tempestad que hubo, y habiéndose levantado y desquiciado las tarimas que hay alrededor de dicho panteón, que son pesadísimas, una mesa donde estaba la caja del cuerpo del siervo de Dios con un San Juan pequeñito encima (todo de poco peso), se mantuvo firme é inmoble al ímpetu furioso de las crecidas corrientes. También pertenece aquí los favores que el Santo Lorenzo ha hecho con esta su comunidad de la Anunciada, apareciéndose en los dormitorios echando la bendición á las religiosas, y en otra ocasión defendiendo la clausura, como se dirá después [2]. Ahora referiremos algunos prodigios que ha obrado el Señor por intercesión de su siervo con los vecinos de Villafranca.

17. D. Antonio de Armesto y Valcarce vecino de Villafranca, tenía un brazo tan hinchado y expuesto á una gangrena, que, no hallando los facultativos otro remedio, le prepararon para cortársele. Afligido el doliente pidió el hábito del P. Brindis, y

1 Cap. 26, n. 14. 2 Cap. 26, n. 18.

aplicándosele al brazo enfermo con mucha fe se quedó dormido, y despertando como á la media noche se halló bueno y sano, y empezó á gritar: *Milagro, milagro.*

18. María Pérez, vecina de Villafranca, tenía un niño de dos años muy enfermo y ya para expirar, sin haber tomado alimento en muchos días. Acudió al patrocinio del varón santo, llevó al niño al convento de la Anunciada y pidió á la tornera le llevase al sepulcro del santo, para que le diese salud ó le despenase. Hízolo la tornera en compañía de otras religiosas, y poniéndole sobre el sepulcro del Santo Lorenzo hicieron oración; y empezando á hacer extremos el niño, pensaron que expiraba; pero, reparando, le vieron mudar el color y pasar de muerte á vida; trajéronle algún alimento y al punto empezó á comer, con señales ciertas de estar bueno; entregáronselo á su madre y se llamó el *Niño del Milagro.*

19. Sor Agustina de San Juan, religiosa Francisca en el convento de la Concepción de Villafranca, se hallaba muy mala de una vena rota y se iba desangrando sin haber remedio; pidió el hábito del siervo de Dios, y besándole con mucha veneración se le aplicó á la vena rota y luego se detu-

vo la sangre, y en breve se recuperó de su debilidad y se puso buena.

20. D. Fernando de los Ríos, presbítero, vecino de Villafranca, hacía muchos años que padecía muy recios dolores de gota en los pies sin hallar alivio. Un día en que se hallaba más afligido y atormentado, hizo que le aplicasen al pie un pedacito del hábitó del siervo de Dios, y luego inmediatamente cesaron los dolores. No dicen los procesos si sanó de raíz de aquel accidente incurable, ó si fué sólo alivio por entonces. Es de creer que el beneficio fuese cumplido, y que como el varón santo padeció tanto de esta cruel enfermedad, se compadecería de su devoto y le curaría enteramente.

21. D. Alonso Yáñez y Abaunza, vecino de Villafranca, hallándose con un dolor de costado, desahuciado de los médicos, que aseguraban no llegaría á las tres de la tarde, pidió le trajesen el hábito del siervo de Dios; y habiéndole besado con mucha devoción le puso sobre la cama, y á las tres horas le faltó la calentura y se halló bueno y sano, con admiración de todos. Igual beneficio recibió en otra enfermedad de tabardillo D.ª María Díaz de Guitán, vecina de Villafranca. Trajéronla el santo hábito y de allí á poco se quedó dormida; estuvo

durmiendo tres días continuos, y sólo la despertaban para darla alguna sustancia, volviendo á quedarse dormida; y al cabo de los tres días despertó buena y se vistió como si no hubiera tenido enfermedad alguna.

22. D. José Flórez, vecino de Castro de Valde-Orras, teniendo toda su familia enferma, que se componía de siete hijos, y juntamente él y su mujer también enfermos, no hallando para tantos males remedio en la tierra, acudió al cielo; y haciendo todos los enfermos una humilde deprecación al Santo Lorenzo, escribió dicho don José á la madre Sor María Antonia del Nacimiento, maestra que era de novicias en la Anunciada, suplicándola le enviase alguna reliquia del siervo de Dios: al ver tan urgente necesidad le envió un pedacito del milagroso hábito, y echándole en agua y bebida por los enfermos con mucha fe, fué medicina eficaz para todos.

23. Un joven natural de Villafranca y vecino de Ponferrada, llamado Antonio de Robles, fué un año en romería á Santiago de Galicia; y para que todo le sucediese bien llevaba consigo un pedacito del santo hábito guardado en una bolsita como una preciosa reliquia, con lo que iba muy con-

fiado. Llegó á un río que iba muy crecido; para pasar había unas vigas estrechas; estando ya al medio del puente cayó al río en lo más rápido de sus corrientes, y viéndose en tan gran peligro se encomendó al siervo de Dios, diciendo: *Santo P. Brindis, valedme.* Al decir esto sintió que le cogieron de la mano y le sacaron de entre las garras de la muerte al otro lado del río, sin ver á nadie. Dió gracias á Dios en su bienhechor el P. Brindis, y quedó mucho más devoto que antes. Continuando su camino llegó á un lugar, y hospedándose en casa de una pobre mujer que tenía un hijo de siete años poseído del demonio, que le maltrataba mucho y con frecuencia y le tenía casi todo el cuerpo baldado, díjole el peregrino á la mujer que traía una reliquia especial de un santo Capuchino que estaba obrando muchos prodigios en Villafranca y otras partes. Rogóle la mujer se la aplicase á su hijo; y, movido de compasión el peregrino, sacó la bolsita en que estaba la reliquia y se la puso al cuello. Pero ¡oh prodigio! al punto aquel infeliz, mudando el color pálido en denegrido, con manchas de sanguinolenta rabia, empezó á bramar, enfurecido, el espíritu infernal; y meneando la cabeza descompasadamente, decía: *Qui-*

tadme este cencerro; quitadme este cencerro. Y viendo que no le quitaban la bolsita de la reliquia, haciendo un ruido muy asombroso arrojó la criatura al suelo (aunque sin lesión) y bajó precipitado á los abismos. Quedó libre de huésped tan molesto y también quedó sano del cuerpo, quitándose el impedimento y contracción de miembros que tenía. Para más seguridad quedó con la reliquia al cuello hasta la vuelta del peregrino. Este volvió á su tiempo, y, pidiendo su reliquia, le dijo la buena mujer: «Eso, no; no saldrá de mi poder la reliquia »mientras yo viviere; pedid lo que queráis; »pero la reliquia, eso, no». Condolido el peregrino de los ruegos de la pobre mujer, se la dejó con la esperanza de adquirir otra. Omito otros muchos milagros que refieren los ya citados procesos con que ha acreditado el Santo Lorenzo su patrocinio para con los vecinos de Villafranca. Ni se ha aminorado este benéfico patrocinio del santo; antes bien crece cada día más con la devoción de los fieles. En este año, hallándonos en Villafranca, con motivo de su beatificación, á la extracción de las reliquias, contaron varios prodigios. Á uno que padecía un flujo de sangre por las narices, aplicándole un poco del hábito, sanó luego. Á otro

curó de una llaga envejecida, aplicando también el hábito. Con el tafetán en que han estado las sagradas reliquias y los despojos de su santo sepulcro que se han repartido entre los fieles, se experimentan cada día muchos beneficios, así en Villafranca como en otros lugares circunvecinos. Pero habiendo hablado tanto de Villafranca, por ser el feliz depósito de tan venerables reliquias y el teatro más glorioso de milagros y maravillas, es preciso y como de justicia decir algo de su situación, con algunas otras noticias pertenecientes á la historia.

CAPÍTULO XXVI

Breve noticia de la villa de Villafranca del Bierzo y su provincia. Fundación del convento de la Anunciada, donde está el cuerpo del Santo Lorenzo de Brindis, con un compendio de la admirable vida de la sierva de Dios D.ª María de Toledo, á quien envió el cuerpo desde Lisboa D. Pedro de Toledo, su padre, y devoción grande que esta sierva de Dios tuvo al varón santo.

VILLAFRANCA, llamada del *Bierzo* por ser la villa más principal de toda esta dilatada provincia, pertenece al reino de León. Es población antigua y capital del dominio y marquesado de Villafranca, que hoy está

unido con los Estados de los duques de Alba. Su situación es un valle profundo cercado de elevadísimos cerros; la bañan dos copiosos y cristalinos ríos llamados *Burbia y Valcarce*, abundantes en regaladas truchas y delicadas anguilas. Se compone la villa de quinientos vecinos; hay familias muy antiguas y nobles, títulos y señores de vasallos. Tiene una insigne iglesia colegiata con suficiente número de dignidades y canónigos, prebendados y otros ministros para el mejor servicio del culto divino. Este cabildo lo preside un abad mitrado, dignidad principal en aquella iglesia, con jurisdicción exenta y otras regalías; es patronato de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca, con el derecho de presentar *in solidum* la abadía y prebendas. Hay tres parroquias, que son: *Santa Catalina*, en la iglesia colegiata, *Santiago y San Nicolás*. Hay un convento de reverendos PP. Observantes de nuestro padre San Francisco, perteneciente á la apostólica provincia de Santiago; había tambien un colegio de Jesuítas. Hay un buen hospital; tres conventos de religiosas, que son: *San José*, de Agustinas Recoletas, que viven, como en todas partes, con mucha observancia y santidad. *La Concepción*, convento antiguo y de suma veneración, sujeto

á la Orden Seráfica, y el de la *Anunciada*, de Franciscas Descalzas, sujeto también á la Orden, y en éste se veneran las sagradas reliquias de nuestro héroe. Hay también un magnífico palacio y fortaleza con armas y artillería, que domina á la villa, haciendo frente á las entradas de Portugal por el camino único de Galicia; tiene buenos jardines y vistosa huerta; fué habitación antigua de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca.

2. El clima es benigno y sano, más frío que cálido; abunda en aguas cristalinas y dulces, y en ricas y sazonadas verduras y hortalizas; produce frutas de todos géneros, muy delicadas; se coge mucho vino, no de la mejor calidad, pero sano. Hay buenas y corpulentas olivas que dan aceite exquisito, aunque en corta cantidad por falta de industria y aplicación en los naturales. La cosecha de granos es corta; pero del trigo, que llaman seduendo ó tremesino, se hace el pan más excelente que puede apetecerse. Lo que más admira es ver aquellas altas montañas matizadas, no sólo de silvestres arbustos, sino tambien de inmensa variedad de corpulentos nogales, copudos castaños, vistosos avellanos y verdes moreras, formando todo una vista muy agrada-

ble y hermosa. Se cría también entre estos montes y profundos valles todo género de caza mayor y menor.

3. Esta es una breve descripción del clima y feraz suelo de Villafranca, depósito sagrado de las reliquias de nuestro Santo; y esta misma pintura se puede acomodar casi á toda la provincia del Bierzo y á todas sus poblaciones, pues es, sin duda (aunque la emulación lo contradiga), la tierra más abundante, fecunda y hermosa de toda Castilla; ni he hallado con quién compararla de cuanto he visto en una gran parte de las Indias en la nueva España. *Pero esta gran abundancia* (dice un historiador moderno) [1] *parece que empobrece el terreno, pues teniendo junto cuanto pudiera enriquecer á un reino, viven los habitadores pobremente en tierras de las más ricas, por no ser de genio laborioso, poco dados al trabajo y menos al comercio.* El que quiera las noticias de la extensión y confines del Bierzo, lea al Rvdmo. Flórez en el lugar citado.

4. En esta insigne villa (para acercarnos á nuestro intento) fundó, por los años de 1608, el santo convento de Franciscas Descalzas de Santa Clara, con la advocación de Nuestra Señora de la Anunciación, lla-

1 Flórez, España Sagrada, tomo 16, trat. 56, cap. 4.

mada vulgarmente Anunciada, el excelentísimo señor D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, por complacer á su hija doña María de Toledo, que en la religión se llamó Sor María de la Santísima Trinidad. La ejemplar vida de esta gran sierva de Dios está impresa en el tercer tomo de la crónica seráfica de la santa y apostólica provincia de Santiago, de reverendos PP. Observantes, compuesta por el reverendo P. Juan Antonio Domínguez [1]; y de esta crónica y de varios manuscritos que he leído y conservan originales las madres de la Anunciada, he tomado lo que iré diciendo. La sierva de Dios D.ª María de Toledo fué hija de los Excmos. Sres. don Pedro de Toledo y D.ª Elvira de Mendoza, marqueses de Villafranca; nació en Nápoles á 10 de Enero del año 1581, hallándose sus padres en el gobierno de aquellos Estados por el rey católico de las Españas, Felipe II. Dotóla el cielo de todas aquellas prendas naturales y sobrenaturales que hacen á una criatura apreciable á Dios, á los ángeles y á los hombres, adornando su bendita alma con aquellas dotes con que el Señor parece que escoge á los suyos desde la más tierna edad. Era agraciada, hermosísima en

1 Lib. 3, cap. 28.

extremo y de elegante estatura, cuyas prendas conservó toda su vida, como se ve en una copia ú original de esta sierva de Dios que he visto y se conserva en dicho convento de la Anunciada; su genio era afable y cariñoso; su trato dulce, pero grave y majestuoso. Desde niña se inclinó á todo lo bueno y dió á entender lo que había de ser después. Á los siete años hizo voto de castidad, y á los quince de ser Religiosa Descalza. En su mocedad y niñez no se le notó acción alguna liviana ni descompuesta.

5. Concluídos los negocios de Italia la trajeron sus padres á Villafranca del Bierzo, y aquí, por muerte de su madre, la tomó á su cargo para su educación la excelentísima señora D.ª María de Toledo, tía suya y señora de una gran virtud y santidad, fundadora que fué del convento de Dominicas Descalzas de la Laura, que después se trasladó de Villafranca á Valladolid. Esta señora estuvo casada con D. Fadrique de Toledo, duque de Alba; y quedando viuda en lo mejor de su edad se dió al retiro y á la virtud. Al lado de su santa tía se crió la sierva de Dios con mucho recogimiento, creciendo cada día más y más en todo género de virtudes. Su padre,

viéndola ya en edad de tomar estado, y que por sus bellas prendas la buscaban no pocos de los grandes, la quiso casar varias veces; pero ella se resistió con deseos de ser Religiosa Descalza y cumplir el voto que había hecho á Dios de guardar castidad toda su vida. Ignoraba el padre esto y sentía mucho la resistencia de su hija, hasta tratarla mal de palabras y aun de obras, como sucedió cuando la pretendió el duque de Braganza para esposa suya.

6. Por este tiempo tuvo su padre que pasar á Nápoles á cosas del servicio del Rey, y presumiendo, como era así, que estando su hija en compañía de su hermana D.ª María de Toledo, influiría con su ejemplo para que no se casase, la separó de ella y la puso con la decencia correspondiente en un gran palacio ó fortaleza que tenía en un sitio eminente cerca de una villa de sus Estados, llamada Corullón [1], distante

1 Corullón es una pequeña villa que pertenece á los Estados del marqués de Villafranca; su situación es una suave ladera á la falda de una elevada montaña; pero tan matizada de amenidad y hermosura (aún más por la naturaleza que por el arte), tan llena de frondosidad y frescura, que pudiera pasar por un vistoso Versalles si la industria pusiera un mediano esmero en el cultivo. Dominando á esta villa y á todo un dilatado y ameno valle, y como al medio de la montaña, se halla el castillo y fortaleza de que habla la historia. En lo antiguo se ve por los vestigios que han quedado que, además de ser una fortaleza casi inexpugnable, con todos los requisitos

una pequeña legua de Villafranca; pero con orden estrecha á todos los criados para que no tuviese comunicación ni trato alguno (ni aun por escrito) con su tía D.ª María de Toledo. En este encierro ó noble prisión estaba la sierva de Dios muy contenta, por hallarse más desembarazada del mundo y con más tiempo y proporción para orar; sólo echaba de menos el ejemplo y compañía de su santa tía; pero se consolaba con tener alguna vez carta suya, no obstante la estrecha prohibición de su padre. Permanecía en sus fervores de ser religiosa, pero no hallaba modo para ello por el gran encierro en que se hallaba. Llegó ya el tiempo en que su tía había fundado con autoridad apostólica, en Villafranca, el convento de la Laura de Dominicas Descalzas; y con su aprobación emprendió la santa doncella un arrojo de pocos imitado. Determinó

necesarios para plaza de armas, fosos, rastrillos y demás defensivos; era también un magnífico palacio y casa de recreación de los excelentísimos marqueses de Villafranca, donde iban á pasar el verano por lo ameno del sitio y hermosas vistas, que son tan apreciables, que la Excma. Sra. doña Leonor de Toledo, hermana de D. Pedro de Toledo, que casó con el serenísimo Sr. D. Pedro de Médicis, duque que fué de Toscana, envió desde Italia un famoso pintor para que dibujase y pintase con toda propiedad este sitio, y que tomase las medidas del palacio y fortaleza de Corullón y formase un plan exacto para hacer otro semejante en sus Estados de Toscana, como lo ejecutó.

fugarse una noche del castillo, y consultándolo con dos criadas de confianza, no hallando otro modo, hicieron de las sábanas unas tiras, y atándolas á las rejas de un corredor (que aún permanece y he visto no sin recuerdos piadosos), en lo más profundo de la noche, atropellando mil inconvenientes y escollos, se descolgaron primero las criadas y después la sierva de Dios; pero desgraciadamente, rompiéndose la sábana, se dió un gran golpe, del que padeció toda su vida.

7. Quisiera hacer aquí una pintura de la altura y sitio fragoso por donde se descolgó la sierva de Dios, como también la rara situación de esta fortaleza, que por todas partes parece casi inaccesible; pero sólo el que lo haya visto podrá formar idea cabal de su eminencia; basta decir que aun de día, y tomando con mucho cuidado las sendas torcidas que hay que subir, apenas puede librarse de caer en un profundo despeñadero. El camino para Villafranca es también muy escabroso y desigual, lleno de matorrales espesos, malezas y pantanos; y como era de noche y no sabían el camino, se puede fácilmente colegir qué angustias y trabajos pasarían estas pobres mujeres. Caminaba, pues, afligida la tierna doncella

con sus compañeras, sin saber por donde íban, venciendo en cada paso un peligro. La lobreguez de la noche, la soledad de las selvas, lo escabroso del terreno, la fatiga del camino, y, lo que es más, sin saber el rumbo que llevaban, las llenaba de tristeza y cobardía; y viéndose sin remedio humano, acudieron al divino; pero el Señor que está pronto á favorecer á los suyos, dispuso que encontrasen un joven llamado Juan de Pumarega, vecino de Corullón, el que las puso en el camino y las acompañó hasta Villafranca. Á este joven llamaba la sierva de Dios *el ángel de su guarda, ó guía*, y después alcanzó de su padre que se le diese una porción de hacienda; y que así él como sus descendientes fuesen libres de tributos, como lo están en el día. Llegó, finalmente, la sierva de Dios á Villafranca, y habiendo tratado con su santa tía su determinación de dejar el mundo y sus vanidades y ser Descalza, la dió el hábito en su nuevo con vento de la Laura.

8. Con gran consuelo de su alma se hallaba en el noviciado, cuando, sabiéndolo su padre, tuvo tal sentimiento (dice la historia) que estuvo para morir; pero, recuperado después, pasó desde Nápoles á Roma y consiguió de Clemente VIII un Breve en

que mandaba Su Santidad que se le quitase el hábito, alegando había sido engañada ó persuadida por su tía para ser religiosa; pero Su Santidad, para consuelo de la sierva de Dios, la dirigió otro Breve apostólico que, alabándola su vocación y alentándola en el camino comenzado de la virtud, la aseguraba en el Señor lograría sus deseos; y por ahora la daba su bendición apostólica, y con ella la señalaba tres conventos donde podría libremente tomar el hábito y sacrificarse á Dios. Estos conventos eran, el de la Concepción Francisca, de Villafranca; el de la Madre de Dios, de Dominicas de Toledo, ó el del mismo título é instituto de Valladolid. Parecióle á la sierva de Dios tomar el hábito en el convento de la Concepción de Villafranca, como más conforme á sus intentos y por la gran devoción que tenía á este misterio sagrado. Apenas vistió el seráfico sayal esta ilustre doncella, cuando se vistió también de la mayor humildad; con esta adquirió las demás virtudes, de suerte que era la admiración de toda aquella gravísima comunidad. Profesó á su tiempo con gran consuelo de todas las religiosas, que se gloriaban de tener en su compañía á una santa en lo más tierno de su edad. Iba cada día

creciendo en virtudes y perfección, de suerte que, no cabiendo en los claustros su fama, se extendió hasta lo más remoto de la provincia.

9. Volvió su padre de Nápoles, y hallando tan buen olor de las virtudes de su santa hija, difundido á impulso de su ejemplar vida, aplacó su genio, y mudando los rigores de antes en tiernas demostraciones y amorosos afectos, ya no sabía apartarse de la presencia de su bendita hija. Todos los días iba por tarde y mañana al convento á verla y hablarla, y gastaba todo el tiempo que le permitían sus ocupaciones del coro y oración en consultar con ella los negocios más grandes que ocurrían, hallando siempre en sus consejos luz, guía y acierto. Uno de los días en que el Marqués trataba con su amada hija de su vocación al estado religioso, le manifestó á su padre cómo sus primeros deseos habían sido de ser Religiosa Descalza, y que, no obstante la mucha observancia que había en aquel convento de la Concepción, anhelaba su espíritu á vida más austera y penitente. Al oir esto su padre, como no deseaba ya otra cosa que complacer y dar gusto á su santa hija, determinó con su acuerdo y consejo fundarla en Villafranca un convento de

Franciscas Descalzas para que allí pudiese cumplir sus buenos propósitos; con que podemos decir que la primera y única fundadora de este santo convento, tanto en lo material de su fábrica como en lo formal de su observancia y perfección, fué esta sierva de Dios. Empezó luego el Marqués á disponer lo necesario para la deseada fundación, y vencidas no pocas dificultades eligió (no sin ordenación divina) el sitio de un pobre Hospital donde se había aposentado nuestro seráfico padre y patriarca San Francisco cuando pasó á visitar á Santiago de Galicia, y en donde también habían de descansar las venerables reliquias de su legítimo hijo é imitador verdadero Lorenzo de Brindis.

10. Vinieron para la fundación dos Religiosas del convento de Descalzas Reales de Madrid, y otra de las Descalzas de Trujillo; y mal acomodado aquel pobre albergue del Hospital en estrecha habitación, entraron en ella las fundadoras el día 24 de Abril de 1606, y habiendo precedido las ceremonias y sagrados ritos que ordena la iglesia, le dedicaron á nuestra Señora de la Anunciación, y hoy comúnmente se llama de *la Anunciada.* Después de dos días (que fué el 26 de Abril) se pasó la sierva de Dios

del convento de la Concepción al de la Anunciada en una solemne y devota procesión á que asistieron las comunidades y todo el clero de Villafranca, junto con su padre y su hermano el duque de Fernandina, la nobleza y caballeros de la villa. Desnudáronla el hábito de Calzada y la vistieron el de Descalza, y dejando el nombre de D.ª María de Toledo, tomó el de Sor María de la Trinidad. Empezó, pues, la sierva de Dios con gran fervor este tercer noviciado, aunque podemos decir que toda su vida lo fué. Aquí padeció muchos trabajos por la estrechez de la habitación y otras incomodidades del convento, sin que su padre el Marqués lo pudiese remediar, por haber sacrificado toda su hacienda en viajes, embajadas y puestos honoríficos que los Reyes habían fiado á su valor y prudencia. Profesó al fin con gran consuelo de su alma, habiendo dado ilustres muestras de lo que en adelante había de ser.

11. Ni es de pasar en silencio una cosa rara ó favor que el Señor quiso hacer con estas Religiosas. Como el convento se fundó sobre las ruinas de aquel hospital, se inundaron las pobres Religiosas de aquellos animalillos llamados piojos, que las molestaban mucho, tanto en la oración, como en el

Oficio divino (instrumentos con que el enemigo común tal vez pretendía distraer á estas siervas de Dios de la quietud de la oración), sin dejarlas dormir ni descansar. Viendo que no podían librarse de esta importuna plaga, determinaron en comunidad elegir un santo por patrono y defensor de aquella necesidad, ofreciendo hacerle fiesta todos los años, confesando y comulgando en su día, como lo hacen hasta el presente. Echaron suertes y salió San Daniel y compañeros mártires de Ceuta, de quienes reza la Orden el día 13 de Octubre. ¡Cosa rara! Luego inmediatamente cesó aquella molestia, y hasta el día de hoy gozan este privilegio desde la hora que visten el santo hábito. Así lo trae la citada crónica y así lo he oído á estas mismas Religiosas, á quienes debo dar entero crédito. Otro prodigio se observa en este santo convento, y es no haber topos en la huerta y jardines. Son estos animalillos muy dañosos y perjudiciales á las plantas menores, porque haciendo sus cuevas debajo de la tierra, van royendo las raíces y acaban por secarse. Así sucedió en la huerta del nuevo convento, pues había tal plaga que se inutilizaba la verdura que había de servir á la comunidad, con desconsuelo de todas. Viendo esto la venerable



La ilustre Fundadora de las Franciscanas de la Anuncia
Madre María de la Trinidad de Toledo,
Osorio y Mendoza

madre Sor María de la Concepción, una de las fundadoras y primera abadesa del convento, mandó á los topos en nombre de Dios que saliesen de la huerta y no volviesen jamás. Obedecieron al punto, sin que se hayan vuelto á ver. Callo de intento otros prodigios que pudiera referir, aunque me tachen de omiso.

12. Fundóse este convento con grande rigor y observancia, á que contribuyó mucho la ejemplar vida de nuestra sierva de Dios, á quien puso el Señor por firme base y fundamento de toda perfección; y con la misma observancia y rigor de vida se mantiene en el día, sin haber decaído un punto de su primitivo rigor, siendo no pequeño los maitines á media noche, comer de viernes y ayunar todo el año, dormir en una tarima, no desnudarse jamás el hábito ni aun para morir, y con otras penalidades y rigores muy grandes. Y volviendo á registrar la inculpable vida de nuestra noble sierva de Dios D.ª María de Toledo, ahora Sor María de la Trinidad, tenía sólo veinticinco años cuando tomó el hábito en la Anunciada, y es de admirar las virtudes con que resplandeció aun en lo más florido de su edad. Era tan penitente y mortificada, que fué preciso que sus prelados y

confesores mitigasen los rigores de su vida para que no acabase con ella, poniendo tasa á sus fervores. En la obediencia fué muy rendida; en la pobreza, muy exacta; en la castidad, muy pura; en la caridad, ardiente; en la observancia, pronta; en la devoción, fervorosa; en el silencio, exacta, y en la oración, frecuente. Pero aunque esta noble sierva de Dios fué grande en todas las virtudes, dicen los historiadores que en la humildad fué excelentísima, reputándose por la más vil y baja de todas las criaturas; de suerte que nada tenía menos ni apreciaba menos, que la nobleza de su sangre. Fué de una elevadísima contemplación, en que consiguió del cielo favores muy singulares. Tuvo don de profecía y obró Dios por su intercesión muchos milagros, como se pueden ver en la historia. La dotó el cielo de una singular prudencia y suavidad para el gobierno, con que fué prelada repetidas veces, con muchas medras de la observancia regular. Aunque siempre ocupada y nunca ociosa, empleaba algunos ratos, para desahogar su fogoso espíritu, en componer versos y poesías. Estas obras, que he visto originales de su letra, se guardan en el archivo de la Anunciada: están compuestas y adornadas más con el fuego del amor di-

vino que con las leyes del arte. En ellas se exhala su fervoroso espíritu en amor al Criador; y como este amor no tiene peso ni medida, tampoco la guardaba en el metro.

13. Continuando, pues, nuestra noble virgen en adquirir virtudes, continuaba también su padre en el amor y cariño á tan santa hija; todo su consuelo, todo su gusto, todas sus delicias tenía en tratarla. Decía su excelencia que el día que no hablaba á su hija era desgraciado en todo. ¡Oh, cuánto puede la virtud! Cuantos negocios ocurrían á su excelencia, cuantos trabajos tenía, todo lo comunicaba con su santa hija, siguiendo en todo su dictamen. Le había formado tan grande de su virtud, prudencia y acierto, que en la ausencia que el año de 1614 hizo á Milán, nombrándole el Rey gobernador de aquellos Estados, la dejó por gobernadora única del marquesado y demás mayorazgos de su casa, no obstante que su excelencia tenía otros dos hijos: D. García y D. Fadrique de Toledo; y mandó á todos sus vasallos y criados la obedeciesen como á su misma persona. No quiso admitir este nombramiento tan raro, ni le hubiera admitido á no habérselo mandado estrechamente sus prelados. Fué esto á instancia de su padre, que le parecía que

nadie podía hacerlo como su santa hija. Esta ordenación causó mucha confusión y pesadumbre en la sierva de Dios; pero hubo de rendirse á la voluntad divina, que sin duda lo era declarada ya por sus prelados. Admitió el nombramiento resignada en el Señor, y juntando en uno dos cargos al parecer opuestos, fué gobernadora solícita y diligente y al mismo tiempo religiosa humilde y retirada. Trataba con los hombres, pero antes con Dios. Para acertar en la justicia y gobierno político, acudía á la oración, de donde sacaba el acierto. En las demás obligaciones religiosas era puntualísima, y sin faltar á estas acudía á las otras. Valíase de aquellas máximas cristianas y políticas que le dictaba su gran prudencia. La primera de que se valía era amparar á los pobres y desvalidos, haciendo que sus pleitos y dependencias se despachasen con prontitud sin cargarlos de multas y penas, como se acostumbra, con que los imposibilitan á la paga y destruyen á los pobres vasallos. Decía una sentencia digna de tenerla todos los jueces muy presente: *Más daño se hace en dilatar la sentencia, que no en que sea contraria.* Quitó salidas y ejecutores, con que engordan los ministros y enflaquecen los pueblos. Á los deudores cuando eran pobres, ó les

perdonaba, ó les esperaba; pero de quien más se compadecía era de los pupilos y viudas; con éstos usaba de la mayor piedad y clemencia. Tambien le debían mucha conmiseración aquellos que de la abundancia y riqueza habían bajado á la pobreza y necesidad. Decía: *que una de las mayores calamidades que puede padecer la naturaleza humana, es hallarse precisado un hombre de honor á mendigar alimento y á respirar á merced ajena.* Dijo bien el que dijo: *Que quien tuvo algún lugar en la fortuna, si llegara al extremo abatimiento de la pobreza no puede vivir sino nueve días; y es la razón, porque si no pide á los nueve días muere de hambre, y si pide muere de vergüenza.* Estas y otras máximas tenía muy presentes la sierva de Dios, y las usaba cuando y como convenía. Fuera largo referir por extenso el modo admirable con que gobernó los Estados; basta decir que todos los vasallos estaban contentos con su dominio, sin hallar puerta á la queja, ni á la murmuración, ni á la envidia. Así gobernó hasta que volvió su padre de Italia.

14. La devoción que esta sierva de Dios tuvo á nuestro Santo Lorenzo, fué extremada. Tenía muy presente la recomendación de su padre, cuando se le remitió desde Lisboa, reputando esto por un favor espe-

cialísimo del cielo en que quiso Dios dar á entender enviaba á aquel santo varón para mucho bien suyo y de toda aquella comunidad, y aun de toda la tierra; y así acudía en todas sus necesidades y aflicciones al patrocinio é intercesión del Santo Lorenzo, hallando pronto el remedio. Entre otros fué muy singular el favor que recibió la sierva de Dios y refiere la crónica ya citada. Hallábase abadesa, cuando la asaltó una gravísima enfermedad que en breve tiempo la puso en los umbrales de la muerte; clamó á su patrón, ofreciéndole sus votos, y luego se halló sana. Fué tan ilustre este milagro, y tan universal el gozo de todos los vecinos de Villafranca, por lo mucho que la querían, que varios ingenios se dedicaron á celebrar este prodigio. Uno de ellos compuso estos versos latinos:

Dum corpus jam, jam positura salutas,
Caelica Virginibus, pignora chara tuis:
Advena magnifica cumulatus funere, vota
Excipit, et revocat Te pius ore potens
Sidera te domui referunt, cumulanda sacrata
Te praecunte domun dilige, redde, reddi.

Y el mismo autor se explica en romance de este modo:

Cuando al dejar del cuerpo las prisiones,
del duro trance en las fatigas luchas,

las reliquias invocas, á que rinden
dignos cultos de amor vírgenes tuyas 1.
Apenas el piadoso Capuchino
que en excelsa pompa funeral ilustra,
escucha el ruego, cuando acepta el voto,
te da la vida; de la muerte triunfas:
Vuelves cercada de sagrados astros,
la presidencia de su cielo ocupas;
mas el don de la vida que recibes,
mira que en perfección le restituyas.

Otro elogio compuso una docta pluma en memoria de este milagro tan famoso como celebrado, y dice así:

Ad Mariam sanguine clarissimam.
Ut Excellentissimi D. Petri à Toleto filiam,
Sed illustrissima virtute clariorem,
Divae Clarae Sanctimonialem perfectam,
E mortis limine revocatam
Precibus et meritis Venerabilis Patris
Fr. Laurentii de Brindis
In Religiosissimo
Eiusdem Mariae Monasterio 2
Honorifice reconditi.

15. Todos los días visitaba la sierva de Dios el sepulcro de su Santo Fr. Lorenzo, que así le llamaba y como á tal le veneraba; y puesta de rodillas con la mayor humildad, se ofrecía bajo su patrocinio con todas sus

1 Era abadesa.
2 Le llama *su Monasterio*, ó porque en realidad fué su fundadora, ó porque era actualmente abadesa.

cosas, y siempre que se hallaba en alguna aflicción ó necesidad buscaba el remedio en su *Santo*. ¡Qué espectáculo tan agradable á Dios, á los hombres y á los ángeles, ver á una santa postrada á los pies de un santo! Con el hábito del varón santo hizo muchos milagros aplicándole á los enfermos, y es común tradición entre las Religiosas que se reservó para sí el capucho del siervo de Dios, cuya reliquia tuvo siempre en gran veneración. Y para más claro testimonio del gran concepto que la sierva de Dios había formado de la virtud y méritos del varón santo, pondremos aquí la deposición que hizo en los procesos que se formaron en Villafranca el año de 1630 ante el ilustre Sr. D. Gaspar de Losada, dignidad de Chantre de la insigne colegiata de dicha villa. Esta deposición tiene la mayor autoridad y recomendación por ser de persona tan religiosa, tan noble y tan santa. En ella se comprueban muchas cosas que se han tocado en esta historia, y por tanto la pondremos literalmente según se halla en dichos procesos, cuya copia auténtica está en nuestro poder y dice así [1]: «Su señoría ilustrísima D.ª María de Toledo Oso-

1 **Procesos de Villafranca sobre la beatificación y canonización del venerable Brindis, Capuchino, fol. 29 y siguientes.**

»rio, abadesa del convento de Nuestra Se-
»ñora de la Anunciación de esta villa de
»Villafranca, de edad de cuarenta y nueve
»años poco más ó menos, después de haber
»jurado en forma y preguntada por la comi-
»sión y pedimento en ella inserto, dijo: Que
»su excelencia D. Pedro de Toledo Osorio,
»Marqués y señor que fué de este Estado
»(que santa gloria haya), escribió á este tes-
»tigo enviándole con la carta el cuerpo
»santo del P. Fr. Lorenzo de Brindis, di-
»ciéndole en ella cómo había sido religioso
»Capuchino y General de su Orden, y que
»en vida había hecho muchos milagros en
»las guerras que su excelencia, en nombre
»de su majestad, había tenido con los here-
»jes, y en otras guerras. Y que había resu-
»citado muertos, de que su excelencia tenía
»entera certeza, y encomendándola mucho
»la veneración cómo se había de tratar su
»cuerpo; y así, esta testigo, la madre Aba-
»desa, que era entonces, y las demás Reli-
»giosas, le recibieron con *Te Deum laudamus*
»y campana tañida, cruz y luces y más
»insignias que se acostumbran en proce-
»siones con cuerpos santos, y le hicieron
»poner en un lucillo y lugar decente en el
»coro bajo, con su altar encima del cuerpo;
»y siempre ésta que declara y todo su con-

»yento le han venerado y respetado como »á tal santo, y ahora le quiere poner su »señoría sobre la misma urna donde estaba, »para preservarle de la mucha humedad, »por el temor de que no se consuman las »reliquias y huesos del dicho santo con la »dicha humedad, en una caja que se hizo á »propósito para el dicho efecto, forrada por »fuera de raso negro prensado y por dentro »de tafetán amarillo labrado (digo, de tafe»tán encarnado); toda la dicha arca tacho»nada de clavazón dorado con las armas de »los Toledos [1].

»16. Y asimismo sabe que su hermano »D. García de Toledo Osorio le dijo á su »señoría que declara, que estando en Portu»gal en casa de su padre el dicho D. Pedro »de Toledo, poco tiempo antes que el dicho »santo P. Fr. Lorenzo de Brindis muriese, »andaba el dicho D. García de Toledo tan »enfermo y de enfermedad tan peligrosa, »que había dicho á su padre un médico de »cámara tenía las telas del estómago estra»gidas, y su excelencia dicho su hermano, »acongojado de tan grave enfermedad y »sabiendo la grande santidad y perfección »de dicho P. Fr. Lorenzo, y habiendo te»nido noticia que en otras ocasiones había

1 Son las armas de los señores marqueses de Villafranca.

»profetizado cosas que habían salido ciertas, le preguntó: *Padre, ¿tengo de morir de esta enfermedad?* El dicho Padre respondió con mucho amor, asegurándole no había de morir de dicha enfermedad, y que le encomendaría muy de veras á nuestro Señor, y en fe de esto tuviese por cierto sanaría, y que después tendría dos insignes victorias contra los enemigos, de las mayores que príncipe cristiano hubiese tenido en estos tiempos; y sabe la que declara se cumplió todo y tuvo dos victorias singulares, como fué la del socorro de Cádiz, restaurando dicha ciudad contra una copiosa armada que estaba á la vista del puerto, con cuyo socorro impidió la pérdida de la dicha ciudad. Y asimismo tuvo otra en las islas de Cerdeña, una de ellas llamada Ibiza. Conquistó otra armada de los enemigos, y, sin perder gota de sangre, tomó seis ó siete naos [1].

»17. Y ansí tiene su señoría que declara, por cosa cierta, que la salud la cobró por

1 El Excmo. Sr. D. García de Toledo, sexto marqués de Villafranca y tercer duque de Fernandina, fué caballero de la Orden de Santiago, Comendador de los Bastimentos de León, Capitán General de las Galeras de España. Fué uno de los más señalados guerreros de su tiempo: terror tantas veces de los enemigos y formidable freno de la osadía: espíritu magnánimo, dueño de sí y de la fortuna. Refieren sus hazañas todos los historiadores de su tiempo.

»las oraciones del dicho santo P. Brindis y »también las victorias que le profetizó. Y »sabe que su excelencia el señor Marqués, »su padre (que santa gloria haya) y su her»mano, que al presente es vivo, y otros mu»chos señores que le conocían y trataban, le »estimaban, veneraban y tenían por santo. »Y como á tal, pasando por esta villa el »señor conde de Lemos, D. Pedro de Castro »(que fué virrey de Nápoles) y su mujer, »entrando en la iglesia de este santo con»vento, preguntaron por el sepulcro del »santo P. Fr. Lorenzo de Brindis, y como á »tal le veneraron, puestos de rodillas, enca»reciendo mucho su santidad admirable, y »que era gran reliquia y digna de tener en »mucha estimación su cuerpo en esta santa »casa, encareciendo mucho la opinión y re»putación que tenía en los reinos de Nápo»les, donde había residido y gobernado. Y »sabe que si su excelencia el Sr. D. Pedro de »Toledo no tuviera tan entera satisfacción »de la santidad del venerable Padre, no le »enviara ni se embarazara con su cuerpo, »remitiéndole desde la ciudad de Lisboa á »este santo convento, ni se mandara ente»rrar junto al dicho P. Brindis si no fuera »por el concepto y opinión que tenía de él. »Y dice su señoría que la carta que su exce-

»lencia (que santa gloria haya) le escribió...
»la entregó original á su señoría el Padre
»Fr. Severo de Lucena, religioso Capuchino
»de la provincia de Castilla [1], como persona
»que juntaba papeles para las crónicas de
»su religión. Y esto sabe su señoría, y por
»ser así verdad, en ello se ratificó y lo firmó.
»Y luego volvió á decir su señoría, para
»confirmación de la santidad del dicho san-
»to P. Fr. Lorenzo de Brindis, que á su seño-
»ría le ha sucedido muchas y diversas veces
»considerando tenía en su santo convento
»su cuerpo, reverenciarle y tenerle como á
»cosa sagrada y divina. Y considerando este
»pensamiento con otra religiosa grave del
»dicho convento, respondió que á ella le
»sucedía en su pecho y corazón el mismo
»movimiento, veneración y respeto. Y en
»todo se ratificó su señoría y lo firmó.—
»Sor María de la Trinidad, Abadesa».

18. Hasta aquí la sierva de Dios, en que se ve el gran concepto que había formado de la santidad de nuestro Santo Lorenzo, y lo mucho que le veneraba. Y parece que, fijando con expresión los ojos en las corrientes de los tiempos y de los sucesos futuros, alcanzó á ver el día festivo que hoy

1 **Sobre este P. Severo de Lucena, véase en el Apéndice un documento interesante todavía inédito.**

celebramos, de verle ya en los altares á la pública veneración. Últimamente, habiendo sido la vida de esta nobilísima virgen adornada de todo género de virtudes, esclarecida en prodigios y milagros, señalada con todas aquellas dotes que califican á una persona por ilustre y grande para con Dios, dió su espíritu al Señor el día 15 de Noviembre del año de 1631, á los cincuenta años de su edad. Fué muy sentida y llorada su muerte, no sólo en Villafranca, sino en toda la provincia. Se enterró junto al sepulcro del siervo de Dios, para que aun la muerte no la separase de su amado santo. Aunque fué tan penitente y afligió su virginal cuerpo con rigurosos ayunos, cilicios y disciplinas, siempre mantuvo aquella hermosura de rostro y vivacidad de espíritu que tenía en su juventud. Así lo demuestra una pintura original de la sierva de Dios que tienen las Madres en el panteón. Esta pintura la mandó hacer su padre y dió á las religiosas para que la guardasen. Sintiólo mucho la sierva de Dios cuando la vió, y para no desagradar á su padre y mortificar la vanidad propia, mandó poner en la mano una custodia con el sacramento, como pintan á Santa Clara, para que los que la vean adoren en ella á

la santa madre y no quedase noticia suya. He visto esta pintura; es de medio cuerpo y se representa en ella, no sólo la hermosura del cuerpo, sino que también parece se traslucen las dotes de aquella grande alma. Los huesos y reliquias conservan las Madres con mucha decencia en un arca en el panteón, en el hueco de un altar: he tenido el consuelo de verlos. Hasta aquí he tocado brevemente parte de lo mucho que pudiera decir de esta sierva de Dios. El que quisiere saber mayores noticias de esta esclarecida virgen (rama ilustrísima de la excelentísima casa de los marqueses de Villafranca), lea el tomo III de la crónica seráfica ya citada, donde se pone la vida por extenso. Allí se hallarán también las vidas de otras muchas religiosas de este santo convento, que han florecido con singular fama de santidad desde el principio; y pudieran escribirse ahora muchas más, y aun no pocas de las que hoy viven, pues sin ponderación ni lisonja alguna es este santo convento de la Anunciada uno de los mayores relicarios de santidad que hay en la Orden seráfica. El Señor, por los méritos de su gran siervo el Santo Lorenzo, las llene de bendiciones y mantengan en ellas, como hasta aquí, el

rigor y observancia de la seráfica regla, para que sirvan de edificación y ejemplo á todo el mundo y todos alaben al Señor en su siervo Lorenzo, que parece le puso el cielo en tan santa casa, no sólo para digno depósito de sus sagradas reliquias, sino para que fuese protector benéfico y celador santo de la observancia regular, como lo ha acreditado la experiencia repetidas veces, según consta en los procesos formados en Villafranca [1]. Consta, pues, haber visto las Religiosas al varón santo en su hábito Capuchino pasearse de noche por el dormitorio echando la bendición á todas. En otra ocasión, habiéndose caído las tapias de la clausura y quedando ésta abierta, le vieron al siervo de Dios guardarla y defenderla con una lanza en la mano. No sólo estos favores, sino otros muchos ha hecho el varón santo á esta su amada comunidad; y es de creer piadosamente estará pidiendo á Dios por sus Religiosas, que tan devoto y caritativo hospedaje dieron á su sagrado cuerpo; y que mirará como padre amoroso á todas y á cada una de aquellas religiosas, en cuya compañía y claustro se halla gustosísimo; y podrá llamar con toda propiedad al convento de la Anunciada convento suyo. Y

1 Procesos formados el año de 1677, fol. 2, b.

si viviendo en carne mortal fué tan grande celador de la seráfica regla, ahora que le vemos en los altares, ahora que su intercesión es más poderosa para con Dios, sin duda alguna que como tan interesado estará pidiendo al Señor mantenga en la mayor y más pura observancia su dicho convento de la Anunciada.

19. Y es muy digno de notar (permítaseme esta breve digresión), que así el convento de la Anunciada de Franciscas Descalzas de Villafranca, donde se venera el cuerpo de nuestro insigne Capuchino el Santo Lorenzo de Brindis, como el de la Concepción Francisca de Monforte de Lemos, donde está el cuerpo de otro ilustre Capuchino, el P. Caravantes, llamado el *Apóstol de Galicia*, es digno de notar (vuelvo á decir) que entre todos los conventos de monjas Franciscas sujetas á la provincia de Santiago de reverendos PP. Observantes, aunque todos santos, todos ejemplarísimos, son estos dos conventos de la Anunciada y Monforte (sin adulación ni lisonja, y en opinión de todos) los más ilustres en virtud y santidad; oon que parece que estos dos santos Capuchinos (séame lícito hablar así) los ha puesto Dios para mirar por la observancia del seráfico Instituto, y que

estén siempre á la vista de su fiel guarda. Sea así, verjeles hermosos de santidad, relicarios ilustres de virtud, dechados gloriosos de la mayor observancia, seminarios insignes de perfeccción. Sea así porción la más escogida de la santa Iglesia, la más hermosa, la más agraciada, la más pura, la más vistosa, la más... ¿Pero dónde va mi pluma impelida de mi afecto, pues cuanto más diga más me queda por decir? Digo, pues, con ingenuidad religiosa, que el gran crédito que el convento de la Anunciada tiene, no sólo en Villafranca, sino en todo el Bierzo, es bien merecido y justo.

CAPÍTULO XXVII

Descripción breve de la iglesia y magnífico panteón de los marqueses de Villafranca, donde se venera el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo; alhajas, pinturas y otras reliquias que hay en él. Dáse una noticia del estado en que hoy se halla el sagrado cuerpo, y extracción de algunas reliquias para Roma.

Es de suponer (correrá ligera la pluma) que la iglesia y panteón que ya había cuando murió el Santo Lorenzo de Brindis se mejoró después en la forma que se ve hoy, haciendo nueva y magnífica iglesia y

panteón para el entierro de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca. La iglesia es un cuerpo solo, con una media naranja y capilla mayor toda embovedada. El altar mayor es hermoso, grave y majestuoso. En el segundo cuerpo tiene al medio una gran medalla de medio relieve, bien trabajada, que representa la Anunciación de nuestra Señora, como título único y advocación del convento. En el primer cuerpo, debajo de un arco muy capaz, hay un tabernáculo para reservar á Su Majestad sacramentado, en forma piramidal, con varios órdenes de columnas, y su altura será como dos varas y media. Si yo dijese que este tabernáculo es una de las mejores y más preciosas alhajas que hay en España, y acaso en toda la Europa, se tendría por ponderación; pero no lo digo yo, lo dicen cuantos curiosos é inteligentes le han visto. Para describir este gran tabernáculo con la propiedad y majestad que pide obra tan exquisita, era menester mucho papel y tinta; pero siendo contra lo que he prometido, me contentaré con decir que, para formar esta sagrada máquina, parece se juntaron cuantas piedras preciosas y metales ricos se han descubierto hasta ahora. Allí se ve (además de los mármoles finos) la piedra ágata,

la venturina, lapislázuli y, lo que más admiran los inteligentes, otros muchos géneros de piedra de un fondo exquisito y raro que no se han visto por acá ni son conocidos de los más diestros lapidarios. Tiene muchos órdenes de columnas, todas de piedra, con sus basas y capiteles de bronce sobredorado, varias figuras de apóstoles y otros santos, también de bronce sobredorado, y, en una palabra, tiene todo aquel adorno que hace una obra enteramente completa. En la capilla mayor hay, á los dos lados, dos altares curiosos, pero de poco mérito. De lo alto de la media naranja cuelga una lámpara de plata, pero de una hechura muy singular y exquisita. Lo restante de la iglesia está adornada de hermosos cuadros que representan aquellos eremitas y padres del desierto. Son pinturas primorosas, y al parecer son de Rafael de Urbina, ó de su escuela.

2. Viniendo ya al panteón, éste está frente al altar mayor, á los pies de la iglesia, debajo del coro alto de las Madres y donde correspondía el coro bajo. Es una pieza majestuosa y grave; está más baja que el piso de la iglesia, y por eso tiene el defecto de ser húmeda, aunque con suficiente luz y claridad. Tiene á la parte de la iglesia una

gran reja por donde se registra su espacio. Su figura es ovalada, dividida en varios arcos de piedra con otros tantos altares ó relicarios, y en el principal se venera un crucifijo muy devoto. Toda esta gran pieza se ve adornada de pinturas excelentes y láminas exquisitas. Son muchas las reliquias que hay repartidas en los altares, colocadas cada una de ellas en una efigie de medio cuerpo del santo que representa; son todas de un tamaño, y aunque pequeñas se conoce son de buena y diestra mano. Otras reliquias hay en urnas de mucho valor y precio, y entre ellas noté dos muy singulares: una de piedras preciosas con cantoneras de plata sobredorada, y otra de plata y oro, alhajas primorosas. En medio del panteón se levanta con gran majestad, sobre unos leones de bronce, un magnífico sepulcro de piedra mármol de figura llana, y sobre él dos cajas bien guarnecidas: en una está el cuerpo del fundador y patrón, el Excmo. Sr. Don Pedro de Toledo, el cual se trasladó á este sitio desde el panteón ó bóveda antigua, donde se mandó enterrar junto á su amado y nuestro el Santo Lorenzo. Su cuerpo está entero (aunque acartonado), con sus vestidos y armas. Á su lado está otra caja con el cuerpo de su hijo D. García, que no he vis-

to, y todo lo cubre un paño bordado. Pero lo más precioso, lo más rico y lo más sagrado, que da un soberano realce á este panteón magnífico, son las venerables reliquias de nuestro portentoso Capuchino y amigo de Dios el Santo Lorenzo de Brindis.

3. Este sagrado tesoro, que también se trasladó del panteón antiguo al moderno con todas aquellas formalidades y decoro que pide un acto tan serio, se colocó en el hueco de la mesa del altar que está al lado de la Epístola. El altar, bajo cuya mesa está el sagrado cuerpo de Lorenzo, se compone de varias divisiones ó nichos, y en cada uno de ellos una efigie de un santo ó santa de medio cuerpo, con una reliquia suya.

En este estado y sitio se mantiene este sagrado tesoro, hasta que, colocado en la magnífica urna que se está labrando á expensas y devoción del Excmo. Sr. D. José Álvarez de Toledo, actual marqués de Villafranca, se coloque en la iglesia para la pública veneración. Y para mayor noticia de las veces que se ha registrado este venerable y sagrado cuerpo desde que vino de Lisboa, es de suponer que la caja en que vino de dicha ciudad, según consta de los procesos formados en Villafranca el año

de 1630 [1], era de pino, forrada por dentro de plomo, pero tan corta que no cabía el sagrado cuerpo, y así venía encogido y fué preciso hacerle nueva caja para enterrarle. Después de algunos años (pero antes del año 1630), según se colige de dichos procesos [2], se le mudó á otra caja más decente que labró la sierva de Dios y su devota D.ª María de Toledo. Esta caja, que hoy se conserva, es de ciprés y de castaño: tiene vara y tercia de largo; de ancho media vara, y de alto una tercia poco más ó menos; está forrada por fuera de raso negro prensado, y por dentro de tafetán encarnado. Tiene las armas de la casa de Villafranca en unas como tachuelas grandes de bronce dorado, y entre una y otra dos tachuelas pequeñas del mismo metal. Por las dimensiones de esta caja se conoce que cuando se trasladó á ella ya no estaba el cuerpo entero, sino sólo los huesos, y en este estado se halló el dicho año de 1630; y así deponen los testigos [3] que vieron los huesos del siervo de Dios compuestos en su hábito capuchino, y añaden que la cabeza conservaba la barba larga.

4. En este mismo estado y en esta mis-

1 Procesos de Villafranca, fol. 23, 28.
2 Procesos, fol. 7. 3 Procesos, fol. 6, 8, 35.

ma caja se hallaron las reliquias el año de 1677, según consta de los procesados formados por el muy ilustre Sr. D. Fernando de Carballido, Abad de la iglesia colegial [1], y por un documento del año de 1721, firmado por la madre Sor Margarita María de la Cruz, abadesa, y de todas las religiosas de su comunidad, cuya copia está en mi poder y dice así: *Que el santo cadáver está en un cofre forrado de felpa encarnada con galón de oro y tachonada con clavos de bronce.* Cuál haya sido la causa de esta mutación, ó cuándo se haya hecho, no sabemos; porque aunque se quisiera decir que fué la causa la inundación que hubo el año de 1715 (que refiere dicho documento), en que se llenó de agua el panteón, los claustros y todas las oficinas bajas por una gran tempestad de truenos, se dice también por milagro en el mismo documento, que habiéndose levantado con el ímpetu de las aguas las tarimas que hay alrededor del panteón, que son muy pesadas, y además de esto están enlazadas unas con otras, no se levantó ni movió la caja en que estaban las venerables reliquias de nuestro Santo Lorenzo, no obstante estar la caja sobre una mesa muy ligera, y así se mantuvo firme y constante,

1 Proceso, fol. 6, vuelta.

lo que todos tuvieron por prodigio. Pero sea la causa que se quiera, lo cierto es que la caja en que están las armas de los Toledo la han tenido hasta ahora las Religiosas dedicada solamente á la ropa de la sacristía. Otra vez se registró el sagrado cuerpo, y fué el año de 1724, en que por autoridad apostólica se formó el proceso de *Non cultu;* pero lo que se actuó entonces, siendo Abad el muy ilustre Sr. D. Miguel Alfonso Flores de Omaña, se envió original á Roma sin dejar copia en Villafranca, cuyo yerro ha traído muchísimos inconvenientes y gravísimos gastos, como diremos ahora.

5. Habiéndose aprobado las virtudes del Santo Lorenzo el día 15 de Agosto de 1769, y los milagros el día 18 de Enero de 1783, y tenido la congregación de *Tuto* el día 17 de Abril del mismo año, y por consiguiente estando ya próxima la beatificación solemne, como se verificó el día 1.° de Junio de dicho año de 1783, el cardenal Archinto, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, escribió de orden de Su Santidad el Papa Pío VI al señor Abad de Villafranca del Bierzo (como prelado exento) con fecha de 8 de Febrero de 1783, mandando que pasase al convento de la Anunciada á registrar el cuerpo del siervo de

Dios Lorenzo de Bindis y extrajese de él algunas reliquias para enviar á Roma. Y para que esta diligencia se hiciese con la majestad y decencia que pide un acto tan serio, acompañaba á esta carta una instrucción formada por monseñor Carlos Erskine, promotor de la fe, compuesta de varios artículos, y en el segundo se ordena que hallando el señor Abad el documento del último reconocimiento ó tumulación, y examinando el dicho documento y hallando ser legítimo, pase á dicho convento y haga rigurosa confrontación de las señas, sellos y señales del citado documento con las que tiene el lugar, caja y sepulcro donde hoy se conserva dicho sagrado cuerpo; y hallando convienen las señas del documento y del sepulcro, pase á sacar las reliquias, según allí se le ordena. La carta del Cardenal, con la instrucción, me la remitió mi reverendísimo y excelentísimo padre General Fr. Erhardo de Radkerspurgo para que, pasando á Villafranca, la pusiese en manos del señor Abad, que al presente es el muy ilustre Sr. Dr. D. Francisco Martínez Molés. Visto su señoría lo que se le ordenaba, buscó (con la mayor diligencia) el citado documento; pero fué en vano, porque no pareció en parte alguna por ha-

berle enviado á Roma sin dejar copia en Villafranca, como hemos dicho. ¡Raro descuido! Escribióse á Roma, y no habiendo parecido allí tampoco vino nueva instrucción en que se le mandaba al señor Abad que examinando las personas de más autoridad y ancianidad, y constando con toda evidencia la identidad del sagrado cuerpo, sitio y señales, con otras circunstancias muy menudas, pase al reconocimiento observando lo que se le previene en una y otra instrucción.

6. Últimamente, habiendo constado de todo sin la menor duda, determinó dicho señor Abad se hiciese este acto tan sagrado la tarde del día 6 de Julio, que fué domingo. Para esto, habiendo precedido las atenciones debidas á la madre abadesa, Sor Tomasa Antonia de Santa Rita, para que abriese la clausura, pareció también conveniente poner tropa para evitar los desórdenes que en semejantes casos suele haber; y habiendo nombrado antes el señor Abad testigos, carpinteros y arquitectos y dos sujetos peritos é inteligentes en la paleografía ó caracteres antiguos, como ordenan las instrucciones, y hecho cada uno juramento de cumplir fielmente con su encargo, se abrió la clausura, y acompa-

ñado dicho señor Abad (vestido de ceremonia) de notarios, promotor de la fe, testigos, etc.; del reverendísimo P. Fr. Antonio Flórez, ex provincial de la de Santiago de PP. Observantes de nuestro seráfico Padre San Francisco y del reverendo Padre Fr. Basilio de Oria, Guardián del convento de Villafranca; del Sr. D. Pedro Núñez de Velasco, canónigo y dignidad de Chantre y otros señores prebendados y caballeros de Villafranca, junto con el administrador de los Estados de su excelencia, D. Francisco Javier de Villegas, dirigióse el señor Abad con este lucido acompañamiento al panteón, que estaba vistosamente iluminado y adornado de mil preciosidades y riquezas que encierra aquella hermosa pieza: con lo cual, y la asistencia de la sagrada y seráfica comunidad de Religiosas, hacían este acto sumamente tierno y devoto.

7. Descubrióse el sepulcro del siervo de Dios, precediendo las ceremonias que prescriben las instrucciones; y notándose que la caja en que estaban las sagradas reliquias no podía sacarse entera por haberse inutilizado con la mucha humedad del sitio, se metieron por debajo unas sábanas, y sostenida con ellas se condujo proce-

sionalmente con velas encendidas y cantando en un semitono varios Psalmos, á una pieza inmediata, que estaba de antemano dispuesta y decentemente adornada. Publicó el señor Abad una excomunión en nombre de Su Santidad reservada al mismo Pontífice, para que ninguno se atreviese á sacar ni poner cosa alguna en la caja sin licencia del dicho señor Abad. Tomáronse todas las señas de la caja y sellos, y pidiendo la llave á la madre abadesa se abrió el arca y se descubrieron las sagradas reliquias, que sólo eran los huesos, cubiertos con un tafetán encarnado y encima un paño de raso con unas flores moradas; pero todo tan terso, limpio y nuevo, como si acabaran de tejerlo. Descubiertas, pues, las reliquias, las fueron viendo y adorando (sin tocarlas) todos los circunstantes de dos en dos, empezando la seráfica comunidad; y después, quedándose solos el señor Abad, notarios y promotor de la fe, separaron las santas reliquias de este modo: para Roma, un hueso del muslo y otras pequeñas; para el excelentísimo señor duque de Alba, marqués de Villafranca, patrón del convento, una canilla de un brazo, y para los conventos de nuestra provincia algunas pequeñas; y viendo que no podía servir la

caja donde habían estado las sagradas reliquias hasta entonces, las colocaron en la caja de que se hace mención al número 3 de este capítulo, que tiene las armas de los Toledo, y se puso un pergamino en que se expresaba el día y año de esta tumulación ó registro; y formándose otra vez la procesión como antes, se volvieron las sagradas reliquias al panteón, y, abriendo la caja para que las viesen por la reja las señoras que estaban en la iglesia y las adorasen, se cerró después y se pusieron los sellos del señor Abad; y habiendo tomado testimonio de todo lo actuado los notarios, se colocó la caja sobre una mesa en el mismo sitio de antes, hasta que se concluyera de labrar la suntuosa y magnífica urna que de orden del excelentísimo patrón se estaba fabricando.

3. Quisiera, antes de dejar la pluma de la mano, mostrarme agradecido á mi glorioso Santo, dándole infinitas gracias por los muchos favores que de su liberal mano he recibido, particularmente en este viaje á sacar sus santas reliquias. Emprendí esta jornada, desde Madrid á Villafranca, á pie y en la avanzada edad de sesenta y cuatro años, con los achaques que son inseparables de una anciana edad quebrantada en viajes

dilatados por mar y tierra, y, no obstante esto y lo largo del camino [1], la escabrosidad de los puertos [2], la estación rigurosa del verano, sólo con el amparo divino y protección de mi Santo le concluí felizmente, no sin admiración de todos, así extraños como domésticos; cuyo favor le tendré siempre presente para el agradecimiento, esperando en sus méritos me asistirá, como humildemente lo pido, en el viaje que considero cercano de esta á la eterna vida, y que será mi protector y abogado para con el supremo Juez, á quien tengo ofendido con muchos pecados; pero confío será mi protector el Santo Lorenzo, y que, con él mediante, la gran piedad del Señor se inclinará al perdón.

CAPÍTULO XXVIII

Beatificación solemne del siervo de Dios Fr. Lorenzo de Brindis: milagros que se aprobaron por la Sagrada Congregación, y otras noticias pertenecientes á la historia.

El tiempo, que suele ser tirano de las memorias y de las hazañas, obscureciendo hasta las ruinas y cavando, no sólo

1 Dista Villafranca de Madrid 74 leguas.
2 Puertos de Guadarrama y Foncebadon.

en cada siglo, sino en cada año un sepulcro donde se entierre la memoria en profundo olvido, iba cada día excitando con más viveza la fama que ardía, lámpara inextinguible á la santidad de Brindis, porque daba el cielo milagrosos recuerdos de ella en la tierra; y estaba cantando altamente la fama desde su sepulcro, repitiendo su bronce un grito el más canoro con cada milagro. Desde el mismo punto que llegaron sus reliquias á Villafranca, y aun antes, empezó el cielo á dispensar favores sobre aquel afortunado pueblo, llamando la atención de sus vecinos con soberanas luces y sonoros y armoniosos ecos. Siguiéronse sanidades y otros muchos beneficios, siendo su sepulcro glorioso en honor y culto, y célebre su memoria en glorias y milagros. Deseaba el Papa Gregorio XV (antes cardenal Ludovisio, gran devoto de Brindis) que le pidiesen el culto del varón santo, porque quería ser juez y abogado el que había sido testigo glorioso de las proezas de su espíritu en tan repetidas ocasiones. Cada vez que la memoria hacía reflexión sobre lo que había observado la vista, se inflamaba el corazón en deseos de proponerle desde el altar por dechado de las más heroicas virtudes. Había visto arder aque-

lla alma en un incendio de amor sagrado, donde no había otro humo que el que servía á la veneración en el templo y en el sacrificio. Habíale admirado extático en muchas ocasiones, transportado el espíritu á regiones inaccesibles. Vió heroicas en Brindis todas las virtudes, y, colocadas en aquel sublime grado desde donde grita menos confuso que ronco el ejemplo, quería darlas culto, quejoso de que los Capuchinos no enviasen un ruego á la Silla apostólica sobre este punto y fuesen dejando cubrir sus cenizas del olvido. El corto gobierno de este Pontífice, que fué solo de dos años, no dió lugar á cumplir sus deseos. Sucedióle en el pontificado y en su devoción Urbano VIII (antes cardenal Barberino), de cuya ilustre casa ha tenido la religión Capuchina no pocos profesores ilustres, y entre ellos el cardenal Antonio Barberino, hermano de Urbano VIII, y Fr. Buenaventura de Ferrara Barberino, que habiendo sido predicador de cuatro Pontífices, murió con gran fama de santidad arzobispo de Ferrara, habiendo obtenido votos para ser Pontífice. Deseaba, pues, Urbano VIII, sucesor de Gregorio XV, como tan interesado en las glorias de nuestra Orden, que los Capuchinos introdujesen la causa del sier-

vo de Dios; pero constantes los Capuchinos en no buscar las glorias y aplausos terrenos, sino los celestiales y eternos; en procurar hacer santos y no en publicarlos, aunque conocían la santidad del siervo de Dios no dieron paso alguno hasta que su gran devoto el duque de Baviera, Maximiliano, se lo pidió con mucha instancia cinco años después de su glorioso tránsito, según consta del rescripto apostólico dirigido á dicho serenísimo duque de Baviera, que nos ha parecido poner abajo [1], en que Su Santidad alaba la noble piedad del Duque y ensalza los méritos del varón santo. También pidió la beatificación del siervo de Dios el emperador Fernando II y su augustísima esposa la Emperatriz, como consta del rescripto apostólico que trae nuestro

1 *Dilecto Filio, nobili viro Maximiliano Bavariae, Duci S. R. I. Principi electori. Urbanus Papa VIII. Illustris plane hic est dicendus Evangelicae paupertatis Triumphus. Viri contemptores opum et inopiam Sectantes, obstringunt sibi Reges, ac Principes magnitudine beneficiorum. En Bavariae Dux Maximilianus, ille per duellium Haereticorum Domitor, pauperem Sacerdotem Capuccinum, tamquam Divinae Benevolentiae conciliatorem, et possesorem beatae aeternitatis veneratur, ac Laurentio a Brundusio, qui nuper ex hac miseriarum vale decessit, Beati cognomentum, et coelestes honores petit. In bellicis expeditionibus fortitudo, in hujusmodi officiis pietas triumphat nobilitatis tuae, etc. Datum Romae apud Sanctum Petrum sub annulo Piscatoris, die 30 Decembris 1624. Ex Bullar. Ordin. Capuc. tom. 2, fol. 292.*

bulario Capuchino [1]. Después hicieron la misma instancia muchos Príncipes y Prelados eclesiásticos, no siendo inferior en la piedad y devoción nuestro católico monarca Felipe V, quien dirigió sus súplicas desde Balsaín, á la santidad de Inocencio XIII, el día 28 de Septiembre de 1722 [2], alegando, además de sus virtudes y milagros, estar en sus Estados su sagrado cuerpo y haber venido dos veces Embajador á su predecesor Felipe III; y también y más principalmente por haber sido vasallo del Rey de España.

2. Habiendo oído benignamente Su Santidad las súplicas reverentes de tantos

1 *Charissimo in Christo Filio nostro Ferdinando Ungariae, etc. Urbanus Papa VIII. Bene est. Videmus etiam hac aetate triumphatores armatos ab egenis Sacerdotibus, auxilium implorare, et eorum laudibus inservire Declarant id haec litterae Majestatis tuae, quibus invictum, et Coelo dignam praedicas virtutem Laurentii á Brundusio Capuccini, cui mortem occumbenti petis solemnes Beatitudinis titulos. Gratias agimus Deo, qui mirabilis est in Servis suis, cum inermis Sacerdos, praeferens vexillum crucis, et sacro tonans eloquio inter cruentos bellorum saevientium gladios, non solum Caesareas Majestates, Religionis propagatione triumphantes, sed Barbariem etiam Divinitatis contemptricem, ad christianae charitatis et apostolicae fortitudinis admirationem traduxerit. Quare miris laudibus tum Majestatis tuae, tum Imperatricis optimae, pietatem coronandam, tam pia petitione censemus, etc. Datum Romae apud S. Petrum sub annulo Piscatoris, die 28 Decembris 1624, etc. Ex Bull. Or. Capuccinor, tom.* II, *fol. 292.*

2 Noticias al Cronista, tomo en folio manuscrito, pág. 179.

Príncipes, admitió la causa del varón santo con todas las formalidades acostumbradas. Nombró por ponente de la causa al cardenal Pedro María Burghesi, llamado *Cardenal de San Jorge.* Mandó Su Santidad formar procesos, y los primeros que hallamos son los de Villafranca del Bierzo los años de 1624, 1626, 1630 y 1677. También se formaron procesos en Milán, en Baviera, en Venecia, Nápoles y otras provincias. Últimamente el año de 1724, siendo Pontífice Inocencio XIII, se formó en Villafranca el gran proceso de *Non cultu,* en que se tardó trece meses. Fueron diputados para esta comisión los PP. Fr. Buenaventura de Bayona y Fr. Matías de Marquina, religiosos de esta santa provincia de Castilla. Formó el proceso el muy ilustre Sr. D. Miguel Alfonso Flores de Omaña, Abad de Villafranca, acompañado de cuatro canónigos de su iglesia. Habiendo muerto el cardenal de San Jorge, ponente, subrogó en su lugar la santidad de Benedicto XIII al cardenal Pico de la Mirándula, con amplísimas facultades para proseguir la causa. En este tiempo examinaron los procesos hechos en Venecia y en otras partes sobre las virtudes del siervo de Dios. También se dió comisión al Patriarca de Venecia para que

hiciese diligente inquisición sobre los escritos y obras originales compuestas por el varón santo, y las remitiese á la Sagrada Congregación de Ritos; y habiéndolo hecho y alcanzada licencia de Su Santidad, se sometió el examen á varios teólogos y canonistas, los que, habiendo visto todos sus escritos con la crítica que pide materia tan delicada, los aprobaron con mil elogios; y habiendo pasado al promotor de la fe para nuevo y aún más riguroso examen, y no hallando reparo alguno en su aprobación, informó de todo á la Sagrada Congregación, y ésta (con la aprobación del Sumo Pontífice) dió su decreto el día 13 de Febrero de 1734 para que se pudiese pasar *ad ulteriora*, ó continuar la causa sin impedimento alguno. Y habiendo muerto el Cardenal Pico de la Mirándula, nombró en su lugar Benedicto XIV. á su alteza real eminentísima el Cardenal duque de Yorch.

3. Continuaba la causa con felicidad; y habiéndose examinado sucesivamente varias dudas y reparos preliminares que expuso el promotor de la fe, y se resolvieron á favor de la causa por los abogados á presencia de la Sagrada Congregación, hecho esto se pasó al examen de las virtudes del varón santo en grado heroico, y para esto

se tuvo la Congregación *antipreparatoria* en el palacio de su alteza real el Cardenal ponente duque de Yorch, el día 5 de Mayo de 1761, y la *preparatoria* en el Palacio Apostólico Quirinal el día 27 de Enero de 1767. Finalmente, no habiendo estorbo ni impedimento alguno, se tuvo la Congregación general delante de Su Santidad el Papa Clemente XIV, eminentísimos Cardenales y reverendísimos Consultores y Prelados el día 8 de Agosto de 1769; y habiendo convenido todos, *se aprobaron las virtudes del siervo de Dios en grado heroico*. Pero Su Santidad difirió (como es costumbre) dar el decreto hasta que, encomendándolo más á Dios y pidiendo las oraciones de otros, le iluminase el Señor, para no errar en materia tan delicada. Llegó, por último, el 15 del mismo mes de Agosto, día de la Asunción de María Santísima á los cielos, de cuyo sagrado misterio era devotísimo el siervo de Dios Fr. Lorenzo; habiendo celebrado Su Santidad el santo sacrificio de la Misa, é ilustrado del padre de las lumbres, mandó leer el decreto tan deseado de la aprobación de las virtudes delante de innumerable pueblo. Y porque en este decreto se da una idea breve de las virtudes del varón santo, pondremos abajo lo que baste para

satisfacer la curiosidad de los devotos [1]. Llegó el año de 1772, en que reinando nuestro santísimo Padre Pío VI, de gloriosa memoria y afectísimo al siervo de Dios, dispensando benignamente las demoras que suele haber en estas causas, ordenó se pasase al examen de los milagros; y habiéndose tenido la congregación *antipreparatoria* el día 18 de Febrero de 1772, la *preparatoria* el día 28 de Septiembre de 1773 y la *General* el día 9 de Mayo de 1775; y habiendo implorado el divino auxilio y celebrado Su Santidad el día de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo (29 de Junio de dicho año), dió el decreto de la aprobación de un milagro que el siervo de Dios

1 *Quum proemisso dudum sedulo Actorum examine, in Causa Venerabilis Servi Dei Laurentii á Brundusio, Sacerdotis, qui in arcta Christianae perfectionis, regularisque disciplinae, semita sodalibus praeluxit suis, non modo suprema, quam sortitus apud eos est auctoritate, verum etiam ardenti in Deum, et proximum charitate, assiduo orandi studio, numquam intermissa sui corporis castigatione: laboribus, aerumnis, et singulari praesertim animai fortitudine, qua semper in Domino confidens, quamplurimas superavit difficultates, immensas peragravit Regiones: Injurias neglexit, quod saepe adivit capitis discrimen ut impii, perditique homines redirent ad viam salutis. Et quamvis severissimas sui Ordinis leges servaret, et exequeretur, negotia tamen gravissima, pro tuenda Catholicae Ecclesisae dignitate suscepit, et feliciter expedivit, deventum fuerit... Sanctitas sua declaravit ac decrevit, constare de proedicti Servi Dei Laurentii virtutum heroicitate. Ex Decreto in causa Brundusina.*

hizo con Eugenia de Apuzo, sanándola de una herida instantáneamente. Pasó algún tiempo, y habiendo precedido las ceremonias acostumbradas, el día 18 de Enero de 1783, plausible para Roma y aun para toda la Iglesia, en que San Pedro colocó su Cátedra en aquella insigne ciudad, pronunció Su Santidad el decreto aprobativo del segundo milagro, graduado en la tercera clase, que el siervo de Dios obró con Clara de Cossaghis, sanándola de una úlcera cancerosa, cuyos milagros vamos á referir ínterin se continúan en Roma las diligencias para la solemne Beatificación de nuestro Brindis.

4. El primer milagro aprobado por la Sagrada Congregación, es el siguiente: En Nápoles, Pedro Ciofo, cirujano famoso, habiéndole llamado para sangrar á Eugenia de Apuzo, no pudiendo sujetar el brazo de la enferma por los violentos movimientos, le cortó con la lanceta, no sólo la vena sino también la arteria. Corría sangre sin medida, porque habiendo llenado muchos vasos en breve tiempo, no sólo bañó todo el vestido, ropas y cama de la enferma, sino que corría la sangre por el suelo sin haber modo de detenerla, siendo este uno de los casos desesperados en que no alcanzan los

esfuerzos todos de la medicina. Ni servían ligaduras, ni bastaban vendas, ni aprovechaban cabezales, y la enferma se iba muriendo por instantes, exangüe y sin aliento. Acordóse en tan evidente peligro que tenía un pedazo de un pañuelo de los que servían al varón santo en la Misa para recoger las lágrimas: mandóle traer, y con mucha fe se encomendó al siervo de Dios y dijo al cirujano se le aplicase á la herida. Pero ¡oh prodigio! apenas tocó á la vena rota aquella santa reliquia cuando, de repente, cesó la sangre, se cerró la vena, se consolidó la arteria: siguiéndose á esto otros prodigios, pues ni en el pañuelo apareció mancha alguna de sangre, ni se conoció señal de la cicatriz, recobrando el espíritu la enferma y volviendo á su color natural como si nada le hubiera sucedido. Hízose auténtica averiguación, y fué el primer milagro de los aprobados por la Sagrada Congregación.

5. El segundo fué con Clara de Cossaghis, natural de Abiagraso, en el Estado de Milán. Padecía esta señora un horrible cancro en un pecho, viviendo, ó por mejor decir, muriendo atormentada de vivísimos dolores, creciendo éstos aun más allá del sufrimiento humano; profundizaba tanto la llaga que casi se descubría el corazón, y por

consiguiente iba cundiendo la desdicha bien alimentada, saliendo aquel martirio tremendo en lastimosa palidez al rostro y prorrumpiendo tal vez en quejas desconocidas del albedrío; siendo un mal tan prolijo y tan horrible, que bastaba á sacar ayes á una estatua de bronce. Causaba á los médicos y cirujanos lastimoso horror el ver que lo más levantado del pecho había pasado á sepulcro horroroso donde el corazón estaba tristemente enterrado, aunque mal cubierto. Brotaba mucha copia de agua y de materia, derramándose indeficientemente los espíritus vitales y acercándose cada día á los umbrales de la muerte. Habíanse agotado todos los esfuerzos del arte, aunque en vano; todos los facultativos la daban por incurable. En tan terrible conflicto recurrió la paciente con lágrimas y con gemidos al cielo, pues no quedaba ya recurso á lo humano. Oyó referir los muchos prodigios que obraba el siervo de Dios Fr. Lorenzo, y poblado su espíritu de fe, los ojos de lágrimas y el alma de afectos, que batía en su favor las alas de la esperanza; hallándose inspirada de un interior aliento que movía su corazón casi difunto, ofreció ayunar tres sábados á pan y agua en honor del Santo Lorenzo y visitar en estos días la iglesia de

los Capuchinos si alcanzase del Señor la deseada salud. Oyó sus votos por intercesión de su siervo Lorenzo, y desde aquel instante empezó á sentir los efectos de su patrocinio; fueron cesando los dolores, cerrándose aquella herida cubriéndose toda de carne fresca, con asombro de los cirujanos y médicos, que en pocos días vieron que no quedaba vacío alguno, porque había recuperado todo lo que el mal tirano en mucho tiempo había lentamente mordido. Vieron extendida perfectamente la piel, sin que hubiese dejado huellas, surcos ó cicatrices el mal, siendo este uno de los portentos que más admiraban los cirujanos, como hazaña que desconocen el arte y la experiencia, en una tan espantosa llaga; pero quedó el campo rojo, señalando una como rosa bien encendida el terreno que había ocupado por tanto tiempo la desgracia, para que sirviese de recuerdo á la memoria. Calificóse este caso entre los milagros que se gradúan de tercera clase.

6. Volvemos, pues, á tomar el hilo de la historia; continuando la Santidad de nuestro Beatísimo P. Pío VI en favorecer la causa de su amado Brindis, y no faltando ya para la solemne Beatificación más que la Congregación que se llama de *Tuto*,

señaló Su Santidad el día 17 de Abril de 1783, en que cayó el Jueves Santo, día solemnísimo y memorable para celebrar la Iglesia la institución del Augusto Sacramento, y señalado para el Santo Lorenzo por el prodigio que el Señor obró con él en la ciudad de Gratz, en la Stiria, como queda dicho en otro lugar [1], y mucho más por el grande afecto y devoción del varón santo á este divino misterio. En este día, que sin duda es el más solemne, el más sagrado y devoto, y por consiguiente el más ocupado de todo el año para los eclesiásticos; en este día, pues (que es cosa muy rara y digna de admiración y estimación), juntó Su Santidad la Congregación con todos los Cardenales y Prelados que la componen, y declaró: «Que en atención á estar aproba»das en grado heroico las virtudes del sier»vo de Dios Fr. Lorenzo de Brindis, Capu»chino, y aprobados también sus milagros, »*tuto procedi potest ed ejus solemnem Beatifica»cionem*. Seguramente se podía proceder á »su solemne Beatificación». En cuya suposición, y habiendo precedido muchas oraciones y rogativas, expidió Su Santidad la Bula de su Beatificación á 23 de Mayo de 1783, que empieza: *Illustrium pietate*, señalando

1 Cap. 4, n. 4.

en ella el día 1.° de Junio para la Beatificación del siervo de Dios, como efectivamente se celebró en Roma en la iglesia de San Pedro con la mayor solemnidad y magnificencia, de cuyas fiestas se imprimieron varias relaciones. También concede Su Santidad en la misma Bula licencia para rezar del Santo Lorenzo todos los años el día 7 de Julio, con oficio doble y oraciones propias que pondremos después. Extendiéndose esta concesión á toda la Orden de Capuchinos de ambos sexos, y á todas las personas, así seculares como regulares de uno y otro sexo que están obligadas al oficio divino, en el pueblo de *Villafranca del Bierzo,* donde está y se venera su sagrado cuerpo; en la ciudad de *Lisboa,* donde murió, y en la ciudad de *Brindis*, donde nació; y en cuanto á la Misa concede también Su Santidad la puedan decir todos los sacerdotes que concurran á las iglesias donde se rece del Santo. Y porque en las tres oraciones de la Misa (que es concesión muy singular en un solo beatificado) se contienen las virtudes más heroicas que resplandecieron en el siervo de Dios, y como calificadas por la Iglesia merecen más fe, las hemos querido poner aquí.

PRIMA ORATIO

Deus, qui ad ardua quaeque pro nominis tui gloria, et animarum salute Santo Laurentio con fessori tuo, spiritum consilii, et fortitudinis contulisti: da nobis in eodem spiritu, et agenda cognocere, et cognita, ejus intercessione perficere. Per Dominum, etc.

SECRETA

Ad caeleste convivium fac nos Deus, salutaribus penitentie lacrimis dignos accedere, quod beato Laurentio vitae candor suavissimum efficiebat. Per Dominum, etc.

POST COMMUNIO

Divinitatis tuae Domine, sempiterna fruitione satiemur, quam beatus Laurentius in sacro altaris misterio praegustabat. Per Dominum, etc.

7. Finalmente, veneramos ya en los altares al ilustre vasallo español el Santo Lorenzo de Brindis, cuya gloriosa Beatificación se debe á la devoción y afecto de nuestro santísimo P. Pío VI y á la eficacia y solicitud de su alteza real el eminentísimo señor Cardenal duque de Yoroh, ponente de la causa, gobernando España nuestro católico monarca Carlos III, y toda la Orden seráfica de los Capuchinos el excelentísimo y reverendísimo P. Fr. Erardo de Radkerspurgo. Debe alegrarse toda la

Iglesia santa (y con singular razón en los tiempos presentes) de ver ya colocado en las aras al que fué *martillo y terror de los herejes* de aquella edad, y será confusión y asombro de los impíos é incrédulos de este siglo. Será, sin duda, la vida de nuestro grande héroe de mucho consuelo y alegría para los buenos, y de terror y espanto para los malos, pues brilla en él la divina gracia con particular esmero. Desde niño se admiró gigante en su oriente, mereciendo aun en su cuna las más respetuosas atenciones de la fama, siendo ejemplar de todas las virtudes. En la Religión fué espejo de la más rígida observancia y norma de Prelados. Alumbró este luciente astro del cielo y seráfico Capuchino con su predicación y doctrina á todas las naciones, á todos los reinos, á todas las provincias y aun á todo el mundo. Fué un Crisóstomo de su tiempo, ó un segundo Pablo; trajo millares de hebreos al rebaño de Jesucristo; redujo infinidad de herejes á la fe católica, apostólica, romana; convirtió un sinnúmero de pecadores, sacándolos del vicio y lazos de Satanás y colocándolos en el camino de la vida eterna. Alcanzó victorias de los turcos; venció poderosos ejércitos de enemigos; triunfó de los protestantes en disputas, en

Congresos, en Asambleas y en Dietas; pacificó muchas veces el Imperio romano y provincias de Alemania; fué el arco iris de las guerras sangrientas de Saboya y de toda Italia; fué el consejero, el maestro y director de los Emperadores, Reyes, Príncipes y Potentados; fué el consultor de Pontífices, Obispos y Cardenales; fué Legado apostólico, Nuncio y Embajador á muchas Cortes y soberanos de Europa; fué el oráculo de su siglo, en cuya gran cabeza se vieron habitar, como en su nido, la prudencia, el arte político y las más profundas máximas para el gobierno acertado; fué luz del mundo que alumbró á todos los vivientes con su doctrina y ejemplo. El venerado de los pueblos, el amado de los buenos, perseguido de los malos, el que abría los cielos á milagros, el órgano del Espíritu Santo, por donde respiraba revelaciones y profecías. Varón tan gigante, que no se atreve la esperanza á caminar en busca de otro que le iguale, aunque lo solicite por el anchuroso campo de los siglos, de los deseos y aun de los discursos. Últimamente, nuestro Santo Lorenzo es aquel gran sacerdote de cuyo fervoroso espíritu y ardiente devoción al augusto Sacramento apenas se hallará ejemplar en las historias. Hombre (si así se pue-

de llamar) á quien se halla obligado todo el orbe. Cuando niño vistió el hábito de los PP. Conventuales, después el hábito clerical; profesó, y trajo el hábito Capuchino. Cuando muerto le pusieron el hábito de los PP. Observantes, y, finalmente, vivió no poco tiempo en San Gil de Madrid, entre los PP. Descalzos. De Alejandro Magno se dice que, dejando el traje de su patria, se vistió el de los persas para hacerse agradable á ellos: así parece que nuestro Santo Lorenzo quiere hacerse para todos. Gloríase nuestra España de haber tenido un tan excelente vasallo; pero esta gloria no ha de ser gloria vana, sino gloria de tener un tan gran santo para imitar sus virtudes; de tener un protector tan ilustre, que sin duda lo será en el cielo para con Dios y mirará á estos reinos y á su católico monarca con benignos ojos, alcanzando del Señor mil bendiciones celestiales.

8. Las funciones que se han hecho por todo el orbe de la Beatificación de nuestro Brindis, han sido muy solemnes. En Roma, además de las magníficas que se celebraron en el Vaticano el día 1.° de Junio del año pasado de 1783 con aquella grandeza que se acostumbra, se celebraron en nuestro convento de aquella ciudad el día 9 de Ma-

yo y siguientes de este presente año con mucha solemnidad y concurso de Cardenales, y Su Santidad fué con el acompañamiento acostumbrado á decir Misa al Santo. La provincia de Cataluña ha celebrado estas fiestas en todos sus conventos, los días 9, 10 y 11 de este año; y esta santa provincia de Castilla, que le reconoce por Padre y fundador, le está celebrando en sus conventos; y sólo referiremos las que se han celebrado en este convento de San Antonio del Prado, donde puso la primera piedra para su fundación.

9. Dióse principio á estos sagrados cultos el día 2 de Julio por la tarde, cantando el *Te Deum laudamus* y Vísperas muy solemnes, con repique general de campanas en todas las iglesias de la Corte.

Día 3 de Julio. Hizo la fiesta el Rey nuestro señor (q. D. g.), celebrando de pontifical el Ilmo. Sr. D. Francisco Mateo Aguiriano y Gómez, Obispo de Tagaste y Auxiliar de este Arzobispado. Predicó el Excmo. Sr. D. Francisco Antonio de Lorenzana, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas.

Día 4. Hizo la fiesta el Príncipe nuestro señor (q. D. g.); asistieron al altar y púlpito los Rvdos. PP. Observantes, y pre-

dicó el muy Rvdo. P. Fr. Fulgencio de Huèrta.

Día 5. Hizo la fiesta la Princesa nuestra señora (q. D. g.): predicó el muy Reverendo P. Fr. Buenaventura de Llodio, Capuchino.

Día 6. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Carlos (q. D. g): asistieron los Rvdos. PP. Agustinos Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Isidro Antonio Hurtado.

Día 7. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Felipe (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Carmelitas Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Juan Gil.

Día 8. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Gabriel (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Trinitarios Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Nicolás Lobato.

Día 9. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Antonio (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Mercenarios Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Joaquín de Moriones.

Día 10. Hizo la fiesta la serenísima señora Infanta D.ª María Josefa (que Dios guarde): asistieron los Rvdos. PP. Victorios: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Juan González Sandoval.

Día 11. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Luis (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Cayetanos: predicó el muy Reverendo P. D. Pedro Díaz Guereñu.

Día 12. Hizo la fiesta el excelentísimo señor Duque de Medinaceli, nuestro Patrón: asistieron los Rvdos. PP. Clérigos Menores: predicó el muy Rvdo. P. Júan de Montoya.

Día 13. Hizo la fiesta la excelentísima señora Duquesa de Medinaceli, nuestra Patrona: asistieron los Rvdos. PP. Trinitarios Descalzos: predicó el muy Rvdo. P. Fray Tomás de la Virgen.

Día 14. Hizo la fiesta el excelentísimo señor Marqués de Cogolludo y Duque de Santisteban: asistieron los Rvdos. Padres Agustinos Recoletos: predicó el muy reverendo P. Fr. Miguel de Jesús María.

Día 15. Hizo la fiesta la excelentísima señora Duquesa de Santisteban, Marquesa de Cogolludo: asistió la Sagrada Comunidad de PP. Capuchinos del Pardo: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Juan de Zamora.

Día 16. Hicieron la fiesta los excelentísimos señores Marqueses de Mortara: asistió la Sagrada Comunidad de PP. Capuchinos de la Paciencia: predicó el muy reverendo P. Fr. Benito de Cárdenas.

Día 17. Hizo la fiesta la Archicofradía Sacramental de San Sebastián, unida con nuestra Sagrada Comunidad. Celebró de pontifical el Ilmo. Sr. D. Agustín Rubín de Cevallos, Obispo de Jaén é Inquisidor general: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Francisco de Villalpando.

Día 18. Hizo la fiesta la coronada villa de Madrid, con asistencia del venerable Cabildo, de señores Curas y Beneficiados: predicó D. Juan Antonio de Ayala, cura de Santiago de esta villa.

Después de estos sagrados cultos hubo otros devotos que mostraron su afecto al Santo Lorenzo, entre los cuales sobresalieron los excelentísimos señores Duques de Arión.

10. Últimamente hacen conmemoración del siervo de Dios (además de los autores citados en el prólogo) los que referimos abajo [1], engrandeciendo todas sus virtudes y haciéndole digno de los honores que hoy goza en las sagradas Aras. El Señor

1 López, lib. XIII. *Histor. Ecclesiast.* Gravina *in voce turturis, ubi de Capuccinis.* Ardinghelus *ostensione 4.* Coriolano, *Breviario Cronológico*, fol. 395, n. 391. Ughello, *cum notis Coleti in Italia Sacra*, tom. IX. *Provincia* 19, fol. 395, número 7. Martirologio Franciscano 11. *Kalendas Augusti.* Juan Baptista de Perusio *in Prolog. ad vit. S. Felicis de Cantal.* Thielmano, tom. I, *vitar. SS. Ordinis Seraph.* Ildefonso Fernández, *in sua historia Eccles.*, lib. III, cap. 3.

haga, por su intercesión, que logremos verle por eternidades en la gloria. Amén.

La ciudad de Verona, siempre devota del varón santo, le dedicó este epitafio compuesto por Claudio, Jurisconsulto veronense:

Laurentium Brundusinum
Divini eloquii concionatorem
Ex Ordine Seraphico
Capuccinorum
Nostra tempestate primarium,
Nihil terreni habentem
In terris commorantem aspeximus,
Ad Caelum nunc translatum intueamur:
Cujus incontaminati mores,
Vita irreprehensibilis,
Mors religiosissima,
Innumera miracula,
Fama Sanctissima
Sunt in causa, ut Pastor Summus
Inquisitione non levi praeambula
Palàm profiteatur
Ejus nomen inter Divos referre:
Quod numquam tam cito evenisse
Nos monumenta docent.
Hunc itaque Patronum apud Deum
Eligamus,
Ut petitionum nostrarum
Compotes fieri certò certiùs sperare
Possimus. Amen.

HASTA AQUÍ EL AUTOR

———

Se sabe por documentos de últimos del siglo pasado que las demás provincias de España, y en particular la nuestra de Cataluña, como dice el autor, rivalizaron con la de Castilla en solemnizar las fiestas del Santo Lorenzo de Brindis, General de toda la Religión Capuchina, con todo el esplendor compatible con la seráfica pobreza, y que se aumentó mucho la devoción á tan gran Santo, glorificándole Dios con estupendos milagros para llegar á su solemne Canonización, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

Solemne Canonización del Santo Lorenzo de Brindis.

Después de la Beatificación del siervo de Dios, cada día creció más y más la devoción; de modo que muchos fieles alcanzaron del Señor grandes favores por la intercesión del glorioso Santo. Esto movió al postulador de la causa á dirigir reverentes súplicas al Sumo Pontífice Pío VI para que se volviese á tomar en consideración la causa; y el día 22 de Diciembre de 1784, tuvo á bien designar la Comisión que se llama de Reasunción. Después se instruyeron en Roma y en Cervera, ciudad del

obispado de Solsona en España (Cataluña), los procesos apostólicos sobre dos de los varios milagros obtenidos por la intercesión del siervo de Dios después de su Beatificación. He aqui brevemente su historia.

2. Era el año de 1785, y un niño de cinco años, llamado Pedro Pablo Friggeri, natural de Roma, de constitución muy débil, comenzó á experimentar un gran dolor en la rodilla izquierda y á quejarse continuamente. Observaron sus padres que había aparecido una fuerte hinchazón que le causaba agudos dolores y le impedía de andar, tanto que tuvieron que descoserle y ensancharle los pantalones; mas á pesar de esto no podía tenerse en pie, y le fué preciso guardar cama. Viendo, pues, que en vez de ceder aumentaba el mal, se resolvieron á llamar un cirujano; pero éste, después de examinar al doliente, no conoció la índole del tumor; no obstante, mandó que le aplicasen algunos paliativos confiando que con ellos tal vez se resolvería. Mas no fué así, sino que se agravó mucho más: en la segunda visita que le hizo notó que la hinchazón se había extendido desde el principio del fémur hasta la rótula, y tocándole ligeramente la parte lesionada le pareció que se había formado un abceso, y para procu-

rar la supuración ordenó que le aplicasen un emplasto de migas de pan con leche y malvas; pero si bien vino la supuración, no obstante, el tumor había crecido mucho más y presentaba suma gravedad. El doctor Austini, que también visitó al enfermo, fué de parecer que el tumor no sólo ocupaba la parte anterior de la rodilla, sino también las partes laterales y adyacentes, presentando un color rojo oscuro y supurando bajo la celular unas materias corrompidas que se internaban profundamente. En vista, pues, de esta gravedad, aconsejó que se le operara y se le hiciera la incisión; el cirujano Giustí opinó lo mismo. Mas éste, al operarle, notó que del tumor salía una gran cantidad de humores pútridos sanguinolentos que, lejos de aliviar al paciente, le agravaron de tal manera, que no pudo menos de manifestar á sus padres que temía un funesto resultado para su hijo, ya por la duración de la enfermedad, ya porque los húmores corrompidos producirían las caries en el hueso, lo cual así sucedió, abriendo nuevos agujeros, dos á la parte interna allí donde se había hecho la incisión, y dos en la parte externa sobre el dorso de la testa del fémur.

3. El estado del niño era gravísimo,

pues el mal había interesado á los huesos, y, por último, apareció la necrosis [1]; las úlceras abiertas destilaban un humor purulento, negruzco y fetidísimo. Tan grave se había hecho la enfermedad, que el doctor Austini declaró que había perdido ya toda esperanza de curarlo. Viendo los afligidos padres que la ciencia médica se declaraba impotente para sanar á su querido hijo, resolvieron, como cristianos, acudir á Dios y pedir, por la intercesión de la Santísima Virgen, la salud del niño; y al efecto el padre, en Octubre de 1786, salió de Roma para dirigirse á la ciudad de Loreto con objeto de visitar la santa Casa y suplicar humilde y fervorosamente á María, salud de los enfermos, por su amado hijo. Entre tanto el niño se agravó tanto, que su desconsolada madre temió que iba á expirar. El padre, al regresar á su casa, encontró á su hijo en un estado tan crítico y desesperado, que inmediatamente se fué en busca del doctor Giusti; mas éste le recibió mal y hasta con aspereza, diciéndole: «Ya »os lo he dicho varias veces: que no tengáis

1 Necrosis, ó corrupción de vida en un hueso, ó en parte de él, debida á la impresión del aire ó encontrarse descubierto, á las fracturas, á los diferentes virus, etc.—Estado de los huesos privados de vida por alguna de las causas expresadas, ó por otras de semejante naturaleza.

»esperanza alguna sobre la curación del »niño, pues para alcanzarla se necesita un »gran milagro». Á esta respuesta tan triste y categórica comprendió que no había recurso humano, y se volvió á casa; y cuando más afligido y desconsolado estaba, se presenta Fr. Valentín de Cadore, Capuchino que hacía la cerca de aceite, á recoger la limosna que el padre solía darle. Mas viendo Fr. Valentín la gran tribulación que sufrían tan buenos y caritativos padres, se conmovió, y les dijo: «Ea, tranquilizaos; »tened fe en el Santo Lorenzo de Brindis, »suplicadle, como ya os lo he dicho otras »veces, y él, que obra tantos milagros, os »obtendrá la curación de vuestro tierno »hijo; traedle á nuestra iglesia á fin de que »el sacristán santigüe su rodilla enferma, y »obtendréis, no lo dudéis, la gracia que »deseáis». Así lo hicieron, y la madre y una tía, á principios de Noviembre, lo presentaron á la iglesia de la Inmaculada Concepción de PP. Capuchinos; y tan luego como el P. Sacristán puso en la rodilla enferma una reliquia del Santo Lorenzo obróse el milagro, pues al llegar á su casa y al querer desatar los vendajes para curarle, vieron con gran admiración y asombro que había desaparecido la hinchazón, y que la parte

enferma estaba en su estado natural, quedando solamente las cicatrices de tres agujeros cubiertos de piel de color rosado.

4. Esta curación fué instantánea, y después nunca jamás padeció el niño Pedro Pablo dolor alguno, ni en la parte enferma ni otro semejante durante su vida, caminando suelto y expedito, tanto, que cuando se hizo el proceso, y él tenía siete años de edad, obtuvo una plaza de Monacillo en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Todo lo cual afirman unánimemente el niño, los padres, los médicos que le asistieron, los religiosos, seglares, parientes y conocidos que le vieron enfermo.

La Sagrada Congregación de Ritos ha calificado este milagro del modo siguiente:

«Instantánea y perfecta curación del niño »Pedro Pablo Friggeri, de un tumor blan»co incurable en la rodilla izquierda con »caries de los huesos.»

5. María Angélica Salat y Trull, habitante de Cervera, ciudad del Obispado de Solsona (Cataluña), desde su nacimiento en 1739 tenía una constitución flemática biliosa y una afección en la sangre que á menudo le producía graves incomodidades. Llegada á la edad nubil casóse con Jaime Salat, de quien tuvo muchos hijos, de los

cuales cinco murieron en temprana edad, causándole gran pena y sentimiento, principalmente uno que, estando de noche á su lado, falleció repentinamente, lo que la afligió de tal modo que enfermó gravemente, dando indicios claros de descomponérsele la sangre.

6. El estado de su pobreza no le permitía emplear los remedios oportunos para combatir los progresos de la enfermedad, y así fué que, no sólo la descuidó, sino que se vió aun precisada á entregarse á las faenas del campo para ganarse el sustento. En esta precaria situación continuó hasta los cuarenta y cinco años (siendo entonces el año de 1784), edad llamada crítica por los médicos, y lo fué para ella, pues el mal que había permanecido oculto ó en el interior del cuerpo se desarrolló y le produjo en las piernas una grande erupción herpética. Además todo el cuerpo se cubrió de pústulas, causándole una desazón tal que la forzaban á rascarse con las uñas, y con esto se le formó un humor acre y sanguinolento que, cuajándose, se convertía en gruesas y asquerosas costras. El mal se extendió luego por todo el cuerpo, y el humor invadió el tejido celular y las partes internas de la piel; las piernas y los pies se le hincharon en extremo: las fric-

ciones con materias venenosas, que equivocadamente le prescribieron para aliviarla, lejos de combatir el mal, lo exasperaron; las pústulas se abrieron y se convirtieron en grandes úlceras; la sangre corrompida, negra y pútrida que manaba continuamente, hizo juzgar al médico que se principiaba ya la gangrena. Cuatro días después se había perdido toda esperanza de curación. Estenuada y sin fuerzas languidecía en el lecho, pareciendo más bien un cadáver que un sér viviente.

7. En este triste y desesperado estado la encontró una amiga suya que vino á visitarla, llamada María Treisa, mujer de Magin Llorach, la cual se esforzó en persuadirla que recurriese á la intercesión del Santo Lorenzo de Brindis... le agradó á la enferma tan piadoso consejo, y prometió que haría una novena al Santo para obtener por su mediación la salud. Dos días después bajó con grandes trabajos á la cocina con intención de ir á la iglesia de los Padres Capuchinos; mas á causa del mucho dolor y cansancio se quedó dormida sobre la mesa. Despertó poco tiempo después, y sintiéndose algo más fuerte quería ponerse en camino; pero la debilidad de las piernas no se lo permitió. No obstante se esforzó, y ayudada

de Magin Llorach salieron á visitar dicha iglesia, adonde llegaron con mucho trabajo; se dirigió al altar del Santísimo Sacramento, donde oró con fervor y piedad; en seguida pasó al altar del Santo, pidiéndole con fe y confianza que intercediese á su favor. Hecha la súplica la enferma se levantó sola sin ayuda de nadie, y cuando iba á salir del templo sintió que el vendaje que cubría las úlceras se le caía, que había recobrado las fuerzas y que estaba perfectamente sana. Gozosa y agradecida entró de nuevo á la iglesia, y de hinojos hizo su acción de gracias á su Dios y al Santo Lorenzo por tan gran beneficio. Al volver á casa encontró á uno de sus hijos, quien al verla tan ágil y contenta, le preguntó: «¿Qué es esto, madre mía, que la veo tan suelta y cambiada?» «Hijo mío, contestó ella, estoy enteramente curada; el Santo Lorenzo de Brindis me ha obtenido de Dios nuestro Señor, instantáneamente, la más perfecta salud».

8. En efecto: desde aquel día todos pudieron convencerse de la verdad del milagro. El cirujano que la asistía, al subir la escalera, oyó que le decía: «¿Adónde va usted, adónde va? Puede usted retirarse, porque ya estoy buena». No obstante quiso ver las piernas y rodillas, y se convenció

que en realidad estaba curada y sana. Diez años después del milagro fué visitada por los peritos del arte, quienes después de un minucioso y concienzudo examen la hallaron perfectamente curada, tanto que parecía increíble que hubiera ella nunca padecido dolor alguno, reconociendo todos con el cirujano que esto sólo se podia atribuir á un verdadero milagro.

El día 11 de Septiembre de 1881 [1], la Sagrada Congregación de Ritos calificó esta grave enfermedad de «Instantánea y perfecta curación de María Angélica Salat y Trull, de una maligna y larga dermatosis, ó enfermedad cutánea, con erupciones é inflamación pustulosa y ulcerosa de todo el cuerpo, en particular de los tejidos que tienen relación con los muslos, y caquexia de la enferma, ó sea malestar ó desfallecimiento general del cuerpo».

9. Sobrevino poco después la guerra á últimos del siglo pasado, tanto en España como en Italia, y los planes funestos de las sectas revolucionarias que ya casi hace un siglo están desolando toda la Europa, dirigiendo sus tiros á la Iglesia y á su parte escogida las corporaciones religiosas; y de aquí es que fué retardada la discusión de

1 Véase el Decreto de la S. Congregación en el Apéndice.

estos dos milagros, y solamente en el año de 1873 fueron propuestos en la Sagrada Congregación y aprobada la validez de los procesos que se habían hecho. Después se vino á la discusión de los mismos milagros: primeramente en la Congregación antipreparatoria tenida en la habitación del eminentísimo Cardenal Luis Bilio, Obispo de Sabina, relator de la causa, el día 11 de Enero del año 1877; después fueron de nuevo discutidos en la Congregación preparatoria que se tuvo en las salas del Vaticano, delante de Su Santidad el Papa León XIII, el día 16 de Diciembre de 1879; el ya dicho eminentísimo Cardenal Luis Bilio, relator de la causa, propuso la duda: *Si y de cuales milagros consta en el caso y al efecto de que se trata?* Sobre los cuales los reverendísimos Cardenales de la ya citada Congregación, y cada uno de los consultores, dieron sus votos. Y después que Su Santidad los hubo escuchado, exhortó á todos á rogar fervorosamente á fin de alcanzar en la decisión de este importante asunto la gracia que necesitaba del Padre de las luces.

El día, pues, 11 del mes de Septiembre de 1881, tuvo lugar en el palacio apostólico del Vaticano, delante de Su Santidad León XIII, la solemne ceremonia de la lec-

tura y publicación de los dos decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, sobre la aprobación de los milagros y sobre la declaración de poderse proceder con toda seguridad á la Canonización de *Santo Lorenzo de Brindis*, de la Orden de los Menores Capuchinos, y de la *beata Clara de Monte Falco*, de la Orden de los Ermitaños de San Agustín.

10. Poco después de las once de la mañana Su Santidad, acompañado de su noble Anticámara, entró en la sala del trono, en el cual se sentó rodeado de los monseñores Mayordomo y Maestro de Cámara, Limosnero y Sacristán, asistiendo al lado derecho, sentados en el lugar correspondiente, los eminentísimos y Rvdmos. Sres. el Cardenal Di Pietro, Decano del Sacro Colegio, en lugar del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Bartolini, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, ausente de Roma; el señor Cardenal Bilio, Ponente de la causa del Santo Lorenzo de Brindis, y Martinelli, Ponente de la Beata Clara de Monte Falco; al lado izquierdo estaban los Ilmos. y Rvdmos. monseñores Ralli, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, Salvati, Promotor de la Fe, y Caprara, Asesor de la misma Congregación.

11. Delante del trono pontificio estaban los Rvdmos. P. Gil de Cortona, Ministro General de Menores Capuchinos; el Padre Amadeo de Orvieto, de la misma Orden, Postulador de la causa del Santo Lorenzo de Brindis; el P. José Sepiacci, Procurador General de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y el P. Sebastián Martinelli, Vicepostulador de la causa de la Beata Clara de Monte Falco, en lugar del Postulador Padre Nicolás Primavera, gravemente enfermo.

Seguían después los Abogados y Procuradores de las respectivas causas, y una Comisión de las sobredichas Órdenes religiosas.

Asistía también á la solemne ceremonia el Ilmo. y Rvdmo. Mons. Fidel Suter, Arzobispo de Ancira, y Vicario Apostólico de Túnez, de la Orden de Menores Capuchinos, y otros Prelados respetables.

12. Obtenido el permiso del Santo Padre, á una indicación del Prefecto de las Ceremonias fueron leídos sucesivamente los Decretos ya antes citados, y luego los Oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos se fueron á besar el pie á Su Santidad, como lo prescribe el ceremonial.

Después los reverendísimos PP. Postu-

ladores de las dos causas dirigieron á Su Santidad un discurso de acción de gracias, el primero por la Orden de Menores Capuchinos, y el segundo por la Orden de San Agustín.

13. Entonces Su Santidad se levantó y tuvo á bien responder con el siguiente discurso:

«Nuestro espíritu rebosa de verdadero júbilo por la solemne publicación de los dos Decretos, á la cual hemos asistido.

La Canonización de los Santos siempre es motivo de alegría para la iglesia católica y para su Cabeza visible que la gobierna. Y Nos tenemos doble motivo de satisfacción y alegría de poder contar en el número de los Santos á dos gloriosísimos: el Santo Lorenzo de Brindis y la Santa Clara de Monte Falco.

La memoria del Santo Lorenzo, hacia el cual, desde Nuestra juventud, abrigamos sentimientos de tierna devoción y afecto especial, muy oportunamente se despierta entre los hombres en los tiempos que corren. Como ya habéis oído al leer los Decretos, este gran siervo de Dios, bajo el humilde hábito de San Francisco, ocultaba las dotes más sobresalientes de la naturaleza y los dones más sublimes de la gracia; y su

vida incansable y maravillosa, toda ocupada en beneficio de los prójimos, no fué otra cosa que una gloria llena de esplendor para el Orden Seráfico, al cual pertenecía, y de las otras Órdenes religiosas tan beneméritas de la humanidad, y, no obstante, tan perseguidas y ultrajadas en nuestros días.

14. Los Romanos Pontífices no dudaron ni un momento en confiar á la actividad y sabiduría del Santo Lorenzo los asuntos más arduos y delicados; y Él en nombre del Vicario de Jesucristo, y bajo los impulsos de la caridad más ardiente, emprendió largos y continuos viajes, penetró en diversas regiones, estudió sus necesidades y héchose todo para todos, con la palabra y con las obras derramó en todas las partes que pudo los influjos benéficos de su celo apostólico. Con fina sagacidad supo cautivar también el ánimo de los Reyes, los cuales, porque fuerón dóciles á los consejos de aquel religioso, pudieron estrechar entre sí felizmente aquellas santas alianzas, las cuales, bien que dirigidas á combatir los enemigos de la fe, sirvieron poderosamente para asegurar sobre sólidas bases la tranquilidad de sus reinos, gozando la paz deseada. De lo que se sigue que al levantar al honor de los altares á este gran Franciscano, Nos alienta la es-

peranza que, mediando su intercesión, los pueblos y los Príncipes, escuchando con docilidad la voz de la Iglesia, volverán á la recta senda y así podrán evitar los peligros que les amenazan de inevitable ruina.

15. Mas no Nos ès menos grata y alegre la memoria de la Santa Clara de Monte Falco, pues que Nos complacemos en recordar que, cuando gobernábamos la iglesia de Perusa, dos veces visitamos su santuario y allí ofrecimos dos veces el incruento sacrificio en el altar en que reposan sus restos mortales, y llenos de admiración y amor observamos las preciosas, enteras é incorruptas reliquias de esta Virgen, y sobre todo su corazón, tan famoso por las admirables impresiones que recibió de la Pasión del Redentor. Y ahora que estamos encargados del gobierno de la Iglesia universal, Nuestra veneración por esta Virgen se ha aumentado y Nuestra confianza en ella es completa y entera.

16. Á Nos nos parece que debemos confiar mucho en su poderosa protección ahora que está en el cielo. No es la primera vez que Dios se ha servido de humildes y tiernas Vírgenes para llevar á cabo sus inescrutables designios en favor de la Iglesia y de su Cabeza visible. Se celebraron hace

poco con toda solemnidad en Italia, con motivo de las fiestas del Centenario, las glorias de la heroica Virgen Catalina de Sena, que fué un instrumento del cual se valió Dios para que los Romanos Pontífices, después de una larga ausencia, volviesen á su verdadera Sede de Roma libres é independientes.—En las tristes circunstancias en que estamos, y también la Iglesia, lo que tiene decretado la Providencia, Nos no lo sabemos, ni queremos investigarlo. Pero en estos Bienaventurados (Beati) que vamos á levantar á los honores y glorias de la Santidad, Nos ponemos las más fundadas esperanzas, mucho más si al Santo Lorenzo de Brindis y á la beata Clara de Monte Falco se unen el beato Benito Labre y el beato Juan Bautista de Rossi, los cuales todos representan las diversas clases sociales; y así es que la entera Sociedad que está débil, flaca y enferma reclama su salud de estos Bienaventurados por medio del Magisterio infalible de la Iglesia Romana que los encumbra al supremo honor de los altares.

17. Con esta dulce esperanza que nos alienta, recibid, hijos dilectísimos, la Bendición Apostólica que de lo íntimo de nuestro corazón os damos á todos los que estáis

aquí presentes, y extendemos á la Orden de San Francisco y de San Agustín, y de un modo especial á las sagradas Vírgenes de Monte Falco.»

Después de todo esto, los ya nombrados Rvdmos. Postuladores presentaron al Santo Padre respetuosamente las copias de los respectivos decretos, y luego le besaron el pie junto con los Abogados y Procuradores, el Síndico Apostólico de los Menores Capuchinos y la Comisión de las sobredichas Órdenes religiosas, á las cuales pertenecen los Beatos comprensores.

Ya á su debido tiempo el Ilmo. Antonio Cataldi, Protonotario Apostólico Prefecto de las Ceremonias, con fecha 8 de Junio de este año había, según costumbre, por orden de Su Santidad, mandado un aviso á todos los Obispos sobre el traje que habrían de usar el día de la solemne Canonización.

18. Después de la solemne ceremonia de la lectura de los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, verificada, como hemos dicho antes, el día 11 de Septiembre de este año, se han tenido los Consistorios de costumbre, siendo el último el que se verificó el día 25 del pasado Noviembre, en el cual el Comendador Juan Bautista de Dominicis-Tosti, Decano del Colegio de los

Abogados Consistoriales, con una elegante oración latina peroró la causa de los beatos Confesores Juan Bautista de Rossi, Canónigo de la Basílica de Santa María in Cosmedin; Lorenzo de Brindis, sacerdote profeso de la Orden de Menores Capuchinos; Benito Labre, seglar de Boulogne surmer, Obispado de Arras, y Clara de la Cruz, virgen de Monte Falco, Monja profesa de la Orden de Ermitaños de San Agustín, en presencia del Sumo Pontífice y de aquella augusta asamblea.

Acabada la peroración contestó en nombre de Su Santidad, también con una oración latina, el Ilmo. y Rvdmo. Mons. Mercurelli, Secretario de los Breves á los Príncipes que se hallaban al pie del trono pontificio.

Vueltos á su lugar los Abogados Consistoriales, el Santo Padre, puesto en pie, dió su bendición á los presentes, y subiendo de nuevo en la Silla Gestatoria, precedido y seguido del cortejo acostumbrado, volvió á la Sala de los Adornos, en donde dejó las vestiduras pontificales y luego se dirigió á sus habitaciones particulares.

19. No faltaba más, para llegar al gran día que había de llenar de júbilo al orbe católico, que preparar los ánimos de los

fieles para celebrarlo dignamente, y esto lo hizo el eminentísimo señor Cardenal Vicario de Roma con una invitación sagrada (Invito sacro) dirigida á los habitantes de Roma para que asistiesen á la Novena que debía preceder á la fiesta de la Inmaculada, á las funciones de Cuarenta Horas y á las procesiones que se habían de hacer por el interior de las Basílicas, etc.; y así se hizo. También se publicaron las disposiciones de la Comisión especial nombrada por Su Santidad para la solemne ceremonia de la Canonización, relativas á la distribución de las tribunas y de los puestos en el Aula en que debía verificarse la función.

Finalmente, el día 2 de este mes de Diciembre hubo el último Consistorio semipleno en la Sala Consistorial, en la cual estaban reunidos todos los eminentísimos señores Cardenales y todos los ilustrísimos y reverendísimos señores Arzobispos y Obispos presentes en Roma, con capa morada, los Protonotarios Apostólicos, dos de los más ancianos Auditores de la Rota, el Procurador Fiscal, el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, el Promotor de la Fe y los Maestros de las ceremonias pontificias.

20. Cerca de las diez de la mañana Su

Santidad, vestido de pontifical y acompañado de su noble Corte, entró en la Sala Consistorial; y habiendo subido al trono y rezadas las oraciones del ritual, dió principio al Consistorio semi-público pronunciando una breve alocución en la cual, recordando sumariamente las virtudes y hechos de los Beatos Confesores, manifestó el deseo que tenía de ponerlos en el catálogo de los Santos. Pero añadió que, antes de llegar á una decisión tan solemne y tan grave, deseaba oir el voto dado libremente de los pastores de la Iglesia de Dios allí presentes.

Entonces los eminentísimos Purpurados y los reverendísimos Arzobispos y Obispos, observando el orden de dignidad y promoción, manifestaron su parecer afirmativo para que se procediese al solemne acto, leyendo cada uno el propio voto, y los Orientales en la propia lengua con la versión en idioma latino. Estos votos, con la firma de cada uno, fueron puestos todos, esto es, los de los eminentísimos Cardenales en las manos de monseñor el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y los de los otros en las manos de los Maestros de las ceremonias pontificias para esto destinados.

Reunidos de este modo todos los votos, Su Santidad, prosiguiendo la alocución, dijo: que si bien estaba plenamente satisfecho del consentimiento unánime que había manifestado aquella augusta asamblea, no obstante, antes de llegar á la sentencia definitiva, quería que se continuase con fervientes oraciones á pedir al Altísimo la gracia y la luz que necesitaba.

Hecho esto, y lo demás que se acostumbra en casos semejantes, Su Santidad se levantó del trono, dió su bendición á aquella augusta asamblea y se fué con el mismo acompañamiento á dejar las vestiduras pontificales en la Sala para esto destinada, y luego se retiró á sus habitaciones particulares.

CAPÍTULO XXX Y ÚLTIMO

Solemne ceremonia de la Canonización.

AMANECIÓ, finalmente, el día tan suspirado que había de llenar de júbilo todo el orbe católico celebrando la solemne fiesta de la Inmaculada Concepción de María, Patrona de las Españas y Protectora de nuestra Seráfica Religión. Bien venido sea el día 8 de Diciembre de 1881, en el cual nuestra Religión Capuchina rebosa de ale-

gría por ver encumbrado á los últimos honores de la santidad á uno de sus humildes hijos, que un día fué su Padre y Pastor con el título de General de toda la Orden, San Lorenzo de Brindis, modelo de todas las virtudes, taumaturgo del siglo décimoséptimo, sabio y profundo teólogo, y lleno de las otras prendas que se han visto en las páginas de este libro que vamos á terminar.

Todos los periódicos católicos de Europa se han esmerado estos días en darnos cumplidas relaciones de la gran ceremonia verificada en el Vaticano el día 8 de Diciembre. De uno de ellos tomamos la siguiente descripción llena de interés, hecha el día 9, que dice así:

2. Día grande y solemne fué el día de ayer, en que la Iglesia católica conmemora la Inmaculada Concepción de la Virgen María, para la capital del orbe católico. Como les había anunciado ya en mis anteriores correspondencias, celebróse el acto solemne de la Canonización de los Santos Juan Bautista de Rossi, Lorenzo de Brindis, José de Labre y Clara de la Cruz.

La circunstancia de hallarse el Pontífice Augusto prisionero en el Vaticano, ha impedido que este acto se verificara en la Basílica de San Pedro; pero no por esto ha si-

do menos solemne y sólo ha perjudicado á un gran número de fieles de todo el orbe cristiano que habían acudido á Roma y que no han podido asistir á este acto por ser reducido el espacio de que se disponía, lo cual no hubiera sucedido á tener el Papa la libertad de presentarse en la expresada Basílica.

El gobierno dió órdenes serias á las tropas y reforzó los puntos de guarnición. En el castillo de Sant-Angelo y en el cuartel contiguo al Vaticano se tomaron las más minuciosas precauciones, y la policía estaba, por decirlo así, sobre las armas. Esto prueba por parte del Gobierno temores que indican bien claro la situación del Papa, y lo que hubiera sucedido si Su Santidad hubiese bajado á la Basílica en caso de haberse celebrado en ella el acto.

Á pesar de todo, los romanos, la víspera de la Inmaculada, protestaron de su amor y adhesión á la Santa Sede y de su devoción á los Santos, iluminando las fachadas de sus casas y palacios. Durante el día las puertas de la Basílica se cerraron, y Su Santidad bajó á ella y oró gran rato postrado junto al sepulcro de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo.

3.. Ayer aparecieron cerradas las puer-

tas de las tiendas; el día era magnífico, y largas hileras de carruajes y masas de gente á pie se dirigían por el puente de Sant-Angelo á la plaza de San Pedro. El número de los asistentes era relativamente muy limitado; pero los fieles permanecieron en el interior y exterior del templo, por ser éste el único medio de tomar parte en el acto del Papa y recomendarse á la protección de los nuevos Santos.

El inteligente arquitecto Francisco Fontana fué el encargado del arreglo y decorado del Aula sobre el pórtico en donde se celebró la función, y gracias á su talento quedó convertida en un templo adecuado para la ceremonia solemne. En las paredes colocáronse cuadros de varios colores sobre un fondo de oro á guisa de mosaico, y las columnas fueron adornadas con listas de oro á manera de estrías. Seis guirnaldas de flores variadas, colocadas entre las columnas una encima de la otra, sosteniendo cada una cinco cirios, sustituyeron con ventaja á las arañas, iluminando espléndidamente el Aula, en donde, por su longitud, las arañas hubieran impedido la vista. Sobre los arcos de las ventanas caían graciosamente festones de flores y otros festones; guirnaldas y ramos adornaban las paredes, dando á la

sala un carácter cristiano y elegantemente figurado. La cornisa estaba cubierta con un festón sobre el cual se destacaban flores de lis y estrellas, distintivos de las armas de León XIII, y una línea no interrumpida de cirios, encima y debajo del friso, daba la vuelta al Aula.

4. El Trono Pontificio estaba colocado en el fondo sobre cinco gradas cubiertas con paño encarnado, y en el frontón, encima del Trono, estaba la imagen de la Santísima Trinidad en medio de un cielo salpicado de estrellas, siete de las cuales tenían cada una en el centro una cabeza de querube formando la corona del Altísimo. En el friso sobre el arco, en medio del cual se levantaba el Trono, se leía la siguiente inscripción: *Ubi Petrus ibi Eclesia.* En el fronto del extremo opuesto de la sala dos ángeles sostenían las armas del Soberano Pontífice, iluminadas espléndidamente.

El altar papal situado en medio hacia unos dos tercios de la sala, cobijado por un rico baldaquino apoyado en cuatro columnas que sostenían ángeles sobredorados puestos de pie sobre pedestales de mármol, cuyas paredes de color verde antiguo hacían resaltar los bajo relieves con las armas del Pontífice. Desde el trono hasta el altar se

colocaron en ambos lados los bancos de los Cardenales, y detrás de ellos los de los Arzobispos; desde el altar hasta el centro de la sala los de los Obispos y Prelados; ésta parte estaba separada del resto, en donde estaban los bancos de los demás invitados, por una balaustrada con ocho pilastras que sostenían dos grandes candelabros que son de rigor cuando el Soberano Pontífice canta la Misa, y las embocaduras de las ventanas, con tres hileras de bancos, fueron destinadas á tribunas. Doce grandes estandartes, en los cuales estaban pintados los más nobles milagros de los nuevos Santos, colgaban del techo de la gran sala y de la pequeña que la precedía al lado en que no hay ventanas. Esta estaba adornada por el mismo estilo que la otra, y además había en ella un cuadro con marco dorado representando el cuerpo, perfectamente conservado, de Santa Clara de la Cruz, tal como se le ve en el convento de Religiosas Agustinas de Monte Falco. Dicho cuadro ha sido pintado al óleo por la señora Bertini, artista romana y miembro de la «Academia de San Lucas», la cual lo ha regalado al Soberano Pontífice. Sobre este cuadro se leía en letras de oro la siguiente inscripción, dictada, como las demás, por el P. Tongiorgi,

de la Compañía de Jesús: S. CLARAE A. CRUCE, DEMORTUAE. VULTUS QUALIS. VISITUR. POST. ANNOS DLXXIII.

5. Á las nueve de la mañana Su Santidad se trasladó de sus habitaciones particulares á la sala de los adornos, en donde le aguardaban los Cardenales con los vestidos propios de sus distintas Órdenes, los Arzobispos y Obispos, Abates ordinarios y generales de las Órdenes monásticas, con capas de tisú de plata y mitras; los PP. Penitenciarios de la Basílica Vaticana, colegiados de la Prelatura, personajes que intervienen en la capilla Pontificia, Prelados oficiales y Consultores de la Sagrada Congregación de Ritos. Revestido el Papa con los sagrados vestidos y cubierto con la capa papal y la tiara, después de haber bendecido el incienso en el *turíbulo* entró en la sala ducal, en donde estaban todos los que debían tomar parte en la procesión. Allí depuso la tiara, se postró en su reclinatorio junto á un altar que se levantó provisionalmente, en el cual había una imagen de la Concepción, y después de haber orado algunos instantes se levantó y entonó el *Ave maris stella,* que prosiguieron los capellanes cantores. Después de la primera estrofa Su Santidad se puso la preciosa mitra y fué á sentarse en la

Silla Gestatoria, junto á la cual iba el Cardenal Procurador de la Canonización, dirigido por un maestro de ceremonias pontificias, para ofrecer al Papa tres cirios encendidos adornados de pinturas; el más grande de los cuales le dió al príncipe de Colonna, y el más pequeño se lo guardó, llevándolo en la mano izquierda, á fin de dar con la diestra la Bendición Apostólica. Entre tanto los maestros de ceremonias ponían en movimiento la procesión por el órden siguiente: Abrían la marcha los alguaciles apostólicos, con las mazas de plata; seguían los oficiales menores, los consultores y prelados oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos, los individuos que componen la Capilla pontificia; á saber: el Procurador del Colegio, el P. Predicador de la familia Pontificia, el P. Predicador Apostólico, los Procuradores generales de las Órdenes mendicantes, los Bussolanti, los capellanes comunes, algunos de los cuales llevaban las mitras preciosas del Papa; clérigos, capellanes secretos, el Procurador general del Fisco, los abogados dèl Consistorio, los camareros de honor y secretos, todos con capa encarnada, y los capellanes cantores continuando el himno empezado por Su Santidad. Seguían, con sobrepelliz y roquete,

los representantes de varios Colegios de la Prelatura y capellanes secretos, llevando la tiara y la mitra urnal de Su Santidad, y en medio de su noble corte el señor Príncipe Ruspoli, maestro del Santo Hospicio, rodeado de los maceros y alguaciles apostólicos. Un votante de la Signatura, con el *Turíbulo* humeante, iba incensando, cerca del Auditor de la Rota con túnica, llevando como Subdiácono Apostólico la Cruz Papal, rodeado de siete votantes de la Signatura que, haciendo de acólitos, llevaban candeleros con cirios encendidos adornados con tiras de varios colores. Seguía un Maestro Ostiario, llamado de *Virga rubea,* custodio de la Cruz Papal, seguido de un Auditor de la Rota que debía asistir de Subdiácono en la Misa, en medio del Diácono y Subdiácono griegos con vestidos sagrados.

6. Seguían, con planeta blanca, los Penitenciarios de la Basílica Vaticana, Abates generales con el Comendador del Santo Espíritu, Abates ordinarios presentes en Roma, todos con capa pluvial de damasco blanco y mitra, seguidos de los Obispos y Arzobispos no asistentes; los Obispos y Arzobispos asistentes al Solio Pontificio, todos con capas pluviales y mitra.

Después el Sacro Colegio, precedido pri-

mero por dos Cardenales diáconos con ricas dalmáticas de plata recamadas de oro, seguidos de los Cardenales Presbíteros, con planeta, y por último los Cardenales Obispos con pluviales seguidos del eminentísimo Cardenal decano del Sacro Colegio, que hacía las funciones de Obispo-Asistente con capa pluvial recamada de oro, todos con cirios encendidos y con sus acompañamientos.

Iba inmediatamente la Silla Gestatoria, dirigida por el Furier y el Caballerizo mayor, llevada en hombros de los palafreneros y *sediari* con trajes de damasco encarnado y bajo el baldaquino, cuyas varas llevaban los Prelados Refendarios de la Signatura con capa y roquete, y con los abanicos al lado, llevados por los camareros secretos, iba el Sumo Pontífice, llevando, como hemos dicho, el cirio encendido y seguido de ambos lados por los comandantes, oficiales de las guardias Noble, Suiza y Palatina de honor, y cerraban el cortejo los Suizos armados, los *Spadoni* y los Maceros. Seguían al cortejo el Decano de la Sacra Rota, llevando la mitra en medio de dos camareros secretos, y por último el Mayordomo, el Colegio de Protonotarios Apostólicos con el Maestre de Cámara y los Generales de

las Órdenes religiosas que tienen sitio en la Capilla.

La procesión, saliendo de la sala Ducal, dió la vuelta alrededor del salón regio y entró en la Capilla Sixtina para adorar el Santísimo Sacramento, que estaba expuesto. Su Santidad descendió de la Silla Gestatoria y oró. Cuando se levantó los cantores le saludaron con el magnífico motete *Tu es Petrus*, de Vittoria, pasando luego á la sala en donde debía celebrarse la Canonización. Su Santidad, antes de descender de la Silla Gestatoria, entregó el cirio á monseñor Coppieri, que lo conservó mientras duró la ceremonia. Postróse después el Papa en el reclinatorio ante el altar, y después de orar algunos instantes se dirigió al Trono, en cuyas gradas tomaron asiento catorce Arzobispos y Obispos ancianos, según lo dispuesto por el Prefecto de las ceremonias pontificias.

7. Después de la procesión, y cuando el Sumo Gerarca de la Iglesia estuvo sentado en el Trono, se verificó la acostumbrada ceremonia llamada Obediencia, que prestaron los Cardenales besando á Su Santidad la mano que tenía cubierta con el manto, los Arzobispos y Obispos besándole la rodilla, y los Abates y Penitenciarios del Vati-

cano besándole el pie. Cuando todos ocuparon otra vez su puesto, conservando siempre el cirio encendido en la mano, el Cardenal Bartolini, Procurador de la Canonización, se fué hasta el Trono dirigido por un Maestro de ceremonias y teniendo á su izquierda al Comendador de Dominices-Tosti, Decano de los Abogados consistoriales. Éste se postró á los pies del Papa, y en nombre del Cardenal Procurador hizo, en latín, la primera postulación, *instanter*, en la forma acostumbrada, á fin de que Su Santidad se dignase continuar en el catálogo de los Santos á los cuatro Beatos. Entonces monseñor Mercurelli, secretario de los Breves *ad Principes*, que se hallaba ya en el rellano del Trono, contestó en el propio idioma en nombre de Su Santidad. Después se volvieron á su sitio, y el Sumo Pontífice bajó del Trono, fué á postrarse en el reclinatorio junto al altar, y todos los asistentes se postraron asimismo de rodillas. Dos capellanes cantores entonaron la Letanía de los Santos, que fueron respondiendo y prosiguiendo hasta el final todos los concurrentes al acto. Concluída la Letanía el Papa se volvió á sentar en su Trono, y los mismos personajes repitieron la ceremonia, haciéndose por el mencionado Abogado Consistorial

la segunda postulación, *instanter et instantius*, á la cual contestó nuevamente en nombre del Pontífice su Prelado secretario. Volvieron los Postulantes á sus asientos, el Papa se quitó la mitra y se arrodilló en el reclinatorio, y el Cardenal Martel, primero de los Cardenales Diáconos asistentes, dijo en voz alta: *Orate*. Rezó el Papa y todos los asistentes y después levantóse Su Santidad, mientras el Emmo. Randi, segundo Cardenal Diácono asistente, profería la siguiente palabra: *Levate*, y todos se levantaron. Acercándose entonces Su Santidad á dos Obispos asistentes con el libro y los cirios, entonó el *Veni Creator Spiritus*, arrodillándose durante la primera estrofa, y se levantó después, permaneciendo en pie hasta que los Capellanes cantores hubieron concluído el himno con la magistral música de Biordi. Luego se acercaron al Trono dos Prelados votantes de la Signatura con candeleros; cantó el Papa la oración del Espíritu Santo, sentóse, poniéndose la mitra, y los susodichos personajes hicieron la tercera postulación, *instanter, instantius, instantissime*. Después de la respuesta de monseñor Secretario todos se pusieron de pie, permaneciendo de rodillas el citado Abogado postulante.

8. Entonces el Supremo Gerarca, con la mitra puesta y sentado en su Cátedra como Doctor Infalible y Cabeza de la Iglesia Universal, pronunció con la siguiente fórmula el Decreto de la Canonización:

Ad honorem Sanctae et Individuae Trinitatis, ad exaltationem Fidei Catholicae, et Cristianae Religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Jesu Christi, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac de Venerabilium Fratrum Nostrorum Santae Romanae Ecclesiae Cardenalium, Patriarcharum, Archiepiscoporum et Episcoporum in Urbe existentium consilio, Beatos Joanem Baptistam de Rubeis, Laurentium á Brundusio, Benedictum Josephum Labre, *Confessores, et* Claram á Cruce *Virginem, Sanctos esse decernimus, et definimus ac Sanctorum Catalogo adscribimus: Statuentes ab Ecclesiae Universali, illorum memoriam quolibet anno nempe* Joanis Baptistae, *die Vigesima tertia maji,* Laurentii *septim a Julii,* Benedicti Josephi, *decima sexta Aprilis, inter Sanctos Confessores non Pontifices,* Clarae *die decima octava Augusti, inter Sanctas Virgenes pia devotione recoli debere. In Nomine Pa†tris et Fi†lii, et Spiritus† Sancti. Amen* [1]. Esto es:

«Para honra de la Santa é Individua Tri-

1 Este texto latino ha sido tomado del diario católico de Roma *La Voce della Veritá,* núm. 281.

nidad, para exaltación de la Fe Católica y aumento de la Religión cristiana, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y por nuestra propia autoridad, después de madura deliberación y de haber, con frecuencia, implorado el auxilio de Dios, mediante consejo de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes á Roma, Nos decretamos y Nos definimos que los bienaventurados JUAN BAUTISTA DE ROSSI, LORENZO DE BRINDIS, BENITO JOSÉ LABRE, confesores, y CLARA DE LA CRUZ, Virgen, sean santos, y Nos los inscribimos en el catálogo de los Santos. Preceptuamos, además, que su memoria sea honrada cada año con piadosa devoción por la Iglesia Universal; á saber: entre los santos confesores la de JUAN BAUTISTA, el 23 de Mayo; la de LORENZO, el 7 de Julio; la de BENITO JOSÉ, el 16 de Abril, y entre las santas vírgenes, la de CLARA, el 18 de Agosto.

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.»

Publicado este solemne Decreto acercáronse nuevamente al Trono los personajes que habían hecho las tres postulaciones, y

el Abogado Consistorial, postrado de rodillas, dió las gracias al Pontífice en nombre del Cardenal Procurador, y le suplicó en la propia fórmula que decretara que se expidieran las relativas Letras Apostólicas. El Padre Santo, contestando: *Decernimus*, y sin añadir otra palabra, dió su bendición. El Cardenal Procurador subió al Trono, besó á Su Santidad la mano cubierta con el manto, después la rodilla y se volvió á su asiento. El Abogado Consistorial, dirigiendo la palabra al primero de los Protonotarios Apostólicos, le rogó que redactara el acta de la Canonización en la fórmula acostumbrada. El primero de los Protonotarios, contestó: *Conficiemus*, y dirigiéndose al Camarero secreto que se hallaba junto al Trono, llamándole para prestar testimonio, añadió: *Vobis testibus*.

9. En este instante se oyó á lejos el sonido de las trompetas que promulgaban el Decreto, las campanas de San Pedro y las de todas las iglesias de Roma, que tocando á fiesta difundían con sus lenguas de metal el anuncio y expresaban el júbilo que producía la Canonización. León XIII se levantó y, quitándose la mitra, entonó el *Te Deum*, que continúo el coro de capellanes cantores, mientras en la Capilla Pao-

lina se quitaba el velo que cubría las oblaciones.

Después del himno Ambrosiano, el Cardenal Martel cantó el versículo: *Orate pro nobis sancti Joannes Baptista, Laurenti, Benedicte Joseph et Clara*, y los capellanes-cantores contestaron: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi.* Acercándose los Acólitos al Trono, el Padre Santo, en tono ferial, dijo el *Oremus* propio de los nuevos santos.

Después del *Amén* el Papa se sentó, se puso la mitra y volvió á levantarse; entonces el Cardenal Diácono que en la misa Papal debía cantar el Evangelio, se colocó á la izquierda del Trono y recitó solemnemente el *Confiteor*, añadiendo después de las palabras *Petro et Paulo*, las siguientes: *Sanctis Joannis Baptistae, Laurentii, Benedicti Josephi, et Clarae*, y después las otras: *Petrum et Paulum, Sanctos Joanem Baptistam, Laurentium, Benedictum Josephum et Claram.*

Entre tanto el Subdiácono Apostólico subía al Trono con la cruz alta; y él Pontífice, quitada la mitra, cantaba la oración deprècatoria que se diee antes de la bendición, añadiendo á las palabras *Petri et Pauli*, estas: *Sanctorum Joannis Baptistae, Laurentii, Benedicti Josephi et Clarae.* Hecha la absolución,

y levantando más la voz, dió la Trina y Apostólica Bendición.

Cumplida en el modo expuesto la ceremonia de Canonización, Su Santidad entonó la *Ora di terza*, durante la cual se revistió de Pontifical para la Misa que había de celebrar, asistiéndole como Obispo el Cardenal di Pietro, decano del Sacro Colegio, como Diácono asistente el Cardenal Martel, como Diácono ministrante el Cardenal Zigliara y como Subdiácono Apostólico Monseñor Sibila, Auditor de la Santa Rota.

La Misa solemne que cantó el Sumo Pontífice fué la de la Inmaculada Concepción, con la oración propia de los nuevos Santos y según el rito del pontifical del Padre Santo.

10. Después del Evangelio, que lo mismo que la epístola fué cantado en latín y en griego, León XIII pronunció una sapientísima Homilía.

Recordó Su Santidad con palabras de alegría y de consuelo la circunstanoia de ser aquel día el consagrado á la Inmaculada Concepción, y se lamentó de los tiempos que han ofuscado el esplendor de la solemnidad impidiendo celebrarla en la majestuosa Basílica Vaticana. Dió fervorosas gra-

cias al cielo, que le había permitido en tal día decretar los honores de los cuatro santos héroes de la iglesia católica, de quienes hizo el elogio recordando sus méritos y virtudes, y en los cuales, dijo, la Iglesia militante tendrá nuevos protectores y ejemplos que imitar los hijos del siglo, ya sean eclesiásticos, ya seglares, ya regulares, y terminó implorando para la Iglesia universal las súplicas y la intercesión de María Inmaculada y de los nuevos Santos.

Después de la Homilía del Pontífice, acercándose al Trono el cardenal Zigliara, cantó el *Confiteor* con la invocación de los nuevos Santos, y después el Cardenal Obispo Asistente publicó la indulgencia plenaria. Durante el canto del Credo, doce Cardenales miembros de la Sagrada Congregación de Ritos, invitados por el Maestro de ceremonias, salieron del Presbiterio para dirigirse á la capilla Paolina, en donde, sobre cuatro mesas elegantemente dispuestas, estaban las oblaciones.

Cuando el Augusto celebrante llegó al Ofertorio, se cumplió el Rito de la presentación de la oblaciones, Rito tan antiguo como venerado, con el cual nuestros padres tributaban, con la ofrenda de cosas materiales, un obsequio al culto del Pastor Su-

premo de todos los bienes. Las oblaciones eran tantas cuantos los Beatos recientemente canonizados, y á falta de espacio se colocaron, en vez de á la izquierda del altar, como se hacía en la Basílica de San Pedro, en la capilla Paolina, conforme he dicho. Los objetos fueron los siguientes: cinco preciosos cirios con adornos de oro y plata, las imágenes de los nuevos Santos y las armas pontificias. Dos de ellós de treinta libras de peso cada uno, y los demás de nueve libras romanas. Dos panes, uno cubierto de oro y otro de plata, con las armas pontificias y colocados en bandejas de plata. Vino y agua colocados en dos frascos, uno sobredorado y otro plateado. Tres preciosas jaulas, una de ellas con dos tórtolas, otra con dos palomas, y la tercera con distintos pájaros. Estas oblaciones fueron ofrenda de los Postulantes de las causas de los nuevos Santos, de algunos religiosos de las Órdenes á que pertenecieron los Beatos y de otras personas que tenían para ello alguna razón especial. El acto de la presentación es propio de los Cardenales, y además del Purpurado, constituído en Procurador de la Canonización, disfruta este privilegio un Cardenal Presbítero y un Cardenal Diácono de los de la Congregación de Sagrados Ritos. Es-

tos fueron los que llevaron las ofrendas cubiertas con blancos manteles, desde la capilla Paolina hasta el Trono del Papa, precedidos de la guardia suiza, dos maceros y dos alguaciles pontificios.

11. Formaban el séquito de la primera oblación referente á San Juan Bautista de Rossi, el Cardenal di Pietro, que llevaba á la izquierda al Cardenal Bartolini, Procurador de la Canonización, precedidos de los sacerdotes de la Pía Unión de Santa Galla, dos de los cuales llevaban los cirios más grandes, y seguidos del Postulante de la causa que llevaba un cirio pequeño, y de un Eclesiástico del Arzobispado de Génova con la jaula de las palomas. Seguía el Cardenal Monaco de La-Valletta, precedido de algunos de los susodichos Eclesiásticos con los panes, el primero de los cuales llevaba otro cirio pequeño y el segundo la jaula de las tórtolas. El Cardenal de Falloux, precedido de los que llevaban los frascos con el agua y el vino, otro con un cirio pequeño y otro con la jaula de los pájaros.

Junto al Trono los maceros se postraron en la primera grada, y el Maestro de ceremonias dirigía la oblación. El Cardenal Obispo y el Procurador subieron al Trono; inclinóse profundamente el Sumo Pontífi-

ce, y colocándose el segundo á la derecha de Su Santidad, y permaneciendo el primero en mitad del rellano adonde llegaban los que llevaban las oblaciones, se postraban de rodillas, el Cardenal tomaba las ofrendas y, besando la mano al Santo Padre, se las entregaba. Aceptábalas el Papa y las entregaba á monseñor Cataldi, Prefecto de las ceremonias pontificias. El postulante besaba el pie á Su Santidad y después iba á buscar otro cirio, repitiéndose la ceremonia hasta que, concluídas las ofrendas del primer grupo, se remitieron á sus puestos después de besar la mano y la rodilla al Papa el Cardenal di Pietro. La misma ceremonia verificaron los demás grupos, referentes á la oblación del Santo mencionado, así como las de los grupos referentes á los Santos Lorenzo de Brindis, Benito José Labre y Santa Clara de la Cruz.

12. Concluída la presentación de las oblaciones, quitóse Su Santidad el rico *grembial* que se había puesto para recibir las oblaciones, y después de haberse lavado las manos continuó la santa Misa haciendo la Comunión del Trono. La solemne Misa fué acompañada por el magistral é imponente canto de los cantores pontificios que cantaron la misa de Ciciliani, el Credo

de Vittoria, el *Tota Pulcra* de Palestrina y el *O salutaris*, obra maestra del director perpetuo de la capilla, Caballero Mustafá. Durante la elevación se tocó el melodioso unísono de trompetas, como se hacía en la Basílica Vaticana, después del cual entonaron los cantores el magnífico *Benedictus* de Baini.

Terminado el Incruento Sacrificio, León XIII dejó el palio y el manípulo sobre la mesa del altar y se dirigió al Trono con la mitra puesta, que se quitó luego para tomar la Tiara. Despues se acercaron á Su Santidad el Cardenal Bertolini, Procurador de la Canonización, monseñor di Marzo, Auditor de la Santa Rota, presidente de las Postulaciones y los Postulantes de las cuatro causas, y el Cardenal Procurador, según costumbre, ofreció en nombre de los cuatro dichos Postulantes, á Su Santidad, la ofrenda *pro missa bene cantata*, en una bolsa de raso blanco recamada de oro.

Por último el Padre Santo subió á la Silla Gestatoria, y con el mismo séquito descrito antes se dirigió á la sala de los Adornos, en donde se quitó las vestiduras y se fué luego á sus habitaciones particulares.

Á las cuatro de la tarde terminó esta ceremonia sublime, como todas las de la Igle-

sia Romana. Asistieron á ella unas dos mil personas próximamente, número exiguo con respecto al que hubiera podido presenciar este acto solemne, si la actual situación del Vicario de Jesucristo no hubiese impedido celebrarlo en la Basílica Vaticana. El número de Obispos que han asistido se hace ascender á trescientos; el aspecto que presentaban era imponente y algunos llevaban riquísimas y preciosas mitras, privilegio de las sedes orientales.

Por la noche hubo en Roma iluminaciones espléndidas que prueban que la fe no se ha extinguido en esta ciudad, como se quiere suponer. Los nuevos Santos rogarán por ella.

FIN



APÉNDICE

APÉNDICE

POR cuanto la presente vida y las notas puestas en este apéndice están en su mayor parte sacadas de nuestras Crónicas capuchinas, traducidas del latín al español por la elegante pluma del Rvdo. P. José de Madrid, por esto ponemos á continuación la protesta que él puso al principio de la quinta parte de nuestras crónicas, que dice así:

PROTESTACIÓN

En observancia del Decreto de nuestro Santísimo Padre Urbano octavo, de feliz recordación, expedido en la sagrada Congregación de la Universal Inquisición de la Iglesia Romana en trece de Marzo de mil seiscientos veinticinco, declarado por Su Santidad en cinco de Junio de mil seiscientos treinta y uno, y confirmado en cinco de Julio de mil seiscientos treinta y cuatro, declaro que cuando doy título de Santo á alguno de los Varones ilustres que se mencionan en estas Crónicas, que no esté beatificado ó canonizado por la Santa Sede, no es mi intento que este título caiga sobre la persona, ni se entienda que en esta parte me quiero adelantar á la censura

de la Santa Madre Iglesia. Y asimismo, cuando refiero virtudes, revelaciones ó milagros, no pretendo que se tengan por tales absolutamente, como si ya estuviesen aprobados y calificados; sólo es mi intento darles la autoridad y certeza que tienen y dan las historias humanas: y en esto y en todo lo que dijere, me sujeto á la censura de nuestra Madre la santa Iglesia católica, apostólica, romana, debajo de cuya obediencia vivo y protesto morir.

FR. JOSÉ DE MADRID,
Capuchino.



NOTAS

Aunque sean bastante copiosas las noticias que la elegante y docta pluma del Rvdo. P. Francisco de Ajofrín nos dejó escritas de la Vida, virtudes y milagros del Santo Lorenzo de Brindis, que publicó con motivo de su beatificación en 1784, no obstante, nos ha parecido muy del caso al reimprimir una obra tan interesante para solemnizar del modo que nos ha sido posible la fiesta de su solemne canonización, añadir algunas notas al texto, sacadas del P. Buenaventura de Cocáleo, en la Vida que publicó de nuestro Santo, de las Crónicas de la Orden y de los documentos que obran en el Archivo de la Definición de nuestra Provincia.

NOTA... AL CAP. I, NÚM. 5, PÁG. 19.

Este padre docto y timorato del convento de San Pablo de Brindis, de quien se habla en el texto, era el

P. Maestro Virgilio Giácono, célebre en el púlpito y en la cátedra, y de fama singular en aquel tiempo.

P. Cocáleo, libro I, cap. I.

NOTA... AL CAP. I, NÚM. 17, PÁG. 32.

Obedeció el sobrino y fué dócil á estos consejos del tío, vistió la sotana ó hábito de clérigo secular, depuesto el regular que había llevado hasta entonces por la devoción que tenía á nuestro padre San Francisco; pero parece que con el contacto del cuerpo del virtuoso joven se comunicaron á aquel hábito las virtudes de que estaba adornada aquella bella alma. Estaban con su tío tres sobrinas suyas de singular virtud, y la mayor, que se llamaba Prudencia, casi de la misma edad y estatura que nuestro Julio, tomó la costumbre de ponérselo debajo de sus vestidos ordinarios, ciertos días de su particular devoción, del mismo modo que lo hacía San Antonio Abad, que se ponía en las fiestas solemnes de Pascua y Pentecostés la túnica que había usado San Pablo, primer ermitaño, y observó al usarlo que aquel día sentía más devoción y que su corazón se encendía en vivas llamas de amor de Dios. Lo mismo hicieron sus hermanas [1], y, cosa notable, aquel hábito crecía ó disminuía según la persona que lo llevaba, de modo que cada año aparecía como si lo acabasen de cortar á la medida de la estatura en que se hallaban, sintiendo siempre todas en su interior afectos de devoción y amor de Dios muy singulares.

P. Cocáleo, libro I, cap. II.

NOTA... AL CAP. I, NÚM. 21, PÁG. 36.

De ordinario aquel tiempo que les dejaban libres los ejercicios escolásticos, le empleaban estos dos buenos amigos en conversaciones devotas y conferencias es-

1 Sum., pág. 34.

pirituales; y los días de fiesta ocupaban la mañana en la iglesia de los Jesuítas, y toda su vida le quedó ese afecto á la Compañía, y la tarde en la de los Capuchinos, para cumplir allí sus devociones con recogimiento de espíritu; lo que practicaban con tanta reverencia y devoción, con compostura tan devota y humilde aun en el exterior, que infundía compunción y ternura en quien los miraba.

P. Cocáleo, libro I, cap. II.

NOTA... AL CAP. III, NÚM, 7, PÁG. 71.

Por este tiempo que predicó en Venecia el año de 1583, concluídos sus estudios, se ha de poner su ordenación ó promoción al sublime grado del sacerdocio, que recibió puramente para obedecer á sus Prelados, y repugnándolo mucho su profunda humildad y lo que dice el P. Cocáleo con estas palabras: — «Un hombre, aunque joven, de las referidas circunstancias, no era posible pasar largo tiempo sin que la religión lo ocupase en los empleos más honoríficos. En efecto: á poco que acabó sus estudios con el lucimiento y aprovechamiento qne se ha visto, se sabe que fué elegido Lector de Teología en Venecia, con la especial recomendación de explicar al mismo tiempo á sus discípulos la Sagrada Escritura, con el fin de que los instruyese en aquella ciencia que debe ser el principal blanco de los hombres apostólicos. Cumplió el encargo con tan escrupulosa exactitud, que formó un plantel de gran número de predicadores, que después florecieron en aquella provincia y la ilustraron con su buen ejemplo y prendas oratorias. Durante este curso, parece que trabajó el Tratado del modo de predicar, para instrucción de los nuevos predicadores, del cual hablaremos en la nota siguiente. Habiendo, pues, predicado su primera Cuaresma en Venecia en 1583 y la segunda en 84, como se dice en el texto, queda tiempo suficiente para su Lectura hasta el año de 1588, en que predicó la Cua-

resma en la Catedral de Vicenza, y sucesivamente en Verona, Padua, Bassano, y de nuevo en Venecia por los años de 1593, predicando en varias iglesias de aquella populosa ciudad, y finalmente dos veces en San Marcos, estando presente el serenísimo Príncipe y todo aquel augusto Senado.»

P. Cocdleo, libro I, cap. VI.

NOTA... AL CAP. III, NÚM. 17, PÁG. 97.

Para que llegue á noticia de los que no poseen el idioma latino el título de las obras que escribió el Santo, ponemos aquí su catálogo, como se halla en nuestra Biblioteca.

Un tomo en fol., *Contra Laysero y Lutero*, en latín, con notas griegas y hebraicas.

Dos tomos en fol., *Respuesta al Libelo de Laysero.*

Dos tomos en fol., *Sermones de Cuaresma*, en italiano.

Dos tomos en fol., *Sermones de Adviento*, en italiano.

Tres tomos en fol., *Sermones de las Dominicas*, en italiano.

Un tomo en fol., *Sermones de entre año sobre los Evangelios*, en italiano.

Un tomo en fol., *Sermones de Santos*, y otro en folio de *Sermones de la Virgen*, en italiano.

Un tomo en fol., *Selva Isagógica para Sermones*, en italiano.

Un tomo en cuarto, *Exposición sobre el Génesis.*

Exposición sobre el Profeta Ezequiel.

Cuatro Epístolas, las cuales, siendo General, dirigió á toda la Orden, para la perfecta observancia de la seráfica regla.

Tratado del modo de predicar, para instrucción de los nuevos predicadores.

P. Bernardo de Boloña, pág. 166 y siguientes de su Biblioteca de Escritores capuchinos.

NOTA... AL CAP. IV, NÚM. 4, PÁG. 106 Y SIGUIENTES.

En el año 1596, en que partió para Bohemia nuestro Definidor general de orden de Clemente VIII, con el título de Visitador y Comisario general, dispuso Su Santidad que le acompañasen doce religiosos, los cuales, como dice el P. Cocáleo, que según podemos sacar de los Sumarios y memorias de aquel tiempo, fueron los siguientes: los Padres Jaime y Matías de Saló, Francisco de Taranto, Gabriel de Inspruch, Ambrosio de Florencia, Gaspar de Bérgamo, Juan de Venecia, Amadeo de Verona, Juan Bautista de Mantua, Jerónimo de Verona y Felipe de Parma, sacerdotes; y Fr. Julio de Venecia y Fr. Miguel de Bolonia, religiosos legos.

Para completar el número de los doce falta el Beato Benito de Urbino, del cual se refiere en nuestras Crónicas, que habiéndose graduado de Doctor en ambos Derechos con mucho lucimiento en la Universidad de Padua, cuando aún no contaba veintidós años de edad, y no obstante de ser de la nobilísima familia de los Pasionei, y consanguíneo de los Sumos Pontífices Inocencio VIII, Alejandro VII y Clemente XI, despreciando los halagos del siglo, entró en nuestra capuchina Congregación. Apenas había profesado nuestro seráfico Instituto, cuando se vió luego en él tanto aprovechamiento espiritual y virtudes tan excelentes, que Fray Lorenzo de Brindis, varón á la verdad apostólico y digno de eterna memoria, le eligió por compañero cuando, por orden de Clemente VIII, fué á Bohemia á propagar nuestro Instituto. Porque siendo cierto (son palabras de la Crónica), siendo cierto que cada uno busca su semejante y se goza en él, no solicitara Fray Lorenzo, siendo sujeto de perfección tan alta y de tan seráficas prendas, sino á quien en ellas se le representase muy parecido. Habiendo vuelto después de tres años de esta misión á su provincia de la Marca, fué luego promovido á los principales puestos y prelacías,

edificando á todos con el esplendor de sus virtudes y la fama de sus milagros. Finalmente, murió en el ósculo del Señor en nuestro convento de Fosambruno el día último de Abril del año 1625; y el año 1667 fué beatificado por el Sumo Pontífice Pío IX, de santa memoria.

P. Cocáleo, libro I, cap. VII, nota; y nuestras Crónicas, parte V, libro I, cap. V.

NOTA... AL CAP. IV, NÚM. 12, PÁG. 127 Y 128

Es más conforme con lo que sucedió en este Capítulo provincial la relación que hace el P. Cocáleo, que dice así: En el curso de la Visita de Cataluña halló en una iglesia de sus conventos un sepulcro labrado con toda suntuosidad y magnificencia, que había mandado fabricar una persona eclesiástica de mucha autoridad y poder. Reprendió fuertemente á aquellos Superiores que habían permitido tal abuso, contrario al espíritu de las Constituciones de la Orden. Excusáronse ellos con manifestarle el gran poder de dicha persona, y que se habían visto precisados á disimular este desorden para no experimentar mayores desconciertos. Calló por entonces el prudentísimo General; pero juntos todos los Superiores en Capítulo Provincial, después de haber hablado difusamente sobre el hecho y fatales consecuencias del escandaloso exceso, mandó en virtud de santa obediencia, que perseverando la dicha persona en no querer quitar aquellas excesivas preciosidades, dejasen del todo aquel Convento sin poder volver á entrar en él, por más instancias que les hicieran por cualquier parte. Todos se mostraron prontos á obedecer el mandato; y en efecto lo hubieran ejecutado, á no ser que la referida persona, informada de todo cuanto pasaba, edificada del ardiente celo del Padre General, quitó la ocasión y motivo de lo mandado. Hasta aquí el P. Cocáleo, libro I, cap. X.

ACLARACIÓN AUTÉNTICA

En el libro de Actos de los Capítulos así Generales como Provinciales comenzado el año 1596, custodiado en el Archivo de la Definición de esta provincia de Cataluña que tenemos á la vista, en el folio 11 vuelto, dice así: «Actos del Capítulo Provincial del año 1603».

«Por el P. Fr. Querubín de Lérida, después de su tercera elección, fué congregado capítulo provincial en Barcelona en el Convento de Montecalvario á 20 de Junio del sobredicho año 1603. — Fué elegido en Vicario Provincial la primera vez el P. Fr. Hilarión de Medinaceli. La elección de los Definidores faltaba en el original.» (Sic.)

En este Capítulo, entre otras resoluciones, se tomó esta: «Que se deje el Convento de Tarazona, si el Ar»cediano no quisiese desistir de la pretensión que tiene »del entierro perpetuo, y si no quita la estatua de már»mol que puso en la capilla mayor de la iglesia del di»cho Convento». He aquí aclarado el misterio del personaje y del Convento.

Archivo de la Definición de la provincia de Cataluña.

NOTA... AL CAP. IV, NÚM. 12, PÁG. 129.

Para más claridad de lo que sucedió con este Convento, que tanto incomodó á nuestro Santo Padre General, y para que no piense alguno de los lectores que los religiosos que moraban en él fueron víctimas de alguna desgracia, oigamos la relación que hace el P. Cocáleo de este suceso, pues dice así: «Cuánto agradase á Dios este celo de la religiosa pobreza en su Siervo, claramente se manifestó en el caso siguiente: Prosiguiendo su visita por los conventos de España, encontró uno de ellos de fábrica nueva y más suntuoso de lo debido. El terreno que ocupaba era dilatado y di-

vertido; las celdas y las oficinas grandes sobre nuestro modelo y bien adornadas; los claustros anchos y bien dispuestos; las paredes bruñidas y blanqueadas; todo, finalmente, el edificio del monasterio respiraba grandeza y riqueza, y sólo se había guardado la seráfica pobreza en la fábrica de la iglesia, tosca y mal ordenada. Aturdido á tal vista el Siervo de Dios, preguntó por el maestro de aquella fábrica, y respondiéndole que había ya pasado á otra vida, púsose á llorar amargamente su culpa; y llamando entonces mismo á Capítulo toda aquella religiosa familia, reprobó con todo esfuerzo un desorden tan monstruoso, y con dos rios de lágrimas les mostró la deformidad y error. En seguida, revestido de un espíritu superior, alzó más la voz, y exclamando dijo: «Conventazo: ya que por tu »grandeza no eres decente á estos religiosos, profeso»res de la más alta pobreza, yo en nombre de Jesu»cristo y de su pobrísimo Siervo Francisco, cuyas ve»ces estoy haciendo, aunque indigno Vicario suyo, te »maldigo...» [1]. Al rayo de estas voces temblaron todos aquellos pobres religiosos; él enmudeció, quedó como extático por un breve rato: mas recobrada después de un profundísimo suspiro el habla, prosiguió: «Pero vosotros, mis carísimos hijos, no temáis ofensa »alguna corporal; sólo estad atentos, y veréis por el »efecto la justa indignación de nuestro seráfico Padre». Dicho esto, inmediatamente se partió de aquel lugar. ¿Mas qué? Pasados pocos días recibió carta con la noticia, que habiendo ido á una pública procesión los religiosos del sobredicho Convento, en aquel tiempo en que estaban todos ausentes, aquel maldito edificio, sin haber dado antes la menor señal de rotura ó flaqueza, de improviso se asoló desde lo alto á lo bajo, hasta sacar enteramente los fundamentos, quedando sólo salva é intacta la iglesia, en la cual resplandecía la seráfica pobreza, como se ha dicho, aún más de lo que

1 Proces. Neap. Resp. Animad. 1756, pág. 137.

debía. Este terrible suceso, que en breve se divulgó por todo el cuerpo de la Religión, así como aumentó muchísimo el concepto y aprecio de la santidad del General, del mismo modo debe abrir los ojos á los Superiores en las disposiciones de las fábricas de los Conventos.

P. Cocáleo, libro I, cap. X.

NOTA... AL CAP. XVIII, NÚM. 7, PÁG. 421.

Lo contenido en este capítulo se confirma plenamente con un documento de aquella época, inédito y autógrafo, escrito por el P. Severo de Lucena, Obispado de Córdoba, en el reino de Andalucía, cuyo elogio está entre los varones ilustres en santidad, que se hallan en nuestras Crónicas capuchinas, cuarta parte, libro VII, cap. XLII. Vistió el hábito en Sarriá ó Santa Eulalia, como dice un documento del Archivo de la Definición, que tenemos á la vista, el día 5 de Noviembre de 1592, y profesó el día 6 de Noviembre de 1593. Siendo muy joven fué enviado á la fundación de la provincia de Valencia, como corista, el año 1596, y después de algunos años á la fundación de la de Castilla, por compañero del P. Serafín de Policio, que había venido de la provincia de Palermo, en Sicilia, por orden del Rvdmo. P. General, y más tarde fué Provincial de Valencia, cuyo elogio está en la cuarta parte de nuestras Crónicas, libro V, capítulo IX.

El documento ó carta fué dirigida desde Madrid al Rvdo. P. Provincial de Cataluña y al P. Guardián del Convento de Montecalvario, y dice así:

†

J. H. S.

Salus et[sic] pax in Dño.

"Despues que salimos de ay, he escrito dos veces á V. C. y cierto huvieran sido mas, por lo que estimo reconocer mi obligacion y dar contento á Vs. Cs. Si la ocasion que he estado esperando, huviera llegado. Y por que no se diga que he tenido negligencia, en avisar las cosas de la fundacion deste convento, en que tiene tan gran parte essa Provincia, digo, que si no lo he hecho ha sido por haverse estado hasta ayer Octava de Nuestro P. S. Francisco, este negocio, en el mismo estado, que quando salimos de ay; y porque quiero dar á Vs. Cs. una noticia brebe de todo, lo tomo en aquel punto.

Aunque podria tener quexa, de que V. C. sin esta, ni con las que he escrito aya querido consolarnos, y darnos algunas nuevas de su salud, y de las cosas de la Provincia en que havemos estado aquí nuevos, hasta la vigilia de Ntro. P. S. Francisco, que llegó á esta Córte el P. Fr. Francisco de Portugal, desde Cartagena que volvió este camino por haverle dicho el Conde de Erda, que su hermano estava aquí. Al fin del supimos nuevas de allá, aunque eran viejas, segun el tiempo que habia partido, y todos nos holgamos con ella, specialmente yo que estoy con muy gran desseo de verme ya ay, aunquel natural y los hermanos tiran acá; pero no quiero hacer fuerça en nada, sino en dessear muy de veras vivir en paz con todos y gozar una soledad de ay. —Cierto.—

La consulta que el consejo real hizo tan en nuestro favor, la trabajó y procuró el P. Provincial de Valencia á quien se le deve mucho, porque con su diligencia y buena maña, (valiendose del Sr. Condestable y Sra. Duquesa de Medina de Rioseco, que tiene concertado de casar al Almirante su hijo con nieta del Duque de Lerma), acabó tan bien este passo que era en realidad el mas dificultoso.

Esta consulta se embió á su Magestad que se hallava á

Segovia por fin de Julio; y á causa de hallarse el P. Provincial enfermo, embió dos Frayles á Segovia que lo solicitasen: Mas Don R. Calderon dijo, que no havia tal consulta y assi se perdió ó quisieron se perdiesse. Esta fue de manera que al fin no se pudo negar haverse rescevido; pero ivase dilatando con nuevas speranças; hasta que su Md. llegó aqui, que serian á los 15 ó 20 de Setiembre: haviendo el P. Brindis 3 días antes ydo al Escurial con intento de besar las manos de su Md. en compañia del Sr. Nuncio, creyendo se entretuviera alli. Pero á las cartas que el Sr. Nuncio escrivió, dando razon de esta ida, se le respondió no fuesse porque luego vendria su Md. aqui; y assi se quedó el Señor Nuncio, y el P. Brindis que partió un dia antes (no sabiendo esto), llegó allá y vió el Escurial y se tornó luego.

Llegado pues su Md. aqui, Don R. Calderon escrivió un billete al P. Brindis, en que le rogava se viese con él porque tenia que decirle de parte de su Md.; y assi le vió y le dijo como su Md. habia holgado de su llegada, y mandado que le ospedasen en S. Gil; y que le daria audiencia el dia siguiente á las 11 oras, como se hizo. Dejo otras cosas que huvo en esto y las caricias del Sr. Duque de Lerma; y como le proveen de palacio al dicho Padre, y quan acogido y estimado ha sido; sino veniendo á nuestro casso, passa assi: que la Reyna Ntra. Sra. mandóle fuesse á ver al P. Brindis, y assi lo cumplió, el otro dia que havia besado las manos á su Md.; y ha sido tan grande el gusto que ha tenido con él como si viera un hermano. Desto y de la opinion grande que se ha esparcido de la persona del P. Brindis: toda la Córte ha hecho muy grande estimacion del, y an estado abiertas las puertas de palacio para su Paternidad como privado y valido de casa: y quando tarda dos días de ver á la Reyna lo envia á llamar, y vezes se le an passado dos oras hablando con su Md. y la vispera de la vispera de Ntro. P. S. Francisco le dijo la Reyna, que nos queria combidar á todos para la fiesta, y assi lo hizo, hallandonos diez frayles de mesa porque acertó á estar el P. de Portugal; fué el combite y servicio como de Reyna, asistiendo su Contralor, criados y cosinero hasta los platos, tasas y aguas. Y el Rey le llama á menudo y le oye como á su hermano, y es tan efficaz y acertado en su razonar, que concluirá todo lo que trae á cargo muy á gusto: hase visto con todos los del Consejo de Estado de orden de su Md.; y al Príncipe visita

cada dia, porque ha estado enfermo despues que vinieron de Segovia; es el mas lindo niño y mas avisado del mundo, y quiere tanto al P. Brindis que es cosa de ver; ya está sin calentura muy gracioso y deseoso de levantarse: dele Ntro. Señor salud, que verdaderamente parece un Angel, y alguna vez passara V. C. un rato de mucho gusto oyendo cosas suyas, que aora paso con estas para volver al caso.

Pues como el P. Brindis ha hallado tan extraordinaria acogida y familiaridad en los Reyes; no ha perdido sazon haziendo recuerdo de nuestra fundacion: y una vez le dijo la Reyna que teniamos grande contradiccion, pero que ella lo rogaria á su Md.: otra vez estando los dos mirando reliquias (y algunas las ha dado el P. Brindis, y algunas le an pedido ó tomadole, y ha sucedido un milagro, que diré despues). Vino el Rey y sentose á la conversacion, y la Reyna le suplicó, presente el P. Brindis, que por amor della y de dicho Padre nos diese la licencia para fundar; y el Rey respondió con voluntad mas sin declararse: y acabo de pocos dias estando otra vez juntos los tres, dijo la Reyna al P. Brindis ya tienen su fundacion cierta, pero agradezcanlo á V. Paternidad que si no fuera por él no se les diera; y el Rey á esto se sonrió como aprobando lo que la Reyna havia dicho, y él les besó las manos á todos dos con mucho agradecimiento y cortessias: y segun lo que se collige por lo que pareció despues, el intervalo en no declararse su Md. la primera vez que la Reyna se lo suplicó fué que havia remitido la consulta del Consejo real al Confessor; en que ha tenido también el P. Fr. Seraphin de Polisio que trabajar, y en que poner cuydado y medios; de manera que salió como deseava; y con esto y lo que devia de haber la Reyna Ntra. Sra. entendido de la voluntad del dueño, dijo aquellas palabras asegurando y haciendo plazo ó merced al P. Brindis, que el Rey aprobó callando.

Aora el miércoles passado proximo estuvo media ora á solas con el Rey el P. Brindis, que le dió audiencia privada de que salió contentísimo (porque le acompañe); y creo que ha acabado de obtener el fin de sus negocios. Y pero en lo que toca al nuestro, le dijo su Md. presto mandare despachar el memorial ó consulta para que fundeis: de que de nuevo le dió las gracias. — Miren Vs. Cs. aora, si se deve este negocio al P. Brindis: aca assi lo juzgamos y assi lo entienden quantos saben desto; y aunque el P. Serafin con

su buena traba y medios, sin duda lo concluyera, pero con todo ay quien duda, y quien afirma, que á bien negociar no fuera en dos años.

Por remate desta historia y por gloria de Ntro. Seráfico Padre el sabado passado, digo su fiesta, se començó á tratar casamiento entre la hija menor de la Duquesa de Medina de Rioseco con el Conde de Ampudia, hijo mayor del Duque de Zea, hijo del Duque de Lerma. Y quiso Ntro. Señor que se acabasse el sabado passado en la noche, víspera de la fiesta de Ntro. P. S. Francisco; de manera que se començó en su dia y se acabó en su octava. Teniendo pues noticia el P. Provincial, como tan acertado y prudente, no perdió la ocasion, sino que escrivió un villete á la Duquesa el dicho sabado en la noche, rogandole se acordasse de nossotros, y el domingo de mañanica tuvo respuesta al pie del, de mano de la misma Duquesa, que dice assi: porque lo he visto y leido y tenido en mis manos:—"Mi Padre, anoche pedí al Duque me hiziese merced de despachar nuestra consulta, y ame prometido; que mañana la hara ver y acabar este negocio." Y con esto la visitó esta mañana el Padre, que todo era fiestas y norabuenas esse dia y galas, y le contó mas ad longum; *que celebrados los capítulos matrimoniales entre su hija della y nieto del, le dijo: Señor, aora que tengo mis hijos colocados, ninguna cosa desseo mas que ver un Convento de Capuchinos en esta Corte: suplico á V.ª X.ª me haga esta merced, que sera grandissima para mi: á lo cual respondió el Duque que mañana en la noche la haria firmar del Rey. Y esta nueva corrió este dia entre los muy familiares y lo tenemos ya por tan cierto, que no se duda dello, y assi creemos que dentro de 8 dias se tomara la posesion. Ya se hazen camas y se acomoda un aposento en este Ospital para ponellas, y no hay descuydo en ojear sitio: Quiera Dios se acierte. El Sr. Condestable queria hazer el convento y la Señora Duquesa su muger, me lo ha dicho dos vezes. Estos Padres rehusan hasta ver, si su Md. ó el Sr. Duque de Lerma lo tomaran para si. Tambien hallan dificultad en que el sitio, que el Sr. Condestable da, que es una guerta hermossisima, en que me certifican algunos, ay siete mil arboles por quenta; está algo lejos el arroyo Bernigal, ques por el camino de Alcala, partiendo desde Madrid, donde ay mucha agua y tiene su recreacion el Sr. Condestable, no se en que parará.*

El milagro de que hize mencion arriba, passa assi: mi-

rando SS. MMs. un dia sobre un bufetillo las reliquias, que el P. Brindis traia en una Cruz al pecho y otras, havia entre las demas un poco de tierra mezclada con la sangre que salió del cuerpo de Jesucristo Ntro. Señor envuelta en un pañico, la qual el P. Brindis dijo: se la dió el Duque de Babiera que tiene en su casa con tradicion y autos... El Rey se la pidió y porque mostrava aficion á esta reliquia el P. Brindis, y algun sentimiento de dejarla, dijo el Rey: (Yo escribiré al Duque que le de mas); al fin se la dió y havia en el pañico una mancha de sangre pegada y comunicada por milagro de dicha tierra, tan grande en que el Rey y la Reyna repararon y notaron. Al cabo de tres dias que estuvo esto en su poder en alguna arquilla ó escritorio ó entre otras joyas y reliquias en algun oratorio, tuvo gana el Rey de volvello á ver, porque en realidad le á tenido affición y devocion á esta sangre; su Md. y tornó á deshasello y mirarlo, presente su muger, y vieron que la manchica de sangre referida havia tomado vivo y nuevo color, y crecido en tanta cantidad de que quedaron maravillados, advirtiendolo muy bien: y luego llamaron al P. Brindis que conoció y vió lo mismo: y todos afirmaron haver crecido en tanta proporcion y haverse renovado la color de la sangre: y hizo el Rey que lo viesen el Duque de Lerma y Señora, y otros Señores y algunos Capellanes: y á mandado hazer ynformaciones y testimonio dello, y aunque bastava el de los Reyes en cosa tan grave; En mi presencia vino un Capellan de su Md. el domingo passado, estando en palacio y dijo al P. Brindis que havia de dezir su deposicion sobre esto, porque su Md. queria que constase deste milagro.

Ve aqui V.ª Reverencia, la noticia de todo lo que por acá passa, abrebiada quanto he podido: y ve aqui mi amor y cuydado en dessear dar á todos essos Padres algun contento con ello. Que cierto, si he differido el hacerlo ha sido porque pudiera ser con mas cumplimiento, mas yo no quiero detenerlo, que esto estara ya hecho, y en la otra solo se tratará de la posesion.

Dios queriendo, — Que guarde á Vs. Cs. como desseo. — Y oy 12 de Octubre de 1609, Lunes, Madrid. —

Hijo menor de V. C.

El P. Brindis se va despachando bien y dará priesa á su partida, y temo que aun que la ponga, puede ser antes de Navidad; mas si es mas presto se ira á embarcar á Cartagena ó á Denia, porque su Md. le dará galeras en que vaya, ya que todas estan por aquellas marinas. Yo sera fuerça le acompañe y siga, si ya no hay otra novedad. Ruegue V. C. en nuestros conventos nos encomienden á Dios, para que tengamos su gracia y salud. Que á mi me ha provado la tierra con camaras tres veces, que me han començado á dar cuydado, aunque he quedado bonissimo; á Dios gracias. Fr. Brno. Sacerdote Valenciano que sta aqui ha estado malo y muy flaco; los demas tienen salud. Del P. Fr. Pedro de Napoles no se, yo le debo mucho respeto y amor. — Suplico á V. C. le mande encaminar segura la que va con esta. Porque V. C. lo sepa todo, el Capitan Quiros se entretiene por estas novedades de guerra, aunque sta resuelto haga su navegacion, y porque al P. Fr. Juan Guardian de Santa Eulalia le he escrito largo este particular, no lo estiendo aqui, pues cuando V. C. lo vea lo podrá entender. —

Esta es para mi P. Provincial, y para el P. Fray Miguel de Valladolid. —

La respuesta podrá venir con cubierta al P. Brindis, Comisario General, en S. Gil, guiada por Luis de Vera, y escriviendole Vs. Cs.

Nota... al cap. XXIII, núm. 2, pág 559.

Este Fr. Tomás de Bérgamo, á quien se apareció el B. Lorenzo después de su muerte, como dice el texto, fué un varón extático y lleno de virtudes, cuya vida se halla escrita en nuestras Crónicas, en donde se leen sus heroicas virtudes y las gracias y dones con que el Señor le enriqueció, en particular el don de ciencia infusa, con el cual un pobre hermano lego, sin letras ni cursos teológicos, escribió cosas sublimes de oración y contemplación.

Todas sus obras se publicaron en italiano en un tomo en 4.º bastante abultado, en Ausburgo, el año 1681, por Simón Urz Schneider, con este título: *Fuoco d'amore*, fuego de amor, que contienen los tratados siguien-

tes, que leímos con mucho gusto espiritual en nuestra Biblioteca de Parma el año 1838.

1.° *Selva de contemplación sobre la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y sobre la Vida de su Santísima Madre la Virgen María,* dedicada por el autor á la Serenísima Archiduquesa Claudia.

2.° *Escala de perfección cristiana,* dedicada por el autor al Sermo. Sr. Archiduque Leopoldo.

3.° *Del verdadero, recto, puro, filial, unitivo y transformativo amor divino.*

4.° *Conceptos morales contra los herejes.*

5.° *Contra los temores y visiones nocturnas.*

Crónicas capuchinas, parte v, lib. v, cap. VIII y siguientes; y Biblioteca de Escritores capuchinos del P. Bernardo de Boloña en la palabra *Tomás*, pág. 237.

NOTA .. AL CAP. XXIX, NÚM. 8, PÁG. 667.

DECRETUM

BRUNDUSINA

Canonizationis Beati Laurentii a Brundusio Sacerdotis Professi Minorum sancti Francisci Capuccinorum

Super Dubio,

An et de quibus Miraculis constet in casu et ad effectum de quo agitur?

Celebriores inter sodales, quibus Franciscalis Capulatorum familia merito gloriatur, tum vitae sanctitate, tum apostolici ministerii laboribus, tum scientia, et ecclesiasticae dignitatis muneribus, adcensendus equidem est Beatus Laurentius a Brundusio. Hic enim accuratissima disciplinae observantia, evangelicae paupertatis amore, et christianae perfectionis studio

maximam apud confrates auctoritatem nactus est; eo vel magis quod omnigena doctrina, alacris ingenii acumine et in rebus gerendis singulari praestaret perspicacia. Ad prima ideo instituti munera provectus, ea summa prudentia in omnium exemplum, ac parem religiosae familiae utilitatem administravit. Tantam profecto virtutem et in rebus agendis dexteritatem, animique fortitudinem Summi Pontifices perspicientes, gravissima eidem et perquam implicita Ecclesiae negotia expedienda commiserunt. In Germaniam primo, et Boemiam a Clemente VIII missus est, ut haereticis obsisteret: quod plurimis exantlatis laboribus et periculis, in Deo tantum confidens, est feliciter assecutus, exemplo praecipue austeritatis, vitae, disertisque concionibus quibus plurimos haereticos in Ecclesiae Catholicae sinum reduxit, et fidem in populis languentem roboravit, pietatem excitavit: vere potents opere et sermone. Subinde a Paulo V in Hispaniam legatus ad Regem mittitur, ubi foedus et societatem inter Germanos Principes adversus debacchantem haeresim mira dexteritate firmavit. Invicta porro animi constantia, et superno adiutus lumine, ita de re christiana, optime meritus ad suum reversus Coenobium in spiritus humilitate, orationi assidue vacavit, et corpus suum castigans, singulis confratribus virtutum potius et obedientiae regularis exemplo, quam auctoritate praeibat. Quamvis vero tot tantisque legationibus et peregrinationibus defatigatus, et infirmitatibus detritus, iterum ad Hispaniae Regem legatus mittitur: cumque charitate, qua in Deum et proximum urgebatur, se totum Ecclesiae servituti devovisset, etsi divinitus imminentis mortis praescius, longum in Lusitaniam iter aggreditur: sed ubi in principem regni urbem advenit, gravi corripitur morbo, quo ad supremum adductus diem, laeto animo, hilarique vultu obdormivit in Domino, anno MDCXIX die vicesimasecunda Iulii.

Operosum autem hunc, inconfusum strenuumque

ciplinae observantia, tum virtutum perfectione, tum miraculorum testimonio insignem anno MDCCXXXIII die prima Iunii sa: me: Pius Papa VI solemni decreto Beatorum albo adscripsit.

Franciscalium Capulatorum familia de tanti Sodalis gloria merito sollicita, ut pro temporibus vicibus licuit, super miracula Beato Laurentio intercedente patrata, post indultam eidem venerationem Apostolicos Processus confici curavit: eorumque agnita validitas est quinto Kal. Octobris MDCCCLXXIII. Actum deinde est de duobus propositis miraculis: et primo quidem quinto Idus Ianuarii anno MDCCCLXXVII in aedibus Rmi. Card. Aloissii Bilio Episcopi Sabinensis Causae Relatoris. Discussa iterum fuere miracula in Praeparatoria Congregatione in aedibus Vaticanis anno MDCCCLXXVIII decimo tertio Kal Septembris. In generalibus demum Comitiis coram Sanctissimo Domino Nostro Leone Papa XIII in. Vaticano habitis decimo septimo Kal. Ianuarii anno MDCCCLXXXI a praefato Rmo. Cardinale Aloisio Bilio Causae Relatore propositum fuit «An et de quibus Miraculis constet »in casu, et ad effectum de quo agitur?» Suffragium autem super proposito Dubio protulerunt Rmi. Cardinales Sacris Ritibus tuendis praepositi, ac singuli Patres Consultores. Iisque auditis, Sanctisimus Dominus Noster, antequam mentis suae oraculum pronunciaret, hortatus est omnes, ut in gravissimo huius rei judicio divini luminis gratiam incessanter deprecarentur.

Implorata tandem caelesti Spiritus illustratione, Sanctitas Sua hac Dominica infra Octavam Nativitatis Deiparae eiusdemque Nomini sacra in aulam Vaticani Palatii nobiliorem accivit Rmum. Card. Camillum Di Pietro Episcopum Ostien. et Veliternen. et Sacri Collegii Decanum pro Rmo. Card. Dominico Bartolini Sacrae Rituum Congregationi Praefecto Urbe absente, et Rmum. Card. Aloisium Bilio Episcopum Sabinensem Causae Relatorem, una cum P. D. Laurentio

Salvati Sanctae Fidei Promotore, meque infrascripto eiusdem Sacrae Congregationis Secretario, iisque astantibus decrevit. «Constare de duobus Miraculis in »tertio genere, scilicet: Instantaneae perfectaeque sa»nationis pueri Petri Pauli Friggeri ab incurabili tu»more albo in genu sinistro cum carie ossium»: nec non: «Instantaneae perfectaeque sanationis Mariae »Angelicae Salat et Trull a maligna et diuturna der»matosi cum pustulis ecthymatosis in toto corpore, »praesertim ad crura confluentibus, et infirmae ca»chexia».

Praeterea idem Sanctissimus Dominus Noster, ex specialibus circumstantiis animum suum moventibus, nec unquam in exemplum adducendis, dispensando a consueta propositione postremi dubii, sancivit; «Stan»te approbatione duorum Miraculorum post indultam »venerationem, Tuto deveniri posse ad solemnem Bea»ti Laurentii a Brundusio Canonizationem». Hoc autem decretum publici iuris fieri, in Sacrae Congregationis acta referri, litteras que Apostolicas sub plumbo de solemniis Canonizationis quandoqumque celebrandis expediri mandavit tertio Idus Septembris anni MDCCCLXXXI.

Pro Emo. et Rmo. Dno. Card. DOMINICO BARTOLINI, S. R. C. Prefecto.

CAMILLUS CART. DI PIETRO Episcopus Ostien. et Veliternen.

PLACIDUS RALLI, S. R. C. Secretarius.

Loco ✠ Sigilli.

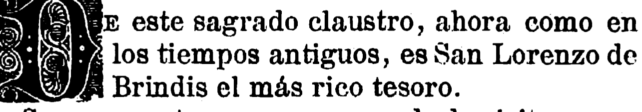
HONORES QUE SE TRIBUTAN

Á

SAN LORENZO

EN EL FELIZ

CONVENTO CUSTODIO DE SUS RELIQUIAS



De este sagrado claustro, ahora como en los tiempos antiguos, es San Lorenzo de Brindis el más rico tesoro.

Su urna santa, como un sagrado depósito, guarda los corazones de todas y cada una de las hijas que, á manera de lámparas encendidas, le rodean. No alcanza el culto externo á lo que el amor desea ofrecerle en justa compensación de la incomparable fineza de elegir entre ellas su perpetua morada.

Con toda solemnidad se celebra cada año su Novena, contribuyendo á realzarla los reverendos Padres Capuchinos con sus sermones y solemnes Vísperas, cantadas por el clero colegial ante el Altar de las Reliquias.

En su día, Misa solemne, descubriéndose las santas Reliquias al *Gloria in excelsis*, entre el volteo de las campanas, quedando expuestas con luces á la veneración de los fieles hasta la función de la tarde, á cuyo final, en manos del Sa-

cerdote vestido de sobrepelliz, la adora el pueblo, mientras de la elevada bóveda del templo se desprende una lluvia de flores, emblema de las gracias que San Lorenzo derrama sobre cuantos con fe le invocan.

Es costumbre inmemorial de los hijos del pueblo darle serenata, encendiendo hogueras delante del convento, entre vivas y canciones, al modo que en otras partes la noche de San Juan.

La Comunidad se reserva el domingo siguiente para festejarle *en familia*. Terminadas Vísperas en el Coro, previo repique de campanas, se dirige procesionalmente con luces encendidas, cantando el *Te Deum*, á la capilla, que ya se halla iluminada y patente el sagrado Cuerpo.

Después de recitar la antífona y oración del Santo, y orar largo espacio, se le cantan himnos y despedidas en que las Religiosas explican su afecto entrañable, cerrando aquella dichosa tarde con un rato de alegre recreación, presididas por la efigie querida de San Lorenzo.

En la misma forma le visita la Comunidad mensualmente, acudiendo en todas las necesidades particulares y generales, propias y de extraños, en demanda de consuelo, encontrándolo siempre en el Santo Protector abundante y lleno.

¿Te verán nuestros ojos, ¡oh dulcísimo Lorenzo! ensalzado como mereces?...

¿Y la Orden Capuchina, cuyo hermoso cielo adornas como astro luminoso de primera magnitud... y tus nobles protegidos los descendientes de tu grande amigo D. Pedro de Toledo, no obtendrán para ti de la Santa Sede rezo propio?...

¡Ah! dígnate ponerlo en sus corazones, amable

protector nuestro; y que el más penetrado de tu espíritu suavísimo y melifluo te lo ofrezca, explicando en él con divina unción tus grandezas, tu dulzura y el amor seráfico que te hizo en la tierra portento de santidad.

¿Qué ocasión más propicia? ¡Un Pontífice piísimo, protector de los hijos de Francisco de Asís: un Cardenal eminentísimo, hermano de hábito, apasionado del Santo, al que visitó; un Reverendísimo General, el primero de su dignidad que vino á prosternarse ante sus Reliquas venerandas!...

¡Que la inspiración celestial guíe á cuantos son capaces de llevar á cabo tan glorioso proyecto, á mayor honor de San Lorenzo de Brindis y esplendor de su culto!

Estos últimos años, peregrinaciones capuchinas procedentes de León vinieron á tributar veneración á las Reliquias del que fué su vigésimocuarto General, llegando la primera, por disposición patente de la divina Providencia, á punto de celebrar la última Misa en el altar antiguo, que fué derribado aquel mismo día para colocar en su lugar un elegante altar gótico, regalo del Rvdmo. P. General Fr. Bernardo de Andermat, en nombre de la Orden Capuchina.

Las fiestas de la traslación fueron las de mayor esplendor y solemnidad que se han celebrado en Villafranca después de la Canonización.

El pueblo en masa, el Ayuntamiento, los reverendos Padres Capuchinos y el convento de la Anunciada, unidos en un solo pensamiento de la gloria de su gran Protector, dedicaron un esfuerzo en aquellos días á sólo este noble objeto.

Los Padres Capuchinos se encargaron de organizar las funciones religiosas, cantar las glorias de su Santo General, y entronizarle en su nuevo altar en el primer día del Triduo, domingo 5 de Julio de 1896.

Expuesto S. D. M., ofició solemnemente el muy Rvdo. P. Provincial, asistido de dos Padres Guardianes, presentes las dignas autoridades é inmenso concurso, cantando las Religiosas la mejor Misa de su repertorio.

Por la tarde tuvo lugar la bendición del nuevo Altar, elegantísimamente decorado con ricas colgaduras azul celeste, entapizadas de alto á bajo las paredes laterales y pabellones graciosamente recogidos con guirnaldas de flores artificiales. Preciosas macetas y fanales intercalados con candelabros, y un elegante iris de luces y flores al pie de la colosal y dorada urna, ofrecían majestuoso y encantador conjunto.

Inmediatamente la muchedumbre que llenaba el templo dirigióse procesionalmente al convento, donde los Rvdos. Padres y otros cuatro Sacerdotes penetraron para llevar á la iglesia el santo Cuerpo. Recibiólos la Comunidad Seráfica con luces y *Te Deum*, y terminadas las preces en el Coro alto, ante la sagrada urna allí al efecto colocada sobre una mesa cubierta con rico paño, adoraron todos las Santas Reliquias con las solemnidades del Ritual.

Luego dos Religiosos y dos Sacerdotes seculares cargaron sobre sus hombros el sagrado depósito, el Cuerpo benditísimo del gran San Lorenzo de Brindis, y formada de nuevo la procesión, cantando clero y Religiosas las Letanías de

los Santos, recorrió ambos claustros alfombrados de flores hasta la puerta reglar.

El inmenso gentío que allí aguardaba ansioso de contemplar de cerca las venerandas Reliquias, logró su devoto anhelo al abrirse de par en par las puertas del convento y aparecer majestuosa aquella bendita urna depositaria de tantas plegarias y testigo de otras tantas gracias derramadas sobre los hijos de Villafranca.

Fuera ya de la clausura, rodeada del Clero y las Autoridades, escoltada por la Guardia civil, el pueblo en masa y en medio del repique general de campanas, llegó á la iglesia.

A su entrada desplomóse una lluvia de flores, no cesando hasta que fué colocada sobre el altar mayor, donde recibió las adoraciones de los concurrentes por su orden de dignidad, mientras en el Coro se cantaban amorosos y entusiastas himnos, como invitándole á tornar luego á la dulce morada que él mismo se ha elegido.

Tomaron de nuevo la sagrada urna, y en la misma forma, repitiéndose á su paso la graciosa nevada de flores, volteo de campanas, y una religiosa y sonora marcha en el órgano, entró en el convento y fué llevada á su Capilla, donde la Madre Abadesa entregó la llave de la misma al muy Rvdo. P. Provincial, y éste, auxiliado de otros Padres, trasladó las Santas Reliquias á la nueva urna, de todo lo cual se levantó acta.

El día siguiente se celebró por primera vez el augusto Sacrificio en el nuevo altar con la mayor solemnidad: todos los Padres celebraron su Misa en él aquella mañana, continuando y aun

aumentando el entusiasmo en todo el pueblo por las fiestas de San Lorenzo.

La tarde del último día hubo procesión con la devotísima imagen del Santo en hombros de Capuchinos. Por último, después de dar á besar la santa Reliquia, en ostensorio de plata colocada para estos casos, y aplicar el muy Rvdo. P. Provincial la indulgencia plenaria concedida por Su Santidad para el Triduo, como digno remate de tan grandiosos cultos, cantóse solemnísimo *Te Deum* á tres voces y órgano en acción de gracias por las innumerables que el cielo derramó en estos días de bendición y eterno recuerdo.

No tienen número los pañitos tocados al santo Cuerpo repartidos por reliquia, tarjetas, cintas y corazones, pedidos con instancia por desconocidos, hasta de Méjico, Bélgica y otras partes, por la grande fe que allí tienen en la protección de San Lorenzo de Brindis.

Ultimamente fué declarado oficialmente compatrono de la Goajira.

DESCRIPCIÓN DEL NUEVO ALTAR

Es, este altar, de estilo gótico, obra del escultor barcelonés D. Félix Ferrer, hermano de la venerable Sor Filomena de Santa Coloma. Tiene un elevado camarín, y en su centro la gran Urna de bronce sobredorado que mide *dos metros setenta centímetros* de altura, próximamente, por *treinta centímetros* de ancho, coronada por una efigie de San Lorenzo, de madera de cedro, también dorada.

Defiéndenle por la parte de la iglesia barras de hierro. Como cortina de este camarín está un gran cuadro que sube y baja por medio de resorte y representa á San Lorenzo en tamaño natural, subiendo *su espíritu* al Cielo entre ángeles que le acompañan con instrumentos músicos, dejando á sus pies la ciudad de Lisboa.

Más abajo otra pintura le representa en el acto de la Embajada cerca del rey católico Felipe III y la reina Margarita.

Encima las armas de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca, fundadores y patronos del convento, y á los lados, entre doradas columnas primorosamente labradas, dos hermosas y grandes efigies: la de San Fidel de Sigmaringa á la derecha, y á la izquierda la del Beato Diego de Cádiz.

ÍNDICE

Págs.

A. M. D. G.